

LA
LANZA
DEL
DESIERTO

PETER V. BRETT

La saga de los demonios. Libro II

Lectulandia

2º de la serie Los Demonios

La noche pertenece a los demonios. Los hombres se limitan a encogerse tras símbolos de poder antiguos y medio olvidados. Estas guardas mantienen a los abismales a raya, pero las leyendas hablan del Liberador: un general que una vez reunió a todos los hombres en una sola fuerza capaz de derrotar a los demonios.

Ahmann Jardir se ha autoproclamado Shar'Dama Ka, el Liberador, y ha convertido a las tribus de guerreros del desierto de Krasia en un ejército capaz de enfrentarse a los demonios. Ahora ha llegado al norte para unir a las diseminadas ciudades estado de las tierras verdes y conducir las a una guerra contra su enemigo común, tanto si quieren como si no.

Pero los norteños reclaman a su propio Liberador. Su nombre es Arlen, pero todo el mundo lo conoce como el Hombre Marcado: una oscura figura cuya piel está tatuada con grafos tan poderosos que lo convierten en un arma mortífera para cualquier demonio. El Hombre Marcado niega ser el Liberador, pero sus acciones dicen más que sus palabras: enseña a los hombres y mujeres a enfrentarse a sus propios miedos y a no ceder ante las criaturas que los han atormentado durante siglos.

Una vez el Shar'Dama Ka y el Hombre Marcado fueron hermanos de armas, pero ahora son enemigos encarnizados y, mientras las alianzas humanas se crean y se destruyen, una nueva raza de demonios, más inteligente y mortífera de lo que jamás habían conocido, hace su aparición.

Lectulandia

Peter V. Brett

La lanza del desierto

2º de la saga de Los Demonios

ePUB v1.0

jubosu 15.10.11

más libros en lectulandia.com

La lanza del desierto

La saga de los demonios II

Autor/es: Brett, Peter V.

Título original: The desert spear

Editorial: Minotauro

Colección: Fantasía

Fecha de publicación: 12/04/2011

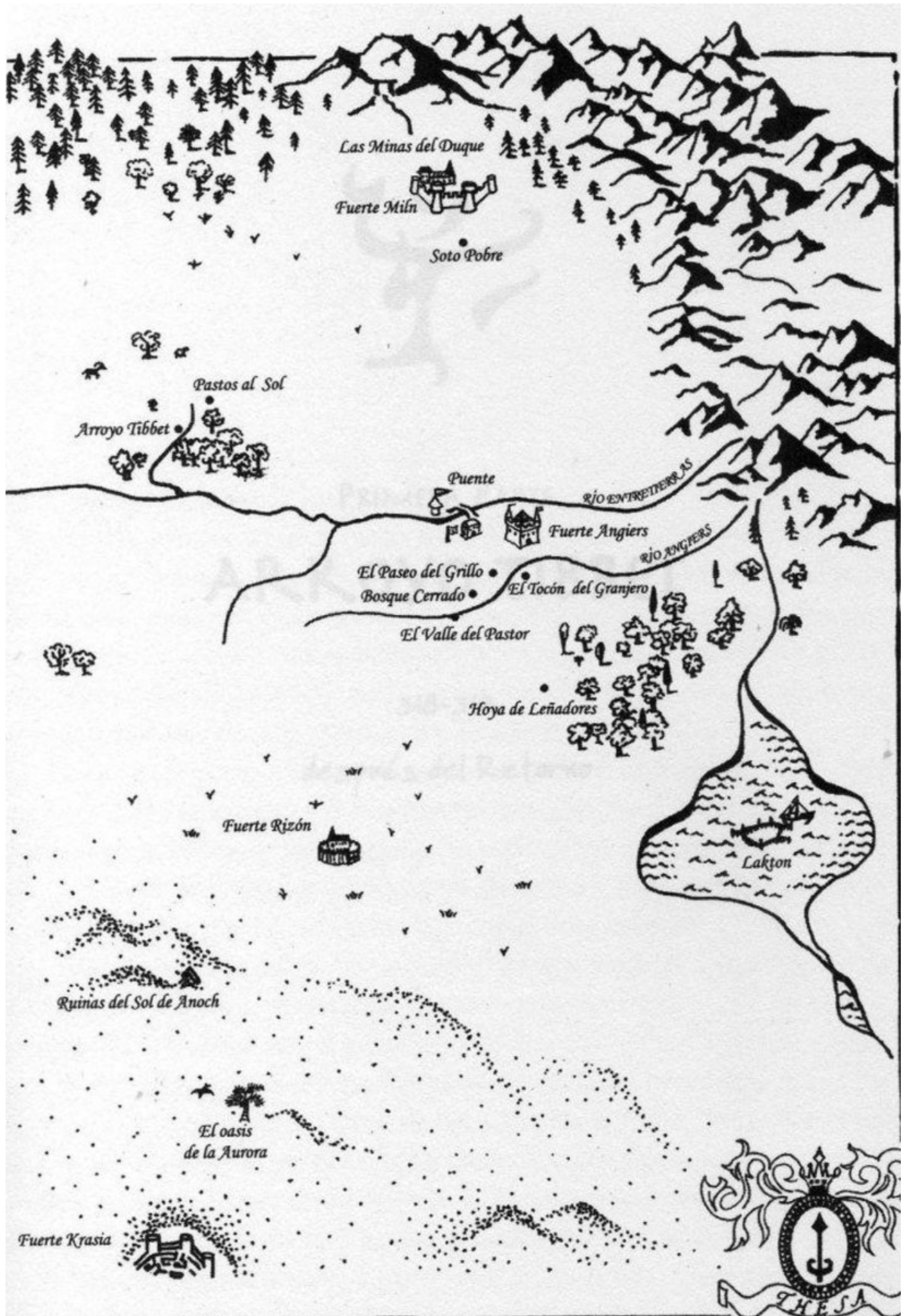
ISBN: 978-84-450-7824-2

Para Dani y Cassie

Agradecimientos

La Lanza del Desierto es, con mucho, el proyecto más largo y más ambicioso que he emprendido. Entretejer a ocho personajes y sus respectivos puntos de vista en un único hilo argumental ha expandido los límites de mi estrecha mente, y no lo hubiera conseguido sin el apoyo de mis amigos, familiares y, especialmente, mis primeros lectores, quienes se tomaron el tiempo de leer el manuscrito en sus primeras fases y ofrecerme las críticas y consejos que consiguieron que éste evolucionara hasta la historia que tienes en tus manos.

Gracias a: Myke, Matt, Dani, Stacy, Amelia, Jay, mamá, Denise, Cobie, Jon, Nancy, Sue, mi agente Joshua, mis editoras Anne y Emma, mi editora de mesa Laura, todos mis editores y traductores internacionales, y todos los lectores del primer libro que se tomaron la molestia de escribirme y animarme mientras yo luchaba para hacer de *La Lanza del Desierto* mi mejor obra, incluso cuando el resto de mi vida estaba patas arriba con un bebé recién llegado y una nueva carrera. Gracias a todos. Vosotros lo sois todo para mí.



Prólogo

Los demonios mentalistas

Invierno del 333 d.R.

Ocurrió en la noche anterior a la luna nueva, durante las horas más oscuras, cuando incluso el finísimo borde de la luna menguante se había ocultado. Una emanación maligna procedente del Abismo emergió en una zona de densa oscuridad cerca de las frondosas ramas de un bosquecillo.

La niebla negra se coaguló lentamente hasta tomar la forma de un par de demonios gigantes, con su recia piel marrón arrugada y llena de nudos como la corteza de un árbol. Los hombros se alzaban a unos tres metros del suelo y sus garras ganchudas escarbaron entre los helados arbustos y la pinaza del bosque mientras olisqueaban el aire. Sus ojos negros escrutaban los alrededores y un rugido sordo surgía de sus gargantas.

Satisfechos, se separaron y agazaparon, listos para saltar. Delante de ellos, en un lugar donde la oscuridad se había hecho más intensa, la podredumbre ennegreció el suelo del bosque al materializarse otro par de formas etéreas.

Eran esbeltas, de apenas dos metros de altura, con una suave piel de color carbón bien distinta a la coraza de sus hermanos más grandes. Sus delicados dedos acababan en unas garras de apariencia frágil, finas y aguzadas. Tenían una única fila de dientes pequeños y afilados en una boca sin morro.

Sus cabezas parecían infladas y tenían grandes ojos sin párpados y altos cráneos cónicos. La carne que los recubría tenía protuberancias y latía en torno a unos bultos nudosos que podían ser vestigios de cuernos.

Durante un largo rato, los dos recién llegados se observaron el uno al otro, con sus frentes pulsantes, y una vibración sacudió el aire entre ellos.

Uno de los demonios más grandes percibió movimiento entre los arbustos y alargó el brazo con escalofriante rapidez para sacar una rata de su escondrijo. El abismal se la acercó al rostro y la estudió con curiosidad. Mientras lo hacía, su morro adquirió el mismo aspecto del animal, con la nariz y los bigotes temblorosos mientras le crecían un par de largos incisivos. El abismal sacó su lengua, como si la estuviera probando.

Uno de los demonios delgados se volvió para observarlo, con la frente latiendo. Con un mero giro de su garra, el demonio mimetizador evisceró la rata y la arrojó a un lado. A la orden de uno de los príncipes abismales, los dos mimetizadores se

transformaron en enormes demonios del viento.

Los demonios mentalistas sisearon cuando abandonaron la zona de oscuridad y les alcanzó la luz de las estrellas. El frío hizo humear su aliento, pero no mostraron ningún signo de incomodidad mientras dejaban las huellas de sus garras sobre la nieve. Los mimetizadores se agacharon y los príncipes abismales escalaron por las alas de las criaturas para colocarse sobre sus lomos antes de despegar.

Mientras se dirigían hacia el norte, adelantaron a un grupo de demonios menores que se inclinaron ante el paso de los príncipes abismales y luego siguieron la llamada que habían emitido.

Los mimetizadores aterrizaron en un risco elevado y los mentalistas se deslizaron hasta el suelo, mientras examinaban la vista que se percibía desde aquella altura. Un vasto ejército se extendía por la llanura. El terreno aparecía punteado por las tiendas blancas, ya que la nieve pisoteada se había convertido en barro y se había congelado. Grandes bestias jorobadas, cargadas, permanecían maneadas dentro de los círculos de grafos, cubiertas con mantas para protegerlas del frío. Las protecciones en torno al campamento eran fuertes, y los centinelas, con los rostros envueltos en telas negras, patrullaban el perímetro. Incluso a esa distancia, los mentalistas podían sentir el poder de las armas protegidas.

Más allá de los grafos que rodeaban el campamento, los cadáveres de docenas de demonios menores plagaban el terreno, esperando a que el sol los quemase.

Los demonios del fuego fueron los primeros en llegar a la elevación donde aguardaban los príncipes. Manteniendo una distancia respetuosa, comenzaron una danza para adorarlos, mientras expresaban su devoción a gritos.

Los demonios menores se tranquilizaron al recibir una nueva vibración. La noche se cubrió con un silencio sepulcral, a pesar de que se había reunido una gran hueste de demonios, atraídos por la llamada de los príncipes abismales. Los demonios del fuego y la madera esperaron juntos, olvidados todos sus odios raciales, mientras los demonios del viento los sobrevolaban en círculos.

Ignorando la reunión, los mentalistas mantuvieron los ojos fijos en la llanura, con los cráneos pulsantes. Al cabo de un rato, uno de ellos miró a su mimetizador y le transmitió sus deseos. La carne de la criatura se fundió y se hinchó tomando la forma de un gigantesco demonio de las rocas. En silencio, los obreros reunidos descendieron la colina tras él.

Sobre la elevación, los dos príncipes y el mimetizador restante esperaron. Y observaron.

Cuando ya estaban cerca del campamento, aun bajo el manto de la oscuridad, el mimetizador disminuyó la marcha y dio la orden de avance a los demonios del fuego.

Estos eran los más pequeños y débiles de los abismales, y a través de sus ojos y su boca refulgía el fuego de su interior. Los centinelas los advirtieron en seguida, pero eran ágiles y antes de que pudieran dar la alarma, cayeron sobre los grafos escupiendo llamas.

Los escupitajos de fuego se apagaron en cuanto entraron en contacto con las protecciones, pero ante la petición mental de los demonios, los demonios menores se concentraron en la nieve apilada fuera del perímetro del campamento, y su aliento no tardó en transformarla en ardiente vapor. Los centinelas estaban a salvo detrás de los grafos, pero, al alzarse la densa niebla caliente, comenzaron a picarles los ojos y el aire emponzoñado les llegó incluso a través de los velos.

Uno de los centinelas cruzó el campamento tocando una campana. Mientras lo hacía, los demás se lanzaron más allá de los grafos para alancear con sus armas protegidas a los demonios del fuego más cercanos. La magia chisporroteaba cuando las lanzas atravesaban las afiladas escamas de las criaturas.

Otros demonios atacaron por los flancos, pero los centinelas luchaban al unísono, y con sus escudos se protegían unos a otros. Se oían gritos por todo el campamento mientras más guerreros se unían apresuradamente a la batalla.

Pero, a cubierto bajo la niebla y la oscuridad, la hueste del mimetizador avanzaba. Los gritos de victoria de los centinelas pasaron rápidamente a la consternación al contemplar cómo más demonios emergían de entre la neblina.

El mimetizador atrapó al primer humano con el que se topó. Barrió los pies del hombre con su pesada cola y le arrancó una de las piernas mientras caía. Luego alzó al desventurado por la otra extremidad y lo sacudió de tal modo que le rompió la columna con un chasquido que sonó como un latigazo. Los desafortunados que se enfrentaron al monstruo a continuación fueron abatidos con el cuerpo de su compañero muerto.

Los otros demonios menores siguieron el ejemplo del mimetizador con éxito dispar. Los escasos centinelas fueron arrollados rápidamente, pero muchos demonios desaprovechaban su ventaja desgarrando los cadáveres en vez de prepararse para recibir a la siguiente oleada de guerreros.

Cada vez más hombres embozados salían del campamento y se colocaban en filas organizadas. Mataban con una fluida y brutal eficacia. Los grafos en sus armas y escudos destellaban repetidamente en la oscuridad.

Sobre la elevación, los mentalistas vigilaban la batalla, impasibles, mostrando poco interés por los demonios menores caídos bajo las lanzas enemigas. El cráneo de uno de ellos vibró al enviar una orden a su mimetizador en el campo de batalla.

De forma inmediata, el demonio respondió arrojando un cadáver contra uno de los postes de protección que rodeaban el campamento y lo derribó. Se produjo otra vibración, y más abismales abandonaron la lucha con los guerreros para introducirse

dentro del campamento enemigo por el hueco abierto.

Pillados por sorpresa, los guerreros se volvieron para ver cómo sus tiendas estallaban en llamas mientras los demonios del fuego correteaban entre ellas, y oyeron los gritos de sus mujeres y niños cuando los abismales más grandes irrumpieron a través de los grafos interiores carbonizados y chamuscados.

Los guerreros gritaron y corrieron hacia sus seres queridos, deshaciendo la formación. En unos instantes, las invencibles y compactas unidades se habían fragmentado en miles de individuos, simples presas.

Cuando ya parecía que todo el campamento iba a ser invadido y quemado hasta los cimientos, una figura surgió del pabellón central. Iba vestido de negro, como el resto de los guerreros, salvo por el turbante y el velo, que eran del blanco más puro. Llevaba una diadema en la frente y en sus manos relumbraba el metal de una gran lanza. Los príncipes abismales sisearon al verlo.

Se oyeron unos gritos cuando el hombre se aproximó. Los demonios mentalistas contemplaron con desprecio los primitivos gruñidos y gañidos que pasaban por comunicación entre los hombres, pero el significado estaba claro. Los otros eran los siervos y éste era su cerebro.

Bajo el férreo control del recién llegado, los guerreros recordaron su obligación y volvieron a su formación anterior. Una unidad avanzó para sellar la brecha exterior y otras dos combatieron el fuego. Otra más condujo a los indefensos a un lugar seguro.

Una vez liberados, el resto de los guerreros batió el campamento y los demonios no tardaron en caer. En unos minutos el terreno estuvo tan cubierto con los despojos de los abismales como la zona exterior. El mimetizador, todavía bajo la forma de un demonio de las rocas, pronto fue el único abismal que quedó, demasiado rápido para abatirlo con la lanza pero incapaz de huir a través de la barrera de escudos sin revelar su auténtica identidad.

Una nueva vibración le llegó desde las alturas y el mimetizador se desmaterializó en una sombra que se deslizó fuera del campamento a través de una ligera abertura en los grafos. El enemigo aún seguía en su búsqueda cuando el demonio regresó a su lugar al lado de su señor.

Los dos esbeltos abismales permanecieron en la elevación durante unos minutos, intercambiando silenciosas vibraciones. Después, a la vez, los príncipes abismales volvieron la mirada hacia el norte, donde se decía que habitaba el otro cerebro humano.

Uno de los mentalistas se volvió hacia su mimetizador, que se arrodilló tomando la forma de un gigantesco demonio del viento. El mentalista se encaramó sobre su ala extendida. Mientras se desvanecía en la noche, el otro abismal volvió a contemplar el campamento enemigo en llamas.

Sonó un cuerno de los grandes.

Arlen hizo una pausa en su trabajo y alzó la mirada hacia el suave color lavanda del cielo del amanecer, donde todavía se percibía la niebla suspendida en el aire, con ese sabor húmedo y acre que le resultaba tan familiar. Sintió crecer lentamente en sus entrañas el miedo mientras se quedaba allí inmóvil, en la tranquilidad del alba, con la esperanza de que fuera cosa de su imaginación. Tenía once años.

PRIMERA PARTE

VICTORIA SIN HONOR

1

Fuerte Rizón Invierno del 333 d.R.

*L*a muralla de Fuerte Rizón era de risa.

Apenas tenía tres metros de altura y el grosor de un sillar, de modo que las defensas de la ciudad no estaban ni a la altura del más miserable de los palacios de un damaji. Los Auxiliares krasianos, los Batidores, ni siquiera habían tenido que usar la escalera reforzada de acero; sólo tuvieron que dar un salto hasta alcanzar el borde superior de la pequeña muralla e impulsarse hacia arriba para sortearla.

—Una gente tan débil y negligente se merece que la conquisten —comentó Hasik. Jardir gruñó pero no dijo nada.

La avanzadilla de los guerreros de élite de Jardir había llegado protegida por la oscuridad; miles de pies calzados con sandalias que habían atravesado los nevados campos de cultivo que rodeaban la ciudad propiamente dicha. Como los habitantes de las tierras verdes se mantenían encogidos de miedo tras sus protecciones, los krasianos habían afrontado la noche plagada de demonios para avanzar. Incluso los abismales habían eludido aquella formidable cantidad de Guerreros Sagrados en pleno movimiento.

Se habían reunido ante la ciudad, aunque los guerreros embozados no la atacaron de forma inmediata. Los hombres no atacan a otros hombres durante la noche. Pero cuando la luz del amanecer comenzó a extenderse por el cielo, apartaron sus velos para que los enemigos pudieran ver sus rostros.

Se escucharon unos cuantos gruñidos mientras los Batidores sometían a los guardias de la garita del portón principal y después un crujido, cuando las puertas de la ciudad se abrieron de par en par para dar acceso a la hueste de Jardir. Con un rugido, los seis mil guerreros dal'Sharum se precipitaron hacia el interior.

Antes de que los rizonianos supieran lo que pasaba, los krasianos habían caído sobre ellos. Patearon puertas y arrastraron a los hombres fuera de sus camas, arrojándolos luego desnudos sobre la nieve.

Debido a sus tierras fértiles aparentemente infinitas, Fuerte Rizón estaba mucho más poblada que Krasia, pero los rizonianos no eran guerreros y cayeron bajo las ordenadas filas de Jardir como la hierba bajo la guadaña. Los que ofrecieron alguna resistencia terminaron magullados o con algún hueso roto; pero los que lucharon, murieron.

Jardir contempló apenado a éstos últimos. Todos aquellos lisiados o muertos jamás alcanzarían la gloria en la Sharak Ka, la Guerra Santa, pero era un mal necesario. No forjarían a los hombres del norte como un arma de guerra contra la especie de los demonios si no los templaban primero, como hace el herrero al martillar la punta de una lanza.

Las mujeres chillaron cuando los hombres de Jardir las templaron de otra manera. Otro mal necesario. La Sharak Ka estaba cerca y la siguiente generación de guerreros tenía que surgir de la semilla de hombres auténticos, no de cobardes.

Después de un rato, el hijo de Jardir, Jayan, cayó de rodillas en la nieve ante él, con la punta de su lanza teñida de sangre.

—La ciudadela es nuestra, Padre —le informó.

Jardir asintió.

—Si controlamos la ciudadela, controlaremos la llanura.

Jayan se había comportado bien en su primera misión. Si ésta hubiera sido una batalla contra los demonios, Jardir mismo hubiera conducido la carga, pero jamás mancharía la Lanza de Kaji con sangre humana. Jayan aún era joven para llevar el velo blanco de capitán, pero era el primogénito de Jardir, Sangre del mismísimo Liberador. Era fuerte, insensible al dolor, y tanto los guerreros como los clérigos le trataban con reverencia.

—Han huido muchos —añadió Asume, apareciendo a la espalda de su hermano—. Pondrán sobre aviso a las aldeas y éstos también huirán para escapar a la depuración cuando se imponga la ley de Evejan.

Jardir se le quedó mirando. Asume era un año menor que su hermano, más pequeño y esbelto. Llevaba las ropas blancas de un sacerdote dama sin armadura ni armas, pero a él no lo engañaba. Su segundo hijo era con diferencia el más ambicioso y peligroso de los dos, y ambos lo eran mucho más que cualquiera de las docenas de hermanos más pequeños que tenían.

—Han escapado sólo de momento —dijo Jardir—, pero se han dejado atrás sus almacenes de comida y corren sobre el hielo fino que cubre las tierras verdes en invierno. Los débiles morirán, nos ahorrarán el problema de tener que matarles, y mi yugo caerá sobre los fuertes a su debido tiempo. Lo habéis hecho bien, hijos míos. Jayan, asigna hombres para buscar edificios apropiados donde encerrar a los cautivos antes de que mueran de frío. Separa a los niños para el Hannu Pash. Si podemos sacarles de dentro esa debilidad norteña, puede que algunos superen a sus padres. Usaremos a los fuertes como cebo en la batalla y los débiles se convertirán en esclavos. Hay que preñar a todas las mujeres en edad fértil.

Jayan se dio un golpe en el pecho con el puño y asintió.

—Asume, dale la señal a los dama para que comiencen —finalizó, y el joven se inclinó a su vez.

Jardir observó a su hijo envuelto en ropas blancas mientras salía a cumplir sus órdenes. Los clérigos extenderían la palabra de Everam entre los chin, los forasteros, y aquellos que no la aceptaran en el interior de sus corazones, la sentirían atravesada en sus gargantas.

Un mal necesario.

*E*sa tarde, Jardir caminaba de un lado a otro por el suelo alfombrado de la mansión que había designado como su palacio en Rizón. Era un lugar deplorable en comparación con los que poseía en Krasia, pero después de pasar meses durmiendo en tiendas tras abandonar la Lanza del Desierto, le era agradable un poco de civilización.

En la mano derecha sujetaba la Lanza de Kaji, que usaba a modo de bastón. No tenía necesidad alguna de apoyo, por supuesto, pero el arma antigua le había facilitado el ascenso al poder y nunca la tenía lejos de su alcance. La contera golpeteaba contra la alfombra con un sonido sordo a cada paso que daba.

—Abban llega tarde —comentó Jardir—. Incluso aunque viajara con las mujeres después del amanecer, debería haber llegado ya.

—Jamás comprenderé por qué toleráis semejante khaffit en vuestra presencia, Padre —repuso Asome—. Ese comedor de cerdo debería haber sido condenado a muerte sólo por haberse atrevido a alzar los ojos en vuestra presencia, pero vos escucháis su consejo como si fuera vuestro igual en la corte.

—El propio Kaji impuso a los khaffit las tareas que mejor saben hacer —replicó Jardir—. Abban sabe más que nadie sobre las tierras verdes y un líder sabio debe aprovechar ese conocimiento.

—¿Y qué es lo que hay que saber? —inquirió Jayan—. Los habitantes de las tierras verdes son unos cobardes y unos peleles, y no son mejores que los mismos khaffit. No se merecen luchar como esclavos ni como carnaza.

—No te creas que lo sabes todo —le reprendió Jardir—. Sólo Everam lo sabe. El Evejah nos dice que tenemos que conocer a nuestros enemigos y sabemos muy poco del norte. Si tengo que llevarlos conmigo a la Guerra Santa, tendré que hacer mucho más que matarlos, más incluso que dominarlos. Debo comprenderlos. Y si todos los hombres de las tierras verdes no valen más que los khaffit, ¿quién mejor que uno de ellos para explicarme cómo son sus corazones?

Justo en ese momento llamaron a la puerta y Abban entró cojeando en la habitación. Como siempre, el gordo mercader iba vestido con ricas prendas, sedas y pieles que parecían más adecuadas para una mujer. Una estridente exhibición que parecía desplegar para ofender a los austeros dama y los dal'Sharum.

Los guardias se burlaron de él y lo empujaron a su paso, pero tenían muy claro

que no podían negarle la entrada a Abban. Cualesquiera que fueran sus sentimientos personales, sabían que si molestaban al mercader se arriesgaban a provocar la ira de Jardir, algo que ningún hombre querría atraer sobre sí.

El lisiado khaffit se apoyaba con pesadez en su bastón mientras se acercaba al trono de Jardir, y el sudor perlaba su rechoncho y enrojecido rostro a pesar del frío. Jardir lo miró con asco. Era evidente que traía noticias importantes, pero Abban permaneció jadeando, intentando recuperar el aliento, en vez de comunicarlas.

—¿Qué pasa? —le increpó duramente el líder cuando se le agotó la paciencia.

—¡Tenéis que hacer algo! —exclamó entrecortadamente—. ¡Están quemando los graneros!

—¡¿Qué?! —gritó Jardir. Se puso en pie de un salto y agarró el brazo de Abban, sacudiéndolo con tanta fuerza que el khaffit chilló de dolor—. ¿Dónde?

—En la circunscripción norte de la ciudad —repuso el hombre—. Podéis ver el fuego desde la puerta.

Jardir se apresuró hacia la escalera principal e inmediatamente identificó la columna de humo en ascenso, así que se volvió a Jayan y le dijo:

—Ve. Quiero que apaguen el incendio y me traigas aquí a los responsables.

Jayan asintió y desapareció en las calles; los guerreros entrenados lo siguieron como una bandada de pájaros. Jardir se volvió hacia Abban.

—Necesitáis ese grano si queréis alimentar a la gente durante el invierno —insistió Abban—. Cada semilla y cada miga de pan. Os lo advertí.

Asume se lanzó contra el mercader y, aferrando su muñeca, le retorció el brazo a la espalda, hasta que éste gritó.

—¡No te dirijas al Shar'Dama Ka en ese tono! —rugió el joven.

—Basta —indicó Jardir.

Abban cayó de rodillas en el momento en que Asume le soltó y puso las dos manos sobre un escalón, apoyando la frente entre ellas.

—Diez mil perdones, Liberador.

—Escuché tu cobarde consejo de no avanzar hacia el frío del norte —explicó Jardir mientras Abban gimoteaba en el suelo—. Pero no retrasaré la obra de Everam por esta... —le dio una patada a la nieve que cubría los escalones—... tormenta de arena helada. Si necesitamos comida la tomaremos de los chin de las tierras de alrededor, que para eso tienen tanta.

—Como digáis, Shar'Dama Ka —dijo el mercader contra el suelo.

—Has tardado mucho en llegar, khaffit —añadió Jardir—. Necesito que encuentres a tus contactos mercantiles entre los cautivos.

—Si todavía están vivos —repuso él—, hay cientos de muertos por las calles.

Jardir se encogió de hombros.

—Todo es culpa tuya por tardar tanto. Vete. Pregunta a tus colegas comerciantes y

encuéntrame a los líderes de estos hombres.

—Los dama me matarán en el momento en que intente dar una orden, incluso aunque sea en vuestro nombre, Shar'Dama Ka.

Eso era cierto. Bajo la ley de Evejan, cualquier khaffit que osara dar una orden a sus superiores sería eliminado en ese mismo momento y había muchos que envidiaban la posición de Abban en el consejo de Jardir y estarían encantados de presenciar su fin.

—Enviaré a Asume contigo —replicó el líder—. Ni siquiera el clérigo más fanático se atreverá a desafiarte entonces.

Abban palideció cuando se le acercó Asume, pero asintió.

—Como el Shar'Dama Ka ordene.

Abban

305-308 d.R.

Jardir tenía nueve años cuando el dal'Sharum lo apartó de su madre. Era joven, incluso para Krasia, pero la tribu de los kaji había perdido tantos guerreros ese año, que necesitaba reforzar sus filas antes de que alguna de las otras tribus intentara invadir su territorio.

Jardir, sus tres hermanas pequeñas y su madre, Kajivah, compartían una habitación en el barrio de casitas de adobe de los kaji al lado del pozo seco. Su padre, Hoshkamin, había muerto en combate dos años antes, asesinado en un pozo asaltado por la tribu majah. Era costumbre que uno de los compañeros de los guerreros caídos tomara a la viuda como esposa para mantener a sus hijos, pero Kajivah había dado a luz a tres hijas consecutivas y nadie acogería en su casa un signo de mal agüero como ése. Vivían de un pequeño suministro de comida que procedía del dama local y aunque no poseyeran nada más, al menos se tenían los unos a los otros.

—Ahmann asu Hoshkamin am'Jardir am'Kaji —le llamó el Instructor Qeran—, vendrás con nosotros al sharaj de Kaji para encontrar tu Hannu Pash, el camino que Everam desea que sigas.

El hombre esperó en la puerta junto con el Instructor Kaval, dos guerreros altos e imponentes con aquellas ropas oscuras y los velos rojos de su cargo. Los observaban impasibles mientras la madre de Jardir se echaba a llorar y lo abrazaba.

—Ahora debes ser el hombre de tu familia, Ahmann —le dijo Kajivah—, por mí y por tus hermanas. No tenemos a nadie más.

—Así lo haré, madre —prometió Jardir—. Me convertiré en un gran guerrero y te construiré un palacio.

—No me cabe duda de eso —replicó Kajivah—. Dicen que estoy maldita por haber tenido tres niñas después de ti, pero yo digo que Everam me ha bendecido con un hijo tan grande que no necesita hermanos varones. —Lo abrazó con fuerza, con las mejillas empapadas en lágrimas.

—Ya está bien de lamentos —advirtió el Instructor Kaval. Cogió a Jardir por el brazo y lo sacó de allí. Las hermanas del muchacho se le quedaron mirando mientras lo conducían fuera de la pequeña casa.

—Siempre pasa lo mismo —comentó Qeran—. Las madres nunca pueden desprenderse de un hijo.

—Ella no tiene un hombre que la cuide —replicó Jardir.

—Nadie te ha dicho que hables, chico —ladró Kaval a la vez que le propinaba un fuerte coscorrón en la nuca. Jardir reprimió un grito de dolor cuando su rodilla se estampó contra la piedra arenisca de la calle. El corazón le pedía devolverle el golpe, pero se controló. Por mucho que los kaji necesitasen guerreros, el dal'Sharum lo mataría por una ofensa así sin preocuparse más que él al aplastar un escorpión bajo su sandalia.

—Todos los hombres de Krasia cuidan de ella —le amonestó Qeran, volviendo la cabeza con una enérgica sacudida en dirección a la puerta—, derramando su sangre todas las noches para mantenerla a salvo, mientras ella lloriquea excusas por tener sólo un hijo.

Doblaron una esquina y se dirigieron hacia el Gran Bazar. Jardir conocía bien el camino, pues iba a menudo al mercado, a pesar de no tener dinero. Las fragancias de las especias y el perfume se mezclaban en una embriagadora atmósfera y le gustaba mirar las lanzas y las siniestras hojas curvadas de los puestos de los armeros. Algunas veces luchaba con los otros chicos, preparándose para el momento en que él mismo se convirtiese en un guerrero.

Era raro que los dal'Sharum entrasen en el bazar; esos lugares quedaban lejos de su interés. Las mujeres, los niños y los khaffit se apartaban a toda prisa de su camino. Jardir observó a los guerreros con atención, imitando su porte lo mejor que pudo.

«Algún día —pensó—, será mi camino el que otros dejarán despejado.»

Kaval comprobó una pizarra pintada con tiza y alzó la mirada hacia una tienda grande donde ondeaban coloridos carteles.

—Aquí es —afirmó, y Qeran gruñó.

Jardir los siguió cuando levantaron el faldón de la puerta y entraron a grandes zancadas sin molestarse siquiera en anunciarse.

El interior de la tienda olía a incienso y estaba ricamente alfombrado, atestado de pilas de almohadones de seda, estantes donde colgaban las alfombras, cerámica pintada y otros muchos tesoros. Jardir pasó un dedo por un rollo de seda, estremeciéndose ante su suavidad.

«Con esta tela deberían vestir mi madre y mis hermanas», pensó. Observó sus propios pantalones y túnica marrones, mugrientos y rotos, y suspiró por que llegara pronto el día en que pudiera lucir las ropas negras de los guerreros.

La mujer que había ante el mostrador soltó un chillido al ver a los instructores y Jardir alzó la vista justo en el momento en que ella se cubría la cara con el velo.

—¿Ornara vah'Haman vah'Kaji? —preguntó Qeran. La mujer asintió, con los ojos dilatados por el miedo.

—Hemos venido a por tu hijo, Abban.

—No está aquí —repuso la mujer, pero tanto sus ojos como sus manos, las únicas

partes que quedaban a la vista bajo la gruesa tela negra, temblaban—. Le envié fuera esta mañana, a entregar mercancías.

—Busca en la trastienda —le dijo Qeran a Kaval. El instructor asintió y se dirigió hacia la cortina separadora que había detrás del mostrador.

—¡No, por favor! —lloró Ornara, interponiéndose a su paso. Kaval la apartó de un empujón y desapareció en la parte trasera. Se escucharon más chillidos y un momento después el instructor reapareció arrastrando del brazo a un chico con bombachos, túnica y gorra de color marrón, aunque de tela mucho más fina que la de Jardir. Debía de tener uno o dos años más que él; era bajo y fornido, y estaba bien alimentado. Unas cuantas chicas le siguieron, dos con ropajes del mismo color y tres más con los turbantes negros y el rostro descubierto de las mujeres solteras.

—Abban am'Haman am'Kaji —anunció Qeran—, vendrás con nosotros al sharaj de Kaji para encontrar tu Hannu Pash, el camino que Everam desee para ti. —El chico se echó a temblar al oír las palabras.

Ornara gimió y se aferró a su hijo, intentando retenerlo.

—¡Por favor! ¡Es demasiado joven! ¡Les suplico un año más!

—Cállate, mujer —replicó Kaval, tirándola al suelo—. El chico tiene edad suficiente y está bien gordo ya. Si te lo dejamos un día más se volverá tan khaffit como su padre.

—Debes sentirte orgullosa, mujer —le recriminó Qeran—, A tu hijo se le ha dado la oportunidad de ser mejor que su padre y de servir a Everam y a los kaji.

Ornara cerró los puños, pero se quedó donde había caído, con la cabeza abatida, sollozando quedamente. Ninguna mujer osaba desafiar a los dal'Sharum. Las hermanas de Abban se arracimaron a su alrededor y compartieron su pena. Abban intentó acercárseles pero Kaval lo apartó de un tirón. El muchacho lloró y se quejó mientras lo sacaban a rastras de la tienda. Jardir aún escuchaba el llanto de las mujeres cuando cayó el pesado faldón de la entrada y los rodeó el bullicio del mercado.

Los guerreros ignoraron por completo a los chavales mientras encabezaban el camino hacia los campos de entrenamiento, dando por descontado que ellos les seguirían. Abban continuaba sollozando y temblando.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Jardir—. Tenemos delante un camino lleno de gloria.

—No quiero ser un guerrero —replicó el muchacho—. No quiero morir.

El otro se encogió de hombros.

—Quizá tu destino sea convertirte en dama.

Abban se encogió de hombros.

—Eso sería todavía peor. Fue un dama el que mató a mi padre.

—¿Por qué? —inquirió el chaval.

—Mi padre le derramó tinta en la ropa por accidente.

—¿Y el dama le mató sólo por eso?

Abban asintió, mientras más lágrimas brotaban de sus ojos.

—Le partió el cuello allí mismo. Pasó tan deprisa... alargó el brazo, se oyó un crujido y mi padre cayó... —Tragó con dificultad—. Soy el único hombre que queda para velar por mi madre y mis hermanas.

Jardir lo cogió de la mano.

—Mi padre también ha muerto, y dicen que mi madre está maldita por haber tenido tres hijas seguidas. Pero nosotros somos hombres de la tribu kaji. Podemos superar a nuestros padres y devolver el honor a nuestras mujeres.

—Pero tengo miedo —dijo, intentando contener el llanto.

—Yo también, un poco —admitió Jardir, bajando la mirada al decirlo. Pero un momento más tarde sus ojos relucieron—. Hagamos un pacto.

El otro muchacho, criado en el regateo sin misericordia del bazar, le dedicó una mirada llena de suspicacia.

—¿Qué clase de pacto?

—Nos ayudaremos el uno al otro a lo largo del Hannu Pash —declaró Jardir—. Si tú tropiezas, yo te cogeré y si soy yo el que cae, tú —le sonrió con suficiencia y dio una palmada al vientre redondeado de Abban— amortiguarás el golpe.

Abban gritó y se frotó la barriga, pero no se quejó y se quedó mirando al muchacho, maravillado.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó, mientras se secaba los ojos con el dorso de la mano.

Jardir asintió. Iban caminando a la sombra de los toldos del bazar, pero agarró el brazo de su compañero y lo arrastró a la luz del sol.

—Lo juro por la luz de Everam.

Abban sonrió abiertamente.

—Y yo lo juro por la Corona enjoyada de Kaji.

—¡No os paréis! —ladró Kaval y ellos corrieron para alcanzarlos, pero Abban se movía ahora lleno de confianza.

Los instructores dibujaron grafos en el aire y murmuraron plegarias a Everam, el Creador, al pasar junto al gran templo de Sharik Hora. Más allá del edificio estaban los campos de entrenamiento y los chicos intentaron abarcarlo todo con la mirada, deteniéndose en un grupo de guerreros en pleno entrenamiento. Algunos practicaban con la lanza y el escudo o la red, mientras otros iban a paso de marcha o corrían en formación. Los Batidores se mantenían sobre el último peldaño de la escalera de mano sin sujetarse a ninguna parte, perfeccionando su equilibrio. Y había más dal'Sharum martilleando puntas de lanza o escudos protegidos, o practicando el sharusahk, el arte de la lucha libre.

Unas doce sharaji (o escuelas) rodeaban los campos de entrenamiento, una por cada tribu. Jardir y Abban pertenecían a la tribu kaji, y por tanto los condujeron al sharaj correspondiente. Allí comenzarían el Hannu Pash y de allí saldrían como dama, dal'Sharum o khaffit.

—El sharaj de los kaji es bastante más grande que los demás —comentó Abban, alzando la mirada hacia el enorme pabellón—. Sólo se le acerca el de los majah.

—Claro que sí —explicó Kaval—. ¿Creéis que es una coincidencia que el nombre de nuestra tribu sea kaji, como el del Shar'Dama Ka, el Liberador? Somos la descendencia de sus mil esposas, sangre de su sangre. Los majah —escupió— no son más que los hijos de los pusilánimes que gobernaron cuando el Shar'Dama Ka dejó este mundo. Las otras tribus son inferiores de todas las maneras posibles. Jamás olvidéis eso.

Los condujeron al pabellón y allí les dieron unos simples taparrabos blancos llamados bidos, y se llevaron sus ropas marrones para quemarlas. Ahora eran nie'Sharum; eso no los convertía en guerreros, pero habían dejado de ser niños.

—Con un mes comiendo gachas y un entrenamiento duro vas a quemar toda esa grasa, chico —dijo Kaval cuando Abban se quitó la camisa. El instructor hundió el puño en el vientre barrigudo del muchacho con un gesto de asco. Éste se dobló con el golpe, pero Jardir lo sujetó e impidió que cayera, sosteniéndolo hasta que recobró el aliento. Cuando terminaron de cambiarse, los instructores los llevaron a los barracones.

—¡Sangre nueva! —gritó Qeran al entrar en una habitación sin amueblar de gran tamaño, donde estaban los otros nie'Sharum—, ¡Aquí tenéis a dos nuevos hermanos, Ahmann asu Hoshkamin am'Jardir am'Kaji y Abban am'Haman am'Kaji!

Abban se ruborizó y Jardir entendió en seguida la razón, como todos los otros chicos presentes. Al excluir el nombre de su padre, Qeran casi había anunciado que éste era khaffit, la casta más baja y despreciada de la sociedad krasiana. Se llamaba así a los cobardes y los débiles, aquellos hombres que no eran capaces de soportar el camino del guerrero.

—¡Ja! ¡Nos has traído al hijo gordo de un comedor de cerdo y a una rata canija! —gritó el más grande de los nie'Sharum—. ¡Echadlos de aquí! —Los demás chicos se echaron a reír.

El Instructor Qeran gruñó y le dio un puñetazo en la cara al chico, que se golpeó contra el suelo de piedra, donde escupió un poco de sangre. Todas las risas cesaron.

—Búrlate de ellos cuando ya no lleves el bido, Hasik —dijo Qeran—, Hasta entonces, todos sois ratas khaffits canijas y comedoras de cerdo. —Tras eso, tanto él como Kaval se volvieron y salieron a grandes zancadas.

—Pagareis por esto, ratas —les espetó Hasik, y su última palabra finalizó con un extraño silbido. Se sacó el diente desprendido de la boca y se lo tiró a Abban, que dio

un respingo cuando le cayó encima. Jardir se interpuso de un salto y rugió, pero Hasik y sus seguidores ya se habían dado la vuelta.

Poco después de llegar les entregaron unos cuencos y se dispuso el puchero de las gachas. Muerto de hambre, Jardir se lanzó a la olla, y Abban casi lo adelantó, pero uno de los chicos mayores les bloqueó el paso.

—¿Creéis que vais a comer antes que yo? —les preguntó. Empujó a Jardir contra Abban y ambos cayeron al suelo.

—Levantaos si queréis comer —les indicó el instructor que había traído la olla—. Los chicos que se quedan al final de la cola se van con hambre.

Abban chilló y ambos se apresuraron a ponerse en pie. La mayoría de los chicos ya habían formado la fila, siguiendo un criterio de tamaño y fuerza, con Hasik en el primer puesto. Al final de la cola, los chicos más pequeños luchaban con fiereza para no quedarse los últimos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Abban.

—Nos vamos a poner en la fila —señaló Jardir. Dicho esto, lo cogió del brazo y lo arrastró hasta el centro, donde los chicos sobrepasaban en peso al sobrealimentado Abban—. Mi padre decía que mostrar debilidad es peor aun que sentirla.

—¡Pero yo no sé luchar! —protestó él, temblando.

—Pues aprenderemos —replicó Jardir—, Cuando derribe a uno, échate encima de él con todo tu peso.

—Eso sí puedo hacerlo —admitió. Jardir lo condujo hasta un niño que les rugió de manera desafiante, se irguió todo lo que pudo y se enfrentó a Abban, el más grande de los dos.

—¡Salid de la fila, ratas novatas! —les gruñó.

Jardir no dijo nada, pero enterró su puño en el estómago del chico y le dio una patada en las rodillas. Cuando cayó, Abban aprovechó la ocasión y se dejó caer sobre él, como un bloque de arenisca. Cuando se levantó, Jardir ya había cogido su lugar en la fila. Miró con mala cara a los que tenía detrás, y le hicieron sitio a Abban.

Pero sólo les cayó un simple cucharón de gachas en el bol como recompensa.

—¿Eso es todo? —inquirió Abban sorprendido. El sirviente se los quedó mirando con el ceño fruncido y Jardir se lo llevó de allí. Las esquinas de la habitación estaban ocupadas por los chicos mayores, de modo que se retiraron hacia una de las paredes.

—Me moriré de hambre con esto —comentó Abban, mientras daba vueltas a las gachas aguadas en su cuenco.

—Pues yo diría que nos ha ido mejor que a otros —comentó su compañero, señalando a un par de chavales magullados que se habían quedado sin comida—. Toma un poco de la mía —añadió cuando vio que Abban no se animaba—. Total, en

mi casa tampoco comía mucho más que esto.

Durmieron en el suelo de arenisca del barracón de piedra y sólo les dieron unas finas mantas para protegerse del frío. Acostumbrado a compartir el calor con su madre y sus hermanas, Jardir se acurrucó contra el corpachón cálido de Abban. Oyó en la distancia el Cuerno del Sharak y comprendió que había empezado la batalla. Tardó un buen rato en quedarse dormido y soñó con la gloria.

Se despertó con un respingo cuando alguien le echó una de las finas mantas sobre la cara. Se debatió con dureza, pero le habían envuelto la cabeza y le tenían bien agarrado. Escuchó el grito sofocado de Abban justo a su lado.

Le empezaron a llover golpes por todas partes, patadas y puñetazos que le sacaban el resuello del cuerpo y le sacudían las tripas. Jardir agitó brazos y piernas de modo salvaje, pero aunque percibió que alguno de sus golpes alcanzaba su destino, no sirvieron para menguar el ataque. Antes de que pasara mucho rato, se quedó sin fuerzas, sujeto sólo por la manta que lo ahogaba.

Cuando creyó que no resistiría más y que moriría, sin haber llegado a ganar ni el paraíso ni la gloria, una voz familiar le dijo:

—Bienvenido al sharaj de los kaji, ratas. —La «s» del final silbó a través del diente que le faltaba a Hasik. Les quitaron las mantas y las dejaron caer al suelo.

Los otros chicos se echaron a reír y se envolvieron de nuevo en las suyas, mientras Jardir y Abban se encogían y sollozaban en la oscuridad.

—**P**onte derecho —le siseó Jardir mientras aguardaban la inspección matutina.

—No puedo —lloriqueó Abban—. No he dormido nada y me duelen los huesos.

—Pues no lo demuestres —replicó Jardir—. Mi padre decía que los camellos más débiles son los que atraen a los lobos.

—Pues el mío me recomendaba esconderme hasta que se marcharan —replicó el muchacho.

—¡Silencio! —ladró Kaval—. El dama viene a inspeccionaros, patéticos desgraciados.

Ni él ni Qeran parecieron percibir los cortes y cardenales cuando pasaron junto a ellos. El ojo izquierdo de Jardir estaba medio cerrado por la hinchazón, pero lo único que el instructor notó fue el aspecto alicaído de Abban.

—¡Ponte derecho! —ordenó Qeran, y Kaval subrayó la orden con un correazo a las piernas del chico, que chilló de dolor y estuvo a punto de caer; sin embargo Jardir lo sujetó a tiempo.

Se oyeron risitas por lo bajo, y Jardir le gruñó a Hasik que sólo le devolvió una sonrisa de suficiencia.

Lo cierto era que Jardir se sentía poco mejor que Abban, pero se negaba a demostrarlo. Aunque le daba vueltas la cabeza y le dolían las extremidades, irguió la espalda y se mantuvo atento cuando se le acercó el Dama Khevat. Los instructores se apartaron para dejarle paso, inclinándose en señal de sumisión.

—Hoy es un día triste para los guerreros de los kaji, descendientes del linaje del Shar'Dama Ka, el mismo Liberador, ya que se han visto reducidos a este lote tan lamentable —comentó con aire despectivo, escupiendo en el polvo—. Seguro que vuestras madres mezclaron la semilla de los hombres con pis de camello.

—¡Eso es mentira! —gritó Jardir antes de poder evitarlo. Abban lo miró incrédulo, pero había sido un insulto excesivo, más de lo que podía soportar. Cuando Qeran cayó sobre él a una velocidad temible, Jardir comprendió que había cometido un grave error. El látigo trazó una línea de fuego donde impactó contra su piel desnuda y lo derribó al suelo.

Pero el dal'Sharum no se detuvo allí.

—¡Si el dama dice que vienes de unos orines, así es! —le gritó, azotándolo de forma repetida. Vestido sólo con su bido, Jardir no pudo hacer nada por evitar los golpes. Si se retorció o giraba para proteger un área herida, Qeran encontraba un lugar nuevo donde golpearle. Chilló, pero eso sólo sirvió para intensificar el ataque.

—Ya basta —dijo Khevat, y los golpes cesaron repentinamente.

—¿Has nacido de unos orines? —le preguntó Qeran.

Cuando Jardir hizo el esfuerzo de ponerse en pie, sentía los miembros como si fueran de pan mojado. Mantuvo los ojos fijos en la correa, alzada y preparada para golpear de nuevo. Sabía que si continuaba con su insolencia, el instructor lo mataría. Moriría sin gloria, y su espíritu vagaría durante milenios al otro lado de las puertas del Paraíso con los khaffit, contemplando a los que Everam acogía en su abrazo y esperando a la reencarnación. El pensamiento le aterrorizaba, pero el nombre de su padre era la única cosa que poseía en el mundo y no renunciaría a él.

—Soy Ahmann, hijo de Hoshkamin, del linaje de Jardir —dijo con la mayor calma que pudo. Oyó el jadeo de los demás chavales y se preparó para la paliza que sobrevendría.

El rostro de Qeran se contorsionó de pura rabia y alzó el látigo, pero se contuvo a un ligero gesto del dama.

—Conocí a tu padre, chico —dijo Khevat—. Estuvo entre los hombres, pero no ganó gran gloria en su corta vida.

—Entonces yo la alcanzaré por los dos —prometió el muchacho.

El dama resopló.

—Quizá lo hagas algún día, pero no será hoy. Hoy vales menos aún que un

khaffit. —Se volvió hacia Qeran—, Arrójalo a los pozos de las letrinas, para que los hombres de verdad se le caguen y meen encima.

El instructor sonrió y le dio un puñetazo a Jardir en el estómago. Cuando se dobló, Qeran lo cogió del pelo y lo arrastró hacia las letrinas.

Al marcharse lanzó una ojeada en dirección a Hasik, esperando una nueva sonrisita, pero la expresión del rostro del chico mayor, como la de todos los nie'Sharum allí reunidos, era una mezcla de incredulidad y pálido terror.

Everam vio la fría oscuridad de Nie y no encontró satisfacción en ello. Creó el sol para dar luz y calor, y llenar el vacío. Creó Ala, el mundo, y lo envió a girar en torno al sol. Creó al hombre y a las bestias que le servirían, y observó cómo su sol les daba vida con su calor.

Pero durante la mitad del tiempo, Ala se enfrentaba a la oscuridad de Nie, y las criaturas de Everam tenían miedo. Así que creó la luna y las estrellas para que reflejaran la luz del sol, un recuerdo en plena noche de que no habían sido olvidados.

Y Everam hizo todo esto y se sintió satisfecho.

Pero Nie también tenía sus propios designios. Observó cómo la creación manchaba Su perfecta oscuridad y se sintió irritada. Alzó la mano contra Ala, para destruirla, pero Everam intervino con rapidez y detuvo Su mano.

Pero Everam no había sido lo bastante rápido para evitar la acción de Nie por completo. El mero roce de Sus dedos cayó sobre Su mundo perfecto como una plaga. Su maldad negra como la tinta se extendió por las rocas y la arena, cabalgó en el viento y creó una mancha aceitosa sobre las aguas puras de Ala. Se deslizó por los bosques y por el fuego líquido que manaba del interior del mundo.

Y fue en aquellos lugares donde arraigaron los alagai y crecieron. Como eran criaturas de la oscuridad, su único propósito era destruir y su único placer matar a las criaturas de Everam.

Pero hete ahí que cuando el mundo giraba y la luz y el calor del sol caían sobre las criaturas de la fría oscuridad, éstas desaparecían. El que daba la vida convertía en cenizas su no-vida y los alagai gritaban de dolor.

Desesperados por escapar, huyeron hacia las sombras, escabulléndose en las profundidades del mundo hasta infectar su mismo centro.

Allí, en el oscuro abismo del corazón de la creación, nació Alagai 'ting Ka, la Madre de los Demonios, doncella de la misma Nie. Ella sólo tenía que esperar que el mundo girase para enviar a sus hijos al exterior a arrasarlo la creación.

Everam vio esto, y alzó Su mano para purgar la maldad de Su mundo, pero Nie fue rápida y detuvo Su mano.

Pero a su vez, también él rozó el mundo por última vez, dando a los hombres las armas para tornar la magia alagai contra ellos. Les dio los grafos.

Trabado en una lucha mortal por salvar lo que había creado, Everam no tuvo otra elección que volver su espalda al mundo y lanzarse contra Nie con todas sus fuerzas, peleando sin descanso contra su fría fuerza.

Y así fue en la tierra, como en los cielos.

Todos los días del primer mes de la estancia de Jardir en el sharaj fueron iguales. Al amanecer, el instructor exponía a los nie'Sharum bajo el sol ardiente y los mantenía allí de pie durante horas para que el dama les hablara de la gloria de Everam. Tenían las barrigas vacías y las rodillas debilitadas por el ejercicio y la falta de sueño, pero los chicos no protestaban. El regreso de Jardir, que había vuelto del castigo apestando y ensangrentado, les había enseñado a todos a obedecer sin hacer preguntas.

El Instructor Qeran golpeó a Jardir con la correa.

—¿Por qué sufres? —le preguntó.

—¡Por los alagai! —respondió gritando.

Qeran se volvió y le tocó el turno a Abban.

—¿Por qué es necesario el Hannu Pash?

—¡Por los alagai! —chilló el muchacho.

—Sin los alagai, el mundo sería el paraíso del Cielo, envuelto en el abrazo de Everam —añadió el Dama Khevat.

La correa del instructor cayó de nuevo sobre la espalda de Jardir. Desde el episodio de su desafío del primer día, se llevaba dos latigazos por cada uno de los que recibían los demás chicos.

—¿Cuál es tu propósito en la vida? —gritó Qeran.

—¡Matar a los alagai! —repuso Jardir con otro alarido.

La mano del instructor salió disparada hacia adelante, cogió a Jardir por la garganta y se lo acercó al rostro.

—¿Y cómo morirás? —le preguntó en voz baja.

—Bajo las garras de los alagai —respondió casi ahogado. El instructor lo soltó y él jadeó intentando recuperar el resuello, concentrándose de nuevo antes de que Qeran encontrase otra ocasión para castigarlo.

—¡Bajo las garras de los alagai! —aulló Khevat— ¡Los dal'Sharum no mueren de viejos en sus camas! ¡No caen presos de la enfermedad o el hambre! Los dal'Sharum mueren en la batalla y alcanzan el Paraíso, donde disfrutan de la gloria de Everam, se bañan y beben en ríos de dulce leche fresca y hay vírgenes infinitas consagradas a su cuidado.

—¡Muerte a los alagai! —respondieron con una sola voz los muchachos, alzando los puños hacia adelante—. ¡Gloria a Everam!

Después de estas sesiones, les repartían los cuencos y sacaban el puchero de las gachas. Nunca había suficiente para todos y más de uno se marchaba hambriento. Los más grandes y mayores, comandados por Hasik, habían establecido una jerarquía y llenaban los suyos los primeros, pero aún así, sólo recibían un cucharón cada uno. Coger más o derramar aquel engrudo por pelearse ante la olla era invitar a la ira de los omnipresentes instructores.

Cuando habían comido los mayores, los más pequeños y débiles de los nie'Sharum luchaban con dureza por obtener un sitio en la fila. Después de la paliza de la primera noche y el día pasado en las letrinas, Jardir tardó varios días en poder volver a luchar, pero Abban había aprendido bien como hacer uso de su peso como arma y siempre les aseguraba a ambos un lugar, aunque fuera cercano a la cola.

Al vaciarse todos los cuencos, comenzaba el entrenamiento.

Había carreras de obstáculos para mejorar la resistencia y largas sesiones de práctica del sharukin, series de movimientos para realizar el sharusahk. Aprendieron a marchar y a moverse a paso sincronizado, incluso a la carrera. Con la barriga vacía salvo por aquellas ligeras gachas, los chicos se convirtieron en puntas de lanza, delgados y endurecidos como las armas en cuyo uso los instruían.

Algunas veces los instructores enviaban grupos de chicos a emboscar a los nie'Sharum de los sharaji colindantes, para que les dieran una buena paliza. Nadie estaba a salvo, ni siquiera quien estuviera sentado en las letrinas. Algunas veces los chicos mayores como Hasik y sus amigos montaban a los chavales derrotados de otras tribus por detrás, penetrándolos como si fueran mujeres. Era un grave deshonor y Jardir se había visto obligado a patear a más de un atacante entre las piernas para evitar el mismo destino. En una ocasión, un chico majah intentó arrancarle el bido a Abban, pero Jardir le dio una patada tan fuerte en la cara que le chorreó la sangre por la nariz.

—En cualquier momento los majah atacarán pana tomar un pozo —le dijo Kaval a Jardir cuando llegaron a su lado después del asalto—, o si no serán los kanji los que vengan a llevarse a nuestras mujeres. Debemos estar preparados, en cualquier momento, para morir o matar.

—Odio este sitio —gimió Abban, al borde de las lágrimas, cuando se marchó el instructor—. No puedo esperar a que llegue el Menguante, cuando pueda volver a casa con mi madre y mis hermanas, aunque sólo sea durante la luna nueva.

Jardir sacudió la cabeza.

—Lleva razón. Si bajas la guardia, aunque sólo sea un momento, estás invitando a la muerte. —Cerró el puño—. Y puede que eso le pasara a mi padre, pero a mí, no.

Una vez que los instructores completaban las lecciones diarias, los chicos mayores supervisaban las prácticas, y no eran menos rápidos en castigar que los dal'Sharum.

—Mantén las rodillas dobladas mientras giras, rata —le gruñó Hasik a Jardir al ejecutar éste un complicado sharukin. Subrayó su advertencia pateándole el hueco de las rodillas y lanzándolo contra el polvo.

»¡El de la estirpe de los meados no puede ni hacer un simple giro! —rugió Hasik entre risas a los otros chicos. Aún no podía pronunciar la «s» sin emitir un silbido por el agujero del diente que Qeran le había arrancado.

Jardir gruñó a su vez y se lanzó contra el otro chico. Tenía que obedecer al dama y a los dal'Sharum, pero Hasik era sólo nie'Sharum y no aceptaría que insultara a su padre porque le diera la gana.

Pero Hasik era cinco años mayor que él y le quedaba poco para abandonar su bido. Además, era bastante más grande que Jardir y tenía años de experiencia en el arte letal de la lucha libre. Hasik aferró la muñeca de Jardir y se la retorció, estirándole el brazo para golpeárselo después con el codo.

Jardir escuchó el chasquido y vio cómo el hueso sobresalía de la piel, pero durante un largo momento sólo experimentó el horror, antes de que el dolor le abatiera como un rayo.

Y entonces, gritó.

La mano de Hasik cerró con brusquedad la boca de Jardir, cortando de raíz sus aullidos y acercándolo a su rostro.

—La próxima vez que vengas a por mí, criaño meón, te mataré —le prometió.

Abban se acomodó bajo el brazo bueno de Jardir y lo arrastró hasta el pabellón de las dama'ting en el extremo más lejano de los campos de entrenamiento. La tienda se abrió conforme ellos llegaron, como si los estuvieran esperando. Una mujer alta, vestida de blanco de la cabeza a los pies, y con sólo los ojos y las manos al descubierto, mantuvo el faldón abierto. Les hizo gestos para que se dirigieran a una mesa del interior y Abban se apresuró a colocar allí a Jardir, al lado de una chica también vestida de blanco. Sin embargo, su rostro, joven y bello, era completamente visible.

Las dama'ting no podían dirigirles la palabra a los nie'Sharum.

Abban se inclinó profundamente después de colocar a Jardir en su sitio. La dama'ting asintió en dirección a los faldones de la tienda y él casi se tropezó en su afán por salir de allí. Se decía que las dama'ting podían ver el futuro y sabían cuándo se produciría la muerte de un hombre en el momento en que le miraban.

La mujer se deslizó suavemente hasta llegar al lado del muchacho postrado, y apareció ante sus ojos empañados por el dolor como un borrón blanco. No podría decir si era joven o vieja, bella o fea, severa o amable. Parecía estar por encima de esas cosas sin importancia, como si su devoción por Everam la pusiera más allá de cualquier cosa que interesara a los mortales.

La chica alzó un palo pequeño envuelto en tiras de tela blanca y lo colocó en la

boca de Jardir, empujando con suavidad la mandíbula para que la cerrara. Él comprendió y lo mordió.

—Los dal'Sharum se abrazan a su dolor —le susurró la chica mientras la dama'ting iba de un lado a otro de la mesa reuniendo sus instrumentos.

Sintió una aguda punzada cuando la mujer le limpió la herida, y un estallido de agonía cuando tiró del brazo para encajar el hueso en su sitio. Jardir mordió con fuerza el palo e intentó hacer lo que la chica le había dicho, aferrarse al dolor, aunque ése era un concepto que no entendía del todo. Durante unos momentos fue tan intenso que pensó que no lo resistiría, pero entonces, como si estuviera cruzando una puerta, se convirtió en algo distante, un sufrimiento del que era consciente, pero del que no formaba parte. Se le relajó la mandíbula y el palo cayó hacia un lado, innecesario ya.

Una vez relajado dentro de su dolor, Jardir se volvió para observar a la dama'ting. Trabajaba con serena eficacia, murmurando plegarias a Everam mientras cosía los músculos y la carne. Mezcló hierbas hasta formar una pasta que aplicó sobre la herida, para luego envolverla en una tela limpia empapada con una espesa amalgama blanca.

Con una fuerza sorprendente lo alzó de la mesa y lo colocó en un catre duro. Le acercó un frasco a la boca y Jardir bebió. En seguida sintió calor y cierto atontamiento.

La mujer se dio la vuelta pero la chica permaneció a su lado un momento.

—Los huesos se fortalecen después de haberse roto —le susurró como consuelo, mientras Jardir se deslizaba hacia el sueño.

Cuando se despertó, la chica estaba junto a su catre. Presionaba una tela húmeda contra su frente. Había sido el frescor lo que lo había despertado. Sus ojos se deslizaron por el rostro descubierto. Si alguna vez había pensado que su madre era hermosa, nada podía compararse a aquella chica.

—El joven guerrero despierta —le dijo ella, con una sonrisa.

—Tú sí hablas —comentó él a través de los labios resecaos. Su brazo parecía atrapado en una piedra blanca, pues el envoltorio de la dama'ting se había solidificado mientras él dormía.

—Soy un animal, ¿por qué no habría de hacerlo? —le preguntó la chica.

—A mí, me refiero —aclaró él—. Sólo soy un nie'Sharum. «Y no te merezco ni de lejos», añadió para sí mismo.

La chica asintió.

—Yo soy una nie'dama'ting. Pronto conseguiré el velo, pero como todavía no lo llevo, puedo hablar con quien yo quiera.

Apartó la tela a un lado y acercó un humeante cuenco de gachas a sus labios.

—Supongo que te estarán matando de hambre en el sharaj de los kaji. Come. Ayudará a los hechizos de curación de la dama'ting.

Jardir tragó la comida caliente con rapidez.

—¿Cómo te llamas? —inquirió cuando terminó.

La chica sonrió al limpiarle los labios con una tela suave.

—Muy audaz, para ser un chico que apenas se ha puesto el bido.

—Lo siento.

Ella se echó a reír.

—La audacia no debe ser causa de pena. Everam no ama a los tímidos. Mi nombre es Inevera.

—«Sea la voluntad de Everam» —tradujo Jardir. Era un dicho común en Krasia. Ella asintió.

»Ahmann —se presentó él—, hijo de Hoshkamin.

La muchacha asintió como si eso fuera algo importante, pero había diversión en sus ojos.

—*E*s fuerte y volverá al entrenamiento —le dijo la dama'ting a Qeran al día siguiente—, pero debe comer con regularidad y si se daña el brazo de nuevo antes de que le quite las vendas, responderás ante mí.

El instructor se inclinó ante ella.

—Como la dama'ting ordene.

Le dieron a Jardir un cuenco y lo pusieron el primero de la fila. Ninguno de los otros chicos, ni siquiera Hasik, se atrevió a cuestionar eso, pero Jardir sentía sus miradas de resentimiento clavadas en la espalda. Habría preferido seguir luchando por la comida, incluso con el brazo enyesado, en vez de tener que soportar esas miradas, pero era una orden de la dama'ting. Y si él no comía por propia voluntad, los instructores no dudarían en embutirle las gachas garganta abajo.

—¿Te pondrás bien? —le preguntó Abban mientras comían en su sitio habitual.

Jardir asintió.

—Los huesos se fortalecen después de romperse.

—Preferiría no tener que comprobar eso —replicó Abban y él se encogió de hombros—, Al menos el Menguante comienza mañana —añadió—. Podrás pasar unos días en casa.

Jardir miró la escayola y se sintió profundamente avergonzado. No había manera de ocultársela a su madre y a sus hermanas. Apenas había pasado un ciclo en el sharaj y ya se había convertido en una desgracia para ellas.

*E*l Menguante era el ciclo de tres días de la luna nueva, cuando se decía que el poder de Nie era más fuerte. Los chicos que estaban en el Hannu Pash pasaban ese período en casa con sus familias, para que los padres pudieran ver a sus hijos y recordar el motivo por el que luchaban todas las noches.

Pero el padre de Jardir ya no estaba y él dudaba que hubiera llenado su corazón de orgullo de ninguna de las maneras. Su madre, Kajivah, no hizo mención de la herida cuando volvió a casa, pero las hermanas pequeñas no eran tan discretas.

Como los otros nie'Sharum, Jardir se había acostumbrado a vivir sólo con su bido y sus sandalias. Allí, entre sus hermanas cubiertas de la cabeza a los pies con unas ropas marrones que sólo dejaban al descubierto manos y rostro, se sentía desnudo, y no había forma de disimular la escayola.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —le preguntó Hanya, la hermana más pequeña, nada más llegar.

—Me lo rompí entrenando —repuso él.

—¿Cómo? —inquirió Imisandre, la mayor de las hermanas, y la más allegada al muchacho. Luego le puso la mano en el otro brazo.

Su contacto cariñoso, que en otros momentos había sido como un bálsamo para Jardir, ahora multiplicó por diez su vergüenza, así que apartó el brazo.

—Me lo rompí practicando el sharusahk. No tiene importancia.

—¿Entre cuántos chicos lo consiguieron? —dijo Hanya, y Jardir recordó aquella vez que había golpeado a dos chicos mayores en el bazar porque uno se había burlado de ella—. Apostaría que lo menos diez.

Él frunció el ceño.

—Uno —replicó con brusquedad.

Hoshvah, la mediana, sacudió la cabeza.

—Pues debía medir casi tres metros.

Jardir tenía ganas de gritar.

—¡Dejad de molestar a vuestro hermano! —exclamó Kajivah—. Preparadle un sitio en la mesa y dejadlo en paz.

Hanya se llevó sus sandalias, mientras Imisandre colocaba un banco en la cabecera de la mesa. No había cojines, pero puso una tela limpia sobre la madera para que pudiera sentarse. Después de llevar un mes sentándose en el suelo del sharaj, aquello le pareció un verdadero lujo. Hoshvah se apresuró con los cuencos de arcilla desportillados que Kajivah había llenado con la comida del puchero humeante.

La mayoría de las noches, la familia de Jardir sólo tomaba cuscús, pero Kajivah ahorraba y en Menguante siempre lo mezclaba con verduras y condimentos. En su primer Menguante en casa desde que comenzó su Hannu Pash, había incluso algunos trozos duros e inidentificables de carne dentro del cuenco de Jardir. Era más comida junta de la que había visto en bastante tiempo y olía al amor de una madre, pero a

pesar de ello, no sentía mucho apetito, en especial cuando comprobó que en los cuencos de su madre y sus hermanas no los había. Se obligó a comerlos para no ofenderla, pero el hecho de tener que comer con la mano izquierda hizo que se sintiera aún más avergonzado.

Después de la comida, oraron juntos como una familia, hasta que llegó la llamada de los minaretes de Sharik Hora, que señalaban la hora del crepúsculo. La ley de Evejan dictaminaba que cuando sonara esta llamada, todas las mujeres y los niños tenían que ocultarse.

Incluso la modesta casucha de adobe de Kajivah tenía un sótano enrejado y protegido que daba a la Ciudad Subterránea, un vasto complejo de cavernas que interconectaba todas las que había en la Lanza del Desierto por si se abría una brecha en las murallas.

—Id abajo —le dijo Kajivah a sus hijas—. Quiero hablar a solas con vuestro hermano. —Las chicas obedecieron la orden y la madre le hizo señas a Jardir para que se acercara donde colgaban la lanza y el escudo de su padre.

Como siempre, las armas parecían observarlo desde arriba, juzgándole. Jardir sentía el peso de la escayola en lo más hondo, pero había algo que aún le pesaba mucho más. Miró a su madre.

—El Dama Khevat me dijo que padre no consiguió ningún honor con su muerte.

—Entonces el Dama Khevat no conocía a tu padre como yo —repuso Kajivah—, Sólo decía la verdad y jamás me alzó la mano irritado pese a haberle dado tres hijas, una detrás de otra. No dejó de hacerme hijos por ello y siguió llenándonos la barriga a todos. —Miró a Jardir a los ojos—. Hay honor en esas cosas, al igual que en matar alagai. Repite esto bajo el sol y recuérdalo.

Jardir asintió.

—Lo haré.

—Ahora vistes un bido —continuó—. Eso quiere decir que ya no eres un niño y no puedes bajar con nosotras. Debes esperar en la puerta.

Él volvió a asentir.

—No tengo miedo.

—Quizá deberías tenerlo —repuso Kajivah—, El Evejah nos dice que durante el Menguante, Alagai Ka, el padre de los demonios, acecha en la superficie de Ala.

—No a menos que supere a los guerreros de la Lanza del Desierto —replicó el chico.

Kajivah se estiró y cogió la lanza de Hoshkamin de la pared.

—Quizá no —dijo al entregarle el arma y colocársela en la mano izquierda—, pero si lo hace, caerá en tus manos la responsabilidad de que no entre por nuestra puerta.

Sorprendido, Jardir tomó el arma y Kajivah asintió con la cabeza una vez más

antes de seguir a sus hermanas abajo. Él se dirigió inmediatamente hacia la puerta, con la espalda erguida, donde permaneció toda esa noche y las dos que la siguieron.

—Necesito un objetivo —dijo Jardir— para cuando la dama'ting me quite la escayola; he de volver a la cola de la comida.

—Podemos hacerlo juntos —respondió Abban—, como lo hemos hecho hasta ahora.

El muchacho sacudió la cabeza.

—Si necesito tu ayuda, pensarán que soy débil. Tengo que demostrarles que me he curado y soy más fuerte que antes, o me convertiré en un objetivo para todos.

Abban asintió y consideró el problema.

—Tienes que conseguir un puesto mejor en la fila del que tenías antes, pero no tanto como para provocar a Hasik y sus compinches.

—Piensas como un mercader.

Abban sonrió.

—Me he criado en un bazar.

Observaron la cola cuidadosamente durante los siguientes días y pusieron los ojos en un lugar más allá de la mitad de la cola, un poco más adelante del puesto que Jardir había ocupado antes. Los chicos eran pocos años mayores que él, pero bastante más grandes. Marcaron objetivos potenciales y comenzaron a examinarlos de cerca durante el entrenamiento.

Este seguía más o menos como siempre. La dura escayola mantenía el brazo de Jardir en su lugar mientras saltaba obstáculos, y los instructores le hicieron arrojar con la mano izquierda la lanza y la red. No se le dedicó una atención especial y él tampoco la deseaba. Recibió los mismos correazos que antes en la espalda y a Jardir le pareció bien; se abrazó al dolor sabiendo que cada uno de aquellos golpes les probaba a los otros chicos que, a pesar de la herida, no era débil.

Pasaron las semanas y Jardir trabajó duro; practicaba el sharukin siempre que tenía oportunidad y repetía los movimientos en su mente mientras estaba a punto de dormirse por la noche. Sorprendido, descubrió que podía arrojar y golpear por igual con la mano izquierda que con la derecha. Incluso se aficionó a aporrear a sus oponentes con la escayola, aceptando el ramalazo de dolor cuando le barría el cuerpo entero como si fuera el viento caliente del desierto. Comprendió que cuando la dama'ting le retirase la escayola, él sería mejor gracias a la herida.

—Creo que tiene que ser Jurim —dijo finalmente Abban, la tarde anterior a que le quitaran la escayola—. Es fuerte y alto, pero se olvida de las lecciones e intenta simplemente imponerse por la fuerza a sus contrincantes.

Jardir asintió.

—Quizá. Es lento, y nadie osará desafiarme si le venzo, pero yo estaba pensando en Shanjat. —Señaló con la cabeza en dirección a un chico esbelto que se encontraba justo delante de Jurim en la fila.

Abban sacudió la cabeza.

—No te dejes engañar por su tamaño. Hay una razón por la que está delante de Jurim. Sus brazos y piernas golpean con la fuerza de un látigo.

—Pero le falta precisión —replicó Jardir—, Y pierde el equilibrio cuando falla el golpe.

—Lo cual rara vez sucede —le advirtió Abban—. Tienes más posibilidades de derrotar a Jurim. No regatees demasiado o perderás la venta.

Ocurrió al día siguiente, a mediodía, cuando Jardir regresó del pabellón de la dama'ting y los chicos ya estaban reunidos en la cola de las gachas. Jardir tomó aire, flexionó el brazo derecho y avanzó a zancadas dirigiéndose directamente hacia el centro de la fila. Abban ya había ocupado su puesto habitual, bastante más atrás, y no le iba a ayudar, tal como habían acordado.

«Es el camello más débil el que atrae a los lobos», había oído decir a su padre y aquel simple recuerdo le sirvió para armarse de valor contra el miedo.

—¡Vete para atrás, tullido! —ladró Shanjat, al verle aproximarse.

Jardir le ignoró y se obligó a sonreír abiertamente.

—Que Everam te ilumine siempre por haberme guardado el sitio.

La mirada que brilló en los ojos de Shanjat era de pura incredulidad. Tenía tres años más que Jardir y un tamaño considerablemente mayor. Dudó un momento y el chico aprovechó la oportunidad para empujarle con brutalidad y expulsarlo de la fila.

Shanjat trastabilló, pero era rápido y se mantuvo en pie, aunque levantó una nube de polvo mientras recuperaba el equilibrio. Jardir podría haberle pateado las manos o los pies para derribarle cuando estaba en una posición inestable, pero necesitaba más que una simple victoria si quería acabar con los rumores de que la herida le había debilitado.

Se oyeron risotadas y la fila de la comida se dobló sobre sí misma, rodeando a los dos chicos. La mirada sorprendida se desvaneció de los ojos de Shanjat y fue sustituida por otra de rabia cuando atacó con dureza.

Jardir se contorsionó como un bailarín para evitar los golpes de Shanjat, que fueron tan rápidos como Abban había predicho. Finalmente, como era de esperar, Shanjat lanzó una feroz patada que le hizo perder el equilibrio cuando falló el impacto. Jardir saltó hacia la izquierda, doblando el brazo y dirigiendo su codo derecho hacia los riñones de su contrincante como si fuera una lanza. El muchacho chilló de dolor cuando recibió el golpe.

Luego, Jardir se volvió con la fuerza de un látigo y con el otro codo buscó la espalda de Shanjat y lo derribó. El brazo tenía un aspecto pálido y delgado después

de las semanas que había llevado la escayola, pero los huesos se habían fortalecido mucho, tal como la dama'ting había dicho.

Pero Shanjat logró alcanzar el tobillo de Jardir, le hizo perder el apoyo de los pies y se arrojó sobre él. Forcejearon en el polvo, donde el peso y el mayor alcance de Shanjat obraban en su ventaja. Le hizo una llave de cabeza a Jardir, presionando su puño derecho contra la tráquea con la mano izquierda.

Cuando el mundo empezó a desvanecerse, Jardir comenzó a temer haberse atrevido con alguien que le superaba, pero se aferró al sentimiento como al dolor y se negó a darse por vencido. Dio una formidable patada hacia atrás, un golpe demoledor entre las piernas que hizo que Shanjat soltara su presa con un aullido. El muchacho se liberó y se mantuvo pegado a las articulaciones de su oponente, donde sus golpes tenían menos fuerza si en algún momento llegaban a alcanzarle. Lentamente y de forma laboriosa se abrió camino hacia la derrota de Shanjat machacando con dureza cualquier punto vulnerable que se le pusiera a tiro: los ojos, la garganta, las tripas, y así siguió y siguió.

Cuando finalmente se encontró en la posición idónea, cogió el brazo derecho de Shanjat y lo dobló hacia atrás. Después dejó caer todo su peso sobre la espalda del chico mayor apoyándose en ambas rodillas. Al percibir la articulación del codo, la sujetó con su propio hombro y levantó el brazo con un empujón.

—¡Ahhhh! —chilló Shanjat, y Jardir comprendió que le resultaría muy fácil romperle el brazo del mismo modo que Hasik le había roto el suyo.

—¿Me estabas guardando el sitio o no? —preguntó en voz alta.

—¡Te voy a matar, rata! —aullaba el muchacho golpeando el polvo con la mano libre mientras se retorció y se sacudía, pero sin conseguir desembarazarse de Jardir.

—¡Dilo! —exigió, y alzó más aún el brazo de su oponente. Percibió la tensión en el miembro y comprendió que no resistiría mucho más.

—¡Antes me tirarías por el abismo de Nie! —gritó Shanjat.

Jardir se encogió de hombros.

—Los huesos se fortalecen después de romperse. Disfruta tu estancia con la dama'ting. —Y con un nuevo impulso hacia arriba notó cómo se quebraba el hueso y se desgarraba el músculo. Shanjat exhaló un gemido de pura agonía.

El vencedor se puso en pie lentamente y examinó a los chicos que le rodeaban. Buscó signos de que algún otro deseara desafiarle, pero aunque halló muchas pupilas dilatadas de asombro, no vio a nadie con ganas de vengar al otro muchacho, que yacía en el suelo aullando de dolor.

—¡Abrid paso! —ladró el instructor Kaval, empujando a través de la multitud. Se quedó mirando a Shanjat y luego a Jardir.

—Todavía queda esperanza para ti, chaval —gruñó—. Volved todos a la fila —gritó—, ¡o tiraremos el puchero de las gachas a las letrinas!

Los chicos volvieron a su lugar rápidamente, pero Jardir le hizo señas a Abban, entre la confusión reinante, para que tomara el lugar detrás de él en la fila.

—¡Eh! —gritó Jurim, el siguiente, pero Jardir lo miró con mala cara y él retrocedió, dejando sitio a Abban.

Kaval le dio una patada a Shanjat.

—¡Ponte en pie, rata! —le gritó—. ¡No te han roto las piernas, así que no esperes que nadie te lleve a la dama'ting después de la paliza que te ha dado un crío de la mitad de tu tamaño! —Agarró a Shanjat del brazo bueno y lo puso en pie de un tirón, arrastrándolo consigo hacia el pabellón de curación. Los chicos que quedaban en la cola se rieron de él y le silbaron a la espalda.

—No lo entiendo —comentó Abban—. ¿Por qué no se rindió?

—Porque es un guerrero —replicó su amigo—, ¿te rendirás tú cuando los alagai vengan a por ti?

Abban se estremeció ante el pensamiento.

—Eso es diferente.

Jardir sacudió la cabeza.

—No, no lo es.

Hasik y algunos de los chicos mayores comenzaron su entrenamiento en las murallas del Laberinto poco después de que a Jardir le quitaran la escayola. Cambiaron sus bidos un año después y los que sobrevivieron, Hasik entre ellos, se pavoneaban en los campos de entrenamiento con sus nuevas vestimentas negras y podían visitar el gran harén. Como todos los dal'Sharum, tendrían el menor contacto posible con los nie'Sharum después de eso.

El tiempo pasó deprisa para Jardir, y los días se fundieron en una repetición infinita. Por las mañanas escuchaba al dama ensalzar las glorias de Everam y la tribu de los kaji. Aprendió cosas acerca de las otras tribus krasianas y los motivos por los que eran inferiores y, en especial, por qué la de los majah, entre todas las demás, era ciega a las verdades de Everam. El dama también les habló de otras tierras, y de los cobardes chin del norte, que habían olvidado sus lanzas y vivían como khaffit, temblando ante los alagai.

Jardir nunca se sentía satisfecho con su posición en la cola del engrudo, y siempre intentaba avanzar hacia los lugares donde los cuencos estaban más llenos. Los chicos que tenía delante de la cola se convirtieron en sus objetivos y, uno a uno, los fue enviando al pabellón de la dama'ting; Abban ganaba puestos con él. Cuando Jardir cumplió los once años, él y Abban estaban entre los primeros de la fila, delante de varios chicos mayores que los rehuían.

Pasaban las tardes entrenando o corriendo para servir de objetivo a los Reciaros

de los dal'Sharum, que combatían con las redes. Por la noche, Jardir se dejaba caer en el suelo de piedra fría del sharaj de los kaji, con los oídos aguzados para escuchar la alagai'sharak que tenía lugar fuera, y soñaba con el día en que pudiera luchar entre hombres de verdad.

Avanzado el Hannu Pash, seleccionaron a algunos de los chicos para someterlos a un entrenamiento especial como dama y, de ese modo, encaminarlos a vestir el blanco en el futuro. Abandonaron el sharaj de los kaji y jamás volvieron a verlos. No eligieron a Jardir para ese honor pero a él no le importó. No sentía deseo alguno de pasar los días estudiando manuscritos antiguos o cantando alabanzas a Everam. Él había nacido para portar la lanza.

Los dama mostraron más interés por Abban, que conocía las letras y los números, pero no les hacía ninguna gracia que su padre fuera khaffit, a pesar de que, técnicamente, esa vergüenza no pasaba de un hombre a sus hijos.

—Será mejor que luches —le había dicho un dama a Abban al final, hundiendo el dedo en su amplio pecho.

El muchacho había mantenido buena parte de su volumen, pero los rigores constantes del entrenamiento habían transformado la grasa en músculo. Lo cierto era que se estaba convirtiendo en un guerrero formidable y se le escapó un suspiro de alivio cuando quedó claro que no sería llamado a integrarse en las filas de los blancos.

Los chicos que eran demasiado débiles o lentos fueron expulsados del kaji'sharaj por ser khaffit, y se les obligó a vestir los ropajes marrones de los niños para el resto de sus vidas. Éste era el peor destino de todos con diferencia, ya que llenaba de vergüenza a las familias y les negaba la esperanza del Paraíso. Algunos de ellos, los que tenían corazón de guerreros, a menudo se presentaban como voluntarios a Reclamos, aquellos que provocaban a los demonios y los atraían hacia las trampas del Laberinto. Era una vida corta, pero una que otorgaba honor y abría la entrada al Cielo para los que, de todas formas, habían perdido su oportunidad.

A los doce años, a Jardir le permitieron poner los ojos en el Laberinto por primera vez. El Instructor Qeran subió consigo a los mayores y más fuertes de los nie'Sharum a la enorme muralla protegida, una mole escarpada de arenisca de más de nueve metros de altura que daba al campo de exterminio de demonios que, en otros tiempos, cuando Krasia estaba más poblada, era un distrito entero de la ciudad. Aquel terreno estaba plagado de los restos de antiguas casuchas y docenas de murallas de menor tamaño. Aquéllas sólo tenían seis metros de altura y había grafos grabados en su superficie. Algunas cubrían grandes distancias y giraban en ángulos cerrados, mientras que otras eran simples losas o meras esquinas. Todas juntas conformaban un laberinto tachonado de pozos escondidos, diseñados para atrapar y retener a los alagai hasta que llegara la luz del día.

—La muralla que tenéis bajo vuestros pies —les dijo Qeran, dando un pisotón en el suelo— protege a nuestras mujeres y nuestros hijos, incluso a los khaffit —escupió al otro lado del paredón—, de los alagai. Las otras —y barrió con la mano el complejo infinito y zigzagueante de murallas del Laberinto— son la trampa en la que nosotros les hacemos caer. —Cerró el puño al decir esto y todos los chicos compartieron el orgullo que destilaban sus palabras. Jardir se imaginó a sí mismo corriendo a través de aquel lugar, con la lanza y el escudo embrazado, y su corazón se elevó. La gloria le aguardaba en aquella arena empapada de sangre.

Caminaron por la parte superior de la gruesa muralla hasta que llegaron a un puente de madera que podía retirarse con una gran manivela. De allí se iba hacia otra de las murallas del Laberinto, todas conectadas entre sí por arcos de piedra o lo suficientemente cerca unas de otras como para poder saltar. Las murallas del Laberinto eran delgadas, algunas de menos de medio metro de grosor.

—Los adarves son traicioneros para los guerreros veteranos —explicó Qeran—, además de para los Batidores.

Los Batidores o Auxiliares eran los dal'Sharum de las tribus krevakh y nanji. Aquellos hombres eran los encargados de las escaleras de ataque, y cada uno llevaba una de casi cuatro metros de altura reforzada con acero. Podían unirse unas a otras o usarse solas, y los Batidores eran tan ágiles que podían permanecer en equilibrio sobre ellas sin que nadie las sujetara por la base, mientras inspeccionaban el campo de batalla. Los Auxiliares krevakh estaban subordinados a los kaji, mientras que los nanji seguían las órdenes de los majah.

—El año que viene, vosotros, ayudaréis a los Auxiliares krevakh —les informó Qeran—, rastreando los movimientos de los alagai e informando a los dal'Sharum en el Laberinto, y llevando y trayendo órdenes del kai'Sharum.

Pasaron el resto del día corriendo por los adarves.

—¡Debéis conocer cada centímetro del Laberinto tan bien como vuestras lanzas! —exclamó Qeran.

Los nie'Sharum saltaban de muralla en muralla y se precipitaban por los pequeños puentes de arco con rapidez y agilidad, mientras gritaban eufóricos. Jardir y Abban se echaron a reír ante su alegría.

Pero la constitución voluminosa de Abban no se prestaba a guardar el equilibrio con facilidad y resbaló en uno de los esbeltos puentes. Jardir se abalanzó para cogerle de la mano pero no logró ser lo suficientemente rápido.

—¡Que Nie nos lleve! —maldijo al sentir cómo los dedos de Abban se deslizaban entre los suyos y el chico caía.

Abban soltó un breve alarido antes de chocar contra el suelo. Incluso desde seis metros de altura, Jardir pudo ver que se había roto las dos piernas.

Oyó a sus espaldas una risa que sonó como el rebuzno de un camello y vio que

era Jurim, que se golpeaba la rodilla en pleno ataque de risa.

—¡Abban parece más un camello que un gato! —gritaba.

Jardir rugió y cerró el puño, pero antes de que pudiera incorporarse, apareció el Instructor Qeran.

—¿Qué te has creído?, ¿que el entrenamiento es una broma? —le recriminó y antes de que Jurim pudiera replicarle, lo agarró del bido y lo lanzó por el mismo lado que había caído Abban. El chico chilló mientras recorría los seis metros y luego golpeó con fuerza contra el suelo, donde se quedó inmóvil.

El instructor se enfrentó a los demás chicos.

—La alagai'sharak no es para tomarla a risa —les dijo—. Y es mejor que todos muráis aquí antes de que avergoncéis a vuestros hermanos en mitad de la noche. — Los chicos dieron un paso atrás, asintiendo.

Qeran se volvió hacia Jardir.

—Corre e informa al Instructor Kaval. Que envíe hombres para llevarlos a la dama'ting.

—Sería más rápido si los llevásemos nosotros mismos —osó sugerir el muchacho, sabiendo que el destino de Abban dependería de aquellos preciosos minutos.

—Sólo les está permitido entrar en el Laberinto a los hombres, nie'Sharum — informó Qeran—. Y vete rápido antes de que los dal'Sharum tengan que llevar a tres.

Esa tarde, Jardir se acercó todo lo que se atrevió cuando la dama'ting fue a hablar con el Instructor Qeran después de la comida, y aguzó el oído para escuchar lo que le dijo en voz baja.

—Jurim tiene algunos huesos rotos, y sangra por dentro en varios sitios, pero se recuperará —comentó, y el tono de su voz no mostró que aquello tuviera más trascendencia que si estuvieran hablando del color de la arena. Los velos ocultaban la expresión de su rostro—. El otro, Abban, tiene rotas las piernas por varios puntos. Volverá a caminar, pero no podrá correr.

—¿Podrá luchar? —preguntó Qeran.

—Aún es pronto para decirlo —repuso la mujer.

—Si ése no fuera el caso, matadlo ahora —replicó el instructor—. Es mejor un muerto que un khaffit.

La dama'ting alzó un dedo admonitorio y el instructor retrocedió.

—No eres tú quien decide lo que hay que hacer en el pabellón de las dama'ting, dal'Sharum —siseó ella.

Al instante, el hombre entrelazó sus manos como si estuviera orando y se inclinó con tanta profundidad que su barba casi rozó el suelo.

—Suplico el perdón de la Dama'ting —le dijo—, no quería ser irrespetuoso.

La mujer asintió.

—Por supuesto que no. Eres un instructor dal'Sharum y la gloria de tu cargo se añadirá a las ya obtenidas por ti mismo en la otra vida, cuando te sientes al lado de los preferidos por Everam.

—La Dama'ting me honra.

—Aun así —le contestó ella—, te vendrá bien recordar cuál es tu sitio. Pídele al Dama Khevat una penitencia. Con veinte golpes del látigo de cola de alagai será suficiente.

Jardir jadeó. El látigo de cola de alagai era el más doloroso de todos, tres tiras de cuero trenzadas con púas de metal a todo lo largo de su metro veinte de extensión.

—La Dama'ting es comprensiva —replicó Qeran y se inclinó aún más. Jardir huyó antes de que ninguno de los dos lo viera y se preguntara cuánto podía haber oído.

—No deberías estar aquí —siseó Abban, cuando Jardir se deslizó por debajo del faldón del pabellón de las dama'ting—. ¡Te matarán si te pillan!

—Sólo quería comprobar que te encontrabas bien —repuso él.

Y aunque era cierto, sus ojos examinaron cuidadosamente la tienda, esperando contra toda esperanza encontrarse de nuevo con Inevera. No había vuelto a verla desde el día en que se rompió el brazo, pero no había olvidado su belleza.

Abban dirigió la mirada hacia sus piernas destrozadas, bien sujetas en las escayolas.

—No sé cuando volveré a estar bien, amigo mío.

—No te preocupes —replicó Jardir—, Los huesos se fortalecen después de romperse. Volverás a estar en lo alto de las murallas dentro de poco.

—Quizá —suspiró el muchacho.

Jardir se mordió el labio inferior.

—Te he fallado. Te prometí que te sujetaría cuando cayeras. Lo juré por la luz de Everam.

Abban cogió la mano de su amigo.

—Y así lo habrías hecho, no tengo la menor duda. Vi cómo alzabas la mano para coger la mía. No es culpa tuya que cayera al vacío. Considero tu promesa cumplida.

Los ojos de Jardir se llenaron de lágrimas.

—No te fallaré otra vez —le prometió.

Justo en ese momento, una dama'ting entró en el apartado, flotando silenciosamente. Ella los miró y se encontró con los ojos de Jardir, cuyo corazón se le detuvo en el pecho. El chico se quedó helado y se miraron el uno al otro durante un momento que pareció infinito. La expresión de la dama'ting era ilegible bajo los opacos velos blancos.

Al fin, ella inclinó la cabeza en dirección al faldón de acceso al pabellón. Jardir asintió, sin poder creerse apenas su buena suerte. Apretó la mano de Abban por

última vez y salió disparado de la tienda.

—**E**ncontraréis demonios del viento sobre los adarves pero no debéis luchar con ellos —decía Qeran, mientras caminaba ante los nie'Sharum—, Ése es el deber de los dal'Sharum a los que servís. Aun así, es importante que comprendáis a vuestros enemigos.

Jardir escuchaba con atención, sentado en su lugar habitual en la primera fila del grupo, pero era profundamente consciente de la ausencia de Abban a su lado. Había crecido con tres hermanas pequeñas y el día que llegó al kaji'sharaj encontró a su amigo. La soledad era un sentimiento extraño para él.

—El dama os contó que el demonio del viento reside en el cuarto nivel del abismo de Nie —explicó Qeran a los chicos, gesticulando con su lanza ante una imagen alada dibujada con tiza sobre el muro de arenisca—. Algunos, como los idiotas de la tribu majah, subestiman a los demonios del viento porque carecen de la pesada coraza de los demonios de la arena —continuó—, pero no os dejéis engañar por eso. El demonio del viento no goza del favor de Everam y es una criatura repugnante. Su pellejo puede doblar la punta de una lanza y la velocidad de su vuelo hace difícil golpearle. Esas largas garras —señaló las armas malditas con la punta de su lanza— pueden arrancarle la cabeza a un hombre antes de que éste se dé cuenta de que está allí, y las mandíbulas en forma de pico destrozarle la cara de un solo mordisco.

Se volvió hacia los chicos.

—Muy bien. ¿Cuáles son sus debilidades?

La mano de Jardir se levantó de forma inmediata. El instructor asintió en su dirección.

—Las alas —respondió.

—Correcto —asintió el hombre—. Aunque están hechas de la misma tosca membrana de su piel, las alas son más finas y se extienden sobre cartílagos y huesos. Un hombre fuerte puede atravesarlas con la lanza, o rajarlas con la espada si está afilada y la criatura está boca abajo. ¿Qué más?

De nuevo la mano de Jardir fue la primera en alzarse. Los ojos del instructor se pasearon por los otros chicos, pero ninguno se había movido. Jardir era el más joven del grupo, más de dos años respecto a los demás, pero los demás chicos le mostraban aquí la misma deferencia que en la fila de la comida.

—Son torpes y lentos en tierra —añadió el muchacho, cuando Qeran asintió de nuevo en su dirección.

—Correcto —repitió—. Si se ven forzados a aterrizar, los demonios del viento necesitan luego un cierto espacio para correr o alguna elevación desde la que saltar

para volver a volar. Las particiones del Laberinto están diseñadas para evitar esto. Los dal'Sharum que están en los adarves intentarán echarles la red encima o capturarlos con las boleadoras. Vuestro deber consistirá en informar de su localización a los guerreros en tierra.

Miró a los chicos.

—¿Quién me puede decir cuál es la señal para «demonio del viento caído»?

La mano de Jardir salió disparada.

Pasaron tres meses antes de que Abban y Jurim se reincorporaran al nie'Sharum. Abban caminó de vuelta hacia los campos de entrenamiento con una pronunciada cojera y Jardir frunció el ceño al verlo.

—¿Aún te duelen las piernas? —le preguntó.

El muchacho asintió.

—Puede que mis huesos se hayan fortalecido, pero no se han puesto más derechos.

—Aún es pronto —comentó Jardir—, ya curarán a su tiempo.

—«*Inevera*» —replicó Abban—. ¿Quién sabe cuáles son los designios de Everam?

—¿Estás preparado para luchar de nuevo en la cola del engrudo? —le preguntó Jardir, señalando con la cabeza al instructor que se acercaba con la olla.

Abban palideció.

—Todavía no, te lo suplico —le dijo—, si las piernas me fallan quedaré marcado para siempre.

Jardir frunció el ceño, pero asintió.

—Pero no tardes mucho —le respondió—, o tu pasividad te marcará de la misma manera.

Mientras hablaban caminaron hacia el comienzo de la fila y los otros chicos le cedieron el paso a Jardir como si fueran ratones frente al gato, permitiéndoles acceder a los primeros cuencos. Unos cuantos miraron a Abban con resentimiento pero ninguno osó desafiarlo.

Sin embargo, no hubo tales privilegios para Jurim, y Jardir lo observó con frialdad, recordando aún aquella risa que sonaba como un rebuzno cuando Abban cayó. Jurim caminaba algo rígido, pero no con la cojera que afeaba el paso antes firme de su amigo. Los chicos de la cola lo miraron con mala cara, pero él se dirigió a su puesto habitual detrás de Shanjat.

—Este sitio está ocupado, tullido —le espetó Esam, otro de los nie'Sharum que estaba a las órdenes de Jardir—, ¡Vete al final de la cola!

Esam era un buen luchador y Jardir atendió al enfrentamiento con cierto interés.

Jurim sonrió y extendió las manos en ademán de súplica, pero Jardir vio la manera en la que había posicionado las piernas y no se dejó engañar. Saltó hacia adelante, agarró a Esam y lo derribó. Todo ocurrió en un momento, y en nada, el chico estaba de nuevo en su lugar de siempre. Jardir asintió. Jurim tenía el corazón de un guerrero. Le echó una ojeada a Abban, que ya se había terminado su cuenco de engrudo y no había mostrado el más mínimo interés por la lucha, y sacudió la cabeza con tristeza.

—Acudid todos aquí, ratas —los llamó Kaval una vez que amontonaron los cuencos. Jardir se acercó a los instructores al instante y los otros chicos lo siguieron.

—¿De qué se supone que va esto? —le preguntó Abban.

Jardir se encogió de hombros.

—Nos lo dirán pronto.

—Se os someterá a una prueba de hombría —explicó Qeran—. La pasaréis por la noche y nosotros sabremos quién de vosotros tiene el corazón de un guerrero y quién no. —Abban inhaló bruscamente, asustado, pero Jardir sintió una explosión de excitación. Cada prueba lo acercaba un poco más a los codiciados ropajes negros.

—No hemos tenido noticia alguna de la aldea de Baha kad'Everam desde hace algunos meses y tememos que los alagai hayan roto sus protecciones —continuó Qeran—. Los bahavanos son khaffit, es cierto, pero descienden de los kaji y los damaji han decretado que no podemos abandonarlos.

—Lo que no podemos abandonar es la valiosa cerámica que nos venden, querrá decir —murmuró Abban—. Baha es el hogar de Dravazi, el maestro alfarero, cuyos trabajos embellecen todos los palacios de Krasia.

—¿Es que sólo eres capaz de pensar en el dinero? —lo increpó Jardir con dureza—. Aunque fueran los perros más despreciables de Ala, están infinitamente por encima de los alagai y deben ser protegidos.

—¡Ahmann! —ladró Kaval—. ¿Tienes algo que añadir?

Jardir centró su atención de nuevo en la explicación.

—¡No, instructor!

—Entonces, sujeta tu lengua —lo amonestó Kaval—, o te la cortaré.

Jardir asintió y Qeran continuó.

—Cincuenta guerreros, todos voluntarios, llevarán a cabo la expedición de una semana hacia Baha, conducidos por el Dama Khevat. Vosotros iréis para ayudarlos; llevaréis el equipamiento, alimentaréis a los camellos, cocinaréis y afilaréis sus lanzas. —Volvió la mirada hacia Jardir—. Tú serás el Nie Ka de este viaje, hijo de Hoshkamin.

Los ojos del muchacho se abrieron de par en par. Nie Ka significaba «el primero de ninguno» y quería decir que Jardir era el primero de los nie'Sharum, no sólo en la cola para comer, sino también a los ojos de los instructores, y mandaría y controlaría

la disciplina de los demás chicos a su voluntad. No había habido un Nie Ka en años, desde que Hasik consiguió sus ropas negras. Era un gran honor y uno que no se daba, ni aceptaba, a la ligera, ya que el poder que otorgaba a la vez conllevaba una gran carga de responsabilidad. Respondería ante Qeran y Kaval por los fallos de los otros chicos y sería castigado en consecuencia.

Jardir hizo una profunda inclinación.

—Me concedéis un gran honor, instructor. Ruego a Everam no defraudaros.

—Será mejor que no, si quieres mantener tu piel intacta —dijo Kaval cuando Qeran tomó una banda de cuero con nudos y la ató alrededor del bíceps de Jardir como símbolo de su rango.

El corazón de Jardir latió con fuerza dentro de su pecho. Era sólo una tira de cuero, pero en ese momento le pareció la mismísima Corona de Kaji. Pensó que cuando su madre acudiera al dama para recibir su estipendio semanal, éste se lo diría y se sintió henchido de orgullo. Pronto comenzaría a devolver el honor perdido a las mujeres de su familia.

Y no sólo eso, sino que también se enfrentaría a una verdadera prueba de hombría. Semanas de viaje durante la noche. Podría ver acercarse a los alagai y llegaría a conocer a su enemigo mucho mejor que viéndolo garabateado con tiza en una pizarra o como algo vislumbrado en la distancia mientras corría por el adarve. Ciertamente, era un día de nuevos comienzos.

Abban se volvió hacia Jardir después de que el nie'Sharum se dispersara para llevar a cabo sus tareas. Sonrió y le dio un puñetazo en el bíceps y a la tira de cuero llena de nudos que lo rodeaba.

—Nie Ka —repitió la palabra—. Te lo mereces, amigo mío. Pronto serás kai'Sharum y conducirás tropas de verdad a la batalla.

Él se encogió de hombros.

—*Inevera* —dijo—. Dejemos que el mañana nos traiga lo que le parezca. Para hoy, con el honor tengo bastante.

—Llevabas razón antes, por supuesto —comentó Abban—. A veces siento amargura por la forma en que se trata a los khaffit y hace un rato no he podido controlarme. Los bahavanos merecen nuestra protección y más.

Jardir asintió.

—Sabía que era eso lo que te pasaba —reconoció a su vez—, y yo también me pasé de la raya, amigo mío. Sé que tu corazón alberga mucho más que la codicia de un mercader.

Le dio un apretón en el hombro a su amigo y corrieron a realizar las tareas para preparar la expedición.

Salieron al mediodía. Eran cincuenta guerreros kaji, incluyendo a Hasik, junto con el Dama Khevat, el Instructor Kaval, un par de Batidores krevakh y el pelotón de nie'Sharum de élite a las órdenes de Jardir. Unos cuantos guerreros, los mayores, se turnaron para conducir los carros de provisiones tirados por camellos, pero el resto marcharon a pie, llevando la comitiva a través del Laberinto hacia la puerta principal de la ciudad. Jardir y los otros chicos iban en los carros cuando cruzaron el Laberinto para no mancillar el terreno sagrado.

—Sólo los dama y los dal'Sharum pueden poner los pies sobre la sangre de sus hermanos y ancestros —les había avisado Kaval—. Si alguien lo hace, que sea por su cuenta y riesgo.

Una vez que salieron de la ciudad, el instructor golpeó los carros con su lanza.

—¡Todo el mundo abajo! —ladró Kaval—. ¡En marcha hacia Baha!

Abban se quedó mirando a Jardir con incredulidad.

—Vamos a tardar una semana en cruzar el desierto y, ¡sólo tenemos nuestros bidos para protegernos del sol!

Jardir saltó al suelo.

—Es el mismo sol que nos achicharra en los campos de entrenamiento. —Señaló a los dal'Sharum, que marchaban por delante de los carros de aprovisionamiento—. Y da gracias de que sólo tienes tu bido —le aclaró—, ellos van vestidos de negro, que absorbe el calor, y aun así cada uno lleva su escudo y la lanza, además de la armadura debajo. Si ellos pueden hacerlo, nosotros también.

«Vamos, ¿es que no quieres estirar las piernas después de todas las semanas que te has pasado con la escayola? —le preguntó Jurim a Abban, dándole una palmada en la espalda con una sonrisita de suficiencia y bajando de un salto.

El resto de los nie'Sharum los siguió, caminando al ritmo que Jardir marcaba para mantenerse a la altura de los carros y los guerreros. Kaval los seguía, vigilante, pero dejó a Jardir al mando, quien se sintió orgulloso por la confianza mostrada por el instructor.

La ruta del desierto era una sucesión de antiguos postes de señales que flanqueaban un camino de arena apisonada y arcilla endurecida. El viento omnipresente hacía que la arena ardiente los azotara; y la recogía del camino, de modo que se hacía más duro caminar por él. El sol calentaba la arena hasta el punto de que les quemaba incluso a través de las sandalias. Pero a pesar de todo, los nie'Sharum, endurecidos tras años de entrenamiento, marcharon sin quejarse. Jardir los miró y se sintió orgulloso de ellos.

Sin embargo, en seguida quedó claro que Abban no podría mantener el paso. Chorreaba sudor y su paso desequilibrado hacía que su cojera fuese más pronunciada, por lo que tropezaba con frecuencia. En una ocasión, se tambaleó y cayó sobre Esam, que lo empujó violentamente contra Shanjat. Éste le devolvió el golpe y Abban cayó

pesadamente al suelo. Los otros chicos se echaron a reír cuando el muchacho escupió arena.

—¡Seguid caminando, ratas! —les llamó la atención Kaval, mientras golpeaba su escudo con la lanza.

Jardir deseaba ayudar a su amigo a ponerse en pie, pero sabía que eso sólo empeoraría las cosas.

—¡Levántate! —le ladró en vez de echarle una mano. Abban le devolvió una mirada suplicante, pero él sacudió la cabeza, y le dio una patada por su propio bien—. ¡Abraza el dolor y levántate, idiota! —lo increpó en voz baja, con dureza—, o terminarás tan khaffit como tu padre.

El dolor que vio en los ojos de su amigo le hizo daño, pero sólo le había dicho la verdad. Abban también lo sabía. Tragó aire y se puso en pie, trastabillando a la zaga de los demás. Mantuvo el ritmo durante un tiempo, pero al poco empezó a retrasarse de nuevo hacia el final de la fila. Los otros chicos lo empujaban cuando chocaba contra ellos. Kaval, siempre vigilante, tomó nota y se adelantó hasta caminar al lado de Jardir.

—Si enlentece nuestra marcha, chaval —le dijo—, será a ti a quien arrastre de una correa, para que lo vean todos.

Jardir asintió.

—Como deseáis, Instructor. Yo soy el Nie Ka.

Kaval gruñó y lo dejó en sus manos.

Jardir se dirigió hacia los otros.

—Jurim, Abban, subid a los carros —les ordenó—. Habéis salido hace poco del pabellón de las dama'ting y no estáis preparados para un día completo de marcha.

—¡Por el meado de un camello! —bramó Jurim, mientras apuntaba a Jardir con un dedo—. ¡No me voy a subir al carro como una mujer sólo porque el hijo del comedor de cerdo no puede marchar a nuestro ritmo!

Apenas habían salido las palabras de la boca de Jurim cuando Jardir lo golpeó. Agarró la muñeca del muchacho y se la retorció para estrellarla contra su hombro. Jurim no tuvo más opción que relajarse para evitar que le rompiera el brazo y el mismo impulso del golpe lo hizo caer al suelo de espaldas. Jardir siguió sujetando el brazo y empujó con fuerza hasta que le puso el pie en la garganta.

—Tú te vas a montar en el carro porque lo manda tu Nie Ka —le dijo en voz alta, mientras el rostro del muchacho enrojecía—. Si lo olvidas otra vez, atente a las consecuencias.

El rostro de Jurim había adquirido un tono púrpura para cuando se las apañó para asentir y tragó aire de forma desesperada cuando Jardir lo soltó.

—La dama'ting ordena que andéis cada día un poco más hasta que recuperéis las fuerzas por completo —mintió Jardir—. Mañana, marcharéis una hora más. —Y

luego le dirigió una fría mirada a Abban—. Ambos.

El chico asintió con ansiedad y los dos se dirigieron hacia los carros. Jardir los observó alejarse, mientras rezaba por la pronta recuperación de su amigo. No le iba a poder salvar la cara siempre.

Miró a los otros nie'Sharum, que lo estaban observando y les rugió.

—¿Os he dicho que os detengáis? —les increpó y los chicos recuperaron el paso con rapidez. Jardir marcó el doble de velocidad hasta que volvieron a su posición anterior.

Al caer la noche, Jardir hizo que los nie'Sharum prepararan la comida, y extendieran los petates mientras el dama y los Captores se encargaban del círculo de protección. Cuando estuvo listo, los guerreros se colocaron en su perímetro y encararon la noche con los escudos embrazados y las lanzas a punto, preparados para el momento en que se pusiera el sol y emergieran los demonios.

A tan escasa distancia de la ciudad, los demonios de la arena se alzaron a montones. Sisearon a los dal'Sharum y se arrojaron contra los guerreros. Era la primera vez que los veían tan de cerca y Jardir observó a los alagai con mirada fría, memorizando sus movimientos cuando se lanzaban al ataque de un salto.

Los Captores habían hecho bien su trabajo y la magia mantenía a los demonios a raya. Cuando chocaban contra los grafos, los dal'Sharum gritaban y les clavaban sus lanzas. La coraza de los demonios detenía la mayor parte de los golpes, pero unos cuantos bien dirigidos a los ojos, o algo más abajo para abrirles la garganta, consiguieron algunas bajas. Parecía como si fuera un juego para los guerreros; intentaban atinar con precisión milimétrica y al destello fugaz de la luz mágica unos blancos diminutos, y luego se reían y felicitaban al puñado de guerreros que lo habían conseguido. Algunos se habían ido a comer, pero otros se quedaron esperando a que los demonios comenzaran a aparecer. Hasik fue uno de los primeros en llenar su cuenco, observó Jardir.

Miró en dirección al Instructor Kaval, que salía del círculo después de matar a uno de los demonios. Se había levantado el velo rojo que llevaban por la noche y era la primera vez que Jardir lo veía hacerlo. Llamó la atención del instructor y cuando el hombre asintió con la cabeza, el muchacho se aproximó, inclinándose profundamente.

—Instructor —comenzó—, ésta no es la alagai'sharak que se nos ha enseñado.

Kaval se echó a reír.

—Esto no es la alagai'sharak, chaval, sino sólo un juego para entrenar nuestra puntería. El Evejah ordena que la alagai'sharak sólo debe lucharse en terreno preparado para ello. Aquí no hay pozos, ni muros entrecruzados ni refugios para los

Ojeadores. Seríamos idiotas si abandonáramos el círculo, pero no hay motivo para que no le podamos enseñar el sol a unos cuantos alagai.

Jardir se inclinó de nuevo.

—Gracias, Instructor. Ahora lo entiendo.

El juego duró unas cuantas horas más, hasta que los demonios que quedaban decidieron que no había hueco entre los grafos y comenzaron a rodear el campamento o a sentarse sobre las ancas fuera del alcance de las lanzas, vigilantes. Los guerreros que habían llenado ya su estómago ocuparon sus puestos de guardia, riéndose y silbándole a los que habían fallado y no habían matado a ningún demonio y ahora se dirigían a degustar la comida.

Una vez todos hubieron cenado, la mitad de los guerreros se fue hacia sus petates y la otra mitad permaneció como estatuas en el anillo que rodeaba el campamento. Después de unas cuantas horas de sueño, los guerreros relevaron a sus hermanos.

Al día siguiente, atravesaron una aldea khaffit. Jardir jamás había visto ninguna antes, aunque había muchos oasis en el desierto, la mayoría al sur y al este de la ciudad, en cualquier sitio donde un hilillo de agua brotara del suelo y llenara una pequeña charca. Los khaffit que habían huido de la ciudad a menudo se reunían en algunos de ellos, y mientras fueran capaces de alimentarse por sí mismos y no fueran a mendigar a la muralla de la ciudad o acosaran a los mercaderes de paso, los dama los ignoraban, encantados.

Había oasis más grandes, también, donde una acumulación de agua mayor permitía reunirse a cien o más khaffit, a menudo con mujeres y niños a la zaga. En esos casos, los dama les prestaban algo más de atención, y los guerreros de las tribus reclamaban unos u otros oasis del mismo modo que competían por los pozos de la ciudad, cobrando impuestos a los khaffit en trabajo y especie por el derecho a vivir allí. De vez en cuando los dama viajaban a las aldeas más cercanas a la ciudad y se llevaban a algunos chicos para el Hannu Pash y a las muchachas más hermosas como jiwah'Sharum para los grandes harenes.

La aldea por la que pasaron no tenía muralla, tan sólo una serie de monolitos de arenisca alrededor del perímetro con antiguos grafos grabados profundamente en la piedra.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó en voz alta Jardir cuando pasaron cerca.

—Es Arenisca —replicó Abban—. Unos trescientos khaffit viven aquí. Los llaman poceros.

—¿Poceros? —inquirió Jardir.

Abban señaló un pozo gigantesco en el suelo, uno de los muchos que había en la aldea, donde los hombres y las mujeres trabajaban duramente, extrayendo la arenisca

con palas, picos y sierras. Eran gente de anchos hombros y musculosos, bastante distintos a los khaffit de ciudad que conocía Jardir. Los niños trabajaban con ellos, cargando los carros y conduciendo los camellos que sacaban los sillares de piedra de los pozos. Todos llevaban ropas marrones: los hombres y los niños, túnicas y gorros; las mujeres y las niñas, vestidos del mismo color que dejaban poco espacio a la imaginación ya que llevaban los rostros, los brazos e incluso las piernas casi por completo descubiertas.

—Son gente fuerte —comentó Jardir—, ¿por qué se les considera khaffit? ¿Es que todos son cobardes? ¿Y qué pasa con las chicas y los chicos? ¿Por qué no las casan a ellas y ellos van al Hannu Pash?

—Sus ancestros quizá fueron khaffit por sus propios errores, amigo mío —repuso Abban—, pero éstos lo son de nacimiento.

—No lo entiendo —insistió Jardir—. Nadie es khaffit de nacimiento.

Abban suspiró.

—Tú dices que sólo pienso en mercaderías, pero a lo mejor eres tú el que no piensa en ellas lo bastante. Los damaji quieren la piedra que esta gente extrae y un ganado sano que pueda hacerlo. A cambio, ellos les ordenan a los dama que no vengán a buscar a estos chicos.

—Y les condenan a pasar toda su vida como khaffit, también —replicó él—. ¿Por qué iban sus padres a querer eso?

—Los padres se comportan de modo extraño en los asuntos que atañen a sus hijos.

Jardir recordó las lágrimas de su madre y los chillidos de la de Abban y no pudo disentir de esa afirmación.

—Aun así, estos hombres podrían convertirse en grandes guerreros y sus mujeres serían buenas esposas que darían a luz hijos fuertes. Es un despilfarro desaprovecharlos de esa manera.

Abban se encogió de hombros.

—Al menos, cuando uno cae herido, los demás no se lanzan sobre él como una manada de lobos.

Pasaron otros seis días de viaje antes de llegar al acantilado frente al río que alimentaba la aldea de Baha kad'Everam. No encontraron más aldeas khaffit por el camino. Abban, cuya familia comerciaba con muchas de ellas, dijo que se debía a que el río subterráneo que alimentaba muchos oasis cerca de la ciudad no se extendía tan al este. La mayoría de las aldeas se encontraban al sur de la ciudad, entre la Lanza del Desierto y las lejanas montañas meridionales, a lo largo del curso seguido por el río. Jardir jamás había oído hablar de ríos subterráneos, pero confiaba en los

conocimientos de su amigo.

El río que tenían ante ellos no iba bajo tierra, pero con el tiempo, había erosionado un gran valle abriéndose paso a través de incontables estratos de arenisca y arcilla. Veían su lecho muy lejos allá abajo y el agua parecía apenas un hilillo desde aquella altura.

Marcharon en dirección sur siguiendo el desfiladero hasta que apareció el camino que llevaba a la aldea, apenas visible a pesar de que estaban casi encima de él. El dal'Sharum tocó el cuerno de saludo, pero no se recibió respuesta alguna mientras bajaban por la empinada y estrecha senda hacia la plaza del pueblo. Cuando llegaron allí no encontraron ningún habitante.

La aldea de Baha kad'Everam se había construido en varios niveles esculpidos en la ladera del desfiladero. Una escalera amplia, aunque desigual, subía por ella en zigzag, y daba lugar a una serie de terrazas para los edificios de adobe de cada nivel. No había signos de vida en el poblado y las telas que servían de puertas ondeaban perezosamente a lomos de la brisa. La imagen hizo pensar a Jardir en algunas de las zonas más antiguas de Lanza del Desierto; buena parte de la ciudad había quedado abandonada al disminuir la población. Los edificios antiguos eran testimonio de los tiempos en que los krasianos eran innumerables.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Jardir en voz alta.

—¿No es evidente? —inquirió Abban a su vez.

El otro muchacho lo miró con curiosidad.

—Deja de mirar sólo a la aldea y toma más perspectiva —le explicó.

Jardir se dio la vuelta y vio que el río no sólo había parecido un hilillo por la altura sino también porque las aguas apenas alcanzaban a llenar un tercio del lecho.

—No ha llovido bastante —razonó Abban— o se ha cambiado el curso del río aguas arriba. El cambio ha privado a los bahavanos del pescado del que dependían para sobrevivir.

—Pero eso no explicaría que murieran todos en la aldea —replicó su amigo.

El otro se encogió de hombros.

—Quizá el agua se ha corrompido al perder profundidad y se ha contaminado a causa del cieno del lecho. De cualquier modo, por enfermedad o hambre, los bahavanos no habrán sido capaces de mantener activas las protecciones. —Hizo un gesto en dirección a las profundas marcas de garras en las paredes de adobe de algunos edificios.

Kaval se volvió hacia Jardir.

—Rastread la aldea en busca de supervivientes —ordenó. Jardir se inclinó y se dirigió hacia los nie'Sharum de inmediato. Los distribuyó en grupos de dos y envió a cada pareja a un nivel distinto. Los chicos salieron disparados por las escaleras desiguales con tanta agilidad como si estuvieran corriendo por los adarves del

Laberinto.

En seguida quedó claro que Abban tenía razón. Había signos del ataque de los demonios en casi todos los edificios; marcas de garras en las paredes y muebles, y signos de lucha por todas partes.

—Pero no hay cadáveres —indicó.

—Se los han comido —repuso Jardir, mientras señalaba lo que parecían ser piedras negras de las que sobresalían unos trozos blancos, dispersas por el suelo.

—¿Qué es eso? —inquirió el muchacho.

—Mierda de demonio —repuso—. Los alagai se comen a sus víctimas enteras y luego cagan los huesos.

El chico se tapó la boca, pero no fue suficiente. Corrió hacia un lado de la habitación, sacudido por las arcadas.

Los nie'Sharum informaron de sus descubrimientos al Instructor Kaval, que asintió como si eso no fuera una sorpresa para él.

—Ven conmigo, Nie Ka —le ordenó, y Jardir le siguió mientras caminaba hacia donde estaba el Dama Khevat con los kai'Sharum.

—Los nie'Sharum han confirmado que no hay supervivientes, Dama —informó Kaval. Los kai'Sharum le superaban en rango, pero él era instructor y había entrenado a casi todos los guerreros de la expedición, incluyéndolos a ellos. Como solía decirse: «Las palabras dichas por un velo rojo, pesan más que las del blanco».

El Dama Khevat asintió.

—Los alagai maldijeron esta tierra cuando irrumpieron a través de los grafos. Se llevaron a su mundo los espíritus de los khaffit muertos. Percibo sus gritos en el aire. —Alzó la mirada hacia Kaval—. Se avecina el Menguante. Emplearemos dos días con sus noches para preparar la aldea y rezar.

—¿Y cuando llegue el tercer día? —preguntó el instructor.

—Cuando llegue la tercera noche, bailaremos la alagai'shakar —dijo Khevat—, para santificar la tierra y liberar sus espíritus y que así puedan reencarnarse con la esperanza de una casta mejor.

Kaval hizo una reverencia.

—Como digáis, Dama. —Luego echó una ojeada a la escalera y a los edificios contruidos frente al acantilado y al amplio espacio vacío a sus pies que descendía lentamente hacia la orilla del río—. Aquí debe de haber, sobre todo, demonios de la arcilla —conjeturó—, aunque quizá hayan intervenido también algunos del viento o de la arena. —Se volvió hacia los kai'Sharum—. Con vuestro permiso, haré que los dal'Sharum excaven pozos con protecciones en la explanada y que organicen apostaderos en las escaleras para arrojar a los alagai a los pozos y que esperen allí al sol.

Los kai'Sharum asintieron y el instructor se volvió hacia Jardir.

—Haz que los nie'Sharum busquen por todos los edificios restos para convertirlos en barricadas. —El muchacho asintió y se volvió para marcharse, pero Kaval le cogió del brazo—. Asegúrate de que no se quedan con nada —le advirtió—. Todo debe sacrificarse a la alagai'sharak.

—Nosotros limpiaremos el primer nivel —le dijo Jardir a Abban.

—El siete es el número de la suerte —le contradijo él—. Que vayan Jurim y Shanjat al primero.

Jardir miró la pierna de Abban con escepticismo. Se las había apañado para mantener la marcha pero su cojera no había desaparecido y a menudo le veía masajearse la extremidad cuando creía que nadie lo miraba.

—Suponía que el primer nivel te sería más fácil de subir con esa pierna curada sólo a medias —comentó.

Abban se puso las manos en las caderas.

—¡Amigo mío, me ofendes! —replicó—. Estoy tan en forma como el mejor camello del bazar. Hiciste bien en presionarme para que me esforzara un poco más cada día y subir hasta el séptimo nivel me vendrá bien.

Jardir se encogió de hombros.

—Como quieras —repuso y ambos se dispusieron a trepar por la escalera después de que Jardir hubiera repartido las instrucciones a los otros nie'Sharum.

Los escalones irregulares de Baha estaban excavados en la misma superficie de la roca, apuntalados en lugares clave con arenisca y arcilla. Algunas veces eran estrechos, con el ancho de un pie humano, pero otras veces había que dar varios pasos antes de acceder al siguiente. La piedra gastada mostraba el paso de muchos carros cargados tirados por bestias de carga. Los escalones cambiaban de dirección a cada nivel y partía de ellos un camino hacia los edificios de esa terraza.

No habían llegado demasiado lejos cuando Abban comenzó a jadear y su rostro redondeado se perló de sudor. Su cojera se acentuó y en el quinto nivel siseaba de dolor a cada paso.

—Quizá hemos ido demasiado lejos para un solo día —aventuró Jardir.

—No pasa nada, amigo mío —replicó el muchacho—. Estoy... —gruñó y espiró aire—... fuerte como un camello.

Jardir sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Hay esperanzas de que hagamos de ti un guerrero.

Al fin, consiguieron llegar al séptimo nivel y Jardir se volvió para asomarse por encima del bajo muro. A lo lejos, los dal'Sharum doblaban la espalda mientras cavaban profundos pozos con sus palas cortas. Estaban emplazados al borde de la primera terraza, de modo que si un demonio se arrojaba por el muro caería justo dentro de ellos. Jardir estaba impaciente por que empezara la batalla, incluso aunque a él y a los otros nie'Sharum no les estuviera permitido combatir.

Se volvió hacia Abban, pero su amigo había ignorado las vistas y había avanzado hacia el interior de la terraza.

—Deberíamos empezar a vaciar los edificios —comentó Jardir, pero su compañero hizo como que no le oía y se alejó de él cojeando. Jardir se dio cuenta de lo que le pasaba en el momento en que Abban se detuvo frente a un gran arco de entrada y sonrió abiertamente al ver los símbolos grabados en la arcada.

—¡Nivel siete! ¡Lo sabía! —exclamó Abban—. El mismo número de pilares que hay entre el Cielo y Ala.

—Jamás había visto grafos como éstos —comentó Jardir mirando los símbolos.

—No son grafos, son palabras pintadas —le explicó Abban.

Jardir las observó con curiosidad.

—¿Palabras como las que hay escritas en el Evejah?

El muchacho asintió.

—Mira lo que dice: «Aquí, a siete niveles de Ala, en honor de Aquél que lo es Todo, se encuentra el humilde taller del maestro Dravazi».

—El alfarero del que me hablaste —gruñó su compañero. Abban asintió y se adelantó para apartar la cortina que colgaba del arco, pero Jardir lo cogió del brazo y le dio la vuelta para encararse con él.

—Entonces, ¿sí puedes abrazar el dolor cuando es para obtener beneficios, pero no honor? —le recriminó.

El muchacho sonrió.

—Simplemente soy práctico, amigo mío. El honor no se puede gastar.

—En el Cielo, sí —replicó Jardir.

Abban resopló.

—No podemos encontrar ropa para nuestras madres y hermanas en el Cielo. —Tiró para liberar el brazo y entró en la tienda. Jardir no tuvo más opción que seguirlo y se estampó contra su corpachón cuando Abban se detuvo al poco trecho de la entrada, boquiabierto.

—La mercancía está intacta —susurró Abban con los ojos reluciendo de pura codicia. Jardir siguió la dirección de su mirada y quedó mudo de sorpresa. Allí, apilada con cuidado y lista para ser transportada, se encontraba la cerámica más exquisita que había visto en su vida. El cargamento ocupaba toda la habitación. Había ollas, vasos, cálices, lámparas, platos y cuencos. Todos ellos pintados en vivos colores y pan de oro, vidriados al fuego hasta conseguir un brillo intenso.

Abban se frotó las manos de pura excitación.

—¿Tienes idea del valor que tiene esto, amigo mío? —le preguntó a Jardir.

—No importa —respondió éste—, no es nuestro.

El muchacho se lo quedó mirando como si fuera idiota.

—Si los propietarios están muertos no es robar, Ahmann.

—Obtener botín de los muertos es peor que robar —replicó—. Es profanación.

—Profanar es tomar el trabajo de toda la vida de un maestro artesano y convertirlo en un montón de basura —repuso Abban—. Hay muchos desechos que usar para las barricadas.

Jardir contempló la cerámica.

—Muy bien —resolvió al final—. La dejaremos aquí. Contaremos la historia de que dejamos aquí esta muestra del arte del más grande de los khaffit para que Everam contemple sus obras y permita reencarnarse a su espíritu en una casta superior.

—¿Para qué hay que contarle nada a Everam, si Él es omnisciente? —le preguntó. Jardir cerró la mano en un puño y Abban dio un paso hacia atrás.

—No escucharé blasfemias sobre Everam —rugió—. Ni siquiera de ti.

Abban alzó las manos en ademán de súplica.

—No pretendía blasfemar. Simplemente quería decir que Everam puede ver la cerámica igual en un palacio de los damaji que en este taller olvidado.

—Podría ser —concedió el muchacho—, pero Kaval dijo que todo debía sacrificarse a la alagai'sharak y eso significa que esto también.

Los ojos de Abban se movieron hacia el puño de Jardir, aún cerrado con fuerza, y asintió.

—Por supuesto, amigo mío —accedió—. Pero si realmente queremos honrar a este gran khaffit y recomendarle al Cielo, podríamos usar los recipientes grandes para acarrear la tierra que sacan los dal'Sharum de los pozos. Eso hará que la cerámica cumpla una utilidad y participe en la alagai'sharak y mostrará la valía de Dravazi a los ojos de Everam.

Jardir se relajó y su puño se abrió hasta mostrar de nuevo los cinco dedos. Le sonrió y asintió.

—Ésa es una idea estupenda.

Seleccionaron las piezas más adecuadas para la tarea, las llevaron al campamento y dejaron el resto, bien apiladas, tal como las habían encontrado.

Jardir y los demás se concentraron en su trabajo y los dos días completos con sus noches pasaron rápidamente mientras el campo de batalla para la alagai'sharak tomaba forma. Cada noche estudiaban a los demonios y hacían planes, resguardados tras los círculos de protección. Los niveles aterrizados de la aldea se convirtieron en un laberinto de escombros. En ellos se escondían habitaciones protegidas que los dal'Sharum usarían de apostaderos. De esos puntos saldrían para conducir a los alagai hacia los muros y despeñarlos hacia los pozos, o bien para echarles la red y atraparlos en círculos portátiles. Se crearon almacenes protegidos con grafos en cada nivel; allí aguardarían los nie'Sharum, preparados para suministrar lanzas nuevas o redes a los

guerreros.

—Quedaos tras los grafos hasta que se os llame —instruyó Kaval a los novicios —, y si tenéis que atravesar la zona, hacedlo rápido, dirigiéndoos directamente de un área protegida a la siguiente, hasta que lleguéis a vuestro destino. Manteneos agachados detrás del muro y usad toda la cobertura que podáis.

Hizo que los chicos memorizaran el laberinto provisional para que pudieran encontrar los depósitos escondidos con los ojos cerrados, si fuera necesario. Los guerreros encenderían hogueras para ver y luchar a su luz, también para vencer la frialdad de la noche del desierto, pero aun así existirían zonas en sombras donde los demonios, que veían en la oscuridad, tendrían todas las ventajas de su parte.

Al caer el sol, Jardir y Abban aguardaban en el almacén de abastecimientos del tercer nivel. El acantilado encaraba hacia el este, y observaron cómo avanzaba la sombra que proyectaba, hasta cubrir el valle del río, y luego reptaba por el lejano acantilado que había enfrente como una mancha de tinta. Allí, entre las sombras del valle, comenzaron a emerger los alagai.

La niebla se filtró entre la arcilla y la arenisca hasta coagularse en formas demoníacas. Jardir y Abban observaron fascinados cómo aparecían los demonios en la explanada situada nueve metros más abajo, iluminados por las grandes hogueras, mientras los dal'Sharum entregaban todo lo que podía quemarse en Baha al fuego.

Jardir fue consciente por primera vez de lo que los dama les habían estado contando todos esos años. Los alagai eran abominaciones ocultas a la luz de Everam. Todo en Ala habría sido el paraíso del Creador si no fuera por esa mácula hedionda. La aversión a esos monstruos llegó hasta el mismísimo centro de su ser y comprendió que daría su vida alegremente para destruirlos. Se agarró a una de las lanzas que había en el almacén, imaginando el día en que podría cazarlos en compañía de sus hermanos del dal'Sharum.

Abban se aferró al brazo de Jardir y éste se volvió para ver cómo su amigo señalaba con mano temblorosa el muro que tenía a menos de un metro de distancia. La niebla se alzaba a todo lo largo de la terraza y justo sobre el muro se estaba formando un demonio del viento. Se agazapó, con las alas dobladas, cuando se solidificó. Ninguno de los chicos había estado tan cerca de un demonio y su mera visión llenó a Abban de terror, aunque a Jardir sólo le invadió una profunda rabia. Sujetó la lanza con más fuerza y se preguntó si podría cargar contra la criatura y derribarla del muro antes de que estuviera completamente formada.

Abban le apretó la mano con tanta fuerza que le hizo daño. Jardir atendió a su amigo y vio que lo miraba directo a los ojos.

—No seas estúpido —le dijo.

Jardir volvió a contemplar al demonio, pero no tuvo que tomar ninguna decisión, porque en ese momento el alagai se elevó del muro de arenisca y se lanzó hacia la

oscuridad. De repente resonó un chasquido y el demonio del viento voló hacia arriba con sus enormes alas desplegadas tapando las estrellas a su paso.

No lejos de allí, se formó un demonio de la arcilla de color naranja, apenas distinguible de la pared de adobe en la que se apoyaba. El demonio era pequeño y espigado, no más grande que un perrito, pero su cuerpo era una masa compacta y asesina de músculos abultados y garras, con unas gruesas placas acorazadas entrelazadas. Alzó su cabeza roma y olisqueó el aire. Kaval les había enseñado que la cabeza de un demonio de la arcilla podía aplastar casi cualquier cosa. Eran capaces de machacar la piedra y abollar el mejor acero. Cuando el demonio cargó contra ellos y su cabeza chocó contra los grafos que rodeaban el depósito, tuvieron la oportunidad de constatar su poder de primera mano. La magia plateada estalló como una telaraña, irradiando desde el punto de impacto y rechazando al demonio. Pero éste no se dio por vencido y volvió a cargar contra las protecciones. Esta vez hundió las garras en la pared del acantilado mientras su cabeza golpeaba de forma repetida, martilleando los grafos y haciendo que la magia ondease en todas direcciones a través del aire.

Jardir cogió la lanza y la arrojó contra las fauces del demonio como había visto que hacían los dal'Sharum en el viaje a través del desierto. Pero aquella bestia era demasiado rápida y apresó la lanza con sus mandíbulas. La punta de metal se retorció como si fuera de barro cuando el demonio sacudió la cabeza. Sus empujones arrancaron el arma de la mano de Jardir y casi lo sacaron de la seguridad que ofrecía el hueco de la pared. El demonio volvió la cabeza hacia un lado con la fuerza de un látigo y envió la lanza sobre el muro hacia la oscuridad.

Hasik vio el incidente desde el depósito que había bajo la terraza donde se encontraba. Lo habían destinado como Reclamo y pronto saldría de allí para conducir a los demonios a su final.

—¡Desperdicia otra lanza, rata, y yo mismo te lanzaré por encima del muro detrás de ella! —le gritó, con la «s» aún silbante después de tantos años.

Jardir sintió una gran vergüenza y se retiró al interior del hueco para esperar órdenes.

Los Batidores krevakh, en equilibrio sobre las escaleras, podían moverse de un nivel a otro en segundos. Inspeccionaron el campo de batalla desde lo alto e hicieron signos a los kai'Sharum, que tocaron el Cuerno de Sharak. Así comenzó la danza.

Hasik salió del lugar donde se apostaba, aullando y saltando para atraer la atención de los demonios cercanos. Jardir lo observó, fascinado. Fuera cuales fuesen los sentimientos que le inspiraba Hasik, el honor de aquel hombre no tenía límites.

Varios demonios de la arcilla chillaron cuando lo detectaron y se lanzaron en su caza. Sus piernas cortas pero poderosas se movían con una velocidad terrorífica, pero Hasik permaneció quieto sin mostrar miedo. Dejó que se acercaran a él antes de esquivarlos y entonces corrió hacia el apostadero que había más arriba, pasadas las

primeras barreras. Mientras Hasik avanzaba, el demonio de la arcilla que había atacado a Jardir saltó sobre él, pero el muchacho hizo una finta y alzó el escudo de tal forma que no sólo rechazó el ataque, sino que también hizo que la magia enviara al demonio dando vueltas sobre el muro. La bestia se precipitó en los pozos chillando y se convirtió en la primera víctima de la noche.

Hasik corrió hacia el laberinto de escombros, zigzagueando por las barreras con una velocidad y una agilidad insospechadas debido a su corpulencia. Jardir y Abban dejaron de verlo, pero lo oyeron gritar: «¡Va!» al acercarse al apostadero. El grito era el aviso tradicional de los Reclamos, y con él informaban a los dal'Sharum ocultos en el escondrijo de que se acercaban los alagai.

Se oyeron gritos y relámpagos mágicos cuando los guerreros camuflados cayeron sobre los demonios desprevenidos. Los chillidos de los alagai inundaron la noche y el sonido hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Jardir. Él también anhelaba hacer que los demonios aullaran de puro sufrimiento. Un día...

Mientras cavilaba, un Batidor, Aday, saltó el muro justo frente a ellos. Su escalera de casi cuatro metros era suficiente para pasar de un nivel a otro.

Aday tiró de la sólida correa de cuero atada a su muñeca para recoger la escalera. La colocó para acceder al siguiente nivel, pero entonces se oyó un gruñido que lo detuvo. El Batidor echaba una ojeada hacia arriba justo en el momento en que el demonio de la arcilla saltó sobre él.

Jardir se puso en tensión, pero no tendría por qué haberse preocupado. Rápido como una serpiente, el Auxiliar cruzó la escalera sobre su pecho a la distancia de un brazo para rechazar al demonio. Luego lo pateó por entre los travesaños y mandó al alagai hacia el suelo de la terraza.

En el tiempo que necesitó el demonio para recobrase, Aday se deslizó hacia atrás varios metros, hasta interponer toda la extensión de la escalera entre los dos. El demonio saltó de nuevo, pero el chico lo atrapó entre las dos protuberancias laterales de la escalera y la alzó con un giro, para lanzar al demonio por encima del muro. Unos segundos más tarde estaba colocando de nuevo la escalera en posición.

—Llevad más lanzas a la Guardia de Ojeadores en la explanada —les gritó mientras saltaba hacia el siguiente nivel, sin que sus manos tocaran ni una sola vez los travesaños.

Jardir tomó un par de lanzas y Abban le imitó, pero pudo ver el miedo en sus ojos.

—Mantente cerca de mí y haz lo que yo haga —le dijo a su amigo—. No es diferente a la instrucción que hacemos todos los días.

—Salvo que es de noche —repuso el muchacho. Sin embargo, cuando Jardir miró a ambos lados y salió disparado hacia el depósito donde se encontraba Hasik, Abban lo siguió, manteniéndose agachado detrás del muro para evitar que los demonios del

viento, que volaban dando vueltas sobre la aldea, los detectaran.

Se acercaron al depósito y desde allí bajaron a la explanada. Los demonios de la arcilla caían como lluvia conforme los dal'Sharum los arrojaban por encima de los muros de las terrazas. Los apostaderos estaban localizados con gran precisión y la mayoría de los alagai se desplomaban directamente sobre los pozos improvisados al efecto. En cuanto al resto, y a los demonios de la arena que se habían formado en la explanada, la Guardia de los Ojeadores los hostigaba hacia los pozos con los escudos y las lanzas. Alrededor de la boca y el suelo de cada pozo había estacas con grafos de una sola dirección; los alagai podían entrar, pero no escapar. Las lanzas de los guerreros no podían atravesar la coraza de los alagai, pero podían pincharlos, empujar y hostigarlos, hasta hacerlos tropezar y que cayeran dentro.

—¡Chico! ¡Lanza! —lo llamó Kaval y Jardir vio cómo la del instructor se partía en dos mientras se enfrentaba a un demonio de la arena. Giró la parte rota con tanta rapidez que se percibió como un borrón y la dirigió con aparente facilidad hacia un lugar entre la paletilla del monstruo y la articulación de la cadera donde lo golpeó, evitando así que recuperara el equilibrio o que diera un paso, salvo en la dirección en que el instructor quería llevarlo. Sin perder el ritmo, Kaval continuó avanzando, girando con suavidad para imprimir fuerza a las estocadas y usar el escudo a la vez, mientras conducía al demonio cada vez más cerca del borde del pozo.

Pero cuando el instructor parecía tener bajo control al demonio que tenía delante, empezaron a caer más alagai de las terrazas, y el arma dañada le restaba velocidad en un momento en que debía acabar con su enemigo como fuera.

—¡Acha!—gritó Jardir a la vez que le arrojaba una lanza nueva. Al oír el grito, Kaval clavó la lanza rota en el gaznate al demonio y cogió la nueva con un movimiento tan ágil que pudo volver a atacar con ella sin detenerse. Al poco, el demonio de la arena caía chillando al pozo.

—¡No os quedéis ahí! —ladró Kaval—. ¡Terminad la entrega y regresad a vuestro puesto!

Jardir asintió y Abban y él echaron a correr para abastecer de la misma manera a los otros guerreros.

Cuando se les acabaron las lanzas, se volvieron para subir la escalera. No habían ido muy lejos cuando percibieron un golpe sordo detrás de ellos que les hizo volverse. Jardir echó una ojeada hacia atrás y descubrió a un irritado demonio de la arcilla que se agazapaba y agitaba la cabeza. Estaban lejos de la Guardia de los Ojeadores y los chicos se le antojaron una presa más fácil.

—¡Al apostadero! —gritó Jardir, señalando al pequeño habitáculo protegido donde la Guardia se escondía hasta que los alagai empezaban a caer desde arriba. Cuando el demonio de arcilla cargó contra ellos, los dos muchachos salieron disparados en aquella dirección. Abban, de puro terror, iba incluso por delante.

Pero poco antes de poder resguardarse en la seguridad del refugio, a Abban le falló la pierna y cayó al suelo con un grito. No tenía tiempo de volver a levantarse.

Jardir aceleró y saltó para placar a Abban cuando éste intentaba ponerse en pie. Se llevó lo peor del golpe e hizo que ambos rodaran por el suelo en un movimiento perfecto de sharusakh que consiguió que la voluminosa masa de Abban cubriera el metro escaso que le quedaba hacia la seguridad dando tumbos.

Jardir se quedó boca abajo, inmóvil, cuando completó el movimiento. El demonio, como era de esperar, los había seguido y se abalanzó sobre Abban, pero se estrelló contra los grafos del apostadero.

Jardir no tenía lanza ni red y sabía que el demonio lo adelantaría en terreno abierto. Tuvo un momento de pánico hasta que recordó las palabras del Instructor Qeran.

«Los alagai no tienen malicia —le había enseñado el maestro—; pueden ser más fuertes y más rápidos que tú, pero tienen la misma sesera que un perro medio tonto. Revelan sus intenciones en la postura que adoptan, y la más simple de las fintas les confunde. Nunca olvides tu inteligencia y verás todos los días el amanecer.»

Jardir hizo el amago de correr hacia el siguiente pozo, pero en vez de eso se dio la vuelta bruscamente y voló en dirección a la escalera. Allí esquivó los montones de escombros y las barricadas que ya conocía de memoria y no perdió un segundo en confirmar con los ojos lo que su cabeza ya sabía. El demonio chilló y lo persiguió, pero Jardir no le dedicó ninguna atención, concentrándose en el camino que tenía justo delante.

—¡Va! —gritó cuando vio el refugio de Hasik, y señaló al demonio que llevaba a la zaga. Podría refugiarse allí y Hasik conduciría al demonio hacia una emboscada.

Pero estaba vacío. El guerrero debía de haber salido a poner otra trampa o estaba luchando en el apostadero.

Jardir sabía que podría refugiarse en el depósito, pero ¿qué iba a hacer con el demonio? En el mejor de los casos saldría del campo de batalla y, en el peor, podría pillar a algún guerrero desprevenido y caer sobre él antes de que entendiera lo que estaba pasando.

Agachó la cabeza y echó a correr de nuevo.

Se las apañó para poner algo de distancia entre él y el demonio de la arcilla en el laberinto provisional, pero todavía lo tenía muy cerca cuando al fin vio el apostadero.

—¡Va! —avisó Jardir—, ¡Va! ¡Va! —Dio un último acelerón, con la esperanza de que los guerreros que estuvieran dentro oyeran su llamada y estuvieran preparados.

Sorteó como una flecha la última barrera y un par de manos rápidas lo agarraron y apartaron de un tirón hacia un lado.

—Pero, ¿tú te has creído que esto es un juego, rata? —le recriminó Hasik.

Jardir no tenía nada que responder a eso, y gracias a que el demonio cargó contra

el apostadero en ese momento no necesitó ninguna excusa. Uno de los dal'Sharum le arrojó una red y lo atrapó con facilidad.

El demonio se debatió, destrozando las gruesas cuerdas de pelo de caballo entretejido como si fueran hilos. Por un momento pareció que iba a liberarse, pero varios guerreros lo placaron y sujetaron contra el suelo. Uno de los dal'Sharum recibió un zarpazo en el rostro y cayó gritando, pero otro tomó su lugar, agarró dos de las placas acorazadas del demonio y las separó con las manos para exponer la carne vulnerable que había debajo.

Hasik empujó a Jardir a un lado, se precipitó hacia el demonio y enterró su lanza en la abertura. El demonio chilló y se debatió en plena agonía, pero Hasik retorció la lanza sin piedad hasta que, tras una última sacudida, se quedó inmóvil. Jardir dio un grito de victoria y alzó el puño en el aire.

Pero su disfrute duró bien poco, porque cuando Hasik abandonó la lanza clavada en el alagai muerto, vociferó:

—¿Te crees que eres un Reclamo, nie'Sharum? Podrías haber puesto en peligro a algún hombre tomando tú la iniciativa de conducir a un alagai a una trampa que aún no estaba preparada.

—Yo no quería... —se excusó Jardir, pero Hasik le dio un violento puñetazo en el estómago que borró la respuesta de sus labios.

—¡No te he dado permiso para que hables, niño! —le gritó. Jardir vio lo enfurecido que estaba y sujetó su lengua—. ¡Tus órdenes son permanecer en un depósito y no conducir a los alagai hacia las espaldas de guerreros que no están preparados!

—Ha sido mejor que lo haya traído aquí dando el aviso que dejarlo por ahí suelto en la terraza, Hasik —dijo Jesan. Hasik lo miró con mala cara, pero se calló. Jesan era un guerrero mayor, quizá ya en sus cuarenta inviernos, y los otros del grupo mostraban una actitud deferente hacia él en ausencia de Kaval o los kai'Sharum. El hombre sangraba abundantemente donde el demonio le había cortado la cara, pero no mostraba signo alguno de sentir dolor.

—Tú no estarías herido... —comenzó Hasik, pero Jesan lo cortó con firmeza.

—Éstas no serán las primeras cicatrices que me deje un demonio, Silbador —respondió—, y cada una me trae un poco de gloria. Ahora regresa a tu puesto. Nos quedan aún unos cuantos demonios que matar esta noche.

Hasik frunció el ceño, pero se inclinó.

—Como dices, la noche aún es joven —admitió, pero sus ojos se clavaron con aborrecimiento en Jardir cuando se marchó hacia el depósito.

—Tú también debes volver a tu puesto, chico —le dijo Jesan, dándole una palmada en el hombro.

Al fin llegó el amanecer y toda la compañía se reunió en torno a los pozos de los demonios para ver arder a los alagai. Baha kad'Everam daba hacia el este y el sol naciente inundó el valle con rapidez. Los demonios aullaron en los pozos cuando la luz se derramó por el cielo y su carne comenzó a fundirse.

El interior de los escudos de los dal'Sharum estaban pulidos hasta alcanzar el acabado de un espejo y cuando el Dama Khevat elevó una oración por las almas de los bahavanos, los guerreros los giraron en el ángulo exacto para captar la luz y dirigir los rayos hacia el interior de los pozos, directamente sobre los demonios.

Allá donde la luz tocaba a los alagai, éstos estallaban en llamas. Pronto prendieron fuego a todos los demonios y los nie'Sharum lanzaron una ovación. Al ver a los guerreros hacer lo mismo, algunos se bajaron los bidos para orinar sobre sus enemigos mientras la luz de Everam los borraba del mundo. Jardir jamás se había sentido tan vivo como en aquellos momentos y se volvió hacia Abban para compartir su alegría.

Pero no se le veía por ningún lado.

Pensando que su amigo aún estaba afligido por su caída la noche anterior, Jardir marchó en su búsqueda. Estaba herido, eso era todo, no era lo mismo que ser débil. Debían esperar el momento oportuno e ignorar las risitas de los demás nie'Sharum hasta que hubiera recuperado su fuerza, y entonces ya se las verían con ellos y terminarían con las burlas de una vez por todas.

Lo buscó por todo el campamento y no lo hubiera encontrado si no lo hubiera visto salir arrastrándose de debajo de uno de los carros de provisiones.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—¡Oh! —exclamó él, cogido por sorpresa—. Sólo estaba...

Jardir le ignoró y le empujó para mirar debajo del carro. Abban había extendido allí una red y la había llenado con la cerámica de Dravazi que habían usado para transportar la tierra, sabiamente empaquetada en telas para evitar que las piezas se rompieran por el roce en el viaje de vuelta.

Abban extendió las manos hacia él con una sonrisa cuando Jardir se volvió para encararle.

—Amigo mío...

Jardir le cortó antes de que pudiera seguir hablando.

—Devuélvelo.

—Ahmann... —comenzó de nuevo.

—Devuélvelo o te romperé la otra pierna —rugió Jardir.

Abban suspiró, más exasperado que sumiso.

—Una vez más tengo que pedirte que seas práctico, amigo mío. Ambos sabemos que con la pierna así tengo más posibilidades de ayudar a mi familia a través del beneficio que del honor. Si de alguna manera consigo convertirme en dal'Sharum,

¿cuánto tiempo duraré? Incluso algunos de los veteranos que han venido a Baha no regresarán vivos. En cuanto a mí, tendré suerte si consigo sobrevivir a mi primera noche. ¿Y qué le pasará a mi familia si abandono este mundo sin gloria alguna? No quiero que mi madre termine vendiendo a mis hermanas como jiwah'Sharum porque no tengan otra dote que no sea mi sangre derramada.

—¿Las jiwah'Sharum son vendidas? —preguntó Jardir, pensando en sus propias hermanas, mucho más pobres que las de Abban. Las jiwah'Sharum eran esposas comunitarias que vivían en un gran harén para que las usaran todos los dal'Sharum.

—¿Creías que eran chicas voluntarias? —le preguntó Abban—. Ser una jiwah'Sharum puede resultar glorioso para las jóvenes o bellas, pero apenas llegan a conocer a los retoños que crecen en sus vientres, y su honor se desvanece una vez que se vuelven estériles o pierden su belleza. Es mucho mejor tener un marido propio, aunque sea un khaffit, que eso.

Jardir calló mientras digería la información y Abban se le acercó, inclinándose como para hablarle en confianza, aunque estaban casi a solas.

—Podemos repartirnos los beneficios, amigo mío —le dijo—. La mitad para mi madre y la otra para la tuya. ¿Cuándo fue la última vez que ella o tus hermanas comieron carne? ¿O cuándo han tenido otra cosa que harapos para vestirse? El honor puede que las ayude dentro de unos años, pero un beneficio inmediato las socorrerá ahora mismo.

Jardir le lanzó una mirada escéptica.

—¿Cómo puede suponer tanta diferencia un puñado de ollas?

—Porque esto no son sólo ollas, Ahmann —repuso él—. ¡Piénsalo! Son las últimas piezas del maestro Dravazi, usadas por los dal'Sharum para vengar su muerte y liberar las almas de los khaffit de Baha. ¡No tendrán precio en el mercado! Los mismos damaji las comprarán y exhibirán. ¡No necesitamos ni limpiarlas siquiera! El polvo de Baha es mejor que el más fino vidriado de oro.

—Kaval dijo que todo debía ser sacrificado para santificar el suelo de Baha —repuso el muchacho.

—Y así hemos hecho con todo lo demás —replicó Abban—. Esto son sólo herramientas, Ahmman. No difieren de las palas con las que los dal'Sharum excavaron los pozos. Llevarte unas palas no es acarrear botín.

—Entonces, ¿por qué las escondes bajo el carro como un ladrón?

Abban sonrió.

—¿Crees que Hasik y sus compinches nos dejarían los beneficios a nosotros si supieran esto?

—Supongo que no —concedió.

—Entonces, está decidido —finalizó el muchacho, dándole una palmada en el hombro. Ambos se afanaron para empaquetar lo que quedaba en la eslinga escondida.

Casi habían terminado cuando Abban cogió una delicada copa y la frotó contra el polvo de forma deliberada.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Jardir.

Abban se encogió de hombros.

—Esta copa era demasiado pequeña para ser útil cuando hicimos el trabajo —repuso, alzándola y comprobando cómo había quedado adherido el polvo—, pero la tierra de Baha aumentará su valor diez veces.

—Pero eso es mentira —afirmó Jardir.

Abban le guiñó un ojo.

—El comprador jamás sabrá eso, amigo mío.

—¡Pero yo sí! —gritó él, cogiendo la copa y estrellándola contra el suelo, donde estalló en fragmentos.

Abban chilló.

—Idiota, ¿tienes idea de lo que vale eso?

Sin embargo, ante la mirada llameante de su compañero, alzó las manos y dio un paso atrás.

—Por supuesto, amigo mío, llevas razón —accedió y para mostrar su acuerdo con Jardir, tomó otra pieza similar, limpia también, y la estampó contra el suelo de la misma manera.

Jardir observó los trozos rotos en el suelo y suspiró.

—No envíes nada a mi familia —le dijo—. No quiero que estas... bajezas reporten ningún beneficio al linaje de Jardir. Prefiero que mis hermanas masquen grano duro y coman carne podrida.

Abban le dirigió una mirada incrédula, pero al final, se encogió de hombros.

—Como quieras, amigo mío. Pero si alguna vez cambias de idea...

—Si llega ese día, y tú eres amigo mío de verdad, deberías rechazarme —le replicó—. Y si alguna vez te pillo haciendo otra cosa como ésta, yo mismo te llevaré ante el dama.

Abban se lo quedó mirando un momento más y luego asintió.

*E*ra de noche en la muralla de Krasia y todo lo que Jardir sentía era el fragor de la batalla. Le hacía sentirse orgulloso pensar que algún día él moriría como un guerrero de los kaji en el Laberinto.

—¡Alagai abajo! —gritó el Auxiliar Aday—, ¡en el cuadrángulo nordeste, segundo nivel!

Jardir asintió y se volvió hacia los demás chicos.

—Jurim, informa a los majah en el nivel tercero de que la gloria se les acerca. Shanjat, informa a los anjha de que los majah se dirigen hacia su posición.

—Puedo ir yo —se ofreció Abban, pero Jardir se lo quedó mirando, vacilante. Sabía que deshonraba a su amigo reteniéndole, pero la cojera de Abban no había mejorado en las semanas que habían pasado desde que regresaron de Baha y la alagai'ssharak no era ningún juego.

—Quédate conmigo por ahora —le dijo. Los otros chicos intercambiaron sonrisitas de suficiencia y partieron.

El Instructor Qeran percibió el hecho y sus labios se torcieron de asco al mirar a Abban.

—Sé útil, chico, y desenreda las redes —le ordenó Jardir al muchacho.

Simuló no notar la cojera de Abban cuando éste acató la orden y volvió al lado de Qeran.

—No podrás protegerle toda la vida —dijo el instructor en voz baja, mientras examinaba los cielos con el cristal que usaban para mirar a lo lejos—. Mejor que muera como un hombre en el Laberinto a que vuelva de las murallas cargado de vergüenza.

Jardir reflexionó sobre esas palabras. ¿Cuál era el camino adecuado? Si enviaba a Abban a cumplir una misión, corría el riesgo de que fallara en su deber y pusiera a los hombres en peligro. Pero si no lo hacía, entonces, en algún momento, Qeran declararía khaffit al muchacho, un destino peor que la muerte. El alma de Abban se sentaría a las puertas del Paraíso para esperar, quizá durante milenios, a la reencarnación, sin sentir nunca el abrazo de Everam.

Jamás desde que Qeran le había nombrado Nie Ka le había pesado tanto la responsabilidad. Se preguntó si Hasik, que antes había recibido el mismo honor, habría sentido la misma presión. Lo dudaba. Hasik hubiera matado a Abban o lo hubiera sacado del grupo hacía mucho.

Suspiró y decidió enviar a Abban a la siguiente misión.

—Mejor muerto que khaffit —murmuró y las palabras le supieron amargas en la lengua.

—¡Cuidado! —gritó Qeran cuando un demonio del viento se dirigió hacia ellos. Él y Jardir se agacharon a tiempo, pero Aday no fue tan rápido y la cabeza del Batidor dio un golpe sordo contra la muralla y su cuerpo cayó hacia el Laberinto. Abban chilló.

—¡Está dando la vuelta para hacer otra pasada! —les advirtió Qeran.

—¡Abban! ¡Red! —gritó Jardir.

El muchacho se apresuró a obedecer, apoyándose en su pierna buena mientras arrastraba la pesada red hacia Qeran. Por lo menos la había doblado del modo apropiado para lanzarla, notó Jardir.

Qeran la cogió, sin apartar los ojos del demonio que regresaba. Jardir miró a su instructor con ojos de guerrero y supo que estaba calculando la velocidad y la

trayectoria. Estaba tenso como la cuerda de un arco y el muchacho comprendió que no fallaría.

Cuando tuvo el alagai a tiro, Qeran retrocedió como una cobra y arrojó la red con un suave chasquido. Pero ésta se abrió demasiado pronto y Jardir apreció con rapidez el motivo: una de las pesadas cuerdas se había enredado en el pie de Abban por accidente, y éste se vio arrastrado por la fuerza que Qeran había imprimido al lanzamiento de la red.

El demonio no entró por poco en la red, y sacudió las alas para quitarse de encima tanto el artilugio como a Qeran. El alagai desapareció de la vista y el instructor cayó, enredado sin remedio en la red.

—¡Que Nie te acoja, chico! —gritó Qeran, mientras intentaba desenredar la red con los pies para liberar las piernas de Abban. Con un chillido, el muchacho volvió a caer de la muralla, esta vez en un laberinto plagado de alagai.

Antes de que Jardir tuviera tiempo de reaccionar, oyó otro alarido y se dio cuenta de que el alagai se dirigía de nuevo hacia ellos. Con Qeran fuera de combate no había ningún dal'Sharum capaz de frenarle.

—¡Huye mientras puedas! —gritó Qeran.

Jardir ignoró la orden y corrió hacia las redes que Abban había doblado. Alzó una, renegando debido a su peso. Ellos entrenaban con otras más ligeras.

El demonio del viento pasó con un chasquido de sus alas de cuero y realizó un giro cerrado para hacer una nueva pasada. Durante un momento bloqueó la luz de la luna y pareció desvanecerse en el cielo, pero Jardir no se dio por engañado, y se preparó para el próximo ataque. Si tenía que morir, lo haría con honor y se llevaría consigo al alagai para pagar su viaje hacia el Cielo.

Cuando el demonio estuvo lo bastante cerca para que Jardir pudiera verle los dientes arrojó la red y la observó dar vueltas en el aire y desplegarse por los contrapesos que la rodeaban, de modo que el demonio se sumergió en ella de cabeza. Jardir pivotó con suavidad para ponerse fuera del camino del demonio y tiró de la cuerda para tensar la red hasta que observó cómo la criatura caía en picado en el Laberinto.

—¡Alagai abajo! —gritó—. ¡Cuadrante nordeste, nivel séptimo!

Un momento más tarde escuchó otro grito en respuesta.

Estaba a punto de volverse para liberar a Qeran cuando un movimiento lo sorprendió en la oscuridad. Abban colgaba del adarve, con las uñas sangrando mientras arañaba y se estiraba para no desprenderse de la piedra.

—¡No me dejes caer! —lloriqueaba.

—¡Si caes, morirás como un hombre y el Cielo te acogerá! —le dijo Jardir. No llegó a añadir que Abban jamás llegaría a ver el Cielo de ninguna otra manera. Qeran se las apañaría para que terminara el Hannu Pash como khaffit y le sería denegado el

Paraíso. Verle así le rompía el corazón, pero a pesar de ello comenzó a apartarse.

—¡No! ¡Por favor! —suplicó Abban, con lágrimas descendiendo por las mejillas sucias—. ¡Lo juraste! ¡Juraste por la luz de Everam no dejarme caer! ¡No quiero morir!

—¡Mejor muerto que khaffit! —rugió Jardir.

—¡No me importa ser un khaffit! —insistió Abban—. ¡No me dejes caer! ¡Por favor!

Jardir gruñó, asqueado, pero se tumbó sobre el adarve, y tiró con fuerza del brazo del muchacho. Éste pateó y se estiró y al final se las arregló para sujetarse a la espalda de Jardir y subir a la muralla. Se arrojó sobre él, sollozando.

—Que Everam te bendiga —gimió—. Te debo la vida.

Jardir lo apartó.

—Me das asco, cobarde —repuso—, apártate de mi vista antes de que cambie de idea y te arroje de nuevo al vacío.

Los ojos de Abban se dilataron por la sorpresa, pero se inclinó y desapareció tan rápido como le permitió su pierna coja.

Mientras el muchacho lo observaba marcharse, sintió un golpe en los riñones que lo mandó al suelo despatarrado. Un dolor agónico estalló dentro de él, pero se abrió a él hasta que lo abandonó, mientras se volvía para enfrentarse a su atacante.

—Deberías haberle dejado caer —le dijo Qeran—. No le has hecho ningún favor esta noche. El deber de un dal'Sharum es asistir a sus compañeros tanto en la vida como en la muerte. —Le escupió en un hombro—. No comerás durante tres días —añadió—, y ahora, búscame el catalejo. La alagai'sharak no espera a los cobardes ni a los estúpidos.

3

Chin

333 d.R.

Abban regresó más tarde con Jayan y Asome, y trajeron con ellos unos cuantos chin del norte y un solo dama.

—Éste es el dama Rajin, de los mehnding —explicó Jayan al conducir hacia adelante al sacerdote—. Él ha sido el que ha ordenado que incendien los silos. — Luego le dio un empujón al dama, que cayó de rodillas.

—¿Cuántos? —preguntó Jardir.

—Tres, antes de que lo detuviéramos —repuso el muchacho—, pero habría seguido.

Jardir dirigió la mirada hacia Abban.

—¿Y las pérdidas?

—Pasará un tiempo antes de que lo sepamos con seguridad, Shar'Dama Ka —repuso el mercader—, pero deben de andar cerca de las doscientas toneladas, una cantidad de grano suficiente para alimentar a nuestra gente durante los meses de invierno.

Jardir se dirigió al hombre.

—¿Y qué es lo que tienes que decir?

—Evejah escribió en su tratado sobre la guerra que había que quemar los almacenes de los enemigos para que abandonaran la lucha —replicó el dama Rajin—. Todavía queda grano suficiente para alimentar a nuestra gente durante varios inviernos.

—¡Estúpido! —gritó él, dándole un bofetón con el revés de la mano. Se oyeron unos cuantos jadeos de sorpresa en la habitación—. ¡Necesito reclutar a los norteños, no matarlos de hambre! Los verdaderos enemigos son los alagai, ¡algo que tú parece haber olvidado!

Alargó los brazos, agarró el blanco ropaje del dama y se lo arrancó del cuerpo.

—Ya no eres un dama. Quemaremos todas tus vestimentas blancas y llevarás el marrón de la vergüenza hasta el final de tu vida.

El hombre gritó cuando lo arrojaron fuera de la mansión a la nieve. Probablemente se suicidaría, si los otros dama no lo mataban antes.

Jardir volvió a mirar a Abban una vez más.

—Quiero saber el total de las pérdidas y las reservas que han quedado.

—No habrá suficiente para alimentar a todos —le advirtió el mercader.

Él asintió.

—Si no hay suficiente grano, mata a los chin demasiado viejos para trabajar o para luchar hasta que haya para todos.

El rostro del mercader perdió el color.

—Encontraré... el modo de hacer que dure.

Él sonrió sin humor.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. Y, bueno, ¿qué hay de estos chin que me has traído? Quería líderes, pero estos hombres parecen mercaderes khaffit.

—Los mercaderes gobiernan el norte, Liberador—repuso el tullido.

—Qué asco —comentó Asome.

—Aunque os parezca mal, así es —insistió—. Éstos son los hombres que pueden ayudaros en vuestra conquista.

—Mi padre no... —comenzó Jayan, pero Jardir le hizo callar con un gesto perentorio y luego indicó a los guardias que le acercaran a los chin.

—¿Cuál de vosotros dirige a los demás? —inquirió en la áspera lengua del norte. Los ojos de los prisioneros se abrieron como platos e intercambiaron miradas. Finalmente, uno dio un paso hacia adelante, enderezó la espalda y alzó la cabeza para mirar a Jardir a los ojos. Era calvo, con una barba entrecana y vestía unas sucias ropas de seda rotas. Tenía el rostro magullado donde le habían golpeado y llevaba el brazo izquierdo en un rudimentario cabestrillo. Medía casi treinta centímetros menos que él, pero aun así tenía el porte de un hombre acostumbrado a que sus palabras se respetasen.

—Soy Edon VII, duque de Fuerte Rizón y señor de sus gentes.

—Fuerte Rizón ya no existe —replicó—. Esta tierra será conocida a partir de hoy como el Don de Everam y me pertenece.

—¡Por el Abismo que no será así! —rugió el duque.

—¿Sabéis quien soy, duque Edon? —preguntó Jardir en voz baja.

—El duque de Fuerte Krasia —repuso él—. Abban alega que sois el Liberador.

—Pero vos no lo creéis —sugirió.

—El Liberador no traería con él la muerte, la violación y la rapiña —escupió el hombre.

Los guerreros que permanecían cerca de ambos se pusieron tensos, a la espera de un estallido por parte de Jardir, pero éste sólo asintió.

—No me sorprende en absoluto que la débil gente del norte aguardara a un Liberador tan débil como ellos. Pero eso no importa. Sólo quiero vuestra lealtad, no necesito que creáis en mí.

El duque se lo quedó mirando lleno de incredulidad.

—Si os postráis ante mí y juráis someteros a Everam en todo, perdonaré vuestra

vida y la de vuestros consejeros —explicó Jardir—. Nos haremos cargo de vuestros hijos y los entrenaremos como dal'Sharum; les concederemos ese honor por encima de los demás chin norteños. Se os devolverán vuestras riquezas y propiedades, menos un diezmo por vuestra fidelidad. Y os ofrezco todo esto a cambio de que me ayudéis a conquistar las tierras verdes.

—¿Y si rehúso? —preguntó el duque.

—Entonces me apropiaré de todas vuestras posesiones y veréis cómo vuestros hijos mueren a punta de lanza, mientras mis hombres preñan a vuestras hijas y esposas. Pasaréis el resto de vuestra vida vestido con harapos, comiendo mierda y bebiendo orines hasta que alguien se apiade de vos lo suficiente como para mataros.

Y de ese modo fue como Edon VII, duque de Fuerte Rizón y señor de sus gentes, se convirtió en el primer duque del norte en arrodillarse y postrar su cabeza ante Ahmann Jardir.

Jardir se sentó en el trono mientras el tullido traía a otro grupo de chin ante él. Era una amarga ironía que el gordo khaffit se hubiera convertido en un miembro indispensable de la corte, pero había muy pocos entre sus hombres que hablaran el idioma norteño. Algunos de los otros mercaderes khaffit chapurreaban un poco, pero sólo el tullido y su círculo más íntimo lo hacían de forma fluida. Y entre ellos, sólo Abban estaba dispuesto a hablar con ellos en vez de matarles.

Todos los prisioneros que Abban le había llevado estaban muertos de hambre y cubiertos de golpes, vestidos con harapos mugrientos a pesar del frío.

—¿Más señores mercaderes khaffit? —inquirió.

El mercader sacudió la cabeza.

—No, Liberador. Estos hombres son Protectores.

Se los quedó mirando con incredulidad y se incorporó en su asiento.

—¿Por qué los han tratado tan mal? —exigió saber.

—Porque en el norte, la Protección se considera una artesanía, como la serrería o la carpintería —le explicó—. Los dal'Sharum que saquearon la ciudad no pudieron distinguirlos del resto de los chin, y muchos han muerto o han huido con los útiles de su profesión.

Jardir maldijo en voz baja. En Krasia, a los Protectores se les consideraba la élite de la casta guerrera y estaba escrito en el Evejah que se les debía otorgar todo tipo de honores. Incluso los del norte tenían su valor, si querían ganar la Sharak Ka.

Se volvió hacia los hombres, cambiando sutilmente a su lengua y haciendo una inclinación.

—Mis excusas por el tratamiento que habéis recibido. Se os alimentará y os darán ropas de calidad y se os devolverán vuestras mujeres y vuestras tierras. Ahora que

sabemos que sois Protectores, os trataremos con el honor que merece vuestra posición.

—Matasteis a mi hijo —le reprochó uno de los hombres—, violasteis a mi mujer y a mi hija, quemasteis mi casa. ¿Y ahora venís con disculpas? —El hombre le escupió en la cara.

Los guardias de la puerta dieron un grito y aprestaron sus lanzas, pero los detuvo con un gesto y se limpió el salivazo con calma.

—Te pagaremos un precio por la muerte de tu hijo y también te compensaremos por las otras pérdidas. —Avanzó a zancadas hasta el angustiado hombre, y se inclinó sobre él—. Pero te lo aviso, no vuelvas a poner a prueba mi clemencia. —Hizo una señal a los guardias y éstos escoltaron a los hombres afuera.

»Es lamentable —comentó Jardir mientras se sentaba pesadamente en el trono—, que nuestra primera conquista en el norte se haya hecho con tanto despilfarro.

—Podríamos haber negociado con ellos, Ahmann —dijo el mercader en voz baja, y se encogió, preparado para caer de rodillas si sus palabras no eran bien recibidas. Pero el hombre sólo sacudió la cabeza.

—Los de las tierras verdes son demasiado numerosos —replicó—. Los rizonianos nos sobrepasan en número de ocho a uno. Si les hubiéramos dado tiempo para reunir sus tropas, ni siquiera nuestras habilidades de combate superiores habrían sido suficientes para tomar la ciudad sin pérdidas que mal nos podemos permitir. Ahora que el duque ha abrazado la fe de Everam, todo será más fácil en las aldeas hasta que podamos conquistar la ciudad chin construida en el oasis.

—Lakton —apuntó Abban—, Pero te aviso de que ese lago de las tierras verdes es, con seguridad, bastante más grande que cualquier oasis. Los Enviados me han dicho que tiene una cantidad tan grande de agua que no se ve la orilla más lejana ni siquiera en un día claro, y que la ciudad misma está tan adentro del agua que ni siquiera el disparo de un escorpión puede alcanzarla.

—Exageran, con toda seguridad. Si esos... pescadores luchan como los rizonianos, caerán con facilidad cuando llegue su hora.

En ese momento entró un dal'Sharum y golpeó el suelo con la lanza.

—Perdonad la interrupción, Shar'Dama Ka —dijo el guerrero, mientras se arrodillaba y colocaba la lanza a su lado, antes de poner las palmas de las manos contra el suelo—. Pedisteis que se os informara cuando llegaran vuestras esposas.

Jardir frunció el ceño.

Sin el bido

308 d.R.

Azotaron a Jardir con el látigo de cola de alagai por dejar a Abban con vida. Las púas le desgarraron la carne de la espalda y los días sin comida se le hicieron duros, pero abrazó el castigo como hacía con el dolor. No le importaba.

Había atrapado un alagai.

Habían sido otros guerreros los que le habían arrancado las alas al demonio del viento y lo habían atado a una estaca dentro de un círculo de protección para que aguardara la llegada del sol; sin embargo, el que lo había derribado había sido él y todo el mundo lo sabía. Podía verlo en los ojos sobrecogidos de los otros nie'Sharum y en el respeto desganado de los dal'Sharum. Incluso los dama lo observaban cuando creían que nadie los miraba.

Al cuarto día, mientras caminaba hacia la fila del engrudo, percibía cuánto le había debilitado el hambre. Dudaba que tuviera fuerzas para pelear incluso con el más débil de los chicos, pero avanzó a zancadas y con la espalda erguida para ocupar su lugar habitual al comienzo de la fila. Los otros chicos se apartaron con la mirada baja en señal de respeto.

Alargaba la mano para que le llenaran el cuenco cuando Qeran lo cogió del brazo.

—Hoy no comerás gachas —le dijo el instructor—. Ven conmigo.

Jardir sintió como si un demonio de la arena le estuviera desgarrando el estómago, pero no se quejó. Le dio el cuenco a otro de los chicos y cruzó el campo detrás del instructor.

Hacia el pabellón de los kaji.

No le hizo la menor gracia. No podía ser.

—Ningún chico de tu edad ha entrado en el pabellón de los guerreros desde hace trescientos años —le explicó Qeran, como si le hubiera leído el pensamiento—. Creo que eres demasiado joven y esto podría ser tu final y un desperdicio terrible para los kaji, pero la ley es la ley. Cuando un chico atrapa su primer demonio en la muralla, se le llama a la alagai'sharak.

Entraron en la tienda y docenas de figuras vestidas con ropajes negros se volvieron para mirarles y luego regresaron a su comida. Les servían mujeres, pero no como las que había visto antes, cubiertas de la cabeza a los pies con gruesas vestimentas negras. Los velos de éstas eran tenues y de brillantes colores y unas ropas

diáfanas ceñían con suavidad sus curvas. Tenían los brazos y los vientres al descubierto, a excepción de unos adornos enjorjados, y unas largas hendiduras a ambos lados de los pantalones holgados mostraban la suavidad de sus piernas.

A Jardir se le subieron los colores al verlas, pero nadie más parecía notar algo raro. Uno de los guerreros le echó una ojeada a la mujer que le servía, después arrojó a un lado su kebab, la cogió y se la cargó al hombro. Ella se rió mientras él la llevaba hacia una habitación rodeada de cortinas y sembrada de brillantes almohadones.

—También tendrás derecho a eso, si sobrevives a la noche que te espera —le advirtió Qeran—. Los kaji necesitan más guerreros y hacerlos es deber de los hombres. Si te desenvuelves bien te ganarás una esposa para que atienda tu hogar, pero se espera de los dal'Sharum que sean capaces de preñar a las jiwah'Sharum de su tribu.

La visión de todas aquellas mujeres con ropas tan reveladoras le abrumó y examinó sus rostros jóvenes, casi esperando ver a sus hermanas entre ellas. Se quedó sin palabras cuando el instructor le llevó hasta un almohadón al lado de la mesa grande.

Había más comida de la que había visto en su vida. Dátiles, uvas pasas, arroz y brochetas de cordero con especias. También había cuscús y carne humeante envuelta en hojas de parra. Se le hizo un nudo en el estómago, atrapado entre el hambre y la lujuria.

—Come bien y descansa —le avisó Qeran—. Esta noche irás con los hombres. —Le dio una palmada en la espalda y salió de la tienda.

Jardir alargó una mano vacilante para coger una brocheta, pero unos dedos ágiles se lo arrebataron con rapidez. Miró al ofensor y se encontró a Hasik devolviéndole la mirada.

—La otra noche tuviste suerte, rata. Hoy reza a Everam porque se necesita algo más que suerte para sobrevivir una noche en el Laberinto.

Jardir fue con los otros guerreros al Sharik Hora para recibir las bendiciones de los damaji antes de la batalla. Nunca antes había estado dentro del templo de los huesos de los héroes y la impresión empujaba cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

Todo el interior del Sharik Hora estaba construido con los huesos blanqueados y lacados de los dal'Sharum que habían caído en la alagai'sharak. En el gran altar se encontraban las doce sillas de los damaji cuyas patas se habían tallado con huesos de pantorrillas y descansaban sobre los pies de los guerreros. Los brazos pertenecieron en su día a los que portaron lanza y escudo contra la estirpe de los demonios, y los asientos los formaban las costillas pulidas que habían albergado los corazones de los héroes. Los respaldos se habían fabricado con las columnas vertebrales que se habían erguido para enfrentarse a la noche, y los reposacabezas eran las calaveras de los

hombres que se sentaban al lado de Everam en el Cielo. Los doce asientos que rodeaban el trono del Andrah los habían compuesto con las calaveras de los kai'Sharum, los capitanes de la alagai'sharak.

Había docenas de grandes candelabros para los que también habían usado cráneos y columnas vertebrales. Los cientos de bancos donde rezaban los fieles eran de huesos, al igual que los cálices, los muros y el gran techo abovedado. Una cantidad inconmensurable de guerreros habían protegido el templo con su carne y luego le habían dado forma con sus huesos.

La enorme nave era circular y sus paredes estaban agujereadas con unos cien nichos, que albergaban esqueletos completos sobre pedestales de hueso. Éstos eran los Sharum Ka, los Primeros Guerreros de la ciudad.

Bajo la vigilancia de los dama, los kai'Sharum lideraban a los guerreros de sus respectivas tribus, pero cuando el sol se ponía el Sharum Ka, elegido por el Andrah, mandaba sobre los kai'Sharum. El Sharum Ka de aquel momento era kaji como Jardir, un hecho que le llenaba de orgullo.

Le temblaron las manos cuando tomó auténtica conciencia de todo aquello. Casi podía sentir el honor y la gloria que emanaban del templo. El recuerdo de su padre no se guardaba allí, pues había muerto en una expedición contra los majah y no en la alagai'sharak, pero él soñaba con el día en que pudiera unir sus propios huesos a los demás en ese espacio santificado, y de esa manera podría otorgar honor a su padre, de modo que su sacrificio fuera recordado mucho después de que él se hubiera ido. No había mayor honor que fundirse con todos ellos, en ese mundo y en el otro, con aquéllos que habían dado sus vidas antes que él y con aquéllos que aún no habían nacido y que darían también las suyas con el paso de los siglos.

Los Sharum permanecieron atentos mientras los damaji suplicaban la bendición de Everam para la batalla que se avecinaba, y también la de Kaji, el primer Liberador.

—Kaji —imploraron—, Lanza de Everam, Shar'Dama Ka, que unificaste el mundo y nos liberaste de los alagai de la primera edad, mira a tus valientes guerreros que saldrán a la noche para emprender la lucha eterna, para pelear contra los gai en Ala, mientras Everam lucha contra Nie en el Cielo. Bendícelos con el coraje y la fuerza y podrán enfrentarse a la noche y ver un nuevo amanecer.

*E*l escudo protegido y la pesada lanza eran los más pequeños y ligeros que Qeran había podido encontrar; aun así, Jardir se sintió empujado por ellos. Tenía doce años, y los más jóvenes de los guerreros reunidos allí le sacaban por lo menos cinco años. Simuló que no pasaba nada mientras se dirigía adonde estaban ellos, pero incluso el más pequeño le aventajaba en altura.

—A los nie'Sharum se les adjudica a otros guerreros durante su primera noche en

el Laberinto —explicó Qeran—, para asegurarnos de que no se quebrará su voluntad cuando los alagai caigan por primera vez sobre ellos. Es un momento que pone a prueba incluso los corazones de los hombres más experimentados. El guerrero que se te asigne será tu ajin'pal, tu hermano de sangre. Obedecerás todas sus órdenes y estaréis ligados hasta la muerte.

El chico asintió.

—Si sobrevives a esta noche, la dama'ting vendrá a por ti al alba —continuó el instructor.

—¿La dama'ting? —preguntó sorprendido Jardir. No sentía miedo de enfrentarse a los alagai, pero las sanadoras le inspiraban verdadero temor.

Qeran asintió a su vez.

—Una de ellas vendrá a predecir tu muerte —le dijo, conteniendo un escalofrío—. Sólo puedes llegar a ser dal'Sharum con su bendición.

—¿Te dicen cuándo morirás? —inquirió el muchacho, horrorizado—. Yo no quiero saberlo.

El instructor resopló.

—No te lo dirán, chaval. El futuro sólo pueden conocerlo ellas. Pero antes de que pierdas el bido sabrán si te aguarda la muerte de un cobarde o la grandeza.

—Yo no moriré como un cobarde —replicó Jardir.

—No —admitió Qeran—, No creo que eso suceda, pero aún así podría ser una muerte tonta, si no escuchas a tu ajin'pal o no tienes cuidado.

—Escucharé con atención —prometió Jardir.

—Hasik se ha ofrecido voluntario para ser tu compañero —añadió Qeran, y le hizo una seña al guerrero.

Hasik había crecido mucho en los dos años que habían pasado desde que se desprendió del bido. Tenía ya diecisiete años y su cuerpo se había revestido de una fuerte musculatura debido a la rica comida de los dal'Sharum, de modo que era casi treinta centímetros más alto que el muchacho y pesaba dos veces más que él.

—No tema —sonrió Hasik—. El de la estirpe de los meados estará a salvo conmigo.

—El de los meados ha derribado a su primer alagai sus buenos tres años antes que tú, Silbador —le recordó el instructor. El guerrero mantuvo la sonrisa, pero los labios se le torcieron.

—Hará honor a la tribu de los kaji, si sobrevive.

Jardir recordó el sonido de su brazo al romperse y la consiguiente promesa de Hasik. Sabía que estaría pendiente de cualquier gesto de insubordinación, cualquier excusa, que le permitiera matarle antes de que perdiera el bido y se convirtiera en su igual.

Así que Jardir aceptó el insulto como aceptaba el dolor, dejando que pasara a

través de él sin causarle daño. No dejaría que le provocaran para cometer un error ahora que tenía la oportunidad de la gloria a su alcance. Si conseguía pasar esa noche sería un dal'Sharum, el más joven que se recordase, y eso haría daño a Hasik.

Su unidad esperaba en el segundo nivel, escondida en un apostadero. Había un pozo oculto en el centro de un pequeño claro, preparado para llenarse de alagai que esperarían la llegada de los mortales rayos del sol. Jardir apretó la mano en torno a la lanza y ajustó el escudo para aliviar el peso del hombro. Sin embargo, de todo lo que llevaba, lo que más le molestaba era la cuerda de cuero de casi metro y medio que sujetaba su tobillo a la cintura de Hasik. Sacudió un poco el pie, incómodo.

—Si no me sigues, te atravesaré con la lanza y cortaré la cuerda —le dijo el guerrero—. No dejaré que mi gloria se empañe por tu culpa.

—Seré tu sombra —le prometió, y Hasik gruñó. Sacó una pequeña petaca de sus ropas y le dio un largo trago. Luego se la ofreció al muchacho.

—Esto te dará valor.

—¿Qué es? —preguntó, a la vez que tomaba la petaca y olisqueaba su contenido. Olía a canela, pero el aroma le hizo lagrimear los ojos.

—Couzi —le explicó Hasik—. Es grano y canela fermentados.

Los ojos de Jardir se abrieron de par en par.

—El Dama Khevat dice que está prohibido por el Evejah beber grano o frutas fermentados.

El guerrero se echó a reír.

—¡En el Laberinto no hay nada prohibido para los dal'Sharum! ¡Bebe! ¡La noche se acerca!

Jardir le miró indeciso, pero vio cómo los otros guerreros bebían de otras petacas parecidas a todo lo largo y ancho del apostadero. Se encogió de hombros, se llevó la botella a los labios y dio un buen trago.

El couzi le quemó la garganta y escupió parte del trago entre toses. Sentía cómo la fuerte bebida le calcinaba las tripas y se le revolvía en el estómago como una serpiente. Hasik se echó a reír y le dio una palmada en la espalda.

—¡Ya estás preparado para enfrentarte a los alagai, rata!

El couzi hizo efecto con rapidez y se le pusieron los ojos vidriosos. El Laberinto se llenaba de sombras conforme el sol se hundía en el horizonte. Jardir observó cómo el cielo enrojecía y luego se tornaba púrpura para finalmente oscurecerse por completo. Se estremeció al percibir a los alagai que emergían del suelo en el exterior de las murallas de la ciudad.

«Gran Kaji, Lanza de Everam —rezó—, si es verdad que desciendo de tu linaje a través de los siglos, dame coraje para honrarte a ti y a mis ancestros.»

No pasó mucho tiempo antes de que sonara el Cuerno de la Sharak, seguido del repiqueteo de los proyectiles de piedra de las hondas en la muralla externa. Los gritos de los alagai comenzaron a reverberar a través de todo el Laberinto.

—¡Cuidado! —advirtió alguien desde lo alto, y Jardir creyó reconocer la voz de Shanjat—. ¡Se acercan los Reclamos, con cuatro de arena y uno del fuego!

Tragó saliva, pues tenía la gloria al alcance de la mano.

Al grito de «¡Va!», los Reclamos corrieron a toda velocidad a través del apostadero, virando lo justo para evitar los pozos. Los Batidores encendieron fuegos con aceite frente a los espejos de metal pulido, y la luz inundó la zona.

Los demonios de la arena corrían en manadas, con las largas lenguas babeando entre las filas de dientes afilados como navajas. Tenían el tamaño de un hombre, pero parecían más pequeños porque se movían a cuatro patas. Las largas garras arrancaban arena y piedra del suelo del Laberinto, y las colas aguzadas se movían de un lado a otro azotando el aire. Había pocos puntos débiles en las fuertes placas de su coraza.

Los demonios del fuego eran más pequeños, del tamaño de un niño, pero sus garras eran peligrosas y poseían una velocidad terrorífica. Sus escamas iridiscentes, diminutas y duras como el diamante, se solapaban sin fisuras. Los ojos y la boca brillaban con una luz anaranjada, y Jardir recordó las lecciones sobre el mortal escupitajo de fuego de la criatura. Había un charco en mitad del apostadero donde los guerreros intentarían ahogarlos.

Una vez más, la visión de los alagai hizo que le inundara una profunda aversión. Esas criaturas eran una plaga que había caído sobre Ala, la mácula de Nie que venía a infectar la superficie. Y esa noche estaba dispuesto a enviarlas chillando de vuelta al abismo.

—Espera —le avisó Hasik, al percibir su tensión. Él asintió y se obligó a relajarse. El couzi continuaba haciendo su tarea en el interior de su cuerpo, ofreciéndole algo de calor ante el frío de la noche.

Los alagai pasaron a su lado, concentrados en los Reclamos. Dos de ellos fueron directos hacia la lona que cubría el pozo para los demonios y cayeron en él con un chillido. Los otros se detuvieron al instante, pero el demonio del fuego esquivó la trampa y cayó con sus zarpas sobre la espalda del Reclamo más lento. La criatura le mordió con fuerza en el hombro y el guerrero se desplomó sin lanzar un solo grito.

—¡Ahora! —gritó el kai'Sharum, y lideró la carga desde el apostadero.

Jardir dejó escapar de su pecho el rugido del guerrero, que vibró en la noche al unísono con el de sus compañeros, y se lanzó hacia adelante con los demás. Cayeron sobre los dos demonios de la arena por detrás y los hicieron caer al pozo.

El kai'Sharum giró, lanzó el arma y la clavó en el demonio del fuego que se aferraba a la espalda del Reclamo. Sus compañeros le arrastraron hacia la zona asegurada por los grafos, e hicieron lo que pudieron para contener el flujo de sangre.

Jardir oyó un grito y al volverse vio al primer demonio de la arena que había caído en el pozo. Había conseguido quedarse colgado del borde, donde la lona protegía sus garras de los grafos. Saltó fuera del pozo con facilidad y mordió la pierna del guerrero que tenía más cerca a la altura de la rodilla. El hombre aulló mientras caía derribado sobre sus compañeros, y se abrió un hueco en la muralla de escudos. El demonio chilló y se arrojó sobre la apertura, barriendo el espacio con las garras.

—¡Alza el escudo! —exclamó Hasik y Jardir le obedeció justo a tiempo de recibir el impacto de todo el peso del demonio, que le hizo caer. Sin embargo, las protecciones relumbraron al rechazar al alagai. El demonio aterrizó sobre la cola y saltó de nuevo sobre él, pero, desde su posición en el suelo, Jardir apuntó la lanza hacia el hueco entre las placas que protegían el pecho y apuntaló la contera para hacer palanca y usar la propia velocidad del demonio para lanzarlo por encima de él.

Una vez suspendido en el aire, las boleadoras de media docena de guerreros impactaron sobre el demonio, de modo que cayó al suelo bien sujeto. Intentó destrozar las cuerdas con los dientes, y Jardir escuchó el estallido de las ligaduras sometidas a la presión de los músculos tensos. No tardaría en liberarse.

El kai'Sharum hizo una señal y un par de guerreros salieron a acicatear al demonio del fuego mientras los demás rodeaban al de la arena con un muro de escudos. Fuera donde fuese donde el demonio golpease a los guerreros, los de la fila de atrás le hostigaban con sus lanzas. Las armas no podían perforar su coraza, pero al menos le rechazaban. Cada vez que se lanzaba contra sus atacantes, los escudos se encajaban con un chasquido y los lanceros comenzaban el hostigamiento.

El Captor había apartado la lona de los grafos, para prevenir que otro alagai pudiera escapar del mismo modo, y los guerreros empujaron con el muro de escudos. Al final, la criatura retrocedió hasta el borde del pozo, y los guerreros que se encontraban allí se apartaron.

Jardir iba con los que amenazaban con sus lanzas para conducir al demonio más allá de los grafos de una sola dirección.

—¡Que la luz de Everam te destruya! —gritaban mientras trataban de alcanzar al demonio con las lanzas. El alagai siguió retrocediendo hasta que cayó por el pozo.

Fue el mejor momento de su vida.

Luego echó una ojeada en torno al apostadero. Dos dal'Sharum empleaban sus lanzas en mantener al demonio del fuego bajo el agua de una piscina poco profunda. El agua humeaba y hervía mientras el demonio se debatía, pero los guerreros le mantuvieron allí hasta que se retorció por última vez.

El Reclamo herido parecía aguantar bastante bien, pero Moshkama, el que había perdido la pierna, yacía en un charco de sangre, pálido y jadeante. Hizo señas a Jardir y a Hasik y ambos se le acercaron.

—Acabad con esto —aspiró aire—, no quiero vivir como un tullido.

Jardir miró de reojo a su compañero.

—Hazlo —le ordenó el guerrero—. No es correcto dejarle sufrir.

Los pensamientos del chico volvieron a Abban. ¿A cuánto sufrimiento había condenado a su amigo por no ofrecerle la muerte de un guerrero?

Qeran le había dicho que era «deber de todo dal'Sharum apoyar a sus hermanos, tanto en la vida como en la muerte».

—Mi espíritu está preparado —graznó Moshkama. Con dedos débiles y temblorosos, se abrió la ropa y apartó las placas de arcilla de la coraza cosidas en la tela, chamuscadas y manchadas, para desnudar el pecho. Jardir le miró a los ojos y vio en ellos honor y coraje, cosas ambas de las que Abban carecía.

Hundió la lanza en su cuerpo con orgullo.

—**L**o has hecho bien, rata —comentó Hasik, cuando sonaron los cuernos anunciando que no quedaban alagai vivos en el Laberinto—. Esperaba que te mojaras el bido, pero has aguantado como un hombre. —Le dio otro trago a la petaca de couzi y luego se la ofreció.

—Gracias —repuso el muchacho, bebió con largueza y simuló que el fuerte líquido no le quemaba la garganta. El guerrero aún le intimidaba, pero era cierto lo que decían los instructores: derramar sangre en compañía cambiaba mucho las cosas. Ahora eran hermanos.

Hasik comenzó a andar de un lado para otro.

—Después de la alagai'sharak siempre tengo la sangre encendida. Nie maldiga a los damaji que decretaron que el gran harén estuviera cerrado hasta el amanecer. —Varios guerreros asintieron con un gruñido.

Jardir recordó al guerrero que había acarreado a la jiwah'Sharum hasta la habitación tras las cortinas la mañana anterior y se ruborizó.

Hasik captó la expresión de su rostro.

—¿Qué, rata, eso te excita? —se rió—. ¿El de la estirpe de los meados está impaciente por tomar a su primera mujer?

No respondió.

—Con bido o sin él, éste seguirá siendo un crío mañana —rió a su vez otro de los guerreros, Manik—. ¡Es demasiado joven para saber qué hacer con una bailarina de almohada!

El muchacho abrió la boca, pero la cerró en seguida. Le estaban provocando a propósito. A pesar de lo que hubiera ocurrido en el Laberinto, sería nie'Sharum hasta que la dama'ting predijera su muerte. Cualquiera de los guerreros podía matarlo a causa de la insolencia más nimia.

De forma sorprendente, Hasik saltó en su defensa.

—Deja en paz a la rata —advirtió—. Es mi ajin'pal. Si te burlas de él es como si te burlaras de mí.

Manik hinchó el pecho ante el desafío, pero Hasik era joven y fuerte. Se miraron el uno al otro durante un momento antes de que el hombre escupiera en el polvo.

—Bah, no merece la pena sacarte las tripas sólo para burlarse de un crío. —Le dio la espalda y se marchó dando zancadas.

—Gracias —le dijo Jardir.

—No es nada —replicó Hasik mientras le ponía una mano sobre el hombro—. Es deber de los ajin'pal cuidar unos de otros, y no serás el primer chico que tema más a las bailarinas de almohada que a los alagai. Las dama'ting les enseñan el arte del sexo a las jiwah'Sharum, pero los instructores no dan esa clase de lecciones en el sharaji.

Sintió que enrojecía de nuevo y no pudo evitar preguntarse qué le aguardaría sobre los cojines de detrás de las cortinas cuando se alzarán los velos.

—No temas —le dijo Hasik, dándole una palmada en la espalda—. Te enseñaré cómo hacer aullar a una mujer.

Se terminaron la petaca y una sonrisa malvada cruzó el rostro del guerrero.

—Vamos, rata. Creo que podemos divertirnos un rato mientras tanto.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jardir, que daba tumbos detrás de Hasik a través del Laberinto. El couzi hacía que la cabeza le diera vueltas y sentía los miembros flojos. Los muros parecían moverse por su cuenta.

El guerrero se dio media vuelta, con una gran sonrisa en el rostro. El agujero entre los dientes donde Qeran le había golpeado la primera noche de Jardir en el sharaj de los kaji se veía como un hueco negro a la luz de la luna.

—¿Adónde? —inquirió él a su vez—. Pero si ya estamos.

Miró a su alrededor, confuso, y en ese momento un estallido de colores explotó ante sus ojos, cuando el otro le estrelló el puño en el rostro.

Antes de que pudiera reaccionar, el guerrero cayó sobre él y lo puso boca abajo contra el polvo.

—Prometí enseñarte a hacer aullar a una mujer —le dijo—, pero en esta primera lección, tú serás la mujer.

—¡No! —gritó. Se debatió, pero Hasik le aplastó la cara contra el suelo, hasta que los oídos le zumbaron. Le torció un brazo tras la espalda y de ese modo lo sostuvo inmóvil mientras le bajaba el bido con la otra mano.

—¡Parece que vas a perder el bido dos veces en la misma noche, rata! —rió.

Jardir notó el sabor de la sangre y el polvo mezclados en la boca. Intentó aceptar el dolor, pero por primera vez le resultó imposible y sus gritos resonaron por todo el

Laberinto.

Todavía estaba sollozando cuando le encontró la dama'ting.

La mujer relucía como un fantasma y sus ropas blancas levantaban levemente el polvo a su paso. Jardir dejó de llorar y se la quedó mirando. Entonces tomó conciencia de la realidad y forcejeó para subirse el bido. Se sentía tan avergonzado que ocultó el rostro.

La dama'ting chasqueó la lengua.

—¡Ponte en pie, niño! —le ordenó con brusquedad—, ¿Te has mantenido firme contra los alagai y ahora lloras como una mujer por esto? ¡Everam necesita dal'Sharum, no khaffit!

Jardir deseó que los muros del Laberinto cayeran sobre él y lo aplastaran, pero uno jamás desoía las órdenes de una dama'ting, de modo que se puso en pie, enjugándose las lágrimas a manotazos y limpiándose la nariz.

—Eso está mejor —dijo la sacerdotisa—, aunque algo tarde. Odiaría haber venido hasta aquí para predecir la vida de un cobarde.

Las palabras hirieron al muchacho. Él no era un cobarde.

—¿Cómo me ha encontrado?

Ella silbó entre dientes y le hizo un gesto con la mano.

—Hace años que sabía que te iba a encontrar aquí.

Jardir se la quedó mirando, incrédulo, pero por su postura se podía adivinar que ese hecho no la incomodaba lo más mínimo.

—Chico, ven aquí, quiero verte mejor —le ordenó.

El muchacho hizo lo que le dijo, y la dama'ting le cogió la cara, y la volvió a un lado y a otro para que le diera la luz de la luna.

—Joven y fuerte —comentó—, pero así son también todos los que llegan hasta aquí. Eres más pequeño que la mayoría y eso no suele ser bueno.

—¿Ha venido a predecir mi muerte?

—Y también arrogante —masculló entre dientes—. Puede que aún haya esperanza para ti. Arrodíllate, niño.

Así lo hizo y la sacerdotisa se puso de rodillas a su lado, tras colocar un pañuelo blanco para proteger sus ropas impolutas del polvo del Laberinto.

—¿A mí no me importa tu muerte —le dijo—. Estoy aquí para ver tu futuro. Tu muerte queda entre tú y Everam.

Rebuscó algo entre las ropas y sacó una bolsita de grueso fieltro negro. Soltó las cuerdas que la cerraban y volcó el contenido sobre la mano libre con un repiqueteo. Jardir vio que eran unos doce objetos, negros y suaves como la obsidiana, con grafos tallados que relucían con un brillo rojizo en la oscuridad.

—Los alagai hora —dijo, alzando los objetos en su dirección. Jardir jadeó y retrocedió al oír el nombre. Ella sostuvo en la mano los huesos pulidos de los demonios en forma de dados de muchas caras, e incluso sin tocarlos, Jardir percibió el latido amortiguado de su magia maligna.

»¿Otro ataque de cobardía? —preguntó la dama'ting en voz baja—. ¿Cuál es el propósito de los grafos, si no el de hacer que la magia de los alagai sirva a nuestros fines?

Él se armó de valor, irguiéndose de nuevo.

—Extiende la mano —le ordenó ella, mientras colocaba la bolsita de terciopelo en su regazo y depositaba al lado los dados. Luego rebuscó de nuevo entre sus ropas, y sacó una hoja curva y aguzada con grafos tallados.

Jardir mantuvo la mano extendida procurando que no temblase. El corte fue rápido y la dama'ting hurgó en la herida. Con las manos manchadas de sangre, tomó los alagai hora y los sacudió.

—Everam, Dador de la luz y la vida, te imploro, otórgale a esta humilde sierva tuya el conocimiento de lo que está por suceder. Háblame de Ahmann, hijo de Hoshkamin, último descendiente de la línea de Jardir, el séptimo hijo de Kaji.

El brillo de los dados se intensificó, y llamearon entre sus dedos, hasta que pareció que sostenía carbones al rojo. Los arrojó y los dispersó por el suelo.

La mujer se puso las manos en las rodillas y se inclinó hacia adelante, para estudiar los signos rojizos. Sus pupilas se dilataron y siseó. Pareció olvidar de forma repentina el polvo que manchaba sus ropas de brillante color blanco y gateó muy interesada en interpretar el diseño que mostraban los dados antes de que el color pulsante de los grafos se desvaneciera con lentitud.

—Alguien debe de haber expuesto estas piedras a la luz —masculló entre dientes, mientras volvía a reunirías.

Practicó un nuevo corte al muchacho y volvió a realizar el encantamiento; una vez más, los dados relucieron hasta que los arrojó.

—¡Esto no puede ser! —exclamó, los recogió y los tiró por tercera vez. A Jardir le pareció que el diseño que mostraban no había cambiado.

—¿Qué significa? —osó preguntar—. ¿Qué es lo que ha visto?

La dama'ting alzó la mirada y entrecerró los ojos.

—El futuro no te incumbe, niño —repuso de tal modo que el muchacho retrocedió por la ira que mostraba el tono de su voz, en la duda de si se debía a una impertinencia por su parte o a lo que había adivinado.

O ambas cosas. ¿Qué le habían mostrado los dados? Su mente regresó a la cerámica que había permitido que Abban robara de Baha kad'Everam y se preguntó si ella también había visto ese pecado.

La sacerdotisa recogió los huesos y los metió dentro de la bolsita antes de ponerse

en pie. Luego la guardó y se sacudió el polvo de la ropa.

—Vuelve al pabellón de los kaji y pasa el resto de la noche en oración —le ordenó. Después se desvaneció entre las sombras con tanta rapidez que Jardir llegó a preguntarse si realmente había estado allí.

Qeran lo despertó de una patada mientras los demás guerreros dormían aún.

—Arriba, rata —dijo el instructor—. El dama te llama.

—¿Me van a quitar ya el bido? —preguntó.

—Los hombres han comentado que luchaste bien esta noche —le informó—, pero no soy yo quien decide. Sólo los dama pueden vestir de negro a un nie'Sharum.

El instructor le escoltó hacia las habitaciones del corazón del Sharik Hora. Notó la frialdad del sagrado suelo de piedra bajo los pies desnudos.

—Instructor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Puede que sea la última que me hagas como instructor tuyo —repuso él—, así que procura que sea buena.

—Cuando os encontrásteis con la dama'ting, ¿cuántas veces arrojó los dados?

El instructor le miró de soslayo.

—Una vez. Sólo lo hacen una vez. Los dados jamás fallan.

Jardir quería añadir algo más, pero dieron la vuelta a una esquina y allí le esperaba el Dama Khevat, que había sido uno de sus profesores más duros, aquél que le había llamado hijo de meado de camello y le había arrojado a las letrinas como castigo a su insolencia.

Qeran le puso una mano sobre el hombro.

—Sujeta tu lengua si quieres conservarla, hijo —susurró en voz baja.

—Que Everam te acompañe —le saludó Khevat. El instructor hizo una reverencia y el muchacho le imitó. En respuesta a un asentimiento del dama, Qeran giró sobre sus talones y desapareció.

Khevat introdujo a Jardir en una pequeña habitación sin ventanas llena de hojas de papel, que olía a tinta y aceite de lámpara. Parecía un lugar más apropiado para un khaffit o una mujer, pero incluso aquí, los huesos de los hombres cubrían todo el espacio. De huesos estaba hecho el asiento al que le condujo el dama y el escritorio tras el cual se sentó él. Incluso las hojas de papel estaban sujetas con calaveras.

—Sigues sorprendiéndome, hijo de Hoshkamin. No te creí cuando dijiste que estabas dispuesto a ganar gloria suficiente para ti y para tu padre, pero pareces decidido a demostrar que yo estaba equivocado.

El se encogió de hombros.

—Sólo he hecho lo que hubiera hecho cualquier otro guerrero.

El dama se echó a reír entre dientes.

—Los guerreros que yo conozco no son tan modestos. Has matado uno tú solo y hecho cinco asistencias a los... ¿qué?, ¿trece años?

—Doce —aclaró el muchacho.

—Doce —repitió él—. Y ayudaste a morir a Moshkama anoche. Pocos nie'Sharum tendrían el valor suficiente para hacer eso.

—Había llegado su hora.

—Desde luego. Moshkama no tenía hijos. Como hermano suyo en la muerte, está en tus manos blanquear sus huesos para el Sharik Hora.

Jardir hizo una pequeña reverencia.

—Será un honor.

—Tu dama'ting vino a visitarme anoche.

Alzó la mirada con ansiedad.

—¿Voy a perder el bido ya?

Khevat sacudió la cabeza.

—Ella dice que eres demasiado joven. Si te devolvemos a la alagai'sharak sin más entrenamiento y sin darte tiempo a crecer más, sólo servirá para que los kaji pierdan a otro guerrero.

—No me da miedo morir —explicó el muchacho—, si es inevera.

—Eso es hablar como un verdadero Sharum, pero no es tan sencillo. La dama'ting ha decretado que no se te dé acceso al Laberinto hasta que no seas mayor.

Jardir puso mala cara.

—Entonces, ¿tengo que volver cubierto de vergüenza al kaji'sharaj después de haber estado entre los hombres?

El dama sacudió la cabeza.

—La ley es clara en ese aspecto. A ningún chico que haya entrado en el pabellón de los Sharum se le permite regresar al sharaj.

—Pero si no me puedo ir allí y no puedo volver con los hombres...

—comenzó, y de repente, comprendió lo grande que era el aprieto en el que estaba.

«¿Me... convertiré en un khaffit? —preguntó, y sintió cómo un terror agudo le invadía por primera vez en su vida. El miedo que le inspiraba la dama'ting nada tenía que ver con esto. La sangre le abandonó el rostro mientras recordaba la imagen de Abban suplicando por su vida.

«Antes moriré —pensó—; atacaré al primer dal'Sharum que vea y no le permitiré que me deje con vida. Mejor muerto que khaffit.»

—No —replicó el sacerdote y Jardir sintió que su corazón volvía a latir—. Quizá estas sean cosas que no le importen a la dama'ting, ya que hasta el último de los khaffit se encuentra por encima de una mujer, pero no consentiré que un guerrero caiga tan bajo cuando se ha enfrentado a todo. Desde los tiempos del Shar'Dama'Ka,

no se le han denegado las ropas negras a ningún chico que haya derramado sangre en el Laberinto. La dama'ting nos deshonra a todos con su decreto, y sea doncella de Everam o no, sólo es una mujer, y no puede entender lo que esto supondría para el valor de los Sharum.

—Entonces, ¿qué va a pasar conmigo?

—Entrarás en el Sharik Hora —le explicó Khevat—. Ya he hablado con el Damaji Amadeveram. Con su bendición, ni siquiera la dama'ting puede impedirlo.

—¿Me voy a convertir en un sacerdote? —preguntó. Intentó disimular su descontento, pero la voz le cedió y supo que había fallado.

El dama se echó a reír.

—No, chico, tu destino está en el Laberinto, pero te entrenarás aquí hasta que estés preparado. Trabaja duro y podrás convertirte en kai'Sharum mientras los demás chicos de tu edad aún llevan el bido.

—**É**sta será tu celda —le dijo el sacerdote que le había conducido hacia una cámara en lo profundo del Sharik Hora.

La habitación era un espacio de tres por tres metros excavado en la arenisca con un duro catre en una de las esquinas. Se cerraba con una pesada puerta de madera, pero no tenía pestillo ni barra. Sólo recibía luz de una lámpara del corredor, que entraba a través de una ventana con barrotes que había en la misma puerta. Comparado con el espacio comunal y los suelos de piedra del kaji'sharaj, aquello le hubiera parecido un lujo, si no fuera por la vergüenza que suponía estar allí y porque se le habían denegado los placeres del pabellón de los kaji.

—Aquí ayunarás para expulsar los demonios de tu mente —dijo Khevat—. Comenzarás tu entrenamiento por la mañana. —Luego se marchó y sus pasos se alejaron por el pasillo hasta que todo quedó en silencio.

Jardir se dejó caer boca abajo sobre el catre, pero estar así, tumbado sobre su estómago, le recordó a Hasik, y la ira y la vergüenza ardieron en su interior hasta que se le hizo insoportable. Se bajó del catre de un salto, lo cogió y lo estrelló contra la pared. Después pateó la madera y desgarró la tela hasta que se dio cuenta de que jadeaba pesadamente en mitad de un montón de astillas y andrajos.

Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se envaró, pero no hubo respuesta alguna al alboroto. Retiró los restos hacia una de las esquinas y comenzó el sharukin. Las series de movimientos sharusahk le ayudaron a centrarse mucho más de lo que habría conseguido la oración.

Los sucesos de la última semana giraban a su alrededor. Ahora Abban era un khaffit, cosa que le avergonzaba, pero se abrió al sentimiento y vio la verdad que había detrás. Abban siempre había sido khaffit, como había demostrado el Hannu

Pash. Él había conseguido retrasar la voluntad de Everam, pero no había podido impedirla. Ningún hombre podía.

Inevera, pensó, y abrazó la pérdida.

Reflexionó sobre la gloria y la euforia de la matanza de los demonios en el Laberinto y aceptó que podrían pasar muchos años antes de que pudiera volver a disfrutar de ese gozo. Los dados habían hablado.

Inevera.

Pensó de nuevo en Hasik, pero eso ya no era *inevera*. Ahí había fallado. Se había comportado como un estúpido bebiendo couzi en el Laberinto y había sido un idiota confiando en él, un imbécil por haber bajado la guardia.

Ya había aceptado el dolor del cuerpo e incluso la humillación. Había visto cómo montaban a otros chicos en el sharaj y podía abrazar el sentimiento. A lo que no podía abrirse era al hecho de que ahora Hasik se estaría pavoneando entre los dal'Sharum creyendo que había ganado y que había conseguido destruirle.

Frunció el ceño. «A lo mejor me ha destruido —concedió para sus adentros—, pero los huesos rotos se fortalecen cuando curan y yo también tendré mi día de gloria.»

Supo que había llegado la noche cuando la luz de la lámpara se apagó y lo dejó en la más profunda oscuridad. Pero a él no le importaba. No había protecciones en el mundo mejores que las del Sharik Hora e incluso sin ellas, los espíritus innumerables de los guerreros guardaban el templo. Cualquiera alagai que pusiera el pie en ese sitio sagrado se quemaría igual que si hubiera visto el sol.

No habría dormido ni aunque lo hubiera deseado, así que continuó el sharukin, repitiendo los movimientos una y otra vez hasta que se convirtieron en una parte de sí mismo, tan natural como respirar.

Cuando la puerta de su celda se abrió con un chirrido, se puso en alerta con rapidez. Recordó su primera noche en el kaji'sharaj y por ello se deslizó aprovechando la oscuridad hacia un lado de la puerta donde adoptó una postura de lucha. Si los nie'dama querían darle una bienvenida similar, lo lamentarían.

—Si hubiera querido hacerte daño, no te habría enviado aquí para que te entrenases —dijo una voz de mujer que le resultó familiar.

Se encendió una luz roja que iluminó el rostro de la dama'ting con la que se había encontrado la noche anterior. Portaba un cráneo pequeño perteneciente a un demonio del fuego, tallado con grafos que brillaban con intensidad en la oscuridad. Al encenderse la luz, ella ya le miraba directamente a los ojos, como si hubiera sabido desde el primer momento el lugar exacto en el que se encontraba.

—No me enviasteis aquí —osó decir el muchacho—. ¡Le dijisteis al Dama Khevat que me devolviera lleno de vergüenza al kaji'sharaj!

—Sabía que no lo haría —repuso la sacerdotisa, ignorando el tono acusatorio de

su voz—. Ni tampoco te hubiera convertido en khaffit. El único camino que le quedaba era traerte aquí.

—Sin honor —replicó Jardir, con los puños cerrados.

—¡Pero seguro! —siseó la mujer, alzando el cráneo del alagai. Los grafos relucieron con fuerza y de sus fauces surgió una llamarada. Jardir sintió el azote del calor en su rostro y retrocedió.

—No se te ocurra juzgarme, nie'Sharum —gruñó la mujer—. Actúo como me parece mejor y tú harás lo que se te diga.

Jardir se golpeó la espalda contra la pared y comprendió que no podría retirarse más lejos, así que asintió.

—Aprende todo lo que puedas en el tiempo que vas a estar aquí —le ordenó mientras se marchaba—. La Sharak Ka se acerca.

Las palabras le golpearon como si hubieran sido un puñetazo. La Sharak Ka. Se acercaba la batalla final y él lucharía en ella. Todos sus intereses mundanos se desvanecieron en ese momento, cuando ella cerró la puerta y lo dejó sumido en la oscuridad una vez más.

Al cabo de un rato la lámpara del corredor volvió a cobrar vida, y se oyó un ligero golpecito en la puerta. Jardir la abrió al hijo más pequeño de Khevat, Ashan. Era un chico esbelto, vestido con un bido, uno de cuyos extremos se prolongaba hasta envolver uno de sus hombros, marcándolo como nie'dama, un aprendiz de sacerdote. Llevaba un velo blanco sobre la boca y Jardir comprendió que se encontraba en su primer año, cuando a los nie'dama no se les permitía hablar.

El muchacho inclinó la cabeza para saludarle y luego vio el desastre del catre en la esquina. Le guiñó un ojo y le hizo una ligera reverencia, como si hubiera pasado alguna prueba secreta. Ashan le hizo un gesto señalando el pasillo y luego se dirigió hacia allí. Jardir entendió lo que quería decir y le siguió.

Llegaron a una amplia cámara con el suelo de mármol pulido. Había allí docenas de dama y nie'dama, quizá todos los pertenecientes a la tribu, con los pies afianzados en el suelo, practicando el sharukin. El chico le hizo señales con una mano para que le siguiera y los dos ocuparon un lugar en las filas de los nie, uniéndose a ellos en la lenta danza, donde, con la respiración al unísono, los cuerpos de todos los presentes fluían de una postura a otra.

Había algunas costumbres con las que Jardir no estaba familiarizado y la experiencia era bastante diferente a las brutales lecciones a las que estaba acostumbrado, con Qeran y Kaval gritándoles maldiciones, azotando a todos aquellos cuyas posturas no fueran perfectas y exigiendo que evolucionaran cada vez más rápido, más y más. Los dama practicaban en silencio y las únicas instrucciones eran

seguir al dama que conducía la lección y observarse unos a otros. Pensó que los clérigos eran flojos y débiles.

La sesión terminó al cabo de una hora. De forma inmediata, comenzó el rumor de las conversaciones cuando los dama rompieron la formación en grupos pequeños y abandonaron la habitación. El compañero de Jardir le hizo señas para que se quedase y se reunieron con los otros nie'dama.

—Tenéis un nuevo hermano —anunció Khevat, señalando con un gesto al muchacho—. A pesar de tener apenas doce años, Jardir, hijo de Hoshkamin, ya tiene las manos manchadas de sangre de alagai. Permanecerá aquí y aprenderá los métodos de los dama hasta que la dama'ting le considere suficientemente mayor para vestir de negro.

Los otros chicos asintieron en silencio y se inclinaron respetuosamente ante él.

—Ashan —llamó el dama—. Jardir necesitará ayuda en la sharusahk, así que tú le enseñarás. —El muchacho asintió.

Él bufó. ¿Un nie'dama le iba a enseñar? El otro chico no era mayor que él y había podido con otros bastante mayores en la cola del engrudo de los nie'Sharum.

—¿Crees que no necesitas entrenamiento? —le preguntó el sacerdote.

—No, claro que no, honorable dama —repuso con rapidez, a la vez que dedicaba una reverencia al clérigo.

—Pero crees que Ashan no está cualificado para instruirte —le presionó el hombre—. Después de todo, sólo es un nie'dama, un novicio que ni siquiera tiene edad para hablar, mientras que tú has acompañado a los hombres a la alagai'sharak.

Él se encogió de hombros, cogido en falta sin remedio, convencido de llevar razón pero con el temor de verse en una trampa.

—Muy bien —repuso el sacerdote—. Entrenarás con Ashan. Cuando le derrotes te asignaré un instructor más adecuado.

Los otros novicios retrocedieron para formar un anillo sobre el suelo de mármol pulido. Ashan permaneció en el centro y se inclinó ante Jardir.

Le dirigió una última mirada al Dama Khevat y luego devolvió el gesto al muchacho.

—Mis disculpas, Ashan —comentó mientras se acercaban—, pero tengo que derrotarte.

El muchacho no dijo nada pero adoptó una postura de combate sharusakh. Él hizo lo mismo y el dama batió palmas una sola vez.

—¡Comenzad! —gritó.

Se lanzó hacia adelante, con los dedos engarfiados listos para clavarse en la garganta de Ashan. El movimiento le pondría fuera de combate con rapidez, sin hacerle demasiado daño.

Pero Ashan le sorprendió, al girar con fluidez para evadirle y lanzarle luego una

patada al costado que le dejó despatarrado en el suelo.

Jardir se puso en pie velozmente y se maldijo por subestimar al chico. Atacó de nuevo, con las defensas preparadas, y fintó un golpe a la mandíbula del muchacho. Cuando él hizo el movimiento correspondiente para bloquearle, giró sobre sí mismo, fingiendo un codazo al riñón que se encontraba en el lado contrario. Pero nuevamente Ashan modificó su posición y rectificó su alcance, así que Jardir tuvo que girar de nuevo y lanzar el golpe real, un barrido a la pierna que complementaría con un codazo en el pecho, para tumbar al nie'dama de espaldas.

Pero la pierna no estaba donde debía y la patada sólo encontró aire. Ashan capturó su pierna y usó su impulso para realizar el mismo movimiento que Jardir había planeado contra él. Cuando cayó, Ashan disparó su codo contra el pecho del muchacho haciendo que expulsara violentamente el aire que contenía. Jardir se golpeó la cabeza contra el mármol, pero comenzó a moverse sin esperar a sentir el dolor. ¡La derrota era inadmisibile!

Sin embargo, antes de que pudiera colocar las manos y los pies en posición, ambos desaparecieron. Volvió a darse un gran golpe contra el suelo y percibió el impacto de un pie en la parte posterior de la cintura. Su pierna izquierda quedó atrapada, al igual que su brazo derecho, y Ashan tiró con fuerza, preparado para descoyuntarle.

Jardir chilló, con los ojos empañados de dolor. Aceptó el sufrimiento y cuando se le aclaró la visión, captó la imagen fugaz de una dama'ting, que le observaba desde la sombra de un arco del vestíbulo.

Sacudió la cabeza velada y se marchó.

*E*n las entrañas del Sharik Hora, Jardir no podía distinguir la noche del día. Dormía cuando los dama le decían que lo hiciera, comía cuando le daban comida y, entretanto, seguía sus órdenes. Había también un puñado de dal'Sharum en el templo, entrenándose para ser kai'Sharum, pero no había ningún otro nie'Sharum. Era el último entre los últimos, y la vergüenza amenazaba con ahogarle cuando pensaba en aquéllos que antes habían cumplido sus órdenes sin rechistar: Shanjat, Jurim y los otros, que en esos momentos se estarían despojando de sus bidos.

Durante el primer año se convirtió en la sombra de Ashan. Sin proferir ni una sola palabra, el nie'dama le enseñó lo que necesitaba para sobrevivir entre los clérigos. Cómo rezar, cómo arrodillarse, cómo hacer una reverencia y cómo luchar.

Había subestimado las habilidades de combate de los dama. No podrían llevar lanza, pero el último entre ellos valía lo que dos dal'Sharum en el arte del combate con las manos desnudas.

Pero la pelea era algo de lo que Jardir sí entendía. Se sumergió en el

entrenamiento, y poco a poco fue dejando atrás su vergüenza a través de los fluidos ejercicios. Incluso después de que las lámparas se apagaran cada noche, Jardir seguía practicando el sharukin durante horas en la oscuridad de su diminuta celda.

Después de que los curtidores terminaran con la piel de Moshkama, Jardir y Ashan recogieron el cuerpo y lo hirvieron en aceite, para después extraer los huesos y blanquearlos al sol sobre los minarettes de hueso que se alzaban al cielo del desierto. Las jiwah'Sharum habían llenado tres frascos de lágrimas ante su cuerpo muerto y luego las habían mezclado con la laca que usaban para pintar los huesos antes de entregarlos a los artesanos. Los huesos de Moshkama y las lágrimas de las que le habían llorado se unirían a mayor gloria del Sharik Hora, y Jardir soñaba con el día en que él también se convirtiera en uno con el templo sagrado.

También había otras tareas menos satisfactorias, menos honorables. Todos los días se pasaba horas intentando pasar las letras a papel, usando un palo para copiar las palabras del Evejah en una caja de arena mientras las recitaba en voz alta. Parecía un arte inútil, poco apropiado para un guerrero, pero Jardir prestó atención a las palabras de la dama'ting y trabajó duro, hasta dominar las letras con rapidez. También aprendió matemáticas, historia, filosofía y el arte de la Protección. Eso último lo devoró con fruición, pues cualquier cosa que pudiera obstaculizar o herir a los alagai recibía su más profunda devoción.

El Instructor Qeran iba varias veces a la semana y pasaba horas afinando el trabajo de Jardir con la lanza, mientras los maestros en la tradición histórica le enseñaban las tácticas y la evolución de la guerra en todas las épocas hasta llegar a los tiempos del Liberador.

—La guerra es mucho más que mostrar destreza en el campo de batalla —le decía el Dama Khevat—. El Evejah nos dice que el secreto de la guerra está en el engaño.

—¿El engaño? —preguntó el muchacho.

El sacerdote asintió.

—Del mismo modo que fintas con tu lanza, también el líder sabio puede dirigir al enemigo en la dirección equivocada antes de llegar a la batalla. Si es fuerte, debe aparentar ser débil. Cuando esté a punto de golpear, debe parecer incluso lejos de la amenaza. Cuando se esté reagrupando, debe hacer creer a sus enemigos que el ataque es inminente. De ese modo debe conseguir que el enemigo malgaste su fuerza mientras administra correctamente la propia.

Jardir inclinó la cabeza.

—¿No es más honorable enfrentarse con el enemigo cara a cara?

—No construimos el Gran Laberinto para salir allí afuera y luchar de frente con los alagai —comentó Khevat—. No hay mayor honor que la victoria y, para obtenerla, debes aprovechar cada ventaja, sea grande o pequeña. Ésa es la esencia de la guerra, y la guerra es la esencia de todas las cosas, desde el más despreciable

khaffit que regatea en el bazar hasta el Andrah que escucha las peticiones en palacio.

—Entiendo.

—El engaño depende del secreto —continuó el sacerdote—. Si los espías pueden descubrir tus engaños, perderás toda tu fuerza. Un gran líder debe disimular sus tretas de tal forma que ni siquiera su círculo más íntimo y, algunas veces, ni él mismo piensen en ellas hasta que sea el momento de atacar.

—Pero ¿por qué luchar contra todo, dama? —se atrevió a preguntar el muchacho.

—¿Cómo?

—Todos somos hijos de Everam —repuso Jardir—. El enemigo son los alagai. Necesitamos a todos los hombres contra ellos, pero, sin embargo, nos matamos unos a otros a la luz del día. —Khevat se lo quedó mirando, pero él no estaba seguro de si el dama estaba enojado o complacido por su pregunta.

—Unidad —replicó el sacerdote al final—. En la guerra, los hombres se mantienen unidos y es ese poder colectivo el que les hace fuertes. En palabras del mismo Kaji cuando conquistó las tierras verdes: «La unidad vale su precio en sangre sea cual sea éste. Contra la noche y las legiones incontables de Nie, es mejor cien mil hombres que se enfrenten juntos, a cien millones de cobardes». Recuerda esto siempre, Ahmann.

Jardir se inclinó.

—Así lo haré, dama.

Jiwab Ka

313-316 d.R.

Se le aproximaron tres nie'dama desde sitios opuestos y, aunque Jardir no podía verla, percibió a la dama'ting observando. Siempre hacía lo mismo.

Se entregó al momento como lo hacía al abrazar el dolor, dejando que se apartaran todos los intereses mundanos. Después de más de cinco años en el Sharik Hora, la paz acudía sumisa cuando la invocaba. Él dejaba de existir, y ellos, incluso ella. Sólo quedaba la danza.

Ashan le atacó el primero, pero Jardir fintó un bloqueo para después girar y saltar hacia un lado con la idea de golpear a Halvan en el pecho, de modo que la patada de Ashan se perdió en el vacío. Agarró el brazo de Halvan y se lo retorció empujándolo contra el suelo con facilidad. Le podría haber descoyuntado el brazo, pero se consideraba una muestra suprema de habilidad no causar daño a los oponentes.

Shevali esperó a que Ashan se recobrara antes de caer sobre él como si fueran uno, con tal coordinación de movimientos que habrían enorgullecido a cualquier unidad de dal'Sharum.

Pero importó poco. Los brazos y las piernas de Jardir se movían tan rápido que no se distinguían con claridad y sus golpes sordos resonaban como un redoble de tambor mientras marcaba el ritmo hasta su conclusión inevitable. Al quinto golpe, Shevali dejó su garganta expuesta un momento y después, como siempre sucedía al final, sólo quedaban Jardir y Ashan.

Sabiendo de antemano lo rápido que era Jardir, Ashan intentó forcejear con él, pero los años habían añadido carne a sus huesos. A los diecisiete, Jardir era más alto que la mayoría de los hombres, y el entrenamiento constante había transformado sus músculos nervudos en otros fibrosos pero bien formados. No pasó mucho tiempo antes de que el joven dama terminara inmovilizado.

Ashan se echó a reír, pues sus años de silencio habían pasado hacía ya mucho.

—¡Un día acabaré contigo, nie'Sharum!

Jardir le tendió la mano para auparlo del suelo.

—Jamás verás ese día.

—Eso es cierto —comentó el Dama Khevat.

Jardir se dio la vuelta y el círculo de chicos e instructores se abrió para que avanzara el clérigo, con la dama'ting a su lado. Al muchacho se le fue la sangre del

rostro.

La dama'ting acarreaba consigo unas ropas negras.

La sacerdotisa le condujo a una cámara privada y le quitó el bido con sus propias manos. Jardir intentó aceptar la sensación de sus manos sobre la piel desnuda, pues era la única mujer que le había tocado en años, por primera vez y de forma tan íntima, pero no pudo hallar la paz. Su cuerpo respondió al contacto y temió que ella le matase por tamaña falta de respeto.

Pero la dama'ting no hizo mención a su excitación mientras le envolvía con un taparrabos negro en lugar del bido, y después le colocaba unos pantalones holgados, unas pesadas sandalias y la amplia túnica de un dal'Sharum.

Jardir esperaba sentirse raro vestido después de llevar sólo el bido durante ocho años, pero para lo que no estaba preparado era para el peso de las ropas negras acorazadas de los guerreros. La vestimenta llevaba cosidos por todos lados una especie de bolsillos que albergaban placas y tiras de arcilla cocida. Las placas eran capaces de absorber el impacto de un golpe fuerte, como bien sabía él, pero se rompían y necesitaban reemplazarse después.

Estaba tan distraído por todas las novedades que al principio no se dio cuenta del color blanco del velo que la dama'ting le estaba anudando en torno al cuello. Cuando lo hizo, se le escapó una exclamación de sorpresa.

—¿Crees que todo el tiempo que has pasado entre los dama no ha servido para nada, hijo de Hoshkamin? —le preguntó la mujer—. Te reunirás de nuevo con tus hermanos dal'Sharum como su señor, un kai'Sharum.

—¡Pero sólo tengo diecisiete años! —repuso él.

La dama'ting asintió.

—El kai'Sharum más joven desde hace siglos, al igual que fuiste el más joven en derribar a un demonio del viento y el más joven en sobrevivir a la alagai'sharak. ¿Quién sabe qué otras cosas podrás conseguir?

—Vos lo sabéis. Los dados os lo han dicho.

Ella sacudió la cabeza.

—Puedo ver el destino al que aspira tu espíritu, pero es un camino cubierto de peligros y puedes no llegar a conseguirlo. —Le colocó el velo sobre la cara y el tacto fue tan suave como una caricia—. Tienes muchas pruebas ante ti, pero concéntrate en el ahora. Cuando vuelvas hoy al pabellón de los kaji, uno de los Sharum te retará. Y tú debes...

Jardir alzó la mano, cortándola. Los ojos de la sacerdotisa llamearon ante su audacia.

—Con mis respetos —dijo el muchacho, al recordar la fila del engrudo en el

kaji'sharaj—, el mundo del Sharum lo comprendo bien. Tengo que vencer al que me desafíe públicamente antes de que nadie ose seguir su ejemplo.

La dama'ting le miró durante un momento; luego se encogió de hombros y en sus ojos se reflejó una sonrisa.

Jardir avanzó a grandes zancadas por los campos de entrenamiento de los kaji, seguido por el Dama Khevat y la dama'ting. Los dal'Sharum hicieron una pausa en su entrenamiento al verle y se escucharon unos murmullos de reconocimiento cuando contemplaron su rostro. A uno de ellos se le escapó una risotada.

—¡Mirad! ¡La rata ha vuelto! —gritó Hasik, cuya «s» aún silbaba después de todos esos años. El enorme guerrero plantó la lanza en el suelo con un golpe sordo—. ¡Sólo le ha costado cinco años sacarse de encima el bido!

Varios guerreros se echaron a reír al oír el comentario.

Jardir sonrió. Era una situación normal que los Sharum pusieran a prueba el temple de los nuevos kai, y era *inevera* que hubiera sido Hasik. El poderoso guerrero era aún más grande que él, pero no sintió miedo cuando avanzó.

Hasik bajó la mirada con frialdad, impávido.

—Puede que lleves un velo blanco atado al cuello, pero aún procedes de la estirpe de los meados —le espetó con aire despectivo, en una voz casi inaudible para que nadie lo escuchara.

—¡Ah, Hasik, mi ajin'pal! —exclamó él en voz alta—. ¿Todavía te llaman «Silbador»? Estaría encantado de arrancarte unos cuantos dientes más y así aliviarte el sufrimiento, si así lo deseas.

A su alrededor, todos los Sharum se rieron. Paseó la mirada entre ellos y vio a muchos de los que habían servido a sus órdenes cuando fue Nie Ka.

El guerrero rugió y embistió, pero él dio un paso hacia un lado y lanzó una patada que lo mandó de espaldas contra el suelo. Permaneció pacientemente en pie mientras Hasik fruncía el ceño y se arrastraba hasta incorporarse.

—Te mataré por esto —le prometió.

Jardir sonrió, pues adivinaba cada uno de los movimientos del hombre como si estuvieran escritos en la arena. El gigante cargó contra él, embistiendo con la lanza, pero él dio una vuelta sobre sí mismo y lo pateó para desviar la lanza hacia un lado de modo que el guerrero perdió el equilibrio y se tambaleó. A pesar de ello se volvió y usó la lanza como si fuera un palo de combate, pero Jardir se inclinó hacia atrás con la flexibilidad de una palmera azotada por el viento y evitó el golpe sin mover los pies ni un centímetro. Y antes de que el otro pudiera recuperarse, elevó las manos y agarró el arma, la pateó en el centro y partió la gruesa vara de madera. La pierna siguió el impulso hasta impactar en el rostro de Hasik.

Jardir escuchó un satisfactorio crujido cuando destrozó la mandíbula del guerrero, pero no se detuvo allí. Dejó caer la punta de la lanza pero sujetó la contera en alto, y avanzó con ella en la mano mientras Hasik luchaba por ponerse en pie.

El guerrero le dio un puñetazo y Jardir se maravilló de que en algún momento aquellos puños le hubieran parecido tan rápidos que no pudiera seguirlos con la mirada. Después de tantos años entre los dama, aquel puño parecía moverse a cámara lenta. Aferró la muñeca del guerrero y se la retorció hasta percibir cómo la articulación del hombro se salía de su sitio. Hasik gritó cuando Jardir estrelló la contera de la lanza contra su rodilla y se la destrozó. Cuando se desplomó en el suelo, le dio otra formidable patada en el estómago. Estaba en todo su derecho de matarle y aquellos que se habían reunido a su alrededor esperaban que lo hiciera, pero él no había olvidado la afrenta sufrida en el Laberinto.

—Y ahora, Hasik —le dijo, mientras todos los dal'Sharum de la tribu kaji les miraban—, te voy a enseñar a ser una mujer. —Sostuvo en alto la contera de la lanza—. Y éste será el hombre.

«Vigíladle para que la vergüenza no le haga volver la lanza contra sí mismo —le dijo Jardir a Shanjat cuando Hasik fue evacuado al pabellón de las dama'ting, aullando de dolor y humillación—. No quiero que mi ajin'pal sufra ningún daño irreparable.

—Como mi kai'Sharum ordene —repuso Shanjat—, aunque antes de que pueda volverla contra sí tendrán que sacársela. —Sonrió con suficiencia, tras hacerle una reverencia, y se apresuró a ir tras el guerrero herido. Jardir le siguió con los ojos, maravillado de la rapidez con la que se regresaba a las viejas costumbres, a pesar de que Shanjat hubiera ganado sus ropas negras hacía ya años y él ese mismo día.

Había planeado su venganza durante años, mientras bailaba la sharusahk en aquella celda diminuta en el Sharik Hora. Vencerle no era suficiente, pues su venganza tenía que ser una lección muy dura, que sirviera de advertencia para todos aquéllos que desearan desafiarle de nuevo. Si Hasik no lo hubiera hecho, Jardir lo habría buscado y lo hubiera retado él mismo.

Debido a la infinita justicia de Everam, cada paso se había ejecutado de manera exacta a cómo él lo había imaginado, pero ahora que su triunfo era completo, no encontraba más satisfacción en él que cuando luchó con Shanjat por un lugar en la cola de la comida de los nie'Sharum.

—Parece que tienes las cosas bajo control —comentó el Dama Khevat, dándole una palmada en la espalda—. Ve al pabellón de los kaji y toma a una mujer antes de la batalla de esta noche. —Se echó a reír—, ¡O toma a dos! Las jiwah'Sharum estarán encantadas de llevarse a la cama al más joven de los kai'Sharum en mil años.

Jardir se obligó a reír a su vez y asintió, aunque sintió un nudo en el estómago. Jamás había estado con una mujer. Excepto aquella fugaz visión la noche que estuvo

en el pabellón de los kaji, nunca había visto a una sin sus ropas. Fuera kai'Sharum o no, se enfrentaba a la última prueba de su hombría y a diferencia del modo en que había aplastado a Hasik o la matanza de los alagai, eso era algo para lo que no había sido entrenado.

El sacerdote le abandonó y Jardir miró hacia el pabellón de los kaji y tomó aire.

«Sólo son mujeres —se dijo a sí mismo, dando un paso vacilante hacia delante—, y están ahí para complacerte, no al revés.» Dio un segundo paso con algo más de confianza.

—Un momento —susurró la dama'ting, atrayendo su atención. El alivio y el miedo le poseyeron a la vez. ¿Cómo podía haberla olvidado?

—En privado —añadió ella. Jardir asintió y ambos caminaron hasta el extremo de los campos de entrenamiento, fuera del alcance de los oídos de los dal'Sharum que se encontraban allí.

Ahora era mucho más alto que ella, pero aún le intimidaba. Recordó el latigazo de fuego de la calavera del demonio del fuego e intentó auto—convencerse de que la magia alagai no funcionaría a la luz del día con la luz de Everam brillando sobre ellos.

—Arrojé los alagai hora antes de llevarte las ropas negras. Si duermes con las jiwah'Sharum, una de ellas te matará.

Los ojos de Jardir se abrieron de par en par, pues jamás se había oído una cosa parecida.

—¿Por qué?

—Los huesos no explican el porqué de las cosas, hijo de Hoshkamin —repuso la sacerdotisa—. Nos dicen lo que hay y lo que será. Puede que sea una amante de Hasik buscando venganza, o alguna mujer con una deuda de sangre con tu familia. —Se encogió de hombros—. Si duermes con las jiwah'Sharum estarás en peligro.

—Entonces, ¿nunca podré estar con una mujer? —inquirió—. Pero, ¿qué vida es ésa para un hombre?

—No exageres —repuso ella—. Puedes tomar esposas. Echaré los huesos para encontrar alguna apropiada para ti.

—¿Por qué haces esto?

—Tengo mis propias razones.

—¿Y el precio? —volvió a preguntar él. Las historias del Evejah solían hablar del precio oculto que habían de pagar aquéllos que usaran la magia de los hora en lo que no fuera la sharak.

—Ah. No eres tan inocente como pareces. Eso es bueno. El precio es que me tomes a mí como esposa.

Jardir se quedó helado y su rostro empalideció. ¿Tomarla como esposa? Eso era impensable, ella le aterrorizaba.

—No sabía que las dama'ting pudieran casarse —contestó, luchando por ganar tiempo mientras la cabeza le daba vueltas.

—Podemos si así lo deseamos. Las primeras dama'ting fueron las esposas del Liberador.

Se la quedó mirando de nuevo, pero las gruesas ropas blancas ocultaban a sus ojos el contorno y las curvas de su cuerpo. El tocado le tapaba el pelo, y el velo opaco, tenso, le cruzaba la cara sobre la nariz, camuflando también su voz. Sólo podía ver sus ojos, brillantes y llenos de interés. Había algo familiar en ellos, pero no era posible adivinar su edad y mucho menos si era bella o no. ¿Era virgen? ¿Procedía de buena familia? No había forma de saberlo. Las dama'ting eran separadas de sus madres cuando eran muy pequeñas y criadas en secreto.

—Un hombre tiene derecho a ver el rostro de una mujer antes de consentir en casarse con ella —repuso.

—Esta vez, no —replicó ella—. No tiene importancia alguna si mi belleza te conmueve o si mi útero es fértil. Tu futuro anda mezclado con dagas ocultas. Seré tu Jiwah Ka o te pasarás la vida buscando enemigos hasta que un día te sorprendan sin tener mis predicciones como guía.

Jiwah Ka. No sólo quería casarse con él, sino que quería ser su primera esposa. Una Jiwah Ka tenía derecho a vetar y deshacerse de cualquier jiwah sen, las demás esposas, y todas quedarían supeditadas a ella. Tendría un control absoluto de su casa y sus hijos, le seguiría a él en poder y no era tan tonto para no darse cuenta de que pretendía controlarle también a él.

Pero, ¿podía permitirse rehusar? No temía a nadie que le desafiara cara a cara pero la guerra era engaño, como le había enseñado Khevat, y no todos los hombres luchaban con lanzas o puños. Una bebida envenenada o una cuchillada por la espalda y se iría al lado de Everam con muy poca gloria para pagarse el camino hacia el Cielo, además de no dejar nada para su madre y sus hermanas.

Y se acercaba la Sharak Ka.

—Me pides que te lo dé todo —afirmó con la boca seca y la voz pastosa.

La dama'ting asintió.

—Te dejaré la sharak —le dijo—. Y eso es todo en lo que debe interesarse un Sharum.

Jardir se la quedó mirando durante un buen rato. Finalmente, asintió con la cabeza.

*L*a dama'ting no perdió el tiempo una vez se llevó a cabo el acuerdo. Antes de que pasara la semana, Jardir se encontró ante el Dama Khevat, observando cómo ella enunciaba sus votos.

Jardir fijó los ojos en los de la sacerdotisa. ¿Quién era ella? ¿Sería mayor que su madre o aún joven para darle hijos? ¿Qué encontraría cuando se retiraran a la cámara nupcial?

—Me ofrezco a ti en matrimonio tal como se dice en el Evejah, tal como estableció Kaji, la Lanza de Everam, el cual se sienta a los pies de la mesa de Everam hasta que renazca cuando llegue la hora de la Sharak Ka. Me comprometo, con honradez y sinceridad, a ser para ti una esposa obediente y leal.

«¿Realmente cree eso? —se preguntó Jardir—, ¿o no es más que una forma de controlar mi vida, ahora que visto de negro?»

Khevat se volvió en su dirección y él dio un respingo.

—Juro ante Everam —dijo, haciendo un esfuerzo para pronunciar las palabras sin tartamudear—, Creador de todas las cosas, y ante Kaji, el Shar'Dama Ka, llevarte a mi casa y ser un marido justo y tolerante.

—¿Aceptas a esta dama'ting como tu Jiwah Ka? —inquirió el dama y algo en el tono de su voz le recordó sus palabras cuando le pidió que llevara a cabo la ceremonia.

«¿Estás seguro de querer esto? —le había preguntado—. Una dama'ting no es una esposa cualquiera a la que puedas dar órdenes o golpear cuando te desobedezca.»

Tragó saliva. ¿Estaba seguro?

—Sí —afirmó con la voz pastosa, y los dal'Sharum reunidos gritaron y entrechocaron las lanzas contra los escudos. Su madre, Kajivah, abrazada a sus jóvenes hermanas, lloraba junto a ellas de orgullo.

Jardir sintió el corazón latirle con fuerza y parte de él deseó estar en el Laberinto en ese momento, bailando la alagai'sharak, en vez de en aquella cámara cubierta de almohadones y escasamente iluminada a la que se habían retirado.

—¡No temas, habrá más alagai'sharak mañana! —comentó Shanjat entre risas—. ¡Esta noche vas a bailar una danza distinta!

—Pareces más enfermo que relajado —comentó la dama'ting mientras corría las pesadas cortinas detrás de ellos.

—¿Cómo podría sentirme de otro modo? —inquirió él con amargura—. Eres mi Jiwah Ka, y ni siquiera sé cómo te llamas.

La sacerdotisa se echó a reír, y fue la primera vez que él oyó su risa. Era un sonido hermoso, tintineante.

—¿Seguro que no? —preguntó, dejando caer el velo y el tocado. Los ojos del joven se abrieron de par en par, pero no por la belleza y juventud de la mujer que quedó expuesta ante su vista.

Sino porque en realidad, sí la conocía.

—Inevera —susurró, recordando a la nie'dama'ting con la que había hablado en el pabellón tanto tiempo atrás.

Ella asintió, sonriéndole, más hermosa de lo que él se hubiera atrevido a soñar.

—La noche que nos encontramos, terminé de tallar mi primer alagai hora. Era el destino, la voluntad de Everam, como mi nombre. Los huesos de demonio se tallan en la más completa oscuridad, totalmente a solas. Puede llevarte semanas grabar un solo dado y años completar un juego. Y sólo entonces, cuando está acabado, se puede probar. Si fallan, se exponen a la luz y el proceso de tallado comienza de nuevo desde el principio. Si tienes éxito, entonces la nie'dama'ting se convierte en dama'ting y recibimos nuestro velo.

»Esa noche terminé el juego y necesitaba hacer una pregunta. Una prueba para ver si los dados poseían el poder del destino. Pero ¿qué pregunta? Entonces recordé al chico que había visto aquel día, con aquellos ojos atrevidos y modales desenfadados, así que sacudí los dados de demonio y pregunté: "¿Volveré a ver a Ahmann Jardir?".

»Por eso, desde aquella noche supe que volveríamos a encontrarnos en el Laberinto después de tu primera alagai'shakar, y más aún, que me casaría contigo y te daría muchos hijos.

Cuando acabó de hablar sacudió los hombros y las ropas blancas cayeron al suelo. Jardir había temido ese momento, pero a la luz vacilante captó el contorno desnudo de la joven, y su cuerpo comenzó a responder, de modo que comprendió que pasaría con éxito su última prueba de hombría, como todas las anteriores.

—**J**ardir, lleva a tus hombres al décimo nivel —le ordenó el Sharum Ka.

Era una decisión estúpida. Tres años después de que le otorgaran el velo blanco, todos los kai'Sharum allí reunidos sabían que la unidad de Jardir era la más valiente y mejor entrenada de toda Krasia. Presionaba mucho a sus hombres, pero sus dal'Sharum se enorgullecían de ello, pues sus presas superaban las de tres unidades juntas. Sin embargo, desperdiciaban su talento en el nivel décimo, pues jamás se había oído que los alagai hubieran penetrado tan al interior del Laberinto.

El Sharum Ka miró a Jardir con aire despectivo, esperando su disconformidad, pero él aceptó el deshonor y evitó que le afectara.

—Como el Sharum Ka ordene —dijo y se inclinó profundamente sobre su almohadón hasta tocar con la frente la gruesa alfombra de la sala de audiencias del Primer Guerrero. Cuando se irguió, su rostro estaba sereno a pesar de la repugnancia que sentía por el hombre que tenía delante. Se suponía que el Sharum Ka era el guerrero más fuerte de la ciudad, pero éste lo era todo menos eso. Su cabello estaba entreverado de gris y tenía el rostro tan lleno de profundas arrugas como el de un dama ji. Habían pasado años desde que puso el pie por última vez en el Laberinto, como demostraba su oronda barriga. Se suponía que el Primer Guerrero debía liderar la carga en la alagai'shakar e inspirar a sus hombres para alcanzar la gloria, no

conducirlos a la guerra desde detrás de los muros de su palacio.

Pero fuera como fuese, mientras llevara el turbante blanco, nadie podía contradecir su autoridad durante la noche.

El Dama Ashan, el clérigo de su unidad, y sus lugartenientes, Hasik y Shanjat, esperaban fuera del palacio del Sharum Ka para escoltarle de vuelta al pabellón de los kaji. Era sólo un kai'Sharum, pero ya había habido varios atentados contra su vida por parte de rivales celosos, incluso dentro de su propia tribu. El Sharum Ka no viviría eternamente y con un Andrah procedente de la tribu kaji, lo más seguro era que uno de los kai'Sharum de la tribu ocupara su lugar. Jardir se había interpuesto en las esperanzas de sucesión de muchos de los antiguos kai'Sharum.

Los tres hombres no solían alejarse de su lado, sobre todo desde que Inevera arregló matrimonios entre ellos y sus hermanas. Imisandre, Hoshvah y Hanya vestían harapos cuando él dejó el Sharik Hora hacía tres años, pero ahora eran las Jiwah Ka de sus lugartenientes más leales y habían dado a luz a sobrinos y sobrinas que aseguraban esa lealtad.

—¿Cuáles son nuestras órdenes? —preguntó Shanjat.

—El décimo nivel.

Hasik escupió en el polvo.

—¡El Sharum Ka te insulta con su decisión!

—Cálmate, Hasik —le indicó Jardir en voz baja, y el enorme guerrero se tranquilizó de manera casi inmediata—. Asume el insulto y deja que pase de largo, de ese modo verás el camino de Everam.

El hombre asintió y protegió su retaguardia mientras éste se alejaba a grandes zancadas del palacio. Hacía ya tres años, Hasik había regresado del pabellón de las dama'ting transformado. Aún era uno de los más fieros guerreros de los kaji, pero se había convertido en un lobo amaestrado, pues había entregado su lealtad por completo a Jardir; había sido la única manera de preservar su honor después de aquella humillante derrota.

—El Sharum Ka te teme —le advirtió Ashan—. Y hace bien. Si continúas acaparando toda la gloria, el Andrah podría hartarse de mantener a un viejo anciano al mando de sus tropas y permitirte que lo desafiaras en combate singular.

—Y un segundo más tarde de que gritara «adelante», tendríamos a un nuevo Primer Guerrero —comentó Shanjat.

—Eso no va a ocurrir —repuso él—. El Andrah y el Sharum Ka son viejos amigos. No traicionará a un siervo leal, incluso aunque se lo exigieran los mismos damaji.

—¿Y qué es lo que podemos hacer? —inquirió Hasik.

—Tú vete a casa con mi hermana y agradécele la comida que te habrá preparado —le dijo—. Y cuando caiga la noche, iremos al décimo nivel y rezaremos para que

Everam nos envíe unos cuantos alagai y podamos exponerlos al sol.

Como siempre, cuando llegó a sus cuarteles en el palacio de los kaji, Inevera le aguardaba. Se había apartado la ropa para descubrir el pecho del que mamaba su hija Anjha. Los hijos mayores de Jardir, Jayan y Asome, se aferraban a su vestido, jóvenes y fuertes.

Jardir se arrodilló, extendió los brazos, y los niños se precipitaron hacia él; cuando los elevó al ponerse en pie, se echaron a reír. Los dejó luego en el suelo y corrieron de nuevo hacia donde se encontraba su madre. Ver a sus hijos alteró la serenidad que se había autoimpuesto. No era sólo su reputación la que mancillaba el Sharum Ka, sino también la de ellos.

—¿Te preocupa algo, esposo mío? —le preguntó Inevera.

—Nada importante —replicó él, pero ella chasqueó la lengua.

—Soy tu Jiwah Ka. No necesitas controlar tus sentimientos cuando estás conmigo.

Jardir le dirigió una mirada y dejó que las tensas riendas de su autocontrol se relajaran.

—Esta noche el Sharum Ka me ha enviado al décimo nivel —escupió—. ¿Cuántos guerreros perderá mientras su mejor unidad protege un nivel vacío?

—Eso es buena señal, marido —repuso ella—. Quiere decir que te teme tanto a ti como a tu ambición.

—Pues yo no veo nada de bueno en ello, si me roba cualquier posibilidad de alcanzar la gloria.

—No le permitirán que haga eso —dictaminó Inevera—. Tienes que buscar la gloria en el Laberinto ahora más que nunca. Los huesos dicen que al Primer Guerrero no le queda ya mucho en este mundo. Si quieres sustituirle, tu gloria debe eclipsar la de los demás cuando se vaya con Everam.

—¿Y qué voy a hacer, sacudir mi lanza ante el aire vacío? —bramó.

La mujer se encogió de hombros.

—La Sharak es cosa tuya. Encuentra el modo.

Él gruñó y luego asintió. Llevaba razón, como siempre. Había ciertas cosas en las que ni siquiera una dama'ting podía aconsejarle.

—El sol no se pondrá hasta dentro de unas cuantas horas —anunció ella—. Hacer el amor y un poco de sueño te aclarará las ideas.

Él sonrió y se le acercó.

—Llamaré a mi madre para que se haga cargo de los niños.

Pero ella sacudió la cabeza, y dio un paso hacia atrás para evitar sus brazos tendidos.

—Conmigo, no. Los huesos dicen que Everalia es fértil. Si la tomas por detrás con mucha fuerza te dará un hermoso hijo.

Él puso mala cara. Everalia era su tercera esposa. Inevera ni siquiera se había molestado en mostrársela antes de prometerse, con el comentario de que había seleccionado a la Jiwah Sen por sus buenas caderas de criadora y la suerte que los alagai hora habían predicho que traería, no por su belleza.

—¡Siempre los huesos! —exclamó el guerrero con brusquedad—. ¡Por una vez tomaré a la esposa que me dé la gana!

La mujer volvió a encogerse de hombros.

—Toma a Thalaja si lo prefieres —admitió, refiriéndose a su segunda esposa, más hermosa—. También está en período fértil. Simplemente pensé que preferirías otro hijo a una niña.

Jardir apretó los dientes. Ella era lo que él quería, pero como Khevat le había advertido, fuera su esposa o no, era una dama'ting y no podía tomarla como a cualquier otra mujer. Abrió la boca, pero después la cerró.

¿Realmente echaba los dados para todo? Algunas veces parecía como si reclamara la autoridad de sus predicciones para hacerle actuar como ella quería, pero hasta ese momento no se había equivocado y era verdad que necesitaba más hijos si quería restaurar el linaje de Jardir y recuperar su antigua gloria. ¿Y no daba igual la esposa que tomara? Everalia estaba bien si la tomaba por detrás.

Se dirigió hacia la cámara nupcial, quitándose la ropa por el camino.

*E*speraron.

Cuando los gritos de la batalla arreciaron procedentes de los niveles exteriores y los demonios del viento comenzaron a chillar desde el cielo, aguardaron.

Y siguieron esperando mientras otros muchos hombres partían hacia Everam cubiertos de gloria.

—No hay alagai a la vista —informó Shanjat, haciendo una señal a los nie'Sharum que estaban sobre la muralla.

—¡Y no habrá ninguno! —gruñó Hasik, y se oyó un rumor de asentimiento entre los hombres. Había cincuenta de los mejores guerreros kaji agazapados en aquel apostadero, desperdiciados.

—Todavía hay tiempo para ganar gloria si nos juntamos con las otras unidades —dijo Jurim.

Jardir sabía que tenía que atajar la idea antes de que echara raíces en la mente de los demás, así que empujó la contera de la lanza entre los ojos de Jurim en un golpe que lo tiró al suelo.

—Atravesaré personalmente al que abandone su puesto sin mis órdenes para

hacerlo —anunció en voz alta. Los otros asintieron mientras el guerrero intentaba ponerse en pie, restañándose la sangre de la cara.

Paseó la mirada por los hombres, los mejores dal'Sharum que la Lanza del Desierto había producido y sintió una profunda vergüenza. Era él quien provocaba los celos del Sharum Ka, pero eran sus hombres los que sufrían por ello. Hombres nacidos y criados para matar alagai, a los que un viejo temeroso de perder poder negaba su destino. No fue la primera vez que se imaginó a sí mismo matando al Primer Guerrero, con desafío previo o no, pero un crimen como ése le privaría de honor y seguramente le costaría la vida al igual que su legado.

Justo en ese momento sonó un cuerno y Jardir prestó atención. La secuencia era la de una llamada de ayuda.

—¡Auxiliares! —gritó y dos de los Batidores de su unidad, Amkaji y Coliv, dieron un salto hacia adelante. En un instante sujetaron los extremos de sus escaleras calzadas con hierro de casi cuatro metros de altura y se lanzaron hacia las murallas. Tan pronto como Amkaji colocó la escalera en posición, Coliv la subió de tres en tres travesaños y daba la sensación de que no terminaba de asentar el peso sobre un pie cuando ya daba el siguiente paso. Alcanzó la parte superior en un momento y examinó el terreno. Poco después hizo la señal de que era seguro y Jardir subió.

Había sido cauteloso con sus Auxiliares cuando tomó el mando de su unidad, porque eran de otra tribu, los krevakh, pero había llegado a conocerlos a fondo y ambos le eran leales y vivían consagrados a la alagai'sharak como cualquiera de los otros hombres de su tribu. Los krevakh estaban totalmente entregados al servicio de los kaji, del mismo modo que su tribu rival, los nanji, servían a los majah.

La ley obligaba a que los dos Batidores convivieran con la unidad de Jardir día y noche. Los Batidores se especializaban en armas y estilos de combate exóticos y sus habilidades eran esenciales para cualquier kai'Sharum: acrobacias, espionaje, ataques relámpago..., y asesinatos.

Mientras Amkaji sujetaba la escalera, Jardir y Shanjat subían a la muralla. Coliv ofreció el catalejo a su kai'Sharum.

—Tribu sharach, nivel cuarto —informó, señalando la dirección.

—Averigua más —le ordenó él, cogiendo el instrumento, y Coliv partió a la carrera, manteniendo un equilibrio perfecto sobre la estrecha muralla. Los Batidores no llevaban lanza ni escudo para que no les estorbara su peso y el Auxiliar desapareció rápidamente de la vista.

—Los sharach son una tribu pequeña —comentó Shanjat—. Apenas aportan dos docenas de guerreros a la alagai'sharak. Sólo un idiota pondría una unidad tan pequeña en el nivel cuarto.

—Un idiota como el Sharum Ka —replicó Jardir.

Coliv regresó poco después.

—Les ha alcanzado un grupo de alagai que han esquivado el pozo. Han perdido a muchos guerreros y no tienen cerca suficientes refuerzos. Les vencerán en unos minutos.

Jardir apretó los dientes.

—No, eso no pasará. Preparad a los hombres.

Shanjat le puso una mano sobre el hombro.

—El Sharum Ka nos ordenó proteger el décimo nivel —le recordó, pero cuando el kai'Sharum asintió sin decir una palabra más, sonrió con ganas.

—Jamás llegaremos a tiempo al cuarto nivel, kai'Sharum —dijo Coliv, mientras escudriñaba el Laberinto con su agudo sentido de la vista—. El camino no está despejado, hay muchas batallas en medio.

—Arroja las cuerdas —le ordenó—. Quiero a todos los hombres sobre las murallas, ya.

Corrieron por los adarves como si aún fueran nie'Sharum; cincuenta guerreros adultos con el traje de combate completo. Los remates de la muralla eran bastante traicioneros de por sí para niños descalzos y con sólo unos bidos, así que lo eran mucho más para hombres con sandalias y ropas acorazadas y pesadas, que además cargaban con lanza y escudo.

Pero ellos eran los dal'Sharum de los kaji, la élite liderada por Jardir. Corrían sin miedo, aullando encantados mientras saltaban de muro en muro, sintiéndose como niños cuando el viento de la noche les azotaba las mejillas, pero listos para morir como hombres.

Jardir, corriendo a la cabeza de todos, estaba más exaltado que el resto. El Sharum Ka se enfurecería con él, pero que Nie se lo llevara consigo antes de permitir que una tribu entera cayera debido a la soberbia del Primer Guerrero.

Hicieron en unos minutos un recorrido que les habría llevado mucho más tiempo si hubieran avanzado por el interior del Laberinto, y no tardaron en ver a la unidad de los sharach. Había más de una docena de alagai en el apostadero cortándoles todas las vías de escape.

Manténían su posición como auténticos hombres ante una incontenible horda de alagai, y la visión enardeció el corazón krasiano de Jardir. No permitiría que murieran más dal'Sharum esa noche.

—¡Animo, sharach! —gritó—. ¡Los kaji vienen en vuestra ayuda!

Él fue el primero en colocar su gancho y en arrojar una cuerda al interior del apostadero. Bajó los seis metros que había hasta el fondo deslizándose. No esperó a sus hombres, sino que se lanzó protegido tras su escudo cubierto de grafos contra un demonio de la arena, al que atacó por detrás. Las protecciones llamearon y el

demonio fue expulsado violentamente del debilitado círculo de los sharach.

No volvió a prestar atención a la criatura aturdida y se dirigió hacia el demonio que había al lado. Lo alanceó y lo obligó a retroceder con una serie de golpes precisos a las partes más débiles de su coraza. Detrás de él percibió el rugido de los cincuenta hombres que caían de lo alto de los muros y comprendió que tenía la espalda cubierta.

—¡Everam mira tu valentía con orgullo, hermano! —gritó Jardir al kai'Sharum de los sharach, cuyo velo había enrojecido a causa de la sangre derramada—. ¡Cuida ahora de tus heridos! ¡Terminaremos la pelea y así verás a los sharach luchar otro día más!

El tercer demonio contra el que cargó se le enfrentó, cogió la lanza entre sus mandíbulas y partió la madera. El impacto desequilibró a Jardir y la criatura agarró el borde del escudo. Flexionó su brazo nervudo y las tiras de sujeción se rompieron. Jardir se golpeó contra el suelo, pero giró hacia un lado cuando la criatura fue a por él. Durante un momento, el demonio mantuvo la ventaja, pero el kai'Sharum de los sharach cayó sobre él desde un costado y lo alejó de Jardir.

—¡Los sharach lucharán hasta el final, hermano! —gritó el guerrero, pero el demonio de la arena le devolvió el golpe: deslizó la cola por debajo del soldado para hacerle caer. Después, se tensó para atacar.

Jardir miró a su alrededor. Todos sus hombres estaban trabados en combate en ese momento y no había ningún arma al alcance de la mano.

«Nací para morir bajo las garras de un alagai», se recordó a sí mismo, y rugió mientras se ponía en pie de un salto e interceptaba al demonio de la arena en mitad de su ataque al kai'Sharum de los sharach.

El demonio era mucho más fuerte que él, pero luchaba por instinto y no sabía nada del brutal arte de la sharusahk. Jardir le cogió del brazo, giró y, aprovechando el ímpetu de su ataque, lo lanzó a más de cuatro metros de distancia, hacia el pozo de los demonios situado en el centro del apostadero. El alagai cayó con un alarido y quedó atrapado hasta que el sol saliera y lo borrara del mundo para siempre.

Se le acercó otro demonio de la arena, pero Jardir le golpeó con brutalidad en el gaznate y le pateó la parte de atrás de las rodillas. Luego aferró a la criatura y la sujetó contra el suelo. Se retorció para evitar sus dientes y garras mientras usaba la propia fuerza del alagai para darle una paliza.

Las placas arenosas de la coraza del demonio le cortaron la ropa y la carne, y sus músculos sufrieron sometidos a un esfuerzo que sobrepasaba sus límites, pero centímetro a centímetro, retorció los miembros del demonio hasta que finalizó la presa deseada y se puso en pie. Era más alto que la criatura y, con los brazos trabados bajo sus extremidades y tras la cabeza, lo levantó con facilidad del suelo. El demonio pateaba y chillaba, pero lo sacudió de un lado para otro, con cuidado de mantener sus

patas traseras lejos del cuerpo. Con un grito triunfal, lanzó al segundo demonio por el pozo, y vio, satisfecho, que sus guerreros casi habían conducido al resto de los alagai también al mismo sitio. El suelo del pozo era un revoltijo de escamas y garras, y los grafos tallados en los muros relucían con fiereza cuando las criaturas intentaban escalar las paredes para salir.

—¡Veré cómo el sol se os lleva a todos! —gritó Jardir.

Regresó al combate, ruborizado por la victoria y preparado para seguir luchando, pero sólo unos cuantos guerreros continuaban peleando y ya tenían a sus alagai bajo control.

Los demás hombres simplemente se le habían quedado mirando con ojos alucinados.

Jardir y el kai'Sharum de los sharach permanecieron observando el pozo durante el resto de la noche. Los hombres se quedaron con ellos y hubo un regocijo general cuando la luz del sol alcanzó a los demonios.

Las criaturas chillaron y humearon antes de estallar en llamas, y los hombres se mostraron orgullosos de ser testigos de cómo la luz de Everam les quemaba y les devolvía a la nada de la que procedían.

Jardir y el otro Sharum bajaron sus velos, como debía hacerse ante el sol. Durante el día, los sharach, deudos de los majah, eran enemigos de sangre de los kaji. Miró al kai'Sharum con cautela. Supondría un gran deshonor para los dos enfrentarse en el terreno neutral del Laberinto, pero ya se había oído hablar alguna vez de cosas así.

Pero en vez de eso, el capitán sharach se inclinó ante él.

—Mi gente tiene una deuda de sangre contigo.

Él sacudió la cabeza.

—No hemos hecho nada que Everam no haya ordenado. Ningún dal'Sharum abandonará a un hermano y todos los hombres son hermanos durante la noche.

—Yo estaba allí cuando el Sharum Ka te envió al décimo, donde deberíamos haber estado nosotros —comentó el guerrero—. Has venido de lejos y arriesgado mucho por nosotros.

Los otros Sharum, con sus propios pozos en llamas, se acercaron a ellos cuando abandonaron el Laberinto. Dos enemigos de sangre, juntos. Se formó una multitud a su alrededor y Jardir escuchó el rumor de las conversaciones. Una y otra vez, oyó a los hombres y al sharach contar cómo había luchado desarmado contra el alagai. La hazaña era mayor cada vez que volvía a contarse y no pasó mucho antes de que los hombres fueran diciendo que había matado cinco demonios con las manos desnudas. Ya había visto antes cómo los guerreros tendían a exagerar los hechos de armas. A la caída de la noche sería por lo menos una docena los que hubiera enviado al fondo del pozo y dentro de un mes, serían cincuenta.

Se le acercó un kai'Sharum de los majah.

—En nombre de los majah, te agradezco que hayas protegido a los sharach. El Sharum Ka... no estuvo muy acertado poniéndolos en tal peligro.

Las palabras del hombre rozaban la traición, pero él asintió y nada más.

—Los sharach estuvieron a la altura —comentó Jardir—. Era inevera que vivieran para volver a la lucha.

—*Inevera* —acordó el majah, y se inclinó más de lo que un kai'Sharum solía hacer ante otro—. ¿De verdad lanzaste seis demonios al pozo tú solo?

Sacudió la cabeza y abrió la boca para replicar, pero le interrumpió bruscamente el grito de la guardia de élite del Sharum Ka que se precipitó ante ellos, abriendo camino al Primer Guerrero.

—¡Desobedeciste las órdenes y abandonaste tu puesto! —gritó el Sharum Ka, señalándole.

—Los sharach pidieron ayuda y nosotros estábamos desocupados —replicó Jardir—. El Evejah nos pide que protejamos a nuestros hermanos durante la noche por encima de todas las cosas.

—No te atrevas a citarme las palabras sagradas —le contestó el Sharum Ka, furioso—. ¡Ya se lo enseñaba a mis hijos cuando tu padre aún llevaba bido y conozco sus verdades mejor que tú! Y no dice en ninguna parte que hagas escalar a tus hombres las murallas del Laberinto y dejes tu nivel desguarnecido mientras te vas a proteger medio Laberinto a la otra punta.

—¡Desguarnecido! —rió él—. Si no hay demonios ni en el octavo nivel, ¡cómo va a haberlos en el décimo!

—¡No es tarea tuya despreciar órdenes y buscar la gloria que no te pertenece, kai'Sharum!

El temperamento de Jardir estalló.

—Quizá mis órdenes habrían sido menos estúpidas si el que las diera no se escondiera en su palacio hasta el amanecer —dijo, sabiendo mientras lo decía que habría hecho bien en coger su lanza. El Primer Guerrero no podía permitir un insulto como ése. Si hubiera sido una clase diferente de hombre, habría cogido su arma y le habría matado allí mismo delante de los hombres reunidos.

Pero el Sharum Ka era un anciano y los hombres susurraban cómo él había matado media docena de demonios usando sólo la sharusahk. No atacaría al Primer Guerrero, pero si él lo hacía primero, sería libre para matarle y abrir una sucesión que le llevaría al mismísimo palacio del Sharum Ka. Se preguntaba si ése era el destino que los huesos de Inevera habían señalado hacía ya tantos años.

Ambos trabaron las miradas y se dio cuenta de que el Sharum Ka estaba pensando lo mismo que él; como no tenía valor suficiente para atacarle, adoptó un aire despectivo.

—¡Arrestadle! —ordenó el Sharum Ka e inmediatamente los guardias se pusieron

en movimiento para cumplir la orden.

Le ataron las manos, un gran deshonor, pero aunque les enseñó los dientes a los hombres, no se resistió. Se oyó un zumbido de descontento entre los guerreros reunidos, incluso entre los majah. Algunos agarraron las lanzas y alzaron los escudos. Superaban en buen número a los guardias del Primer Guerrero.

—¿Qué estáis haciendo? —Se encaró con la gente—. ¡Bajad las armas!

Pero el rumor de la multitud creció y los hombres se movieron para cubrir las salidas del Laberinto. El Sharum Ka dio un paso vacilante hacia atrás. Jardir se encontró con su mirada y sonrió.

—No hagáis nada —dijo en voz alta, sin apartar los ojos del Primer Guerrero—. El Sharum Ka ha dado una orden y todos los Sharum debemos obedecer. Everam decidirá mi destino.

El zumbido se calmó por completo y los hombres abrieron paso. Pero la ira del anciano aumentó al ver el control de los hombres que tenía Jardir y éste le miró de nuevo con desprecio, retándole a atacar.

—¡Lleváoslo! —gritó el Sharum Ka. Él irguió la espalda y caminó orgullosamente entre los guardias que le sujetaban los brazos y le escoltaban fuera del Laberinto.

Inevera le esperaba en el palacio del Andrah cuando llegó.

«¿También sabía que ocurriría esto en el día de hoy?», se preguntó.

Cuando ella se aproximó, los guardias afianzaron su presa en los brazos del guerrero, pero no por miedo a lo que él pudiera hacer, pues era la sacerdotisa la que los aterrorizaba.

—Dejadnos —les ordenó la mujer—. Decidle a vuestro señor que mi marido acudirá ante el Andrah en media hora.

Los guardias soltaron con rapidez los brazos de Jardir y se inclinaron ante ella.

—Como ordene la dama'ting —tartamudeó uno, y desaparecieron a la carrera. *Inevera* bufó, y luego sacó su cuchillo protegido para cortar las ligaduras.

—Lo has hecho bien esta noche —susurró mientras caminaban—. Mantente a la altura en las horas venideras. Cuando comience la audiencia con el Andrah, debes provocar al Sharum Ka con palabras pero manteniendo una postura sumisa. Irrítalo, pero no le des excusa para que te ataque.

—No haré tal cosa —repuso él.

—Lo hiciste en el Laberinto —le contradijo ella—, Pero ahora es mucho más importante.

—Tú lo ves todo —reconoció el guerrero—, pero comprendes muy poco, si crees que mostraré sumisión ante ese hombre. Antes lo he animado a que me atacase.

Inevera se encogió de hombros.

—Hazlo así si lo prefieres, pero mantén los pies asentados en el suelo y las manos

quietas. Él jamás osará atacarte, pero si mantienes una postura de amenaza, sus hombres te harán pedazos.

—¿Crees que soy idiota? —le preguntó.

La mujer resopló, justo cuando llegaron a una habitación cubierta de almohadones.

—Espera aquí —le ordenó—. Voy a encontrarme en privado con el Andrah antes de tu juicio.

—¿Juicio? —inquirió él, pero ella ya había salido de la habitación.

Jardir nunca había estado tan cerca del Andrah como para ver su rostro. Era un anciano. Su rostro estaba lleno de arrugas y tenía la barba completamente blanca. Estaba gordo, y su afición a la buena comida era evidente. Le asqueada su molicie y se tuvo que recordar a sí mismo que ese hombre había sido el maestro más grande de sharusakh en sus tiempos, y que llegó a derrotar a los damaji más capacitados en combate singular para acceder al Trono de la Calavera. En los días que pasó en el Sharik Hora, había visto cómo el damaji de los kaji, Amadeveram, un hombre de unos sesenta años, dejaba a una docena de jóvenes y capacitados damas tirados en el suelo en el círculo del sharusakh.

Jardir lo examinó con más detenimiento, buscando algún signo de todo ese entrenamiento en los movimientos del Andrah, pero, al parecer, el hombre se había relajado entre sus omnipresentes guardaespaldas y sirvientes. Incluso en ese momento, picaba de una bandeja de dátiles azucarados mientras comenzaba la reunión.

Los ojos de Jardir se movieron a un lado y a otro del trono del Andrah. A su derecha estaban los doce damaji, los líderes de todas las tribus de Krasia. Iban vestidos de blanco con turbantes negros, y refunfuñaban entre ellos por haberles sacado de sus obligaciones y arrastrado al palacio cuando el sol apenas había aparecido en el horizonte. A la izquierda del Andrah, a dos pasos del trono, se encontraban las damaji'ting. Como los damaji, vestían tocados y velos de color negro en abierto contraste con sus ropas blancas. Pero a diferencia de ellos, estaban en completo silencio, observando con ojos que parecían penetrarlo todo.

«¿También ellas conocen mi destino?», se preguntó Jardir, y después echó una ojeada a su Jiwah Ka, que se había situado a su lado. «¿O sólo saben lo que Inevera les cuenta?»

—Hijo de Hoshkamin —saludó el Damaji Amadeveram—, por favor, cuéntanos tu versión de los sucesos de la noche pasada.

Era kaji y Primer Ministro del Andrah, quizá el clérigo más poderoso de toda Krasia aparte del mismo Andrah. Se decía que el Andrah representaba a todas las

tribus, pero era él el que designaba al Sharum Ka y al Primer Ministro y sabía por sus lecciones que habían pasado siglos desde que un Andrah había colocado en esos puestos a gente de otra tribu, pues se consideraba un signo de debilidad.

El Sharum Ka puso cara de pocos amigos, pues evidentemente había esperado que se le invitara a relatar su versión en primer lugar. Se puso a trastear frenéticamente con el servicio de té que le habían ofrecido y se bebió una taza. Jardir advirtió, por el hilo errático del vapor que se elevaba de su borde, que le temblaban las manos envejecidas.

—Durante la cena de los kai'Sharum de anoche, el Sharum Ka nos dio órdenes, como siempre hace —comenzó Jardir—. Mis hombres habían cosechado una gran cantidad de éxitos la noche anterior y estaban deseosos de enviar más alagai de vuelta a Nie convertidos en cenizas.

El damaji asintió.

—Vuestros éxitos no han pasado desapercibidos —repuso—. Y tus maestros en el Sharik Hora hablan magníficamente de ti. Sigue.

—Quedamos consternados cuando nos enviaron al nivel décimo. No había pasado mucho tiempo desde que estuvimos en el primero y expusimos a cien alagai al sol por cada hombre que perdimos. Después, algo más tarde, fuimos trasladados al segundo y posteriormente, al tercero. Nos lo tomamos con orgullo; hay gloria suficiente para todos en los niveles más bajos. Pero en vez de trasladarnos luego al cuarto, como esperábamos, el Sharum Ka envió allí a los sharach, dándonos a nosotros su lugar habitual en el décimo.

Jardir vio al Damaji Kevera de los sharach ponerse tenso, pero no estaba seguro de si se debía al deshonor de tener a su tribu situada en aquel «lugar habitual» tan carente de gloria, o al cambio repentino.

Miró a las damaji'ting pero sus rostros estaban cubiertos y no sabía cuál de ellas era la perteneciente a los sharach. Importaba poco, pues ninguna de ellas mostró la más mínima reacción a sus palabras.

—Los guerreros sharach son valientes —añadió Jardir—. Aceptaron su destino con orgullo. Pero su tribu no puede aportar muchos guerreros a la alagai'sharak. Incluso aunque cada hombre

hubiera luchado como dos —lanzó una mirada hacia Kevera—, y así lo hicieron, no eran suficientes guerreros para cubrir el apostadero del nivel cuarto.

El damaji de los sharach asintió y Jardir sintió alivio.

—Así las cosas, ¿qué hiciste? —le preguntó Amadeveram.

Él se encogió de hombros.

—El Sharum Ka dio una orden y la obedecemos.

—¡Mentiroso! —chilló el Primer Guerrero—. ¡Abandonaste tu puesto, tú, el de la estirpe de los meados de un camello!

El insulto que nadie había osado proferir desde que Jardir había derrotado a Hasik cayó con fuerza sobre él. Durante una fracción de segundo consideró cruzar la habitación de un salto y matar al Sharum Ka allí mismo, aunque eso le supusiera una muerte rápida a manos de los guardias del Andrah. Pero en vez de eso, se abrió al insulto y lo dejó pasar a través de él; sólo quedó una ira fría, serena.

—Pasamos la mitad de la noche en el nivel décimo —replicó Jardir, ignorando la exclamación del hombre—. Los Batidores no vieron ningún alagai en nuestro nivel, ni en el noveno ni en el octavo. Aun así, aguardamos.

—¡Mentiroso! —volvió a gritar el Sharum Ka.

Esa vez se dignó a volverse hacia él.

—¿Estuvisteis allí, Primer Guerrero, para poder negar la verdad de mis palabras? ¿O en algún otro sitio del Laberinto?

Los ojos del Sharum Ka se abrieron de par en par para lanzarle después una mirada encolerizada. La verdad de aquellas palabras le golpeó con más fuerza que ninguna otra cosa.

Abrió la boca para replicar, pero se oyó un siseo procedente del Andrah. Todos los ojos se volvieron hacia el hombre.

—Calma, amigo mío —le dijo al anciano—. Déjale contar su historia. Tú tendrás la última palabra.

A Jardir le impresionó la confianza entre ambos hombres. Ambos habían conservado sus palacios durante más de cuatro décadas. Había acariciado alguna esperanza de que el Andrah pudiera desear un Sharum Ka fuerte, pero ver aquella figura abotagada lo había sumido en profundas dudas. Si el propio Andrah había olvidado el camino del guerrero, ¿cómo iba a condenar por ese mismo pecado a un Sharum Ka que le era leal?

—Oímos la llamada de un cuerno en solicitud de socorro —continuó Jardir—. Ya que no estábamos combatiendo, escalé la muralla para ver si podíamos asistirlos. Pero la llamada procedía del nivel cuarto y había muchas batallas trabadas entre su posición y la nuestra. Estaba a punto de descender de nuevo hacia el interior del Laberinto cuando el Batidor que había enviado regresó con la noticia de que los sharach estaban siendo masacrados y que pronto abandonarían este mundo. —Hizo una pausa—. Todos los dal'Sharum esperan morir en el Laberinto. Una docena de guerreros, dos docenas, incluso cien en una noche, ¿qué importa si están haciendo el trabajo que Everam les ha encomendado? Pero hay una diferencia entre perder hombres y que desaparezca una tribu entera. ¿Qué honor habría habido en que permaneciera cruzado de brazos?

—Has dicho que el camino estaba bloqueado —anotó Amadeveram.

—Sin embargo, mi Batidor había conseguido llegar —respondió Jardir—, y recordaba haber corrido por los adarves cuando era un nie'Sharum. Me pregunté a mí

mismo si hay algo que un niño pueda hacer y un hombre no. Así que corrimos por encima de las murallas, rezando a Everam para llegar a tiempo.

—¿Y qué encontraste cuando llegasteis? —inquirió el Primer Ministro.

—La mitad de los sharach había caído ya. Quedaban cerca de una docena, ilesos. Se enfrentaban a un número parecido de alagai, pero su pozo había quedado al descubierto y los demonios pudieron esquivarlo. Los hombres que quedaban estuvieron a la altura en todo momento —dijo mientras dirigía de nuevo la mirada hacia el damaji de los sharach—. La sangre de los sharach, que lucharon al lado del mismísimo Shar'Dama'Ka, corre con fuerza por sus venas.

—¿Y entonces? —le presionó el damaji.

—Mis hombres se unieron a sus hermanos sharach y condujimos a los alagai hacia el pozo, donde los arrojamos y les mostramos luego el sol.

—Se dice que mataste a varios tú solo —comentó Amadeveram, con el orgullo reflejado en la voz—, usando sólo la sharusahk.

—En realidad sólo fueron dos los que arrojé al pozo de ese modo —repuso él. Sabía que su esposa resoplaba debajo del velo, pero no le importó. No mentiría a su damaji, ni reclamaría una gloria que no le correspondía.

—Aun así, no es una hazaña pequeña. Los demonios de la arena tienen varias veces la fuerza de un hombre.

—Los años pasados en el Sharik Hora me enseñaron que la fuerza es algo relativo —respondió Jardir mientras hacía una reverencia.

—¡Eso no le hace menos traidor! —rugió el Sharum Ka.

—¿Y en qué consiste mi traición? —preguntó él.

—¡Te di una orden! —gritó el anciano.

—Disteis una orden estúpida —replicó el joven—, una orden que desperdiciaba a vuestros mejores guerreros y a la vez condenaba a los sharach a la destrucción. ¡Y a pesar de eso la obedecí!

El damaji de los majah, Aleverak, dio un paso hacia adelante. Era un anciano, más viejo aún que Amadeveram. Su constitución se asemejaba a la de una lanza, fino como un palo, pero alto y erguido pese a andar cerca de los setenta.

—El único traidor que veo aquí eres tú —le espetó al Sharum Ka—. Se supone que eres la cabeza de todos los Sharum de Krasia, pero ¡estabas dispuesto a sacrificar a los sharach para acabar con un rival!

El Primer Guerrero dio un paso hacia el damaji, pero Aleverak no se retiró, sino que también avanzó hacia él y adoptó una posición de combate sharusahk. A diferencia de Jardir, que era un mero kai'Sharum, un damaji sí podía desafiar y matar al Sharum Ka, con lo que se abriría el proceso de sucesión.

—¡Basta! —gritó el Andrah—, ¡Volved a vuestros puestos! —Ambos hombres bajaron los ojos en señal de sumisión y obedecieron—. No permitiré que luchéis en

mi salón del trono como... como...

—¿Hombres? —terminó Inevera.

Jardir casi se ahoga por la audacia, pero el Andrah sólo la miró con cara de pocos amigos y no la reprendió. Luego suspiró, cansado, y fue evidente cómo el peso de los años caía sobre él. «Que Everam me conceda morir joven», rezó Jardir en silencio.

—No veo aquí ningún crimen —dijo el Andrah al final. Señaló intencionadamente al majah—, por ninguna parte. El Sharum Ka dio las órdenes como debe hacerlo y el kai'Sharum tomó una decisión en el calor de la batalla.

—¡Me insultó ante mis hombres! —chilló el Primer Guerrero—. Sólo por eso, ¡estoy en mi derecho de matarle!

—Perdonad, Sharum Ka, pero eso no es así —intervino Amadeveram—. Su insulto os da el derecho de matarlo vos mismo, pero no a que le maten otros. Si lo hubierais hecho, el asunto estaría cerrado. ¿Me permitís preguntaros por qué no lo habéis hecho así?

Se hizo el silencio mientras el Sharum Ka buscaba una respuesta. Inevera le dio un ligero codazo a su marido.

Él la miró de hito en hito. «¿Es que no hemos ganado ya?», preguntó con los ojos, pero los de ella mostraban una expresión dura.

—Porque es un cobarde —anunció Jardir—. No es lo bastante fuerte para defender el turbante blanco y se esconde en su palacio, mientras envía a otros a luchar en su lugar y espera la muerte como un khaffit en vez de acudir a la llamada en el Laberinto como hacen los Sharum.

Los ojos del hombre casi se le salieron de las órbitas, y las venas sobresalieron de su rostro y su cuello mientras rechinaba los dientes. Jardir se puso tenso, esperando que el hombre saltara sobre él. En su mente, imaginaba todas las formas posibles de matar al anciano.

Pero no hubo necesidad de ello, porque el Sharum Ka se echó las manos al pecho y cayó al suelo. Se retorció y arrojó espuma por la boca hasta quedarse inmóvil.

—Sabías que esto iba a ocurrir —la acusó Jardir cuando estuvieron a solas—. Sabías que si provocaba su ira lo suficiente, su corazón no lo soportaría.

Inevera se encogió de hombros.

—¿Y qué, si es así?

—¡Mujer estúpida! —gritó él—. ¡No hay honor alguno en matar a un hombre de esta manera!

—¡Sujeta tu lengua! —le advirtió ella, alzando un dedo—. Aún no eres Sharum Ka y jamás lo serás sin mí.

Jardir la miró con el ceño fruncido, preguntándose cuánta verdad encerraban sus

palabras. ¿Era su destino convertirse en Sharum Ka? Y si así era, ¿podía cambiarse el destino?

—Tendré suerte si sigo siendo kai'Sharum después de esto —comentó—. He matado al amigo del Andrah.

—Tonterías —dijo su esposa con una sonrisa taimada—. El Andrah es... maleable. El puesto está vacío ahora y tú te has ganado la gloria; hasta los majah te reconocen. Le convenceré de que designarte a ti le dará prestigio.

—¿Cómo?

—Déjalo en mis manos. Tú tienes otros problemas. Cuando el Andrah te coloque el turbante blanco sobre la cabeza, tu primer anuncio será la decisión de tomar una esposa fértil de cada una de las tribus como símbolo de unidad.

Jardir se escandalizó.

—¿Mezclar la sangre de Kaji, el primer Liberador, con la de tribus menores?

Inevera le clavó el dedo en el pecho.

—Serás Sharum Ka, pero sólo si dejas de hacer el idiota y haces lo que se te dice. Si tienes herederos de cada tribu...

—Krasia estará más unida que nunca —continuó él—. Puedo invitar a los damaji a que seleccionen a las novias —reflexionó—. Eso me ganará su apoyo.

—No —le contradijo la mujer—. Eso déjame a mí. El damaji escogerá sólo por criterio político. Los alagai hora nos indicarán la elección de Everam.

—Siempre los huesos —masculló Jardir entre dientes—. ¿Es que Kaji también estuvo atado a ellos?

—Kaji fue el primero en darnos los grafos proféticos —atajó Inevera.

Al día siguiente, Jardir se vio de nuevo ante el trono del Andrah. Los damaji murmuraban entre ellos cuando entró y las damaji'ting le observaban tan inescrutables como de costumbre.

El Andrah estaba sentado en su trono, jugando con el turbante blanco del Sharum Ka. El acero cubierto por la tela resonaba con una nota limpia mientras el Andrah repicaba en él con una larga uña pintada.

—El Sharum Ka fue un gran guerrero —dijo el hombre, como si le estuviera leyendo la mente. Se levantó del trono, y Jardir se postró de rodillas a la vez que extendía los brazos en ademán de súplica.

—Sí, santidad.

El Andrah le hizo un gesto displicente con la mano.

—Tú no le recuerdas así, claro está. En los tiempos en los que tú aún vestías el bido, él había llegado a una edad que la mayoría de los Sharum no llega a conocer y ya no podía plantarle cara a los alagai como un hombre joven.

Jardir inclinó la cabeza.

—Es un fallo común entre los jóvenes pensar que la valía de un hombre está sólo en la fuerza de su brazo. ¿También me juzgarás a mí del mismo modo?

—Pido vuestro perdón, santidad —repuso Jardir—, pero vos no sois el Sharum. Él es vuestro brazo en la noche y ese brazo ha de ser fuerte.

El Andrah gruñó.

—Qué atrevido —comentó—, aunque supongo que un hombre que escoge a una dama'ting por esposa debe de serlo.

Jardir no dijo nada.

—Tú buscabas provocarle para que te atacara —le recriminó el hombre—. No cabe duda de que piensas que ésa es la manera en la que debe morir un hombre valiente.

De nuevo, mantuvo la boca cerrada.

—Pero si él te hubiera atacado, sólo hubiera demostrado que era un estúpido —continuó el Andrah—. Y Everam tiene muy poca paciencia con los estúpidos.

—Sí, santidad —admitió Jardir.

—Y ahora está muerto. Mi amigo, el hombre que expuso incontables alagai al sol, muerto en plena desgracia tirado en el suelo, ¡porque tú no le mostraste el respeto que merecía!

Jardir tragó saliva con dificultad. El Andrah parecía dispuesto a golpearle. Aquello no estaba yendo como Inevera le había prometido, y ella no estaba en la sala. Escudriñó la habitación en busca de apoyo, pero los ojos de los damaji estaban fijos en el suelo mientras el Andrah hablaba, y las damaji'ting le miraban como si fuera un insecto.

El hombre suspiró y pareció desinflarse. Después caminó de regreso al trono con un acusado balanceo y se sentó en él pesadamente.

—Me apena ver morir con vergüenza a un hombre que logró tal gloria en vida. Mi corazón arde pidiendo venganza, pero la realidad es que el Sharum Ka está muerto y sería un idiota si ignoro el hecho de que, por primera vez en siglos, los damaji están de acuerdo sobre quién debe sucederle.

Jardir echó otra ojeada a los damaji. Quizá fuera su imaginación, pero hubiera jurado que Amadeveram le había dedicado un ligero asentimiento.

—Tú serás el Sharum Ka —anunció el Andrah con voz cortante—. La noche te pertenecerá.

Él extendió las manos y se reclinó sobre las rodillas, para presionar la frente contra la gruesa alfombra que se extendía ante el trono.

—Seré vuestro brazo fuerte en la noche —juró.

—Haré el anuncio esta noche en el Sharik Hora —finalizó el hombre—. Ahora será mejor que te vayas.

Jardir tocó de nuevo el suelo con la frente, recordando las instrucciones de *Inevera*. A su alrededor, los damaji habían comenzado ya a murmurar entre ellos. Si quería hablar, tenía que ser en ese momento.

—Santidad —comenzó y observó cómo los ojos del Andrah se volvían hacia él con irritación—, pido vuestra bendición, y la de los damaji, para tomar a una mujer fértil de cada tribu, como muestra de la unidad entre todos los Sharum.

El Andrah abrió mucho los ojos, al igual que los demás. Incluso las damaji'ting se rebulleron, traicionando un interés súbito.

—Ésa es una petición poco usual —comentó al fin el anciano.

—¿Poco usual? —exclamó Amadeveram—, Jamás se ha oído algo así! ¡Eres un kaji! Y yo no daré mi bendición a tu boda con cualquier...

—No es necesario que lo hagas —le cortó Aleverak, sonriendo abiertamente—. Yo estaría más que encantado de officiar la ceremonia si el Sharum Ka desea una esposa majah.

—Estarás contento de diluir la sangre pura de los kaji, no tengo la menor duda —rugió Amadeveram, pero Aleverak no recogió el guante, sino que se limitó a seguir sonriendo.

—Yo también estoy dispuesto a bendecir una boda con una de las hijas de los sharach —intervino el damaji de aquella tribu, Kevera. Al cabo de un momento los restantes damaji se sumaron a la petición, todos ellos deseosos de tener una voz permanente en la corte del Primer Guerrero.

—¡Seguramente no permitirás esto! —exclamó Amadeveram, volviéndose hacia el Andrah.

—El Andrah soy yo, no tú, Amadeveram —replicó éste—. Si el Sharum Ka desea unidad y los damaji están de acuerdo, no veo motivo para rehusar. Al igual que yo, el Primer Guerrero renuncia a su tribu cuando recibe el turbante.

El Primer Ministro se volvió para dirigirse a las damaji'ting, algo que Jardir no recordaba haber presenciado jamás.

—Este asunto cae más de lleno en el reino de las mujeres que en el de quien porta la primera lanza —les dijo, sin señalar a ninguna de ellas en particular—. ¿No tienen nada que decir las damaji'ting ante esta propuesta?

Ellas dieron la espalda a los hombres y se reunieron, de modo que se generó un coro de susurros sordos, imposibles de entender. Al poco rato se volvieron de nuevo hacia el Andrah.

—Las damaji'ting no tienen objeción alguna —anunció una de ellas.

Amadeveram frunció el ceño y Jardir comprendió que había encolerizado al hombre, quizá de forma irreversible, pero no había nada que se pudiera hacer por el momento. Además, ya tenía tres esposas kaji, incluyendo la Jiwah Ka. Con eso debía bastar.

—Está acordado, pues —intervino Aleverak—. Mi propia nieta acaba de cumplir catorce años, Sharum Ka, y es hermosa y no ha conocido hombre. Ella te dará hijos fuertes.

Él hizo una profunda reverencia.

—Mis excusas, damaji, pero el deber de escoger a mis esposas está en manos de mi Jiwah Ka. Ella lanzará los alagai hora para asegurar las bendiciones de Everam en cada unión.

Otro rumor corrió entre las damaji'ting y la amplia sonrisa de Aleverak se desvaneció en un instante, como la de otros muchos damaji. Pero ya era demasiado tarde para que retiraran su apoyo. El ceño fruncido de Amadeveram se transformó en una mirada de satisfacción petulante.

—¡Ya está bien de hablar de novias! —ladró el Andrah—. Ya has obtenido nuestro favor, Sharum Ka. ¡Vete antes de que perturbes aún más mi corte!

Jardir hizo una reverencia y se marchó.

—¿Es que eres idiota? —le increpó Amadeveram. No había llegado a salir del palacio del Andrah cuando el anciano damaji le interceptó y le arrastró hacia una habitación privada.

—Claro que no, mi damaji —repuso Jardir.

—«Tuyo» durante sólo unas cuantas horas más, según parece —replicó él.

Jardir se encogió de hombros.

—Todavía estaré controlado por el concejo de los damaji, que es un espejo de tu voz. Pero como Sharum Ka, debo representar a los guerreros de todas las tribus.

—¡El Sharum Ka no representa a los guerreros, los gobierna! —gritó Amadeveram—. ¡El que tú seas kaji es una prueba de que Everam desea que los kaji gobiernen! No puedes seguir adelante con este plan de locos.

—Puedo y debo hacerlo por el bien de toda Krasia —insistió—. No seré una figura débil subordinada a vosotros, como el último Sharum Ka. Los guerreros necesitan estar unidos si queremos que sean fuertes. Convertirse en uno con ellos es la única manera de ganarse su devoción.

—¡Estás dándole la espalda a tu tribu! —chilló de nuevo el anciano.

—No, estoy dándome la vuelta para mostrar mi rostro a los demás. Te lo imploro, hazlo conmigo.

—¿Ofrecer el rostro a nuestros enemigos? —repuso él, horrorizado—. ¡Antes moriría de vergüenza!

—Había una sola tribu en los tiempos de Kaji —le recordó Jardir—, Nuestros enemigos de sangre son también nuestra sangre.

—Tú no tienes sangre de Kaji —le espetó Amadeveram, y le escupió a los pies—. La sangre del Shar'Dama Ka se ha convertido en meados de camello al circular por tus venas.

El rostro de Jardir se ensombreció y durante un momento consideró la idea de atacarle. Amadeveram era un gran maestro de la sharusahk, pero él era más joven, más fuerte y más rápido; podría matar al anciano.

Pero aún no era Sharum Ka. Matar al damaji sólo acabaría con los planes de Inevera y le costaría el Trono de la Lanza.

«¿Estoy condenado a conseguir siempre el éxito sin honor?», se preguntó.

—¡El Sharum Ka ha muerto! —gritó el Andrah a los guerreros reunidos en el Sharik Hora. Los guerreros Sharum formados en filas dentro del gran templo aullaron ante la noticia, y comenzaron a golpear las lanzas contra los escudos en una gran cacofonía cuyo significado consistía en anunciar la llegada del Primer Guerrero a Everam.

—¡Pero nosotros no cederemos ante la noche como éstos del norte! —chilló el Andrah cuando el ruido amainó— ¡Nosotros somos krasianos, de la misma sangre del Shar'Dama Ka! ¡Y lucharemos hasta que vuelva el Liberador, o la lanza caiga de las manos del último nie'Sharum y Krasia quede enterrada en la arena!

Los guerreros silbaron ante aquellas palabras y alzaron las lanzas.

—Por ello, he escogido a un nuevo Sharum Ka para que lidere la alagai'sharak. Cuando fue nie'Sharum, le nombraron Nie Ka, ¡y compareció sobre las murallas a la edad de doce años!, ¡el más joven en cien años! No pasó allí ni seis meses antes de que capturara a un demonio del viento que había matado a un Batidor y derribado a su instructor. Por eso, le llevaron al pabellón de los kaji, el más joven en entrar allí desde el Retorno. Luchó tan bien en su primera noche en la alagai'sharak que fue enviado al Sharik Hora, donde estudió cinco años con los dama para vestir de negro por primera vez como kai'Sharum, ¡el más joven desde los tiempos del mismísimo Liberador!

Se escuchó un murmullo entre los kaji, que conocían bien los logros de Jardir. El Andrah hizo una pausa para dejar que la excitación calara en el ambiente y después continuó.

—Hace dos noches, lideró a sus guerreros en un osado rescate de los sharach, que estuvieron al borde de la destrucción, ¡y mató a los alagai con sus manos desnudas mientras sus hombres aún aprestaban las lanzas!

El murmullo creció hasta convertirse en un zumbido. No había un hombre, una mujer o un niño en toda Krasia que no hubiera escuchado la historia a esas alturas.

—Ahmann asu Hoshkamin am'Jardir am'Kaji, ¡comparece ante el Trono de la Calavera! —le ordenó el Andrah y los guerreros le ovacionaron y golpearon las lanzas contra los escudos al verle aparecer, vestido con los ropajes negros de los Sharum y la cabeza descubierta.

Inevera caminaba silenciosa a su lado mientras se aproximaba al Trono de la Calavera, donde se hincó de rodillas para poner el Evejah del Andrah bajo su frente

antes de posarla sobre la alfombra. El libro santo estaba escrito con sangre de los dal'Sharum y con pergamino hecho de la piel de los kai'Sharum, encuadernado con la piel de un Sharum Ka. Abrasaría su cráneo si osaba proferir una mentira mientras estuviera en contacto con él.

—¿Servirás a Everam en todas las cosas? —preguntó el Andrah.

—Sí, santidad —juró Jardir.

—¿Serás su brazo fuerte durante la noche, dándolo todo por el honor de los tronos del Sharik Hora?

—Así lo haré, santidad.

—¿Estás preparado para llevar las riendas de la alagai'sharak hasta que el Shar'Dama Ka venga de nuevo o mueras?

—Lo estoy, santidad.

—Entonces, ponte en pie —dijo el Andrah, alzando el turbante blanco del Primer Guerrero en alto para que todos lo vieran—. La noche aguarda a su Sharum Ka.

Jardir se levantó y el Andrah se volvió a Inevera. Le dio el turbante, y ella lo colocó sobre la cabeza de su marido.

Los Sharum rugieron y golpearon el suelo con los pies, pero él apenas se dio cuenta. ¿Por qué el Andrah no le había puesto el turbante, como era la costumbre? ¿Por qué le había cedido el honor a su esposa?

—Deja de regodearte en tu gloria y habla con tus palabras —le susurró ella, interrumpiendo sus cavilaciones. Jardir dio un respingo y después se volvió para enfrentarse a los Sharum reunidos, casi seis mil lanzas. Hacía no mucho habían sido diez mil, pero el anterior Sharum Ka había dilapidado muchas vidas. Se prometió a sí mismo que él no haría lo mismo.

—Hermanos míos en la noche —comenzó Jardir—. ¡Éste es un tiempo glorioso para ser Sharum! Por separado, las tribus de Krasia son capaces de hacer temblar de miedo a los alagai, pero unidas, ¡no hay nada que no podamos hacer!

Los guerreros rugieron y Jardir esperó hasta que se calmaron.

—Pero cuando os miro, ¡veo división! —gritó—. ¡Los majah se sientan al otro lado del pasillo donde están los kaji! ¡Los jama evitan a los khan-jin! ¡No hay una sola tribu que no vea enemigos en esta habitación! Se supone que debemos ser hermanos durante la noche, pero, ¿quién de vosotros se ha presentado voluntario para acudir junto a los sharach, cuyo número ha sido diezmado?

Se hizo un silencio en ese momento; los guerreros no sabían cómo responder. Eran conscientes de la verdad de sus palabras, pero los odios tribales estaban muy arraigados en ellos y no eran fáciles de evitar aunque algunos lo desearan, y éstos eran pocos.

—Se dice que el Sharum Ka no pertenece a ninguna tribu —continuó—, pero para mí, ¡eso es peor! ¿Qué lealtad puede tener un hombre sin tribu? El Evejah nos

dice que la única lealtad verdadera es la de la sangre. Por eso —abrió un brazo hacia atrás, hacia el Andrah y los damaji sentados en sus tronos—, les he rogado a nuestros líderes que me dejen unir mi sangre a la vuestra.

»Con la bendición del Andrah, los damaji han estado de acuerdo en que me despose con una mujer fértil de cada una de sus tribus, para que me dé un hijo Sharum, al cual siempre seré leal.

Se hizo un silencio asombrado, y después la habitación estalló en un rugido de aprobación procedente de todas las tribus menos la de los kaji. Habían dado por supuesto que Jardir se mantendría leal a su tribu, como habían hecho todos los Sharum Ka anteriores, sin que nadie echara cuentas de lo que dijera el Evejah al respecto.

«Dejémosles que se enfurruñen —pensó—, ya me los ganaré en el Laberinto.»

—Y así —entonó, acallando el ruido del templo una vez más—, una vez que mi Jiwah Ka seleccione a las novias, los damaji realizarán los ritos nupciales.

Entonces, sin que Jardir supiera lo que se proponía, Inevera dio un paso hacia adelante, lo que le sorprendió tanto como a los Sharum y a los líderes reunidos. ¿Es que pretendía hablar? Una mujer, fuera dama'ting o no, no hablaba en el Sharik Hora, o al menos, nunca se había oído tal cosa.

Pero parecía que ella sólo hacía cosas de las que nadie había oído hablar jamás.

—No es necesaria demora alguna —dijo en voz alta—. ¡Que las novias del Sharum den un paso adelante!

Jardir se quedó mudo de asombro. ¿Ya había escogido a las novias? ¡Imposible!

Sin embargo, once mujeres avanzaron un paso en dirección al gran estrado del Sharik Hora y se arrodillaron ante los atónitos damaji de sus tribus. Cuando Jardir las vio, se sintió desfallecer.

Todas eran dama'ting.

*E*l palacio del Sharum Ka era más pequeño que el de los kaji, pero allí se alojaban docenas de kai'Sharum, los dama y sus familias, y éste era sólo para Jardir. Recordaba los años pasados durmiendo sobre una tela sucia en el atestado suelo de piedra del sharaj de los kaji y miraba maravillado el esplendor que se desplegaba a su alrededor. Dondequiera que pusiera el pie había lujosas alfombras, terciopelo y seda. Comía en platos de porcelana tan delicados que le daba miedo tocarlos y bebía en copas de oro tachonadas con gemas. ¡Y las fuentes! No había nada en Krasia de más valor que el agua, y aun sí, hasta en el dormitorio de su madre repiqueteaba cantarina una fuente de agua fresca.

Arrojó a Qasha sobre una pila de almohadas, disfrutando del balanceo de sus pechos suaves, claramente visibles a través de la camisa transparente. También

llevaba las piernas envueltas en la misma tela vaporosa, dejando a la vista su sexo desnudo, depilado y perfumado. Cuando cayó sobre ella le embargó la lujuria y caviló que estar casado con doce dama'ting no era tan malo como se había temido.

Qasha, de la tribu sharach, era de lejos su favorita entre sus nuevas esposas. Era casi tan hermosa como Inevera, aunque mucho más obediente, dispuesta a dejar caer sus ropas a la menor invitación. Aún tenía el vientre plano, pero ya estaba embarazada después de sólo seis semanas de matrimonio, la primera de sus recientes esposas. Era consciente de que debía pensar en tomar otra, para llenar el palacio de vientres hinchidos y así fidelizar las tribus, pero el estado de Qasha incitaba aún más su lujuria y su interés por ella. A Inevera no parecía importarle. Era bastante menos estricta con sus dama'ting Jiwah Sen y le dejaba compartir la cama con ellas a su gusto. El quería mantener cerca de sí a Qasha, porque le servía como debía una auténtica esposa.

Entre risas, la joven le empujó hasta derribarle y luego le montó con un contoneo licencioso.

—¡Por los huesos de Everam, mujer! —gritó Jardir, jadeando cuando ella descendió restregándose por su cuerpo.

—¿Es que tengo que parecer recatada cuando comparto cama con el Sharum Ka? —preguntó ella, alzándose y montándolo con brusquedad—. Justo anoche, el mismísimo Andrah estuvo hablando de la gloria que has ganado en el Laberinto desde tu ascenso. Es un honor poder enfundarme tu lanza. —Y se inclinó sobre él, moviéndose rítmicamente—. Una mujer puede llevar a dos críos en el mismo vientre —susurró entre besos perfumados—. Quizá te apetezca plantar otro hijo dentro de mí.

Jardir intentó responderle, pero ella soltó una risita y amortiguó sus palabras acercándole uno de sus abundantes pechos para que lo succionara. Durante un buen rato, sudaron y bregaron en la única batalla capaz de rivalizar con la alagai'sharak.

Cuando hubieron terminado, Qasha rodó sobre su cuerpo apartándose de él y alzó las piernas para no perder su semilla.

—Tú estabas en el palacio anoche cuando me marché a la hora del crepúsculo —dijo él pasado un momento.

La mujer le miró y durante un instante el temor se reflejó en su rostro encantador antes de ser reemplazado por la fría máscara de las dama'ting que él solía esperar en sus esposas siempre que hablaban de cosas que no se refirieran a hacer el amor y los hijos.

—Sí —admitió ella.

—Entonces, ¿viste al Andrah? —le preguntó—. A las mujeres con hijos, sean dama'ting o no, se les prohíbe abandonar el palacio durante la noche.

—Me habré confundido —repuso la mujer—. Habrá sido otra noche.

—¿Qué noche? —la presionó él—. ¿Qué noche te has llevado a mi hijo nonato de la seguridad de mi palacio sin pedir permiso?

Qasha se irguió de golpe.

—Soy una dama'ting y no te debo...

—¡Tú eres mi jiwah! —rugió él en respuesta y ella se asustó ante la idea—. ¡El Evejah no dice que haya que hacer excepciones con las dama'ting en lo que respecta a la obediencia! —Ya era bastante malo que Inevera hiciera alarde de no obedecer esa ley sagrada cuando le daba la gana, pero estaría perdido si les cediera al resto de sus esposas el mismo poder. ¡Era el Sharum Ka!

—¡No abandoné las protecciones! —chilló ella extendiendo las manos—. ¡Lo juro!

—¿Me has mentido cuando hablabas del Andrah? —preguntó él, cerrando el puño.

—¡No! —gritó la mujer.

—Entonces, ¿estaba el Andrah aquí, en mi palacio? —insistió.

—Por favor, tengo prohibido hablar de ello —replicó ella, mientras bajaba los ojos en señal de sumisión.

La agarró con rudeza, y la forzó a mirarle a los ojos.

—¡Nadie puede prohibirte nada por encima de mí!

Qasha tironeó y se desprendió de su presa, con lo que perdió el equilibrio y cayó al suelo. La muchacha estalló en lágrimas y se echó a temblar, mientras se cubría el rostro con las manos. Tenía un aspecto tan frágil y aterrado que él se calmó de inmediato. Se arrodilló y le puso las manos en los hombros con ternura.

—Tú eres la favorita entre todas mis esposas. Sólo te pido lealtad. No te castigaré sea cual sea tu respuesta, te lo juro.

Ella alzó la mirada hacia Jardir, con ojos redondos y húmedos y él le apartó el pelo del rostro y le enjugó las lágrimas. Qasha se retiró, sin dejar de mirar al suelo. Cuando habló, lo hizo en voz tan baja que apenas se le entendían las palabras.

—El palacio del Sharum Ka no siempre está tranquilo por la noche cuando el dueño está en la alagai'sharak.

Jardir reprimió un ataque de cólera.

—¿Y cuándo volverá a alterarse la paz del palacio?

Qasha sacudió la cabeza.

—No lo sé —gimoteó.

—Entonces lanza los huesos y averígualo —le ordenó.

Ella alzó la mirada, escandalizada.

—¡Jamás podría hacer eso!

Jardir rugió y su ira se encendió de nuevo. Maldijo en silencio el día que se le había ocurrido casarse con las sacerdotisas. Jardir no iba a golpearla aunque no

estuviera embarazada de un hijo suyo, y ella lo sabía. Había todo un nivel en el abismo de Nie reservado para los hombres que hicieran daño a una dama'ting.

Pero no estaba dispuesto a que sus esposas lo gobernaran porque él no pudiera imponerles la disciplina que enseñaba el Evejah. Había otras formas de intimidarla.

—Estoy cansado de tu desobediencia, jiwah. Lanza los dados o enviaré a los sharach al primer nivel y la noche devorará a tu tribu. Expulsaré a los chicos del Hannu Pash convertidos en khaffit y las mujeres serán destinadas como prostitutas a las tribus menores. —No tenía la menor intención de hacer nada de eso, claro, pero ella no tenía por qué saberlo.

—¡No te atreverás! —replicó Qasha.

—¿Por qué debería permitir vivir a tu tribu con honor, cuando tú me niegas a mí el mío? —le exigió.

Ella estaba llorando, pero aun así, Jardir cogió la bolsita de fieltro negro que todas las dama'ting llevaban siempre consigo. La de Qasha estaba ceñida a su cintura desnuda con un hilo de bolitas de colores.

Habituado ya a la práctica, Jardir corrió las gruesas cortinas de terciopelo para bloquear cualquier rayo de luz solar que pudiera quebrar la magia e inutilizar los dados.

Qasha encendió una vela. Le miró, con lágrimas en los ojos.

—Júrame —le suplicó—, júrame que jamás le dirás a la Jiwah Ka que hice esto por ti.

Inevera. Por supuesto, esperaba que su Primera Esposa estuviera en el centro de cualquier intriga que se urdiera en el palacio, pero le dolió escucharlo. Ahora era el Sharum Ka y aún no lo consideraba lo suficientemente digno como para darle a conocer sus planes.

—Lo juro por Everam y la sangre de mis hijos.

Qasha asintió y tiró los huesos. Jardir apreció su luz maligna y se preguntó por primera vez si realmente eran la voz de Everam en Ala.

—Esta noche —susurró la muchacha.

El asintió.

—Guarda los huesos. No hablaremos más de esto.

—¿Y los sharach? —preguntó.

—Jamás habría dado rienda suelta a mi ira sobre la tribu de mi hijo —repuso Jardir, mientras ponía una mano sobre su vientre. Qasha suspiró y posó la cabeza sobre su hombro.

Cuando el sol se acercaba a su cénit, Jardir dejó a Qasha durmiendo en la cama llena de almohadones y se puso sus vestiduras negras y el turbante blanco. Escogió su

escudo y lanza favoritos, y salió a encontrarse con sus kai'Sharum para la cena.

Se dieron un festín de carne especiada y agua fría, servido por la madre de Jardir y las esposas dal'ting, sus hermanas. Sus esposas sacerdotisas sin duda andaban por allí entre las sombras, escuchando, pero nunca se dignarían a servir su mesa, fueran sus jiwah o no. Ashan, su consejero espiritual, se sentaba frente a él. Shanjat, que le había sucedido como kai'Sharum de su unidad, se sentaba a su derecha, y a su izquierda, Hasik, su guardaespaldas personal.

—¿Cuántas pérdidas tuvimos anoche? —preguntó Jardir mientras tomaban el té.

—Anoche fueron cuatro, Primer Guerrero —repuso Ashan.

Jardir le miró sorprendido.

—¿Los kaji perdieron a cuatro?

El sacerdote sonrió.

—No, amigo mío. Fue Krasia, la que los perdió. Dos Ojeadores y dos Batidores. Todos dal'Sharum lejos de la juventud y que marcharon a la gloria.

Jardir le devolvió la sonrisa. Desde que había ascendido a Sharum Ka, las pérdidas nocturnas habían disminuido a la vez que se habían incrementado las muertes de demonios.

—¿Y los alagai? ¿Cuántos han visto el sol?

—Más de quinientos —contestó Ashan.

Jardir se echó a reír. Dudaba que el número se aproximara a la mitad, ya que todas las tribus solían exagerar las víctimas, pero había sido una buena noche de trabajo y habían conseguido muchas más que el anterior Sharum Ka.

—Las tribus del noveno nivel siguen sin conseguir gloria —comentó Ashan—. Estábamos considerando la idea de dejar las puertas del Laberinto abiertas un poco más esta noche para asegurarnos de que hay suficientes alagai para que todos participemos en la lucha.

Él asintió.

—Diez minutos más. Y si eso no es suficiente, añade otros diez más mañana. Yo estaré esta noche sobre las murallas, inspeccionando los nuevos escorpiones y las catapultas.

El dama hizo una reverencia.

—Como ordene el Sharum Ka.

Después de la comida se dirigieron al Sharik Hora, donde los damaji alabaron sus éxitos y bendijeron la batalla que se avecinaba. Cuando los guerreros partieron hacia el Laberinto, Jardir retuvo a sus dos lugartenientes.

—Esta noche tú llevarás el turbante blanco, Hasik.

Una luz salvaje asomó a los ojos del enorme guerrero.

—Como ordene el Sharum Ka —dijo y luego se inclinó.

—¡No lo dirás en serio! —exclamó Ashan—, ¡que un dal'Sharum simule ser

Sharum Ka viola nuestro juramento!

—Tonterías —repuso Jardir—, Hay historias en el Evejah de Kaji que relatan argucias como éstas con frecuencia, cuando él no quería que se conocieran sus movimientos.

—Perdóname, Primer Guerrero —repuso el dama—, pero tú no eres el Liberador. Jardir sonrió.

—Quizá. Pero ¿qué es el Evejah, sino algo que nos dejó el Shar'Dama Ka para que aprendiéramos de él?

—¿Y qué pasará si le descubren? —preguntó Ashan con el ceño fruncido.

—No ocurrirá. Con el velo calado y de noche, el destacamento de la catapulta no lo reconocerá, ya que rara vez me han visto de cerca. Hasik, sin embargo, será visto en los adarves por todos y nadie entre los Sharum se cuestionará sobre si estuve o no en el Laberinto esta noche.

—Pero si te equivocas, le espera la muerte —le advirtió el dama.

Él se encogió de hombros.

—Hasik ha matado cientos de alagai. Si ése es su destino, se despertará en el Paraíso.

—No tengo miedo, Sharum Ka —replicó el gigante.

El sacerdote resopló.

—Los idiotas rara vez lo tienen —masculló entre dientes—. ¿Y adonde irás? —le preguntó—. ¿Dónde estarás mientras los demás creen que te encuentras en la muralla?

—Ah —repuso Jardir mientras tomaba el turbante de Hasik y se envolvía en su velo—, eso sólo lo sabré yo.

*L*as calles de Fuerte Krasia estaban tranquilas por la noche, pues todos los hombres marchaban a la batalla, y los khaffit, mujeres y niños estaban encerrados en la Ciudad Subterránea. Como todos los palacios de la ciudad, el del Sharum Ka tenía sus propias murallas y protecciones, con los niveles inferiores conectados a la Ciudad Subterránea en varios lugares. Estaba tan protegido de los alagai como cualquier otro del mundo y eso sólo en el caso de que un demonio consiguiera traspasar las murallas externas de Krasia, cosa que, hasta donde él sabía, jamás había ocurrido.

Pegado a las sombras y envuelto en sus ropajes negros de dal'Sharum, Jardir era totalmente invisible en la oscuridad. Aunque alguien hubiera estado allí para verlo, no habría detectado su presencia.

Las puertas del palacio estaban cerradas, pero sus años como nie'Sharum le habían enseñado a escalar las murallas con facilidad. En un abrir y cerrar de ojos se dejó caer en la zona donde la oscuridad era más densa, al abrigo del edificio.

Todo le pareció en calma mientras cruzaba el complejo de viviendas que antecedian al palacio propiamente dicho. Las ventanas estaban oscuras y el recinto fortificado sumido en el silencio. Aun así, las palabras de Qasha le acosaban. «El palacio del Sharum Ka no siempre está tranquilo por la noche.»

Se movió por los corredores de su propio hogar entre las sombras y en silencio, como un ladrón, gracias a las habilidades que había adquirido cazando alagai en el Laberinto. Apenas dejó señales de su paso, a excepción de una cortina en movimiento, cuando comprobó las salas de audiencia una por una y los recibidores, sitios todos que podrían ser oportunos para una reunión entre aquellos lo suficientemente atrevidos como para desafiar el toque de queda. Sin embargo, no encontró a nadie.

«Como debe ser —caviló—. Están todos en los niveles inferiores, apartados del exterior por rejas, como dice la ley. Has sido un idiota por venir, Ashan tenía razón. Has olvidado el deber por satisfacer la curiosidad. Hay hombres muriendo en la noche mientras tú merodeas por tu propia casa.»

Estaba a punto de dirigirse de vuelta al Laberinto, cuando captó un sonido que procedía de su dormitorio. El ruido subió de volumen conforme se fue acercando. Escudriñó tras una cortina y vio a dos kai'Sharum que portaban el fajín blanco de la guardia personal del Andrah, situados delante de la puerta de su propia habitación. Los sonidos se hicieron más nítidos y se dio cuenta de lo que eran.

Gritos de Inevera.

La ira se encendió en su interior, más ardiente de lo que imaginó ser posible. Antes de darse cuenta ya había destrozado la columna de uno de los dos guerreros de un puñetazo. El hombre gruñó, pero lo silenció con rapidez cuando, al desplomarse en el suelo, le aplastó la garganta con un golpe de talón.

El otro guerrero se volvió con destreza, con los gráciles movimientos que cabía esperar de un Sharum entrenado en el Sharik Hora, pero la cólera de Jardir no tenía límites. El guerrero intentó agarrarle, pero él tiró de sus brazos extendidos y le hizo dar la vuelta para ponerse a su espalda, movimiento que aprovechó para cogerle la barbilla con una mano y la nuca con la otra. Jardir hizo un brusco giro de muñeca y el hombre cayó a la alfombra, muerto.

Luego, giró sobre sí mismo y le dio una fuerte patada a la puerta. Estaba atrancada desde dentro, pero él se limitó a apretar los dientes y patearla de nuevo, de modo que hizo saltar las abrazaderas y la puerta se derrumbó con gran estrépito.

Se quedó sobrecogido ante la escena que se desarrollaba ante él, como si hubiera recibido un lanzazo en el pecho. Había esperado encontrar al Andrah encima de Inevera, sujetándola para forzarla, pero lo que vio era justo lo contrario: su esposa, desnuda, cabalgaba al gordo con tanta lujuria como Qasha había hecho con él esa misma mañana. El Andrah elevó la mirada hacia él con temor, pero estaba atrapado

bajo el peso de Inevera. Su esposa se volvió hacia él y, en su arrebato de cólera, a Jardir le pareció que ella había esbozado una sonrisa burlona mientras le arrebatava el último resto de honor que le quedaba.

Su cólera se había transformado en el quinto nivel del abismo de Nie. Se dirigió a zancadas hacia la panoplia que había en la pared y seleccionó una aguzada lanza corta. Cuando se volvió, el Andrah había conseguido liberarse de la sacerdotisa y permanecía desnudo en el dormitorio, con su miembro flácido oculto bajo la sombra de su enorme vientre. La imagen llenó a Jardir de repulsión.

—¡Basta! ¡Te lo ordeno! —gritó el Andrah cuando cargó hacia él, pero el guerrero ignoró la orden y le golpeó la mandíbula con la contera de la lanza.

—¡Ni siquiera tú puedes denegarle a un marido su derecho en este asunto! —bramó cuando el hombre impactó contra el suelo—. ¡Esta noche le voy a hacer un favor a Krasia! —Alzó la lanza para atravesarle, pero Inevera le sujetó el brazo.

—¡Estúpido! —chilló ella—. ¡Lo vas a estropear todo!

Jardir se dio la vuelta y la abofeteó con el revés de la mano para apartarla.

—No tengas miedo, jiwah infiel —le increpó para volverse en seguida hacia el Andrah—, mi lanza no tardará en encontrarse contigo.

Volvió a alzar el arma y el hombre chilló, pero entonces todo se tornó naranja y rojo y, sintió que lo arrollaba una fuerza tan increíble que le empujó hacia un lado, lejos de su víctima. Las placas de arcilla cocida cosidas dentro de su pesada vestimenta de guerrero se habían llevado la mayor parte del impacto, pero cuando se recuperó contra la pared, se dio cuenta de que tenía la ropa en llamas y se la arrancó con un alarido.

Dirigió la mirada hacia Inevera, que sujetaba la calavera del demonio del fuego que había llevado durante aquel primer encuentro en el Sharik Hora. Permanecía desnuda ante los dos hombres sin sentir vergüenza, consciente de que, incluso en esos momentos, su belleza no tenía parangón. El odio y la excitación luchaban en el interior de Jardir, sin vencer ni uno ni otro.

—¡Detén esta estupidez! —exclamó ella con rudeza.

—No aceptaré más órdenes tuyas —replicó Jardir—. ¡Incendia este palacio hasta los cimientos si quieres, y aun así, mataré a este cerdo cebado y tú te irás con él! —El Andrah gimoteó, pero Jardir lo silenció con un rugido.

Inevera ni siquiera se estremeció, sino que mostró un objeto pequeño que guardaba en la otra mano. Parecía un trozo de carbón hasta que los grafos tallados en él comenzaron a arder y Jardir se dio cuenta de que también era un alagai hora. El trozo de hueso ennegrecido se agrietó y la magia plateada saltó de su interior como un relámpago y le golpeó.

Perdió pie y se vio arrojado de nuevo contra la pared, el cuerpo atravesado por dolores tan atroces como jamás hubiera podido imaginar. Intentó abrirse a ellos, pero

terminaron tan rápidamente como habían comenzado, para dejar a su paso sólo un rastro de agudo terror. Se volvió hacia su esposa, pero ella alzó de nuevo la piedra y el rayo le atacó por segunda vez, y después una más, cuando intentó ponerse en pie de nuevo. Luchó por levantarse una tercera, pero sus extremidades no respondían a su voluntad y sus músculos se contraían de forma incontrolable.

—Vaya, por fin nos entendemos —dijo Inevera—. Yo soy la voluntad de Everam y mejor habría sido que hubieras apartado de ti cualquier pensamiento de resistencia. Si acostarme con un cerdo cebado ha puesto el turbante blanco sobre tu cabeza, entonces deberías darme las gracias por mi sacrificio, no intentar estropear las cosas.

—¿Cerdo cebado? —exclamó indignado el Andrah, en pie al fin—. ¡Yo estoy...!

—... vivo porque yo lo he querido así —replicó ella, a la vez que alzaba la calavera del demonio de entre cuyas mandíbulas seguían surgiendo llamas. El Andrah palideció ante la visión.

—Necesitaba que apoyaras a Jardir hasta que se ganara a los Sharum y damaji de las otras tribus, pero ahora que Qasha está embarazada, los Sharum verán que se ha hermanado con todos ellos tanto durante el día como durante la noche. Jamás podrás deponerle.

—¡Yo soy el Andrah! —gritó el hombre—. ¡Puedo arrasarlo con un solo gesto de mi mano!

Inevera se echó a reír.

—Entonces tendrás una guerra civil. E incluso aunque mates a Ahmann, ¿qué harás con sus esposas dama'ting? ¿Las violarás y matarás como es la costumbre? El Evejah es muy claro en cuanto al destino de los que osen hacer daño a una dama'ting.

El Andrah frunció el ceño, pues no tenía respuesta.

—Las puertas del Cielo están cerradas —dictaminó ella mientras se cubría con un pañuelo de seda—. Quizá se abran de nuevo la próxima vez que necesite que hagas un edicto, o a lo mejor envíalo a Ahmann a que lo escriba con tu sangre. Pero hasta ese momento, llévate esa vieja lanza de regreso a tu palacio.

Sin molestarse siquiera en vestirse, el Andrah reunió sus ropas y se deslizó fuera de la habitación.

Inevera se acercó a Jardir y se arrodilló a su lado. El trozo de hueso de demonio que había usado para arrojar el rayo se había desintegrado y limpió las cenizas que aún quedaban en su mano con una mirada de desconcierto.

—Eres fuerte. Pocos hombres pueden incorporarse después del primer golpe y menos aún después de tres. Tendré que tallar un hueso más grande esta noche. —Inevera alargó la mano hacia él, y le acarició el pelo y la cara—. Ah, amor mío —le dijo con tristeza—, cómo me habría gustado que no hubieras visto esto.

Jardir luchó para recobrar el dominio de su lengua, pero la sentía tan hinchada que le llenaba toda la boca.

—¿Por qué? —consiguió preguntar al fin.

Ella suspiró.

—El Andrah iba a pedir tu ejecución por haber matado a su amigo con tal deshonor. Hice lo que era necesario para salvar tu vida y conseguirte más poder. Pero no tengas miedo. El día en que ocuparás su trono esta cada vez más próximo y entonces podrás cortarle su hombría con tus propias manos.

—¿Tú...? —empezó Jardir, pero fue incapaz de pronunciar una palabra más. Tragó saliva con fuerza, intentando desentumecerse la lengua, pero hasta eso estaba lejos de su capacidad en ese momento.

Ella se incorporó y le llevó agua; luego apoyó el recipiente contra sus labios para humedecerlos y le masajeó la garganta para ayudarle a tragar. Usó el pañuelo que se había colocado sobre los hombros para secarle la boca y uno de sus pechos quedó al descubierto. Él se preguntó cómo era posible que la deseara incluso en aquellos momentos, pero el hecho era innegable.

—¿Sabías que esto ocurriría cuando me hiciste matar al Sharum Ka? —le preguntó mientras intentaba mover sus miembros y éstos, nuevamente, rehusaban responder.

La sacerdotisa suspiró de nuevo.

—Has vivido apenas veinte inviernos, mi amor, e incluso tú puedes recordar el tiempo en que Krasia contaba con diez mil dal'Sharum. El más anciano de los damaji puede recordar hasta el momento en que esa cifra se multiplicaba por diez y los antiguos pergaminos hablan de números que se acercan a los millones antes del Retorno. Nuestra gente muere, Ahmann, porque necesita un líder. Necesitan algo más que un Sharum Ka fuerte, más que un Andrah poderoso. Necesitan al Shar'Dama Ka, antes de que Nie disperse lo que queda de nosotros sobre la arena.

Hizo una pausa y apartó la mirada, como si reflexionara profundamente sobre sus próximas palabras.

—Aquella primera noche no pregunté a los dados si volvería a verte alguna vez —admitió—. Pregunté si había un hombre en toda Krasia que pudiera librarnos del desastre y devolvernos al camino de la gloria, y me señalaron a un chico al que encontraría sollozando en el Laberinto, años más tarde.

—¿Yo soy el Liberador? —preguntó Jardir con la voz ronca y con un claro tono de incredulidad.

—Los dados jamás mienten —le contestó Inevera con un encogimiento de hombros—, pero tampoco ofrecen verdades absolutas. Hay algunos futuros en los que los hombres parecen creerlo y se unen a ti, y otros en los que lo hacen en torno a otra figura, o ninguna.

—Entonces, ¿para qué sirven? Si todo es inevera, que el destino decida.

—No hay un destino, como tú parece pensar —intervino ella—, salvo que la

Sharak Ka, la batalla final, se acerca y pronto tendremos que luchar. Así que no nos atreveremos a dejar que el futuro siga su camino sin guía. Te he observado desde la primera vez que te pusiste el bido, cariño. Eres la mejor opción para salvar Krasia y yo conseguiré todas las ventajas que te favorezcan, aunque sea a costa del honor de mi cuerpo o del tuyo.

Jardir se la quedó mirando con los ojos muy abiertos. Le fallaron las palabras del mismo modo que sus extremidades. Inevera se inclinó y le besó la frente con sus labios suaves y frescos. Se puso en pie y miró hacia abajo con tristeza mientras él se retorció inútilmente en el suelo.

—Todo lo que estoy haciendo lo hago por ti, y por la Sharak Ka —finalizó y luego abandonó la habitación.

Falso profeta

Invierno de 333 d.R.

—*L*os chin están demostrando ser esclavos ideales —comentó Jayan—. Hasta el último de ellos le da a su vida tanto valor que jamás reunirán coraje suficiente como para resistirse. Es una gran conquista, padre. Tu gloria no conoce límites.

Jardir sacudió la cabeza.

—Mover unos cuantos granos de arena no es signo de una gran fuerza, es igual que pensar que porque se ve el sol se tiene una vista prodigiosa. No hay gloria en dominar a los débiles.

—Aun así, nos reportará grandes beneficios —insistió Jayan—. Nuestra victoria es completa y sin ninguna pérdida para nosotros.

Al otro lado de la habitación, Abban resopló desde su diminuto escritorio.

—¿Tienes algo que añadir, khaffit? —preguntó el joven en tono exigente.

—Nada, mi príncipe —repuso él con rapidez y alzó la vista de sus libros de contabilidad. Luego se puso en pie y se apoyó en su bastón de piel de camello para inclinarse profundamente—. Sólo fue una tos.

—No, por favor —insistió él—. Cuéntenos que es lo que te divierte tanto.

Los ojos del mercader interrogaron a Jardir, el cual asintió.

—No ha habido pérdidas en cuanto a los dal'Sharum, mi príncipe, pero sin duda que ha habido costes —repuso el hombre—. Comida, ropas, refugio, transporte. Mantener en movimiento un ejército de esta envergadura tiene una cantidad de costes que apenas pueden medirse. Puede que tu padre controle las riquezas de las doce tribus, además del Don de

Everam, pero incluso sus arcas tienen un límite. El Evejah nos dice: «Cuando el bolsillo de un hombre está vacío, sus rivales se vuelven audaces».

—¿Quién se atrevería a oponerse a Padre? —preguntó Jayan, riendo ante la ocurrencia—. Además, ¿por qué tendría que pagar el Shar'Dama Ka por algo? Hemos conquistado esta tierra y podemos tomar todo lo que deseemos.

—Así es —reconoció Abban—, pero un mercader al que hayas robado no tiene capital para reponer sus mercancías. Puedes llevarte todas las velas del fabricante de velas, pero si al menos no pagas lo que cuestan, te encontrarás sentado en la oscuridad cuando se apague la última.

—Las velas son para los débiles khaffit adoradores de pergaminos —respondió el

muchacho con un bufido—. No sirven para nada a un guerrero en la oscuridad.

—Pues entonces, hierro y madera para las lanzas —continuó el hombre con paciencia, como si estuviera hablando con un niño—. Tela para uniformes y arcilla cocida para acorazarlos. Cuero y aceite para el arnés de la montura. Estas cosas no crecen en los árboles, y si robamos todas las semillas y las cabras ahora, no habrá nada para llenarnos la barriga dentro de un año.

—Por mí puedes darte todos los aires que quieras, comedor de cerdo —gruñó Jayan.

—Cállate y atiende a sus palabras —replicó Jardir con dureza—. El khaffit te está ofreciendo su sabiduría, hijo mío, y sería inteligente por tu parte hacerle caso.

El muchacho se quedó mirando a su padre atónito, pero le dedicó una inclinación de cabeza antes de volverse y lanzar una mirada asesina al mercader.

El Liberador se dirigió entonces a Asume, quien se había mantenido silencioso a lo largo de todo el intercambio.

—¿Y tú, hijo mío? ¿Qué piensas de las palabras del khaffit?

—El indigno ha señalado algo interesante —concedió Asume—. Todavía hay algunos damaji resentidos por tu ascensión y usarían cualquier privación de los guerreros de sus tribus como excusa para sembrar la discordia.

Jadir asintió.

—¿Y qué harías tú para resolver ese problema?

—Matar y sustituir a los damaji desleales antes de que se vuelvan más osados —respondió el joven con un encogimiento de hombros.

—Eso sólo sembraría la discordia —anotó su padre y devolvió la mirada a Abban.

—Es demasiado costoso mantener nuestro ejército reunido en la ciudad —comentó el mercader—. Así que lo mejor será dispersarlos entre las aldeas.

Los dos jóvenes lo miraron incrédulos.

—¿Desbandar el ejército? Pero ¿qué clase de estupidez es ésa? —exclamó Jayan—. Padre, ¡este khaffit es un cobarde y un imbécil! ¡Te lo suplico, déjame matarle!

—¡Niño estúpido! —le increpó Jardir con brusquedad—. ¿Es que crees que el khaffit está diciendo cosas de las que no tengo idea?

Jayan se le quedó mirando anonadado.

—Un día, hijos míos —repuso él mientras pasaba la mirada de Jayan a Asume y luego de vuelta—, yo moriré. Si tenéis algún deseo de sobrevivir a los días que seguirán, debéis escuchar y obtener sabiduría proceda de donde proceda.

Jayan se volvió hacia Abban y bajó la cabeza. Fue una minúscula inclinación, apenas un asentimiento, y sus ojos escupieron muerte en dirección al gordo comerciante por avergonzarle.

—Por favor, khaffit, comparte tu sabiduría conmigo.

El mercader le devolvió la reverencia, aunque se inclinó bastante menos de lo que su bastón le hubiera permitido.

—Con los graneros perdidos, la ciudad central no tendrá suministros para todos los krasianos, mi príncipe. Pero hay cientos de aldeas situadas en torno a la ciudad como si fueran los radios de una rueda. Haremos que el duque de las tierras verdes nos dé una lista de esos lugares y los dividiremos entre las tribus.

—Es un territorio demasiado amplio como para controlarlo —puntualizó Asume.

—¿Controlarlo para qué? —preguntó Abban—, No hay ningún ejército que nos amenace y, como mi príncipe dice, los chin son esclavos ideales. Será mejor dispersar el ejército del Shar'Dama Ka hasta que sea necesario de nuevo, así nos ahorraremos la necesidad de proveerles. En vez de eso, cada uno tendrá un territorio asignado para forrajeo y cobro de impuestos, y podrán cazar sus alagai por la noche. Pueden formar un sharaji aquí en las tierras verdes para entrenar a sus chicos en estos territorios, y dejar que las mujeres y los ancianos planten otra cosecha en la primavera. De aquí a un año, las tribus serán más ricas de lo que lo han sido nunca, con miles de nie'Sharum de las tierras verdes. Dad a las tribus riquezas en vez de privaciones y, para cuando los novicios lleguen a la edad apropiada, el Shar'Dama Ka controlará el mayor ejército que el mundo haya conocido, leal, y lo mejor de todo, sin coste alguno.

Jardir se quedó mirando a sus hijos.

—¿Veis ahora para lo que sirven los khaffit?

—Sí, Padre —contestaron ambos muchachos, practicando idénticas reverencias.

*E*l Damaji Ashan entró en el salón del trono y tocó el suelo con la frente. Tenía las ropas blancas manchadas de sangre y una expresión lúgubre en los ojos.

—Levántate, amigo mío —dijo Jardir. Ashan siempre había sido su más leal consejero, incluso antes de su ascenso al poder. Ahora hablaba en nombre de todos los kaji, la tribu más poderosa de Krasia, y había nombrado como sucesor a su hijo primogénito, Asukaji, sobrino de Jardir, ya que también era hijo de su hermana Imisandre. No había hombre más poderoso en el mundo después del Liberador.

—Shar'Dama Ka, hay noticias que debéis escuchar.

—Tu consejo es siempre bienvenido, amigo —respondió Jardir con un asentimiento—. Habla.

—Será mejor que las escuchéis directamente de la fuente, Liberador —le respondió el damaji.

Jardir alzó una ceja al oír esto, pero asintió, y siguió a Ashan fuera de la mansión, hacia las calles heladas de la ciudad. No muy lejos de su palacio se encontraba una de las casas de culto de los chin. Era pequeña y poco suntuosa, comparada con el gran

Sharik Hora, pero era una estructura impresionante para las gentes del norte, pues tenía tres pisos de gruesos muros de piedra y protecciones muy poderosas.

Ashan le guió por el interior del edificio y Jardir comprobó que el damaji había hecho bastante más que reclamar el Templo. Ya habían comenzado a decorar el interior con los huesos blanqueados y lacados de los dal'Sharum que habían muerto en batalla desde que abandonaron la Lanza del Desierto. No habría un edificio más seguro que aquél en todo el norte, protegido por los espíritus de todos los muertos caídos con honor.

Bajaron por una escalera de piedra que daba a un laberinto de frías catacumbas alojadas bajo la estructura superior.

—Los chin enterraban a sus muertos importantes aquí —le explicó mientras Jardir estudiaba todos los huecos vacíos en las paredes—. Hemos limpiado toda esa inmundicia inútil y hemos destinado estos túneles a un propósito mejor.

Un hombre gritó y aquellos alaridos de agonía resonaron en los pasillos subterráneos. Ashan no prestó atención al sonido y le condujo a través de los túneles hacia una habitación. En su interior había varios clérigos del norte, Pastores, como se les llamaba, colgados de las muñecas, suspendidos de una cuerda del techo en mitad de la sala. Estaban desnudos de cintura para arriba y tenían la carne lacerada a causa de la cola de alagai, un látigo que podía romper la voluntad del más fuerte de los hombres.

El damaji despidió a los torturadores de los dal'Sharum y se dirigió hacia uno de los prisioneros.

—Tú —le dijo señalándolo—, repite lo que me has dicho al Shar'Dama Ka, si te atreves.

El Pastor alzó la cabeza con dificultad. Tenía uno de los ojos cerrado por la hinchazón y del otro manaban abundantes lágrimas, que limpiaban la sangre y la suciedad de su rostro.

—Vete al Abismo —repuso arrastrando las palabras e intentó escupirle. No tenía fuerzas suficientes y el escupitajo sanguinolento se deslizó por su labio inferior.

En respuesta, el torturador avanzó hacia él, con unas tenazas en las manos. Aferró la cabeza del Pastor con firmeza, le forzó a abrir la boca y le colocó las tenazas en uno de los dientes frontales. Los gritos del hombre llenaron la habitación.

—Ya basta —dijo Jardir al cabo de un momento. El torturador cesó de inmediato, le hizo una reverencia, y luego se retiró de nuevo hacia la pared. El Pastor quedó colgando sin fuerzas de los grilletes de las muñecas y Jardir se acercó a mirarlo, con la tristeza reflejada en sus ojos—. Soy el Shar'Dama Ka, enviado por Everam, que es infinito en su misericordia. Habla y pondré fin a tu sufrimiento.

El Pastor se lo quedó mirando y pareció recuperarse un poco.

—Te conozco —graznó—. Tú dices ser el Liberador, pero yo sé que no lo eres.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque él ya ha venido —dijo el hombre—, el Hombre Marcado que camina en la oscuridad y del que los abismales huyen. Salvó Hoya del Liberador de la destrucción y también se enfrentará a ti cuando llegue el momento.

Jardir miró a Ashan sorprendido.

—Ésta no es la palabra de un solo hombre, Shar'Dama Ka —explicó el damaji—. Otro chin también contó algo acerca de ese infiel cubierto de grafos. Es necesario que destruyas a ese falso profeta y que lo hagas rápido, si quieres asegurarte el lugar que mereces.

Jardir sacudió la cabeza.

—Suenas como mi mujer, viejo amigo.

El hombre de las tierras verdes

326 d.R.

—¡Algún día, yo seré el Sharum Ka! —gritó Jayan. El muchacho atacaba con su lanza un muñeco hecho de harapos que Jardir había colgado de una viga del techo.

Su padre se echó a reír, encantado por la energía mostrada por su hijo. Jayan tenía doce años, aún llevaba el bido y jamás pasaba hambre en la cola de la comida. Había comenzado a enseñarles a sus hijos el sharukin el mismo día en que dieron sus primeros pasos.

—Yo soy el que quiere ser Sharum Ka —se lamentó Asume, de once—. No quiero ser un estúpido dama. —Y dio un tirón del trozo de tela blanca que llevaba sobre uno de los hombros.

—Ah, pero tú serás la conexión del Sharum Ka con Everam —le explicó Jardir—. Y quizá algún día, seas el damaji de todos los kaji, o incluso el Andrah. —Sonrió, pero en su interior estaba de acuerdo con el chico. Necesitaba hijos guerreros, no clérigos. La Sharak Ka se acercaba.

Al principio Inevera había querido que fuera Jayan el que vistiera de blanco, pero él se había negado categóricamente. Había sido una de sus escasas victorias sobre ella, aunque a veces se preguntaba si realmente había salido victorioso de aquella batalla. El asunto tenía todo el aspecto de que ella había preferido a Asume para ese papel desde el primer momento.

Los otros chicos se reunieron a su alrededor y observaron a sus hermanos mayores algo intimidados. El resto de los hijos de Jardir eran demasiado pequeños para el Hannu Pash y tendrían que esperar antes de escoger su camino. Todos los hijos segundones serían dama; los primogénitos, Sharum. Era la primera noche del Creciente, cuando se decía que las fuerzas de Nie estaban en su punto álgido y los Alagai Ka acechaban en la noche. Y nada daba más fuerza a un guerrero en la noche que ver a sus hijos.

«E hijas», pensó al volverse hacia su esposa.

—Me agradaría mucho que mis hijas también regresaran todos los meses a casa durante el Creciente.

—No debemos interrumpir su entrenamiento, marido —le contestó Inevera—. El Hannu Pash de una nie'dama es... algo riguroso. —De hecho, se habían llevado a sus hijas mucho antes que a los niños y hacía años que no veía a las mayores.

—Seguramente no todas se convertirán en dama'ting —alegó él—. También debo tener hijas para casarlas con los hombres que me sean leales.

—Y las tendrás, sin duda —replicó Inevera—. Serán hijas a las que ningún hombre osará hacer daño, y que te serán leales por encima incluso de sus esposos.

—Y a Everam más aún, por encima de su padre —masculló él entre dientes.

—Claro —repuso ella y Jardir percibió la sonrisa de su esposa tras el velo. Estaba a punto de replicarle cuando Ashan entró en la habitación. Su hijo Asukaji, de la misma edad que Asume, iba tras él con su bido de nie'dama. El clérigo hizo una reverencia.

—Sharum Ka, hay un asunto que los kai'Sharum quieren que resolváis.

—Estoy con mis hijos, Ashan. ¿No puede esperar?

—Mis disculpas, Primer Guerrero, pero creo que no.

—Muy bien —suspiró—. ¿De qué se trata?

—Creo que será mejor que el Sharum Ka vea el problema por sí mismo —dijo el damaji con una nueva inclinación.

Jardir alzó una ceja. Ashan jamás había sido tímido a la hora de dar su opinión, incluso aunque supiera que a él no le agradaría.

—¡Jayan! —llamó—. ¡Prepara mi lanza y mi escudo! ¡Asume, mis ropas!

Los dos chicos salieron disparados a cumplir lo encargado mientras él aguardaba. Para su sorpresa, Inevera se incorporó también.

—Acudiré con mi esposo.

—Por supuesto, dama'ting —respondió Ashan.

Jardir la observó intrigado. ¿Qué era lo que ella sabía? ¿Qué podían haberle dicho los malditos huesos sobre esa noche en particular?

Dejaron a los niños allí y los tres se pusieron en camino con rapidez; descendieron las grandes escalinatas de piedra del palacio del Sharum

Ka, ante los campos de entrenamiento de los Sharum. Al otro extremo estaba el Sharik Hora y en los lados más largos del cuadrilátero que formaban las edificaciones, se encontraban los pabellones de las tribus.

A los pies de los primeros escalones, bien dentro de las murallas del palacio, un grupo de Sharum y dama rodeaban a dos khaffit. Se enfadó al verlos. Era un insulto dejar que los pies de los khaffit mancillaran los terrenos de la ciudadela del Sharum Ka. Abrió la boca para decirlo cuando uno de los khaffit captó su atención.

Abban.

Jardir no había pensado en su amigo durante años, como si realmente aquel chico hubiera muerto la noche en que él rompió su promesa. Habían pasado ya más de quince años y si él había cambiado y ya no era aquel chico pequeño y nervudo con un bido, la transformación de su compañero había sido mucho mayor.

El antiguo nie'Sharum había engordado mucho, hasta un punto grotesco que le

daba cierto parecido con el Andrah. Aún vestía la túnica y el gorro de khaffit, pero bajo aquellas ropas llevaba una camisa de colores brillantes y pantalones holgados de seda multicolor; el gorro cónico de color marrón estaba envuelto en un turbante de seda roja con una gema engarzada en la parte delantera. El cinturón y las babuchas eran de piel de serpiente. Se apoyaba en un bastón de marfil, tallado con la forma de un camello y su axila descansaba entre las jorobas del animal.

—¿Qué es lo que te ha hecho creer que puedes estar aquí, entre hombres? —le espetó.

—Mis disculpas, el más grande —repuso el hombre, a la vez que se postraba en el polvo e inclinaba la frente. Shanjat, que ahora era kai'Sharum se echó a reír y le dio una patada en el trasero.

—Mírate —bramó Jardir—. Vistes como una mujer y exhibes tu riqueza contaminada como si no fuera un insulto a todo aquello en lo que creemos. Debería haberte dejado caer aquel día.

—Por favor, gran señor —replicó Abban—. No pretendía insultarles, sólo estoy aquí como traductor.

—¿Traductor? —Jardir dirigió entonces la mirada hacia el otro khaffit que le acompañaba.

Sin embargo, el otro hombre no pertenecía a aquella casta. Eso le quedó claro en cuanto examinó su piel clara, el pelo y las ropas; y aún era más evidente por la gastada lanza que acarreaba consigo. Se trataba de un chin. Un extranjero procedente de las tierras verdes del norte.

—¿Un chin? —inquirió, volviéndose al dama—. ¿Me has traído hasta aquí para que hable con un chin?

—Escucha sus palabras —le urgió Ashan—. Ya verás.

Jardir devolvió la mirada al hombre de las tierras verdes. Jamás había contemplado a uno tan de cerca. Sabía que a veces los Enviados del norte pasaban por el Gran Bazar, pero ése no era un lugar para los hombres de verdad, y los recuerdos que tenía de su infancia eran muy vagos y estaban teñidos de hambre y vergüenza.

Ese chin era distinto a lo que él se había imaginado. Era joven, no mucho mayor que él cuando se vistió de negro por primera vez, y no era demasiado corpulento, aunque mostraba cierto aire de dureza. Su actitud y movimientos denotaban el porte de un guerrero y se enfrentó a su mirada con osadía, como haría un hombre.

Jardir sabía que los hombres del norte habían abandonado la alagai'sharak y pasaban las noches escondidos tras sus protecciones como mujeres, pero las arenas de Krasia se extendían durante cientos de kilómetros sin refugio alguno. El hombre que las atravesara tendría que haberse enfrentado noche tras noche a los alagai. Puede que no fuera Sharum, pero tampoco era un cobarde.

Bajó la mirada hacia la forma gimoteante del khaffit y contuvo su repulsión.

—Habla y hazlo con rapidez. Tu presencia me ofende.

Abban asintió, se volvió hacia el hombre del norte y le dijo unas cuantas palabras en una lengua ruda y gutural. El norteño respondió de manera seca y dio un golpe con la lanza en el suelo para dar más énfasis a sus palabras.

—Él es Arlen asu Jeph an'Bales am'Brook —le presentó Abban tras volverse de nuevo hacia Jardir pero sin apartar los ojos del suelo—, residente hace mucho tiempo en un lugar más allá de Fuerte Rizón, de donde te trae saludos, y suplica que le permitas luchar esta noche con los hombres de Krasia en la alagai'sharak.

Jardir se quedó atónito. ¿Un hombre del norte que deseaba luchar? Jamás se había oído nada parecido.

—Es un chin, Primer Guerrero —gruñó Hasik—. Viene de una raza de cobardes, ¡no vale para la lucha!

—Si fuera un cobarde, no estaría aquí —le advirtió Ashan—. Han venido muchos Enviados a Krasia, pero sólo éste ha llegado hasta tu palacio. Sería un insulto a Everam no dejar luchar a este hombre, si así lo desea.

—No pondré mi espalda al cuidado de un hombre de las tierras verdes durante la batalla —adujo Hasik y escupió a los pies del Enviado. Muchos de los Sharum asintieron para mostrar su acuerdo a pesar de las palabras del dama. Parecía que, después de todo, había un límite para el poder de los clérigos.

Jardir reflexionó con detenimiento. En ese momento entendió por qué el damaji quería que fuera él quien resolviera la cuestión, ya que su decisión sobre el asunto tendría graves repercusiones.

Miró de nuevo al hombre de las tierras verdes, y sintió curiosidad por probar su temple en combate. Su mujer le había predicho que algún día conquistaría aquellas tierras, y el Evejah enseñaba a los hombres que había que conocer a los enemigos antes de la batalla.

—Esposo. —Inevera atrajo su atención en voz baja—. Si el chin desea luchar en el Laberinto como los Sharum, entonces debería pasar por la predicción.

Ya no le extrañaba que hubiera querido venir. Sabía que había algo especial en aquel hombre y necesitaba una muestra de su sangre para hacer una adivinación certera. Jardir entrecerró los ojos, preguntándose qué era lo que no le había contado, pero la realidad era que ella le había ofrecido una salida a una situación difícil y sería estúpido por su parte no aprovecharla. Se volvió hacia Abban, aún encorvado en el suelo.

—Dile al chin que la dama'ting arrojará los huesos para él. Si le son favorables, podrá luchar.

El khaffit asintió y se volvió hacia el hombre de las tierras norteñas para hablarle en su áspera lengua nativa. Un relámpago de irritación cruzó el rostro del forastero,

un sentimiento que Jardir conocía bien, ya que había sido esclavo de esos huesos durante más de la mitad de su vida. Abban y el extranjero intercambiaron palabras durante un rato antes de que el chin apretara los dientes y asintiera, expresando así su consentimiento.

—Lo llevaré al palacio para la predicción —anunció ella.

Jardir asintió.

—Te acompañaré durante el ritual, para protegerte.

—Eso no será necesario —replicó la mujer—. Ningún hombre osará hacer daño a una dama'ting.

—Ningún krasiano —la corrigió él—. No sabemos de lo que son capaces estos bárbaros norteños. —Compuso una sonrisa burlona—. No me arriesgaré a que tu virtud impecable se vea mancillada al dejarte a solas con uno de ellos.

Sabía que ella estaba gruñendo bajo su velo, pero no le importó. Estaba decidido a averiguar lo que se traía entre manos su mujer. Hizo una señal a Hasik y Ashan para que les escoltaran de vuelta al palacio, de manera que Inevera no pudiera excluirlo de la prueba al haber testigos presentes. Arrastraron a Abban consigo, aunque su presencia manchara los suelos del palacio. Tendrían que lavarlos con sangre para eliminar la mácula.

Pronto, los tres se quedaron a solas en una habitación en penumbra. Jardir miró al hombre de las tierras verdes.

—Extiende tu brazo, Arlen, hijo de Jeph.

El chin le observó con curiosidad.

Jardir alargó su propio brazo, y simuló que se practicaba un pequeño corte y que después lo colocaba sobre los alagai hora.

El chin frunció el ceño pero no dudó en remangarse, dar un paso hacia adelante y ofrecerle el brazo.

«Ha mostrado más valor que yo la primera vez», pensó Jardir.

Inevera hizo el corte, y pronto los dados brillaron con fuerza en sus manos. Los ojos del chin se abrieron de par en par al ver aquello, y observó con mucha atención. La mujer lanzó los dados, y Jardir examinó con rapidez el resultado. No tenía el entrenamiento de una dama'ting, pero las lecciones que había recibido en el Sharik Hora le habían enseñado muchos de los símbolos del dado. Cada hueso de demonio tenía dibujado un solo grafo, el grafo de la predicción. Los demás símbolos eran meras palabras. Las palabras y el patrón que mostraban contaban una historia que sería... o que podría ser.

Jardir captó los símbolos de «Sharum», «dama» y «uno» entre el puñado, antes de que Inevera recogiera los dados con rapidez. Shar'Dama Ka. ¿Qué podría significar eso? Un chin no podía ser el Liberador, ¿estaría ligado aquel hombre a su destino de alguna forma?

Para su sorpresa, Inevera sacudió los dados y los lanzó de nuevo, como no había visto hacer a ella o a cualquier otra dama'ting salvo aquella noche en el Laberinto. Sólo percibía en ella la calma habitual de su sacerdocio, pero el hecho de hacer una segunda tirada era revelador por sí mismo. Como también lo fue la tercera.

«Sea lo que sea lo que ha visto —pensó—, quiere estar bien segura de ello.»

Miró al norteño que, aunque observaba el procedimiento de cerca, mostraba claramente con su actitud que consideraba todo aquello una especie de ritual primitivo necesario para acceder al Laberinto.

«Ah, hijo de Jeph, si fuera así de simple.»

—Puede luchar —dictaminó ella y sacó una redoma de arcilla del interior de sus ropas para extender una pasta nauseabunda sobre la herida del chin, antes de envolver su brazo en una tela limpia.

Jardir asintió, pues no esperaba más que un sí o un no, y luego escoltó al chin hacia el exterior de la habitación.

—Khaffit —llamó a Abban—. Dile al hijo de Jeph que puede subir a la muralla. Cuando atrape un alagai, podrá poner el pie en el Laberinto.

—¡Ni en sueños! —exclamó su guardaespaldas.

—Everam ha hablado, Hasik —le reconvino Jardir y el guerrero se calmó.

Abban se lo tradujo con rapidez y el chin resopló, como si cazar un demonio del viento no fuera gran cosa. Jardir sonrió. Iba a terminar gustándole ese extranjero.

—Regresa al agujero del que hayas salido arrastrándote —conminó a Abban—. Puede que el hijo de Jeph sea digno de subirse a la muralla, pero tú ya has perdido ese derecho. Tendrá que hablar el lenguaje de la lanza.

Abban hizo una reverencia y se volvió al norteño para comunicarle el mensaje. El chin miró a Jardir y expresó su acuerdo con un asentimiento. Su rostro tenía una expresión lúgubre, pero él reconoció el entusiasmo en sus ojos. Su mirada era la de un dal'Sharum a la hora del crepúsculo.

Jardir se puso en marcha para dirigirse hacia el campo de entrenamiento con los otros, pero Inevera lo sujetó del brazo. Ashan y Hasik se volvieron.

—Marchaos y enseñadle al chin algunas de nuestras señas con las manos —les indicó—. Me reuniré con vosotros en seguida.

—El chin será un instrumento en tu ascenso como Shar'Dama Ka —le dijo ella sin rodeos, tan pronto como estuvieron a solas—. Acéptalo como a un hermano, pero mantenlo al alcance de tu lanza. Un día tendrás que matarlo si quieres que te aclamen como Liberador.

Jardir miró fijamente los inescrutables ojos de su esposa. «¿Qué es lo que no me está contando?», se preguntó.

*E*l hombre de las tierras verdes no mostró temor cuando el sol se puso esa noche. Se mantuvo erguido sobre las murallas, mirando atentamente hacia las arenas, esperando los primeros signos de la aparición del enemigo.

Lo cierto era que no tenía nada que ver con lo que Jardir había imaginado después de las lecciones recibidas sobre los débiles medio hombres del norte. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que un krasiano había ido a las tierras del norte y había visto a sus gentes con sus propios ojos? ¿Cien años? ¿Doscientos? ¿Alguien había abandonado la Lanza del Desierto desde el Retorno?

Dos guerreros se rieron por lo bajo a su espalda. Eran de la tribu mehnding, los segundos en poder tras los majah. Los mehnding estaban totalmente dedicados al arte de las armas de largo alcance. Construían las catapultas y los escorpiones, extraían piedras de las canteras para usarlas como proyectiles y fabricaban los dardos gigantes del escorpión, unas lanzas enormes que podían atravesar la coraza de un demonio de la arena a más de trescientos metros. Aunque eran menos competentes con la lanza que las demás tribus, su honor no conocía límites, porque los mehnding mataban más alagai que los kaji y los majah juntos.

—Me pregunto cuánto durará antes de que un alagai le mate —comentó uno de los mehnding.

—Lo más probable es que se cague encima y salga corriendo en cuanto empiecen a salir —rieron los otros.

El hombre de las tierras verdes les echó una ojeada. Su expresión dejaba claro que sabía que se burlaban de él, pero no prestó atención a los guerreros y volvió a concentrarse en las arenas cambiantes.

«Acepta el dolor si tiene un objetivo a la vista», pensó, recordando las burlas que había soportado él durante su primera noche en el Laberinto.

Se dirigió hacia los dos guerreros.

—Cuando el sol se pone, ¿no tenéis nada mejor que hacer que burlaros de vuestros hermanos de armas? —les increpó en voz alta. Todo el mundo se volvió a mirarlos.

—Pero, Sharum Ka —protestó uno de los dos—, si sólo es un salvaje.

—¡Un salvaje que vigila al enemigo mientras vosotros os burláis a su espalda como si fuerais unos khaffit! —bramó Jardir—. Burlaos de nuevo de él y pasaréis unas cuantas semanas en el pabellón de las dama'ting para que aprendáis mejores maneras. —Esto último lo dijo con tranquilidad, pero los dal'Sharum retrocedieron como si los hubiera golpeado.

En ese momento un grito del hombre de las tierras verdes captó la atención de Jardir. El chin dio un golpe con la contera de la lanza sobre el muro, y dijo algo en su lengua gutural. Señaló hacia las arenas y él comprendió.

Los alagai estaban apareciendo.

—¡A vuestros puestos! —les ordenó, y los mehnding se volvieron hacia sus escorpiones.

Encendieron las lámparas de aceite que multiplicaban la luz sobre el campo de batalla a través de un juego de espejos, lo que proporcionaba suficiente claridad para que los mehnding pudieran poner en práctica su letal arte.

El hombre de las tierras verdes observó con cautela al destacamento que atendía los escorpiones. Uno de los hombres tensó las cuerdas mientras otro colocaba el dardo en la posición correcta. Un tercero apuntó y disparó. Los mehnding podían completar todo el proceso en segundos.

Cuando el primer dardo atravesó a un demonio de la arena, el norteño lo celebró con un grito, y dio un puñetazo al aire como el mismo Jardir había hecho la primera vez que asistió al espectáculo siendo nie'Sharum.

«No hay escorpiones en el norte», supuso, y archivó la información en su cerebro.

Durante un buen rato, los escorpiones zumbaron, los destacamentos de las catapultas colocaban las grandes piedras en posición y luego cortaban la cuerda para liberar el contrapeso que lanzaba los misiles sobre las filas crecientes de alagai.

Pero como siempre, aquello parecía el intento de eliminar una duna de arena grano a grano. Había docenas de demonios de la arena y del viento, pero los primeros eran una tormenta incesante que podía echar abajo una montaña.

Los mehnding se concentraron en un amplio arco alrededor de las grandes puertas del Laberinto, preparándolos para invitarles a entrar. Cuando los alagai estuvieron situados de la manera oportuna, Jardir dio la señal a un nie'Sharum para que tocara una nota larga y clara en el Cuerno de la Sharak. Casi al instante se abrieron las puertas y los guerreros más veteranos de cada tribu permanecieron en el interior, golpeando sus escudos y abucheando a los demonios, desafiándoles a darles caza.

Se cubrieron de una gloria infinita. Incluso al norteño se le escapó una palabra que sonó a puro sobrecogimiento.

Los alagai chillaron y cargaron hacia el interior del Laberinto. Los Reclamos comenzaron a armar jaleo y a correr y, con giros y fintas, condujeron a los demonios lo más al interior que pudieron, hacia donde esperaban agazapados los hombres de sus tribus.

Pasados varios minutos, Jardir dio la señal para que cerraran las puertas. Los escorpiones despejaron el camino y las puertas se cerraron con un resonar estruendoso.

—Disponed las redes —indicó al nie'Sharum—, tenemos que empujarles más adentro del Laberinto para poner a prueba al norteño.

Pero el chico no se movió y él le lanzó una mirada irritada, hasta que vio retratado el terror en su rostro. Siguió la dirección de los ojos del muchacho y descubrió a varios de sus guerreros inmóviles con la misma mirada aturdida y asustada.

—¿Qué es lo que...? —comenzó a gritar, hasta que a la luz de las lámparas de aceite vio avanzar a un alagai a saltos entre las dunas, camino de la ciudad.

No se trataba de un demonio normal. Incluso a esa distancia, advirtió su gran tamaño. Los demonios de la arena eran más grandes que sus primos del fuego y del viento, sin contar la envergadura de las alas, pero incluso así, no superaban a un hombre y corrían a cuatro patas como los perros, con una altura de un metro en la cruz.

El demonio que se acercaba andaba erguido sobre las patas traseras, cuyas articulaciones las conformaban unos huesos puntiagudos, y tenía el doble de la altura de un hombre de buena alzada y su cola la mitad de longitud, o un poco más. Los cuernos estaban aguzados como lanzas y las garras parecían cuchillos de carnicero; su negro caparazón mostraba un aspecto grueso y duro. Uno de sus brazos terminaba en el codo, pero aun así formaba una porra que podría aplastar el cráneo de un guerrero.

Jardir jamás había imaginado que los demonios pudieran ser tan grandes. Sus hombres se quedaron paralizados, no sabía si de miedo o por la sorpresa. Sólo el norteño no parecía sorprendido y miraba con fijeza al gigante sin disimular su odio.

Pero, ¿por qué? Parecía una coincidencia demasiado grande que una criatura como ésa apareciera la misma noche en que un chin se presentaba a la escalinata de su palacio, suplicando luchar. ¿Qué conexión tenía con el monstruo?

Maldijo su incapacidad para hablar la lengua bárbara del hombre de las tierras verdes.

—¿Qué estáis esperando? —rugió Jardir a los hombres de los escorpiones—. ¡Los alagai son alagai! ¡Matadlo!

Sus palabras rompieron el maleficio, y los hombres se apresuraron a cumplir las órdenes. El norteño cerró el puño mientras los guerreros apuntaban y volaban los proyectiles, unas lanzas enormes con gruesas cabezas de hierro. Los dardos alcanzaron gran altura en el cielo, hasta trazar un arco y caer de nuevo con un golpe demoledor.

El gigantesco demonio recibió el impacto de al menos una docena de dardos, pero todos se estrellaron contra la coraza y la criatura ni se inmutó. Simplemente chilló de pura furia y continuó su avance.

De repente, la ciudad pareció vulnerable. Jardir había aprendido los grafos en el Sharik Hora y sabía que cada uno de ellos alcanzaba su máximo poder sólo contra una raza de demonios. Las protecciones talladas en las murallas de Krasia eran muy antiguas y jamás habían fallado, pero ¿habían sido puestas a prueba alguna vez ante algo como aquello?

Jardir agarró al norteño por los hombros y le dio la vuelta para encararle.

—¿Qué sabes de eso? —exigió—. ¿A qué nos estamos enfrentando, maldito seas?

El hombre de las tierras verdes asintió y pareció comprenderle, pero se puso a buscar por los alrededores. Se acercó a una de las catapultas, tocó la piedra en la honda y luego señaló al demonio.

—Alagai.

Jardir asintió y se dirigió a los mehnding que había al mando del aparato.

—¿Podéis darle? —les preguntó.

El dal'Sharum resopló.

—¿Un alagai así de grande? Si quieres puedo arrancarle también el otro brazo.

—Quiero su cabeza —le dijo Jardir tras darle una palmada en la espalda—, y la alquitranaremos para exhibirla como un trofeo.

—Pon a hervir el alquitrán —contestó el guerrero, mientras ajustaba la tensión y el ángulo del arma.

El norteño se abalanzó sobre Jardir, hablando con rapidez en aquel horrible idioma. Agitaba los brazos cada vez de forma más frenética conforme comprobaba que no conseguía hacerse entender. Señalaba continuamente hacia la catapulta, gritando la que parecía la única palabra krasiana que conocía: «¡Alagai!».

—Rebuzna como un camello —comentó Hasik.

—Cállate —le increpó Jardir. Entrecerró los ojos, pero en ese momento uno de los guerreros de la catapulta gritó: «¡Listo!».

—Dispara —ordenó Jardir. El norteño saltó sobre el guerrero que iba a cortar la cuerda, pero Hasik lo agarró y lo apartó con un violento empujón.

—Ya sabía yo que no se podía confiar en un chin, Primer Guerrero —rugió—. ¡Está protegiendo al demonio!

Jardir no estaba tan seguro, y miró al hombre fijamente, que se debatía con violencia sujeto por el guardaespaldas. Señalaba de nuevo, esta vez a los pies de la muralla y gritaba: «¡Alagai!».

Las lecciones aprendidas hacía tanto tiempo a través de las leyendas regresaron a la mente de Jardir apresuradamente, cuentos de grandes demonios que habían asaltado las murallas de Krasia en los tiempos del primer Liberador y todo cobró sentido de manera repentina. El norteño no había señalado a la catapulta, sino a la piedra.

«Un demonio de las rocas», comprendió con creciente horror.

—¡Un demonio de las rocas! —gritó, pero ya era demasiado tarde. Escuchó su propia voz al mismo tiempo que el brazo de la catapulta se deshacía de su carga y se volvió, impotente, a observar. Detrás de él, el norteño lanzó un gemido.

La piedra rugió al cruzar el aire y dio la sensación de que tanto los hombres como los alagai retenían el aliento. El demonio de las rocas alzó la mirada hacia la piedra, un bloque que había necesitado la fuerza de tres guerreros para colocarlo en posición.

Y entonces, con un movimiento que pareció imposible, el demonio recogió la

piedra en el hueco del brazo bueno y la devolvió con una fuerza terrible.

El bloque se estrelló contra la gran puerta, donde abrió un agujero. Los cascotes salieron disparados en todas direcciones desde el punto del impacto. El demonio de las rocas se lanzó a la carga y golpeó una y otra vez aquel punto. La magia relumbró y chisporroteó, pero los grafos habían quedado demasiado estropeados. La puerta se sacudía a cada golpe y una de las hojas se desprendió de las bisagras, y cayó hacia el interior de la fortificación.

El demonio de las rocas consiguió colarse por el agujero, y se precipitó al interior del Laberinto rugiendo; los demonios corrieron a introducirse en el recinto detrás de él.

El rostro de Jardir se incendió primero y luego se quedó pálido. Las grandes puertas de Krasia no habían caído desde que se tenía memoria. Los dal'Sharum atrapados en el Laberinto serían cazados como animales y había sido culpa suya no haber escuchado al norteño.

«He traído la ruina a mi pueblo», pensó, y durante un momento, todo lo que pudo hacer fue observar aturdido cómo los alagai invadían el Laberinto.

«Abrazate al miedo, estúpido —se grjó a sí mismo—; aún puedes salvar la noche.»

—¡A los escorpiones! —gritó—. ¡Cambiad las posiciones y disparad fuego para cubrirnos mientras cerramos la brecha! ¡Los de las catapultas, quiero que caigan piedras para aplastar a los alagai que vayan entrando y bloquearle el camino a los demás!

—No podemos disparar fuego tan de cerca —le dijo uno de los guerreros de la catapulta. Los demás asintieron y pudo ver el mismo terror en sus rostros que él había sentido sólo un momento antes. Necesitaban algo que los aterrorizara más aún para sacarlos con rapidez de su estupor.

Le dio un puñetazo en la cara al que había hablado, que quedó tumbado de espaldas en el suelo del adarve.

—¡Me da igual si tenéis que tirar las piedras a mano! ¡Haced lo que os ordeno!

El velo oscuro como la noche del hombre se tiñó de sangre y su respuesta fue ininteligible, pero se dio un golpe con el puño contra el pecho y se incorporó tambaleándose; en seguida se puso en movimiento para ejecutar la orden. Los otros mehnding le siguieron y el miedo los sumió en un torbellino de actividad.

Jardir miró al nie'Sharum.

—Avisa que se ha abierto una brecha.

Cuando el chaval se llevó el cuerno a los labios, sintió una oleada de fracaso y vergüenza por tener que dar una orden como ésa durante su mandato.

Pero el sentimiento desapareció pronto. Había demasiadas cosas por hacer. Se volvió hacia Hasik.

—Reúne a todos los hombres y Protectores que puedas y nos encontraremos en las puertas. Tenemos que cerrar la brecha.

El gigante asintió y salió disparado, emocionado ante la perspectiva de precipitarse en mitad del torbellino de alagai. Jardir corrió por los adarves hacia el punto donde su unidad personal luchaba a las órdenes de Shanjat. Necesitaba tener a sus propios hombres consigo para lo que quería hacer. Los otros kaji podían sentir aún resentimiento por haberles traicionado, pero los guerreros que habían luchado a su lado noche tras noche durante años eran suyos en lo más hondo de sus almas.

El norteño lo siguió y Jardir deseó saber las palabras adecuadas para alejarle, o tener el tiempo suficiente para hacerse entender. Incluso aunque quisiera ayudar, un guerrero desentrenado sólo estorbaría en el camino de una unidad tan profundamente compenetrada como la suya.

Se oyó un chillido en el cielo y el norteño gritó: «¡Alagai!».

El hombre cayó sobre Jardir, y ambos cayeron al suelo. Notaron la agitación del aire cuando las alas de cuero pasaron justo por encima de ellos.

Jardir maldijo mientras rodaba para separarse del extranjero. Necesitaba una red, pero no había ninguna a mano, como era lógico. El norteño se puso rápidamente en pie y se mantuvo agazapado con la lanza preparada mientras el demonio daba la vuelta y volvía a por ellos.

«Desde luego es valiente, aunque está loco —pensó—. ¿Qué piensa hacer sin una red?»

Pero cuando el demonio regresó, el norteño se puso de rodillas y le clavó con fuerza su larga lanza. La punta con garfios atravesó la fina membrana del ala del alagai justo en la articulación del hombro y, con un giro, el hombre usó la lanza como una palanca para volver la velocidad del demonio contra sí mismo. Después tiró de él para tumbarlo de espaldas contra la muralla.

El demonio no estaba herido de gravedad, pero el norteño se movió con rapidez, agarró los cordajes del escudo que colgaba flojo sobre su brazo y presionó la superficie cubierta de grafos contra el pecho del monstruo.

La magia estalló en llamas al contacto; la criatura daba sacudidas y chillaba enloquecida. Jardir tampoco perdió tiempo, sino que hundió su lanza profundamente en el ojo de la aturdida bestia. Ésta pateó y aulló, pero Jardir liberó el arma para volver a hundirla en el otro ojo, y esta vez la retorció hasta que el demonio se quedó quieto.

El hombre de las tierras verdes alzó la mirada con los ojos relucientes por la excitación, y dijo algo en su lengua del norte.

Jardir se echó a reír, y le dio unas palmadas en el hombro.

—¡Me has sorprendido, Arlen, hijo de Jeph!

Y juntos, corrieron por los adarves al encuentro de sus hombres.

Había guerreros luchando por sus vidas allá donde posara la vista, pero Jardir no podía pararse a socorrerles. Si no se cerraba la brecha, cuando el sol saliera encontraría a todos los Sharum hechos pedazos en el Laberinto.

—¡Vended caras vuestras vidas! —les gritaba mientras sus hombres corrían de un lado a otro—. ¡Everam os contempla!

Por todos lados en el Laberinto se oían rugidos animales y los gritos de los guerreros, hasta el punto de hacer temblar las mismas murallas. En algún lugar delante de ellos, el demonio de las rocas sembraba la destrucción entre sus hombres.

«Sortea los obstáculos que encuentres —se dijo a sí mismo—. Nada importa si no podemos cerrar la brecha.»

Encontraron la liza ante las grandes puertas en ruinas. Allí yacían muertos o moribundos tanto alagai como dal'Sharum, atravesados por los disparos de los escorpiones o destrozados por dientes y garras. Los mehnding se las habían apañado para apilar escombros delante de la puerta rota, pero los ágiles alagai escalaban la montaña de cascotes sin esfuerzo.

—¡Bajad de ahí! —gritó y los escasos y maltrechos dal'Sharum que aún luchaban en la liza saltaron y desaparecieron rápidamente de la vista.

Con los escudos en formación cerrada, los guerreros de Jardir corrieron a toda velocidad hacia la brecha en filas de diez e igual número de fondo. En primera línea, a su lado, corría el hombre de las tierras verdes, marcando el paso como si hubiera hecho instrucción con los dal'Sharum toda su vida. Puede que fuera un chin, pero al hombre le eran muy familiares tanto la lanza como el escudo.

Los guerreros de los extremos aumentaron la velocidad conforme avanzaban, hasta que las filas tomaron la forma de una estrecha «V» y se adelantaron para embolsar a los demonios de la arena y conducirlos de vuelta a la puerta.

Tuvo lugar un fuerte choque en el lugar donde entraron en contacto con la marea de alagai que avanzaba, pero los grafos de sus escudos se activaron y relucieron, y los alagai fueron rechazados hacia atrás. Los guerreros rugieron ante la resistencia que ofrecían los demonios, pero aquellos que iban detrás imprimieron más fuerza a la presión que éstos ejercían y mantuvieron un brillante fulgor mágico entre ellos y los enemigos. Con lentitud, los cien guerreros de Jardir comenzaron a expulsar a los alagai.

—¡Filas traseras, retroceded! —gritó Jardir y las más alejadas se volvieron con un brusco chasquido, unieron de nuevo los escudos y avanzaron, abriendo un amplio espacio entre las filas delanteras y las traseras para que los Captores pudieran trabajar. La élite de los dal'Sharum abatió las lanzas y colgó el escudo sobre la espalda, para sacar unas placas de cerámica lacada de sus petates de combate. Dos Protectores colocaron las placas en orden cruzando la liza de lado a lado delante de la

brecha. Los otros dos cogieron sus lanzas y las usaron como varas de medir para alinear las placas una por una.

Jardir clavó la lanza en el ojo de un demonio de la arena, uno de los pocos puntos realmente vulnerables de un alagai. A su lado, el norteño encontró el otro punto débil y dirigió la punta de la lanza a través de la garganta de un demonio que rugía. Las garras barrían los espacios dejados por los huecos entre escudo y escudo, con el consiguiente estallido de los relámpagos mágicos, y los hombres tenían que apartarse de su camino para evitar ser atravesados por ellas.

Mientras se acercaban más y más hacia la puerta, los ojos de Jardir se abrieron de par en par al ver la hueste que se había reunido fuera. Parecía que las dunas se hubieran cubierto de demonios de la arena, todos empujando para penetrar en la fortificación de sus enemigos. Sobre los alagai caían dardos y piedras, pero eran como guijarros arrojados en un charco de agua, que rápidamente se los tragaba.

Cuando los Protectores dieron el aviso, Jardir y sus hombres comenzaron a retirarse. «Hemos ganado otra noche», pensó, como si los demonios que les seguían de cerca entre el relumbrar de la magia procedente de las protecciones de cerámica pudieran escucharle. «Krasia volverá a luchar de nuevo mañana.»

Se volvió y encontró el campo de batalla delante de las puertas en calma, sin lucha. Los demonios que quedaban habían huido hacia el interior del Laberinto.

—¡Batidor! —llamó Jardir mientras se apartaba de sus hombres, y en unos segundos Coliv dejó caer una escalera desde la muralla y se apresuró a informarle.

—Las noticias son desalentadoras, Primer Guerrero —informó el hombre—. Los majah se han reunido en el sexto nivel para enfrentarse a la mayoría de los demonios de la arena, pero hay tribus dispersas luchando por todo el Laberinto y pocas de las batallas evolucionan bien. El gigante penetra cada vez más profundamente y destroza unidades enteras conforme se abre paso a golpe de garra hacia la puerta principal. Acabo de localizarlo en el nivel octavo.

—Seguramente no puede avanzar por todos los recovecos del Laberinto —contestó Jardir.

—Parece seguir una pista de algún tipo, Primer Guerrero —dijo Coliv—. Se detiene a husmear el aire y elude otra de las revueltas del Laberinto. Tiene bailando a sus pies a un puñado de demonios de la arena y del fuego, pero no les presta atención.

Jardir alzó el velo para escupir el polvo que le había entrado en la boca.

—Regresa a la muralla y coloca a unos cuantos Auxiliares que preparen un itinerario para recoger las unidades dispersas mientras nos dirigimos hacia los majah.

Coliv se dio un golpe con el puño en el pecho, corrió hacia la escalera y trepó de nuevo a la muralla. Jardir se volvió para reunir a sus hombres y se encontró con el norteño intentando comunicarse con uno de los Captore; el extranjero movía las manos con furia mientras el guerrero le observaba, confuso.

—Nie está muy fuerte en este Creciente —gritó Jardir, atrayendo la atención de todos—, pero, ¡Everam lo es aún más! ¡Debemos creer que Él vela por nosotros a través del sol, o toda Ala será consumida por la negrura de Nie! ¡Mostremos a los alagai lo que significa enfrentarse a la Lanza del Desierto y no olvidéis que el Cielo os aguarda!

Alzó su lanza hacia el cielo y los demás Sharum hicieron lo mismo, dando a la vez un gran grito. Jardir encabezó la marcha hacia el interior del Laberinto.

A lo largo de toda la noche los hombres de Jardir cargaron contra las hordas de los demonios y los llevaron hacia los pozos protegidos. Los supervivientes de las unidades dispersas se unieron a Jardir; llevaba ya más de mil guerreros a su espalda cuando se unieron a los majah, que defendían el estrecho corredor que daba acceso al sexto nivel.

Los hombres de Jardir se adentraron en las filas de los alagai desde atrás, y usaron los escudos protegidos para formar una cuña y empujar a través de ella. Los majah hicieron una abertura en su muro de escudos y los hombres se precipitaron a través de ella con tanta fluidez como si estuvieran haciendo instrucción en el sharaj.

—Informa —ordenó Jardir a uno de los kai'Sharum de los majah.

—Estamos resistiendo, Primer Guerrero —le dijo el capitán—, pero no tenemos manera de forzar a los alagai hacia los pozos.

—Entonces no lo hagáis —repuso él—, que los Protectores sellen este nivel. Deja a cien de tus mejores hombres vigilando y dirigiós luego hacia el este, hacia el nivel noveno a socorrer a los bajin.

—¿Adónde vas tú? —le preguntó el kai'Sharum.

—Voy a buscar al gigante y a mandarle de vuelta al Abismo de Nie —replicó.

Jardir tomó todos los hombres de los que los majah pudieron desprenderse y se dirigió hacia las puertas de la ciudad, rezando para que no fuera demasiado tarde.

El demonio de las rocas estaba justo delante de la puerta principal de la ciudad, aporreándola entre los grafos. Grandes relámpagos de magia iluminaban la noche y se oía el tronar por toda la ciudad, aunque los viejos grafos aguantaron el asalto. El demonio aullaba, furioso e impotente.

A sus pies, los guerreros cargaban contra él; le clavaban sus lanzas de duro acero del desierto, pero al demonio no le afectaban los agujonazos. Mientras Jardir observaba, el alagai dio un despreocupado golpe con la cola y aplastó los escudos, partió las lanzas y lanzó a los valientes guerreros por los aires.

—Que Everam nos proteja —susurró Jardir.

—Al menos la puerta parece aguantar —comentó Shanjat.

Él respondió con un gruñido.

—¿Seguirá así hasta el amanecer? ¿Podemos correr ese riesgo?

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —inquirió el hombre—. Ni los escorpiones pueden atravesar esa coraza, y engañarlo para hacerlo caer en un pozo no serviría de nada, es demasiado grande. ¡Su cabeza quedaría por encima del borde!

—¡Bah! ¡Sólo es un demonio algo grande! —replicó Hasik—, Con guerreros suficientes podemos derribarle y atarle los brazos.

—Brazo —le corrigió Shanjat—. Y perderíamos a muchos de esa manera, sin que tuviéramos garantía alguna de que funcionara. Jamás había visto un alagai tan fuerte. Me temo que es el mismo Alagai Ka, que ha venido durante el Creciente.

—Eso es una tontería —replicó Jardir. El Primer Guerrero observó al demonio mientras sus lugartenientes discutían. «Por Everam, tengo que encontrar la manera de matarte», se juró para sus adentros.

Estaba a punto de ordenar una carga, con la esperanza de que un número muy grande pudiera derribar a la criatura, cuando uno de los Captores llegó corriendo hasta él.

—Con perdón, Primer Guerrero, el chin tiene un plan —dijo el hombre. Jardir se volvió para ver cómo el norteño mantenía una acalorada conversación con sus Protectores, comunicando sus intenciones a través de la mímica.

—¿Cuál es? —preguntó.

—Seguro que no pretenderás que confiemos en él —repuso Hasik.

—¿Se te ocurre algún plan que no implique desperdiciar vidas cargando contra esa abominación salida del abismo? —inquirió él. Como el guerrero no respondió, se volvió hacia el Captor—. ¿Cuál es el plan?

—El chin sabe algo de protección —comenzó el Protector.

—Seguro —masculló Hasik entre dientes—, todo lo que saben hacer los chin es esconderse detrás de los grafos.

—Cállate —le espetó Jardir.

El Protector ignoró el intercambio de palabras.

—El norteño tiene placas de grafos que pueden atrapar a la criatura, si podemos llevarla hasta un callejón sin salida y descubrirlas después. El grafo para el demonio de las rocas es muy parecido al que usamos para los de la arena. Las murallas del Laberinto podrían servir de pozo hasta el amanecer.

Jardir cogió las placas y las examinó. Era cierto que contenían grafos similares a los de los demonios de la arena, pero más grandes y en un ángulo distinto, con una apertura en una de las líneas. Lo trazó con un dedo.

—Hay un callejón sin salida que da al décimo —apuntó.

—Lo sé, Primer Guerrero —añadió el Protector, inclinándose.

Jardir devolvió la mirada a Hasik y Shanjat.

—Mantened al demonio bajo vigilancia. No hagáis nada a menos que haya algún signo de que los grafos de la puerta se estén debilitando. Si eso sucediera, quiero que todos los hombres del Laberinto caigan sobre ese monstruo.

Los dos guerreros se golpearon el pecho con los puños y se inclinaron. Jardir seleccionó a sus tres mejores Protectores y escoltaron al norteño hasta uno de los huecos de las paredes del Laberinto. Cuando los cinco estuvieron de acuerdo en que los grafos en las murallas de la puerta principal aguantarían, clavaron las placas de grafos al suelo con estacas y las cubrieron con una lona del color de la arena que podía quitarse con facilidad.

Una vez más, el hombre de las tierras verdes impresionó a Jardir. La protección era una habilidad reservada a unos pocos en Krasia, a los dama y a unos cuantos guerreros seleccionados cuidadosamente.

—¿Quién eres tú? —le preguntó, pero el hombre se encogió de hombros, sin comprenderle.

Volvieron hacia la avanzada de las líneas, donde el demonio continuaba atacando sistemáticamente cada centímetro de la puerta, buscando algún punto débil.

Jardir observó al gigantesco alagai y sintió una punzada de miedo, pero era el Primer Guerrero. No podía pedirle a ningún otro que atrajera a la bestia.

«Sea o no el Liberador», se dijo a sí mismo, intentando creerlo. Pero él sabía que Inevera le había mentado en muchas otras cosas, así que, ¿por qué no iba a hacerlo en aquello también?

Jardir se armó de valor, trazó un grafo en el aire y dio un paso hacia adelante.

—¡No, Sharum Ka! —gritó Hasik—, ¡Yo soy tu guardaespaldas! ¡Déjame atraer al demonio!

El sacudió la cabeza.

—Tu valentía te honra, pero esta tarea me pertenece sólo a mí.

El norteño dijo algo y realizó un movimiento como si cortara algo con el brazo, pero ya no había tiempo para descifrar sus crípticos mensajes. Jardir se abrió a sus miedos y avanzó a grandes zancadas hacia el demonio, gritando y haciendo sonar la lanza contra el escudo.

El demonio le ignoró y continuó su ataque a la puerta.

Jardir cargó contra él. Le clavó la lanza con fuerza en la articulación trasera de la rodilla, pero la criatura sólo agitó la cola en su dirección como haría un caballo para deshacerse de una mosca.

Jardir eludió el coletazo agachándose justo cuando el apéndice forrado de púas pasó con un silbido sobre su cabeza. Miró la lanza y observó que había perdido la punta.

—¡Orín de camello! —masculló entre dientes. Regresó a las líneas para que Hasik le diera una lanza nueva.

—¡Mira, Primer Guerrero! —gritó el guardaespaldas mientras señalaba algo. Jardir se dio la vuelta y vio al norteño avanzar decidido hacia el demonio.

—¡Estúpido! —gritó—. ¿Qué crees que estás haciendo? —Pero el norteño no dio señal de que le hubiera oído y mucho menos de que le hubiera comprendido. Se detuvo justo fuera del alcance de la criatura y le dio un grito.

El demonio detuvo el ataque al oír el sonido, inclinó la cabeza y olisqueó el aire. Se volvió para mirar al norteño y después la chispa del reconocimiento se encendió en sus extraños ojos.

—¡Por la sangre de Nie! —resolló Hasik—. Le conoce.

La bestia dio un gran rugido y se lanzó al ataque. Barrió el aire con las garras de su brazo bueno, pero el norteño saltó con rapidez hacia un lado y se volvió para correr en dirección a la zona donde habían montado la trampa.

—¡Apartaos del camino! —gritó Jardir y sus guerreros se movieron como un solo hombre para despejar la trayectoria de ambos. Cuando pasó el demonio, Jardir salió disparado detrás de él, seguido a su vez por todos los guerreros allí reunidos.

El Laberinto tembló con el impacto de los pies del monstruo, que levantaba grandes nubes de polvo a su paso. Jardir no podía distinguir al hombre de las tierras verdes, pero el demonio continuaba aullando y corriendo, así que suponía que el chin se mantenía a la cabeza.

Dieron un par de rápidos giros y, a la luz mortecina de las lámparas de aceite, Jardir comprobó que el norteño se introducía en el apostadero. El demonio le siguió y los Captos salieron de sus escondrijos para revelar los grafos.

El demonio de las rocas rugió de triunfo cuando vio que su presa había quedado atrapada, y embistió contra el hombre, que se volvió y se dirigió directo hacia la bestia.

La magia relampagueó y las garras del demonio rozaron el escudo del norteño. El impacto derribó al hombre, pero éste rodó sobre sí mismo como un gato, y luego saltó tras el demonio antes de que pudiera repetir el ataque.

Los grafos estaban ya al descubierto, pero Jardir vio que el demonio había desplazado una de las placas centrales a su paso. El grafo había quedado destruido.

El norteño también lo vio. Jardir esperaba que saliera disparado del apostadero antes de que el demonio se diera la vuelta, pero nuevamente le sorprendió. Señaló con su lanza al grafo roto, gritó algo en su idioma gutural y se volvió para enfrentarse al alagai.

—¡Reparad el grafo! —gritó Jardir, pero los Protectores ya estaban en ello, trazando un símbolo nuevo en una pizarra. Estuvo finalizado en menos de un minuto.

Una vez más el demonio atacó y de nuevo el norteño lo esquivó, aunque recibió

un golpe de refilón sobre el escudo. Pero esa vez el demonio fue más rápido que él y movió el muñón de su otro brazo como una porra gigante. El norteño intentó lanzarse al suelo para evitar el ataque, pero el demonio alzó una pata para aplastarle mientras estaba en el suelo y él comprendió que no podría levantarse a tiempo.

Los Protectores casi habían acabado. El norteño moriría como un héroe y Krasia estaría a salvo. Todo lo que Jardir tenía que hacer era desentenderse del misterio que suponía el valiente hombre de las tierras verdes y darle la espalda.

Pero en vez de eso dio un alarido y saltó dentro del apostadero.

Par'chin

326-328 d.R.

*E*l demonio de las rocas rugió e intentó aplastarles con su zarpa. Jardir cayó de rodillas a consecuencia del impacto, pero le dio tiempo a apuntalar el escudo protegido con el hombro mientras lo alzaba para cubrir a ambos.

El impacto le hizo castañetear los dientes y le sacudió con fuerza la columna. Sintió cómo el brazo que sostenía el escudo se le salía de la articulación del hombro y se le quedaba flácido.

Pero la magia restalló y el enorme alagai saltó despedido hacia atrás. Se golpeó contra una de las paredes y los grafos dibujados en ella flamearon y arrojaron al demonio contra la opuesta, que llameó a su vez. El alagai chilló furioso, lanzado de un lado para otro como la pelota de un chiquillo.

El hombre de las tierras verdes se levantó con rapidez, y cogió a Jardir del hombro sano para ponerle en pie. Para entonces los Captorees ya habían terminado su trabajo y ambos salieron dando tumbos del apostadero, mientras el alagai se debatía.

Un momento después, el demonio de las rocas recuperó el equilibrio y se arrojó sobre ellos, pero los grafos del norteño estallaron en llamas y fue rechazado. El forastero le gritó algo a la bestia e hizo un gesto que Jardir supuso era tan obscuro en el norte como en Krasia y se echó a reír.

—¿Qué noticias hay de los Batidores? —preguntó Jardir a Shanjat.

—Han invadido la mitad del Laberinto —replicó éste—. Unos cuantos guerreros resisten detrás de los grafos en los apostaderos, pero la mayoría se han marchado a los brazos de Everam. Los majah resisten aún en el nivel sexto, ya que allí los alagai no han conseguido penetrar las protecciones.

—¿Cuántos guerreros hemos perdido? —inquirió Jardir, temiendo la respuesta.

Shanjat se encogió de hombros.

—No hay forma de saberlo antes del alba, cuando los hombres escondidos salgan a la luz y los kai'Sharum hagan un recuento completo.

—Calcula.

—No menos de un tercio —respondió Shanjat con expresión grave—. Quizá la mitad.

Jardir frunció el ceño. No había habido pérdidas como éstas en una sola noche desde el Retorno. El Andrah pondría su cabeza sobre el tajo del verdugo.

—Si el interior del Laberinto está despejado, comenzad a evacuar a los heridos al pabellón de las dama'ting.

—Primer Guerrero, deberías ir con ellos —le indicó Shanjat—. Tu hombro...

Él le echó una ojeada al brazo, que le colgaba sin fuerza al costado. Había aceptado el dolor y se había olvidado de él. Cuando lo recordó, volvió a percibirlo de nuevo, lacerante, hasta que volvió a suprimirlo.

Sacudió la cabeza.

—El brazo puede esperar. Que los Batidores me traigan aquí sus informes. El sol tardará poco en elevarse y deseo ver cómo se queman los alagai.

Shanjat asintió y se marchó, gritando órdenes a su paso. Se volvió para observar al demonio de las rocas, que arañaba los grafos y rugía de furia intentando alcanzar al norteño. Éste permanecía sereno ante él, y ambos, el humano y la criatura, mostraban el mismo odio mientras se observaban con mirada fija.

—¿Qué ha sucedido entre vosotros? —le preguntó Jardir, con la certeza de que el norteño no le entendería.

Pero, de manera sorprendente, el hombre pareció adivinar su pregunta, quizá por el tono, y se volvió hacia él. Después hizo el mismo gesto de cortar con la mano que había hecho antes. Alargó su brazo derecho y gesticuló como si fuera a cortarlo con el otro, justo por encima del codo.

Los ojos de Jardir se abrieron de par en par cuando comprendió el significado de lo que el norteño quería comunicarle.

—¿Le cortaste el brazo?! —Los demás se volvieron al escuchar las palabras. Cuando el norteño asintió, Jardir oyó el zumbido del rumor que se extendería por toda la ciudad como la arena en el viento.

—Te he subestimado, amigo mío. Me honra que seas mi ajin'pal.

El hombre de las tierras verdes se encogió de hombros y sonrió, sin entender sus palabras.

Poco después se produjo aquella intensificación del color en el cielo nocturno que indicaba la llegada del amanecer. El demonio de las rocas lo percibió también y se irguió, como si se estuviera concentrando. Jardir había visto eso miles de veces y jamás se cansaba de ello. Dentro de un momento el demonio descubriría que la piedra tallada bajo la arena del suelo del Laberinto impedía que encontrara su camino hacia el abismo de Nie en el centro de Ala. Chillaría, se debatiría e intentaría arrancar los grafos con las garras, pero el sol lo atraparía y la luz de Everam lo convertiría en cenizas.

El alagai chilló, desde luego, pero entonces hizo algo que Jardir jamás había visto. Apartó el polvo y la arena del suelo del Laberinto, hasta llegar a los grandes bloques de piedra que habían sido colocados allí hacía muchos siglos. Con las garras de una mano, el demonio golpeó las piedras, hasta obtener varios trozos sueltos.

—¡No! —gritó Jardir. El norteño protestó de la misma manera, pero no sirvió de nada. Mucho antes de que el sol adquiriera altura suficiente para ser una amenaza, la criatura se había deslizado de regreso al Abismo.

Inevera le esperaba cuando regresaron cojeando a los campos de entrenamiento. Al ver como le colgaba el brazo sin fuerza, se volvió hacia Hasik.

—Llévalo a palacio. Arrástralo, si se resiste.

—Como la dama'ting ordene —respondió el guerrero con una inclinación.

Jardir se volvió hacia Shanjat mientras Hasik le empujaba.

—Localiza a Abban y tráemelo. Cuando llegue, escóltalo a él y al norteño a mi sala de audiencias.

Shajat asintió y envió a un mensajero. Jardir y Hasik se dirigieron al palacio, pero antes de que alcanzaran la escalinata se encontraron el campo de entrenamiento lleno de dama'ting asistiendo a los heridos, y de mujeres sollozando a la búsqueda de los esposos e hijos que no encontrarían.

Las seguían los dama que rápidamente comenzaron a separar a los hombres de las tribus de la masa de Sharum que regresaban del Laberinto. En unos momentos la hueste, que había permanecido unida por la noche, se dividió como sucedía todos los días.

Jardir subió casi la mitad de la escalinata del palacio cuando llegaron unos palanquines. Los doce damaji y el mismo Andrah en persona llegaron a hombros de los nie'dama y flanqueados por sus clérigos más leales.

Jardir se detuvo donde estaba, sabiendo que su herida no tenía prioridad ante el hecho de tener que ofrecer un informe de aquella noche maldita. Pero ¿qué les iba a decir? Había perdido al menos a un tercio de los guerreros de Krasia, y ¿qué tenía para mostrar a cambio?

—¿Qué ha pasado? —demandó el Andrah, dirigiéndose hacia él en tono furioso. Inevera se situó a su lado al instante, pero a la luz del día, respaldado por los damaji y el fracaso de tal categoría que se extendía a sus pies, ni siquiera ella le intimidaba.

Incluso después de todos aquellos años, la visión del hombre gordo llenaba a Jardir de odio y repulsión. Pero ese día que Inevera había pre— dicho, en el que podría hundir su lanza en él y arrancarle la hombría, ahora parecía imposible. Tendría suerte si no lo terminaba convertido en un khaffit.

—Anoche se abrió una brecha y el enemigo entró en el interior del Laberinto.

—¿Perdiste la puerta? —exigió el Andrah.

Jardir asintió.

—¿Cuántas pérdidas?

—Aún se está haciendo el recuento —replicó—. Posiblemente miles de

guerreros.

Los damaji comenzaron a intercambiar susurros frenéticos. Los Sharum y los dama que se encontraban en los campos de entrenamiento observaban la escena con atención.

—¡Colgaré tu cabeza sobre una pica en la puerta nueva! —prometió el Andrah.

Antes de que Jardir pudiera responder, Hasik dio un paso delante de él, se postró a los pies del Andrah y apoyó la cabeza sobre un peldaño.

—¿Qué estás haciendo, estúpido? —le increpó Jardir, pero él le ignoró.

—Pido vuestro perdón, mi Andrah, pero no ha sido culpa del Primer Guerrero. Sin Ahmann Jardir, ¡esta noche lo habríamos perdido todo!

Se escucharon rumores de asentimiento entre los guerreros reunidos.

—¡Me sacó de un pozo para los demonios! —gritó uno.

—¡El Primer Guerrero lideró la carga que salvó a mi unidad! —intervino otro.

—¡Eso no explica por qué perdió la puerta! —ladró el Andrah.

—El Alagai Ka atacó la muralla —repuso Hasik—. Capturó una de las piedras de las catapultas y la lanzó de vuelta; así derribó la puerta exterior. Si no hubiera sido por la rápida reacción del Primer Guerrero nos hubiera vencido.

—Estamos en el Creciente, pero el Alagai Ka no se ha visto en Krasia desde hace más de tres mil años —comentó el Damaji Amadeveram.

—No era el Alagai Ka —intervino Jardir—, sino sólo un demonio de las rocas que procede de las montañas.

—Tampoco de eso se ha oído hablar —insistió el damaji—. ¿Qué puede haber traído a uno tan lejos de su hogar?

Hasik alzó la mirada para buscar entre la multitud. Jardir siseó, pero su lugarteniente le ignoró de nuevo.

—Él —dijo, señalando al norteño.

Todos los ojos se volvieron hacia el hombre de las tierras verdes, que dio un paso hacia atrás, al darse cuenta de que se había convertido en el centro de atención de todos.

—¿Un chin? —preguntó el Andrah—. ¿Y qué hace un chin entre los Sharum de Krasia? Debería estar en los barrios de los mercados con los demás khaffit.

Un dama susurró algo al oído de Amadeveram.

—Me dicen que anoche acudió al Primer Guerrero y le suplicó luchar —informó el Damaji.

—¿Tú le diste permiso? —inquirió el Andrah, incrédulo.

Inevera se puso tensa, pero él la detuvo con un gesto de la mano. Ella podía tener un cierto poder a puertas cerradas, pero si una mujer, incluso aunque fuera una dama'ting, le defendía delante de los guerreros y los dama reunidos, sólo serviría para empeorar las cosas.

—Sí, lo hice —admitió.

—¡Así que la ruina que ha caído sobre nosotros es responsabilidad tuya! —bramó el Andrah—. ¡La cabeza de tu chin acompañará a la tuya en la pica! ¡Que las águilas os coman los ojos!

Se volvió para marcharse, pero Jardir no había terminado aún. Había sacrificado demasiado por el norteño para permitir que le ejecutaran ahora. Inevera había dicho que sus destinos estaban unidos y así debía ser.

El brazo le pedía atención, y estaba cansado y magullado de la lucha durante toda la noche. La cabeza le daba vueltas por el dolor y el agotamiento, pero los aceptó y luego los apartó a un lado. Ya tendría tiempo de descansar entre los brazos de Everam y eso aún no iba a ocurrir.

—¿Así que debería haberle rechazado? —preguntó en voz alta, de modo que todos pudieran oírlo—. Acude a nosotros perseguido por un enemigo, un alagai, y ¿debíamos haberle mostrado nuestra espalda? ¿Somos hombres o khaffit?

El Andrah se detuvo de repente y se volvió para enfrentársele. Su rostro presagiaba tormenta.

—¡Ha traído un demonio de las rocas consigo! —aulló.

—¡Como si hubiera sido el mismísimo Alagai Ka! —rugió Jardir a su vez—. ¡Pobre de Krasia cuando temamos tanto a los alagai como para darle la espalda a un hombre en la noche... aunque sea un chin!

Le hizo una seña al hombre de las tierras verdes, que ascendió la escalinata hasta la mitad, de modo que todos pudieran verlo. Éste agarró la lanza con fuerza, como si esperara que la multitud se lanzara sobre él al instante. Su dura mirada dejó claro que no caería con facilidad.

«No tiene miedo —pensó Jardir—, ¿Podría haber un hombre mejor que éste al que ligar mi futuro?»

—Éste no es un norteño cobarde de los que cultivan la tierra como las mujeres —añadió—, ¡Es un Par'chin, un valiente forastero que se enfrenta a la noche como un dal'Sharum! ¡Dejemos que venga el Alagai Ka! ¡Si quiere la sangre de este hombre, eso es razón suficiente para denegársela por parte de cualquier hombre que quiera presentarse con dignidad ante Everam!

Shanjat lanzó un grito de apoyo que fue coreado por los cien hombres de Jardir. Al poco, todos los dal'Sharum alzaron sus lanzas para añadir su voz a la cacofonía.

—Nos hemos enfrentado esta noche contra Nie, y nos hemos negado a darle lo que quería a su gran sirviente. Ahora se arrastra de regreso al Abismo fracasado y derrotado, ¡temblando de miedo ante los dal'Sharum de la Lanza del Desierto!

El Andrah farfullaba de rabia e indignación, luchando por encontrar una respuesta, pero nada de lo que pudiera haber dicho se habría oído pues hasta los dama de la multitud se unieron al grito.

El Andrah frunció el ceño, pero a la vista de un apoyo tan abrumador a Jardir, no había nada que pudiera hacer. Giró sobre los talones y se sentó pesadamente en el palanquín. Los nie'dama gimieron bajo su peso mientras alzaban las varas para apoyarlas sobre los hombros.

—Estás jugando un juego peligroso —le advirtió Amadeveram cuando se llevaron al Andrah fuera del alcance de su voz.

—La sharak no es para mí ningún juego, damaji —replicó Jardir.

—Eso ha estado bien —reconoció Inevera, mientras le tumbaba en la mesa de operaciones—. ¡Has hecho correr a ese cerdo fofo con la cola entre las piernas! —Se echó a reír mientras cortaba la ropa que Jardir llevaba puesta. Tenía el hombro y buena parte del brazo negros.

—Tengo mis momentos —replicó Jardir.

La mujer gruñó, le cogió el brazo y lo colocó en la articulación con un giro brusco. Estaba preparado para el dolor, así que dejó que le recorriera el cuerpo como una brisa cálida.

—¿Necesitas alguna raíz para el sufrimiento? —le preguntó.

Él resopló.

—Eres tan fuerte —ronroneó ella, mientras recorría su cuerpo con las manos, buscando otras heridas. Jardir era una masa de contusiones y arañazos, pero no había nada que no pudiera esperar, según parecía, porque las ropas de Inevera cayeron al suelo, se subió a la mesa y se sentó a horcajadas sobre él.

Nada la excitaba más que la victoria.

—Mi campeón —susurró mientras besaba su duro pecho—, mi Shar'Dama Ka.

Jardir estaba sentado en el Trono de la Lanza, atendiendo a sus kai'Sharum mientras éstos le entregaban los informes. Tenía el brazo izquierdo en un cabestrillo, y aunque el dolor apenas era un zumbido ligero al fondo de su mente concentrada, la pérdida del uso del miembro le enfurecía. Sus esposas intentarían alejarle la noche siguiente de la alagai'sharak, pero malditas fueran si las dejaba.

Ante él se encontraba en ese momento Evakh, kai'Sharum de la tribu sharach.

—Sólo quedan cuatro dal'Sharum, así que lamento informar al Sharum Ka de que los sharach no tienen suficientes guerreros para constituir una unidad —decía Evakh, con la cabeza gacha por la humillación—. Pasarán muchos años antes de que podamos recuperarnos.

No añadió lo que todos pensaban: que los sharach en realidad no se recobrarían nunca, porque se extinguirían o serían absorbidos por otra tribu.

Jardir sacudió la cabeza.

—Anoche muchas unidades quedaron destruidas. Haré un llamamiento a los

dal'Sharum para que se unan y honren a sus hermanos sharach con la lanza. Desde esta noche tendrás guerreros a tus órdenes.

Los ojos del kai'Sharum se abrieron por la sorpresa.

—Eso es muy generoso, Primer Guerrero.

—Tonterías —replicó él—. Es lo menos que puedo hacer. Además, os suministraré esposas pagadas de mis propias arcas para ayudaros en la recuperación. —Sonrió—. Si tus hombres se ponen al empeño con tanta energía como cuando se entregan a la alagai'sharak, los sharach se recuperarán con prontitud.

—Los sharach estarán en deuda contigo eternamente, Primer Guerrero —dijo el hombre. A continuación se postró y tocó el suelo con la frente.

Jardir descendió del trono y puso la mano sana sobre el hombro del guerrero.

—Yo soy un sharach, como lo son los tres hijos y las dos hijas que he tenido con Qasha. No dejaré que nuestra tribu desaparezca en la noche. —El hombre le besó los pies cubiertos con sandalias y él percibió las lágrimas que caían de sus ojos.

—Los kaji y los majah no venderán mujeres a otra tribu —le advirtió Ashan cuando Evakh se marchó—, pero los mehnding tienen una gran abundancia de hijas y son fieles al Sharum Ka. Además, perdieron a pocos hombres anoche.

Jardir asintió.

—Ofrécete a comprar tantas como puedan cederte. El dinero no es problema. También las otras tribus necesitarán sangre nueva para sobrevivir a esta situación.

—Así se hará —contestó Ashan con una inclinación—. Pero, ¿reconstruir las tribus no es el deber de los damaji?

Jardir le miró de manera cómplice.

—Vamos, amigo mío, tú sabes tan bien como yo que esos ancianos no levantarían un dedo para ayudarse entre sí, ni siquiera ahora. Los Sharum deben cuidar de los suyos.

Ashan hizo una reverencia más. '

Hubo más informes, la mayoría igual de malos. Jardir los atendió a todos a pesar del cansancio, ofreció ayuda a todos, y luego se preguntó en qué estado estaría esa noche el ejército que se reuniría cuando cayera el crepúsculo.

Cuando el último de sus comandantes se marchó al fin, suspiró profundamente.

—Traed al Par'chin y al khaffit.

Ashan hizo una señal a los guardias y éstos escoltaron a los dos hombres al interior de la habitación. Los dal'Sharum empujaron con rudeza a Abban, y éste cayó al suelo, ante el trono.

—Traducirás para el Sharum Ka, khaffit —ordenó Ashan.

—Sí, mi dama —contestó él, tocando el suelo con la cabeza.

El norteño dijo algo a Abban, quien murmuró una réplica a través de los dientes apretados.

—¿Qué es lo que ha dicho? —inquirió Jardir.

El mercader tragó saliva, vacilando.

El guardia que había detrás de él le golpeó la espalda con la lanza.

—¡El Sharum Ka te ha hecho una pregunta, hijo de los meados de un camello!

Abban chilló de dolor y el hombre de las tierras verdes gritó a su vez. Después empujó hacia atrás al guerrero y se interpuso entre ambos. Los dos se miraron durante un momento, pero los ojos del guerrero se volvieron hacia Jardir llenos de inseguridad.

Él no se inmutó.

—No voy a preguntarlo dos veces —le dijo al tullido.

El khaffit se secó el sudor de la frente.

—Ha dicho: «No está bien que te humilles de esa manera» —tradujo, y bajó la cabeza y cerró los ojos, como si esperara otro golpe.

Jardir asintió.

—Cuéntale que en el Laberinto te cubriste de vergüenza, a ti y a los tuyos, y que por eso no se te considera apropiado para permanecer entre hombres de verdad.

Abban asintió a su vez, y trasladó la información con rapidez. El norteño replicó y él tradujo de nuevo.

—Dice que eso no importa. Ningún hombre debería arrastrarse como un perro.

—Los modales de los salvajes son extraños —replicó Ashan a la vez que sacudía la cabeza.

—Desde luego que sí, pero no estamos aquí para discutir el tratamiento que hay que darle a un khaffit. Abban, levanta las manos del suelo.

—Gracias, Primer Guerrero —repuso el hombre, incorporándose. El norteño pareció relajarse al contemplar aquello, y él y el guardia se apartaron el uno del otro.

—Luchaste bien anoche, Par'chin —comentó Jardir, y el mercader tradujo con rapidez.

El norteño hizo una reverencia y buscó sus ojos cuando replicó en su lengua gutural.

—Me siento honrado de haber estado entre hombres de tanto valor —tradujo Abban.

—¿Hay otros hombres en el norte que luchen como nosotros? —preguntó Jardir.

El hombre de las tierras verdes sacudió la cabeza.

—Mi gente sólo lucha cuando debe, para salvar sus propias vidas y en algunos casos las de otros —dijo el mercader. El forastero frunció el ceño y añadió algo, escupiendo en el suelo—. Algunas veces ni siquiera eso.

—Son una raza de cobardes, como dice el Evejah —comentó Ashan. Abban abrió la boca para traducir aquello también y el dama le arrojó una copa, empapando la fina seda con el oscuro néctar—, ¡No traduzcas eso, estúpido! —El norteño cerró el puño

pero mantuvo los ojos fijos en Jardir.

—¿Qué es lo que hace que tú seas diferente? —le preguntó él. El tullido tradujo, pero él simplemente se encogió de hombros y no replicó—. ¿Fuiste tú el que le cortó el brazo al demonio?

El hombre de las tierras verdes asintió.

—Cuando era un niño —tradujo Abban—, huí de mi casa. Hice un círculo de grafos cuando se puso el sol, y me vi rodeado por los abismales...

Jardir alzó una mano.

—¿Abismales?

—Es la palabra norteña para alagai, Primer Guerrero —respondió Abban con una inclinación—, que quiere decir, «aquellos que habitan en el centro». Creen que el Abismo de Nie se encuentra en el centro de Ala, como nosotros.

Jardir asintió y le hizo una señal al hombre para que continuara.

—El demonio de las rocas vino a por mí aquella noche —tradujo Abban—, y en mi estupidez, me burlé de él, lo abucheé, y me reí. Pero tropecé y pisé un grafo. El abismal atacó y me clavó una garra en la espalda, aunque me las apañé para reparar el grafo antes de que pudiera cruzar el círculo por completo. Cuando el círculo se reactivó, le cortó el brazo.

Ashan resopló.

—Imposible. El chin está mintiendo descaradamente, Sharum Ka. Nadie podría sobrevivir a un golpe de una bestia como ésa.

El norteño miró a Abban, pero como el khaffit no tradujo, se volvió a Jardir. Dijo algo y luego señaló al sacerdote.

—¿Qué es lo que ha dicho el Hombre Santo? —articuló el mercader.

Jardir miró a Ashan y después al norteño.

—Ha dicho que eres un mentiroso.

El hombre asintió como si se lo hubiera esperado. Dejó la lanza en el suelo y se alzó la camisa. Luego se volvió de espaldas a ellos.

—Por el corazón negro de Nie —exclamó el tullido, palideciendo a la vista de las gruesas cicatrices que recorrían la espalda del hombre. Se habían ido suavizando con los años, pero no había duda de que habían sido producto de garras bastante más grandes que las de un demonio de la arena.

El hombre de las tierras verdes se volvió y miró al dama con dureza.

—¿Todavía crees que soy un mentiroso? —tradujo Abban de nuevo.

—Discúlpate —murmuró Jardir.

—Mis disculpas, Par'chin —dijo el sacerdote mientras se inclinaba profundamente.

El norteño asintió cuando se lo transmitieron.

—¿Y el demonio te ha perseguido desde entonces? —preguntó Jardir.

El forastero asintió.

—Hace ahora ya casi siete años —continuó el traductor—, pero un día, lo expondré al sol.

Jardir asintió.

—¿Por qué no nos dijiste que te perseguía un enemigo tan formidable como ése? Has puesto en peligro mi ciudad.

El norteño replicó, pero los ojos de Abban se abrieron de par en par. Dijo algo en respuesta, pero el hombre sacudió la cabeza y habló de nuevo.

—¡No estás aquí para mantener conversaciones por tu cuenta, khaffit! —gritó el Sharum Ka, alzándose de su asiento. Los dal'Sharum que guardaban las puertas abatieron las lanzas y avanzaron.

—¡Mis disculpas, Primer Guerrero! —chilló el khaffit, mientras volvía a presionar la frente contra el suelo—. ¡Sólo quería aclarar el significado!

—Yo decidiré qué es lo que necesita aclaración —repuso él—. La próxima vez que hables fuera de turno, te cortaré los pulgares. Y ahora traduce todo lo que se diga.

El mercader asintió con ansiedad.

—Ha dicho: «Sólo era un demonio de las rocas. Son muy comunes en el norte y no me pareció que fuera necesario mencionar que tenía una enemistad personal con éste». A lo cual le he contestado: «¡Seguramente que exageras, amigo mío! No puede haber dos alagai tan grandes». Y él ha añadido: «No, en las montañas del norte, hay muchos como éste».

Jardir asintió.

—¿Y cuales son las debilidades de los demonios de las rocas?

—Hasta donde yo sé —repuso el norteño a través del mercader—, no tienen ninguna. Y los he observado con mucho detenimiento.

—Pues alguna le encontraremos, Par'chin —le contestó Jardir—. Juntos.

—Comunicarse de esta forma es algo inaceptable —comentó Jardir cuando los guardias escoltaron al norteño fuera de la sala.

—El Par'chin es un estudiante rápido —le contestó Abban— y se ha propuesto hablar nuestra lengua. Lo hará pronto, lo prometo.

—Eso no es suficiente —replicó él—. Habrá otros norteños y tendré que hablar con ellos también. Ya que ninguno de nuestros eruditos —y miró hacia Ashan con desdén— ha considerado apropiado el estudio de la lengua de los salvajes, te tocará a ti instruirnos, y empezarás por mí.

El mercader palideció.

—¿Yo? —preguntó con voz estrangulada—. ¿Instruiros a vos?

Jardir sintió una oleada de asco.

—Deja ya de gimotear. Sí, ¡tú! ¿Es que hay otros que lo hablen?

—Es una habilidad muy valorada en los mercados —respondió Abban con un

encogimiento de hombros—. Mis esposas y mis hijas hablan unas cuantas palabras, de manera que puedan escuchar en secreto lo que hablan los Enviados. Muchas otras mujeres hacen lo mismo en el bazar.

—¿Y esperas que el Sharum Ka aprenda de una mujer? —le espetó el dama y Jardir se guardó para sí mismo la ironía. Si no hubiera sido por Inevera, él aún sería un analfabeto como los demás dal'Sharum.

—Entonces, otro mercader —insistió el tullido—. No soy el único que comercia con el norte.

—Pero tú eres el más importante —replicó él—. Es evidente en esas sedas mujeriles que llevas y por el hecho de que un khaffit gordo y llorica como tú tiene más esposas que la mayoría de los

guerreros. Más aún, el Par'chin te conoce y confía en ti. A menos que encontremos a un hombre de verdad que hable la lengua del norteño, serás tú.

—Pero... —comenzó Abban, con los ojos suplicantes. Jardir alzó la mano y el mercader se calló.

—Un día me dijiste que me debías la vida. Ahora ha llegado el momento de que comiences a pagarme la deuda.

El hombre se inclinó profundamente en una reverencia, tocando el suelo con la frente.

*L*as puertas de la ciudad estuvieron reparadas cuando cayó la noche, y aunque el gigantesco demonio de las rocas continuó atacando las murallas, los destacamentos de las catapultas no le dieron más munición con la que romper los grafos. El Par'chin se unió a la alagai'sharak esa noche y durante todas las que siguieron a lo largo de esa semana. Durante el día, hacía instrucción con la misma disciplina que los dal'Sharum.

—No puedo hablar por los otros Enviados de las tierras verdes —comentó el Instructor Kaval—, pero el forastero está bien entrenado. Trabaja muy bien con la lanza y parece que haya nacido para la sharusahk. Comencé a entrenarle con los nie'Sharum, pero ya ha sobrepasado incluso a los que están preparados para subirse a la muralla.

Jardir asintió. No había esperado menos.

Como si supiera que estaban hablando de él, el Par'chin se les acercó, seguido diligentemente por Abban. Hizo una reverencia y habló.

—Regreso mañana hacia el norte, Primer Guerrero —tradujo el mercader.

«Mantenle cerca.» Las palabras de Inevera resonaban dentro de la cabeza de Jardir.

—¿Tan pronto? —preguntó—. ¡Pero si acabas de llegar, Par'chin!

—Yo también me siento así —replicó él—, pero tengo obligaciones, entregas de

mensajes y mercancías y no puedo descuidarlas.

—¡Obligaciones con los chin! —exclamó él con brusquedad, y supo que había cometido un error en el mismo momento en que las palabras abandonaron su boca. Era un gran insulto. Se preguntó si el norteño le atacaría.

Pero el Par'chin sólo alzó una ceja.

—¿Es que eso importa? —preguntó a través del traductor.

—No, claro que no —repuso Jardir, inclinándose profundamente para sorpresa de todos—. Mis excusas. Simplemente, estaba disgustado por tu marcha.

—Regresaré pronto —prometió. Alzó un fajo de papeles atados con un trozo de cuero—. Abban ha sido de lo más útil; llevo una enorme lista de palabras para memorizar. La próxima vez que nos veamos, espero conocer algo más de vuestra lengua.

—Sin duda —admitió Jardir y luego abrazó al Par'chin y besó sus mejillas imberbes—. Siempre serás bienvenido en Krasia, hermano mío, pero atraerás menos la atención si te dejas crecer la barba como un hombre de verdad.

El norteño sonrió.

—Así lo haré —prometió.

Jardir le dio una palmada en la espalda.

—Vamos, amigo mío. La noche está cayendo. Mataremos juntos más alagai antes de que cruces las arenas ardientes.

*E*n los meses que siguieron a la partida del Par'chin, Jardir comenzó a observar con más interés a los demás Enviados del norte. Abban tenía muchos contactos en el bazar y no tardaba en enterarse de la llegada de un norteño.

Cuando eso sucedía, Jardir los invitaba uno por uno a su palacio, un honor jamás visto en el pasado. Los hombres acudían con entusiasmo después de haber sido tratados como basura hasta entre los khaffit.

—No me viene mal la oportunidad de practicar la lengua del norte —les decía el Primer Guerrero a los Enviados que se sentaban a su mesa, servidos por sus propias esposas. Hablaba largo y tendido con cada uno de ellos, ciertamente para mejorar el idioma, pero también buscando algo más.

Y cuando las comidas terminaban, siempre hacía la misma petición.

—Si llevas una lanza por la noche como un hombre, ven a luchar con nosotros en el Laberinto como un hermano más.

Los hombres se le quedaban mirando y él podía ver en sus ojos que no tenían idea del gran honor que les estaban ofreciendo.

Pero uno tras otro, todos rehusaron.

Mientras tanto, el forastero mantuvo su palabra, y les visitaba al menos dos veces

al año. Algunas veces se quedaba sólo unos días, y otras pasaba varios meses en la Lanza del Desierto y las aldeas de los alrededores. Una y otra vez, llegaba a los campos de entrenamiento, suplicando que le dejaran unirse a la alagai'sharak.

«¿El Par'chin es el único hombre de verdad que hay en el norte?», se preguntaba Jardir.

*E*l Captor cayó en medio de una rociada de sangre y no había tocado aún el suelo cuando llegó el Par'chin. Éste enganchó las patas del demonio con sus propias piernas, lo derribó al suelo, y se retorció para hacer palanca en un movimiento sharusahk impecable. Las rodillas del demonio cedieron y cayó dentro del pozo.

Y como si todo formara parte del mismo movimiento fluido, sacó una barrita de carbón y reparó el grafo dañado, de modo que el círculo quedó de nuevo sellado antes de que pudiera escapar otro demonio. El extranjero estuvo al lado del Captor al momento, le cortó las ropas y apartó las placas de acero cosidas dentro del tejido que servían para protegerle de las garras de los alagai. El metal era una protección especial reservada a los Captores, pero aun así era una pobre compensación por la carencia de escudo y lanza. Los Captores necesitaban tener las manos libres.

Tenía los brazos y las manos resbaladizos a causa de la sangre del Captor, pero no prestó atención a eso, mientras rebuscaba en su mochila de ataque hierbas e instrumentos. Jardir sacudió la cabeza de puro asombro. No era la primera vez que el norteño había curado a un guerrero herido en el mismo suelo del Laberinto. ¿Es que los norteños eran todos una combinación de Protectores y dama'ting?

El Captor se debatía débilmente, pero el Par'chin se sentó a horcajadas sobre él, sujetándole con las rodillas mientras limpiaba la herida.

—¡Ayudadme! —gritó en krasiano, pero los dal'Shatum se le quedaron mirando confundidos, pues hasta Jardir lo percibió. No eran heridas que se pudieran curar. ¿Es que no se daba cuenta de que el hombre estaría condenado a vivir como un mutilado si conseguía sobrevivir?

Jardir caminó hacia los dos. El forastero intentaba enhebrar una aguja en forma de gancho mientras mantenía la presión de los vendajes con el codo. El guerrero continuaba debatiéndose, haciendo la tarea imposible.

—¡Sujétalo y que se esté quieto! —gritó, al verle aproximarse. Jardir le ignoró y miró al guerrero a los ojos. El dal'Sharum sacudió ligeramente la cabeza.

Jardir hundió la lanza en el corazón del hombre.

El Par'chin lanzó un alarido, dejó caer la aguja y se arrojó contra él. Lo agarró por las ropas y le empujó hacia atrás con fuerza, hasta ponerlo contra la pared del Laberinto.

—Pero ¿qué haces? —le increpó.

Los guerreros alzaron las lanzas y se aproximaron desde todo el apostadero. A ningún hombre se le permitía ponerle las manos encima al Primer Guerrero.

Jardir alzó una mano para impedirles que se acercaran más y mantuvo los ojos fijos en el norteño, que no tenía ni idea de lo cerca que estaba de la muerte.

Pero al mirarle a los ojos, Jardir se replanteó aquella afirmación. Quizá sí lo sabía y, simplemente, le daba igual. El que matara al Captor le había ofendido más allá de lo racional.

—Lo que hago es permitir que los hombres mueran con honor, hijo de Jeph. Él no quería tu ayuda, no la necesitaba. Había cumplido con su deber y ahora está en el Cielo.

—El Cielo no existe —rugió el Par'chin—. Todo lo que has hecho ha sido asesinar a un hombre.

Jardir flexionó el cuerpo y se liberó del extranjero con facilidad. Durante los últimos dos años el hombre había aprendido la sharusahk con rapidez, pero aún no era rival para la mayoría de los dal'Sharum, y menos para él, que había sido entrenado en el Sharik Hora. Jardir le dio un puñetazo en la mandíbula, y eludió con facilidad su contraataque. Luego le retorció el brazo tras la espalda y lo derribó al suelo de un empujón.

—Sólo por esta vez —le susurró al oído—, haré como que no te he oído decir eso. Vuelve a soltar alguna de tus blasfemias norteñas en Krasia y perderás la vida.

«Mantenle cerca», le había dicho Inevera, pero él había fracasado.

Jardir permaneció en pie sobre la muralla, a solas, observando cómo los alagai huían ante la proximidad del sol. El gran demonio de las rocas, que sus hombres habían decidido seguir llamando Alagai Ka, deambulaba ante las puertas reconstruidas, pero los grafos eran fuertes. También él, pronto, se retiraría hacia el abismo de Nie un día más.

Jardir aún recordaba la desesperación reflejada en los ojos del Par'chin, la necesidad que sintió de salvar la vida del Captor. Sabía que él había hecho bien al acabar con su vida y asegurarle al hombre la gloria para que no viviera como un lisiado, pero también era consciente de que en el proceso había suscitado deliberadamente el rechazo del forastero.

Entre su gente esas horribles lecciones eran habituales, y ningún hombre intentaría atacar a un superior para salvar la vida de un lisiado. Pero como había comprobado una y otra vez, los norteños no eran como su gente, ni siquiera él. Ellos no aceptaban la muerte como parte de la vida. Luchaban contra ella con tanta determinación como cualquier dal'Sharum se enfrentaba a los alagai.

También había honor en ello, aunque fuera de una clase diferente. Los dama estaban equivocados al llamar salvajes a los norteños. No obstante la orden de Inevera, a Jardir le gustaba el Par'chin. La fisura que se había abierto entre ellos le

corroía y se preguntaba cómo podría repararla.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo una voz a su espalda. Jardir sonrió para sí mismo. El hombre de las tierras verdes tenía la virtud de aparecer cuando sus pensamientos se dirigían hacia él.

El forastero se mantuvo en lo alto de la muralla y miró hacia abajo. Carraspeó de manera audible y escupió sobre la cabeza del demonio de las rocas, que se encontraba unos seis metros más abajo. El demonio le rugió y ambos se echaron a reír cuando se hundió entre las dunas.

—Algún día yacerá muerto a tus pies —le dijo Jardir—, y la luz de Everam quemará su cuerpo.

—Algún día —admitió el Par'chin.

Ambos permanecieron en silencio durante un rato, perdidos en sus propios pensamientos. El norteño se había dejado la barba como le había sugerido Jardir, pero el pelo rubio que se extendía por su rostro pálido sólo le hacía parecer más extranjero que antes, cuando tenía las mejillas desnudas.

—Vengo a disculparme —dijo al final—. No tengo derecho a juzgar vuestras costumbres.

Jardir asintió.

—Ni nosotros las vuestras. Actuaste por lealtad y yo me equivoqué al despreciar tu gesto. Sé que estás muy unido a los Protectores desde que aprendiste nuestra lengua. Ellos han aprendido mucho de ti.

—Y yo de ellos. No quería insultar a nadie.

—Pues parece que nuestras culturas son un insulto la una para la otra, Par'chin —replicó el Primer Guerrero—. Debemos resistir el impulso de sentirnos ofendidos, si queremos seguir aprendiendo unos de otros.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

—No hablemos más de ello, amigo mío —respondió Jardir con un gesto de la mano.

El hombre de las tierras verdes asintió y se volvió para marcharse.

—¿Todos los hombres del norte creen lo mismo que tú? —le preguntó Jardir—. ¿Que el Cielo no existe?

El sacudió la cabeza.

—Los Pastores del norte hablan de un Creador que vive en el Cielo y allí reúne los espíritus de los que le son leales; se parece bastante a lo que cuentan vuestros dama. La mayoría de la gente cree en sus palabras.

—Pero tú no.

—Los Pastores también dicen que los abismales son una Plaga —continuó con la explicación—, que como los pecados de los hombres eran tan grandes, el Creador envió a los demonios para castigarnos. —Sacudió la cabeza—. Jamás creeré eso. Y si

los Pastores están equivocados en ese asunto, ¿qué fe puedo tener en el resto de sus palabras?

—Entonces, ¿por qué luchas, si no es por la gloria del Creador? —le preguntó Jardir.

—No necesito que los Hombres Santos me digan que los abismales son un mal que hay que destruir. Mataron a mi madre y quebraron el espíritu de mi padre. Han asesinado a mis amigos, a mis vecinos y a sus familias. Y en alguna parte, allá afuera —barrió el horizonte con la mano—, hay alguna manera de destruirlos. No descansaré hasta que la encuentre.

—Tienes razón en dudar de esos Pastores tuyos. Los alagai no son una plaga, sino una prueba.

—¿Una prueba?

—Sí. Una prueba de nuestra lealtad a Everam. Una prueba de nuestro valor y de nuestra voluntad para luchar contra la oscuridad de Nie. Pero tú también estás equivocado. La manera de destruirlos no está por allá afuera, en algún lugar —señaló el horizonte con un gesto despectivo—, está aquí —le puso un dedo sobre el corazón—. El día que todos los hombres encuentren sus corazones y permanezcan unidos, Nie no será capaz de vencernos.

El Par'chin se quedó silencioso durante un largo rato.

—Sueño con ese día —dijo al final.

—Yo también, amigo mío, yo también.

*E*l forastero regresó de nuevo más de dos años después de su primera visita. Jardir alzó la mirada de las pizarras donde había garrapateado los planes de batalla con tiza al ver al hombre cruzar el campo de entrenamiento y sintió como si fuera su propio hermano el que hubiera vuelto de un largo viaje.

—¡Par'chin! —le llamó, extendiendo los brazos para encerrarle entre ellos—. ¡Bienvenido a la Lanza del Desierto! —Jardir ya hablaba el lenguaje norteño con fluidez, pero aún sentía que las palabras sonaban mal en su boca—. No tenía noticia de tu regreso. ¡Los alagai temblarán de miedo esta noche!

Fue entonces cuando se dio cuenta de que venía con Abban detrás, aunque ninguno de los dos lo necesitaba ya para comunicarse.

Le miró con asco. Había engordado aún más desde la última vez que le había visto y venía envuelto en seda, como si fuera la esposa favorita de un damaji. Se decía que dominaba el comercio del bazar, debido en no poca medida a sus extensos contactos en el norte. Era una sanguijuela, que ponía su beneficio por encima de Everam, el honor y Krasia.

—¿Qué haces tú entre hombres, khaffit? —le increpó—. No te he hecho llamar.

—Está conmigo —replicó el forastero.

—Estaba contigo. —Jardir remarcó el pasado con intención.

El mercader hizo una reverencia y se escabulló.

—No sé por qué pierdes el tiempo con ese khaffit, Par'chin —escupió.

—Vengo de un lugar donde la valía de un hombre no termina en su capacidad con la lanza.

Jardir se echó a reír.

—Vienes de un lugar donde no tienen ni idea del manejo de la lanza.

—Tu thesano ha mejorado mucho —señaló el forastero.

—Esa lengua chin tuya no es fácil —dijo Jardir con un gruñido—, y en tu ausencia resulta dos veces más dura, pues debo recurrir a un khaffit para practicarla.

—Frunció el ceño a la espalda de Abban—, Míralo, viste como una mujer.

—Nunca he visto vestir así a una mujer —comentó el hombre.

—Eso es porque no me has dejado buscarte una esposa cuyos velos puedas levantar —replicó el Primer Guerrero. Había intentado muchas veces buscarle una prometida para atarle a Krasia y mantenerle cerca, como Inevera le había ordenado.

«Un día tendrás que matarlo», la voz de su esposa resonaba como un eco en el interior de su cabeza, pero no quería creerla. Si le encontraba una esposa al hombre de las tierras verdes, dejaría de ser un chin y renacería como un dal'Sharum. Quizá esa «muerte» podría cumplir la profecía.

—Dudo que los dama permitieran a una de vuestras mujeres casarse con un chin sin tribu —comentó él.

—Tonterías —contestó Jardir con un gesto de la mano—. Hemos derramado sangre juntos en el Laberinto, hermano. Ni el mismísimo Andrah se atrevería a protestar si yo te llevara a mi tribu.

—No creo estar preparado aún para tener una esposa.

El Sharum Ka frunció el ceño. A pesar de lo cercano que se sentía a él, a veces el norteño lo seguía desconcertando. Entre su gente, los apetitos de un guerrero eran tan grandes dentro del campo de batalla como fuera. No había visto muestra alguna de que el Par'chin prefiriera la compañía de hombres, pero parecía más interesado en la batalla que en las fulanas que les correspondían a aquellos que habían sobrevivido para ver el amanecer.

—Bueno, pero no esperes demasiado o los hombres pensarán que eres un push'ting —comentó, usando la expresión para «mujer falsa». No era un pecado ante Everam yacer con otro hombre, pero los push'ting evitaban a las mujeres por completo, negándole las generaciones futuras a la tribu, algo que su gente no toleraba de ningún modo—. ¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad, amigo mío? —preguntó.

—Unas horas nada más —respondió el forastero—. Acabo de entregar las misivas en palacio.

—¿Y ya vienes a ofrecer tu lanza? —gritó en voz muy alta para que todos lo oyeran—. ¡Por Everam, debe correr sangre krasiana por las venas de este Par'chin! — Los hombres se rieron.

»Demos un paseo —le dijo después, mientras le pasaba el brazo por los hombros. Jardir revisaba mentalmente el plan de batalla nocturno y buscaba en él un lugar de honor para el forastero—. Los bajin perdieron a un Captor la noche pasada. Podrías reemplazarlo —le dijo Jardir al Par'chin.

—Preferiría estar en la Guardia de Recechadores.

El Primer Guerrero sacudió la cabeza, pero sonreía.

—Siempre quieres el puesto más peligroso —le reprendió—. ¿Quién llevará nuestras misivas si te matan?

—No va a ser tan peligroso esta noche —repuso él y sacó una tela enrollada, de donde extrajo una lanza.

No era una lanza cualquiera. Era de un metal brillante y plateado, y los grafos que llevaba grabados en la punta y en la empuñadura relucían a la luz del sol. El ojo entrenado de Jardir la recorrió de punta a cabo y sintió que el corazón latía con fuerza dentro de su pecho. Muchos de los grafos le eran poco familiares, pero percibía su poder.

El Par'chin la mostraba con orgullo, esperando su reacción. Él se tragó sus sentimientos y ocultó el brillo codicioso de sus ojos con la esperanza de que su amigo no lo hubiera percibido.

—Es un arma regia —admitió—, pero es el guerrero el quien triunfa durante la noche, Par'chin, no la lanza. —Puso una mano sobre su hombro y le miró a los ojos—. No deposites una fe excesiva en ese hierro tuyo. He visto pintar grafos en sus lanzas a luchadores más veteranos que tú y han tenido finales espantosos.

—No es obra mía —replicó él—. La hallé en las ruinas del Sol de Anoch.

Los latidos acelerados del corazón de Jardir frenaron el ritmo. ¿Sería verdad? Se forzó a reír.

—¿El lugar de nacimiento del Liberador? La Lanza de Kaji es un mito, Par'chin, y las arenas se han tragado la ciudad perdida.

El hombre sacudió la cabeza.

—He estado en sus calles y puedo llevarte hasta ella.

El Primer Guerrero vaciló. El forastero no era un mentiroso y no había asomo de burla en su voz, realmente creía lo que estaba diciendo. Durante un momento, una imagen llameó en su mente: ambos entre las arenas, recobrando los grafos de combate del pasado. Con un gran esfuerzo, recordó sus responsabilidades y, con una sacudida, apartó la imagen de su cabeza.

—Soy el Sharum Ka de la Lanza del Desierto, Par'chin —replicó—. No puedo enjaezar un camello y salir corriendo por las dunas en busca de una ciudad que sólo

existe en papiros viejos.

—Creo que te convenceré cuando se haga de noche —dijo él.

Jardir retorció los labios hasta convertirlos en una sonrisa.

—No intentes ninguna tontería, prométemelo. Por muy lleno de grafos que esté ese hierro, tú no eres el Liberador. Sería una pena tener que enterrarte.

—**É**sta es la noche —le dijo Inevera—. Hace mucho que vi esto. Mátao y quédate con la lanza. Al amanecer te declararás Shar'Dama Ka y de aquí a un mes controlarás toda Krasia.

—No —repuso él.

Durante un rato, Inevera ni siquiera pareció haber percibido la respuesta.

—... y los sharach te apoyarán en la declaración de forma inmediata, aunque los kaji y los majah argüirán contra... ¿qué has dicho? —Se volvió hacia él con las cejas tan alzadas que casi habían desaparecido dentro de su tocado—. La profecía...

—Maldigo esa profecía —replicó él—. No asesinaré a mi amigo, no me importa lo que los huesos de demonio te hayan dicho. No le robaré tampoco. Soy el Sharum Ka, no un vulgar ladrón.

Ella le dio una sonora bofetada y el sonido reverberó en las paredes de piedra.

—¡Un estúpido, eso es lo que eres! —le increpó Inevera— Éste es el momento de la divergencia, cuando lo que podría ser se convierte en lo que será. Al amanecer, uno de los dos será declarado el Liberador. Queda en tus manos decidir si será el Sharum Ka de la Lanza del Desierto o un chin ladrón de tumbas procedente del norte.

—Estoy cansado de tus profecías y tus desacuerdos —replicó Jardir—, ¡de ti y de todas las dama'ting! Todas vuestras adivinaciones sólo sirven para manipular a los hombres y que cumplan vuestra voluntad. Pero no traicionaré a un amigo por ti. ¡No me importa lo que pretendas ver en esos trozos protegidos de mierda alagai!

Inevera chilló y alzó la mano para golpearle de nuevo, pero él le cogió la muñeca y se la levantó. Ella luchó durante un momento, pero era como luchar contra un muro de piedra.

—No me obligues a hacerte daño —le advirtió el hombre.

Los ojos de ella se entrecerraron y se retorció repentinamente, de modo que pudo dirigir los dedos índice y corazón de su mano libre hacia el hombro de Jardir. Inmediatamente, el brazo que le sujetaba la muñeca se quedó flojo. Ella se soltó, dio un paso atrás y se arregló las ropas.

—Sigues pensando, marido mío, que las dama'ting estamos indefensas —le dijo mientras él se la quedaba mirando con ojos desorbitados—, aunque tú, mejor que ninguna otra persona, deberías saber que eso no es así.

Jardir miró su brazo horrorizado. El miembro colgaba flácido y no respondía a

sus órdenes de ponerse en movimiento.

Inevera se le acercó y le cogió la mano entre las suyas. Después presionó su mano libre contra el hombro. Le retorció el brazo, apretó con fuerza y de pronto el aturdimiento se vio reemplazado por el cosquilleo agudo de unos pinchazos.

—No eres un ladrón —comentó ella, con la voz calma de nuevo—, si sólo reclamas lo que ya es tuyo por derecho.

—¿Mío? —preguntó él, mirando fijamente su mano y sus dedos cuando comenzaron a flexionarse de nuevo.

—¿Quién es el ladrón? —le preguntó Inevera—. ¿El chin que roba la tumba de Kaji o tú, su pariente de sangre, que recuperas lo que te ha sido robado?

—No sabemos si lo que porta es la Lanza de Kaji.

La mujer cruzó los brazos.

—Tú sí lo sabes. Desde el momento en que le pusiste los ojos encima, del mismo modo que has sabido desde siempre que este momento llegaría. Jamás te oculté que éste era vuestro destino.

Jardir no dijo nada.

Ella le tocó el brazo con afecto.

—Si lo prefieres, puedo poner una poción en su té. Morirá con rapidez.

—¡No! —gritó el hombre, apartando el brazo con brusquedad—. ¡Siempre buscas el camino menos honorable de todos! ¡El Par'chin no es un khaffit con el que se pueda acabar como si fuera un perro! Se merece la muerte de un guerrero.

—Entonces proporcióname una —le animó Inevera—. Ahora, antes de que comience la alagai'sharak y el poder de la lanza sea revelado.

El Primer Guerrero sacudió la cabeza.

—Si hay que hacerlo, lo haré en el Laberinto.

Pero cuando se alejó de ella, no estaba seguro de su decisión. ¿Cómo podría convertirse en Shar'Dama Ka si tenía que ser a costa de la muerte de un amigo?

—¡**P**ar'chin! ¡Par'chin!

Los gritos hacían eco a través de todo el Laberinto. Jardir observó desde el adarve cómo el hombre de las tierras verdes conducía a los dal'Sharum a una victoria tras otra. Ningún alagai podía vencer a la Lanza de Kaji.

«Esta noche es el valiente forastero —pensó Jardir—, mañana será el Shar'Dama Ka.»

Pero ¿y si ésa era la voluntad de Everam? Cuando Él creó el mundo desde el vacío de Nie, ¿acaso no había creado también a los norteños?, ¿no tendría también planes para ellos?

—Pero el Par'chin no cree en Everam —dijo en voz alta.

—¿Cómo puede un hombre que no se inclina ante el Creador ser aclamado como el Liberador? —inquirió Hasik.

Jardid inspiró con fuerza.

—No puede. Reúne a Shanjat y a nuestros hombres más leales. Tiene que ser otra persona, por el bien de todo el mundo.

Jardir le encontró a la cabeza de una hueste de Sharum que cantaban su nombre mientras arrasaban como un trueno el Laberinto. El extranjero estaba cubierto del icor negro de los demonios, pero una fiera alegría iluminaba sus ojos. Alzó su lanza en gesto de saludo y el corazón de Jardir se encogió por lo que iba a hacerle a su ajin'pal, algo incluso peor que lo que Hasik le había hecho a él.

—¡Sharum Ka! —gritó él—. ¡Ningún demonio escapará con vida del Laberinto esta noche!

«La guerra es engaño», se recordó a sí mismo, y se obligó a reír y alzó su lanza en respuesta al saludo del forastero. Se acercó a él y lo abrazó por última vez.

—Te he subestimado, Par'chin. No volveré a hacerlo.

—Eso dices cada vez —le respondió el hombre con una sonrisa. Estaba rodeado de guerreros, disfrutando de la gloria de la victoria. Jardir no podía confiar en ellos para hacer lo que había que hacer.

—¡Dal'Sharum! —llamó a sus hombres, a la vez que señalaba a los alagai masacrados en las calles del Laberinto—. ¡Reunid esa basura y subidla al adarve de la muralla exterior! ¡Los destacamentos de nuestras catapultas necesitan prácticas de puntería! ¡Dejemos que los alagai de fuera de las murallas vean la insensatez que supone atacar la Lanza del Desierto!

Se alzó un grito entre los hombres para corroborar su ofrecimiento. Después, Jardir se volvió hacia Arlen.

—Los Auxiliares informan de que todavía se combate en uno de los apostaderos, en el este. ¿Te quedan ganas de luchar, Par'chin?

—Muéstrame el camino —respondió el forastero con una sonrisa casi animal.

Dejaron a los Sharum atrás y corrieron a través del Laberinto, por una ruta en la que ya no quedaban testigos. Como un Reclamo, Jardir condujo al forastero hacia su perdición. Al final llegaron al apostadero. «¡Va!», gritó el Primer Guerrero y al oírlo, Hasik avanzó una pierna para hacer tropezar al forastero.

El norteño rodó tras impactar con el suelo y se incorporó en el mismo movimiento, pero para entonces los hombres de confianza de Jardir le habían cortado la salida.

—¿Qué es esto? —inquirió.

Jardir sintió un gran dolor en su corazón al reconocer en la mirada de su amigo la

comprensión de su traición. No se merecía eso, pero ahora que había activado la trampa, no había vuelta atrás.

—El Shar'Dama Ka debe empuñar la Lanza de Kaji, y tú no lo eres.

—No quiero luchar contigo —replicó el norteño.

—Pues entonces no lo hagas, amigo mío —suplicó el Primer Guerrero—. Dame el arma, toma tu caballo y vete al alba para no volver jamás. —Inevera le llamaría estúpido por la oferta. Incluso sus lugartenientes murmuraron entre sí sorprendidos, pero a él no le importó. Rezaba porque su amigo aceptara, aunque sabía en lo profundo de su corazón que no lo haría. El hijo de Jeph no era ningún cobarde. Detrás de él, en el pozo, se oyó un gruñido. Allí le aguardaba la muerte de un guerrero.

Luchó con dureza cuando los dal'Sharum cayeron sobre él y rompió algunos huesos pero, aun entonces, rehusó matar a nadie. Jardir se mantuvo fuera de la brega, consumido por la vergüenza.

Finalmente, todo acabó, y el Par'chin terminó bien sujeto entre Hasik y Shanjat mientras el Sharum Ka se agachaba a recoger la lanza. Sintió su poder y una sensación de pertenencia en cuanto cerró los dedos en torno a la empuñadura. Sin duda era el arma de Kaji, cuyo séptimo hijo había sido el primer Jardir.

—Lo lamento de veras, amigo mío. Me gustaría que hubiera sido de otro modo.

El forastero le escupió en el rostro.

—¡Everam es testigo de tu traición!

El Primer Guerrero sintió un ataque de ira. El norteño no creía en el

Cielo, pero estaba dispuesto a usar el nombre del Creador cuando iba bien a sus propósitos. No tenía esposas ni hijos, ni lazos de familia ni tribales, pero creía saber lo que era mejor para todos. Su arrogancia no tenía límites.

—No hables de Everam, chin —le espetó—. Yo soy su Sharum Ka, no tú. Krasia caería sin mí.

Salieron fuera de la ciudad bajo la luz previa al alba, en secreto. La mayoría de los alagai habían regresado al Abismo, pero un demonio de la arena debió de escucharles acercarse y les aguardó, ya que saltó ante ellos desde la sombra de una duna, apenas unos minutos antes del amanecer.

Jardir estaba preparado y los grafos defensivos del astil de la lanza llamearon cuando detuvo el ataque. El alagai cayó al suelo y echó una ojeada al cielo que se iba aclarando. Sin embargo, antes de que pudiera desmaterializarse, el guerrero saltó desde el lomo de su caballo y lo ensartó.

Hubo un relámpago de luz cuando la punta del arma protegida atravesó la coraza arenosa del demonio. Jardir percibió cómo la lanza cobraba vida en su mano. Una descarga le atravesó el cuerpo como la piedra del rayo de Inevera, pero donde hubo

antes agonía ahora encontró éxtasis. Inmediatamente se sintió más fuerte, más rápido. Los viejos dolores de heridas hacía mucho olvidadas, dolores a los que se había acostumbrado tanto que ya casi ni los notaba, de repente se desvanecieron. Se sintió inmortal, invencible. Balanceó los brazos sin esfuerzo, y arrojó el cadáver del demonio a diez metros de distancia para aguardar la llegada del sol.

La sensación de poder desapareció con rapidez tras la lucha, pero la mejoría física permaneció. Jardir tenía más de treinta años, pero recordó de pronto cómo se había sentido cuando tenía veinte, y se preguntó cómo podía haberlo olvidado.

«Y todo esto por un simple demonio de las arenas —caviló—. ¿Qué debe de haber sentido el Par'chin al usarla contra docenas de alagai en el Laberinto?»

Pero ya nunca conocería la respuesta, porque dejaron al forastero inconsciente boca abajo sobre una duna unos momentos antes del amanecer, a muchos kilómetros de la ciudad y a más de un día a pie de la aldea más cercana.

El guerrero bajó la mirada para contemplarle y las palabras del norteño relampaguearon en su mente: «¡Everam es testigo de tu traición!».

—¿Por qué no te marchaste cuando te lo supliqué, amigo mío? —le preguntó, una pregunta más que jamás podría contestarle.

Lo miró con tristeza cuando Hasik y Shanjat se subieron a sus monturas. Cogió el pellejo de agua fresca del pomo de su silla y lo arrojó al suelo donde aterrizó con un golpe sordo en la arena, al lado de la figura yacente del hombre de las tierras verdes.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Shanjat—. Deberíamos matarle ahora mismo, no ayudarlo.

—No atravesaré a un guerrero inconsciente —replicó Jardir—. El pellejo no le ayudará a atravesar las arenas, pero cuando se despierte, beberá y cuando vengan los alagai, morirá de pie como un hombre, para que pueda encontrar el camino al paraíso.

—¿Y qué pasa si consigue regresar a la ciudad? —preguntó Shanjat.

—Aposta a los mehnding en las murallas durante el día para que le disparen si lo intenta.

Volvió a mirarlo de nuevo. «Pero tú no lo harás, ¿a que no, Par'chin? —pensó—. Tienes el espíritu de un Sharum, y morirás luchando contra los alagai con tus manos desnudas.»

—Es un chin —comentó Ashan—, Un infiel. ¿Qué te hace pensar que Everam le dará la bienvenida en el Cielo?

Jardir alzó la lanza, captando en su superficie la luz del sol naciente.

—Porque yo soy el Shar'Dama Ka y digo que así ha de ser.

Los otros se le quedaron mirando con los ojos abiertos por la sorpresa, pero nadie osó disputarle la afirmación.

Las palabras de Inevera regresaron a su memoria.

«Al amanecer, te declararás Shar'Dama Ka.»

Volvió a mirar el cuerpo del norteño.

«Muere con honor —rezó—, y cuando nos encontremos en el Cielo, si no he cumplido nuestros sueños, nos someteremos al juicio.»

Hizo dar la vuelta a su caballo, y se dirigieron de vuelta a la ciudad.

Su ciudad.

Shar'Dama Ka

329 d.R.

—*No* sigas, traidor —dijo el Dama Everal y dio un paso para bloquearle la entrada al salón del trono del Andrah. Era el mayor de sus hijos y casi seguro que se convertiría en damaji a la muerte de Amadeveram y probablemente en Andrah a la larga. A sus cincuenta años era aún robusto, tenía el pelo negro y se decía que como maestro de sharusahk no tenía igual.

También era el último de los hijos del Andrah que Jardir tendría que matar antes de que pudiera destripar al gordo anciano.

No había pasado un mes desde que, cubierto de sangre de demonio, Jardir se había autoproclamado Liberador en el Laberinto. Tres cuartas partes de los Sharum le habían apoyado allí mismo. También la mitad de los dama y, día a día, se iban sumando más. El resto se congregó con rapidez en torno a sus damaji; al principio intentaron defender sus propios palacios, pero finalmente, conforme crecía el poder de Jardir, huyeron a través de la Ciudad Subterránea y se atrincheraron tras unas barricadas dentro del mismísimo palacio del Andrah.

La conquista habría durado días en vez de las semanas que llevaba si Jardir no hubiera hecho sonar cada día el Cuerno de la Sharak, que convocaba a sus guerreros al Laberinto. Hasta el más insignificante de ellos tenía ahora su lanza protegida con grafos de combate y los alagai saludaban al sol a montones.

El Andrah y los damaji pensaron que el hecho de estar libres por la noche para reagruparse era una gran ventaja, pero no habían contado con la vergüenza que esto causaba a los pocos Sharum que les apoyaban, al serles denegada la alagai'sharak por sus líderes mientras los hombres de Jardir alcanzaban una gloria sin límites. Muchos guerreros desertaban cada noche y eran bien recibidos en el Laberinto sin hacer preguntas. Al final, no quedaron suficientes ni para defender las murallas del palacio del Andrah. Los hombres de Jardir tomaron las puertas poco después del amanecer de ese día e irrumpieron en el interior del palacio casi al momento. Ahora sólo quedaba un hombre entre Jardir y su venganza.

—Con tu permiso, dama —repuso el Primer Guerrero, inclinándose ante Everal—, pero no puedo ofrecerte la rendición como he hecho con otros hombres, porque, ¿quién confiaría en un hombre que no estuviera dispuesto a morir por su propio padre? Es preferible que mueras con honor.

—¡Farsante! —le increpó Everal—. ¡Tú no eres el Liberador, sólo un asesino con una lanza robada! ¡No serías nada sin ella!

Jardir se quedó clavado en su sitio y alzó una mano para detener a los guerreros que le seguían.

—¿De verdad crees eso? —le preguntó al dama.

Everal escupió a sus pies.

—Deja el arma en el suelo y enfréntate a mí sin esa magia corrompida, si no es así.

—¡Lanza! —gritó Jardir y arrojaron un arma a Everal. El dama la cogió por puro reflejo, y los ojos se le abrieron de pura sorpresa cuando se dio cuenta de lo que tenía en la mano.

Algo cambió entonces en el dama, un cambio sutil en su postura. Los otros podrían no haberlo notado, pero para Jardir quedó más claro que si hubiera hablado. Antes, se había considerado un hombre condenado, destinado sólo a infligir todo el daño posible antes de morir, pero ahora, el Dama Everal tenía una chispa de esperanza en la mirada, la creencia de que podía matar a Jardir y terminar con la rebelión que había dividido el corazón de Krasia.

Jardir asintió.

—Ahora tu espíritu está preparado para encontrarse con Everam de forma honorable. —Y tras esto, se arrojó sobre él.

Everal era un maestro de la sharusahk, pero el Evejah prohibía que los clérigos empuñaran la lanza, y en todos los años que había pasado en el Sharik Hora, jamás había visto que se quebrantara esa ley. Esperaba que el uso de la lanza por parte del dama le estorbase y, de ese modo, derrotarlo con facilidad.

«Aprovecha cualquier ventaja», le había enseñado Keval.

Pero el dama le sorprendió cuando volvió la lanza para usarla como si fuera un palo de combate. El hombre empezó su ataque y se movía a tal velocidad que parecía invisible, de tal modo que durante los primeros momentos del enfrentamiento todo lo que Jardir pudo hacer fue mantener su posición. El ataque de Everal era rápido y preciso, pues encadenaba los movimientos de manera tan fluida como cabría esperar de un hombre que había pasado cuatro décadas en el Sharik Hora. Al final, usó la punta de la lanza para trazar una herida en forma de raya en la mejilla de Jardir y otro corte en su brazo.

Pero Jardir en seguida captó el patrón de los movimientos del dama y logró enredar su brazo en torno a la empuñadura de la lanza y arrancársela de las manos a su enemigo. Después arrojó al dama a través del vestíbulo donde se golpeó contra una columna y aterrizó con dureza en el suelo.

Jardir esperó a que Everal rodara para incorporarse y después dejó la lanza en el suelo. Los ojos del dama se abrieron por la sorpresa.

—Eres un estúpido al darme ventaja —comentó, pero él simplemente sonrió, pues ya conocía la estrategia del clérigo. Se le acercó con los brazos extendidos y el hombre fue a su encuentro, ansioso por trabarse en combate con él.

Para los ojos desentrenados de los Sharum, lo que siguió debió de parecer una lucha más, en la que la fuerza de los oponentes decidiría el resultado, pero en realidad, los cientos de sutiles giros y contragiros eran puro sharukin, diseñado para volver la propia energía del adversario contra sí mismo. Poco a poco, Jardir consiguió conducir a su enemigo hasta una presa mortal. Era inevitable, y pudo ver en los ojos del dama que él también se había dado cuenta.

—Imposible —jadeó el clérigo cuando la mano de Jardir se acercó a su garganta.

—Hay una diferencia, dama —explicó él—, entre la fuerza ganada luchando contra el aire y la que se obtiene luchando contra los alagai. —Empujó con fuerza y el cuello de Everal se partió con un chasquido que resonó por todo el corredor.

*L*os damaji se habían reunido a los pies del estrado sobre el que se alzaba el trono del Andrah. Todos ellos alzaron la vista a la vez cuando los hombres de Jardir irrumpieron en la sala. El Andrah se encogió de miedo y se acurrucó en el Trono de la Calavera, aferrándose a él con tal fuerza que sus nudillos palidieron.

Jardir observó al grupo de ancianos con una mirada depredadora. La ley de Evejah les daba a cada uno de ellos el derecho a desafiarle a combate singular en su camino hacia el estrado. No les temía, pero no deseaba matarlos.

—Mátalos si no tienes más remedio —le había dicho Inevera—, pero tu conquista será completa si rompes su voluntad de luchar. —Incluso le había sugerido lo que tenía que ofrecerles.

—Damaji, todos vosotros sois leales servidores de Everam y no deseo enfrentarme a vosotros. Sólo os pido que os apartéis.

—¿Y qué será de nosotros, una vez te hayas sentado en el Trono de la Calavera? —inquirió Kevera, de la tribu de los sharach. Al ser el damaji de la tribu más pequeña de Krasia, era el primero que debía desafiarle.

Él sonrió.

—Nada, amigo mío. ¿Los damaji teméis por vuestros palacios? Man— tenedlos y administrad vuestras tribus como siempre habéis hecho. Sólo pido un gesto simbólico de apoyo.

—¿Y en qué consiste? —preguntó Kevera entrecerrando los ojos con desconfianza.

—El segundo hijo que he tenido con Qasha es nie'dama —observó Jardir.

—Y uno bastante prometedor —respondió el damaji con un asentimiento.

Él sonrió de nuevo.

—Te pediría que lo mantuvieras siempre a tu lado y que aprendiera prendido a tus sandalias.

—Y algún día me sucedería —afirmó Kevera, más que sugerirlo.

—Eso es *inevera* —respondió Jardir con un encogimiento de hombros.

Observó a los otros damaji mientras digerían la oferta y una vez más se maravilló de la perfección del plan de Inevera. Sus esposas dama'ting habían sido todas fértiles, y los dados no habían fallado jamás al predecir los momentos apropiados para concebir. Cada una de sus mujeres había obsequiado a Jardir con dos hijos y una hija al cuarto año de matrimonio y después sus vientres habían seguido engordando. Ahora tenía hijos nie'dama en cada tribu para que pudieran ponerse el turbante negro cuando el actual damaji muriera, como harían sus propias esposas cuando lo hicieran las dama'ting de sus tribus respectivas. Inevera había preparado el terreno para que él asumiera el poder una década después. Y eso era... perturbador.

Los damaji continuaron cavilando. Sus títulos no eran hereditarios, pero como hombres, tenían hijos y nietos entre los dama de sus tribus y no era extraño que el turbante negro se quedase dentro de ciertos linajes familiares. Aun así, retener su actual poder supondría el gran inconveniente de la ascensión de sus descendientes, y aunque les crispaba renunciar a las aspiraciones de sus hijos, al menos parecía preferible a ver sus cabezas en lo alto de una pica, como Kaji hizo en su momento con los hijos de sus enemigos derrotados. Jardir fácilmente podría hacer lo mismo y ellos lo sabían. No había necesidad de ofrecer a sus propios hijos como rehenes, salvo que fuera un gesto sincero en pro de la unidad.

Para las tribus menores, eso era suficiente.

—Shar'Dama Ka —anunció Kevera de los sharach y se hizo a un lado con una inclinación.

Los otros siguieron su ejemplo, separándose en dos filas ante él, como Ala se abría al paso del arado: los bajin, anjha, jama, khanjin, halva y shunjin le dejaron pasar sin desafiarle. Jardir se puso tenso conforme avanzaba hacia los damaji de los krevakh y los nanji. Las tribus de los Auxiliares eran leales de corazón y practicaban sus propias escuelas de sharusahk, de las que se decía eran las más letales de toda la Lanza del Desierto. Jardir percibió la voluntad de Everam vibrando en su interior y no sintió miedo ante ningún hombre, aunque se mantuvo en guardia, por el respeto que tenía a sus habilidades.

Pero no tenía de qué preocuparse. Los damaji de las tribus auxiliares preferían observar y aconsejar, no liderar. Dieron un paso hacia un lado y sólo quedaron los tres damaji de las tribus más poderosas entre él y el Trono de la Calavera: Enkaji de los mehnding, Aleverak de los majah y Amadeveram de los kaji. Esos hombres gobernaban a miles de personas y vivían en un mundo de excesos y despilfarro. Sus tribus tenían docenas de dama, incluyendo a sus propios hijos y nietos. No se

rendirían con tanta facilidad.

Enkaji, de la tribu de los mehnding, era un hombre de constitución poderosa, aún robusto a sus cincuenta y cinco años. También era conocido por ser un hombre de gran inteligencia, líder de una tribu compuesta por ingenieros militares. Su tribu debería haber sido más pequeña, pero Enkaji era más rico que los majah y los kaji juntos, y no era secreto alguno que el damaji tenía la firme intención de traspasar sus riquezas a su hijo mayor.

Sus ojos se encontraron y por un momento Jardir pensó que el hombre le retaría. Se estaba preparando para el enfrentamiento cuando el damaji se echó a reír atribulado y extendió las manos en una exagerada reverencia mientras le franqueaba el camino hacia el estrado.

Aleverak, de los majah, fue el siguiente. El anciano damaji tenía casi ochenta años, pero a pesar de ello, se inclinó y adoptó una postura sharusahk. Jardir asintió y los Sharum y damaji a sus espaldas se hicieron atrás para dejarles espacio para combatir.

Él se inclinó profundamente a su vez.

—Me honráis, damaji —le dijo y adoptó la posición adecuada. Le había impresionado que el hombre aún conservara el espíritu guerrero. Se merecía una muerte honorable.

—¡Adelante! —gritó Amadeveram y Jardir se lanzó al ataque. Intentó agarrar a su oponente y finalizar el combate con rapidez y sin sangre. A lo mejor incluso podría obtener la sumisión de los propios labios del damaji.

Pero Aleverak le sorprendió al retorcerse con más agilidad y velocidad de la que hubiera creído posible. El damaji le cogió el brazo y usó su propia velocidad en su contra.

Jardir sintió el dolor en las articulaciones, pero no tuvo otra alternativa que relajarse y seguir el movimiento del damaji. Cayó de espalda y la multitud allí reunida jadeó de sorpresa. Aleverak avanzó velozmente y colocó un talón huesudo sobre la garganta de Jardir, pero éste le agarró el pie con ambas manos y giró en dirección contraria hasta que pudo quitarse el pie de encima.

Aleverak siguió el giro, saltó sobre él y usando de nuevo la fuerza de Jardir contra sí mismo, le dio una patada en la boca con el pie libre. Una vez más, éste se estampó contra el suelo de mármol, mientras el dama continuaba en pie.

Todos observaban la batalla con gran interés. Un momento antes, la lucha había parecido tan sólo el modo en que un anciano obtendría una muerte honorable, una nota a pie de página en la historia de la ascensión de Jardir. Pero de pronto, todo lo que éste había construido estaba en peligro. Sus hijos aún eran muy pequeños para defenderse si sus enemigos les acechaban con los cuchillos desenvainados. El Andrah mismo se inclinó hacia adelante, observando con interés.

Aleverak atacó de nuevo, pero Jardir se las apañó para interponer su pie en la maniobra y darle un cabezazo. Esta vez, mantuvo los pies firmemente plantados en el suelo y no le concedió al anciano la oportunidad de volver contra él su propia energía. Los golpes de Aleverak eran sorprendentemente rápidos, pero le bloqueó los dos primeros. El tercero lo dejó pasar, y aceptó el golpe a cambio de la oportunidad de hacer presa en el brazo del damaji.

El anciano no le ofreció energía alguna para redirigir el golpe, pero donde el viejo damaji sólo tenía pellejo sobre los huesos puntiagudos, Jardir tenía músculos formados, los de un guerrero en plena forma. No necesitaba robar la energía de otro para arrojar a un hombre que pesaba poco más de la mitad de los años que tenía.

Jardir se dobló y giró con rapidez para lanzarle lejos, pero el damaji se retorció con el movimiento sin perder el equilibrio, a pesar del empuje recibido, y Jardir comprendió que aterrizaría sobre sus pies y volvería a por él.

Por ello, no soltó el brazo del anciano sino que pasó por debajo de él para impulsar el giro y le puso a la vez un pie en la espalda cuando chocó contra el suelo. Empujó con fuerza y el chasquido del hombro de Aleverak resonó en el enorme techo abovedado que se cerraba sobre sus cabezas. El hueso apareció a través de las ropas blancas del damaji, que se tiñeron de sangre en un instante.

Jardir se movió con rapidez para acabar con él antes de que el dolor le acobardara, pero el anciano no gritó, ni ofreció su sumisión. Le miró a los ojos y vio en ellos la concentración suficiente para bloquear el dolor mientras luchaba por ponerse de nuevo en pie. Su honor no tenía límites. Cuando se colocó de nuevo en posición, avanzó el brazo izquierdo mientras el derecho colgaba torcido, inerme y ensangrentado.

—No podrás impedir mi ascenso al Trono de la Calavera, damaji —le dijo Jardir mientras caminaban el uno alrededor del otro con lentitud—, Y la mayoría de los guerreros de tu tribu me han jurado lealtad. Te ruego que razones. ¿Prefieres una tumba para ti y tus hijos a ser consejeros del Shar'Dama Ka?

—Mis hijos no rendirán la tribu ante ti sin luchar —repuso Aleverak. Él sabía que era cierto, pero aún así se resistía a matarle. Demasiados hombres honorables habían muerto ya y, ante la cercanía de la Sharak Ka, Ala no podía desperdiciar más. Sus pensamientos regresaron al Par'chin, tendido boca abajo sobre la arena, y la vergüenza hizo que la clemencia aflorara a sus labios.

—Dejaré que uno de tus hijos desafíe a los míos después de tu muerte —le ofreció Jardir al final—. Les dejarás decidir entre ellos quién será.

Se escuchó un rumor escandalizado entre los damaji que se habían rendido, pero Jardir les lanzó una mirada furiosa.

—¡Silencio! —rugió y todos callaron; luego se volvió hacia el anciano.

«¿Estarás a mi lado, damaji, cuando Krasia ascienda de nuevo hacia la gloria? —

le preguntó. El hombre palidecía cada vez más debido a la pérdida de sangre. Si no accedía, lo mataría con rapidez, para que pudiera morir en pie.

Pero él echó una ojeada a su hombro sangrante.

—Acepto tu oferta, aunque ese desafío tendrá lugar antes de lo que piensas.

Eso era cierto. El hijo majah de Jardir, Maji, sólo tenía once años y no sería contrincante para uno de los hijos de Aleverak si el damaji moría a consecuencia de su herida.

—Hasik, escolta al Damaji Aleverak para que le curen —ordenó.

El guerrero se acercó al lado del anciano, pero éste alzó una mano.

—Prefiero no recibir ayuda y que sea Everam quién decida si muero o no. —El acero de su voz mantuvo a raya al guerrero, y Jardir asintió. Después se volvió hacia Amadeveram, el último damaji entre él y el acobardado Andrah.

Amadeveram era más joven que Aleverak, pero aun así, estaba en la setentena. Tenía muy claro que no podía subestimarle, en especial, después de la exhibición del viejo clérigo.

—A mí tendrás que matarme. No me dejaré comprar por tus promesas melifluas.

—Lo siento, damaji —repuso Jardir, haciendo una reverencia—, pero haré lo que sea necesario para unir a las tribus.

—Mátame ahora o cuando tu hijo tenga la edad apropiada, seguirá siendo asesinato.

—¡Para entonces estarás muerto igualmente, anciano! —replicó él con dureza—. ¿Qué más te da?

—¡Lo que importa es la soberanía de la tribu kaji! —le gritó Amadeveram—. ¡Hemos poseído el Trono de la Calavera durante cien años y lo tendremos durante cien más!

—No —repuso él—, no volveréis a sentaros en él. Acabaré con las tribus. Krasia volverá a ser una de nuevo, como lo fue en los tiempos de Kaji.

—Eso está por ver —repuso Amadeveram, que adoptó una postura de combate sharusahk.

—Que Everam te acoja —le deseó Jardir, al inclinarse—. Tienes el corazón de un Sharum.

Menos de un minuto después Jardir alzó la mirada hacia el encogido Andrah que se encontraba sobre el estrado.

—Eres un insulto para todos los cráneos de los valientes Sharum que soportan tu gordo culo —le dijo—. Baja aquí y acabemos esto de una vez.

El Andrah no hizo el menor esfuerzo por levantarse, sino que pareció hundirse aún más en el gran asiento. El guerrero frunció el ceño, cogió la Lanza de Kaji y

subió los siete peldaños hasta el Trono de la Calavera.

—¡No! —gritó el Andrah, a la vez que se doblaba sobre sí mismo hasta formar una pelota y escondía el rostro.

Durante más de una docena de años, desde aquel día en que vio al hombre con su mujer en su propia cama, se había visto a sí mismo matándole de cien formas diferentes. Los dados de Inevera le habían profetizado que un día obtendría su venganza y se había aferrado a esa profecía con desesperación. Sólo la alagai'sharak le distraía de su obsesión, y cada amanecer que el Andrah seguía con vida era un golpe para su honor. ¿Cuántas veces había practicado el discurso que le recitaría en ese momento?

Pero ahora que había llegado, la repulsión brotaba de su garganta como si fuera bilis. Aquella patética bola de carne que tenía delante había gobernado Krasia durante toda su vida y más, y aun así no tenía el coraje suficiente para mirar a la muerte a la cara. Era peor que un khaffit, menos incluso que los cerdos asquerosos que solían comer. No merecía discurso alguno.

Matarle no le proporcionó la satisfacción que había obtenido en sus fantasías. Aliviar al mundo de un hombre así era más bien una cuestión de misericordia.

*L*a túnica de color blanco del Andrah aún estaba teñida con su sangre cuando Jardir la colocó sobre sus vestiduras negras de Sharum. Sintió los ojos de todos los que se encontraban en la habitación fijos en él, pero se enderezó bajo el peso de las miradas y se volvió para encararlos.

Aleverak permanecía en el suelo y el Dama Shevali hacía presión sobre su herida. Amadeveram yacía muerto en mitad de la escalera. Jardir se inclinó sobre el damaji y le quitó el turbante negro de la cabeza.

—Dama Ashan de los kaji, da un paso adelante —le ordenó.

El sacerdote se adelantó hasta el pie de la escalinata y se arrodilló, colocando ambas manos y la frente sobre el suelo. Jardir le quitó el turbante blanco a su amigo y le colocó el negro en su lugar.

—El Damaji Ashan liderará a los kaji —anunció—, y pasará el turbante negro a sus hijos a través de mi hermana Imisandre. —Y luego lo abrazó como si fuera un hermano.

—La Guerra de la Mañana ha finalizado —dijo Ashan.

Jardir sacudió la cabeza.

—No, amigo mío, está a punto de empezar. Tenemos que reconstruir nuestras fuerzas, llenar de nuevo los vientres de nuestras mujeres y prepararnos para la Sharak Sol.

—¿Eso significa...? —inquirió Ashan.

—El norte —admitió Jardir—, vamos a conquistar las tierras verdes y a reclutar a sus hombres para la Sharak Ka. —Hubo un jadeo de asombro audible entre los damaji que quedaban, pero nadie osó contradecirle.

Un momento más tarde, los Sharum que guardaban la entrada contuvieron el aliento sorprendidos y se apartaron apresuradamente cuando las damaji'ting y las esposas de Jardir avanzaron hacia ellos. Iba contra la ley evejana que cualquier hombre hiciera daño a una dama'ting, por eso su poder sobre las mujeres era limitado, pues ellas tenían sus propias intrigas en el pabellón que tenían destinado y parecía que Inevera había demostrado ser tan diestra allí como en manipular la política masculina. Cada una de sus esposas llevaba un turbante negro con un velo blanco sobre sus ropas blancas de sacerdotisas, mostrando de ese modo que eran las herederas que sucederían a las actuales dama'ting de las tribus. Jardir no tenía idea de cómo lo había conseguido su Primera Esposa.

Belina, su esposa majah, se separó de las otras para apresurarse junto a Aleverak. Jardir podía reconocer en una sola ojeada a cualquiera de sus esposas, incluso cuando iban vestidas de pies a cabeza. Qasha no podía ocultar sus curvas, ni Umshala su altura. Belina tenía una forma de andar que la descubría tan claramente como su propio rostro. La dama'ting de los majah la siguió, como si ella fuera la pupila y Belina la maestra.

Durante un momento no se vio rastro de Inevera, pero luego escuchó a los Sharum jadear y envararse de puro miedo. Alzó la mirada y vio a la Primera Esposa entrar en la habitación, ataviada como sólo él podía verla. Llevaba un chal y un velo transparente, de brillantes colores, al igual que las volutas sutiles de tela que parecían flotar a su alrededor como humo, sin dejar nada de su belleza a la imaginación. El pelo negro, del color de la noche, estaba recogido en una redecilla de oro y perfumado con aceites. En los brazos y las piernas tintineaban joyas de oro y gemas protegidas. No llevaba marca alguna de casta o rango. Sólo la bolsita para los hora, asegurado a la cintura, la señalaba como la bailarina de almohada favorita de un rico damaji.

Atrajo todas las miradas mientras entraba en la habitación y provocó tanto expresiones de sorpresa entre los hombres como la fría aceptación de las dama'ting. Jardir se ruborizó cuando ella se le acercó y, contra su voluntad, sintió ciertas emociones que mejor debían reservarse para el dormitorio. Intentó rehacer su compostura, pero ella se dirigió derecha hacia él, y apartó el velo para besarle con intensidad. Acomodó el cuerpo suave a su lado como si estuviera posando para un artista, marcándole como suyo ante todos, del mismo modo que una perra marca una esquina.

—¿A qué estás jugando, por el Abismo de Nie? —le siseó Jardir con brusquedad.

—Les estoy recordando que el Shar'Dama Ka está por encima de las leyes de los

hombres —repuso Inevera—. Puedes llevarme hasta el Trono de la Calavera, si lo deseas, y nadie osará protestar. —Deslizó una mano entre sus piernas y le acarició con suavidad. Jardir jadeó.

—Soy yo el que protesta —siseó él de nuevo, apartándola a la distancia del brazo. Ella se encogió de hombros, sonrió ampliamente y le acarició el rostro.

—Toda Krasia se regocija en tu victoria de hoy, marido —dijo en voz alta para que todos lo oyeran en la habitación.

Comprendió que debía responderle por cortesía, haciendo algún tipo de discurso atrevido, pero toda esa cháchara política le ponía enfermo y tenía otras preocupaciones.

—¿Vivirá? —preguntó e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Aleverak. El damaji había perdido mucha sangre y su brazo era un despojo retorcido.

Belina sacudió la cabeza.

—Lo dudo, esposo —repuso con una inclinación de la cabeza, como correspondía a una esposa de verdad, algo que sus mujeres dama'ting no habían hecho jamás antes.

—Sálvalo —murmuró Jardir a Inevera.

—¿Con qué fin? —susurró ella en respuesta a través del velo, para que sólo la oyera él—. Aleverak es testarudo y muy poderoso. Mejor deshacerse de él.

—Le prometí que cuando muriera, su heredero podría retar a Maji para quedarse con el palacio de los majah.

—¿Que has hecho qué? — le preguntó con los ojos abiertos por la sorpresa. Todo el mundo miró en su dirección, pero en seguida recuperó la compostura. Inevera se apartó de él, bajó los escalones del estrado contoneándose, y el balanceo de las caderas, visible a través de la ropa transparente, atrajo la mirada de todos los hombres del salón. El honor de Jardir rugía de puro deseo de sacarles a todos los ojos por disfrutar de lo que debería ser sólo para él.

Belina y la damaji'ting de los majah hicieron una profunda reverencia y se apartaron del camino de Inevera.

—Damajah —la saludaron al unísono.

Para cuando ella terminó de examinar la herida, Aleverak se había desmayado debido a la pérdida de sangre. Se incorporó y miró en dirección a los Sharum.

—Corred todas las cortinas y cerrad todas las puertas —ordenó, y varios guerreros se apresuraron a complacerla, mientras otros la rodeaban a ella y al damaji herido con las espaldas hacia ambos, alzando e interconectando sus escudos para sumergir a ambos en la oscuridad.

En la habitación en penumbra, Jardir percibió el tenue relumbrar de los alagai hora pulsando a través del muro viviente, acompañado del rítmico sonido del canturreo de los hechizos de Inevera. El fulgor latió durante varios minutos mientras los hombres esperaban sobrecogidos.

Inevera dio una orden y el círculo de los dal'Sharum se abrió. Los guerreros salieron disparados a abrir cortinas, para devolver la luz a la habitación. Junto a la sacerdotisa y desnudo hasta la cintura, yacía el damaji Aleverak, tranquilo. La piel del hombre había perdido su palidez mortecina y respiraba con normalidad. Habían desaparecido todos los signos de la herida, tanto el hueso, como la hemorragia o incluso la cicatriz. Sólo quedaba carne suave en el hombro.

Carne suave donde antes había habido un brazo. El miembro no se veía por ninguna parte.

—Everam ha aceptado el brazo del Damaji Aleverak como una prenda de su sumisión —anunció Inevera en voz alta—. Se le ha perdonado por dudar del Liberador y si sigue por el camino de Everam de aquí en adelante, se reunirá con su miembro perdido en el Cielo.

Regresó al lado de Jardir, colocándose de nuevo a su lado en una pose.

—Mi marido debe apaciguar su sangre después de una victoria como la de hoy —dijo en voz alta, dirigiéndose a todos los presentes en la sala—. Dejados para que pueda atenderle en privado, como sólo puede hacer una esposa.

Corrió un murmullo atónito entre sus hombres. Jamás se había oído que una mujer, ni siquiera una dama'ting, diera órdenes a los damaji. Miraron a Jardir, pero como él no la contradijo, no tuvieron más opción que obedecer.

—¿Eres idiota? —le increpó Inevera cuando se quedaron a solas—. ¿Cómo has puesto el control sobre los majah, por no mencionar a tu hijo, en riesgo? ¿Para qué?

Advirtió que había puesto a Maji en segundo lugar.

—No espero que entiendas por qué había que hacerlo así.

—¿Cómo? —inquirió ella, en tono viperino—. ¿Tan tonta es entonces tu Jiwah Ka? ¿Por qué no va a ser capaz ella de entender la sabiduría de ese acto?

—¡Porque es cuestión de honor! —le espetó Jardir—, Y ya has dejado claro en otros momentos que no estás dispuesta a perder ni un solo momento pensando en esas estupideces.

Inevera le lanzó una mirada iracunda, apenas un destello, pero después recuperó la serenidad propia de una dama'ting y apartó los ojos.

—Eso no importa. Ya lidiaremos a su tiempo con los herederos de Aleverak.

—No interferirás en esto —le ordenó Jardir—. Maji tendrá que probar que es el más fuerte.

—¿Y si fracasa?

—Entonces eso significará que Everam no desea que él lidere a los majah —replicó él.

Ella pareció tener una respuesta preparada, pero sólo sacudió la cabeza.

—No se ha perdido todo, de cualquier modo. Cuando se corra la voz de que lisiaste a Aleverak pero le permitiste vivir para que te sirviera, eso se añadirá a tu

leyenda.

—Suenas como Abban —masculló entre dientes.

—¿Cómo? —preguntó ella aunque él se dio cuenta de que lo había oído perfectamente.

—Ya basta. Está hecho y no hay más que hablar. Ahora ponte una ropa decente y un velo antes de que siembres más pensamientos impuros en las mentes de mis hombres.

—Tan atrevido como siempre —repuso ella, pero sonrió tras el velo transparente, y parecía más divertida que irritada—. El Evejah ordena a las mujeres que lleven velo para que los hombres no codicien lo que no es suyo, pero tú eres el Liberador. ¿Quién se atrevería a desear a tu mujer? No tengo nada que temer aunque anduviese desnuda por las calles.

—Nada que temer, es probable, pero, ¿qué ventaja hay en exhibir tu sexo desnudo como si fueras una prostituta que cualquier hombre puede ver? —le preguntó.

Las cejas de Inevera se tensaron pero su rostro permaneció sereno.

—He mostrado mi rostro para que todos pudieran reconocermme. Y he desnudado mi cuerpo para aumentar tu poder, porque de esa manera queda claro que tus deseos masculinos son tan grandes que incluso la líder de las dama'ting ha de estar preparada para servirte al instante.

—Otro engaño —comentó él con voz cansada, mientras se sentaba en el trono.

—No, en absoluto —ronroneó, subiéndose a su regazo—. Estoy totalmente preparada para hacerme cargo de los deseos lujuriosos del Shar'Dama Ka.

—Haces que suene como una tarea más. El tedioso precio del poder.

—No tan tedioso —replicó ella, recorriendo su pecho con la punta del dedo. Deshizo los lazos que cerraban sus pantalones holgados y se colocó en posición para montarlo.

Jardir no podía negar el deseo que le inspiraba su belleza, pero también sentía debajo de él el Trono de la Calavera y parecía como si ella lo envolviera, de la misma manera que había cabalgado al Andrah. La muerte del hombre no había servido para suprimir la imagen de su mente, que lo perseguía como un espíritu al que se le hubiera negado el paso a la otra vida.

¿Sentía ella pasión verdadera cuando la tocaba, o sus gemidos y contorsiones no eran más que otra máscara, como el velo opaco que había apartado? Jardir no lo sabía.

Se puso en pie, deshaciéndose de ella.

—No estoy de humor para estos juegos.

Los ojos de Inevera se abrieron como platos, pero contuvo su genio.

—Esto piensa de otra manera —ronroneó acariciando su miembro rígido.

Jardir la apartó de un empujón.

—Pero no me controla —respondió a la vez que rehacía los cierres de su cintura.

Ella le dedicó la mirada de una serpiente agapazada y durante un momento pensó que le atacaría, pero de nuevo recuperó la serenidad propia de una dama'ting. Se encogió de hombros como si su rechazo no tuviera importancia y bajó del estrado con paso sinuoso, balanceando las caderas de manera hipnótica.

Hasik se postró ante el estrado del Trono de la Calavera.

—He traído al khaffit, Liberador —dijo en tono de disgusto. Cuando el guerrero asintió, los guardias abrieron la puerta y Abban avanzó cojeando. Al aproximarse al estrado, Hasik le dio un empujón con la intención de ponerle de rodillas, pero el mercader fue rápido con la muleta y se las apañó para mantenerse en pie.

—¡Arrodíllate delante del Shar'Dama Ka! —rugió el guerrero, pero él alzó una mano para contenerle.

—Si voy a morir, al menos quiero que me permitas hacerlo de pie —repuso.

—¿Qué te hace pensar que deseo matarte? —le preguntó Jardir con una sonrisa.

—¿Es que no soy otro de los hilos que hay que cortar como lo fue el Par'chin antes que yo? —respondió Abban. Hasik bramó y su mano se aferró con fuerza a la lanza mientras los ojos se le llenaban de furia asesina.

—Dejadnos solos —dijo el Liberador con un gesto de la mano en dirección al gigante y los demás guardias. Mientras obedecían, bajó del estrado y permaneció en pie ante el mercader.

—Hablas de cosas de las que es mejor no hacerlo —le dijo con voz serena.

—Era tu amigo, Ahmann —insistió el tullido, ignorándole—. Igual que supongo yo lo fui alguna vez.

—El Par'chin te enseñó la lanza —comprendió él repentinamente—. Tú, khaffit gordo, con esa sonrisa tonta, ¡pusiste tus ojos en la Lanza de Kaji antes que yo!

—Así es —admitió él—, y supe lo que era al instante. Pero yo no se la robé, aunque podría haberlo hecho. Puede que sea un khaffit gordo y tenga una sonrisa tonta, pero no soy ningún ladrón.

Jardir se echó a reír.

—¿No eres un ladrón? Abban, eso es justo lo que tú eres. ¡Robaste aquellas reliquias a los muertos y estafas a la gente en el bazar a diario!

—No veo crimen alguno en rescatar lo que ningún hombre puede reclamar ya como suyo —le respondió el mercader con un encogimiento de hombros—, y el regateo es otra forma de combate, sin deshonor para el victorioso. Yo estoy hablando de matar a un hombre, a un amigo, para quitarle lo que era suyo.

Jardir rugió y su brazo se disparó hacia adelante agarrándole por el cuello. El mercader jadeó y aferró los dedos de Jardir, intentando separarlos, pero era como

intentar doblar el acero. Sus rodillas fallaron y todo su peso cayó sobre el brazo del hombre, pero aún así, éste lo siguió sosteniendo. Su rostro comenzó a adquirir un tono purpúreo.

—No permitiré que un khaffit cuestione mi honor. Mi lealtad es para Krasia y Everam antes que para los amigos, por muy valientes que sean.

¿Dónde están tus lealtades, Abban? ¿Es que tienes alguna, más allá de proteger tu propio y fofo pellejo? —Lo soltó y el hombre cayó a plomo al suelo, donde luchó por conseguir algo de aire.

—¿Y eso que importa? —preguntó con la voz estrangulada—. Una vez muerto el Par'chin, ya no sirvo para nada en Krasia.

—El Par'chin no es el único norteño del mundo —repuso Jardir—, Y ningún krasiano conoce las tierras verdes mejor que Abban el khaffit. Todavía me eres útil.

El mercader alzó una ceja.

—¿Por qué? —preguntó, con el miedo temblando en la voz.

—No tengo por qué contestar a tus preguntas, khaffit. Me dirás lo que deseo saber de una manera o de otra.

—Por supuesto —admitió con un seco asentimiento—, pero sería más fácil contestar a mi pregunta que llamar a tus torturadores y extraer lo que quieres saber entre mis gritos.

Jardir reflexionó durante unos momentos y luego sacudió la cabeza y se rió entre dientes sin poder evitarlo.

—Se me había olvidado que eres valiente cuando se huele el beneficio en el aire —le dijo, alargándole la mano para ayudarlo a ponerse en pie.

—*Inevera*, amigo mío —le respondió el tullido con una ligera inclinación—. Somos lo que Everam haya querido hacer de nosotros. —Durante unos momentos los años se desvanecieron y volvieron a ser quienes habían sido el uno para el otro.

—Voy a empezar la Sharak Sol, la Batalla de la Mañana —le explicó—. Como hizo Kaji antes de mí, conquistaremos las tierras verdes y las uniremos para emprender la Sharak Ka.

—Ambicioso —comentó, pero había un tono vacilante y condescendiente en su voz.

—¿No crees que pueda hacerlo? ^preguntó Jardir—. ¡Soy el Liberador!

—No, Ahmann, no lo eres —replicó en voz baja—. Y si lo fuera alguien, los dos sabemos que sería el Par'chin.

Él le fulminó con la mirada y el mercader le devolvió una idéntica, como si le desafiara a atacarle.

—Así que no me ayudarás de buen grado.

—Yo no he dicho eso, amigo mío —respondió Abban con una sonrisa—. La guerra da siempre muchos beneficios.

—Pero dudas que tenga éxito.

El khaffit se encogió de hombros.

—Las tierras del norte son más extensas de lo que crees, Ahmann, y están mucho más pobladas que Krasia con diferencia.

—¿Acaso crees que diez, incluso cien cobardes norteños podrían vencer a un solo dal'Sharum? —le contestó Jardir con una sonrisa socarrona.

El mercader sacudió la cabeza.

—Jamás dudaría de ti en grandes cosas como las batallas. Pero yo soy un khaffit y dudo que puedas controlar las pequeñas. —Le dirigió una mirada intencionada—. Cosas como el abastecimiento de agua y comida que necesitarás para cruzar el desierto. Los hombres de los que tendrás que desprenderte para guarnecer la Lanza del Desierto y el territorio que vayas conquistando. Los carros cargados de khaffit para servir las necesidades del ejército y las prostitutas para saciar su lujuria. ¿Y quién protegerá a las mujeres y los niños que dejes atrás? ¿Los dama? ¿Qué pasará si vuelven la ciudad contra ti cuando te marches?

Él estaba desconcertado. Lo cierto era que en sus sueños de conquistas y batallas esas cosas parecían poco importantes para tenerlas en cuenta. Inevera había sido una maestra manipulándolo todo para conseguir su ascenso, pero, de algún modo, suponía que ella tampoco había considerado esas nimiedades. Miró al mercader con un nuevo respeto.

—Le abriré mis cofres a quien se preocupe de esas pequeñas cosas.

Abban sonrió y se inclinó tan profundamente como se lo permitió su muleta.

—Será un placer para mí servir al Shar'Dama Ka.

Jardir asintió.

—Quiero marchar dentro de tres veranos. —Le pasó el brazo por los hombros, acercándolo como si fuera un amigo y luego puso los labios a muy poca distancia de su oreja—. Si alguna vez intentas timarme como a cualquiera de tus tontos del bazar —añadió en voz baja—, curtiré tu piel y la usaré como saco para el estiércol. Recuerda esta promesa que te hago.

El mercader palideció y asintió con rapidez.

—Jamás lo olvidaré.

Kha'Sharum

331 d.R.

Jardir siseó y abrazó el dolor cuando ella le cortó la carne.

—¿Te hago daño? —preguntó Inevera.

—Lo he pasado bastante peor en el Laberinto —se mofó—, pero ten cuidado de no cortar un tendón...

La mujer resopló.

—Conozco el interior de la piel de un hombre bastante mejor que tú, marido. No es muy diferente a tallar alagai hora.

Él se quedó mirando la bandeja de plata donde había colocado las finas tiras de carne que le había sacado de la palma de la mano. Dejó que el pinchazo de dolor pasara a través de él mientras Inevera presionaba hierbas contra las heridas.

—No veo la necesidad de esto.

—De acuerdo con el Canon que le quitamos a uno de los Enviados del norte en las mazmorras, los hombres de las tierras verdes creen que el Liberador tendrá la piel llena de marcas que los abismales no pueden soportar —le explicó. Le soltó la mano y él la alzó para observarla, maravillado ante la precisión del grafo que ella había cortado en la piel.

—¿Funcionarán? —preguntó, flexionando la mano de manera experimental.

Inevera asintió.

—Cuando termine, el contacto con tu mano les causará a los alagai más daño que una estocada de la mismísima Lanza de Kaji.

Jardir sintió un escalofrío de emoción recorrer por su cuerpo. El pensamiento de luchar contra un demonio en sus propios términos y matarlo con las manos desnudas era casi intoxicante.

Inevera apenas había acabado de vendar la mano cuando el Damaji Ashan entró en el salón del trono, seguido por su hijo Asukaji y el segundo hijo de Jardir, Asume. Ambos eran demasiado jóvenes para llevar las vestiduras blancas de un dama pero como eran Sangre del Liberador, nadie osó cuestionarlo.

—Liberador —le saludó con una inclinación—, el khaffit —escupió la palabra como si tuviera mal sabor— está aquí con las cuentas.

Asintió, y Abban entró en la habitación cojeando con su muleta de marfil en forma de camello, mientras Inevera se colocaba a sus pies. El Damaji Aleverak

seguía al mercader con la manga derecha vacía de su ropaje sujeta a la espalda. El hijo de Jardir, Maji, vestido con el bido de nie'dama, iba detrás pegado a su sombra. Se reunieron con Ashan, Asukaji y Asume a la derecha del Trono de la Calavera.

El tullido hizo una reverencia, sacó un pequeño vial de su cinturón y se lo arrojó al líder.

—El Dama Qavan de los mehnding me pidió que te diera esto.

Jardir cogió el vial en el aire y lo miró con curiosidad.

—¿Te pidió que me dieras esto?

—Bueno, lo que tiene dentro —explicó él—, mezclado en tu comida o en la bebida.

Inevera tomó el vial de manos de su marido y abrió el tapón para olisquear el contenido. Puso una gota en la punta de un dedo y lo probó.

—Veneno de áspid —dijo ella y lo escupió—. En cantidad suficiente para matar a diez hombres.

Jardir inclinó la cabeza en dirección al mercader.

—¿Cuánto te pagaron?

Sonrió y alzó un saquito de monedas tintineante.

—El rescate de un damaji.

Asintió.

El damaji Enkaji de los mehnding solía apoyarle en público, pero no era el primer intento de asesinato que procedía de uno de sus subalternos.

—Haré que arresten al Dama Qavan y que afronte las consecuencias —resolvió Ashan.

—Es una pérdida de tiempo —intervino el mercader—. Él no traicionaría a sus damaji ante vuestros torturadores. Es mejor dejarle solo.

—¡Nadie te ha pedido tu opinión, khaffit! —gruñó el Damaji Aleverak, haciendo que el tullido diera un respingo—. No podemos dejar al hombre con vida para que trame más complots contra el Shar'Dama Ka.

—Quizá el khaffit no ande tan desencaminado, marido —interrumpió Inevera, provocando la misma mirada airada que Aleverak siempre le dedicaba cuando la mujer osaba decir lo que pensaba ante el Trono de la Calavera—. Abban puede decirle a Qavan que tomaste el veneno y que te produjo apenas un calambre, y de ese modo, sembrar el rumor en el bazar para que se extienda por toda la ciudad. Eso provocará una sensación de invencibilidad tal que hasta el asesino más valiente tendrá que considerar de nuevo sus intenciones.

—La Damajah es sabia —reconoció el mercader con una reverencia. Eran tal para cual, él y su esposa, siempre manipulando a los demás de acuerdo a sus deseos. Jardir vio cómo los ojos del khaffit daban un rápido repaso a la figura de Inevera, bebiendo de la belleza que su mujer exhibía con total impudicia. Reprimió un ataque de ira.

Inevera le había dicho que hacer ostentación de algo que los demás codiciaban le haría sentirse poderoso, pero después de dos años el efecto seguía siendo justo el contrario.

Pero le gustara o no, tanto Abban como Inevera tenían habilidades que necesitaba, habilidades de las que carecían en gran medida los dama y los Sharum. Las cuentas del mercader y los dados de la dama'ting lo enfrentaban con la realidad de una forma brutal, mientras que otros hombres en Krasia sólo se le acercaban para decirle lo que creían que él deseaba oír, aunque sus palabras nada tuvieran que ver con la verdad.

Jardir dependía cada vez más de ellos y ambos lo sabían; continuaban vistiendo de manera extravagante y se adornaban con chucherías de oro, como si le desafiaban a que les castigara.

—El Damaji Enkaji es poderoso, Liberador —le recordó el tullido—, y las habilidades de su tribu como ingenieros son esenciales en nuestros preparativos de guerra. Tú siempre lo desdeñas negándole un lugar en tu consejo privado. Quizá ahora no sea el momento de seguir una pista que conduzca hasta él y te obligue a actuar públicamente.

—Savas todavía no es lo bastante mayor para convertirse en damaji de la tribu —añadió Inevera, refiriéndose al hijo mehnding de Jardir—. No seguirían a un chico que aún lleva el bido.

Ambos llevaban razón. Si Jardir mataba a Enkaji antes de que Savas consiguiera las vestiduras blancas, el turbante negro pasaría directamente a uno de los hijos de Enkaji, que mantendría la misma animosidad de su padre contra él, si no más.

—Muy bien —aceptó al final, aunque le enfermaba plegarse a las intrigas de ambos—. Tended vuestra red sobre Qavan. Y ahora vamos a las cuentas.

—A día de hoy, contamos con 217 damas, 322 dama'ting, 5.012 Sharum, 17.256 mujeres, 15.623 niños, incluyendo los que se encuentran en su Hannu Pash, y 21.733 khaffit en toda la Lanza del Desierto —contabilizó el mercader.

—No son suficientes guerreros si queremos marchar el próximo verano —comentó él—. El año pasado sólo salieron unos cuantos cientos del Hannu Pash.

—Quizá deberías posponer tus planes —sugirió Abban—. En una década podrás doblar tus fuerzas.

Jardir sintió cómo la mano de Inevera acariciaba su pierna y hundía sus largas uñas en la carne; sacudió la cabeza.

—Ya lo hemos pospuesto demasiado.

—Entonces tendrás que marchar con los guerreros que tengas el año que viene —respondió el tullido con un encogimiento de hombros—. No creo que lleguen a seis mil.

—Necesito más —insistió él.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Abban—. Los dal'Sharum no están almacenados como el trigo en el bazar, con los mercaderes a la espera de que suba el precio para sacarlos afuera. Esto no funciona así.

Jardir se lo quedó mirando con tanta dureza que el mercader se estremeció.

—¿He dicho algo?

—El bazar —afirmó—. No he estado allí desde que Kaval y Qeran nos sacaron de nuestras casas. —Se puso en pie, y se colocó una pieza blanca sobre las vestiduras negras de Sharum que aún llevaba—. Muéstramelo ahora.

—¿Yo? —preguntó—. ¿Quieres caminar por las calles al lado de un khaffit?

—¿Es que hay alguien más apropiado? —inquirió a su vez. Todos los presentes en la habitación se volvieron hacia él y lo contemplaron horrorizados.

—Liberador —protestó Ashan—, el bazar es un lugar para mujeres y khaffit...

—Ese terreno no es apropiado para los pies del Shar'Dama Ka —estuvo de acuerdo Aleverak.

—Seré yo quien decida eso —replicó él—. Quizá encuentre algo de valor allí.

Ashan frunció el ceño, pero se inclinó.

—Por supuesto, Liberador. Prepararé a tus guardaespaldas. Cien leales Sharum...

—No es necesario ningún cuerpo de guardias —le cortó Jardir—. Puedo protegerme solo de las mujeres y los khaffit.

Inevera se puso en pie y le ayudó a vestirse.

—Al menos déjame que arroje los dados primero —le susurró ella—. Atraes a los asesinos como un carro de estiércol a las moscas.

El sacudió la cabeza negativamente.

—Esta vez no, jiwah. Hoy siento la mano de Everam sobre mí, y no necesito todas esas muletas.

Ella no parecía convencida, pero se apartó hacia un lado.

Jardir se sintió más ligero conforme salía a grandes zancadas del palacio. No recordaba la última vez que había abandonado sus murallas a la luz del día. Antes adoraba sentir el calor del sol. Su espalda se irguió mientras caminaban, y algo en su interior... comenzó a agitarse. Percibía que estaba haciendo algo positivo, como si el mismo Everam le guiase.

El tiempo pareció detenerse mientras paseaban por el Gran Bazar; tanto los mercaderes como los clientes se quedaban helados a su paso. Algunos se mostraban maravillados al contemplar al Liberador, y otros aún se sorprendían más al ver al khaffit a su lado. Se iba generando un rumor a su zaga y muchos comenzaron a seguirles.

El bazar se extendía varios kilómetros a ambos lados de la puerta principal por el

lado de sotavento de la muralla interna de la ciudad. Las tiendas y los carros parecían multiplicarse hasta el infinito y había un gran despliegue de grandes pabellones y pequeños kioskos, sin mencionar los incontables vendedores ambulantes de comida y baratijas, los porteadores que se afanaban transportando mercancías y las enormes multitudes de tenderos, en pleno regateo para obtener alguna ganga.

—Es más grande de lo que recordaba —dijo Jardir, sorprendido—. Cuántos recovecos y curvas. El Laberinto intimida menos.

—Se dice que un hombre caminando durante un día entero no llegaría a pasar por delante de todos los vendedores —le explicó el mercader—, y a más de un idiota se le ha visto intentando salir de aquí cuando los dama hacen sonar el toque de queda desde los minaretes del Sharik Hora.

—Cuántos khaffit... —comentó de nuevo, aún maravillado al observar el mar de rostros afeitados y vestiduras marrones—. Aunque veo los recuentos todas las mañanas, la cantidad no había llegado nunca a impresionarme. Superáis en número a todos los demás en Krasia.

—Hay algunos beneficios en que se te niegue el Laberinto. Entre ellos, una vida larga.

Jardir asintió. Ésa era otra cosa que no había tenido en cuenta antes.

—¿En algún momento lo has echado de menos? Sin tener en cuenta el miedo, ¿alguna vez has deseado estar dentro del Laberinto?

Abban cojeó en silencio durante un buen rato.

—¿Acaso eso importa? —le preguntó al final—. No era mi destino.

Caminaron un poco más, hasta que Jardir se detuvo de pronto, y se quedó mirando fijamente en una dirección. Al otro lado de la calle había un khaffit gigante, que fácilmente debía superar los dos metros y cuyos músculos destacaban bajo sus vestiduras marrones. Portaba un enorme tonel de agua debajo de cada brazo sin que pareciera costarle más esfuerzo que si acarreará en su lugar un par de sandalias.

—¡Eh, tú! —le llamó, pero el gigante no respondió. Jardir cruzó a grandes zancadas la calle en dirección a él y le cogió del brazo. El khaffit se volvió de pronto, sorprendido, y casi dejó caer los barriles antes de recuperarse de la sorpresa—. Te he llamado, khaffit —rugió Jardir.

Abban puso una mano sobre su brazo.

—No te oye, Liberador. El hombre nació sordo.

Debía de ser cierto pues el gigante gemía y señalaba frenéticamente sus orejas. El mercader hizo una serie de señas rápidas con las manos que le calmaron.

—¿Sordo? —preguntó—. ¿Y por eso no consiguió finalizar el Hannu Pash?

El tullido se echó a reír.

—En primer lugar, a los niños con este tipo de faltas nunca se les llama al Hannu Pash. Este hombre es khaffit de nacimiento.

Otro hombre, un hombre de aspecto ágil y que debería de tener unos treinta y cinco años, salió de un puesto y se quedó parado por la sorpresa de verles allí.

—Detente —le ordenó cuando el hombre intentó huir. Inmediatamente el khaffit cayó de rodillas y pegó el rostro contra el polvo del suelo.

—Oh, gran Shar'Dama Ka —imploró el hombre—. No merezco que reparéis en mi existencia.

—No tengas miedo, hermano —le dijo Jardir a la vez que posaba la mano sobre el hombro del aterrorizado khaffit—. Yo no tengo tribu, ni casta. Represento a toda Krasia, sean dama, Sharum o khaffit.

La tensión del hombre pareció ceder ante sus palabras.

—Dime, ¿por qué vistes de marrón, hermano?

—Soy un cobarde, Liberador —repuso, con la voz tensa por la vergüenza—. Mi voluntad se quebró en la primera noche en el Laberinto. Rompí la sogá... y abandoné a mi ajin'pal. —Comenzó a gemir y Jardir le dejó desahogarse. Después le acarició el hombro y el hombre alzó la mirada.

—Caminarás detrás de mí mientras paseo por el bazar —le dijo, y el hombre jadeó de puro asombro—. Y el sordo, también —le dijo a Abban, el cual le hizo una serie de señas al gigante. Ambos siguieron obedientemente a Jardir, junto con todos los demás que habían presenciado el suceso, tanto hombres como mujeres. Incluso los vendedores dejaron sus cacharros desatendidos para andar detrás del Liberador.

Allá donde mirara veía a más hombres útiles cubiertos de tela marrón, cada uno con un motivo distinto por el cual fueron desechados para vestir de negro. Ninguno osó mentirle cuando les presionaba para que le dijeran la verdad.

—Yo era débil y enfermizo como un niño —le dijo uno.

—No veo los colores —apuntó otro.

—Mi padre sobornó al dama para que me rechazara —admitió un tercero.

—Necesito usar lentes —le dijeron muchos, y otros habían sido expulsados del sharaj simplemente porque eran zurdos.

Jardir apretó los hombros de todos y cada uno y les dio permiso para que caminaran detrás de él. Poco después le seguía una multitud, y cada vez se les unían más. Finalmente, echó una ojeada sobre su hombro y asintió al ver a una muchedumbre de cientos de personas. Se subió sobre el carro de un vendedor para que todos pudieran verle y miró desde allí a las mujeres y los khaffit.

—¡Soy Ahmann asu Hoshkamin am'Jardir asu Kaji! —gritó, alzando la Lanza de Kaji—. ¡Soy el Shar'Dama Ka! —La multitud rugió en respuesta, sorprendiéndole con un poder y una fuerza que jamás hubiera soñado que pudiera existir—. ¡Everam me ha encomendado la destrucción de los alagai pero para hacerlo necesito Sharum! —Barrió con el brazo a toda la multitud—. Veo entre vosotros a hombres fuertes a los que se les negó la lanza cuando eran niños. Hombres que han sido obligados a vivir

en la vergüenza y la pobreza, y que han arrastrado con ellos a sus padres y a sus hijos, mientras sus hermanos y primos caminaban por la senda de la gloria de Everam.

Los hombres que le habían pedido que les dejara seguirle asentían y se mostraban de acuerdo con sus palabras.

—Ahora tenemos magia para destruir a los alagai. Nuestras lanzas los atraviesan a centenares, pero tenemos más lanzas que hombres que las porten. ¡Así que os ofrezco una segunda oportunidad! Cualquier khaffit que esté capacitado físicamente y que desee unirse a la alagai'sharak, que se presente en los campos de entrenamiento mañana, donde cada tribu levantará un khaffit'sharaj para entrenarlos. Aquellos que completen el entrenamiento serán llamados kha'Sharum y ¡se les entregarán armas protegidas para comprar su camino de vuelta a la gloria y al Cielo para vosotros y vuestras familias!

Se hizo un silencio asombrado mientras sus palabras calaban en la gente. Los hombres que habían pasado sus vidas bajo el yugo de los Sharum, vencidos y cargados bajo el peso de su casta, comenzaron a enderezar las espaldas. Jardir parecía leer sus mentes mientras imaginaban la gloria que les esperaba, la oportunidad de una vida mejor.

—¡La Sharak Ka está cerca! —gritó él—. Hay honor para todos en la Gran Guerra. ¿Quién de vosotros luchará junto a mí?

El primer hombre al que le había pedido que le siguiera, aquel que había huido de su ajin'pal en el Laberinto, dio un paso hacia adelante y se arrodilló.

—Liberador, a mi corazón le pesa haber fallado en el Laberinto. Te suplico una segunda oportunidad. —Jardir abatió la Lanza de Kaji y le tocó el hombro con ella.

—Álzate, kha'Sharum.

El hombre hizo lo que le pedía, pero antes de que se levantara por completo una lanza le alcanzó en la espalda. Jardir lo tomó entre sus brazos antes de que cayera, y lo miró profundamente a los ojos mientras el hombre tosía sangre.

—Estás salvado —le dijo—. Las puertas del Cielo están abiertas para ti, hermano.

El hombre sonrió mientras la luz abandonaba sus ojos. El Liberador lo depositó en el suelo y examinó la lanza que sobresalía de su espalda. Era una de las armas de corto alcance que solían usar los Batidores nanji.

Jardir alzó la mirada y vio a tres nanji acercarse a él; portaban sus lanzas cortas en una mano y unas boleadoras en la otra. Aunque era de día llevaban los velos calados para ocultar el rostro.

—Has ido demasiado lejos, Sharum Ka, al ofrecerles lanzas a los khaffit —gritó uno de ellos.

—Hemos de acabar con tu vida —afirmó otro.

Comenzaron a avanzar, pero varios khaffit se adelantaron de entre la muchedumbre y se colocaron delante del Liberador para formar una muralla

protectora.

Los nanji se echaron a reír.

—Ha sido estúpido por tu parte dejar el palacio sin guardaespaldas —añadió otro de ellos—. Los khaffit no podrán protegerte.

No era de sorprender que los guerreros pensaran que las mujeres y los khaffit no eran amenaza alguna, pero Jardir, que había sentido el poder de la multitud sólo un momento antes, no estaba tan seguro. Incluso así, no le pediría a ninguno de ellos que muriera por él.

«Proyecta una sensación de invencibilidad tal que hasta el asesino más valiente tendrá que considerar de nuevo sus intenciones.»

—¡Dejadles pasar! —gritó mientras bajaba de un salto del carro. Los hombres, asustados, se apartaron con rapidez.

—¿Crees que podéis matarme con sólo tres guerreros? —rió en sus mismas caras—. Aunque hubiera cien nanji merodeando en las sombras, no necesitaría más guardaespaldas que ahora. —Apoyó la punta de la Lanza de Kaji en el suelo y sacó pecho para desafiarles a que le atacaran—. ¡Yo soy el Shar'Dama Ka! —gritó sintiendo la verdad de sus palabras—. ¡Golpeadme si os atrevéis!

Los nanji se acercaron, pero Jardir los veía dudar, pues su sola presencia los turbaba. Las lanzas les temblaban en las manos y se miraban unos a otros, inseguros de cuál de ellos lideraría el ataque.

—¡Atacad o arrodillaros! —rugió él. Alzó la Lanza de Kaji y el metal brillante captó la luz del sol y pareció relumbrar de puro poder.

Uno de los guerreros nanji dejó caer la lanza y cayó de rodillas.

—¡Traidor! —le gritó otro de ellos, y se volvió para ensartarlo; pero el tercero fue más rápido y arrojó su lanza, de modo que atravesó el pecho del agresor.

Se oyó un chasquido detrás de Jardir y el susurro de unas sandalias sobre lona. Conocía bien las tácticas de los nanji; así que se volvió para enfrentarse al verdadero asesino, que estaba agazapado en lo más alto del pabellón que tenía a su espalda. Si el Batidor hubiera atacado mientras él estaba distraído por los otros, ya estaría muerto.

Sus ojos se encontraron, pero él esperó, sin decir nada. Un momento más tarde, el hombre arrojó su lanza, dio un salto mortal detrás de ella y se arrodilló a los pies de Jardir.

Jardir se acercó al hombre que había caído, sacó la lanza de su espalda y la levantó para que la vieran todos.

—¡Ésta no es sangre khaffit! —gritó—. Es la sangre de un guerrero, el primer kha'Sharum, y haré que laquen su calavera y la añadiré a mi trono para que sea recordado por siempre jamás. —Miró a los khaffit—. ¿Alguno de vosotros dará un paso adelante para ocupar su lugar?

Se oyó un gemido disonante y el gigante sordo de dos metros de altura empujó a

la gente hacia adelante y se arrodilló a sus pies. Otros le siguieron con rapidez y hubo una presión frenética para arrodillarse ante él. Mientras él los tocaba en el hombro uno por uno, Abban vio la ocasión para hablar.

—¡No temáis, aquellos de vosotros que no podáis llevar una lanza por la edad o por enfermedad! —gritó— ¡No temáis, vosotras mujeres, vosotros niños! ¡El Liberador no sólo necesita Sharum! También necesita tejedores para hacer redes y herreros para las puntas de lanza. Lonas para los pabellones de los kha'Sharum y comida para sus guerreros. ¡Venid a mi pabellón por la mañana, si deseáis colaborar en la gloria de Krasia y traer honor a vuestras familias!

Jardir frunció el ceño, pues sabía que el mercader actuaba tanto para obtener beneficio de la mano de obra barata como para ayudar a la guerra, pero no le contradijo. Harían falta ese tipo de trabajos si querían marchar en un año.

La gente comenzó a corear su nombre mientras él continuaba tocando a los hombres con la Lanza de Kaji y los nombraba kha'Sharum. El rumor pronto recorrió como un trueno el bazar, y su eco resonó por toda la ciudad.

—Jardir! ¡Jardir! ¡Jardir!

—Una maniobra maestra —le comentó Abban al oído cuando terminó con el último khaffit—. Has conseguido diez mil guerreros o dos veces esa misma cantidad en esclavos por nada, a cambio de que prueben el sabor de la dignidad.

—¿Eso es todo lo que ve tu corazón de mercader? —le preguntó, mirándole—. ¿Una transacción comercial?

Al menos tuvo la decencia de parecer avergonzado, aunque él dudaba de su sinceridad.

Al día siguiente, dos mil hombres se presentaron en los campos de entrenamiento, mientras las tribus erigían aún los khaffit'sharaj. Una semana más tarde, el número se había triplicado. Otra semana más y comenzó un goteo procedente de las aldeas de hombres que habían sido khaffit durante diez generaciones y que querían romper con su casta; traían consigo a sus familias para que compartieran el esfuerzo de la guerra. En menos de un mes, Jardir había triplicado el tamaño de su ejército, y la ciudad hervía de gente como no lo había hecho durante décadas.

—El próximo verano —repitió él mientras Abban terminaba con su recuento matinal.

—Los norteños aún nos superan en número con creces —repuso el mercader. El Liberador asintió.

—Quizá, pero los mejores de esos alfeñiques del norte no podrán enfrentarse ni siquiera a los kha'Sharum cuando llegue el momento.

—¿Cuántos dejarás aquí para guarnecer la Lanza del Desierto? —preguntó Ashan.

—A ninguno —replicó él, arrancando miradas de sorpresa de todos los que estaban en el salón, incluida Inevera.

—¿Te llevarás a todos los guerreros? —preguntó Aleverak—. ¿Y quién defenderá la ciudad?

—No sólo los guerreros, damaji —afirmó él— Todos los krasianos. Dejaremos atrás la Tierra del Sol, todos nosotros, incluidos los mayores, los lisiados y los enfermos. Todos los hombres, mujeres y niños, tanto habitantes de la ciudad como aldeanos. Abandonaremos la Lanza del Desierto, cerraremos las puertas a nuestras espaldas, y dejaremos que sus murallas inexpugnables desafíen a los alagai hasta que queramos recuperarla.

Los ojos de Aleverak se encendieron con un brillo fanático.

—Eso es un plan peligroso, Liberador —le advirtió Ashan—. Nuestro ejército se moverá muy despacio cuando deberíamos ser rápidos.

—Al principio, quizá —repuso—. Pero necesitamos ocupar las tierras verdes cuando las conquistemos, sin dejar tropas atrás. Everam colocó a los khaffit en la Tierra del Sol al igual que hizo con nosotros. En el norte, un khaffit que siga el Evejah todavía será superior en rango a un chin. Les dejaremos que se asienten a nuestro paso y que sostengan la tierra para Everam mientras los Sharum continúan su marcha.

Jardir vio cómo Inevera toqueteaba su bolsita con gesto ausente. Se excusaría para arrojar los dados tan pronto como terminara la audiencia, pero no tenía duda de que confirmaría su elección. Sabía que su plan era acertado, e incluso el mercader asentía aprobándolo.

—¿Cuándo se lo dirás a los otros damaji? —preguntó Ashan.

—No hasta que estemos preparados para marcharnos —explicó—; no deseo dar tiempo a Enkaji y a los demás para que se opongan a la decisión. Quiero que todo el mundo tenga la puerta a su espalda antes de que empiecen a poner pegas.

—¿Y adonde? —preguntó Abban—. ¿Fuerte Rizón?

Él sacudió la cabeza.

—Primero a Sol de Anoch. Y de allí a las tierras verdes.

—¿Has encontrado la ciudad perdida? —inquirió el mercader.

Jardir hizo un gesto hacia la mesa cubierta de mapas.

Nunca estuvo perdida. Siempre tuvimos mapas muy detallados en el Sharik Hora. Simplemente dejamos de ir allí después del Retorno.

—Increíble —comentó el tullido.

El Liberador se lo quedó mirando.

—Lo que no entiendo es cómo lo pudo encontrar el Par'chin. Rastrear el desierto

le hubiera llevado toda la vida. Alguien le ayudó. ¿A quién habría acudido con una petición así?

—Hay cien mercaderes en el bazar que dicen vender mapas de Sol de Anoch —respondió Abban con un encogimiento de hombros.

—Falsificaciones —apuntó Jardir.

—Pues parece que no —replicó.

Jardir sabía que el khaffit bailaba entre la verdad y la mentira con tanta facilidad como un hombre respira.

—*Inevera* —dijo al final, alzando la Lanza de Kaji—. Nada sucede sin que sea voluntad de Everam.

Sol de Anoch

332 d.R.

*E*l oasis de la Aurora era un lugar de gran belleza; una serie de monolitos protegidos rodeaban una amplia área cubierta de hierba, varios bosquecillos de árboles frutales y una gran charca de agua fresca y limpia, alimentada por el mismo río subterráneo que abastecía la Lanza del Desierto. Había una escalera tallada bajo cada monolito que conducía a una cámara subterránea iluminada con antorchas donde un hombre podía lanzar las redes al río y pescar comida suficiente para un buen festín.

Era un oasis pequeño, que servía de apeadero para las caravanas de mercaderes, aunque eran los solitarios Enviados los que lo usaban más a menudo. Desde luego, jamás se pensó que tendría que abastecer al ejército más grande que el mundo había visto en siglos.

La hueste de Jardir cayó sobre él como langostas. Rodearon los monolitos con miles de tiendas y pabellones y antes de que llegara el grueso de los krasianos, habían cogido la fruta de los árboles y los habían cortado para obtener madera, la hierba había desaparecido convertida en pasto para el ganado o bien pisoteada hasta su desaparición. Los miles de hombres que habían usado el lago para lavarse los pies o llenar sus pellejos la habían convertido en una charca fétida y fangosa. Habían colocado redes en la cámara subterránea para pescar, pero lo que habría sido una rica captura para una caravana era apenas un bocado para la horda krasiana.

—Liberador —dijo Abban, acercándose a Jardir mientras éste inspeccionaba el campamento—. Creo que hay algo que deberías ver.

Él asintió y el mercader le condujo a un gran bloque de arenisca cubierto de tallas. Algunos eran grabados superficiales, que se habían ido borrando con el paso de los años y otros aún eran profundos y parecían recientes. En algunos puntos, la pared contenía meros arañazos, pero en otros mostraba grandes diseños trabajados con una caligrafía artística. Todos estaban realizados con el estilo caligráfico del norte, con cuyos feos trazos Jardir apenas estaba familiarizado.

—¿Qué es eso?

—Marcas de los Enviados, Liberador —repuso—. Están por todo el oasis, y son de todos los hombres que se han refugiado aquí en su camino hacia la Lanza del Desierto.

—¿Y qué tiene eso de particular? —preguntó el Liberador con un encogimiento de hombros.

El mercader señaló un trozo de la piedra que estaba tallado en una florida caligrafía. Jardir no pudo leer las letras, pero incluso él podía apreciar su belleza.

—Aquí se lee: «Arlen Bales de Arroyo Tibbet».

—El Par'chin —aclaró Jardir y su interlocutor asintió—. ¿Y qué más dice?

—Dice: «Alumno del Enviado Cob de Miln, Enviado de los duques, conocido como el Par'chin en Krasia y amigo de Ahmann Jardir, Sharum Ka de la Lanza del Desierto».

Abban hizo una pausa y dejó que las palabras calaran en su oyente, hasta que éste hizo una mueca.

—Continúa —gruñó.

—«He estado en los cinco fuertes habitados —leyó, mientras señalaba los nombres de las ciudades marcadas con una lanza con la punta hacia arriba—, y en casi todas las aldeas conocidas de Thesa.» —Señaló otra lista más larga, ésta con docenas de nombres anotados—. Estos nombres marcados con la lanza hacia abajo son de las ruinas que ha visitado. —Y señaló otra larga lista—. El Par'chin estuvo ocupado durante los períodos que pasaba alejado de la Lanza del Desierto. Hay también ruinas krasianas listadas aquí.

—¿Sí? —preguntó Jardir.

—El Par'chin pasaba mucho tiempo recorriendo el bazar a la búsqueda de mapas e historias.

El Liberador dirigió de nuevo la mirada a la lista.

—¿Está Baha kad'Everam ahí? —Como el mercader no respondió de forma inmediata, se volvió hacia el khaffit—. No me hagas preguntar dos veces. Si le pido a alguno de nuestros prisioneros chin que me traduzca el texto y veo que me has mentido...

—Está aquí —replicó él.

Jardir asintió.

—Así que al final recuperaste el resto de la loza de Dravazi —afirmó más que preguntó. El mercader no replicó, no hacía falta—. ¿Cuál es el último? —inquirió, señalando una gran talla al final de la lista, aunque casi podía adivinarlo.

—El último lugar al que el Par'chin fue antes de llegar a la Lanza del Desierto.

—Sol de Anoch —apuntó, y el mercader asintió.

—¿Puede alguno de los otros mercaderes leer este idioma?

—Unos cuantos, quizá —respondió el tullido con un encogimiento de hombros.

El Liberador gruñó.

—Que vengan algunos hombres con mazas y destruyan la piedra hasta convertirla de nuevo en arena.

—¿Para que nadie pueda saber que el Shar'Dama Ka sigue los pasos de un chin muerto? —inquirió.

Jardir le golpeó y lo derribó al suelo. El gordo khaffit restañó la sangre de su boca, pero sin los habituales gimoteos y gritos lastimeros. Los ojos de ambos se encontraron y Jardir sintió que la ira lo abandonaba y lo embargaba la vergüenza. Se dio la vuelta y se quedó mirando la gran zanja que su gente había cavado en la arena; se preguntó si alguno de ellos habría pisado sin saberlo los huesos enterrados de su amigo.

—**E**stás preocupado —le dijo Inevera cuando Jardir se retiró a su pabellón. No era una pregunta.

—Me pregunto si el auténtico Liberador se preocupaba por todo, o si sentía que Everam guiaba sus actos y se limitó a seguir el camino trazado ante él.

—Tú eres el verdadero Liberador, así que imagina que debió ser igual para Kaji que para ti.

—¿Lo soy? —preguntó él.

—¿Crees que es una coincidencia que la Lanza de Kaji llegara a tus manos justo en el momento en que estabas en posición de hacerte con el control de toda Krasia? —respondió ella con otra pregunta.

—¿Coincidencia? No. Tú llevas «posicionándome» más de veinte años. Hay más dados de demonio en mi ascenso que verdaderos méritos.

—¿Fueron los dados de demonio los que llegaron al corazón de los khaffit y unificaron a nuestra gente? —inquirió ella—. ¿Fueron los dados los que vieron tus triunfos repetidos en el Laberinto, antes de que pusieras los ojos en la Lanza de Kaji? ¿Son los dados los que te han puesto en marcha ahora?

Jardir sacudió la cabeza.

—No, claro que no.

—Esto es por la piedra tallada del Par'chin —adivinó ella.

—¿Cómo te has enterado de eso?

Inevera ignoró la pregunta con un gesto de la mano.

—El Par'chin era un ladrón de tumbas, nada más. Uno valiente —admitió ella, a la vez que posaba un dedo en los labios de su marido para evitar la protesta—, astuto y atrevido, pero ladrón de todas formas.

—¿Y qué soy yo, que le robé a mi vez?

—Tú eres lo que has escogido ser. Puedes escoger ser el salvador de todos los hombres o puedes enfurruñarte por cosas pasadas y dejar pasar la oportunidad que tienes delante.

La mujer se inclinó y lo besó. Un beso cálido y profundo, que le dio sin que se lo

pidiera, uno que recordó a Jardir que, incluso entonces, la amaba.

—Tengo fe en ti, aunque tú la pierdas. Los dados hablan de la voluntad de Everam y ni ellos ni yo habríamos colaborado en tu ascenso si no hubiéramos creído que tú, tú y ningún otro, podrías cargar con este peso. Matar al Par'chin fue una crueldad necesaria, al igual que Amadeveram. Lo habrías evitado si hubieras podido.

Ella se deslizó entre sus brazos y Jardir sintió que recuperaba parte de sus fuerzas cuando la abrazó. Crueldad necesaria. El Evejah hablaba de eso cuando relataba cómo el mismo Kaji había tenido que subyugar a los chin del norte. Cada uno de los alagai muertos ayudaba a equilibrar la balanza y Jardir pretendía eliminarlos a todos antes de comparecer ante el Creador para que los hechos de su vida fueran valorados y juzgados.

*E*l explorador condujo su camello hasta donde aguardaba Jardir montado en su caballo blanco, se detuvo a una distancia respetuosa y se golpeó el pecho con el puño.

—Shar'Dama Ka —le saludó—. Hemos encontrado la ciudad perdida. Está medio enterrada en la arena, pero en buena parte parece intacta.

Hay varios pozos que pensamos podrán ponerse en servicio de nuevo, pero no hemos encontrado gran cosa en cuanto a comida o pasto.

Él asintió.

—Everam ha preservado la ciudad para nosotros. Envía una avanzadilla para que realice un plano de la ciudad y prepare los pozos. Sacrificaremos el ganado y conservaremos la carne para no malgastar el grano almacenado.

—Eso es peligroso —replicó Abban—. Sacrificar a todos los animales no nos permitirá reponer el ganado.

—Debemos confiar en las tierras verdes como provisión futura. Por ahora, necesitamos todo el tiempo que sea posible para explorar la ciudad sagrada.

El grueso de la gente se movía con lentitud, y pasaron días antes de que alcanzaran a los exploradores, que para entonces habían hecho planos de la ciudad con cierto detalle, aunque era mucho más grande que la Lanza del Desierto, y podían quedar aún partes por descubrir. Había discrepancias entre los planos de los exploradores y los viejos pergaminos que habían traído del Sharik Hora.

—Dividiremos la ciudad por tribus y pondremos a cada damaji a supervisar la excavación de su sección, aconsejado por los dama y los Protectores con más conocimientos. Cada una de las reliquias que quede al descubierto deberá ser presentada ante mí para ser catalogada.

—Se hará como dices, Liberador —contestó Ashan con un asentimiento, y se puso en marcha para trasladar las instrucciones a los demás damaji.

Durante la semana siguiente, las tribus saquearon la antigua ciudad; irrumpieron a

través de paredes, robaron las tumbas y destruyeron secciones enteras de la muralla y pilares protegidos. El Par'chin apenas había dejado señales de su paso, pero los krasianos no pusieron empeño alguno en dejar la ciudad intacta. Los escombros se apilaban por todos lados y secciones enteras de calles y edificios se hundieron cuando los túneles excavados debajo de ellas las pusieron en peligro.

Cada tarde, los damaji comparecían ante Jardir y apilaban sus hallazgos. Cientos de nuevos grafos, muchos de ellos diseñados para dañar demonios o crear otro tipo de efectos mágicos. Armas y armaduras protegidas, mosaicos y pinturas de antiguas batallas, algunas del mismo Kaji.

Cada noche luchaban de nuevo. Una muchedumbre de demonios se acercaba a la ciudad y, cuando el sol se ponía, los hombres de Jardir abandonaban su trabajo diurno y cogían la lanza y el escudo. Con aquellos poderosos grafos inscritos hasta en las más débiles lanzas de los kha'Sharum, los alagai morían a miles y pronto no quedó ninguno para hechizar las arenas sagradas. Los Sharum continuaron patrullando pero parecía que la ciudad había quedado completamente limpia, como un signo de Everam de lo acertado de su camino.

—**L**iberador —dijo Ashan, al entrar en la tienda con Asume y Asukaji—. Lo hemos encontrado.

Jardir no tuvo necesidad de preguntar a qué se referían; guardó sus mapas de las tierras verdes y se colocó las vestiduras blancas. Todavía no había llegado a la entrada de la tienda cuando Inevera apareció a la cabeza de sus esposas dama'ting y su presencia confirmó la información de Ashan. Las mujeres les siguieron en silencio mientras cruzaban la ciudad.

—¿Qué tribu ha tenido el honor? —preguntó Jardir.

—Los mehnding, Padre —informó Asume. En ese momento tenía dieciséis años, era un hombre por derecho propio y se movía con la gracia de un maestro de la sharusahk. Su voz suave parecía mucho más peligrosa procediendo de aquel cuerpo enjuto, alto, envuelto en las ropas blancas como una lanza cubierta de seda.

—Por supuesto —masculló él entre dientes. Qué apropiado resultaba que sus damaji menos leales encontraran la tumba de Kaji.

Enkaji estaba esperando cuando llegaron con el hijo mehnding de Jardir, Savas, que aún llevaba su bido de nie'dama.

—¡Shar'Dama Ka! —gritó el damaji, postrándose en el suelo polvoriento de la cama sepulcral—. Es un honor para mí mostraros la tumba de Kaji.

Él asintió.

—¿Está intacta?

Enkaji se puso en pie y señaló con un amplio gesto del brazo el gran sarcófago,

cuya cubierta de piedra estaba fuera de su lugar.

—Me temo que el Par'chin fue concienzudo —explicó el hombre—. La lanza no está, como es lógico, pero ya es tuya. —Hizo un gesto hacia los harapos polvorientos que llevaba el esqueleto—. Si en algún otro momento esos retazos de tela fueron la Capa de Kaji, no podría decirlo.

—¿Y la corona? —preguntó Jardir como si el objeto careciera de importancia, aunque todos conocían su valor.

Enkaji se encogió de hombros.

—No está. El Par'chin...

—Él no la llevaba consigo cuando llegó a la Lanza del Desierto —le cortó el Liberador con brusquedad.

—Pues debe haberla escondido en alguna parte.

—Está mintiendo —susurró Abban al oído de Jardir.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Confía en que un mentiroso sea capaz de percibir la mentira —repuso.

Jardir se volvió hacia Hasik.

—Sella la tumba —le ordenó. El guerrero hizo una señal a los Sharum del pasillo y éstos colocaron la gran piedra de nuevo en su lugar.

—¿Qué es esto? —preguntó Enkaji cuando la luz de la antorcha del pasillo titiló hasta apagarse. Sólo quedaban unas cuantas antorchas parpadeantes en la tumba que daban una luz vacilante.

—Apágalas —ordenó Jardir—. La Damajah lanzará los huesos para saber quién ha robado la Corona de Kaji.

Enkaji palideció y Jardir comprendió que el mercader había dicho la verdad. El Liberador avanzó hacia el damaji, quien retrocedió hasta quedar con la espalda en la pared de la tumba.

—Por cada minuto que no tenga la corona en mis manos —prometió—, castraré a uno de tus hijos o tus nietos, comenzando por el mayor.

Pocos segundos después Jardir sostenía la Corona de Kaji, hallada en la cámara sepulcral de uno de los bisnietos de Kaji.

Era una diadema de oro y joyas, trabajada en un diseño de grafos desconocidos que formaban una red sobre la cabeza del portador. Parecía delicada, pero toda la fuerza de Jardir no hubiera podido hacer ni la más mínima mella en el oro.

Inevera hizo una reverencia, cogió la corona de entre sus manos y se la puso sobre el turbante. Aunque era ligera como una pluma, Jardir sintió un gran peso caer sobre él cuando se encajó sobre su frente.

—Ahora ya podemos invadir las tierras verdes.

SEGUNDA PARTE

EJÉRCITOS INVASORES

Las brujas

Invierno del 333 d.R.

La casa de los padres de Leesha apareció a la vista. Era una casa modesta, considerando los medios de los que sus padres disponían, pero suficiente para las necesidades de la familia. La construcción estaba adosada a la pared trasera de la fábrica de papel de su padre. El camino que llevaba a la puerta principal estaba protegido con grafos.

Roger no prestaba demasiada atención al paisaje. Caminaba un poco retrasado respecto a Leesha, de modo que podía observarla sin que ella se diera cuenta. La piel pálida y los ojos del color del cielo en un día claro hacían un agudo contraste con el pelo oscuro como la noche. Repasó sus curvas con la mirada.

La chica se volvió repentinamente, él dio un respingo y alzó los ojos con rapidez.

—Gracias otra vez por hacer esto, Roger —le dijo ella.

Como si él pudiera rehusarle algo.

—Pues vaya tarea es sentarse a comer, aunque la comida de tu madre pusiera a prueba los dientes de un abismal.

—Para ti quizá no sea un problema —comentó—. Pero si aparezco sola, me dará la lata hasta que pierda los nervios con el asunto de cuándo voy a encontrar un marido. Contigo aquí, al menos tendrá que esconder los colmillos. A lo mejor incluso nos toma por pareja y me deja en paz.

Él la miró y su corazón se detuvo. Se refugió tras su máscara de Juglar y ni el rostro ni la voz traicionaron sus sentimientos al preguntar:

—¿No te importa que tu madre piense que somos pareja?

La chica se echó a reír.

—Me encantaría. Y la mayoría del pueblo lo aceptaría también, si no fuera porque tanto Arlen como tú y yo sabemos lo ridículo que es eso.

El Juglar sintió como si le hubiera dado una bofetada, pero su corazón reanudó los latidos y, con la máscara en su lugar, la muchacha no notó nada.

—Me gustaría que no le llamaras así —dijo él, cambiando de tema.

—¿Arlen? —inquirió ella y él se estremeció—. ¡Arlen! ¡Arlen! ¡Arlen! —repitió entre risas—. Es sólo un nombre, Roger. No voy a hacer como si no tuviera uno, por muy misterioso que él quiera parecer.

—Sólo te digo que le dejes presentarse como quiera —replicó él—. Arrick

siempre decía que si pones en escena algo que se supone que la audiencia no debe ver, antes o después, lo verán. Todo lo que necesitas es un descuido y su nombre estará en boca de todo el pueblo.

—¿Y qué si pasa eso? —preguntó Leesha—. El «Protegido» no se siente cómodo aquí porque la gente le trata de modo distinto. Admitir que tiene un nombre podría ser una buena manera de resolver eso.

—No sabes qué es lo que ha dejado atrás —comentó él—. Puede que alguien querido corra peligro si su nombre sale a la luz o podrían ir a por él con alguna cuenta que ajustar. Yo sé lo que es vivir así, Leesha. El Protegido me salvó la vida y si él no quiere que se sepa su nombre, yo al menos olvidaré que lo conozco, aunque eso signifique echar a perder la canción del siglo.

—Pero no puedes olvidar así como así las cosas que sabes.

—No todos tenemos tanto espacio en la azotea como tú —comentó dándose golpecitos con un dedo en la sien—, A algunos se nos llena y olvidamos las cosas pasadas que ya no sirven para nada.

—Eso son tonterías —dijo ella, y el hombre se encogió de hombros—. De todas formas, gracias de nuevo. Tengo una fila interminable de voluntarios para enfrentarse a los demonios por mí, pero ninguno dispuesto a plantarle cara a mi madre.

—Creo que Gared Cutter estaría dispuesto a ambas cosas.

La chica bufó.

—Él más que nadie es un pretendiente al gusto de mi madre. Gared me destrozó la vida y aun así ella quiere que le perdone y tengamos hijos, como si el hecho de que se le dé tan bien matar demonios lo convierta en un partido que merezca la pena considerar. No es más que una bruja manipuladora y envenena a todos los que la rodean.

—¡Bah! No es tan mala. Ponte en su lugar y la harás bailar a tu son como si tuvieras un violín mágico.

—La subestimas —repuso—. Los hombres contemplan su belleza y se niegan a ver más allá. A lo mejor crees que eres tú el que la hechiza, pero en realidad ella es la que te seduce a ti como hace con todos los hombres para volverlos en mi contra.

—Creo que estás exagerando. Elona no es un genio engendrado por el Abismo que exista sólo para destrozarte la vida.

—Lo que pasa es que no la conoces bien.

Roger sacudió la cabeza.

—Arrick me enseñó todo lo que hay que saber sobre las mujeres y decía que las que son como tu madre, las que fueron hermosas y empiezan a acusar la edad, son todas iguales. Elona fue siempre el centro de atención cuando era joven, y ésa es la única manera que conoce de relacionarse con el mundo. Tú y tu padre mantenéis largas conversaciones sobre grafos en las que ella no puede participar y se muere por

llamar la atención, de la manera que sea. Hazle creer que es el centro de atención, aunque no lo sea, y la tendrás comiendo de tu mano.

Ella se lo quedó mirando un momento y luego soltó una risa que sonó como un ladrido.

—Tu maestro no sabía nada sobre las mujeres.

—Pues lo parecía —replicó él—, teniendo en cuenta lo bien que se le daba acostarse con ellas.

Leesha alzó una ceja.

—¿Y con cuántas se ha acostado su aprendiz usando esas brillantes técnicas?

Roger sonrió.

—Las historias amorosas no son mi especialidad, pero te apuesto un sol milnés a que funcionarán con tu madre.

—Hecho.

—**D**e modo que el mercader le dijo a Arrick: «¡Te he pagado para que enseñes a mi mujer a bailar!», y éste, más ancho que largo, le contestó: «Y eso es lo que he hecho. Pero no es culpa mía si prefería hacerlo tumbada».

Elona estalló en carcajadas y derramó el vino de su copa cuando la depositó de golpe sobre la mesa. Rojer se unió a ella y luego chocaron las copas y bebieron.

Leesha frunció el ceño desde el otro extremo de la mesa, donde charlaba con su padre. Francamente, no sabía lo que lamentaba más, si ganarle la apuesta al Juglar o perderla. Quizá invitarle había sido una mala idea. Sus historias subidas de tono ya eran bastante malas de por sí, pero aún era peor que Rojer no apartara la mirada del escote de su madre, aunque en realidad no podía culparle teniendo en cuenta la exhibición que Elona hacía de su busto.

Hacía ya un buen rato que habían quitado los platos. Erny hojeaba el libro que le había llevado Leesha, los ojos empequeñecidos tras las gafas de fina montura de alambre que nunca parecían abandonar el borde de su nariz. Al final, gruñó, apartó el libro e hizo un gesto hacia la pila de libros encuadernados en piel que había frente a la chica.

—Sólo he tenido tiempo de hacer unos cuantos más. Los llenas a más velocidad de la que yo puedo encuadernar.

—Culpa a mis aprendices —repuso ella mientras retiraba la tetera del fuego—. Hacen tres copias de cada libro que completo.

—Aun así. Yo sólo he tenido un grimorio de grafos en toda mi vida y jamás lo he llenado. ¿Cuántos llevas con este último? ¿Una docena?

—Diecisiete, pero son tanto de demonología como de grafos, y la mayoría procede del Protegido. Sólo copiar los grafos de su piel me ha llevado varios libros.

—¿Ah, sí? —intervino Elona mirándola fijamente—. ¿Y cuánto trozo de piel has visto?

—¡Madre! —exclamó la chica.

—El Creador lo sabe, no soy quién para juzgar —continuó ella—. Pero podrían ocurrírsete cosas peores que traer al mundo al hijo del Liberador, aunque él sea un espanto a la vista. Y será mejor que te pongas a ello ya, si ése es tu plan. Pronto estarán compitiendo por ese privilegio muchas chicas más jóvenes y fértiles que tú.

—Mamá, él no es el Liberador —repuso la chica.

—Pues no es eso lo que piensa todo el mundo. Hasta Gared le adora.

—Oh, claro, si Gared Cutter piensa algo, seguro que será verdad —replicó, poniendo los ojos en blanco.

Roger susurró algo al oído de Elona y ella se echó a reír de nuevo, desviando la atención otra vez a su persona'. Leesha dejó escapar un suspiro de alivio.

—Hablando del Protegido —intervino Erny—. ¿Por dónde anda? Smitt me ha dicho que ha venido otro Enviado del duque para convocarlo a una audiencia.

La muchacha se encogió de hombros.

—Dudo que le apetezca mucho ver al duque. Ni siquiera se considera súbdito de Rhinebeck.

—Pues será mejor que le digas que se lo piense dos veces —le advirtió Erny—. Hoya no está produciendo la cantidad de madera que solía y Rhinebeck no está precisamente contento. Ignorar a los Enviados lo mantendrá a raya de momento mientras las carreteras estén llenas de nieve y no pueda enviar una fuerza de cierta importancia, pero cuando los caminos queden despejados en la primavera, el duque querrá respuestas y la seguridad de que Hoya del Liberador le sigue siendo fiel.

—¿Eso hará? —preguntó Rojer, alzando la mirada—. Si el Protegido se enfrenta a Rhinebeck, Hoya se le unirá al instante.

—Sí —admitió Erny—. Y otras aldeas también e incluso buena parte de la gente del mismo Fuerte Angiers. El Protegido podría comenzar una guerra civil con sólo decir una palabra, razón por la cual es muy importante que declare sus intenciones antes de que Rhinebeck tome alguna decisión drástica.

La muchacha asintió.

—Hablaré con él. Tengo asuntos pendientes en Angiers.

—El único asunto pendiente que tienes está debajo de tu falda —masculló Elona entre dientes. El Juglar se atragantó y el vino le salió por la nariz. La madre sonrió con suficiencia mientras bebía de su copa.

—¡Al menos yo mantengo las mías pegadas a los tobillos! —replicó Leesha con brusquedad.

—No uses ese tono conmigo —le recriminó ella—. Puede que no tenga ni idea de demonología o de política, pero lo que sé es que te queda menos de un invierno para

convertirte en una vieja bruja solterona y me da igual cuántos abismales hayas dejado muertos a tu espalda, te irás a la tumba lamentando no haber traído nuevas vidas al mundo.

—Soy la Herborista del pueblo —aclaró la muchacha—. ¿Salvar a los que habrían muerto no cuenta como traer vidas?

—Vika salva vidas —replicó su madre, refiriéndose a una de sus discípulas Herboristas—, pero eso no ha impedido que le haya dado una buena prole al Pastor Jona. Y la comadrona Darsy lo hará en breve, si consigue encontrar a un hombre capaz de cerrar los ojos y tenerla tiesa el tiempo suficiente para poner un bebé en su acogedor útero.

—Darsy ha hecho más por esta ciudad de lo que tú harás jamás, madre —le espetó la chica en respuesta. Ella y Darsy, ambas aprendizas de la Bruja Bruna, habían estado enfrentadas en el pasado, pero no por mucho tiempo. Ahora Darsy era la alumna más devota de Leesha, si no la mejor.

—Tonterías —repuso la madre—. Yo he cumplido con mi deber, le he dado una Herborista, tú, a este pueblo. Puede que seas una desagradecida, pero creo que Hoya se ha beneficiado bastante de mis esfuerzos.

Leesha frunció el ceño.

—Cualquier idiota que os vea juntos a ti y al Protegido ve que hay algo entre vosotros —la presionó Elona—, y parece que tampoco eso te satisface. ¿Es que falla en la cama? Darsy me dio unas hierbas para tu padre cuando él...

—¡Eso es ridículo! —exclamó Rojer mientras Erny enrojecía—. Leesha nunca habría...

Elona le cortó con un bufido.

—Bueno, con quien seguro que no terminará es contigo. Está tan claro como el día que le has echado el ojo encima, pero no eres lo bastante bueno, Juglar, y tú lo sabes. —El rostro de Rojer se tornó rojo como la remolacha. Abrió la boca pero no salió sonido alguno de ella.

—No tienes derecho a hablarle de esa manera, madre —replicó la muchacha—. Tú no sabes...

—¡Siempre a vueltas con lo que no sé! —ladró ella—. ¡Tu madre es demasiado torpe para darse cuenta del sol que le da en la cara! —Se tragó el vino de golpe y su rostro adquirió aquella mirada cruel que Leesha conocía tan bien y que tanto temía—. También conozco la canción de este muchacho donde cuenta cómo te encontró el Protegido cuando unos bandidos te dieron por muerta en la carretera. Y yo sé cómo tratan los hombres a las mujeres, cuando no hay nadie dispuesto a detenerlos.

—Madre —le advirtió ella, con la voz endurecida.

—No es la manera en que me habría gustado que perdieras tu virtud —comentó Elona—, pero ya era hora de que alguien lo hiciera, y supongo que jamás te habría

ocurrido de no ser así.

La muchacha descargó un golpe con la mano sobre la mesa, con los ojos llameantes.

—Coge la capa, Rojer. Se hace de noche y estaremos más a salvo ahí fuera, entre los demonios.

Leesha guardó los libros en blanco en su morral y se lo colgó al hombro; luego descolgó su capa ricamente bordada del perchero al lado de la puerta, se la echó sobre los hombros, y se la abrochó al cuello con un alfiler protegido de plata.

Erny se le acercó con las manos extendidas en un gesto de disculpa. La chica le abrazó mientras el Juglar se ponía su capa y Elona permanecía en la mesa con su copa.

—Desearía que no salieras por ahí después de oscurecer, tengas una capa mágica o no —le pidió él—. No quiero que te pase nada.

—Rojer tiene su violín —lo tranquilizó ella—, y yo tengo más trucos además de los grafos de invisibilidad por si nos topamos con algún abismal. Estaremos bien.

—Podrás embrujar a todo el Abismo a tu antojo, pero no a un simple hombre —se burló Elona mirando dentro de su vaso.

Leesha la ignoró, se alzó la capucha y salió hacia el crepúsculo.

—¿Me crees ahora? —le preguntó a Rojer cuando la puerta se cerró a su espalda.

—Me parece que te debo un sol —admitió él.

*L*a nieve crujía bajo las botas de Leesha, mientras Rojer y ella se dirigían hacia el pueblo. Su aliento formaba nubes de vaho en el aire frío del invierno pero sus capas estaban forradas de piel y les mantenían calientes.

Rojer no había dicho una palabra desde el comentario de Elona. Tenía la cabeza gacha, de modo que el rostro quedaba oculto detrás de sus largos mechones rojos. Llevaba el violín guardado en la funda, colgado bajo la capa de colorines pero ella había notado, por la forma en que flexionaba los dedos, que ansiaba cogerlo. Siempre tocaba el violín cuando estaba disgustado.

Leesha sabía que Rojer estaba prendado de ella. La mayoría de la gente lo sabía, ésa era la verdad. La mitad de las mujeres del pueblo pensaban que ella estaba loca por no aprovechar la oportunidad. ¿Y por qué no? El Juglar tenía un bello rostro aniñado y el ingenio rápido. Su música era más hermosa de lo que las palabras podían expresar y sabía hacerla reír cuando estaba triste. Más de una vez había demostrado que estaba dispuesto a morir por ella.

Pero por más que lo intentaba, no conseguía verle como un amante. Apenas tenía dieciocho años, sus buenos diez años menos que ella y era su amigo. En muchos sentidos, era su único amigo. La única persona en la que confiaba, pues lo

consideraba el hermano pequeño que jamás había tenido. Y no quería hacerle daño.

—Tu aprendiz Kendall vino a verme el otro día —comentó Leesha—. Una chica muy bonita.

Él asintió.

—También es mi mejor alumna.

—Me preguntó si sabía cómo hacer una poción de amor.

—¡Ja! —ladró él. Después se detuvo de pronto y la miró—. Espera, ¿la puedes hacer?

Leesha se echó a reír.

—Claro que no. Pero la chica no tiene por qué saberlo. Le di una tintura de té dulce en su lugar y le dije que lo compartiera con la persona cuyo amor deseara. Estate atento a ver si te ofrece té, por si tienes que prepararte para una noche de amor.

Él sacudió la cabeza.

—Jamás te lées con tus aprendices.

—¿Otra de las brillantes sentencias del maestro Arrick? —bromeó ella.

Roger asintió.

—Y una que me alegra decir que practicó a la vez que la enseñaba. Sé de otros aprendices en el gremio que no tuvieron tanta suerte.

—Esto no se le puede comparar. Kendall es más o menos de tu edad y es ella la que anda comprando pociones de amor.

El Juglar se encogió de hombros, se caló la capucha y tiró de los bordes de la capa para unirlos mejor y fortalecer la red de grafos. Se había desvanecido la última brizna de luz y a su alrededor comenzaban a alzarse formas nebulosas, que se solidificaban en abismales. Las criaturas siseaban y miraban a su alrededor, olisqueándolos en el aire pero incapaces de encontrarlos.

Erny había construido su casa lejos del pueblo para no tener quejas por el olor de los productos químicos que usaba al fabricar el papel, pero esa distancia también le impedía beneficiarse de la zona cubierta de grafos de bloqueo que protegía los límites del pueblo.

Un demonio del bosque se aventuró en el camino de Roger. Husmeó el aire sin localizarlo y el chico se quedó helado, incapaz de moverse. Hubo un rápido movimiento bajo su capa y Leesha comprendió que uno de los cuchillos protegidos que Roger solía llevar atados en las muñecas había caído en la palma de su mano buena.

—Rodéalo, Roger —le dijo, sin dejar de andar—. No puede verte ni oírte. —Él pasó de puntillas alrededor del monstruo, sin dejar de mover el cuchillo entre los dedos, nervioso. Había crecido haciendo juegos de manos con hojas y ahora podía hacer blanco en el ojo de un abismal a veinte pasos.

—Es que esto de andar entre abismales como si fuera de día no es normal.

—¿Cuántas veces tenemos que hacer esto para que dejes de repetir lo mismo? —suspiró la chica—. Las capas son tan seguras como un edificio.

La Capa de Invisibilidad era una invención suya, basada en los grafos de confusión que el Protegido le había enseñado. Leesha los había modificado y bordado con hilo de oro en la fina tela de la prenda. Cuando la llevaba puesta los demonios la ignoraban, aunque se dirigiera derecha hacia ellos, siempre que llevara un paso lento y regular y la mantuviera bien cerrada.

Después le hizo otra capa al Juglar, bordando los grafos con brillantes colores para que hicieran juego con su traje multicromático, y le agradó ver que apenas se la quitaba, ni siquiera a la luz del día. Nunca veía al Protegido con la que había hecho para él.

—No tengo nada contra tus grafos, pero creo que jamás dejaré de repetirlo.

—Yo confío en la magia de tu violín para que me mantenga a salvo, ¿por qué no confías tú en la mía?

—Estoy aquí fuera en la oscuridad, ¿no? —afirmó él, toqueteando la capa—. Es sólo que me parece espeluznante. Odio tener que decirlo, pero tu madre no andaba muy lejos de la verdad cuando te llamó bruja.

Ella le miró con cara de malas pulgas.

—Una Bruja Protectora, por supuesto —aclaró Rojer.

—Antes solían llamar brujería a la Herboristería. Pero yo sólo trabajo con grafos, como todos.

—No eres como los demás, Leesha. Hace un año apenas podías proteger un alféizar y ahora el mismísimo Protegido estudia contigo.

La chica resopló.

—No es para tanto.

—Sé sincera. Discutes sus propios grafos.

—Arlen es tres veces mejor Protector que yo —le reconvino ella—. Es sólo que... es difícil de explicar, pero después de haber estudiado tanto los grafos, los diseños empezaron... a hablarme. Cuando veo un grafo nuevo, adivino su propósito sólo con estudiar sus líneas de poder. Algunas veces incluso puedo cambiar las líneas para alterar sus efectos. He intentado enseñar a otros, pero nadie parece ser capaz de hacer otra cosa que memorizarlos.

—Eso es lo que me sucede a mí con el violín —repuso él—. La música me habla. Puedo enseñar a mis alumnos a tocar las canciones bastante bien, pero no se toca «La Batalla de Hoya de Leñadores» para apaciguar a los abismales. Tienes que... «masajear» su estado de ánimo.

—Me gustaría que alguien pudiera «masajear» el estado de ánimo de mi madre —masculló entre dientes la muchacha.

—El tiempo lo hará —repuso él.

—¿Sí? —inquirió ella.

—Pronto llegaremos al pueblo. Cuanto antes hablemos de tu madre, antes habremos terminado y podremos seguir con nuestros asuntos.

Leesha se detuvo de pronto y se le quedó mirando.

—¿Qué haría yo sin ti, Rojer? Eres el mejor amigo que tengo en el mundo. —Y remarcó la palabra «amigo».

Incómodo, él continuó andando.

—Ahora ya sé cómo se comporta contigo.

Ella se apresuró a seguirle.

—Odio pensar que mi madre pueda tener razón en nada...

—Pero eso sucede con frecuencia, porque mira el mundo con una claridad objetiva.

—Claridad despiadada, más bien.

—Llámalo como quieras —respondió él con un encogimiento de hombros.

Leesha, de manera aparentemente distraída, alzó el brazo y cogió nieve de una rama baja con su mano enguantada, pero Rojer detectó el movimiento y esquivó la bola de nieve que le lanzó con facilidad. Alcanzó a un demonio del bosque que se revolvió frenético buscando a su asaltante.

—Tú quieres tener hijos —le dijo Rojer sin rodeos.

—Pues claro que sí —repuso ella—. Siempre los he querido. Sólo que aún no ha llegado el momento oportuno.

—¿El momento oportuno o el padre apropiado?

La chica expulsó el aire con un resoplido.

—Ambas cosas. Sólo tengo veintiocho años. Con ayuda de las hierbas, podré llevar un embarazo a término dentro de dos décadas más, pero no con la facilidad con la que podría haberlo hecho hace cinco o diez años. Si me hubiera casado con Gared, nuestro primer hijo tendría ahora catorce años y seguramente habríamos tenido un montón más.

—Arrick solía decir: «No se gana nada con lamentar lo que no pudo ser». Aunque, claro, él era una prueba viviente de lo duro que era vivir con esas palabras.

Leesha suspiró y se tocó el vientre imaginando el útero en el interior. En realidad, no era haber perdido a Gared lo que lamentaba. Su madre tenía razón en cuanto a lo que había ocurrido con los bandidos en el camino, como Rojer sabía muy bien. Pero lo que ella no le había contado, a él ni a nadie, era que estaba en sus días fértiles cuando ocurrió y que había temido tener un bebé a consecuencia de ello.

Había acariciado la esperanza de que Arlen añadiera su semilla cuando ella le sedujo unos cuantos días después. Si él lo hubiera hecho, ella habría criado al bebé, si hubiera venido, con la convicción de que era un hijo de la ternura y no de la violencia. Pero el Protegido se había negado, pues había hecho voto de no tener hijos

para que la magia demoníaca que le daba su poder no los infectara de algún modo.

Así que había preparado la infusión que se había jurado no tomar jamás y se aseguró de que la semilla de los bandidos no arraigase. Después de bebérsela, había llorado amargamente sobre la taza vacía.

El recuerdo le trajo lágrimas de nuevo a los ojos, que corrieron frías por sus mejillas en la noche invernal. Rojer se le acercó, y Leesha pensó que las enjugaría, pero en vez de eso, metió la mano dentro de su capucha y la sacó con rapidez, con un pañuelo de colores que simuló haber encontrado en su oreja.

Se echó a reír a pesar de todo y se secó las lágrimas.

Para cuando llegaron al pueblo, media docena de abismales les seguían el rastro; olisqueaban sus pisadas en la nieve, aquellas que se habían salido del radio de la magia de la capa. Una mujer que estaba al borde del terreno protegido por grafos de bloqueo los miró sorprendida. Un instante después, dos flechas protegidas atravesaron a los demonios como rayos. Otros proyectiles alcanzaron a aquellos que no fueron capaces de escapar.

Ahora, todas las chicas de Hoya de Leñadores aprendían a tirar con arco y empezaban en el momento en que podían sostener uno. Muchas de las mujeres mayores, que carecían ya de la fuerza necesaria para tensar uno de los grandes, habían comenzado a apuntar usando uno tensado con manivela de manera que al menos podían dispararlo. Las mujeres hacían turnos para patrullar los límites del pueblo y se encargaban de acabar con aquellos demonios que se aventuraban a acercarse demasiado.

Cuando llegaron al alcance de la luz, Leesha vio que era Wonda quién les esperaba. Alta, fuerte y fea, era fácil olvidar que la chica pronto cumpliría quince años. Su padre, Flinn, había muerto en la Batalla de Hoya de Leñadores y Wonda había resultado herida de gravedad. Se había recobrado por completo, aunque había quedado cubierta de cicatrices, y le había cogido afecto a Leesha en el tiempo que pasó en el hospital. Wonda la seguía como un sabueso, preparada para matar al abismal que osara acercarse. Portaba el gran arco de tejo que le había dado el Protegido y le daba un uso realmente letal.

—Me habría gustado que me dejara escoltarla, señora Leesha. Es demasiado importante para caminar a solas fuera del límite bloqueado.

—Eso es lo mismo que ha dicho mi padre —respondió ella.

—Su padre lleva razón, señora —contestó la joven con una sonrisa.

—A lo mejor cuando termine de hacer tu Capa de Invisibilidad.

—¿De verdad? —preguntó ella, con los ojos abiertos como platos. Cada capa llevaba muchísimas horas y era un regalo regio.

—Si estás decidida a seguir mis pasos como una sombra, no veo que haya otra alternativa. Le di el diseño a mis aprendices para que lo bordaran la semana pasada.

—¡Oh, gracias, señora! —exclamó ella mientras echaba sus largos brazos alrededor de Leesha y la abrazaba de una forma infantil que parecía poco apropiada en un cuerpo más alto y corpulento que el de muchos hombres.

—Aire —pidió ella al final. Wonda la soltó y se retiró con rapidez y una mirada avergonzada.

—¿Quién era esa linda jovencita que se ha aventurado a salir fuera del espacio bloqueado? —preguntó Rojer en voz baja mientras Leesha y él se dirigían hacia el pueblo. Las calles adoquinadas de Hoya de Leñadores serpenteaban y se retorcían de forma bastante incómoda, pero al hacerlo formaban un grafo de protección enorme y complejo diseñado por el mismísimo Protector. No había abismal, grande o pequeño, que pudiera alzarse desde el suelo de la ciudad, ni poner un pie en ella o sobrevolarla. Las calles relucían débilmente con el cálido fulgor de la magia.

—Ya hace tiempo que lo hace. Arlen la pilló fuera dos veces la semana pasada, sola, cazando demonios. La chica está decidida a que la vacíen. Me gustaría mantenerla siempre a la vista.

En otros tiempos el pueblo habría estado oscuro y silencioso después del crepúsculo, pero ahora los adoquines relucientes arrojaban luz sobre las docenas de personas que se movían de un lado para otro. Hoya había perdido a muchos habitantes en la batalla que se había librado hacía casi un año, pero su número se había ido incrementando debido a la gente de las aldeas cercanas que habían llegado atraídos por la leyenda en auge del Protegido. Estos recién llegados se detenían y susurraban entre sí mientras Rojer y Leesha pasaban, las únicas personas conocidas en quienes confiaban.

Entraron en el Cementerio de los Abismales, donde había estado en otro tiempo la plaza en la que habían perecido tantos demonios y hoyenses. A pesar de su nombre, el cementerio era aún el centro de la actividad de la ciudad, la plaza donde se entrenaban los aldeanos y donde se reunían los Leñadores todas las noches para recibir las bendiciones del Pastor Jona antes de dirigirse a cazar demonios. De hecho, estaban allí ahora, con las cabezas y los amplios hombros inclinados, dibujando grafos en el aire mientras el clérigo rezaba por su seguridad en la noche límpida.

Había otros aldeanos por allí cerca cuyas cabezas se inclinaban para unirse a la bendición. No había ni rastro del Protegido. No tenía tiempo para bendiciones y ya llevaba un buen rato de caza. Algunos días no daba señales de vida, salvo los cuerpos de los demonios que dejaba helándose en la nieve hasta que se alzaba el sol de la mañana y los quemaba.

—Ahí tienes a tu prometido —le dijo Rojer e hizo un gesto en dirección a Gared Cutter, que estaba al frente de los Leñadores, muy encorvado para que el Pastor Jona, al que había acosado cuando eran niños, pudiera coger un carboncillo y pintarle un grafo sobre la frente.

El antiguo prometido de Leesha era un gigante y se elevaba sobre los otros Leñadores, pocos de los cuales bajaban del metro ochenta. Tenía el cabello largo y rubio y sus brazos bronceados mostraban unos músculos muy desarrollados. Le sobresalían los mangos de dos hachas protegidas por encima de los hombros y los guantes de piel basta tachonados de acero martillado y grabados con grafos colgaban de su cinturón. Pronto se ennegrecerían con las salpicaduras del icor demoníaco.

Gared no era el más grande de los Leñadores ni, desde luego, el más listo, pero había destacado en la Batalla de Hoya de Leñadores como un líder al que hasta los más ancianos seguían sin cuestionar. Era él quien gritaba a los hombres para que entrenaran más duro durante el día, lideraba el ataque por la noche y dejaba más abismales muertos a su paso que cualquier otro salvo el mismísimo Protegido.

—Sea lo que sea lo que te haya hecho a ti —comentó él—, tienes que admitir que es de esa clase de hombres a los que se les hacen canciones y se les elevan estatuas.

—Oh, no se me ocurriría negar que es hermoso —respondió ella mirando en su dirección—. Siempre lo fue, y atraía a todo el mundo como el hierro al imán, haciendo que le adoraran. En su momento, yo fui una de ellos. —Sacudió la cabeza con nostalgia—. Su padre era igual. Mi madre rompió sus votos matrimoniales repetidamente con él y, a un nivel animal, incluso puedo llegar a entenderlo. Ambos hombres son perfectos especímenes en su aspecto exterior.

Se volvió hacia el Juglar.

—Es su interior lo que me preocupa. Los Leñadores le siguen sin cuestionarlo, pero, ¿los dirigirá en defensa de Hoya o sólo por el amor a la carnicería?

—También tuvimos la misma duda respecto al Protegido, en su momento —le recordó él—, y nos demostró que estábamos equivocados. Quizá suceda lo mismo con Gared.

—Yo no apostaré por ello —apostilló ella, a la vez que se apartaba de la escena para continuar el camino.

En el extremo más lejano del cementerio se encontraba el Templo y en uno de los laterales del edificio de piedra, el nuevo hospital, cuya construcción había finalizado justo antes de las primeras nieves.

—¡Ah, señora Leesha! ¡Rojer! —les llamó Benn, al descubrirles.

*E*l vidriero estaba con sus aprendices, que llevaban cacharros de vidrio soplado y largas hojas de cristal. Por allí cerca había un grupo de violinistas, afinando sus instrumentos de forma estridente. Benn dio unas cuantas instrucciones a sus aprendices y se acercó hasta donde se encontraban ambos.

—Listos para cargarlos cuando tú quieras, Rojer —le dijo.

—¿Cuáles fueron los resultados de la noche pasada? —preguntó Leesha.

Benn rebuscó en su bolsillo y sacó un pequeño vial de cristal. La chica lo cogió y paseó los dedos por los grafos. Parecía cristal ordinario, pero los grafos eran suaves, como si lo hubieran calentado de nuevo después de haberlos tallado.

—Intenta romperlo —la animó Benn.

La chica lanzó el vial contra los adoquines con toda la fuerza que pudo, pero el cristal rebotó con una nota clara. Ella lo recogió y lo estudió con detenimiento; no tenía la más ligera marca.

—Impresionante. Tus grafos mejoran.

El vidriero sonrió y le dedicó una pequeña inclinación.

—Puedes romperlos en un yunque, si realmente deseas hacerlo, pero no es nada fácil.

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Resistirían incluso eso. Déjame ver uno que no hayas cargado.

Benn asintió y le hizo una señal a un aprendiz para que le trajera otro vial, casi idéntico al primero.

—Aquí tienes uno de los que pensábamos cargar esta noche.

La chica estudió de cerca el vial y pasó la punta del dedo por los surcos del grabado.

—Puede ser que la profundidad del tallado afecte al poder de la carga — reflexionó—. Pensaré en ello. —Deslizó los viales en un bolsillo de su delantal para estudiarlos luego.

—Ahora estamos produciendo a buen ritmo, sin complicaciones —aclaró Rojer—. Benn y sus aprendices soplan y graban los grafos a diario, y mis estudiantes y yo atraemos a los abismales para que los carguen por la noche. Pronto todas las casas tendrán ventanas de cristal protegido y estaremos capacitados para almacenar fuego demoníaco en cantidad y sin riesgos.

Leesha asintió.

—Me gustaría observar esta noche el proceso de carga.

—Por supuesto —dijo Rojer.

Darsy y Vika estaban esperando en la puerta del hospital.

—Señora Leesha —la saludó Vika al llegar. Era una mujer poco agraciada, ni guapa ni fea, de constitución sólida con caderas de criadora y cara redonda.

—No tienes que hacerme una reverencia todas las noches, Vika —la reconvino la muchacha.

—Claro que lo haré —repuso ella—. Tú eres la Herborista del pueblo.

Vika lo era también, pero ella y Darsy, aunque eran mayores que Leesha, la aceptaban como jefa.

—Dudo que Bruna hubiera aguantado esto —la contradujo ella. Su mentora, la última Herborista del pueblo, había sido una mujer de temperamento terrible que

despreciaba la formalidad sin sentido.

—La vieja bruja estaba demasiado ciega para apreciarlo —intervino Darsy, acercándose y ofreciéndole a Leesha un asentimiento como saludo. Inclinarsse y arrastrarse no era muy del agrado de Darsy, pero había más deferencia en aquel asentimiento que en todas las reverencias y «señora» de Vika.

Pariente de los Cutter, Darsy era alta y de cuerpo recio, aunque más musculosa que gorda. Podía superar casi a cualquier hombre en las competiciones masculinas de fuerza en la feria, y la pesada hoja que llevaba en la cintura había cortado las extremidades de más de un demonio que pretendía acabar con algún caído en el campo de batalla.

—El hospital estará preparado si los Leñadores vuelven con algún herido —comentó.

—Gracias, Darsy —le agradeció la chica.

El hospital siempre estaba ocupado a medianoche, cuando los Leñadores volvían de la caza. Los demonios del bosque eran enemigos terroríficos incluso ante las hachas protegidas. Bajo el dosel de las copas de los árboles, su piel se fundía con la corteza de los troncos como si vistieran Capas de Invisibilidad y mientras algunos caminaban por el suelo del bosque, con un aspecto parecido al de los árboles, otros acechaban por las ramas como monos, para caer de forma inesperada sobre la víctima.

Pero a pesar de todo, las muertes eran escasas entre los Leñadores. Cuando un arma protegida caía sobre un demonio y se reavivaba su poder, siempre había una consecuencia. La magia se extendía como un reguero por el portador del arma, quien sentía un gran éxtasis y sensación de invencibilidad. Aquellos que probaban la magia eran más fuertes y se curaban más rápido, al menos hasta el alba. Sólo Arlen seguía sintiendo ese poder durante el día.

—¿En qué trabajan ahora las aprendizas? —preguntó Leesha a Vika.

—Las mayores están bordando los diseños de tu capa y el resto esterilizan los instrumentos y practican las letras.

—He traído libros nuevos y el grimorio que he terminado —dijo Leesha y le alargó el morral.

La mujer asintió.

—Lo copiaré lo más rápido que pueda.

—¿Estás haciendo que tus aprendizas de Herboristas copien grafos? —le preguntó Rojer—. ¿No es mejor que se dediquen a eso los aprendices de Protectores? Podría hablar...

La muchacha sacudió la cabeza.

—Todas mis chicas reciben ahora lecciones de grafos. No las dejaré indefensas al caer el crepúsculo como estuvimos nosotros.

Rojer dejó a Leesha hacer su ronda en el hospital y se marchó hacia la glorieta, la estructura al borde de la plaza donde se reunían sus aprendices para tocar. Eran un grupo heterogéneo, tan colorido como los pantalones del Juglar. Algunos de ellos eran hoyenses, pero la mayoría procedía de otros pueblos, atraídos por las historias del Protegido. La mitad eran demasiado mayores para sostener un arma o una herramienta de trabajo, así que decidieron probar con el violín para comprobar al final que carecían de la destreza necesaria. Muchos otros eran niños con cuya habilidad no se podría contar hasta que pasaran los años.

Sólo podían considerarse prometedores un puñado de los que restaban y, entre todos, destacaba la bella Kendall. Era rizoniana y acababa de llegar a Hoya. La joven era lo suficientemente mayor para apañarse con los arreglos complejos, pero lo bastante joven para aprender con rapidez y tenía auténtica aptitud para la música. Su esbeltez y su agilidad la hacían igual de apta para dar volteretas y hacer acrobacias que para tocar el violín. Algún día sería una gran Juglaresa.

Rojer no recibía de forma inmediata a sus aprendices y ellos sabían mantenerse en un segundo plano hasta que lo hacía. Sacó el violín y probó las cuerdas, comprobando su tono. Satisfecho, colocó el arco en su mano mutilada. Le faltaban el índice y el dedo medio, arrancados por un demonio del fuego cuando era sólo un niño, pero los dedos que le quedaban eran ágiles y fuertes y el arco se convertía en una extensión de su brazo.

Todos los sentimientos que había reprimido detrás de su máscara de Juglar esa noche encontraron su propia voz en la música, de modo que inundó la plaza con su melodía hechicera. Capa a capa, fue añadiendo complejidad a la música, templando los músculos y preparándose para el trabajo de la noche.

Los aprendices aplaudieron cuando terminó y Rojer se inclinó antes de acompañarlos en una serie de melodías más simples que les servirían de calentamiento. Rojer se estremeció con todas las notas discordantes. Sólo Kendall era capaz de mantener su ritmo, con el rostro contraído en un gesto de concentración.

—¡Terrible! —les reprochó—. Aparte de Kendall, ¿alguno de vosotros ha cogido su violín desde anoche? ¡Práctica! ¡Todos y cada uno de los días!

Algunos de los aprendices murmuraron entre dientes ante el reproche, pero él tocó una serie de notas discordantes en el violín para reprenderles.

—¡Tampoco quiero escuchar vuestras quejas! —ladró—. Estamos intentando hechizar demonios, no tocando un reel en una boda. Si no os vais a tomar esto en serio, ¡es mejor que devolváis el violín a su estuche!

Todo el mundo bajó la mirada y Rojer comprendió que se había pasado. Aunque no había sido ni la mitad de duro de lo que habría sido Arrick, estaba lejos de haber sido suave. Sabía que debía decir algo que les animase, pero no se le ocurría nada.

Arrick no había sido precisamente un buen ejemplo en ese sentido.

Se alejó de ellos respirando agitadamente. Sin pensarlo siquiera comenzó a mover de nuevo el arco y transformó su vergüenza y su frustración en música. Dejó las emociones fluir con los sonidos y cuando se volvió hacia los aprendices, hizo que la música les hablara, les diera la esperanza y el valor que no podía transmitirles con sus palabras. Mientras tocaba, la gente empezó a animarse y los ojos se les llenaron de decisión nuevamente.

—Eso ha sido precioso, Rojer —dijo una voz cuando apartó finalmente el arco de las cuerdas. Observó a Kendall de pie a su lado. Ni siquiera había notado que se acercara, tan perdido como estaba en su música.

—¿Tienes sed? —le preguntó la chica, ofreciéndole una jarra de cerámica—. He hecho té dulce. Todavía está caliente.

«¿Ha sabido Leesha durante todo este tiempo que yo le gustaba a esta chica?», se preguntó.

Elona le había dicho: «No eres lo bastante bueno para ella, violinista, y tú lo sabes».

Y parecía que Leesha también lo sabía. Sólo faltaba que le hubiera entregado a Kendall con un lazo atado.

—Nunca me ha gustado mucho el té dulce. Hace que me tiemblen las manos.

—Oh —exclamó Kendall, decepcionada—. Bueno... vale.

—Quiero que esta noche hagas un solo. Creo que estás preparada.

A la chica se le iluminó la mirada.

—¿De verdad? —dijo un grito y lo abrazó, estrechándolo un poco más de lo necesario.

Por supuesto, tenía que ser el momento en el que llegara Leesha. Rojer se envaró y Kendall se retiró confundida hasta que vio a la chica. Se separó del Juglar con rapidez e hizo una profunda reverencia.

—Señora Leesha.

—Kendall —respondió ella al saludo con una sonrisa—, ¿Eso que huelo es té dulce?

La muchacha enrojeció intensamente.

—Yo, ah...

El Juglar frunció el ceño.

—Corre a preparar tu violín, Kendall. —Luego se volvió hacia Leesha—. Va a hacer un solo esta noche.

—¿Está preparada para eso?

Rojer se encogió de hombros.

—¿Lo está Wonda para cazar abismales? Yo era más joven que ella cuando hechicé a un demonio por primera vez.

—Estabas en una situación realmente desesperada.

—Estará a salvo. Yo estaré junto a ella para relevarla si me necesita y las mujeres estarán vigilando con las flechas preparadas. —Asintió en dirección al límite donde estaban los grafos, y donde las arqueras, incluida Wonda, se reunían.

Los preparativos comenzaron con las arqueras limpiando un área amplia de terreno tras el borde de los grafos de bloqueo. Rojer dirigió entonces a sus violinistas en una serie de notas discordantes que llenaron el aire con la cacofonía atonal que tanto odiaban los abismales. La glorieta concentraba el sonido justo en el área exterior de los grafos de bloqueo, donde solían reunirse los abismales, a veces en grandes cantidades.

A cubierto bajo la música, los aprendices de sopladores de vidrio se apresuraron a salir fuera de la zona bloqueada y colocaron el cristal protegido a lo ancho y largo del claro. Había hojas grandes, botellas de cristal soplado, viales, e incluso un hacha de cristal cuya fabricación y protección debía de haber llevado semanas.

Cuando los sopladores regresaron y estuvieron a salvo, los violinistas cambiaron la melodía. Rojer gritaba instrucciones para dirigir la música y tocaba a su vez, usando a sus aprendices para amplificar su magia y convencer a los demonios de que se acercaran al claro. Entonces se adelantó solo fuera del área bloqueada, para atraer a las criaturas con su música, y controló cada paso que los abismales daban hasta situarlos donde él quería.

—Kendall —la llamó y la chica avanzó hasta él y comenzó a tocar. Rojer bajó el volumen de su música y se retiró cuando ella elevó la suya y tomó su lugar ante los monstruos, hasta que él pudo dejar de tocar por completo y dejar a los demonios hipnotizados bajo su control.

Rojer caminó hacia donde esperaba Leesha al otro lado del límite de los grafos de bloqueo.

—Es realmente buena —le dijo con orgullo—. Los demonios la seguirán como marionetas y cargarán todo lo que toquen.

Y así era, los abismales seguían a la chica mientras ella deambulaba con cautela por todo el claro. Se producían estallidos de luz cuando los demonios tocaban el vidrio a su paso, y los grafos grabados trasvasaban una pequeñísima parte de la magia demoníaca y la reorientaban a un propósito distinto.

Los abismales siseaban y se rascaban las zonas donde percibían la extracción. Kendall intentó cambiar el tono de la música para calmarlos de nuevo, pero tenía tanto miedo que su ejecución se vio afectada y comenzó a saltarse notas. Intentó incrementar el tempo para compensar la pérdida de ritmo pero eso sólo empeoró las cosas. Los demonios comenzaron a sacudir las cabezas en un intento por superar la confusión.

Rojer se dirigió hacia Kendall lentamente, envuelto en su capa protegida. Tenía

tiempo suficiente de llegar antes de que las cosas con los abismales se pusieran feas, pero entonces Kendall dio un paso en falso. Una botella se hizo añicos bajo su pie, y el cristal atravesó la suave piel del zapato. La muchacha gritó y el arco se deslizó por las cuerdas con un sonido discordante.

Inmediatamente los abismales se reanimaron y el hechizo se quebró. Las bestias comenzaron a removerse cuando sus narices captaron el aroma de la sangre y se lanzaron sobre ella entre chillidos.

Rojer comenzó a correr pero se había apartado demasiado para hablar con Leesha y uno de los abismales hundió profundamente sus garras en el cuerpo de Kendall y se la acercó para hundir varias filas de dientes en su hombro antes de que él llegara a su alcance. La sangre empapó el vestido de la joven y los otros demonios saltaron sobre ellos, dispuestos a luchar para obtener una parte de la presa.

—¡Arqueras! —chilló Rojer desesperado.

—¡Podríamos darle a Kendall! —gritó Wonda en respuesta. Y observó que todas las mujeres habían abatido los arcos, pues ninguna se atrevía a disparar.

Rojer comenzó a tocar, con notas que pretendían asustar y alejar a los demonios. Estos chillaron y frenaron el ataque, mientras dejaban caer el cuerpo de Kendall al suelo. Sin embargo, el olor a sangre impregnaba el aire y no era tan fácil obligarlos a retirarse. Siseaban y barrían el aire con las zarpas, bloqueando el camino del violinista.

—¡Kendall! —gritaba Rojer—. ¡Kendall! —Ella alzó la cabeza débilmente, jadeando en busca de aire y luego alargó una mano en su dirección.

De repente una figura enorme rebasó a Rojer, que apartó la mirada del violín para ver cómo Gared placaba a uno de los demonios y empujaba a otro en el mismo movimiento. Ambos abismales cayeron derribados bajo el fornido Leñador, mientras los grafos de sus guantes relucían salvajemente con cada uno de los duros golpes que le propinaba al abismal sobre el que había caído. Cuando el otro se recuperó, Gared ya estaba de nuevo en pie, pero el abismal fue rápido y le mordió en el brazo.

El Leñador chilló y agarró al abismal por la entrepierna con la mano libre. Flexionó sus brazos enormes, alzó al enorme demonio del bosque y lo usó como un ariete para derribar a los demás. Tanto él como los demonios cayeron en un tumulto justo en el momento en que los otros Leñadores llegaban hasta ellos lanzando tajos a las criaturas con sus hachas protegidas.

En mitad de la conmoción su violín carecía de utilidad, así que Rojer corrió junto a Kendall y manchó su capa de sangre cuando la arrojó sobre ella. La joven gimió débilmente cuando él intentó alzarla. Pero el jaleo había atraído a más demonios del bosque y éstos afluían a mayor velocidad de la que podían abatirlos las arqueras.

Gared, con un hacha en cada mano y el brazo ensangrentado, se abrió camino hasta ellos. Luego arrojó las armas al suelo y levantó a la muchacha como si fuera

una pluma. A cubierto por las arqueras y los Leñadores, corrió con ella en brazos hacia el hospital.

—¡Necesito un donante de sangre! —gritó Leesha cuando Gared abrió la puerta del hospital de una patada. Acostaron a la chica en una cama y las aprendizas salieron disparadas a la búsqueda de los instrumentos de la Herborista.

—Yo me ofrezco —dijo Rojer, remangándose.

—Comprueba si es compatible —pidió la Herborista a Vika mientras se dirigía a lavarse los brazos y las manos. La mujer extrajo una muestra del Juglar con rapidez mientras Darsy intentaba echar una ojeada al brazo de Gared.

—Preocúpate de aquellos que estén peor que yo —respondió él y se apartó a un lado. Señaló a la puerta, por donde comenzaban a entrar otros Leñadores heridos.

Hubo un torbellino de actividad y sangre mientras las Herboristas trabajaban. Leesha cortó, sujetó con pinzas y cosió a Kendall durante dos horas mientras el violinista miraba, algo mareado tras la transfusión.

Finalmente la chica hizo una pausa para pasarse el dorso de una mano ensangrentada por la frente sudorosa.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Rojer.

—Vivirá —respondió ella con un suspiro—. Gared, déjame que le eche una ojeada a tu brazo.

—Es sólo un arañazo —repuso él.

Intentó no fruncir el ceño y procuró pensar en lo valiente que había sido, pero por mucho que lo intentara, no podía olvidar que casi le había arruinado la vida con sus mentiras y cómo había golpeado brutalmente a todos los hombres a los que había visto hablando con ella después de que Leesha rompiera su compromiso.

—Te ha mordido un demonio, Gar. Si dejas que el brazo se infecte, te lo estaré cortando antes de que te des cuenta. Ven aquí.

El gigante gruñó y se quejó.

—Tampoco es tan malo —comentó ella, después de limpiar la herida con tintura de apio de monte. Los cortes limpios de los agudos dientes del demonio, cargados con la magia que habían absorbido, se estaban cerrando ya. Le envolvió el brazo en un vendaje limpio y después se dirigió a Rojer en un aparte.

—Te dije que Kendall no estaba preparada para un solo —le susurró enfadada.

—Yo pensé... —comenzó él.

—No pensaste. Querías alardear y ¡casi le cuesta la vida a esa chica! ¡Esto no es un juego, Rojer!

—¡Ya sé que no lo es! —repuso el chico con brusquedad.

—Entonces actúa en consecuencia.

El Juglar frunció el ceño.

—No todos somos tan perfectos como tú, Leesha. —Sus ojos relucían con furia,

pero ella vio a través de la rabia el dolor que escondían.

—Ven conmigo —le dijo, cogiéndole de la manga, pero él apartó su brazo de un tirón, aunque la siguió a su despacho. Allí Leesha le sirvió un vaso de alcohol fuerte más apropiado para utilizarse de antiséptico que para consumirlo.

—Lo siento —se disculpó la Herborista—. Me he pasado.

Él pareció desinflarse. Se dejó caer sobre una silla y se bebió el vaso de un solo trago.

—No, que va. Soy un impostor.

—Tonterías —replicó ella—. Todos cometemos errores.

—Yo no he cometido un error. He mentido. He mentido y he dicho que podía enseñar a la gente cómo hechizar abismales cuando lo cierto es que ni siquiera yo entiendo cómo lo hago. Igual que mentí el año pasado cuando te dije que te podría traer sana y salva desde Angiers. Y así es como me abrí camino en las aldeas después de la muerte de Arrick y como entré en el Gremio de los Juglares. Parece que lo único que hago bien es mentir.

—Pero, ¿por qué? —preguntó ella.

El Juglar se encogió de hombros.

—Porque sigo pensando que simular ser algo es igual que serlo. Como si al imitarte a ti y al Protegido me convirtiera en uno de vosotros.

Leesha se le quedó mirando muda de sorpresa.

—No hay nada grande en mí, Rojer. Tú lo sabes mejor que nadie.

Pero él se echó a reír.

—¡Ni siquiera lo ves! —gritó—. De tu cabaña salen una serie infinita de armas y grafos, los enfermos y los heridos se curan a un gesto de tu mano. Todo lo que yo puedo hacer es tocar el violín y ni aun con eso puedo salvar una vida. El Protegido y tú os habéis convertido en héroes mientras yo me paso los meses enseñando a mis aprendices y para lo único que sirven es para que la gente pueda bailar.

—No menosprecies la alegría que tú y tus aprendices habéis traído a un pueblo atosigado por las privaciones.

—No hago nada que no pueda hacer también un barril de cerveza —respondió él con un encogimiento de hombros.

Ella le cogió las manos entre las suyas.

—Eso es ridículo. Tu magia es tan fuerte como la de Arlen o la mía. El hecho de que tengas tantos problemas para enseñarla es exactamente la prueba de lo especial que eres. —Se echó a reír con amargura—. Además, por muy grande que me hiciera, siempre tendré a mi madre para que me encoja.

*E*ra una noche sin luna y adonde fueron Leesha y Rojer, lejos del relumbro de la

zona protegida, la oscuridad era casi completa. Ella caminaba con ayuda de un palo largo, en el extremo superior del cual colgaba un frasco de productos químicos que relucía con fuerza y arrojaba luz sobre el camino. El palo y el frasco estaban grabados con grafos de invisibilidad; los abismales podían ver la luz, pero no la fuente de la que procedía ni a los dos humanos ocultos bajos sus capas.

—No veo por qué no puede encontrarse con nosotros en el pueblo —masculló Rojer entre dientes—. Puede que él no sienta el frío, pero yo sí.

—Algunas cosas es mejor hablarlas en privado —comentó ella— y por donde él va, suele atraer multitudes.

El Protegido les esperaba en el camino plagado de grafos que llevaba a la cabaña de Leesha. *Rondador Nocturno*, su enorme semental negro, completamente acorazado y con cuernos, era apenas visible en la oscuridad. El sólo llevaba un taparrabos y toda su piel tatuada estaba expuesta al frío.

—Llegáis tarde —comentó.

—Hemos tenido algunos problemas en el hospital —repuso ella—. Ha ocurrido un accidente mientras cargábamos vidrio. ¿Por qué no llevas tu capa puesta? —Intentó que la pregunta sonara casual, pero le dolía que no se la pusiera después de todas las horas que había invertido en ella. Jamás se la había visto llevar a excepción de una vez que se la puso sobre los hombros para comprobar algo.

—Está en mi alforja. No quería ocultarme de los abismales. Si quieren venir a por mí, que lo hagan. El mundo puede vivir con unos cuantos menos.

Ataron a *Rondador* a un poste en el patio y entraron dentro. Leesha sacó una astilla de su delantal y encendió el fuego, llenó una tetera de agua y la colgó sobre las llamas.

—¿Cómo van los magos del violín? —le preguntó el Protegido a Rojer.

—Más violinistas que magos, me temo —contestó él—. No están preparados.

El hombre tatuado frunció el ceño.

—Las patrullas de los Leñadores serían más eficaces con un violinista que manipulara las emociones de los demonios.

—Puedo salir yo con ellos. La capa me mantiene a salvo.

El sacudió la cabeza.

—Necesito que enseñes.

El Juglar dejó escapar un suspiro y miró a la chica.

—Hago lo que puedo.

—¿Y Hoya? —preguntó el Protegido cuando ambos se le unieron en la mesa.

—Crece con rapidez —repuso ella—. Ya tenemos casi dos veces más habitantes de los que había antes de que el flujo de personas comenzara el año pasado y siguen llegando a diario. Hemos planeado un pueblo nuevo para acomodar todo ese crecimiento, pero no podemos construirlo a ese ritmo.

El Protegido asintió.

—Podemos hacer que los Leñadores roten más tierra y pongan en cultivo otra zona protegida.

—De todas maneras necesitamos también la madera —admitió la muchacha—. No hemos enviado un cargamento al duque Rhinebeck desde hace un año.

—Hemos tenido que reconstruir todo el pueblo —repuso el hombre tatuado.

Leesha se encogió de hombros.

—Quizá quieras explicarle tú eso al duque. Te ha mandado a otro Enviado, para que vayas a una audiencia. Te teme, a ti y a tus planes para Hoya.

El Protegido sacudió la cabeza.

—Yo no tengo plan alguno, más allá de conseguir asegurar Hoya frente a los abismales. Cuando eso esté hecho, seguiré mi camino.

—Pero, ¿qué hay de la Gran Guerra contra los demonios? —preguntó Rojer—. Tienes que liderar a la gente.

—Oye tú, ¡que yo no soy ese magnífico Liberador! —gruñó el Protegido—. Esto no es ninguna fantasía del Canon de un Pastor y yo no he sido enviado por el Cielo para unir a la humanidad. Sólo soy Arlen Bales de Arroyo Tibbet, un chaval estúpido con más suerte de la que se merece, y en su mayor parte más mala que buena.

—Pero, ¿no hay nadie más! —insistió el Juglar—, Si tú no nos conduces a la guerra, ¿quién lo hará entonces?

El hombre tatuado se encogió de hombros.

—Ése no es mi problema. Yo no voy a liderar ninguna guerra. Todo lo que me interesa es que aquel que quiera luchar, pueda hacerlo. Una vez que hayamos eliminado ese obstáculo, me quitaré de en medio.

—Pero, ¿por qué? —inquirió Rojer.

—Porque no cree que sea humano —aclaró Leesha, con el reproche implícito en el tono de su voz—. Cree que está tan contaminado por la magia abismal que es un peligro para nosotros tan grande como ellos, incluso aunque no haya ninguna prueba que lo confirme.

El hombre le dirigió una mirada irritada, que la muchacha le devolvió.

—Hay pruebas —afirmó él al final.

—¿Cuáles? —inquirió ella, con la voz más baja pero aún llena de escepticismo.

El Protegido miró a Rojer, que se encogió bajo el brillo desagradable de sus ojos.

—Lo que yo diga en esta cabaña ha de quedar entre nosotros —le advirtió—. Si oigo lo más mínimo en un cuento o una canción...

—Te lo juro por el sol que brilla. Ni una palabra —le respondió el Juglar alzando las manos.

El hombre tatuado lo miró y finalmente asintió. Bajó la mirada cuando comenzó a hablar.

—Me siento... mal cuando estoy en una zona bloqueada.

Los ojos del Juglar se abrieron de par en par y la muchacha contuvo el aliento mientras su mente se disparaba. Al final se obligó a sí misma a expulsar el aire. Había jurado encontrar una cura para el Protegido, o al menos estudiar detalladamente su condición y pensaba mantener ese voto. Él le había salvado la vida y la de todos en Hoya. Le debía eso y más.

—¿Cuáles son los síntomas? ¿Qué te pasa cuando pones el pie en una zona protegida?

—Hay... una especie de resistencia. Como si estuviera andando contra un fuerte viento. Noto cómo los grafos se calientan bajo mis pies, pero yo siento frío. Cuando cruzo el pueblo es como vadear aguas profundas. Disimulo y nadie parece notarlo, pero yo lo sé. —Se volvió hacia ella, con una mirada triste—. El bloqueo intenta expulsarme, Leesha, como haría con cualquier demonio. Sabe que ya no soy humano.

La muchacha sacudió la cabeza.

—Tonterías. El sifón del grafo simplemente intenta obtener algo de la magia que tú has absorbido.

—No es sólo eso —continuó él—. La Capa de Invisibilidad me marea, y las hojas de las armas protegidas siempre se caldean y aguzan a mi contacto. Temo que me estoy convirtiendo en algo más demoníaco cada día.

Ella extrajo uno de los viales de cristal protegido de un bolsillo de su delantal y se lo ofreció.

—Aplástalo.

El Protegido se encogió de hombros y lo apretó con toda la fuerza que pudo. Era más fuerte que diez hombres y por ello podía romper el cristal con facilidad, pero el vial resistió su presión.

—Cristal protegido —comentó él, examinándolo—. ¿Y ahora qué? Yo mismo te enseñé este truco.

—No estaba cargado hasta que lo has tocado —explicó ella y los ojos del Protegido se abrieron sorprendidos.

—Eso prueba lo que te estoy diciendo.

—Eso sólo prueba que debemos hacer más pruebas. He terminado de copiar tus tatuajes y los estoy estudiando. Creo que el siguiente paso es comenzar a experimentar con voluntarios.

—¿Qué?! —exclamaron al unísono ambos hombres.

—Puedo fabricar una tintura de hojas afectadas por el hongo que llamamos roya y que permanece en el cuerpo no más de dos semanas —explicó ella—. Llevaré a cabo pruebas controladas y evaluaré los resultados. Estoy convencida de que podemos...

—No, bajo ningún concepto —la contradujo Arlen—. Lo prohíbo.

—¿Qué tú lo prohíbes? —inquirió ella—. ¿Es que eres el Liberador, para dar

órdenes a la gente? No me puedes prohibir nada, Arlen Bales de Arroyo Tibbet.

Él la miró con hostilidad y la chica se preguntó si no habría ido demasiado lejos. La espalda del hombre se arqueó como la de un gato amenazado y durante un momento temió que saltara sobre ella, pero Leesha no se arredró y le plantó cara. Al final, él se relajó.

—Por favor —le pidió Arlen, con el tono más suave—. No lo hagas.

—La gente va a imitarte. Jona ya está dibujando grafos en la gente con carboncillos.

—Dejará de hacerlo si yo se lo pido.

—Sólo porque él piensa que eres el Liberador —apuntó Rojer y se estremeció ante la mirada que le devolvió el Protegido.

—Eso no supone diferencia alguna —aclaró ella—. Es sólo cuestión de tiempo que tu leyenda haga que un tatuador venga a Hoya y entonces no habrá forma de pararlo. Mejor si experimentamos primero, de forma controlada.

—Por favor —insistió el hombre de nuevo—. No maldigas a nadie más con mi condición.

Leesha se le quedó mirando con la ironía retratada en las pupilas.

—Tú no estás maldito.

—¿No? —Se volvió hacia el Juglar—. ¿Tienes uno de esos cuchillos arrojados tuyos?

Roger hizo un movimiento de muñeca y el cuchillo apareció en su mano. Lo giró con destreza y se lo ofreció al Protegido por la hoja, pero él sacudió la cabeza. Se puso en pie y se alejó unos pasos de la mesa.

—Lánzalo contra mí.

—¿Qué? —preguntó el joven.

—El cuchillo. Arrójame justo al corazón.

—No —le respondió Rojer negando con la cabeza.

—Te pasas el día arrojándoselos a todo el mundo —replicó él.

—Porque es un truco, pero no te voy a lanzar uno al corazón, ¿estás loco? Aunque puedas utilizar tu rapidez demoníaca para eludirlo...

El Protegido suspiró y se volvió hacia la mujer.

—Entonces, tú. Tírame algo...

Casi no había terminado la frase cuando ella agarró con rapidez una sartén de un gancho al lado del fuego y la lanzó.

Pero la sartén no llegó a su destino. El Protegido se transformó en una neblina y el artefacto la atravesó como si fuera humo. Luego la sartén chocó con un tintineo contra la pared y cayó al suelo. Ella jadeó por la sorpresa y el Juglar se quedó con la boca abierta.

La neblina tardó varios segundos en coagularse de nuevo y volver a formar el

cuerpo del hombre tatuado. Él respiró profundamente después de solidificarse.

—He estado practicando. Disiparse es fácil, como si relajaras tus moléculas y las expandieras del mismo modo que el agua se expande en forma de vapor cuando hierve. No puedo hacerlo a la luz del día, pero de noche, puedo hacerlo a voluntad. Lo peor es recomponerse. Algunas veces me preocupa que si me disipo demasiado... simplemente, me arrastre el viento.

—Eso suena espantoso —comentó Rojer.

El Protegido asintió.

—Pero no es lo peor. Cuando me disipo, siento que el Abismo tira de mí. Y al amanecer, esa atracción es muy... insistente.

—Como aquel día en la carretera, con la luz anterior al alba —apuntó la mujer.

—¿Qué día? —preguntó el Juglar, pero ella apenas le oyó, mientras revivía en su mente aquella terrible mañana.

Tres días después de haber sufrido el ataque en el camino, el cuerpo de Leesha se había curado pero el dolor no se había amortiguado. Lo único en lo que podía pensar era en su útero y en lo que podría estar creciendo allí dentro. Bruna le había enseñado a preparar un té que podía expulsar la semilla de un hombre antes de que arraigara.

—¿Por qué iba yo a querer hacer algún día una cosa tan vil? —le había preguntado ella—. Hay muy pocos niños en el mundo.

Bruna la miró con expresión triste.

—Espero que nunca tengas que averiguarlo, niña.

Pero ella lo comprendió cuando los bandidos la abandonaron. Si hubiera tenido su bolsita de hierbas podría haber preparado el té tan pronto como se lavó el cuerpo, pero los hombres también se lo habían llevado. La decisión no estaba en sus manos. Para cuando llegara a Hoya, sería demasiado tarde.

Pero cuando recuperó la bolsita, también venía con ella la necesidad de elegir. El único ingrediente que faltaba era la raíz de opio y había visto alguna justo al lado del camino cuando salieron corriendo hacia una cueva para protegerse de la lluvia.

Incapaz de descansar, se había levantado antes de que amaneciera del todo mientras Rojer y el Protegido aún dormían y recogió a hurtadillas unos tallos de la hierba. Incluso entonces, no estaba segura de si sería capaz de beberse el té, aunque estaba dispuesta a hacer la infusión de todas formas.

El Protegido se le había acercado en ese momento y la había sorprendido, pero se obligó a sonreír y hablar con él. Divagó sobre plantas y demonios para distraerse de su verdadero propósito. A pesar de todo, los pensamientos giraban en su mente en el más absoluto caos.

Pero cuando ella le insultó sin intención de hacerlo, el dolor en sus ojos lo hizo salir de su interior. De repente, había visto algo del hombre que había sido en algún momento anterior. Un buen hombre, que había sido herido como ella, pero que había

abrazado su dolor como si fuera un amante, en vez de dejarse vencer por él.

Ella sintió también ese dolor, que resonaba en el suyo propio, y todos aquellos pensamientos que giraban en su mente de pronto encajaron como los engranajes de un reloj y supo lo que tenía que hacer.

Momentos después, ella y Arlen yacían juntos sobre el barro, en un abrazo frenético nacido de la mutua desesperación, interrumpido de pronto cuando les atacó un demonio del bosque. El hombre que la acariciaba se desvaneció, para convertirse de nuevo en el Protegido y luchar para apartar al abismal de ella. Cuando el sol se alzó, ambos comenzaron a disiparse. Ella los miró aterrorizada mientras empezaban a hundirse en la tierra.

Pero cuando la neblina se separó de la tierra y ambos se solidificaron, el demonio se desvaneció al tocarle la luz del sol. Leesha se acercó entonces a Arlen, pero él la rechazó y ella le maldijo por ello. Atrapada como estaba en sus propios sentimientos, apenas le había dedicado un pensamiento a lo que le podía estar pasando a él.

Leesha sacudió la cabeza y regresó al presente.

—Lo siento mucho —le dijo al Protegido.

Él le restó importancia con un gesto de la mano.

—Tú no tomaste mis decisiones.

Roger la miró, después a él y de nuevo a ella.

—Por el Creador, tu madre tenía razón. —Roger se dio cuenta en ese momento. Ella comprendía que la noticia sería un golpe para él, pero no había nada que pudiera hacer. De alguna manera, estaba contenta de que el secreto hubiera dejado de serlo.

—No puede ser debido a los tatuajes —comentó Leesha, volviendo al tema que tenían entre manos—. No tiene sentido. —Volvió a mirar al Protegido—. Necesito tus grimorios. Todos ellos. Todo lo que aprendo de ti viene filtrado por tu propio aprendizaje y necesito el material original para comprender qué causa esto.

—No los tengo aquí —replicó él.

—Entonces iremos a por ellos. ¿Dónde están?

—Los más cercanos están en Angiers, aunque tengo otros en Lakton, y en el desierto de Krasia.

—Angiers nos viene bien —repuso ella—. Tengo asuntos pendientes con la señorita Jizell y a lo mejor tú puedes convencer al duque de que no vas detrás de su corona mientras estemos allí.

—Puede que sea de ayuda —añadió Roger—, Crecí en la corte de Rhinebeck, cuando Arrick era heraldo suyo. Visitaré el gremio de los Juglares a ver si puedo contratar algún profesor apropiado para mis aprendices.

—De acuerdo —concluyó el Protegido—. Saldremos con las primeras luces del alba.

Las amplias alas de los mimetizadores devoraban los kilómetros, pero el príncipe

de los abismales odiaba la luz de la superficie y dos veces tuvieron que acogerse al Abismo para esperar a las horas más oscuras de la noche. Era la noche posterior a la luna nueva e incluso los efectos de la fina tajada que era el astro en ese momento eran excesivos para los ojos acostumbrados al Abismo del demonio. Cuando regresaron allí, no volvieron a alzarse de nuevo hasta que el maldito orbe ceroso se desvaneció y dio lugar a un nuevo ciclo completo.

La zona protegida de Hoya de Leñadores apareció a la vista, y su magia robada brillaba como un faro. El mentalista siseó ante su vista y su mente comenzó a pulsar para enviar la imagen hacia el sur, a miles de kilómetros de distancia en un instante, recibida como un eco por la mente de su hermano.

La réplica se produjo de forma casi inmediata y el cráneo del demonio reverberó con la frustración de su hermano.

El mimetizador aterrizó en silencio y el mentalista desmontó. Inmediatamente el demonio que había servido de montura se despojó de las alas, se convirtió en un ágil demonio del fuego y se precipitó hacia adelante para asegurarse de que el camino del príncipe de los abismales estuviera libre mientras se dirigía al pueblo.

La zona protegida era demasiado grande para anularla y también demasiado poderosa para que pudiera atravesarla un príncipe abismal. El demonio contempló cómo la magia acumulada reverberaba alrededor del pueblo, una barrera más sólida que la piedra. Intentó traspasarla con el pensamiento y los suaves nódulos de su cráneo enviaron unas pulsaciones para contactar con las mentes de los que estaban dentro, pero la concentración pura de magia bloqueó incluso la intrusión mental.

El demonio rodeó el pueblo y comprobó el terreno alrededor de las curvas y giros de los grafos. Era una fuerte defensa con pocos puntos débiles y los que había no eran fáciles de explotar. Los demonios esclavos salieron de entre los árboles, atraídos por la presencia del príncipe abismal, pero un pensamiento de él los envió lejos de nuevo.

Encontró un lugar donde dos hembras humanas permanecían al borde de los grafos, armadas con unos instrumentos primitivos. El demonio escuchó atentamente sus gruñidos y gañidos esperando una entonación particular que le señalara sus nombres. Pronto los descubrió y las hembras se abrazaron antes de separarse para caminar por el borde en direcciones diferentes, con las armas preparadas.

El mentalista corrió hacia la mayor de las dos y se situó en un punto aislado para esperarla. Antes de que llegaran a encontrarse, el príncipe abismal le hizo una señal al mimetizador y su sirviente se hinchó, y las escamas se derritieron y fueron reemplazadas por piel rosada y la envoltura exterior del ganado de la superficie.

El mimetizador se tiró al suelo en las sombras justo fuera del terreno bloqueado cuando la mujer se acercó. Gritó su nombre, una copia exacta de la voz de la más joven: «¡Mala!».

—¿Wonda? —gritó en respuesta la víctima que habían escogido. Ella miró a su

alrededor en una búsqueda frenética, pero al no ver ningún demonio, corrió hacia donde se encontraba su amiga.

—¡Te acabo de dejar! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El mentalista saltó de detrás de un árbol y la mujer jadeó y alzó el arco. Los nódulos del cráneo del príncipe abismal latieron suavemente; la mujer se puso rígida y las manos bajaron el arma contra su voluntad. El mentalista se acercó a ella y la mujer le ofreció el proyectil que había querido lanzarle para que lo inspeccionara.

Los grafos del arma mostraban un gran poder; el mentalista podía sentir cómo tiraban de su propia y potente magia. Movi6 sus garras hacia ellos y se maravill6 del brillo que comenzaron a emitir aun cuando su piel estaba todavía a muchos centímetros.

El príncipe demonio sondeó la mente de su víctima y filtró las imágenes y los recuerdos como si estuviera hurgando en un viejo baúl. Aprendió mucho, demasiado para ponerse en acción sin reflexionar sobre ello.

Faltaban aún horas para el amanecer, pero el cielo ya mostraba algo de luz. Más lejos, allá en el sur, percibió el asentimiento de su hermano. Ya habría tiempo de considerar el problema.

El mentalista contempló a la mujer. Podría borrarle el recuerdo de su encuentro y llevarla de regreso hacia la zona bloqueada, sin que llegara a saber nunca lo que había ocurrido, pero el contacto con la mente humana, bien alimentada y joven, espoleó su hambre.

Al sentir el deseo de su señor, el mimetizador envió un afilado tentáculo para segar la cabeza de la mujer. Recogió el trofeo y le abrió el cráneo con la garra para presentar la comida a su amo.

El príncipe abismal arrancó la dulce materia del interior y se dio un festín. La carne no era tan tierna como los sesos ignorantes de su ganado personal, pero había cierta satisfacción en cazar sobre la superficie, lo cual añadía placer al ágape.

El demonio miró a su mimetizador, que permanecía vigilante mientras el príncipe abismal disfrutaba de su comida. Tras un latido de su señor para dar su permiso, el mimetizador se hinchó, abrió unas fauces enormes, cubiertas de dientes, se deslizó hacia la mujer y se tragó el resto del cuerpo de una sola vez.

Cuando tanto el señor como el siervo estuvieron saciados, se disolvieron en la neblina para deslizarse de nuevo hacia el Abismo mientras el cielo se llenaba de luz.

Renna

Primavera del 333 d.R.

A Renna le escocían los brazos, cubiertos de sudor, mientras trabajaba en la mantequera. Estaban a comienzos de la primavera, pero sólo llevaba puesta la camisa. A su padre le daría un ataque si la veía, pero estaba en la parte de atrás de la casa tallando postes de protección y Lucik y los chicos estaban en los campos.

La granja había mejorado en los catorce años que habían pasado desde que Lucik se había ido a vivir con ellos. Se había casado con Beni y le había hecho un par de niños. Pasaron una época muy difícil después de que Ilain huyera con Jeph Bales. Harl se había vuelto loco y la había tomado con ellas, sobre todo con Beni, pues era la mayor. Pero todo había terminado cuando Lucik, con sus fuertes brazos y amplias espaldas, se fue a vivir con ellos. Harl no las había tocado desde entonces, y los campos, que antes se habían limitado a un huerto grande, se habían extendido más a cada año que pasaba.

Al pensar en aquella época, volvía a recordar a Arlen Bales y se imaginaba cómo podría haber sido su vida. Cuando estuvieron prometidos, se había acordado que sería ella la que se marcharía a vivir en la granja de Jeph, no Ilain. Pero Arlen había huido hacia los bosques después de la muerte de su madre y nunca se volvió a oír de él. La gente decía que tenía que estar muerto, especialmente después de que Jeph fuera a buscarle a Pastos al Sol y regresara sin encontrarle. Las Ciudades Libres estaban a muchas semanas a pie y nadie sobreviviría durante tantas noches sin ayuda.

Pero Renna nunca había perdido la esperanza. Sus ojos aún escrutaban el camino hacia el este, y rezaba para que un día regresara y la llevara con él.

La muchacha alzó la mirada y vio a un jinete aproximarse por el camino. El corazón se le detuvo un instante, pero venía del oeste y pronto lo reconoció.

Cobie Fisher iba sentado muy erguido en *Piña*, una de las yeguas pintas del viejo Jabalí. El animal llevaba una coraza hecha de remiendos y una olla remachada y cuidadosamente pulida que le servía de yelmo. La lanza y el escudo estaban atados a la montura, aunque jamás había oído que él los hubiera usado.

Cobie quería ser Enviado, pero no era tan valiente para enfrentarse a la noche como los Enviados de verdad; simplemente acarreaba mercancías y mensajes de un lado a otro del Arroyo para Rusco el Jabalí, el dueño del almacén. Cobie había dormido en su establo una o dos veces de camino a Pastos al Sol, más al norte.

—¡Hola, Renna! —la llamó el muchacho, a la vez que alzaba una mano para saludarla. Ella se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano y se enderezó mientras él se aproximaba.

Los ojos casi se le salieron de las órbitas y enrojeció al darse cuenta de que estaba medio vestida. La camisa sólo le llegaba hasta algo por encima de las rodillas y se abría bastante en el busto, mostrando algo de escote. Dejó escapar una sonrisa burlona, divertida por su vergüenza.

—¿Otra vez de camino hacia Pastos al Sol? —preguntó y no hizo ademán alguno de cubrirse.

Cobie sacudió la cabeza.

—Traigo un mensaje para Lucik.

—¿Tan tarde? ¿Qué es tan importante para...? —Captó una mirada especial en los ojos de Cobie y comenzó a preocuparse. La última vez que alguien había llegado con un mensaje para Lucik, hacía apenas dos años. Había sido porque su hermano Kenner se había emborrachado probando la cerveza de las cubas y había tropezado y caído fuera de la protección de los grafos. Cuando el sol ahuyentó a los demonios apenas quedaba nada de él.

—Todo va bien, ¿verdad? —preguntó, aunque temía la respuesta.

El muchacho negó con la cabeza. Se inclinó para acercarse a ella y bajó la voz a pesar de que no había nadie cerca.

—El padre de Lucik murió esta mañana —le confió.

Renna jadeó y se llevó las manos a la boca. Fernán Boggin siempre había sido amable con ella cuando iba a ver a sus nietos. Lo echaría de menos. Y el pobre Lucik...

—¡Renna! —ladró su padre—. ¡Métete dentro y vístete, niña! ¡Esto no es una casa de pecado angiersina! —Harl le señaló la puerta con su cuchillo de caza. La hoja era de acero milnés y la empuñadura de hueso; nunca andaba lejos de sus manos.

Ella conocía bien esa entonación y dejó a Cobie con la boca abierta cuando se volvió y se apresuró a entrar. Luego se quedó parada en la puerta para observar cómo Harl se acercaba al muchacho, que estaba atando a *Piña* al poste.

Su padre tenía arrugas y el pelo gris, pero parecía endurecerse con el paso de los años; tanto sus músculos fibrosos, ejercitados por el trabajo en el campo, como su piel áspera y curtida como el cuero. Harl había querido buscarle un marido a Renna antes de que Ilain se marchara, pero desde entonces, había ahuyentado a cualquier chico que osara mirarla.

Cobie era más alto que su padre y también más grande; de hecho, era de los hombres más voluminosos de Arroyo Tibbet. El Jabalí le había escogido como mensajero precisamente porque era bastante bravucón y no se asustaba con facilidad, sobre todo cuando llevaba la armadura puesta. Renna no podía oír la conversación

que mantenían, pero el tono sordo en el que hablaba su padre era respetuoso cuando ambos hombres se dieron la mano.

—¿A qué viene tanto jaleo? —preguntó Beni desde donde se encontraba al lado del fogón; estaba cortando verduras para echarlas en el potaje.

—Cobie Fisher ha venido de Ciudad Central.

—¿Ha dicho para qué? —preguntó con el ceño fruncido por la preocupación—. Los mensajeros no vienen sólo a saludar.

Reena tragó con dificultad.

—Papá me ha dicho que entre antes de que pudiera decirme nada —mintió y se escabulló detrás de la cortina que había en su esquina de la habitación común para quitarse la camisa sucia y ponerse un vestido. Todavía se estaba atando los lazos cuando salió y se encontró con el muchacho, que la miraba de nuevo.

—¡Por los engendros del Abismo, Renna! —rugió Harl y ella se ocultó de nuevo hasta que estuvo correctamente vestida.

El padre la miró con el ceño fruncido cuando apareció.

—Corre y trae a Lucik, niña, y que los chicos se queden en el establo. El mensajero ha venido con malas noticias.

Asintió y salió disparada por la puerta. Encontró a su cuñado colocando los postes de protección en el extremo más lejano de los campos, justo antes de donde la tierra se ennegrecía, quemada al ras por los demonios del fuego.

Cal y Jace estaban con él, limpiando el terreno de malas hierbas mientras su padre trabajaba. Tenían siete y diez años.

—¿Ya es hora de cenar? —preguntó Cal con la voz llena de esperanza.

—No, cariño —repuso ella mientras le revolvía el sucio pelo rubio—. Pero tenemos que encerrar a los animales en el establo. Tu papá tiene un visitante.

—¿Qué? —exclamó Lucik.

—Cobie Fisher —respondió ella—; trae noticias de tu madre.

El miedo relampagueó en el rostro del hombre y salió disparado. Ella llevó a los niños de regreso y los puso a trabajar. Condujeron los cerdos y las vacas de sus pastos de día al gran establo. Allí desenjaezó a *Piña* ella misma y llevó a la yegua al pequeño establo que había en la parte posterior de la casa, donde dejaban las gallinas y los pollos. El último caballo que les quedaba había muerto hacía dos veranos, así que tenían un compartimento vacío. Le soltó la cincha, y le quitó la montura y la brida. Se volvió a coger los cepillos y pilló a Jace echándole mano a la lanza de Cobie.

—Deja eso, a menos que quieras que te dé una azotaina —le dijo tras darle un manotazo—. Cepilla el caballo y luego ve a echar de comer a los cerdos.

Reena alimentó a los pollos mientras los chicos se dedicaban a sus tareas, pero sus ojos continuaban pendientes de la puerta de la casa. Tenía veinticuatro veranos,

pero su padre todavía la trataba como a una niña, protegiéndola igual que a los chavales.

Después de un rato, la puerta se abrió y Beni sacó la cabeza.

—La cena está preparada, que todo el mundo se lave.

Los chicos lanzaron un grito de alegría al ser liberados de sus ocupaciones y corrieron hacia el interior, pero ella buscó los ojos de su hermana. Desde que eran niñas habían sido capaces de saber qué le pasaba a la otra con sólo una mirada y esa vez no fue diferente. Reena pasó los brazos en torno a Beni y la apretó mientras ella lloraba.

Después de aquel breve ataque de llanto, la mujer se enderezó y se restregó los ojos con el delantal antes de entrar de nuevo. Renna respiró hondo y la siguió.

En la mesa del comedor sólo había seis asientos, de modo que enviaron a los chicos a comer al lado del fuego en el salón. Como no tenían idea de que nada fuera mal, correteaban felices de un lado para otro y los mayores los escuchaban reír y revolcarse con los perros a través de la fina cortina que separaba el comedor del salón.

—Saldremos a primera hora de la mañana —dijo Lucik cuando Renna terminó de limpiar los cacharros—. Sin papá y Kenner allí, mamá va a necesitar a un hombre cerca antes de que el Jabalí comience otra vez a presionar para comprar la cervecería Marsh.

—¿No puede hacerse cargo otra persona? —comentó Harl, con el rostro avinagrado mientras tallaba el extremo de un poste de protección—. El joven Fernán ya es casi un hombre. —Llamaban así al hijo de Kenner, que había recibido el nombre de su abuelo.

—Fernie sólo tiene doce años, Harl —contestó Lucik—, No se puede confiar en que sea capaz de llevar la fábrica.

—¿Y qué hay de tu hermana? —presionó su suegro—. Se casó con ese chico de los Fisher hace un par de veranos.

—Jash —apuntó Cobie.

—Es un Fisher —aclaró Lucik—. Puede quitar escamas y destripar pescado, pero no sabe nada de destilar. —Le echó una ojeada a Cobie—. Sin ofender.

—No me has ofendido —repuso éste—. De todas formas, estoy seguro de que Jash bebería más de lo que destilase.

—Mira quién habla —le increpó Harl—, Por lo que he oído por ahí, el Jabalí te hizo mensajero suyo cuando no pudiste pagarle toda la cerveza que te habías bebido a crédito. Quizá seas tú quien deba ir a la cervecería y pagar la bebida que debes con tu trabajo.

—Te estás pasando de la raya, viejo —replicó Cobie con el ceño fruncido y se levantó a medias del asiento. El viejo se levantó a su vez y le señaló con el largo

cuchillo de caza.

—Si supieras lo que te conviene, chaval, pondrías ese culo otra vez en su sitio —le gruñó.

—¡Al Abismo con vosotros! —ladró Lucik, dando un fuerte golpe en la mesa con las palmas de las manos. Ambos hombres se le quedaron mirando, atónitos, y Lucik les devolvió una mirada hostil. Era tan alto como Cobie y había enrojecido de ira. Todos volvieron a sentarse y Harl recuperó el extremo del poste y se puso a tallar furiosamente.

—Así que te vas —comentó—. ¿Y qué pasa ahora con la granja?

—La siembra de primavera está terminada —explicó él—. Renna y tú podríais arrancar las malas hierbas y mantener los postes de protección hasta el tiempo de la cosecha, cuando regresemos los chicos y yo. Y Fernie, también.

—¿Y el año que viene? —preguntó el viejo.

Lucik se encogió de hombros.

—No lo sé. Vendremos todos a plantar y a ver si puedo dejar aquí a uno de los chavales durante el verano.

—Pensé que éramos familia, chico —dijo Harl y escupió en el suelo—, pero parece que siempre has sido un Boggin de corazón. —Se retiró de la mesa con un movimiento brusco—. Haz lo que quieras. Llévate a mi hija y a mis nietos de mi lado, pero no esperes que encima te dé mi bendición.

—Harl —comenzó Lucik, pero el viejo lo ignoró con un gesto de la mano y salió de la habitación a grandes zancadas y con un portazo.

Beni puso una mano sobre el puño cerrado de su marido.

—No lo ha dicho en serio.

—Oh, Ben —exclamó Lucik, con tristeza, mientras ponía su mano libre sobre la de ella—, claro que lo ha dicho en serio.

—Vamos —dijo Renna. Agarró a Cobie del brazo y lo levantó del asiento—. Dejémoslos en paz y vamos a ver si te encuentro unas mantas y un sitio limpio en el establo. —El joven asintió y la siguió hacia el otro lado de la cortina.

—¿Tu padre es siempre así? —le preguntó mientras salían del salón de la casa.

—Se lo ha tomado mejor de lo que me esperaba —afirmó Renna. Después cogió una escoba y barrió uno de los compartimentos vacíos. Fuera, el sol se había puesto, y se oían chillidos y relampagueos cuando los abismales ponían a prueba los grafos. Los animales estaban acostumbrados al sonido, pero se removían nerviosos, pues el instinto les decía lo que ocurriría si fallaban las protecciones.

—Lucik ha perdido a su padre —comentó él—. Harl debería haber mostrado un poco más de corazón.

Ella sacudió la cabeza.

—Mi padre, no. A él no le importan las necesidades de nadie salvo las suyas. —

Renna se mordió el labio, al recordar cómo eran las cosas antes de que llegara Lucik.

Una vez que Cobie estuvo instalado en el establo, Renna regresó a la casa y encontró a su cuñado en el salón, dándole la noticia a los chicos. Pasó junto a ellos en silencio y se dirigió hacia la habitación de Beni, donde su hermana doblaba ropas y empaquetaba sus pocas pertenencias.

—Llévame contigo —le soltó sin rodeos.

—¿Qué? —preguntó ella, sorprendida.

—No quiero quedarme a solas con él. No puedo.

—Renna, pero qué... —empezó Beni, pero ella la cogió por los hombros.

—¡No disimules como si no supieras de lo que te estoy hablando! —le espetó—. Ya sabes cómo eran las cosas antes de que viniera Lucik.

Su hermana la hizo callar y la apartó. Luego fue a cerrar la puerta.

—¿Y tú que sabes de eso? —le preguntó con la voz convertida en un susurro áspero—. Tú entonces eras una cría. Nunca tuviste que soportar... —Se le rompió la voz, con el rostro contraído por la ira y la vergüenza.

Renna hizo un gesto hacia su propio escote.

—Beni, ya no soy una niña.

—Pues véndate los pechos —replicó ella—. Deja de andar de un lado para otro en camisa y no le des motivo para que se dé cuenta de que existes.

—Eso no le detendrá y tú lo sabes.

—Han pasado ya casi quince años, Ren. No sabes lo que hará.

Pero sí lo sabía. No tenía ninguna duda. Había visto cómo la miraba su padre, cómo sus ojos le recorrían el cuerpo, igual que si fueran manos lujuriosas. ¿Por qué si no reaccionaba de manera tan celosa cuando algún hombre se fijaba en ella? Más de uno había ido a cortejarla cuando era más joven. Ahora ya ni lo intentaban.

—Por favor —le suplicó, sujetando las manos de su hermana mientras las lágrimas le llenaban los ojos—, llévame contigo.

—¿Y qué le digo a Lucik? —la increpó Beni—. Ya se siente bastante mal por dejar la granja desatendida. Sin ti, papá no será capaz de salir adelante.

—Puedes contarle la verdad.

Beni le dio una bofetada. Renna se echó hacia atrás, con la mano en la mejilla, atónita. Su hermana jamás le había pegado.

Pero ella no mostró ningún signo de remordimiento.

—Sácate eso de la cabeza —rugió—. No voy a permitir que mi familia cargue con esa vergüenza. Lucik podría rechazarme, y no pasaría mucho sin que se enterase todo el pueblo. ¿Y qué pasaría con Ilain? ¿Por qué tendrían Jeph y ella que cargar con esa mancha, también? Y todo porque tú te comportas como una chiquilla.

—¡Yo no me estoy comportando como una chiquilla! —gritó ella.

—¡Baja la voz! —siseó Beni.

Renna respiró hondo, mientras intentaba calmarse.

—No me estoy comportando como una niña —insistió—, sólo porque no quiera quedarme a solas con ese monstruo.

—No es un demonio, Renna, es nuestro padre. Nos ayudó y puso comida en la mesa durante toda nuestra vida, aunque su corazón se rompiera cuando mamá murió. Ilain y yo lo soportamos y, si es necesario, tú lo harás también.

—Ilain lo soportó corriendo a esconderse detrás de Jeph —repuso Renna—. Igual que tú te escondes detrás de Lucik. Pero, ¿detrás de quien me escondo yo, Ben?

—No puedes venirte con nosotros, Renna —repitió su hermana.

Justo en ese momento, Lucik entró en la habitación.

—¿Va todo bien? He escuchado gritos.

—Todo va bien —afirmó Beni, que lanzó una mirada torcida a Renna. La muchacha se echó a llorar y corrió hacia la esquina de la habitación cubierta por una cortina, empujando a Lucik al pasar.

Renna pasó esa noche despierta, escuchando los chillidos de los abismales en el patio y los gruñidos de la habitación de Beni, como la mayoría de las noches. El mismo sonido que solía salir de la habitación de Harl cuando su madre vivía. Y después de eso, cuando su padre había hecho que su hermana mayor, Ilain, ocupara su lugar. Y cuando ella se marchó, aquellos sonidos habían vuelto a escucharse cuando se llevaba allí a Beni. Entonces ella no lo había aceptado tan bien.

Renna se sentó, bañada en sudor, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Miró por un lado de la cortina y vio a los chicos dormidos envueltos en sus mantas. Luego se deslizó por el salón vestida sólo con su camisa y abrió la puerta del establo y se introdujo en silencio en el interior.

Una vez dentro prendió la linterna que sumió el establo en una luz titilante.

—¿Eh? —preguntó Cobie, pestañeando y alzando una mano para protegerse los ojos—. ¿Quién va?

—Soy Renna —dijo ella. La chica se acercó a él y se sentó en el heno. La luz de la linterna bailoteaba por el compartimento oscilando sobre el amplio pecho del muchacho cuando la manta se le deslizó hacia abajo.

—No solemos tener visitantes. Pensé que podríamos sentarnos y charlar un rato.

—Suenan estupendo —afirmó Cobie, restregándose el rostro para ahuyentar el sueño.

—No podemos hacer ruido. Si papá nos pilla, nos enviará al Abismo.

Cobie asintió y lanzó una mirada nerviosa hacia la puerta de la casa.

—¿Qué se siente siendo Enviado? —le preguntó ella.

—Bueno, yo no soy un Enviado de verdad —admitió el chico—. No tengo la licencia del gremio de las Ciudades Libres y no creo que fuese tan idiota como para dormir fuera con los demonios aunque lo fuese. Pero trabajar con el señor Rusco es mejor que pescar. Siempre lo he odiado.

—Por lo que he oído decir, no se te daba nada bien.

El se echó a reír.

—Eso tiene mucho de verdad. Solía escaparme y andar haciendo el tonto por ahí con Gart y Willum, pero ellos se prometieron y dejaron de tener tiempo para vagabundear. Y no puedes reírte en un barco porque espanta a los peces.

—¿Y cómo es que tú no te has prometido?

El muchacho se encogió de hombros.

—Papá dice que es porque los padres de las chicas no creen que vaya a situarme y ser capaz de sostener a una mujer y unos críos. Y supongo que lleva razón. Siempre he estado más interesado en holgazanear en el almacén que en trabajar. He pescado cuando he tenido que hacerlo, pero nunca he ganado suficientes créditos para pagar toda la cerveza que me bebo. Tu padre tiene razón en lo de que el señor Rusco me manda a llevar y traer cosas sólo para ajustar las cuentas. Pero cuando el Portavoz comenzó a pedirle al señor Rusco que llevara también mensajes, él me dijo que podría quedarme en la habitación pequeña que hay tras el almacén para tenerme más a mano. La gente ahora me trata con más respeto, porque estoy al día de los negocios del pueblo. Me dan de comer y me ofrecen refugio cuando estoy demasiado lejos de Ciudad Central al caer el sol.

—Apuesto a que es estupendo —contestó ella—, eso de viajar por todo Arroyo y ver a la gente. Yo jamás veo a nadie.

El muchacho asintió.

—Ahora gano más de lo que bebo y cuando tenga suficientes créditos, me compraré un caballo y cambiaré mi nombre por el de Enviado Cobie. Quizá me haga una casa en Ciudad Central y tenga hijos para que me ayuden con el trabajo cuando sea viejo.

—¿Crees entonces que podrías asentarte y mantener una casa? —preguntó ella. Cobie no era guapo, pero era un buen hombre, fuerte, con buenas perspectivas. Comenzaba a darse cuenta de que Arlen jamás regresaría a por ella y la vida continuaba.

Él asintió mirándola a los ojos.

—Podría, siempre que hubiera una chica interesada en mí.

Renna se inclinó y lo besó en la boca. Los ojos del joven se abrieron por la sorpresa durante un momento pero en seguida le devolvió el beso y la envolvió entre sus fuertes brazos.

—Sé qué es lo que tienen que hacer las esposas —susurró ella, mientras se bajaba la camisa para descubrir los pechos—. He visto a Beni y Lucik montones de veces. Creo que sería una buena esposa. —Cobie gimió, y comenzó a acariciarle el pecho con la boca mientras recorría sus piernas con las manos.

De repente se oyó un chasquido en la parte de atrás y los dos se quedaron helados.

—¡Por el Abismo!, ¿qué está pasando aquí? —exigió Harl y agarró a Renna del pelo para separarla de Cobie. En la mano libre llevaba su largo cuchillo de caza, afilado como una navaja. Apartó a la muchacha a un lado de un empujón y puso la punta en la garganta del joven.

—Nosotros... sólo estábamos... —tartamudeó él, mientras se alejaba del hombre, hasta que chocó contra la pared del compartimento y no hubo lugar adonde huir.

—No soy ningún imbécil, hijo. ¡Ya sé lo que estabais haciendo! ¿Crees que porque te haya dado protección tras mis grafos puedes tratar a mi hija como a una puta angersina? Voy a destriparte ahora mismo.

—¡Por favor! —suplicó—. ¡Yo no soy así! ¡Renna me gusta de verdad! ¡Quiero pedir su mano!

—Me da que querías algo más que eso —gruñó el viejo, y presionó la punta del cuchillo hasta que arrancó una gota de sangre de la garganta—. ¿Te crees que es así como funciona? ¿Ensartas a una chica y luego pides su mano?

Cobie apartó la cabeza lo más lejos posible, y en su rostro se mezclaron las lágrimas con el sudor.

—¡Ya está bien! —gritó Lucik, que agarró el brazo de Harl y apartó el cuchillo. Él se volvió y los dos hombres se enfrentaron con mirada furiosa.

—No dirías eso si fuera tu hija —dijo el viejo.

—Puede ser —apuntó el hombre—, ¡pero tampoco voy a dejar que mates a un hombre delante de mis hijos!

Harl miró hacia su espalda y allí estaban Cal y Jace observando con los ojos como platos desde la puerta de la casa mientras Renna lloraba en brazos de Beni. La ira se disipó un poco y sus hombros cedieron.

—Muy bien. Renna, esta noche dormirás en mi habitación, para que pueda echarte un ojo... Y tú —volvió señalar al muchacho con el cuchillo de nuevo, quien se había quedado rígido del miedo—, como vuelvas a poner los ojos en mi niña, te corto los huevos y se los echo a los abismales para que se los coman.

Harl agarró a la chica por el brazo y la arrastró con él cuando se precipitó como un torbellino al interior de la casa.

Renna aún temblaba cuando su padre la arrojó sobre la cama. Se había recolocado la camisa, pero aun así tenía un aspecto deplorable e inadecuado, y sentía

los ojos del hombre clavados en ella.

—¿A esto es a lo que te dedicas cuando tenemos un visitante en el establo? —le recriminó—. ¡Apuesto a que la mitad del pueblo se está riendo a mi espalda!

—¡Jamás lo he hecho!

—Oh, y se supone que me tengo que creer eso ahora, ¿no? —se mofó—. Te he visto pasearte medio desnuda delante de él todo el día. Ya veo que no sólo los cerdos gruñen en el establo cuando viene el mensajero.

Renna no tenía réplica alguna y se sorbió la nariz mientras se envolvía los hombros desnudos con la manta.

—¿Ahora te ha entrado la timidez y te cubres? —le preguntó el padre—. Me parece que ya es un poco tarde para eso.

Se quitó el peto y lo colgó en el poste de la cama, luego levantó la manta y se deslizó junto a ella. Renna se estremeció.

—Deja ya de gimotear, niña, y vamos a dormir un poco. Otra de tus hermanas nos abandona y tendremos trabajo extra para los dos de aquí en adelante.

Renna se despertó temprano y encontró a su padre arrimado contra ella, con un brazo por encima de su cuerpo. La chica tembló asqueada y se soltó de su abrazo; lo dejó roncando al salir de la habitación.

Recordó la advertencia de Beni, así que arrancó una larga tira de la sábana de su catre y se vendó el pecho varias veces, bien apretado. Cuando terminó miró hacia abajo y suspiró. Aun aplastado, nadie podría confundirla con un muchacho.

Se vistió con rapidez, atándose el vestido algo suelto para ocultar sus curvas y se anudó el largo pelo castaño en un moño descuidado.

Los chicos se removieron cuando ella sirvió las gachas de avena y luego distribuyó los cuencos en la mesa. Cuando el cielo se alzó, toda la casa rebullía y Lucik envió a los chicos a realizar sus tareas matutinas por última vez.

Cobie se marchó antes de que el desayuno estuviera preparado, pero ella supuso que era lo mejor. Harl no negaría protección a un hombre, pero eso no quería decir que le invitara a compartir su mesa. Habría deseado tener oportunidad de disculparse por la actuación de su padre y por la suya. Había estropeado las cosas entre los dos.

Después de las tareas de la mañana, el viejo preparó el carro y los condujo atravesando toda Ciudad Central hasta la Colina de la Turba para asistir a la cremación. Cuando llegaron ya había pasado el mediodía y se había reunido mucha gente en la colina. Casi todo el mundo en Arroyo Tibbet bebía la cerveza de los Boggin, y muchos fueron a presentar sus respetos a Fernán Boggin cuando fue incinerado.

El templo coronaba la colina y el Pastor Herral dio la bienvenida a todo el mundo.

Era un hombre grande, que aún no había cumplido los cincuenta, cuyos brazos poderosos sobresalían de las mangas enrolladas de su túnica marrón.

—Tu padre era un buen hombre y un buen amigo —le dijo a Lucik, mientras lo envolvía en un apretado abrazo—. Todos le vamos a echar de menos.

Harral hizo un gesto en dirección a las grandes puertas.

—Entra ahí dentro y siéntate en el primer banco, al lado de tu madre. —El Pastor sonrió a Renna y le guiñó el ojo al pasar.

—Pues parece que la ingrata ha salido de su escondrijo —masculló Harl entre dientes cuando se colocaron en la fila detrás de Lucik, Beni y los niños. Renna siguió la dirección de su mirada y vio a su hermana mayor, Ilain, unas cuantas filas más atrás. Estaba allí con Jeph, Norine Cutter y sus hijos. ¡Cuánto habían crecido!

—Ni se te ocurra —volvió a mascullar entre dientes su padre, a la vez que la agarraba del brazo y le daba un tirón cuando ella intentó acercarse a saludarlos. Harl jamás había olvidado que Ilain había escapado, aunque ya habían pasado quince años y eso supusiera no conocer a los nietos que le había dado—. Esa hija de perra tiene muy poca vergüenza para haberse plantado aquí —añadió mientras miraba a Jeph con el ceño fruncido—. Otro ladrón engendrado por el Abismo, que pensó que porque le daba refugio podía robarme a una de mis hijas. Por eso mismo no terminarás casada con ese inútil de su hijo.

—Arlen no es un inútil —repuso Renna con tristeza y recordó cómo la había besado cuando eran niños. Siempre le había gustado y ser su prometida le había parecido un sueño hecho realidad. Se negaba a creer que había sido vaciado, pero si no había sido así, ¿por qué no había regresado a por ella?

—¿Qué pasa, niña? —preguntó su padre, distraído.

—Nada.

La ceremonia continuó y Harral comenzó a cantar las alabanzas a Fernán Boggin mientras pintaba los grafos en la lona que envolvía el cuerpo para proteger el espíritu de Fernán en su camino hacia el Creador.

Cuando terminó, llevaron el cuerpo afuera, a la pira que Harral había construido, y lo dejaron descansar allí mientras el fuego ardía. Renna dibujó grafos en el aire junto a todos los demás, y rezó para que su alma pudiera escapar de ese mundo infestado por los demonios mientras las llamas consumían el cuerpo.

Al otro lado de la pira, Ilain la miraba con tristeza. Alzó una mano para saludarla y Renna se echó a llorar.

Cuando el fuego se apagó, la gente comenzó a dispersarse, algunos a la casa de Meara Boggin donde habían preparado unos refrigerios para los dolientes de su marido y otros comenzaron el camino de vuelta a sus hogares. Algunos habían venido de muy lejos y los abismales no emergían más tarde los días de funeral.

—Vamos, niña, es mejor que nos pongamos en camino —dijo el viejo, cogiéndola

del brazo.

—¡Harl Tanner! —le llamó el Pastor—. ¡Necesito hablar contigo!

Ambos se giraron para ver al Pastor acercarse con Cobie Fisher a la rastra. Los ojos del muchacho estaban fijos en sus pies.

—¿Y ahora qué pasa? —murmuró el padre entre dientes.

—Cobie me ha contado lo que pasó anoche —dijo el Pastor Harral.

—¿Eso ha hecho? —repuso Harl—. ¿Te ha dicho que lo pillé con mi hija en pleno abrazo pecaminoso bajo mis propias protecciones?

Harral asintió.

—Sí, lo ha hecho, y tiene algo más que añadir. ¿No es así, Cobie?

El muchacho asintió y dio un paso adelante sin dejar de mirarse las botas.

—Siento mucho lo que hice. No pretendía avergonzar a nadie, y me gustaría hacer una mujer honrada de Renna, si usted me lo permite.

—¡Por el Abismo lo permitiré! —ladró el viejo y el joven palideció y dio un paso atrás.

—Un momento, Harl, espera... —intervino el Pastor Harral.

—¡No, espera tú, Pastor! —replicó él—. Ese chico me ha faltado al respeto a mí, a mi hija y a la santidad de mis grafos, ¿y tú quieres que le convierta en hijo mío, sólo porque sí? Antes dejaría que Renna se casara con un demonio del bosque.

—Renna ya ha pasado la edad en que debería estar casada y criando a sus propios hijos —comentó el Pastor.

—Pero eso no quiere decir que tenga que entregársela al primer borracho gandul que aparezca sólo porque la haya tumbado sobre una bala de paja.

Dicho esto, Harl agarró a la muchacha y la arrastró hacia el carro. Ella miró con ansiedad a Cobie mientras se marchaban.

Un paseo a letrina Primavera del 333 d.R.

Renna dirigió una mirada anhelante al camino que dejaban atrás cuando la granja apareció ante su vista.

—Sé lo que estás pensando, niña —dijo Harl—. Estás pensando en convertirte en una ingrata como tu hermana y huir con ese muchacho.

Ella no dijo nada, pero sintió cómo las mejillas le ardían y eso ya era bastante condenatorio de por sí.

—Bueno, pues te lo tendrás que pensar dos veces —continuó él—. No voy a dejar que cubras de vergüenza a la familia como hizo Lainie, huyendo con un hombre cuya esposa había muerto la noche anterior. Todo el pueblo habla todavía de eso y todos mirarán mal al pobre Harl por haber criado a una puta engendrada en el Abismo. Y tú vas por el camino de conseguir la misma reputación. Pues esta vez no, chiquilla. Prefiero arrancar los grafos antes que pasar por esto de nuevo. Si todavía piensas en huir, todo lo que sacarás será un paseo a la letrina, porque iré a buscarte aunque tenga que recorrer el camino entero hasta Centinela Meridional.

Cuando echó una ojeada a la diminuta y maltrecha estructura que había en el patio se le heló la sangre. Su padre jamás la había metido allí, pero sí que se lo había hecho a Ilain unas cuantas veces y sólo una a Beni. Recordaba aún sus gritos de forma vivida.

Renna reclamó la pequeña habitación de Beni y Lucik que en otro momento había compartido con su hermana y trasladó allí sus escasas posesiones. Luego echó la tranca a la puerta con mano temblorosa.

Mientras yacía en la cama, acariciaba a la *Señorita Rasguños*, su gata favorita, que estaba preñada y a punto de parir una carnada. Pensaba en Cobie, en una casa en Ciudad Central y en tener hijos propios. Las imágenes la abrigaron y la consolaron, pero mantuvo un ojo puesto en la puerta durante un largo rato antes de caer dormida al fin.

Durante unos cuantos días, evitó a su padre siempre que pudo. No fue difícil. La siembra había terminado, pero aun así, había dos tipos de tareas distintas que antes habían distribuido entre seis. La mitad de su jornada de trabajo consistía en alimentar a los animales y limpiar sus compartimentos y todavía le quedaba ordeñar, esquilar y sacrificar a los animales que servirían de alimento; hacer la comida tres veces al día,

remendar la ropa, hacer mantequilla y queso, curtir pieles y una lista infinita de otras cosas. Se sumió en el trabajo casi con agradecimiento por la protección que le ofrecía.

Cada mañana se vendaba los pechos, se dejaba el pelo enmarañado y el rostro sucio y había suficiente trabajo como para mantener los pensamientos lujuriosos fuera de la mente de Harl. Sólo comprobar los postes de protección alrededor de los campos le llevaba horas. Cada uno tenía que ser examinado cuidadosamente para asegurarse de que los grafos estaban limpios, nítidos y bien alineados, para enlazarse con los de alrededor sin dejar ni un hueco. Una cagada de pájaro o el pando de la madera podían debilitar un grafo lo suficiente para que un demonio pasara si encontraba el hueco.

Después de eso, había que quitar las malas hierbas de los campos y recoger los frutos maduros para la comida del día o para guardarlos para hacer conservas. Además de todo eso, siempre había algo en la granja que necesitaba repararse o afilarse.

El único rato que pasaban juntos era el de la comida y hablaban poco. Renna tenía cuidado de no acercarse mucho cuando le servía o retiraba la mesa. Harl nunca dio signo alguno de que la mirase de modo distinto, pero conforme pasaban los días se volvía cada vez más irritable.

—Por el Creador, cómo me duele la espalda —le dijo una noche en la cena, al inclinarse para llenar una jarra del barril de cerveza Boggin que Meara les había enviado cuando regresaron de la cremación. La chica había perdido la cuenta de las cervezas que se había bebido esa noche.

El viejo jadeó de dolor cuando intentó enderezarse y tropezó, con lo cual tumbó la jarra de cerveza. Renna acudió a su lado al instante, enderezándole y cogiendo la jarra antes de que se derramara y él dejó caer su peso sobre ella mientras lo arrastraba hasta la silla.

A menudo él había llamado a Renna y a Beni para que le masajearan la espalda cuando le dolía y la joven lo hizo sin pensar, trabajando los músculos tensos de su padre con dedos fuertes y hábiles.

—Ah, niña, qué bien —gruñó su padre, con los ojos cerrados—. Siempre has sido la mejor, Ren. No como tus hermanas, que no han tenido lealtad alguna con su familia. No sé cómo te has podido salir bien con esas dos desertoras de ejemplo.

Ella finalizó sus cuidados, pero el viejo la cogió de la cintura y la abrazó antes de que ella pudiera escapar a su alcance. Alzó la mirada hacia ella con los ojos cuajados de lágrimas.

—Nunca me dejarás, niña, ¿verdad que no? —le preguntó.

—No, papá —respondió ella—. Claro que no. —Luego le dio un ligero apretón y se retiró con rapidez. Cogió la jarra y la llenó de nuevo.

Renna se despertó esa noche al oír el gran impacto de algo al chocar contra su puerta. Saltó de la cama y se puso el vestido, pero no escuchó nada más. Se deslizó hacia la puerta, apretó la oreja contra la madera y escuchó un gemido.

Con cautela, alzó la barra y abrió la puerta sólo una rendija y vio a su padre tirado en el suelo, con la camisa de dormir manchada de vómito.

—Que el Creador me dé fuerzas —exclamó la chica mientras empapaba un trozo de tela en agua para limpiar el vómito del suelo y de la ropa; luego arrastró a su padre de vuelta a su habitación.

Harl gimió cuando ella lo tumbó en la cama y la abrazó con desesperación.

—No te puedo perder a ti también —sollozó. Ella se sentó en el borde de la cama y le abrazó mientras lloraba. Cuando se quedó dormido, lo soltó. Regresó a su habitación con rapidez y volvió a atrancar la puerta.

A la mañana siguiente, Renna volvió a la casa después de haber recogido los huevos en el cobertizo y encontró al viejo soltando las bisagras de la puerta de su habitación.

—¿Se ha roto la puerta? —preguntó, con el corazón encogido.

—No —gruñó él en respuesta—. Pero necesito la madera para tapar un agujero en la pared del establo. No tiene importancia, no la necesitas. En esta habitación no van a tener lugar más relaciones maritales. —Levantó la puerta con esfuerzo y se la llevó al establo. Renna estaba paralizada.

Se sintió como un animal aterrorizado el resto del día y esa noche no pegó ojo, con todos los sentidos pendientes de la gruesa cortina que pendía de la entrada.

Pero no hubo nada que apartara la cortina aquella noche, o la que siguió, ni siquiera la semana siguiente.

Renna no estuvo segura de qué fue lo que la despertó. Los abismales habían probado los grafos hacía un rato, pero los sonidos se habían desvanecido cuando se fueron en busca de una presa más fácil.

La única luz que se veía era un suave resplandor que enmarcaba los bordes de la cortina, procedente del fuego de la chimenea del salón, que ardía más flojo durante la noche. Arrojaba una luz suave sobre su cama, aunque el resto de la pequeña habitación seguía sumida en la oscuridad.

Pero Renna comprendió con rapidez que no estaba sola. Su padre estaba en la

habitación.

Tuvo cuidado de continuar inmóvil y afinó los sentidos para captar cualquier movimiento en la oscuridad, del mismo modo que intentó convencerse a sí misma que sólo era un sueño; pero podía percibir el hedor de la cerveza y el sudor, y escuchaba su respiración tensa. Las tablas del suelo chirriaban cada vez que el viejo cambiaba su peso de un pie al otro, mientras ella esperaba a que hiciera algo, pero el hombre se limitó a permanecer allí, observándola.

¿Habría hecho eso antes, deslizarse dentro de su habitación para mirarla? Se sintió enferma sólo de pensarlo. Tenía miedo de moverse pero dirigió los ojos hacia la cortina, pese a que esa ruta de huida no parecía muy oportuna. Le llevaría por lo menos cuatro pasos llegar hasta allí y Harl la interceptaría sólo en uno.

La ventana estaba cerrada, pero aunque pudiera abrir los postigos y arrojarle por allí antes de que él pudiera cogerla, era noche cerrada y los demonios proliferaban en la oscuridad del exterior.

El tiempo pasó lentamente, y le pareció que transcurría aún más despacio mientras ella intentaba pensar en un modo de escapar. Si pudiera correr por el patio. A lo mejor podría llegar al establo antes de que la atrapara un abismal. El enorme granero estaba protegido y no estaba conectado con la casa. Si conseguía llegar hasta allí, su padre no podría seguirla hasta la mañana siguiente y a lo mejor ya se le habría pasado la borrachera.

Pero correr hacia la noche iba contra todos sus instintos, era un suicidio. ¿Adónde podría ir entonces? Estaba atrapada con él en la casa hasta el amanecer.

En ese momento Harl cambió de posición y ella captó su aliento. Se había acercado lentamente hacia la cama y Renna se quedó helada, como un conejo paralizado por el miedo. Cuando él se aproximó a la luz, vio que iba vestido sólo con la camisa de dormir y su erección se percibía con claridad a través de la tela. Su padre se acercó aún más y le tocó el pelo. Le pasó los dedos por entre los cabellos y después los olió, hasta que dejó caer la mano y le acarició la cara con afecto.

—Igual que su madre —murmuró entre dientes. Bajó la mano más aún, más allá de garganta y del cuello y recorrió la piel suave hasta el pecho.

Luego se lo apretó y Renna chilló. La *Señorita Rasguños* despertó con un estremecimiento y bufó. Después clavó las garras profundamente en el brazo del viejo. Él gritó a su vez y el terror dio fuerzas a la muchacha, que le dio un fuerte empujón al viejo para tirarlo hacia atrás. Al estar bebido, éste tropezó y cayó al suelo, de modo que la chica pudo atravesar la cortina como una exhalación.

—¡Niña, ven aquí! —gritó, pero ella le ignoró y corrió hacia la puerta trasera que daba al pequeño establo. Él la persiguió a trompicones. En su carrera, se enredó en la cortina y la arrancó de la barra.

Antes de que él pudiera liberarse, ella ya había llegado a la puerta del establo,

pero no había ningún cerrojo por dentro. Agarró una vieja y pesada montura, la arrojó contra la puerta y corrió hacia los compartimentos.

—¡Renna, engendro del Abismo! ¿Qué es lo que te ha dado? —gritaba él mientras se precipitaba a través de la puerta. Se oyó otro grito cuando cayó sobre la montura, maldiciendo en voz alta.

«¡Niña, te voy a poner el culo morado como no salgas de tu escondrijo! —chilló de nuevo y sonó un chasquido como un latigazo. Había cogido un juego de riendas de cuero de la pared del establo.

Ella no contestó. Se agazapó en la oscuridad de un compartimento vacío tras un viejo barril de lluvia mientras él forcejeaba para encender una linterna con una astilla. Finalmente consiguió prender la mecha, de modo que la luz titubeante iluminó la escena y envió una serie de sombras danzantes por todo el establo.

—¿Dónde estás, niña? —volvió a llamarla Harl, mientras registraba los compartimentos—. Si tengo que sacarte por la fuerza será mucho peor. —Hizo restallar las riendas otra vez para acentuar la amenaza y el corazón de la chica dio un respingo. Fuera, los demonios, atraídos por el jaleo se arrojaban contra los grafos con mayor entusiasmo. Los estallidos provocados por la protección relucían a través de las rendijas de la madera, acompañados de los chillidos de los abismales y los chasquidos de la magia.

Renna se aovilló como una pelota cuando él se acercó, con los músculos tan tensos que pensó que iba a estallar. Las maldiciones que mascullaba su padre se volvieron cada vez más repugnantes y comenzó a azotar con las riendas todo lo que le rodeaba de pura frustración.

Estaba sólo a centímetros del lugar donde se ocultaba Renna, cuando ésta salió de un salto y se internó en el establo. Acorralada, se pegó a la pared trasera y se volvió para enfrentarse a él.

—No sé lo que te ha dado, niña. No voy a tener más remedio que ponerle remedio a golpes.

No había lugar adonde huir, así que se dio media vuelta y buscó la escalera que llevaba al pajar. Intentó recuperarla después de subir, pero él agarró el extremo inferior y se la arrancó de las manos con un tirón que casi la arroja contra el primer piso. Apenas se pudo apañar para sujetarse a los bordes de la trampilla y tuvo que soltar la escalera. Harl colgó la linterna y comenzó a subir tras ella, con las riendas sujetas en la boca.

Renna dio patadas a ciegas, desesperada, y alcanzó a su padre en la cara. Éste cayó de la escalera, pero el suelo estaba cubierto de paja por lo que el golpe no fue fatal. Harl puso la escalera de nuevo en posición antes de que ella pudiera apartarla y subió con rapidez. La chica intentó patearlo de nuevo, pero él le agarró el pie y la empujó con fuerza, de modo que cayó despatarrada.

Estaban en el pajar y ya no había ningún otro lugar adonde huir. Renna apenas había conseguido incorporarse cuando el hombre le dio un puñetazo en la cara y una luz estalló tras sus ojos.

—Tú te lo has buscado, niña —dijo él y la golpeó de nuevo, esta vez en el estómago. Renna expulsó todo el aire de sus pulmones y jadeó de dolor. El hombre agarró su camisa de dormir y se la arrancó con un brusco tirón.

—¡Por favor, papá! —gritó ella—. ¡No lo hagas!

—¿Que no lo haga? —coreó él con una risa áspera—. ¿Desde cuándo les dices que no a los chicos en los pajares, niña? ¿Aquí es donde cometes tus pecados? ¿No es aquí donde avergüenzas a tu familia? ¿Te pegas a cualquier borracho que se quede dormido en el establo pero eres demasiado buena para tu propio padre?

—¡No! —chilló ella.

—Por el Abismo que sí —le dijo él. Luego la cogió del cuello y le enterró la cara en la paja, mientras se alzaba su propia camisa de dormir con la mano libre.

Cuando todo hubo pasado, Renna se quedó llorando sobre la paja. Aún sentía el peso de Harl sobre ella, pero parecía haber perdido toda su fuerza. Renna le empujó con brusquedad y él cayó a un lado sin resistirse.

Querría haberle empujado hasta hacerle caer por un lado del altillo para que se rompiera el cuello, pero no podía dejar de sollozar lo bastante para hacerlo. La mejilla y el labio le latían dolorosamente donde la había golpeado y le ardía el estómago, pero eso no era nada en comparación con el dolor ardiente que sentía entre las piernas. Si Harl había notado la evidencia de que jamás había estado con un hombre antes, no dio muestra alguna.

—Esto es lo que hay, niña —le dijo su padre con una débil palmadita en el hombro—. Anda y échate unas buenas lágrimas. Eso solía ayudar a Ilain hasta que empezó a gustarle.

Renna frunció el ceño. Aquello jamás le había gustado a su hermana, a pesar de lo que él dijera.

—No me volverás a hacer esto. Le diré a todo el mundo en Ciudad Central lo que has hecho.

El viejo soltó una risa que sonó como un ladrido.

—Nadie te creerá. Las comadres pensarán que la golfa del pueblo busca una excusa para acercarse a sus maridos y echarles las garras y nadie se preocupará del asunto. Además —añadió envolviéndole la garganta con una garra nudosa—, si se lo dices a alguien, te mataré.

Renna vio cómo se ponía el sol desde el porche protegido, abrazada a sí misma mientras el cielo perdía su color. No hacía mucho tiempo, había pasado todas las noches contemplando el este, soñando con el día en que Arlen Bales regresara de las Ciudades Libres para cumplir su promesa de llevarla consigo.

Aún miraba el camino todas las tardes, pero ahora miraba hacia el oeste, rezando para que Cobie Fisher viniera a por ella. ¿Aún pensaría en ella? ¿Realmente había sentido lo que dijo? Y si hubiera sido así, ¿no habría ido ya a buscarla?

Su esperanza se iba debilitando con el paso de cada noche, hasta que apenas quedó una llamita, después sólo una brasa enterrada en la arena, un calorcillo sofocado que apenas la calentaba ya.

Pero cualquier cosa que la mantuviera fuera un poco más merecía la pena, incluso un sueño que le producía tanto dolor como consuelo. Pronto tendría que regresar al interior, prepararle a su padre la cena y hacer sus tareas vespertinas con los ojos de él clavados en ella hasta que dijera que era el momento de ir a la cama.

Y entonces, ella le acompañaba a la cama, obediente, y se quedaba quieta y le dejaba hacer. Pensaba en Ilain, que había sufrido tantos años ese tormento, cuando Renna era demasiado pequeña para entenderlo. No era capaz de comprender cómo había podido sobrevivir a aquello con la mente intacta, pero sus dos hermanas siempre habían sido más fuertes que ella.

—Está oscureciendo —la llamó Harl—. Entra y cierra la puerta antes de que los abismales te cojan.

Durante un momento, la imagen bailó en su mente. Los abismales emergerían en unos momentos. Sería muy sencillo dar un paso más allá de los grafos y terminar con su agonía.

Pero Renna había comprendido que tampoco tenía suficiente entereza para hacer eso. Se volvió y entró en la casa.

—Oh, no me gruñas, *Lanuda* —le dijo Renna a la oveja mientras la esquilaba—. Me agradecerás que te libre de este abrigo con el calor que hace.

Beni y los chicos solían burlarse de ella cuando les hablaba a los animales como si fuesen personas, pero ahora que se habían ido todos, lo hacía cada vez más. Los perros, gatos y demás animales que había en los compartimentos eran los únicos amigos que le quedaban y cuando Harl estaba en los campos, le prestaban su simpática atención cuando ella les abría el corazón.

—Renna. —Oyó un susurro a su espalda. La chica dio un salto y *Lanuda* baló cuando la cortó sin querer, pero ella apenas se dio cuenta, pues se volvió para encontrarse a Cobie a apenas unos pasos de distancia.

Dejó caer las tijeras y miró a su alrededor con nerviosismo, pero no se veía a su padre por ninguna parte. Estaba fuera, limpiando los campos de malas hierbas y podría estar fuera unas cuantas horas, pero ella no quería correr ningún riesgo, así que

cogió a Cobie del brazo y lo arrastró detrás del establo grande.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurró.

—Llevo unos cuantos barriles de arroz a la granja que está un poco más adelante en el camino, la de Mack Pasture. Me refugiaré allí y volveré a Central por la mañana.

—Mi padre te matará si te ve —dijo.

El joven asintió.

—Ya lo sé. No me da miedo. —Rebuscó en el bolso donde llevaba los mensajes y sacó un collar largo de suaves guijarros enhebrados en una sólida cuerda de cuero con un broche de espina de pez.

—No vale mucho, pero es lo único que te puedo dar —le ofreció alargando la mano.

—Es precioso —comentó ella, al coger el regalo. Le daba dos vueltas al cuello y aún así colgaba por debajo de sus pechos.

—Sigo pensando en ti, Renna —confesó Cobie—. El Pastor Harral y mi padre me piden que te olvide, pero no puedo hacerlo. Te veo cada vez que cierro los ojos. Quiero que te vengas conmigo mañana por la mañana. El Pastor nos casará si vamos con él y le suplicamos, sé que lo hará. Lo hizo por tu hermana, cuando huyó con Jeph Bales y una vez que estemos unidos ante el Creador, nada de lo que tu padre diga podrá separarnos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella, con los ojos cuajados de lágrimas.

Cobie asintió y la apretó contra su pecho, para besarla con intensidad.

Pero sólo controló la situación durante un momento, porque ella lo empujó contra la pared del establo y se puso de rodillas. Él jadeó y arañó la superficie de madera del compartimento mientras ella trajinaba. Se le doblaron las rodillas, y cuando se deslizó hacia el suelo, Renna se levantó las faldas y lo montó.

—Yo... yo nunca... —tartamudeó Cobie, pero ella le puso un dedo en los labios para silenciarle y lo hundió en su interior.

El muchacho echó la cabeza para atrás perdido en su placer y Renna sonrió. Aquello no era como con Harl, algo rudo y frío. Era como tenía que ser. Cubrió el rostro de Cobie de besos y se alzó y bajó, hasta que sintió su propio placer cuando las manos de él recorrieron su cuerpo.

—Te quiero —susurró él y penetró una vez más en su interior. Ella gritó y luego lo besó. Permanecieron en aquel dulce abrazo durante un rato y después se levantaron, para reajustarse las ropas. Ella miró con cautela por el lateral del establo, pero no había rastro de su padre.

—Mi padre se va muy temprano al campo. Justo después del desayuno. Si vienes entonces, él no volverá hasta la hora del almuerzo.

—Estaremos delante del templo antes de que se dé cuenta de que te has ido —le

dijo él y la abrazó con fuerza—. Prepara tus cosas esta noche. Vendré tan temprano como pueda.

—No tengo nada que llevarme —repuso Renna—. No tengo más dote que yo misma, pero prometo ser una buena esposa. Puedo cocinar, proteger y limpiar tu casa...

Cobie se echó a reír y luego la besó.

—No quiero ninguna dote. Sólo a ti.

Renna escondió el collar en el bolsillo de su delantal y fue obediente el resto del día y de la noche, para no darle a su padre motivos de sospecha. Era verdad que no tenía ningún paquete que hacer, pero se despidió de cada uno de los animales entre susurros. Se echó a llorar sobre la *Señorita Rasguños* y se lamentó por los retoños que no llegaría a ver.

—Serás la *Señora Rasguños* cuando vengan los cachorros, incluso aunque ese inútil de gato atigrado no te ayude a cuidarlos.

Buscó entre los animales de la habitación hasta que encontró al probable padre.

—Cuida a tus cachorros —le advirtió, en voz baja para que su padre no pudiera escucharla—, o volveré y te arrojaré al abrevadero.

Permaneció despierta toda la noche mientras Harl roncaba a su lado y, antes de que se filtrara el primer rayo de luz entre los postigos, puso las gachas de avena al fuego y comenzó a recoger los huevos del gallinero en el establo. Realizó el resto de sus tareas matutinas con la sensación de que era la última vez que las hacía y trabajó con los ojos puestos en el camino.

No tuvo que esperar mucho. Se oyó un galope lejano, que se desvaneció antes de llegar a la casa. Poco después apareció Cobie por la curva, sudoroso y sin aliento.

—He galopado todo el camino —dijo, al besarla—. No podía esperar a verte.

Piña necesitaba un descanso, así que el muchacho la ató detrás del establo mientras Renna sacaba agua del pozo. La yegua bebió ansiosa y comenzó a pastar mientras ellos caían uno en brazos del otro. No pasó mucho rato antes de que ella estuviera reclinada contra el muro del establo con las faldas subidas a la cintura.

Y así fue como los encontró el viejo.

—¡Lo sabía! —gritó y golpeó a Cobie en la cabeza con la horca. El asta le dio en la sien y lo mandó al suelo dando tumbos.

—¡Cobie! —gritó Renna, corrió hacia él y lo acunó entre sus brazos cuando intentó levantarse.

—Ya sabía yo que tramabas algo cuando te vi llorar sobre los gatos, niña. ¿Tú crees que tu padre es idiota?

—¡No me importa! —gritó ella—, Cobie y yo nos queremos y ¡me voy con él!

—¡El Abismo si lo haces! —exclamó él y la tomó del brazo—. Vas a poner el culo en casa en este mismo instante si quieres que le quede piel encima.

Pero la fuerte mano de Cobie se cerró sobre la muñeca de Harl para apartarlo de la chica.

—Lo siento, señor, pero no le voy a permitir que haga eso.

Harl se volvió hacia él y resopló.

—Bueno, chaval, no me digas que no te lo has ganado. —Y tras decir esto le dio una patada en la entrepierna.

Con los pantalones aún en torno a los tobillos, Cobie no tenía con qué protegerse de las pesadas botas del viejo y cayó al suelo, con las manos en los genitales. Harl tiró a Renna al suelo y empezó a golpear al muchacho que yacía en el suelo indefenso con la horca.

—El típico bravucón —escupió el viejo—. Seguro que no te has visto en una pelea de verdad en tu vida. —Cobie intentó rehuir los golpes, pero aún tenía los pantalones liados en las piernas y no podía ponerse en pie, de modo que gritaba cada vez que un golpe encontraba su objetivo.

Al final, con el muchacho tirado en el suelo, jadeante y ensangrentado, Harl pinchó la horca en la tierra y sacó el largo cuchillo de la funda que llevaba en el cinturón.

—Ya te dije lo que te haría si te pillaba otra vez con mi hija —anunció mientras avanzaba—. Despídete de tus pelotas, chico. —Los ojos del muchacho se abrieron de puro terror.

—¡No! —chilló ella a la vez que saltaba sobre la espalda del viejo y lo enredaba con los brazos y las piernas—. ¡Corre, Cobie, corre!

Harl gritó y ambos se enzarzaron en una lucha. Toda una vida de trabajo duro había fortalecido a Renna, pero su padre se volvió y la empotró contra la pared del establo. La chica perdió el aliento y antes de que pudiera recobrarlo él la volvió a golpear una y otra vez hasta que ella aflojó la presa y Harl pudo cogerla del brazo y tirarla al suelo.

El dolor recorrió el cuerpo de Renna a consecuencia del impacto, pero aun a través del aturdimiento vio al muchacho subirse los pantalones y saltar sobre su caballo. Antes de que el viejo volviera a hacerse con la horca, Cobie había clavado espuelas en los flancos de *Piña* y galopaba por el camino.

—¡Éste es mi último aviso, chico! ¡Apártate de mi hija o no volverás a mear de pie! —Luego se volvió hacia Renna—. En cuanto a ti, chiquilla, ya te dije lo que se les hace por aquí a las golfas. —Agarró a la chica por el pelo y la arrastró hacia la casa. Ella chilló de dolor, pero aún estaba aturdida y apenas pudo hacer algo más que trastabillar tras él.

A mitad de camino del patio se dio cuenta de que no iban hacia la casa. Harl la

llevaba hacia la letrina.

—¡No! —chilló. Ignoró el dolor de los tirones del pelo, plantó los pies en el suelo y empezó a tirar hacia otro lado—. ¡Por el Creador, por favor! ¡No!

—¿Crees que el Creador te va a ayudar después de que te haya pillado pecando a plena luz del día? —preguntó él—. ¡Estoy haciendo su maldito trabajo! —Dio un nuevo tirón aún más fuerte y la arrastró de nuevo.

—¡Papá! ¡Por favor! —lloró Renna—. ¡Te prometo que seré buena!

—Ya me has hecho esa promesa antes, niña, y mira dónde estamos —replicó Harl—. Esta vez vamos a hacer las cosas bien y me voy a asegurar de que me tomas en serio.

Harl la empujó con fuerza y Renna se golpeó la espalda con el banco al caer dentro de la letrina. Ignoró el dolor y se lanzó hacia adelante para escapar, pero su padre le dio un puñetazo en la cabeza y todo se volvió negro.

Renna despertó un par de horas más tarde. Al principio no recordó dónde estaba, pero la espalda le ardía por el golpe contra el banco y notó un dolor paralizante en la mejilla cuando movió el rostro. De pronto todo volvió a su mente y abrió los ojos aterrorizada.

Harl la oyó gritar y golpear contra la puerta y regresó. La avisó dando unos golpes con el mango de hueso del cuchillo contra la pared.

—¡Estate bien quieta ahí dentro! Te lo digo por tu bien.

Renna le ignoró y continuó chillando y dando patadas a la puerta.

—Yo no haría eso si fuera tú —le dijo el viejo, con voz lo bastante fuerte para que le escuchara por encima de su propio jaleo—. Las tablas ya están bastante viejas y te gustará que estén en buenas condiciones cuando el sol se ponga. Sigue pateando y sacarás los grafos de su sitio.

Renna se quedó quieta inmediatamente.

—Por favor —sollozó a través de la puerta—. ¡No me dejes aquí fuera por la noche! ¡Seré buena!

—Por el Abismo, ya lo creo que lo serás. ¡Después de esta noche, tú misma echarás a ese muchacho si se le ocurre acercarse otra vez a esta casa!

Hacía calor en la diminuta letrina y el aire era sofocante debido al hedor de los excrementos. Había un ventanuco, pero Renna no se atrevía a abrirlo por miedo a crear un agujero en la red de protección. Las moscas zumbaban alrededor del tonel partido por la mitad que cubría el pozo ciego sobre el que se apoyaba el banco.

A través de las grietas de la madera, Renna observó cómo la luz iba desapareciendo al ponerse el sol. No perdía la esperanza y rezó para que Harl regresara a por ella, para que aquello sólo fuera un modo de asustarla. Pero cuando se desvaneció la última brizna de luz, con ella murieron también sus esperanzas. Fuera, los abismales comenzaron a emerger. La muchacha rebuscó en el bolsillo de su delantal y aferró con fuerza las piedras pulidas del collar de Cobie, para darse ánimos.

Los demonios acudieron en silencio; se decía que el calor del día les abría el camino desde el Abismo al elevarse del suelo. Sus formas nebulosas estarían coagulándose en forma de garras, escamas y afilados colmillos justo en ese momento. Renna sentía el corazón desbocado en el pecho.

La chica percibió un olisqueo en la puerta de la letrina. Se envaró y se mordió los labios de miedo. En el silencio, podía escuchar las garras arañando el polvo del suelo y rápidos olisqueos mientras el abismal inhalaba el fuerte olor del miedo.

De repente el demonio chilló y golpeó los grafos con fuerza. La magia estalló en un relámpago, tan brillante que se coló por las grietas de la madera e iluminó el interior de la letrina. Renna chilló tan fuerte que sintió como si la garganta se le desgarrase.

Los grafos aguantaron pero el demonio siguió con su ataque sin inmutarse. Se oyó el aleteo de unas alas de cuero y otro estallido de magia en el techo. Toda la estructura se sacudió con el impacto y ella gritó de nuevo cuando le cayeron encima el polvo y la mugre desprendidos por el golpe.

El demonio del viento no cejó en su empeño. Chillaba frustrado al ver a la presa tan lejos y tan cerca a la vez. Los grafos lo repelían una y otra vez, pero los embites ponían a prueba la estructura de la letrina y la madera vieja gruñía en protesta. ¿Cuántos ataques podría aguantar?

Al final, el abismal se rindió. Renna escuchó el aleteo y sus gritos que se alejaban en busca de una presa más fácil.

Pero la ordalía no terminó ahí. Al poco rato, todos los abismales del patio captaron su olor. Renna soportó los chispazos mágicos cuando los demonios del fuego arañaron la madera con sus afiladas garras y tembló con las ráfagas de aire frío cuando las protecciones invertían los escupitajos de fuego. Pero los peores fueron los demonios del bosque, que ahuyentaron a los otros y empezaron a golpear los grafos con tal saña que toda la estructura se estremeció con la fuerza de cada impacto. Renna sentía cada estallido de los grafos como un golpe físico y se acurrucó en el suelo, con el cuerpo hecho una bola y sollozando de modo incontrolable.

Todo aquello pareció durar una eternidad. Después del Creador sabría cuantas horas, Renna se encontró rezando para que las protecciones cedieran, como seguramente ocurriría antes de que finalizara la noche, para que todo acabara de una

vez. Si hubiera sido capaz de reunir la fuerza suficiente para ponerse en pie, ella misma habría abierto la puerta para dejarles entrar.

Las horas transcurrieron de manera interminable, y al final le faltaron incluso las fuerzas para llorar. Los chispazos de la magia, los chillidos en la noche, el hedor del pozo ciego, todo desapareció mientras ella se hundía cada vez más en un terror primario, tan poderoso que los detalles dejaron de existir.

Allí yació aovillada, con todos los músculos tensos, mientras las lágrimas fluían en silencio de sus ojos abiertos, que no podía apartar de la oscuridad. Respiraba entrecortadamente y su corazón aleteaba como un colibrí. Arañó la madera del suelo con las uñas, insensibles a la sangre que brotaba y las astillas que la herían.

Ni siquiera se dio cuenta de que los sonidos y los relampagueos habían cesado y los demonios habían regresado al Abismo.

Se oyó un ruido sordo cuando levantaron la barra exterior, pero Renna no reaccionó hasta que la puerta estuvo completamente abierta y la luz cegadora del sol naciente entró en la letrina. Después de horas contemplando la oscuridad, la luz le quemó los ojos y la obligó a volver del lugar donde se había refugiado su mente. Jadeó y se puso en pie de un salto; alzó el brazo contra la luz, chillando mientras reculaba a trompicones hasta la pared posterior de la letrina.

Harl la abrazó y le acarició el pelo.

—Ya está, niña, ya está —le susurró, mientras le tocaba el cabello—. Yo lo he pasado tan mal como tú. —La abrazó con fuerza pero con dulzura y la meció de un lado a otro mientras sollozaba—. Ya está, niña. Lloro todo lo que quieras. Sácalo todo fuera.

Y Y así lo hizo, aferrándose a él mientras se retorcía de pena, hasta que por fin se calmó.

—¿Me harás caso ahora? —le preguntó él cuando la chica pareció recuperar la compostura—. No me gustaría tener que hacer esto de nuevo.

Renna asintió con ansiedad.

—Te lo prometo, papá. —Tenía la voz ronca de gritar.

—Esa es mi chica —afirmó él y la cogió en brazos, para llevarla a la casa. La puso en su propia cama y le preparó caldo caliente. Le llevó el almuerzo en una bandeja que apoyó en su regazo. Era la primera vez que Renna le veía preparando comida, pero estaba caliente y buena, y le llenó.

—Hoy dormirás aquí —le dijo esa noche—. Descansa y mañana por la tarde estarás como si no hubiera pasado nada.

Y fue cierto, porque Renna se sintió mejor al día siguiente y mejor aún el que le siguió. Harl no la buscó por la noche y la dejó trabajar a su propio ritmo durante el día. El tiempo pasó y quedó claro que Cobie no iba a regresar. Era mejor así, pensó ella.

Algunas veces, mientras hacía sus tareas, recordaba los estallidos mágicos de la noche de la letrina, pero los apartaba con rapidez de su mente. Ya había pasado y ella sería una buena hija de ahora en adelante, de modo que no tuviera que volver jamás a aquel lugar.

La historia de Marick

Invierno del 333 d.R.

A primera hora de la tarde una multitud se había congregado en la puerta de la cabaña de Leesha; el cielo aún mostraba una plenitud de tonos lavanda y anaranjados. Al principio sólo estaban Darsy, Vika y sus aprendizas, pero después acudieron Gared y los demás Leñadores, con las hachas protegidas sobre los hombros y también se presentaron Erny y el resto de los Protectores de Hoya, junto con sus aprendices. Rojer llegó poco después junto a Benn, el soplador de vidrio. Siguieron llegando personas, hasta que el patio se llenó con los espectadores, más de los que podría alojar durante la noche. Algunos se habían llevado tiendas para dormir después de la lección.

Muchos de los visitantes se removieron incómodos al caer el sol, pero confiaban en Leesha y en la fuerza de sus grafos. Se encendieron linternas para iluminar la mesa de piedra situada en el centro de la reunión.

Unas cuantas formas nebulosas se filtraron del suelo cuando cayó la oscuridad, pero los abismales huyeron tan pronto como se solidificaron. Habían aprendido que intentar abrir brecha en los grafos de Leesha les acarrea algo más que un simple bloqueo.

Luego llegó el Protegido, caminando al lado de un gigantesco semental. Del lomo del caballo colgaban las carcasas vacías de varios demonios.

Los Protectores se movieron con rapidez y desactivaron una parte de la red de protección suficiente para que el Protegido pudiera atravesarla con los cuerpos de los abismales. Los Leñadores avanzaron para colocar las carcasas sobre la mesa de piedra mientras los Protectores reactivaban la red.

—No te ha llevado mucho tiempo —le dijo la chica al hombre tatuado cuando se acercó.

El se encogió de hombros.

—Querías uno de cada raza. No era demasiado difícil.

Leesha sonrió y cogió uno de los escalpelos protegidos.

—Escuchad atentamente, todos —dijo en voz alta cuando se dirigió hacia el demonio del bosque y se preparó para hacer la primera incisión—. Hemos comenzado la clase.

Sirvieron un desayuno al día siguiente, para todos aquellos que se habían quedado

en la cabaña. Los Leñadores se marcharon poco después de la lección con el Protegido a la cabeza, con la idea de reforzar los conocimientos recién adquiridos con una clase práctica, pero la mayoría se habían quedado a salvo detrás de las protecciones hasta el amanecer.

Leesha hizo que las aprendizas guisaran una gran olla de gachas de avena y preparó té en un caldero. Repartieron los cuencos y las jarras conforme los invitados comenzaron a emerger de las tiendas, restregándose los ojos de sueño después de haberse acostado tarde la noche anterior.

Roger se sentó en el porche de la cabaña para afinar su violín.

—No es propio de ti sentarte lejos de los demás —le dijo Leesha. Le ofreció un cuenco y luego se sentó a su lado.

—No tengo mucha hambre —explicó él, mientras removía las gachas con desgana.

—Kendall se va a poner bien. Se está recuperando con rapidez y no culpa a nadie por lo que ha pasado.

—Quizá debería —replicó él.

—Tienes un don único. No es culpa tuya si es difícil de transmitir.

—¿No? —preguntó. Ella le miró con curiosidad, pero él no dijo nada más sino que volvió la cara y miró hacia el patio—. Me lo podrías haber dicho.

—¿Decirte, qué? —inquirió ella a su vez, aunque sabía muy bien a qué se refería.

—Lo tuyo con «Arlen».

—No creo que sea de tu incumbencia —replicó Leesha.

—Sin embargo, le diste una poción amorosa a Kendall —la increpó él—. Quizá mis enseñanzas no sean tan malas después de todo. A lo mejor la chica tenía la cabeza en el té cuando debería haberla tenido en los demonios.

—Eso ha sido un golpe bajo. Creí que te hacía un favor.

Roger la miró furioso, una expresión que ella jamás había visto en su rostro fuera de sus representaciones.

—No, tú pensaste que empujarme hacia otra mujer te haría sentir mejor por no estar interesada en mí. Te pareces a tu madre más de lo que crees.

Abrió la boca para responder, pero no salió ninguna palabra de ella. El Juglar dejó el cuenco a un lado y se levantó para irse; mientras se alejaba de ella, se colocó el violín bajo la barbilla y comenzó a tocar una furiosa melodía que ahogó cualquier cosa que Leesha hubiera podido decirle para que volviera.

*E*l Cementerio de los Abismales era un caos cuando Leesha y los demás regresaron a la ciudad. La plaza estaba llena de cientos de personas, muchos de ellos heridos y todos desconocidos. Estaban mugrientos, harapientos y muertos de hambre.

Exhaustos, reposaban sobre los adoquines helados.

El Pastor Jona corría de un lado para otro y gritaba órdenes a sus acólitos, los cuales intentaban dar consuelo a los que lo necesitaban. Los Leñadores llevaban tocones de árbol a la plaza para que la gente tuviera al menos un sitio donde sentarse, pero parecía una tarea inacabable.

—¡Gracias al Creador! —exclamó el Pastor cuando les vio. Vika, su mujer, corrió a abrazarle, mientras él se apresuraba hacia ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Leesha.

—Son refugiados de Fuerte Rizón —explicó Jona—. Comenzaron a llegar esta mañana, un par de horas después del amanecer. Llegarán más en cualquier momento.

—¿Dónde está el Liberador? —gritó una mujer entre la multitud—. ¡Nos dijeron que estaba aquí!

—¿Han fallado las protecciones de toda la ciudad?

—Eso es imposible —intervino Erny—. Rizón tiene a su alrededor más de cien aldeas, todas con sus propias protecciones. ¿Por qué han huido todos de esta manera?

—No es de los abismales de lo que huimos —dijo una voz familiar y Leesha se volvió, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¡Marick! —gritó—. ¿Qué haces aquí?

El Enviado seguía tan atractivo como siempre, pero llevaba en el rostro unos cardenales amarillentos, en parte ocultos tras el pelo largo y la barba, y se apoyaba algo más en una pierna que en la otra al andar.

—He cometido el error de pasar el invierno en Rizón —aclaró—. Suele ser una buena idea, ya que el frío no aprieta tanto en el sur —se echó a reír entre dientes—, pero no este año.

—Si no han sido los demonios, ¿qué ha pasado? —preguntó ella.

—Los krasianos —explicó Marick y escupió sobre la nieve—. Parece que las ratas del desierto se han hartado de comer arena y han decidido caer sobre la gente civilizada.

Ella se volvió y se dirigió a Rojer.

—Encuentra a Arlen —murmuró—. Hazle venir en secreto; nos reuniremos en la habitación trasera de la taberna de Smitt. Ve. —El Juglar asintió y desapareció.

—Darsy, Vika —llamó Leesha—, haced que las aprendizas clasifiquen a los heridos y los lleven al hospital según la gravedad.

Las dos Herboristas asintieron y salieron corriendo.

—Jona, di a tus acólitos que traigan camillas del hospital y ayuda a las aprendizas. —Jona se inclinó y se marchó a su vez.

Cuando Leesha comenzó a dirigir la situación, los demás se acercaron a recibir órdenes, incluido Smitt, posadero y Portavoz del Pueblo.

—Pueden esperar un poco más a recibir comida, pero esta gente necesita agua y

un refugio caliente de forma inmediata. Levantad los pabellones que usamos en las bodas y las tiendas que podáis encontrar, y poned todas las manos disponibles a traer agua. Si los pozos y el río no dan suficiente, poned calderos al fuego y llenadlos de nieve.

—Yo me encargo —dijo Smitt.

—¿Desde cuándo todo Hoya baila al ritmo de tus órdenes? —preguntó el Enviado con una sonrisa.

Leesha se lo quedó mirando.

—Tengo que ir a ver a los enfermos ahora, maese Marick, pero tendré muchas preguntas que hacerte cuando termine.

—Estaré a tu disposición —le dijo el hombre, con una reverencia.

—Gracias —respondió ella—. Sería de gran ayuda si pudieras reunir a los otros líderes de tu grupo que puedan añadir algo a tu historia.

—Claro.

—Los alojaré en la taberna —dijo Stefny, la mujer de Smitt; y luego añadió dirigiéndose al hombre—. Seguro que les vendrá bien una cerveza fría y un bocado.

—Más de lo que se puede imaginar —respondió el Enviado.

Hubo que inmovilizar huesos rotos y tratar infecciones, muchas provocadas por ampollas en los pies que habían reventado y no se habían podido curar por el camino: aquella gente había pasado más de una semana viajando, con la certeza de que retrasarse del grupo principal supondría una muerte casi segura. Bastantes de los viajeros sufrían heridas de los abismales, también, al haber tenido que hacinarse dentro de círculos de protección preparados a toda prisa. Era sorprendente que algunos hubieran conseguido llegar a Hoya del Liberador. Por sus historias supo que otros muchos no lo habían logrado.

Había varias Herboristas de diferentes especialidades entre los refugiados y después de un rápido reconocimiento de su estado, Leesha las puso a trabajar. Ninguna de ellas se quejó, ya que ser Herborista implicaba dejar a un lado las propias necesidades para poner por delante las de los que estaban a su cargo.

—Jamás lo habríamos conseguido sin el Enviado Marick —le contó una mujer mientras Leesha le curaba los dedos congelados—. Cabalgaba delante de nosotros cada día y protegía los lugares de acampada de nuestro grupo para que nos sirvieran de refugio a la llegada de los abismales. No habríamos durado ni una sola noche sin él. Incluso cazó un ciervo con su arco y nos lo dejó en el camino para que lo encontrásemos.

Cuando Rojer reapareció, ya habían curado las heridas más graves, así que ella dejó el hospital a cargo de Darsy y Vika, y se marchó con él a su oficina.

Cuando se cerró la puerta tras ellos, Leesha se desplomó sobre Rojer, mostrando finalmente su agotamiento. La tarde estaba ya muy avanzada y había estado

trabajando horas y horas sin descanso, tratando a pacientes y respondiendo preguntas tanto de las aprendizas como de los ancianos del pueblo. En unas cuantas horas todo quedaría sumergido de nuevo en la oscuridad.

—Necesitas descansar —le dijo el Juglar pero ella sacudió la cabeza, llenó un barreño con agua y se lavó la cara.

—No hay tiempo para eso ahora. ¿Está todo el mundo bajo techo?

—Casi —repuso él—. Si te soy sincero, creo que los refugiados son más del doble de la población de Hoya del Liberador y no dudo de que llegarán más mañana. El pueblo les ha abierto sus casas, incluso el Pastor Jona tiene a gente durmiendo en los bancos del templo sólo para que estén bajo techado. Si esto sigue así, tendremos que cubrir cada centímetro de los campos protegidos con tiendas improvisadas.

Leesha asintió.

—Ya nos preocuparemos por eso mañana. ¿Está Arlen en la taberna de Smitt?

—El Protegido está allí. No lo llames Arlen delante de esta gente.

—Es su nombre, Rojer.

—Me da igual —le espetó él, con una vehemencia que la pilló por sorpresa—. Esta gente necesita algo mucho más grande que ellos mismos en lo que creer, y ahora mismo, es él. Nadie te está pidiendo que le llames Liberador.

Ella pestañeó, desconcertada.

—Creo que me he acostumbrado a que todo el mundo salte cuando digo «¡Ale hop!».

—Bueno, pues puedes confiar en que yo nunca lo haré.

Leesha sonrió.

—No me gustaría que fuera de otra manera. Ven. Vayamos a ver al Protegido.

*E*l bar de la taberna de Smitt estaba al límite de su capacidad, a pesar de que la nueva posada duplicaba su tamaño respecto a la que había sido quemada varios años atrás.

Smitt asintió en su dirección cuando Leesha y Rojer entraron y les señaló la puerta de la habitación trasera con un gesto. Se apresuraron a atravesar la multitud y se deslizaron tras la pesada hoja de madera.

El Protegido estaba en la habitación, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado.

—Debería estar buscando supervivientes antes de que cayera la noche, no perdiendo el tiempo aquí —les increpó.

—Seremos todo lo breves que podamos —le tranquilizó ella—, pero es mejor que esto lo hagamos juntos.

El Protegido asintió, aunque tenía los puños apretados a causa de la impaciencia.

Smitt entró un momento más tarde, seguido de Marick, Stefny, el Pastor Jona, Erny y Elona.

El Enviado se quedó mirando al hombre tatuado, aunque llevaba la capucha calada y las manos tatuadas escondidas en las voluminosas mangas de su túnica.

—¿Tú eres... él? —preguntó.

El Protegido echó hacia atrás la capucha y reveló su piel tatuada. El hombre no pudo reprimir un jadeo.

—¿Eres tú el Liberador, como dicen? —inquirió.

Él sacudió la cabeza negativamente.

—Sólo soy un hombre que ha aprendido a matar demonios.

Jona resopló.

—¿Se te ha atragantado algo, Pastor? —le preguntó el hombre tatuado.

—Los otros Liberadores jamás se consideraron a sí mismos como tales —repuso él—. El título se lo dieron otros. —El Protegido le miró con el ceño fruncido, pero Jona se limitó a inclinar la cabeza.

—Supongo que no es importante —indicó Marick, aunque su voz sonó algo decepcionada—. Tampoco esperaba que llevaras un halo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó finalmente el Protegido.

—Hace doce días los krasianos saquearon Fuerte Rizón —explicó—. Llegaron por la noche, rodearon las aldeas y asaltaron a los guardias de las murallas. Abrieron las puertas de la ciudad principal al romper el alba. Todos estábamos en nuestras camas cuando comenzó la masacre.

—¿Llegaron por la noche? —preguntó Leesha—. ¿Cómo es eso posible?

—Tienen armas protegidas para matar a los demonios —continuó Marick—, muy parecidas a las de la gente de aquí, de Hoya. Hablan como si no hubiera en el mundo nada más importante que matar demonios, y tomar Rizón sólo fue para ellos un entretenimiento hasta que el sol se puso.

—Continúa —le presionó el Protegido.

—Bueno, estaba claro que habían puesto sus ojos en los silos de grano, porque fue lo primero que asaltaron. Sus guerreros mataron a todos los hombres que se resistieron y violaron a todas las mujeres que parecían lo suficientemente maduras para sangrar. —Echó una ojeada las mujeres que se hallaban presentes y su rostro enrojeció.

—No me sorprende lo que hacen los hombres cuando lo tienen fácil —comentó Elona con amargura—. Sigue con tu historia, Enviado.

Marick asintió.

—Debieron matar a miles de personas, sólo en esa primera mañana. Luego pusieron las murallas bajo vigilancia para mantenernos allí dentro. Nos golpearon, nos ataron unos a otros y nos encerraron en los almacenes como si fuéramos ganado.

—¿Cómo escapasteis? —le preguntó el Protegido.

—Al principio no pensé que ninguna de las ratas del desierto hablara una lengua civilizada. Conocía un par de palabras de la lengua del desierto que había aprendido de otros Mensajeros, pero eran maldiciones en su mayoría, y no servían de mucho para entablar una conversación. Creí que todo había acabado, pero al día siguiente vino un gordo que hablaba thesano como un nativo. Comenzó a seleccionar a los de la realeza, a los grandes propietarios y a los trabajadores especializados para llevarlos ante el duque krasiano. Yo estaba entre ellos.

—¿Viste a su líder? —le preguntó el hombre tatuado.

—Oh, sí, al final vi a ese bastardo —continuó Marick—. Me llevaron ante él, atado y apaleado, y cuando oyó que era un Protector, me liberó como si no hubiera ocurrido nada. ¡Incluso me dio una bolsita de oro por los problemas que me habían ocasionado! Supongo que pretendía que les enseñara nuestros grafos, pero a la mañana siguiente yo estaba fuera de la ciudad.

—Su líder —le presionó el Protegido—, ¿cómo iba vestido?

Marick pestañeó.

—Una túnica blanca abierta y un turbante, con otras ropas negras debajo, como las que llevan sus guerreros. Llevaba una corona, así es como supe que era su duque.

—¿Una corona? ¿Estás seguro? ¿No llevaba sólo una joya sujeta al turbante?

El hombre asintió.

—Estoy seguro. Era de oro, cubierta de gemas y grafos. Esa cosa debe de valer más que todas las coronas de los demás duques juntas.

—Y ese duque, ¿hablaba nuestro idioma?

—Mejor que muchos de los angiersinos que conozco —repuso él.

—¿Cuál es su nombre?

Marick se encogió de hombros.

—No creo que nadie lo dijera. Todos le llamaban con alguna palabra de esas que usan en el desierto. «Shamaka» o algo así. Supuse que querría decir «duque».

—¿Shar'Dama Ka?

—Ah, sí, eso era.

El Protegido juró entre dientes.

—¿Qué es eso? —preguntó Leesha. Pero él la ignoró y se inclinó hacia el Enviado.

—¿Era de más o menos esta altura? —le preguntó, alzando la mano por encima de su propia cabeza—, ¿con una barba partida en dos, aceitada y una nariz fina y aguileña?

El Enviado asintió.

—¿Llevaba una lanza protegida?

—Todos llevaban lanzas protegidas.

—Ésta seguro que la recordarías.

Marick asintió de nuevo.

—De metal, sí, desde la punta a la contera, cubierta de grafos grabados.

El rugido que surgió de la garganta del Protegido fue tan animal, que incluso el Enviado, un hombre poco inclinado a sentir miedo, dio un paso atrás.

—¿Quién es? —insistió Leesha.

—Ahmann Jardir —dijo el Protegido—. Le conozco.

—¿Y eso qué quiere decir? —inquirió ella, pero él ignoró la cuestión.

—Ahora no importa. Continúa —le dijo a Marick—. ¿Qué pasó después?

—Como ya he dicho, escalé la muralla y hui de la ciudad en el momento en que me liberaron. Las aldeas que encontré en mi camino ya estaban medio desiertas cuando pasé por ellas. Al llegarles la noticia del ataque, los más listos agarraron lo que pudieron y estaban de camino antes de que la sangre se secara en los adoquines de la ciudad principal. Sólo se quedaron los que estaban demasiado débiles para viajar o tenían miedo de la noche. Creo que se quedaron más de los que se marcharon, pero aún así debe de haber decenas de millares en el camino. —Hizo una pausa—. Le compré un caballo a un viejo que se quedó atrás y salí al galope. Poco después me encontré con la gente que iba por el camino. Los grupos eran demasiado grandes para mantener la cohesión y ninguna ciudad podía absorber a tanta gente. La mayoría fue hacia Lakton y sus aldeas, donde cualquiera con un anzuelo y un sedal puede llenarse la barriga, pero los Juglares tenían muchas cosas que contar sobre ti —señaló al hombre tatuado—, y aquellos que realmente creyeron que tú eras el Liberador vinieron hacia aquí en tropel. Yo necesitaba regresar a Angiers para informar al duque, pero no podía dejar a toda esa gente en el camino con tan pocos grafos para protegerse, así que les ofrecí mis servicios.

—Lo que has hecho es maravilloso, Marick —le dijo Leesha, con una mano sobre su brazo—. Esta gente jamás lo habría conseguido sin ti. Ve y descansa en la taberna mientras debatimos sobre tus noticias.

—Te he reservado una habitación arriba —añadió Smitt—. Stefny te acompañará.

El Protegido se volvió a calar la capucha tan pronto como se fue el Enviado.

—La luz del día se va. Si hay más gente en el camino, necesito asegurarme de que vean el amanecer.

La Herborista asintió.

—Llévate a Gared y a todos los Leñadores que sepan cabalgar.

—Coge tu capa —le dijo el hombre tatuado a Rojer—, Te vienes con nosotros. — El Juglar asintió y ambos salieron por la puerta trasera.

—Necesitarás Protectores —le dijo Erny. Se subió las gafas de montura de alambre con el dedo y luego se levantó—. Yo también voy.

Elona se puso en pie al momento y le sujetó por el brazo.

—No vas a hacer tal cosa, Ernal.

El papelero pestañeó.

—Siempre te estás quejando de que no soy lo bastante valiente. ¿Quieres que me esconda ahora cuando la gente necesita mi ayuda?

—No demostrarás nada haciendo que te maten —replicó ella—. No te has subido a un caballo desde hace años.

—Tiene algo de razón, papá —intervino Leesha.

—Manteneos al margen de esto —replicó él—. Puede que la ciudad salte cuando tú dices una palabra, pero yo todavía soy tu padre.

—No tenemos tiempo para esto —interrumpió el hombre tatuado—. ¿Vienes o no?

—No —afirmó Elona con firmeza.

—Vamos —dijo él. Se soltó del brazo de su esposa y siguió a los otros hombres al exterior.

—¡*E*se idiota! —chilló Elona cuando la puerta se cerró con un portazo. Todos se miraron unos a otros.

—Quedaos aquí todo el tiempo que necesitéis —dijo Smitt—. Tengo que salir ahí fuera. —Stefny, él y Jona abandonaron la habitación en silencio y dejaron a Leesha con su madre, echando humo, a solas.

—No le pasará nada, mamá —intentó aplacarla ella—. No hay un lugar más seguro en el mundo que junto a Rojer y el Protegido.

—¡Es un hombre frágil! —replicó ella—. No puede cabalgar con hombres jóvenes, ¡agarrará un resfriado y se morirá! No ha sido el mismo desde que pasó la disentería el año pasado.

—Vaya, madre —se sorprendió la chica—, suena como si te preocupara de verdad.

—No uses ese tono conmigo —le espetó ella—. Pues claro que me preocupa. Es mi marido. Si tú supieras lo que es llevar casada casi treinta años, no dirías esas cosas.

Leesha hubiera deseado contestarle, gritarle todas las cosas horribles que su madre le había hecho a su padre a lo largo de los años, y la más pequeña no era precisamente haberle sido infiel repetidamente con el padre de Gared, Steave, pero la sinceridad en la voz de su madre la contuvo.

—Tienes razón, mamá, lo siento.

Elona pestañeó.

—¿Que tengo razón? ¿Acabas de decir que tengo razón?

—Eso he hecho —sonrió ella.

Su madre abrió los brazos.

—Abrázame, niña, mientras esto dure. —Ella se echó a reír y la abrazó con fuerza.

—No le pasará nada —dijo, tanto a su madre como a ella misma.

La mujer asintió.

—Seguro que tienes razón. Tiene un aspecto espantoso, pero no hay demonio que pueda enfrentarse a tu amigo tatuado.

—Las dos estamos de acuerdo esta noche y papá no está aquí para verlo —comentó Leesha.

—Jamás se lo creerá —admitió su madre. Se secó los ojos con un pañuelo y la hija simuló no darse cuenta.

—¿Y éste es el Marick por el que estabas colada? —le preguntó—. ¿El mismo con el que huíste a Angiers?

—Yo no estaba colada por él, madre.

—Véndele ese cuento a quien no te conozca —se mofó su madre—. Toda la ciudad sabía que tú le querías, incluso aunque fueras demasiado mojigata para hacer algo al respecto. ¿Y por qué no? Es guapo, con ese aspecto lobuno, y además Enviado. Es bastante hombre para cualquier mujer. ¿Por qué crees que ponía tan celoso a Gared?

—Gared se ponía celoso por todo, mamá.

Elona asintió.

—Es igual que su padre; son hombres sencillos, regidos por sus pasiones. —Sonrió con añoranza y Leesha comprendió que estaba pensando en Steave, su primer amor, que había muerto el año anterior cuando hubo una epidemia de disentería en Hoya de Leñadores y los grafos fallaron.

—El Marick que yo conocí cuando estuvimos a solas en el camino era muy diferente.

—Y tú usaste tus trucos de Herborista para quitártelo de encima —adivinó Elona—, en vez de aprovechar la oportunidad de retozar con él sin que nadie se enterara. —Eso era cierto: Leesha le había drogado en secreto para provocarle impotencia y que no pudiera aprovecharse de ella en el camino.

—¿Como habrías hecho tú? —le preguntó ella, sin poder ocultar la acusación en el tono de su voz.

—Sí, ¿por qué no? Una se levanta las faldas por una buena razón. Las mujeres tienen sus necesidades igual que los hombres. No te mientas a ti misma y pretendas que no es así.

—Lo sé, mamá.

—Lo sabes —admitió Elona—, y aun así mantienes las enaguas bien cosidas y cerradas, y crees que negarte algo te convierte en una heroína. ¿Cómo puedes tratar

los cuerpos de los demás en Hoya, si no entiendes las necesidades del tuyo?

Leesha no dijo nada. Su madre tenía una manera más que inquietante de leerle el pensamiento.

—Deberías subir y hablar con Marick mientras tus otros pretendientes están fuera de la ciudad. Tantos años y tragedias a la espalda le han madurado y acaba de convertirse en un héroe. La gente que hay ahí fuera no deja de cantar sus alabanzas. A lo mejor así te gusta más.

—No lo sé...

—¡Oh, vamos! Coge un plato de comida y súbeselo a la habitación. Habla con él. No se trata de que le dejes empalarte esta misma noche. —Sonrió y le guiñó un ojo—. Aunque si lo hicieras, seguro que le sacabas más provecho a esta noche que si te la pasas rompiéndote la cabeza con problemas que seguirán ahí mañana.

Leesha se echó a reír a pesar de sí misma y abrazó a su madre de nuevo.

*P*asaron al lado de varias escenas de ataques. Vieron cuerpos solos y algunos grupos; los abismales los habían destrozado cuando la noche cayó sobre ellos sin que hubieran encontrado refugio.

El Protegido maldijo ante la visión de lo sucedido. Acicateó a Rondador Nocturno y no se molestó en parar después del primer cuadro. Los demás que le seguían, incluidos Gared y los Leñadores, eran jinetes inexpertos que se quedaron bastante retrasados tras su poderoso semental, pero a él no le importó. Había personas en el camino, gente que había sido expulsada de sus casas por Ahmann Jardir, el hombre al que había sido tan estúpido de llamar amigo, y él necesitaba encontrar y proteger a tantos de ellos como le fuera posible antes de que se cerrara la noche.

Pero algún día le pediría cuentas por cada una de aquellas vidas perdidas. Que se lo llevara el Abismo si no lo hacía.

Tras una hora de dura cabalgada encontró a un gran grupo de refugiados. El cielo perdía color conforme se ponía el sol, pero la gente aún seguía trabajando en los grafos. Habían pintado los símbolos mágicos en pizarras de madera, pero el área que tenían que proteger tenía una forma irregular y la red no estaba bien alineada.

Galopó directo hasta el borde de la red de protección, frenó a Rondador y saltó de la montura con el equipo de protección en la mano. La gente gritó al verle, pero él los ignoró y se puso a inspeccionar los grafos.

—Es él —le susurró un Protector a otro—. El Liberador. —El Protegido no le hizo caso y se concentró en la tarea que tenía entre manos. Movié algunos de los grafos para que se alinearan apropiadamente con los demás, pero muchos de ellos los alteró con carbón o dio la vuelta a las pizarras y los dibujó de nuevo.

Una multitud empezó a congregarse a su alrededor. Se empujaban unos a otros y

susurraban mientras observaban sus manos tatuadas. Intentaron echar una ojeada bajo su capucha, pero nadie osó aproximarse a él y continuó con su trabajo sin que le interrumpieran. Cuando al final llegaron sus acompañantes, Erny forcejeó para bajarse del caballo y ayudarlo. Rojer y los demás se colocaron de forma protectora entre él y la gente.

—¡Liberador! —gritó una mujer. Él alzó la mirada y la vio luchar en vano contra los brazos como troncos de árbol de Gared, con los ojos prendidos en un fuego fanático. Luego, regresó a su trabajo.

—¡Por favor! —insistió la mujer a voces—. ¡Mi hermana está aún en el camino!
El Protegido alzó la mirada al escucharla.

—Sigue con la protección —le dijo a Erny—. Recluta cuantos Protectores de los suyos necesites. Te dejaré a un par de arqueras para que ganen tiempo y puedas terminar. —Erny tragó saliva, pero asintió y llamó a los Protectores rizonianos, que se habían retirado hacia atrás con el resto de los refugiados.

—Suéltala —le dijo a Gared cuando llegó donde estaban ambos. Él así lo hizo y la mujer cayó de rodillas ante él y se abrazó a sus pies.

—Por favor, Liberador. Mi hermana está embarazada, demasiado avanzada para montar a caballo. Ella y nuestros parientes más ancianos no podían mantener el ritmo del grupo y nuestros maridos me obligaron a adelantarme con los niños mientras ellos seguían a paso más lento.

—Y no os han alcanzado aún —terminó él por ella.

—Es casi de noche —se lamentó la mujer, sollozando sobre sus pies y aferrándose al dobladillo de su vestimenta—. Por favor, Liberador, sálvalos.

El Protegido se agachó, le puso una mano en la barbilla y, con amabilidad, la hizo levantarse.

—Yo no soy el Liberador. Pero te juro que intentaré salvar a tu familia.

Tras decir esto se volvió hacia Gared.

—Escoge a dos arqueras para que se queden con Erny mientras terminan con los grafos. El resto, venid conmigo. —Gared asintió, y unos momentos después salieron con un estruendo atronador, cabalgando a un ritmo más frenético que antes.

Ya había oscurecido cuando los alcanzaron; cinco personas, tal como la mujer les había dicho. Estaban dentro de un pequeño círculo de protección, rodeados por docenas de abismales. Los demonios de fuego les escupían llamas y los del viento barrían el espacio a su alrededor desde el cielo. Incluso había un demonio de las rocas, que se alzaba sobre los demás.

Cada vez que los demonios golpeaban la red y ésta se activaba, Rojer veía los agujeros que había en ella, tan grandes que un demonio podría colarse dentro.

Dos jóvenes cubrían sendos agujeros, y pinchaban a los demonios con horcas mientras una pareja de ancianos atendían a la razón por la que se habían retrasado.

La joven que se encontraba en el centro del círculo estaba dando a luz.

El hombre tatuado gruñó y lanzó a su semental hacia adelante. Se arrancó la ropa que quedó flotando en el aire mientras avanzaba. Gared y los Leñadores le siguieron con un grito y liberaron las hachas protegidas mientras galopaban hacia la refriega.

El Protegido lanzó a *Rondador* contra el demonio de las rocas, y los cuernos de metal protegido soldados a la coraza del caballo chisporrotearon en un estallido de poder cuando atravesaron el abdomen de la criatura. El hombre tatuado saltó del caballo y se aferró a uno de los cuernos del demonio. Después le golpeó repetidamente en la garganta con los puños protegidos con grafos mientras la criatura caía hacia atrás.

Estuvo en pie al momento, y se encaró con un demonio del fuego, al que arrancó la mandíbula inferior. Los Leñadores se le acercaron. Repelían las llamaradas con sus escudos protegidos y tajaban demonios como si estuvieran cortando leña.

Wonda y las arqueras se encargaban de una tarea distinta. Detuvieron los caballos una decena de metros más atrás y observaron a los demonios del viento que llenaban el cielo. Al poco, éstos comenzaron a caer uno detrás de otro con las flechas emplumadas sobresaliendo de los cuerpos coriáceos.

Roger se deslizó de su caballo al suelo y lo dejó con las arqueras, cogió su violín y empezó a tocar mientras corría hacia el pequeño círculo. Su música le hacía casi invisible, al igual que la capa de Leesha, mientras se escabullía entre las filas de demonios, pero sin la necesidad de ir a paso lento. En un instante estuvo dentro del círculo y cambió la melodía por aquellas notas discordantes que apartarían a los demonios de la familia.

La joven gritaba mientras la batalla arreciaba a su alrededor y el negro icor demoníaco saltaba por el aire nocturno. Sus padres hacían todo lo que podían por consolarla, pero estaba claro por sus movimientos inseguros que no tenían idea de cómo asistir un parto.

—¡Necesita ayuda! —gritó el Juglar—. ¡Tenemos que llevarla a una Herborista!

El Protegido se apartó de los demonios con los que luchaba y estuvo al lado del violinista al momento. Sólo llevaba puesto el taparrabos, cubierto también de tatuajes y el icor de los demonios. Los rizonianos se apartaron de él, asustados, pero la chica estaba demasiado mal para percibir su presencia.

—Trae mi bolsa de remedios —dijo el hombre tatuado, mientras se arrodillaba junto a la mujer y la examinaba con sorprendente suavidad—. Ha roto aguas y las contracciones se suceden con rapidez. No hay tiempo de buscar a una Herborista.

Roger corrió hacia *Rondador*, pero el semental estaba en pleno ataque de cólera, pisoteando a un par de demonios del fuego en la nieve y el barro. El Juglar se apartó

la Capa de Invisibilidad y cogió de nuevo el violín. Su magia actuaba con los animales igual que con los abismales y al poco el caballo se relajó y él pudo alcanzar la preciada bolsa de hierbas.

Se la llevó al Protegido que cogió diversas hierbas y las redujo a polvo con movimientos expertos. Luego las mezcló con agua. Los familiares de la muchacha se apartaron y observaron la escena horrorizados mientras los Leñadores acababan con los demonios que les rodeaban.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —le preguntó el Juglar nervioso, mientras el hombre tatuado hacía que la chica tragara la poción entre los gemidos que emitían sus labios.

—Fui aprendiz con una Herborista durante seis meses como parte de mi entrenamiento como Enviado —repuso él—, y he visto hacer esto.

—¿Lo has visto?!

—¿Prefieres hacerlo tú? —le preguntó el Protegido con una mirada intensa. El palideció y sacudió la cabeza—. Entonces, toca tu violín y mantén a los demonios lejos mientras trabajo. —Rojer asintió y aplicó de nuevo el arco a las cuerdas.

Horas más tarde, cuando el sonido de la batalla hacía tiempo que se había desvanecido, un grito agudo quebró la calma de la noche. Rojer miró al bebé que chillaba y sonrió.

—Ahora no habrá forma de negarlo cuando la gente te llame Liberador —comentó.

El Protegido le miró con el ceño fruncido y el Juglar se echó a reír.

*L*eesha subió las escaleras de la taberna de Smitt con una bandeja humeante y el corazón latiéndole dentro del pecho. Había considerado ya dos veces antes entregarse a Marick, pues no podía negar que era guapo y de ingenio rápido. En ambas ocasiones, el carácter del hombre le había traicionado en el momento clave, y había hecho que Leesha sintiera que sus necesidades estaban subordinadas a las de él, si es que siquiera las tenía en cuenta.

Pero su madre tenía razón. Solía tenerla, a pesar de que usara esa capacidad para herir a los demás. Leesha estaba harta de estar sola y sabía en su corazón que Arlen jamás guardaría ese sitio para ella. No era tampoco la primera vez que había deseado ver a Rojer en ese lugar, pero eso era imposible. Lo quería, pero no deseaba compartir su cama con él. Marick había mostrado, al actuar con la gente de Fuerte Rizón como lo había hecho, que era un hombre con el que se podía contar en tiempos de necesidad. Quizá era el momento de olvidar sus errores pasados.

Se alisó las arrugas del vestido, pero en seguida se sintió estúpida por ello, y tocó a la puerta.

—¿Sí? —preguntó el Enviado al abrir la puerta. Tenía el torso desnudo y húmedo, pues acababa de hacer uso del barreño de agua caliente que había en su habitación. Sus ojos se abrieron de sorpresa al ver a la muchacha.

—No quería molestarte. Pensé que querrías comer algo caliente antes de acostarte.

—Yo... sí, gracias —repuso él. Leesha apartó la mirada mientras él se ponía la camisa, aunque la imagen de su cuerpo musculoso quedó grabada en su mente.

Marick tomó la bandeja de sus manos y la dejó sobre la pequeña mesa que había al lado de su cama. Después alzó la tapa e inhaló el aroma del trozo de cerdo caliente, empapado en su propio jugo, anidado sobre patatas especiadas y verduras al vapor recién hechas.

—Las provisiones empezarán a escasear pronto en Hoya del Liberador, pero los almacenes de Smitt tienen comida para esta noche, al menos.

—Una cama ya es un sueño, después de haber dormido tirado sobre la nieve durante dos semanas —repuso el hombre—. Pero esto es un regalo del Creador. —Dicho esto, Marick se lanzó sobre la comida y Leesha tuvo la extraña satisfacción de verle comer lo que ella misma había preparado. Recordó con distancia lo que sintió cuando había cocinado para Gared por primera vez. Parecía que había pasado un siglo y que hubiera sucedido en otra vida.

—Estaba delicioso —comentó Marick cuando terminó y se secó la boca en la manga de la camisa.

—Es una manera de agradecerte todo lo que has hecho por esa gente. Los has conducido hasta aquí sanos y salvos cuando estaban en dificultades.

—Pero a ti te fallé —dijo él, y ella lo miró sorprendida—. El año pasado, cuando cayó la disentería sobre Hoya, y necesitabas llegar a casa. Yo te hice... exigencias poco elegantes a cambio de mi ayuda.

—Marick... —comenzó ella en voz baja...

—No, déjame hablar. Aquella vez que estábamos de camino a Angiers yo estaba tan colado por ti que pensé que estaríamos criando a nuestros propios hijos al año siguiente. Pero entonces, en la tienda, cuando no pude... comportarme como un hombre contigo, yo...

—Marick... —insistió ella.

—Me volví loco. Necesitaba alejarme de ti, pero cuando lo hice, no pude dejar de pensar en ti, incluso cuando... estaba con otras mujeres. —Apartó la mirada—. Sin embargo, cuando te he visto de nuevo, me he sentido tan... mal que me gustaría compensarte por mis fallos de inmediato, antes de que algo pueda evitarlo. Te traté muy mal y lo siento.

Leesha alargó una mano para tocarle el brazo.

—No soy una niña y fui tan responsable de lo que pasó como tú. —Lo cual era

más cierto de lo que él sabría jamás y en ese instante se horrorizó por sus propios actos. En aquel momento le había parecido lo más adecuado, pero lo cierto era que le había drogado, usado en su propio beneficio y le había dejado cicatrices que habían durado años pasada aquella ordalía. Quizá Rojer llevara razón y se parecía a su madre más de lo que ella misma creía.

—Es muy amable por tu parte decir eso —comentó el Enviado, mientras le ponía la mano sobre el brazo—, pero los dos sabemos que eso no es así. Me alegro que pudieras apañártelas para volver a casa —y añadió—, sin tener que perder tu virtud.

Leesha se había ido inclinando hacia él, pero retrocedió ante sus palabras, porque lo cierto era que su virtud se la habían arrebatado aquellos bandidos en el camino, debido a no haber contado con una escolta apropiada. Y todo a causa de la impaciencia y la incapacidad de Marick de pensar en otros antes que en sí mismo.

El no pareció darse cuenta del cambio en su actitud. Se echó a reír entre dientes y sacudió la cabeza.

—Es increíble ver cómo riges ahora Hoya. ¿Qué ha pasado con aquella dulce chica que hacía volver la cabeza a todos los hombres? Esta noche te has convertido en la vieja Bruna. Apostaría que hasta los abismales te temen ahora.

¿La vieja Bruna? ¿Así era como la veía la gente ahora? ¿La bruja solitaria que asustaba e intimidaba a todo el mundo? ¿Era en eso en lo que se había convertido cuando le arrancaron la virtud?

Su madre también había percibido el cambio. «Ya era hora de que alguien lo hiciera —le había dicho—, y supongo que jamás te habría ocurrido de no ser así.»

Leesha sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos, y sintió que el momento que podría haber compartido con Marick se alejaba sin remedio.

—¿Cuáles son tus planes ahora? ¿Nos ayudarás a rescatar a más supervivientes en el camino o prefieres conducir a tu grupo directamente a Angiers?

Marick la miró con la sorpresa retratada en su rostro.

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Ahora que los rizonianos están a salvo, es hora de que me ponga en marcha. El duque necesita que se le informe del ataque de los krasianos y ellos me han retrasado más de lo que debería.

—¿Te han retrasado? ¡Sus vidas dependían de ti!

El hombre asintió.

—No podía dejar a esa gente en el camino sin refugio, pero ahora ya lo tienen. Yo no soy rizoniano, no tengo ninguna responsabilidad hacia ellos.

—¡Pero Hoya del Liberador no puede absorberlos a todos! —gritó ella.

El Enviado se encogió de hombros.

—Se lo diré al duque. Ese problema debe resolverlo él.

—¡Pero no son un problema, Marick, son gente!

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que dedique el resto de mi vida a cuidar de ellos? Ése no es el trabajo de un Enviado.

—Bueno, pues entonces me alegro de que no terminásemos criando niños juntos —le espetó—. Disfruta de tu cama, Enviado. —Recogió la bandeja y se marchó dando un buen portazo a su espalda.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Smitt. Leesha había convocado al concejo del pueblo a una reunión de última hora para discutir la decisión de Marick de marcharse dejando a los refugiados en Hoya del Liberador y seguir su camino por la mañana.

—Tenemos que acogerlos, claro —decía ella—. Abrirles nuestras casas mientras les ayudamos a construir las suyas. No podemos dejar a toda esa gente sin comida ni refugio.

—La zona protegida no puede acoger tantas casas nuevas —comentó Smitt.

—Pues construiremos otra —insistió ella—. Tenemos dos mil manos más para hacer el trabajo y kilómetros cuadrados de bosque para talar.

—No es por no quitar los grafos —comentó Darsy—, sino, ¿cómo se supone que vamos a alimentar a tanta gente justo al final del invierno? Si siguen viniendo más, estaremos comiendo nieve antes de que pase mucho tiempo.

Leesha también había estado reflexionando sobre ese mismo problema.

—Todas las jóvenes de Hoya son capaces de disparar arcos. Las pondremos a cazar y a los chicos a colocar trampas.

—Eso tampoco nos llevará muy lejos —comentó Vika.

La Herborista asintió.

—El arbusto que llamamos báculo puede que tenga frutos ásperos y amargos, pero es nutritivo y crece por todas partes durante todo el año. Poned a los niños a trabajar recogéndolos y pensaré algún modo de cocinarlos y almacenarlos en gran cantidad. Si eso no es suficiente, hay cortezas comestibles e incluso insectos que pueden llenar un vientre hambriento.

—¿Hierbajos e insectos? —inquirió Elona—. ¿Le vas pedir a la gente que coma bichos?

—Si es con el fin de que no mueran de hambre, madre —afirmó ella—, y tengo que sentarme delante de ellos y comer bichos para dar ejemplo, eso es lo que haré.

—Pues me parece muy bien por tu parte —replicó ella—, pero no esperes que yo haga lo mismo.

—Tú tendrás tu propio cometido.

Elona se la quedó mirando.

—No voy a convertir mi casa en una posada para acoger a los vagabundos que vengan por el camino.

La chica suspiró.

—Se hace tarde, madre. Será mejor que te vayas a casa. Ya hablaremos por la mañana.

Los demás se tomaron sus palabras como el final de la reunión y salieron de la habitación después de Elona, dejando sola a la Herborista con Stefny.

—No te preocupes —le dijo la mujer—. Estoy segura de que tu madre estará más que deseosa de hacer lo que le corresponde abriendo su casa a los rizonianos que tengan buenos colgajos.

Leesha se la quedó mirando.

—Mi madre no ha sido la única mujer del pueblo que ha roto sus votos matrimoniales —le recordó. El padre del hijo más pequeño de Stefny, que ahora andaba cerca de los veinte años, no era Smitt, sino el anterior Pastor del pueblo, Michel. Nadie estaba al tanto, ni siquiera el mismo posadero, pero Bruna, que había sido la matrona que la ayudó a dar a luz al niño, lo supo desde el principio—. No cometes el error de pensar que los secretos de Bruna murieron con ella —le advirtió la chica—, y guárdate para ti esa actitud hipócrita.

Stefny palideció al oírla y asintió con docilidad. La chica dejó escapar un resoplido divertido cuando la posadera salió disparada de la habitación y después se estremeció repentinamente, pues se dio cuenta de que había sonado igual que Bruna.

*H*abía pasado algo más de una semana desde que Marick se había marchado, entre los aplausos y las alabanzas de aquellos a los que en realidad estaba abandonando, cuando Rojer y el Protegido regresaron. A lo largo de los primeros días, Erny y los Leñadores habían ido llegando en compañía de algunos grupos de refugiados, pero tanto el Juglar como el hombre tatuado se alejaban cada vez más, de modo que todos los que llegaban a Hoya contaban historias de cómo se habían encontrado con ellos.

Leesha se sentía muy orgullosa de Arlen y Rojer por todas las vidas que habían salvado, pero cuando volvieron, había llegado ya tanta gente que no creía ser capaz de alimentarlos a todos, con hierbas e insectos o sin ellos.

—Nos acercamos a Rizón todo lo que nos atrevimos —le contó Rojer ante un té caliente en su cabaña el mismo día de su llegada—. Creo que hemos encontrado a todos los que se echaron a la carretera, aunque seguramente habrá otros que intentarían cortar campo a través. Los krasianos se han asentado con firmeza y envían patrullas de forma regular por el camino.

—Sólo están allí de forma temporal —intervino el Protegido—. No pasará mucho

antes de que se pongan de nuevo en movimiento.

—Espero que sea de vuelta a su magnífico desierto —dijo el Juglar.

El Protegido sacudió la cabeza.

—No. Conquistarán Lakton y entonces se dirigirán al norte, hacia Hoya.

Leesha se sintió palidecer y Rojer tenía aspecto de estar a punto de vomitar.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó ella.

—Los krasianos creen que Kaji, el primer Liberador, unificó las tribus de Krasia y entonces salió del desierto para pasarse dos décadas conquistando las tierras que hay al norte —explicó él—. Ellos la llaman la Sharak Sol, o la Batalla de la Mañana, y su objetivo era reclutar hombres para la Sharak Ka, la gran guerra santa contra los demonios. Si Ahmann Jardir cree que es el Liberador reencarnado, intentará seguir sus pasos.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Leesha.

—Construir defensas —replicó el hombre tatuado—. Luchar contra ellos por cada centímetro de tierra.

La muchacha sacudió la cabeza.

—No, no voy a apoyar eso. No estamos hablando de matar demonios, Arlen. Son seres humanos.

—¿Crees que no lo sé? —replicó él—. ¡Tengo amigos krasianos, Leesha! ¿Puedes tú decir lo mismo? —Ella lo miró atónita, pero se recuperó y sacudió la cabeza—. No te equivoques —siguió él, con la voz más baja, pero con igual intensidad—, los krasianos creen que todas y cada una de las personas que viven en el norte son inferiores al último de ellos. Convierten en un espectáculo la concesión de clemencia a los líderes con el fin de usarlos para conseguir sus objetivos, pero no habrá tales concesiones para el pueblo corriente. Matarán o esclavizarán a todos los que no juren su completa sumisión a Jardir y al Evejah. Hemos de luchar.

—Podemos retirarnos a Angiers —apuntó ella—. Escondernos tras las murallas de la ciudad.

El Protegido sacudió la cabeza.

—No podemos cederles terreno. Conozco a esa gente. Si les mostramos miedo y nos retiramos, pensarán que somos débiles y sólo servirá para que ataquen con más perseverancia.

—Aun así, no me gusta —afirmó la chica.

El se encogió de hombros.

—Si te gusta o no, es irrelevante. La buena noticia es que dudo que tengan más de seis mil guerreros en edad de luchar. La mala es que el menos valioso de ellos puede vencer a tres Leñadores y cuando estén preparados para ponerse en marcha, habrán reclutado miles de tropas esclavas en Rizón.

—¿Cómo se supone que vamos a enfrentarnos a eso? —intervino Rojer.

—Uniéndonos —le contestó el hombre tatuado—. Tenemos que dialogar con Lakton ahora, mientras las líneas de comunicación siguen abiertas, y pedir a los duques de Angiers y Miln que abandonen sus diferencias y aúnen fuerzas contra un enemigo común.

—No conozco al duque de Miln —comentó el Juglar—, pero he crecido en la corte de Rhinebeck y ése preferirá abandonar sus diferencias con los abismales antes que con el duque Euchor.

—Entonces tendremos que convencerlo personalmente —dijo Leesha y miró al hombre tatuado—. Todos nosotros.

El Protegido suspiró.

—Me temo que yo no podré ir a Lakton. Allí... no soy bienvenido, precisamente.

—¿Así que la historia es cierta? —preguntó Rojer—. ¿Los prácticos intentaron matarte?

—Algo así —repuso él.

*R*ojer se sentó en la glorieta esa noche y tocó para tranquilizar a los cientos de refugiados que aún vivían en tiendas en el Cementerio de los Abismales. Muchos de ellos se acercaron para sentarse al lado de la estructura, disfrutaban del cálido resplandor de la zona exterior protegida mientras caían bajo el hechizo de la música de Rojer. La melodía les insufló nuevos ánimos y los llevó a un sitio lejano para olvidar, al menos durante un rato, que sus vidas habían quedado destrozadas.

Parecía un don terriblemente inadecuado, pero era todo lo que podía ofrecerles. Mantuvo su máscara juglaresca en su lugar, y no dejó entrever nada de los pensamientos sombríos que ocultaba en su interior.

El Pastor Jona le esperaba cuando terminó de tocar. El Hombre

Santo era joven, apenas tenía treinta años, pero era muy querido por los hoyenses y nadie había trabajado más duro que él para cubrir las necesidades de los refugiados y ofrecerles consuelo. Además de organizar el reparto de la comida y el acomodo, el Pastor caminaba entre ellos, aprendiéndose sus nombres y haciéndoles saber que no estaban solos. Dirigía las plegarias por los difuntos, encontraba familias para los huérfanos, casaba a los amantes a los que había unido la tragedia.

—Gracias, Rojer. He sentido cómo sus espíritus se elevaban mientras tocabas, y el mío, también.

—Toco todas las tardes que no me necesitan en otro lugar.

—Bendito seas. Tú música les da fuerzas.

—Ojalá me diera a mí alguna. Algunas veces pienso que en mi caso sucede lo contrario.

—Tonterías. La fuerza del espíritu no es finita, no es algo que unos deban perder

para que otros la reciban. El Creador nos ofrece fuerza y debilidad a todos por igual. ¿Por qué te sientes débil, hijo?

—¿Hijo? —Rojer se echó a reír—. Yo no soy parte de su público, Pastor. Yo tengo mi violín —alzó el instrumento—, y usted tiene el suyo. —Señaló con su arco al pesado Canon encuadernado en cuero que Jona llevaba entre las manos.

El Juglar sabía que sus palabras herían al clérigo, y que el hombre se merecía algo mejor, pero estaba de mal humor y Jona había elegido un mal momento para ser condescendiente. Esperó que el Hombre Santo le gritase, y deseaba que lo hiciera para poder devolverle los gritos.

Pero era muy difícil sacar a Jona de sus casillas. El Pastor guardó el libro en un morral que llevaba justo con ese propósito y extendió las manos para mostrar que estaban vacías.

—Entonces háblame como amigo y alguien que puede entender tu dolor.

—¿Cómo iba usted a entender mi dolor? —le espetó.

Jona sonrió.

—Yo también la amo, Rojer. No creo que me haya encontrado jamás con un hombre que no la ame. Ella suele venir casi a diario a leer al templo y hablamos durante horas. La he visto deslumbrada por hombres que no la merecen, sin darse cuenta en ningún momento de que yo también soy un hombre.

Rojer intentó mantener su máscara de Juglar en su sitio, pero había una honradez en el tono de Jona que rompió sus defensas.

—¿Y cómo puede vivir con eso? ¿Cómo se puede dejar de amar a alguien?

—El Creador no hizo el amor con condiciones. El amor es lo que nos hace humanos, lo que nos diferencia de los abismales. Y es valioso, aunque no sea correspondido.

—¿La ama usted aún? —le preguntó.

El Pastor asintió.

—Pero amo aún más a mi Vika y a nuestros hijos. El amor es tan infinito como el espíritu. —Puso la mano sobre el hombro de Rojer—. No malgastes el tiempo lamentando lo que no tienes con ella. En vez de eso, aprecia lo que tienes. Y si alguna vez necesitas hablar con alguien que comprenda por lo que estás pasando, ven a buscarme. Te prometo que dejaré el Canon en el morral.

Jona le dio una palmada en la espalda y se marchó; el Juglar sintió como si le hubieran quitado un peso de encima.

Cuando Rojer llegó a la cabaña de Leesha, las lámparas estaban encendidas y la puerta principal abierta. No había usado la capa protegida, sino que había apartado a los abismales de su camino con su violín, lo que quería decir que ella tendría que

haberle oído acercarse mucho antes de que se detuviera ante su puerta.

Era uno de los rituales que compartían. Ella solía estar despierta y trabajando, pero abría la puerta cuando oía su violín a lo lejos. Siempre la encontraba con la nariz metida en un libro, bordando, mezclando hierbas o trabajando en la huerta.

Dejo de tocar cuando llegó al camino protegido y la fría noche quedó en silencio, a excepción de los distantes chillidos de los demonios. Sin embargo, Rojer oyó a alguien llorar en el lapso entre grito y grito.

Encontró a Leesha acurrucada en una vieja mecedora y envuelta en un viejo chal deshilachado. Había pertenecido a su maestra, Bruna, y siempre se lo ponía cuando se sentía perdida.

Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, y un pañuelo arrugado en la mano. La miró y comprendió a qué se refería Jona con disfrutar de lo que tenía. Incluso cuando se encontraba en sus peores momentos, ella le dejaba la puerta abierta. ¿Qué otros hombres de su vida podían decir lo mismo?

—¿Ya no estás enfadado conmigo? —le preguntó ella.

—Claro que no —repuso el Juglar—. Los dos bufamos un poco, eso es todo.

Ella le devolvió una sonrisa tensa.

—Me alegro.

—Tienes el pañuelo empapado —le dijo él y movió la mano para extraer de su manga uno de sus muchos pañuelos de colores. Se lo ofreció, pero cuando ella alargó la mano, lo lanzó hacia arriba y añadió con rapidez unos cuantos más que parecían surgir de la misma nada. Empezó a hacer malabares con ellos y creó un círculo de telas coloridas que flotaban en el aire. Leesha aplaudió y se echó a reír.

Arrick, su maestro, podría haber puesto en movimiento cualquier cosa de las que había en la habitación, pero Rojer tenía una mano lisiada y lo único que podía mover de forma indefinida eran pañuelos.

—Escoge un color —le dijo.

—Verde —pidió ella y antes de que sus ojos pudieran percibir el movimiento de la mano, Rojer le lanzó el pañuelo de ese color, como si hubiera saltado del círculo por su cuenta y riesgo. Mientras ella se secaba el rostro, él guardó los demás.

—¿Qué te pasa?

—Ya es bastante malo que los demonios nos cacen por la noche, para que ahora los hombres empiecen a matarse entre ellos a la luz del día. Arlen quiere que nos enfrentemos a ambos en una guerra, pero, ¿cómo voy a soportar yo eso?

—No creo que tengas muchas opciones —comentó él—. Si lleva razón, nos toparemos con la Batalla de la Mañana, podemos librarla o no.

La chica suspiró y se arrebujó en el chal, aunque los grafos de calor que rodeaban el patio mantenían la casa caldeada.

—¿Recuerdas la noche en la cueva?

Roger asintió. Había sucedido el verano pasado, unos cuantos días después de que el Protegido los rescatase en el camino. Los tres se habían puesto a cubierto de la lluvia y mientras estaban allí Leesha se había enterado de que Roger y el Protegido habían matado a los bandidos que les habían robado y la habían violado a ella. Se había enfurecido con ellos y les había llamado asesinos.

—¿Sabes por qué estaba tan enfadada contigo y con Arlen? —le preguntó, y él sacudió la cabeza negativamente—. Porque yo podría haber matado a esos hombres si hubiera querido. —Rebuscó en los bolsillos de su vestido hasta que sacó una delgada aguja teñida con una mixtura de color verdoso—. Llevo estas agujas para sacrificar a los animales que se vuelven locos. Las guardo en mi bolsillo porque son demasiado peligrosas para dejarlas en la bolsa del herbolario o incluso en mi delantal, ya que algunas veces me lo quito. Ningún hombre sobreviviría a un pinchazo de esta aguja, incluso un simple arañazo podría matarle.

—De aquí en adelante tendré cuidado con mi lengua en lo que a ti respecta —comentó Roger, aunque ella no rió la broma.

—Tenía una en la mano cuando le lancé el polvo cegador al líder de los bandidos —añadió ella—. Si se la hubiera clavado al mudo cuando me cogió, habría estado muerto para cuando se hubiera recuperado el otro y también hubiera podido pincharle a él.

—Y yo me las hubiera podido apañar con el tercero —anotó el Juglar; después alzó una mano y un cuchillo apareció repentinamente en ella. Lo hizo girar con rapidez en el aire—. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque una cosa es matar a un abismal y otra a una persona. Incluso aunque sea mala. Yo quería hacerlo. Algunas veces cuando lo recuerdo habría deseado hacerlo, pero en aquel momento, no pude.

El Juglar miró el cuchillo que tenía en la mano y luego suspiró, lo deslizó en el arnés que tenía en el antebrazo y se abotonó de nuevo el puño.

—No creas que yo hubiera podido —admitió con tristeza—. Aprendí los trucos con cuchillos cuando tenía cinco años, pero todo es juglaría. Nunca he sido capaz de herir a nadie.

—Una vez que comprendí que no podía hacerlo dejé de luchar y me derribaron —siguió ella—. Por el Creador, si incluso me escupí en la mano para humedecerme cuando el primero empezó a bajarse los pantalones. Es más, cuando me dejaron sollozando en el suelo, tampoco deseé haberlos matado.

—En vez de eso, habrías preferido que te hubieran matado a ti.

Ella asintió.

—Me sentí igual después de que mataran al maestro Jaycob —explicó él—. No quería venganza, sólo quería que el dolor terminara por fin.

—Recuerdo que me suplicaste que te dejara morir.

Roger asintió a su vez.

—Y por ello fui con el Protegido al campamento de los bandidos.

—¿Por mí? —inquirió ella.

Él sacudió la cabeza, negando.

—Había que sacrificar a aquellos hombres como si fueran caballos enloquecidos, Leesha. No fuimos los primeros a los que robaron y no habríamos sido los últimos, especialmente una vez que se hicieron con mi círculo portátil. Pero no les asesinamos. El Protegido se acercó y les robó tu caballo, yo cogí el círculo y echamos a correr. Aún respiraban y estaban bastante enteros cuando les dejamos.

—Comida para los demonios.

El Juglar se encogió de hombros.

—El Protegido había matado a la mayoría de los demonios que había por esa zona. No vimos a ninguno mientras nos acercábamos al campamento y sólo quedaban unas horas para el amanecer. Les dimos muchas más oportunidades de las que ellos nos habían dado a nosotros.

Leesha suspiró pero no dijo nada. Él la miró.

—¿Por qué la gente llama a una Herborista para sacrificar a un animal? Un hacha o un mazo sirven para eso.

La chica se encogió de hombros.

—Les cuesta matar a un animal que les ha sido leal y mantienen hasta el último momento la esperanza de que pueda curarlo. Algunas veces es imposible y el animal sufre. Las agujas son rápidas y no duelen.

—Quizá el Protegido sea como una de esas agujas.

—¿Me estás diciendo que estás de acuerdo en que debemos enfrentarnos a los krasianos?

Roger se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero será mejor que tengamos una aguja en la mano, incluso aunque no la vayamos a usar.

Una taza y un plato

Primavera de 333 d.R.

Lesha observaba mientras Wonda y Gared se enfrentaban en el Cementerio de los Abismales, dando vueltas uno alrededor del otro. Aunque Wonda era más alta que las demás mujeres de Hoya, incluidas las refugiadas, parecía pequeña al lado del gran guerrero. Tenía quince años y el hombre casi treinta, aun así, él mostraba una expresión de intensa concentración mientras que el rostro de la chica estaba en calma.

De repente, él embistió, e intentó agarrarla, pero ella le cogió de la muñeca con una mano y giró, a la vez que presionaba el codo del hombre con la mano libre. Después dio un paso a un lado y usó la fuerza del ataque de Gared para lanzarlo de espaldas contra los adoquines.

—¡El Abismo que te engendró! —rugió Gared.

—Bien hecho —felicitó el Protegido a Wonda mientras ésta le ofrecía la mano al hombre para ayudarlo a levantarse. Desde que había empezado a dar clases de sharusahk a los hoyenses, ella se había convertido en su mejor alumna con diferencia.

—La sharusahk enseña a desviar la fuerza —le recordó a Gared—. No puedes seguir usando esos golpes salvajes como lo harías contra un abismal.

—O contra un árbol —añadió Wonda, y arrancó unas risitas disimuladas a las otras estudiantes. Los Leñadores las miraron mal, pues unos cuantos habían sido derrotados ya por las chicas, algo a lo que los hombres no estaban acostumbrados.

—Inténtalo de nuevo —insistió el hombre tatuado—. Mantén las extremidades pegadas al cuerpo y no pierdas tu equilibrio. No le dejes una apertura. Y tú —añadió volviéndose hacia Wonda—, no te confíes. El más débil de los dal'Sharum se ha pasado toda una vida de entrenamiento frente a vuestros meses escasos. Y ellos no serán un ejercicio de prácticas. —Wonda asintió, su sonrisa desapareció, y ambos se inclinaron y comenzaron a girar uno en torno al otro de nuevo.

—Aprenden con rapidez —dijo Leesha cuando el Protegido se acercó a ella y a Rojer. Nunca había entrenado con el resto de los hoyenses, pero los observaba cada día mientras practicaban el sharukin, y su rápida mente archivaba cada uno de los movimientos.

Una vez más, la chica consiguió tirar de espaldas al gigante. La Herborista sacudió la cabeza con añoranza.

—Realmente es un arte bello. Es una pena que sólo sirva para mutilar y matar.

—La gente que lo inventó no es muy distinta —comentó el hombre tatuado—. Son brillantes, hermosos y letales más allá de lo imaginable.

—¿Y estás seguro de que vendrán a por nosotros? —preguntó ella.

—No me cabe la menor duda —dijo el Protegido—, aunque desearía que las cosas fueran diferentes.

—¿Qué crees que hará el duque Rhinebeck?

El Protegido se encogió de hombros.

—Tuve pocos encuentros con él en mis tiempos de Enviado, así que no sé mucho de él.

—No hay mucho que averiguar —intervino Rojer—. Rhinebeck se pasa las horas haciendo tres cosas: contar dinero, beber vino y acostarse con chicas cada vez más jóvenes, esperando que alguna de ellas le dé un heredero.

—¿Es estéril? —preguntó Leesha con sorpresa.

—Yo no lo llamaría así en cualquier sitio donde alguien pudiera escucharme —advirtió el Juglar—. Ha colgado a unas cuantas Herboristas por insultos menos directos que ése. Le echa la culpa a sus esposas.

—Siempre lo hacen. Como si el ser estériles los hiciera menos hombres.

—¿Y no es así? —preguntó Rojer.

—No seas absurdo —dijo Leesha, pero incluso el hombre tatuado la miró con la duda retratada en la mirada—. De todas formas —insistió ella—, la fertilidad era una de las especialidades de Bruna y me enseñó bien. Quizá me gane su favor si le curo.

—¿Su favor? —preguntó Rojer—, Si lo consigues te haría su duquesa y te preñaría él mismo.

—Da igual —les interrumpió el Protegido—, aunque tus hierbas puedan sanar su semilla, pasarían meses antes de que hubiera una prueba de ello. Y necesitamos una influencia más inmediata que ésa.

—¿Más influencia que un ejército de guerreros del desierto ante su puerta? —sugirió el Juglar.

—Rhinebeck tendría que movilizarse mucho antes de que las cosas llegaran a ese punto, si quiere tener alguna esperanza de frenar a Jardir —explicó el hombre tatuado—, y los duques no son hombres aptos para asumir esos riesgos si no es por algo muy convincente.

—Y luego habría que vérselas con los hermanos del duque —continuó Rojer—. El príncipe Mickael subirá al trono si él muere sin heredero y el príncipe Pether es el Guía de los Pastores del Creador. Thamos, el más joven, dirige la guardia del ducado, la Milicia Impasible.

—¿Hay alguna posibilidad de hacerles razonar? —inquirió la chica.

—Ninguna —afirmó Rojer—, Al que hay que convencer es a lord Jan— son, el primer ministro. Ninguno de los príncipes encontraría siquiera sus zapatos sin él. No

pasa nada en Angiers que Janson no rastree y anote en sus prolijos libros de registro y la familia real delega casi todo en él.

—Así que si Janson no nos apoya, es imposible que lo haga el duque —comentó el hombre tatuado.

Roger asintió.

—Janson es un cobarde —le advirtió—. Conseguir que se avenga a una guerra... —Se encogió de hombros—. No será fácil. Habrá que buscar otros métodos. —Ambos, la Herborista y el Protegido le miraron con curiosidad.

—Tú eres el magnífico Protegido —dijo Roger—. La mitad de la gente al sur de Miln cree que eres el Liberador. Unos cuantos encuentros con los Pastores y las historias apropiadas en la casa gremial de los Juglares, y la otra mitad también lo creerá.

—No —le cortó el Protegido—. No voy a simular que soy algo que no soy, ni siquiera por este motivo.

—¿Quién dice que no lo seas? —preguntó Leesha.

El hombre tatuado se volvió hacia ella, sorprendido.

—¿Tú también? Ya es bastante que tenga que soportar a los Juglares con sus cuentos y al Pastor cegado por su fe, pero tú eres una Herborista. El conocimiento es el que cura a tus pacientes, no la oración.

—También soy una Bruja Protectora —aclaró ella—, eso es en lo que tú me has convertido. Es cierto que yo doy más valor a los libros de ciencia que al Canon de los Pastores, pero la ciencia se queda corta a la hora de explicar por qué unos cuantos garabatos en el suelo pueden repeler a un abismal o hacerle daño. En el universo hay más cosas aparte de la ciencia. Y también podría haber lugar para un Liberador.

—Yo no soy un enviado del Cielo —repuso él— Con las cosas que he hecho... ningún Cielo me querría.

—Muchos creen que los Liberadores del pasado fueron hombres justos, como tú —le explicó ella—. Generales que aparecieron en el momento indicado, cuando la gente más los necesitaba. ¿Le darás la espalda a la humanidad por una cuestión de semántica?

—No sé nada de semántica —replicó el hombre tatuado—. Si la gente empieza a buscarme para que solucione sus problemas, jamás aprenderán a resolverlos por ellos mismos. —Se volvió hacia Roger—, ¿Está todo preparado?

El Juglar asintió.

—Los caballos están cargados y ensillados. Podemos marcharnos cuando estés listo.

*H*abía pasado ya un mes desde el inicio de la primavera y los árboles que

flanqueaban el camino de los Enviados a Angiers reverdecían con las hojas nuevas. Rojer se abrazaba con fuerza a Leesha sobre la cabalgadura. Nunca había sido un gran jinete y desconfiaba de los caballos, especialmente si no iban enganchados a un carro. Por fortuna, no era muy corpulento y podía viajar con ella sin cansar demasiado al animal. Leesha, en cambio, se las había apañado para aprender a montar bien en poco tiempo y conducía el caballo con confianza.

El hecho de regresar a Angiers también contribuía a revolverle el estómago. Había abandonado la ciudad con la Herborista hacía un año, y lo había hecho tanto para salvar su vida como para ayudarla a llegar a casa. No deseaba volver, incluso aunque fuera acompañado por sus poderosos amigos, en especial porque significaba que el gremio de los Juglares se enteraría de que aún estaba vivo.

—¿Tiene sobrepeso? —le preguntó la chica.

—¿Hum?

—El duque Rhinebeck—aclaró ella—. ¿Tiene sobrepeso? ¿Bebe?

—Sí y sí —repuso él—. Tiene el aspecto de haberse bebido un barril entero de cerveza y eso no debe andar muy lejos de la verdad.

Leesha llevaba toda la mañana haciéndole preguntas sobre el duque, y su ágil mente ya estaba trabajando en hipotéticos diagnósticos y curas, pese a no haberse encontrado aún con el hombre. Rojer sabía que su interrogatorio era importante, pero habían pasado cerca de diez años desde que vivió en palacio. Muchas de las preguntas ponían a prueba su memoria y no tenía idea de si sus respuestas seguían siendo fieles a la realidad.

—¿Tiene problemas en la cama?

—¿Y cómo demonios voy yo a saber eso? —le espetó él—. Que yo sepa no duermo con chicos.

La muchacha frunció el ceño y él se sintió avergonzado.

—¿Qué es lo que te molesta, Rojer? —le preguntó—. Llevas distraído toda la mañana.

—Nada.

—No me mientas. No se te da bien.

—Supongo que este camino me hace pensar en el año pasado.

—No son buenos recuerdos —admitió Leesha, y paseó la mirada con nerviosismo a ambos lados de la carretera—. Estoy esperando que salten bandidos de los árboles sobre nosotros.

—No creo que eso ocurra con esta escolta —comentó el Juglar a la vez que señalaba con un gesto de la barbilla a Wonda, que cabalgaba un corcel ligero y llevaba su gran arco montado y preparado en una funda colgada de la montura. Iba erguida y alerta, con la mirada despierta en su rostro cubierto de cicatrices.

Detrás de ellos, Gared montaba un corpulento percherón, aunque el gigante hacía

que el enorme animal pareciera un caballo normal comparado con él. La empuñadura del hacha sobresalía por encima de uno de sus hombros, lista para entrar en acción. Había poco que temer de ningún enemigo mortal con aquellos dos guardianes entrenados en la caza de demonios.

Pero lo más tranquilizador de todo, incluso a la luz del día, era la presencia del Protegido. Cabalgaba sobre su gigantesco semental negro a la cabeza de la pequeña columna. Rehuía las conversaciones de los demás, pero su presencia era un recordatorio silencioso de que no les ocurriría nada mientras él anduviera cerca.

—Así que lo que te preocupa, ¿es el camino o lo que te espera al final de él?

Roger se la quedó mirando y se preguntó cómo era capaz de leer con tanta claridad sus pensamientos.

—¿A qué te refieres? —preguntó, aunque sabía bien de qué estaba hablando ella.

—Nunca me explicaste por qué llegaste al dispensario medio muerto el año pasado. Ni por qué te negaste a acudir a la guardia a denunciarlo, o informar al gremio de los Juglares de que aún estabas vivo, incluso después de que enterraran a maese Jaycob.

Roger pensó en él, en Jaycob, el anterior maestro de Arrick, que había sido como un abuelo para él cuando aquél murió. Jaycob se hizo cargo de él cuando no tenía adonde ir y puso su propia reputación en juego para impulsar su carrera. El anciano había pagado un alto precio por su amabilidad: morir a palos por un crimen que había cometido él.

Intentó hablar, pero la voz le falló y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Chist, chist —susurró Leesha. Luego le cogió las manos y las apretó con más fuerza en torno a su cuerpo—. Ya hablaremos de eso cuando estés preparado. —Él se apoyó sobre ella, inhaló el dulce perfume de su pelo y recuperó la serenidad.

Estaban a dos días de la ciudad, no lejos de donde el Protegido había encontrado a Roger y Leesha en el camino, cuando éste hizo girar su caballo y se adentró entre los árboles.

Leesha acicateó a su montura para que avanzara entre los árboles hasta que llegó al lado del hombre. Como no había camino que seguir y menos aún uno que permitiera emparejar a los animales, tenían que cambiar de sentido y zigzaguear para evitar las ramas bajas. Gared se vio obligado a bajarse del caballo y continuar andando.

—¿Adónde vamos? —preguntó la Herborista.

—A por tus grimorios —respondió el hombre tatuado.

—Creí que me habías dicho que estaban en Angiers.

—Me refería al ducado, no a la ciudad —repuso él con una amplia sonrisa.

El camino se abrió pronto, pero de un modo que seguía pareciendo natural a ojos poco entrenados. Leesha, sin embargo, era una Herborista y conocía bien las plantas.

—Tú hiciste esto —comentó—. Cortaste los árboles, ampliaste el sendero y luego lo disimulaste para que no pareciera un camino a simple vista.

—Valoro mi intimidad —replicó él.

—¡Debe de haberte llevado años!

El hombre tatuado sacudió la cabeza negativamente.

—Mi fuerza es útil para algunas cosas. Puedo abatir un árbol tan rápido como Gared y arrastrarlo con más facilidad que un tiro de caballos.

El camino secreto se internaba profundamente en el bosque y luego, en un punto, viraba hacia la izquierda. El Protegido ignoró el camino evidente y giró hacia la derecha, lo que nuevamente les sumergió entre los árboles. Los demás le siguieron, y cuando apartaron las ramas para ver, se les escapó un jadeo sorprendido.

Allí, escondido en una hondonada, había un muro de piedra, tan cubierto de hiedra y musgo que había sido invisible hasta que tropezaron con él.

—No me puedo creer que esto esté aquí, tan cerca del camino —comentó Rojer.

—Hay cientos de ruinas como ésta en el bosque —le explicó el hombre tatuado—. Los árboles reclamaron la tierra después del Retorno. Unas cuantas son paradas habituales de los Enviados, pero otras, como éstas, han pasado desapercibidas durante siglos.

Siguieron el muro hasta una puerta cerrada, antigua y enmohecida. El Protegido sacó una llave de entre sus ropas y la insertó en la cerradura; ésta, bien engrasada, giró con un suave «clic». Las puertas se abrieron en silencio.

Dentro había una caballeriza, cuya parte delantera se había hundido aunque la parte posterior de la estructura seguía intacta y estaba despejada; allí había un carro grande cubierto y espacio más que suficiente para cuatro caballos.

—Es un milagro que la mitad del edificio haya sobrevivido tan bien a los años y la otra mitad no —señaló Leesha con una amplia sonrisa, mientras apartaba un poco de musgo del camino y descubría los grafos recientes que había sobre las paredes. El Protegido no dijo nada mientras cepillaban los caballos.

Como el resto del complejo, la casa principal se hallaba en ruinas, con el tejado hundido y de aspecto decididamente poco seguro. El Protegido les guió hasta la parte trasera donde se alzaba la zona de los sirvientes, bastante grande para lo que solían estar acostumbrados los que vivían en las aldeas. El lugar estaba también semihundido, como la caballeriza, pero la puerta a través de la cual les guió el Protegido era recia, fuerte y estaba cerrada.

La entrada daba a una amplia habitación, restaurada para ser utilizada como taller. Había equipos de protección por todas partes, junto con jarras selladas de tinta y pintura, varios proyectos a medias y pilas de materiales diversos.

Había también un armarito de cocina al lado de la chimenea. Leesha lo abrió y encontró dentro una taza y un plato, un cuenco y una cuchara. Había un cuchillo

clavado en la tabla de cortar al lado del puchero vacío colgado de la chimenea.

—Tan frío y tan solo —susurró ella.

—Ni siquiera tiene una cama —murmuró Rojer—. Debe de dormir en el suelo.

—Yo me sentía sola cuando estaba en la cabaña de Bruna, pero esto...

—Por aquí —dijo el Protegido, y se dirigió hacia una esquina de la habitación donde había una gran estantería. Esta captó inmediatamente la atención de Leesha y se encaminó hacia allí.

—¿Ésos son los grimorios? —preguntó, incapaz de ocultar la ansiedad en su voz.

El hombre tatuado echó una ojeada a la estantería y sacudió la cabeza.

—Ahí no hay nada. Libros de grafos normales y corrientes, así como otros de historia y mapas. Nada que no puedas encontrar en la biblioteca de cualquier Protector o Enviado que merezca ese nombre.

—Entonces, ¿dónde...? —comenzó a decir ella, pero el Protegido se movió hacia una sección indistinguible del suelo y dio una fuerte patada en un lugar concreto. La losa estaba sobre una palanca y uno de sus extremos se hundió en un hueco en el suelo mientras que el otro se alzó para mostrar una pequeña anilla de metal. El Protegido cogió la anilla, tiró, y se abrió una trampilla en el suelo, con los bordes irregulares y llenos de serrín, lo que hacía imposible distinguirla entre sus compañeras.

El Protegido encendió una linterna y encabezó el camino escaleras abajo hacia un gran sótano. Las paredes eran de piedra y la habitación, fresca y seca. Había un pasillo que iba hacia la casa principal hundida, pero una gigantesca piedra cerraba el paso.

Por todas partes colgaban y yacían apiladas armas protegidas. Hachas, lanzas de diversos tamaños, diferentes tipos de picas, cuchillos, todos delicadamente grabados con grafos de combate. Había también docenas de virotes para ballestas y, literalmente, miles de flechas, atadas en gruesos manojos.

También se encontraban aquí y allá trofeos de todo tipo, como cráneos de demonios, cuernos y garras, escudos abollados y lanzas rotas. Gared y Wonda dibujaron grafos en el aire.

—Aquí tienes —le dijo el Protegido a la arquera, ofreciéndole un manajo de flechas, con delicados grafos grabados en los astiles de madera y las cabezas metálicas—. Éstas ahondarán más en la carne de los abismales que las que tú llevas en tu aljaba.

Las manos de la arquera temblaban al aceptar el regalo. Sin palabras, inclinó la cabeza y el hombre tatuado también inclinó la suya.

—Gared... —se dirigió entonces al gigante, que dio un paso adelante. Seleccionó un pesado machete, con la hoja grabada con cientos de diminutos grafos—, con esto cortarás los miembros de un demonio del bosque como si fueran pámpanos de vid. —

Y le ofreció el arma por la empuñadura. Gared cayó de rodillas.

—Levántate —le increpó el Protegido—. ¡Yo no soy vuestro maldito Liberador!

—Yo no te he llamado nada —contestó él con los ojos bajos—. Todo lo que sé es que me he pasado la vida comportándome como un imbécil egoísta, pero desde que llegaste a Hoya, he visto la luz. He visto cómo me cegaban mi orgullo y mi... lujuria. —Sus ojos se posaron un instante en Leesha—. El Creador me ha bendecido con brazos fuertes para matar demonios, no para tomar lo que me apetezca.

El hombre tatuado le ofreció su mano y cuando Gared la cogió lo puso en pie de un tirón, sin miramientos. Gared pesaba más de ciento cincuenta kilos, pero parecía como si no abultara más que un chiquillo.

—Quizá hayas visto la luz, Gared, pero eso no quiere decir que haya sido yo quien te la ha mostrado. Habías perdido a tu padre el día anterior y eso hace madurar a cualquier hombre, le enseña lo que es importante en la vida.

Le ofreció el machete de nuevo, y Gared lo tomó. Tenía una hoja ancha, pero parecía más una daga en las manos gigantes del hombre. Observó los trazos delicados de los grafos, maravillado.

El Protegido se dirigió a Leesha.

—Aquéllos... —señaló una serie de estanterías en el extremo más apartado de la habitación— son los grimorios. —Ella se dispuso a ir a verlos pero él la sujetó por el brazo—. Si te dejo que vayas allí no sabremos nada de ti en diez horas.

La chica frunció el ceño, pues lo único que deseaba era sumergirse en los pesados tomos encuadernados en cuero, pero reprimió el deseo. No era su casa, así que asintió.

—Nos llevaremos los libros con nosotros cuando nos vayamos. Tengo otras copias. Éstos son todos para ti.

Roger miró al hombre tatuado.

—¿Hay regalos para todo el mundo menos para mí?

Él sonrió.

—Ya te encontraremos algo.

Comenzó a andar hacia el corredor bloqueado. La clave de la arcada que se había caído parecía pesar cientos de kilos, pero él la levantó con facilidad, y los condujo hacia una gruesa puerta cerrada que había permanecido oculta en la oscuridad.

El Protegido sacó otra llave de sus ropas y abrió la cerradura, empujó la puerta y entró. Acercó una vela a una alta lámpara que había al lado de la puerta y ésta se encendió. Su luz se reflejó en unos grandes espejos cuidadosamente colocados por toda la habitación. De forma inmediata, la cámara se inundó de una luz cálida y los visitantes jadearon maravillados.

El suelo estaba cubierto de gruesas y ricas alfombras, tejidas con diseños antiguos. En las paredes colgaban docenas de pinturas de gente y hechos olvidados,

obras maestras enmarcadas en molduras doradas, junto con espejos de marcos metálicos y muebles pulidos. Los tesoros yacían apilados en barriles por toda la habitación, llenos a rebosar de antiguas monedas de oro, gemas y joyas. Máquinas de propósito desconocido parcialmente desmontadas descansaban junto a grandes estatuas y bustos de mármol y muchas otras riquezas. También había estanterías por todas partes.

—Pero ¿cómo...? —preguntó Leesha.

—A los abismales no les preocupan las riquezas —comentó el hombre tatuado—. Los Enviados se llevaron todo lo que había en las ruinas más accesibles, pero había innumerables sitios donde jamás habían llegado, ciudades enteras perdidas en manos de los demonios y tragadas por la tierra. He intentado preservar todo aquello que sobrevivió a las adversidades.

—Eres más rico que todos los duques juntos —comentó el Juglar, sobrecogido.

El Protegido se encogió de hombros.

—No le veo mucha utilidad. Llevaos lo que queráis.

Roger dejó escapar un jadeo de alegría y corrió por toda la habitación; hundió las manos en las pilas de monedas y joyas y pasó los dedos por las estatuillas y las viejas armas. Tocó una melodía en un cuerno de bronce y luego, con un grito, se agachó detrás de una estatua rota y reapareció con un violín en las manos. Las cuerdas se habían roto, pero la madera se mantenía fuerte y pulida. El chico se echó a reír y alzó el trofeo, feliz.

Gared paseó la mirada por todo el lugar.

—Me gusta más la otra habitación —le dijo a Wonda y ella asintió, de acuerdo con su afirmación.

*L*as puertas de Angiers estaban cerradas.

—¿Durante el día? —preguntó Roger con sorpresa—. Normalmente están abiertas para los leñadores y sus carros. —Iba sentado en el puesto del conductor del carro que habían cogido del escondite del Protegido, tirado por el caballo de Leesha. Ella iba sentada a su lado, y detrás llevaba varios fardos de libros y otros artículos que habían usado para disimular el doble fondo del carro. El espacio escondido lo habían llenado de armas protegidas y oro en cantidad suficiente.

—Puede que Rhinebeck se haya tomado la amenaza de los krasianos más en serio de lo que pensábamos —comentó ella.

Lo cierto era que cuando se acercaron más a la ciudad vieron a los guardias patrullando los adarves con las ballestas cargadas y a los carpinteros tallando saeteras en los niveles más bajos de la muralla. La puerta, que solía tener un solo par de guardias, ahora tenía varios, en posición de alerta y con las lanzas preparadas.

—Parece que las noticias de Marick los han puesto nerviosos —admitió el Protegido—, pero apostaría lo que fuera a que esos guardias están ahí más para rechazar a los miles de refugiados que deseen entrar en la ciudad que para repeler ningún ataque krasiano.

—El duque no rechazaría dar refugio a esa gente —dijo ella.

—¿Por qué no? —le preguntó el hombre tatuado—, el duque Euchor hace que los Mendigos de Miln duerman en las calles sin proteger todas las noches.

—¡Ah, de los viajeros! ¿A qué venís? —gritó un guardia cuando se aproximaron. El Protegido se bajó más aún la capucha y se quedó en la retaguardia del grupo.

—Venimos de Hoya del Liberador —respondió el músico—. Soy Rojer Mediagarra, con licencia del Gremio de Juglares y éstos son mis acompañantes.

—¿Mediagarra? —inquirió el guardia—. ¿El violinista?

—El mismo —repuso él a la vez que alzaba el violín recién encordado que le había regalado el Protegido.

—Te vi tocar una vez —gruñó—, y ¿quiénes son los otros?

—Ésta es Leesha, la Herborista de Hoya del Liberador, que antes lo fue del dispensario de la señorita Jizell en Angiers —continuó él, señalando a la chica—. Los otros son Leñadores que han venido como escoltas: Gared, Wonda y esto... Flinn.

Wonda abrió la boca por la sorpresa. Flinn Cutter era el nombre de su padre, que había muerto en la Batalla de Hoya de Leñadores menos de un año antes. Rojer lamentó la improvisación al momento.

—¿Por qué va tapado por completo? —continuó el guardia, señalando al hombre tatuado con la barbilla.

Rojer se inclinó hacia adelante y bajó el tono de su voz hasta convertirlo en un susurro.

—Lo hirió un demonio y está cubierto de cicatrices, me temo. No le gusta que la gente vea sus deformidades.

—¿Es verdad lo que dicen? ¿Matan abismales en Hoya? Dicen por aquí que ha llegado allí el Liberador y que ha traído con él los grafos de combate de antaño.

El Juglar asintió.

—Aquí, Gared, ha matado docenas él solo.

—Qué no daría yo por proteger mi lanza para matar demonios... —comentó uno de los guardias.

—Hemos venido para comerciar —afirmó él—, pronto verás tu deseo cumplido.

—¿Entonces eso es lo que lleváis en el carro? ¿Armas? —Otros guardias se acercaron a inspeccionar el contenido del carro al oír aquello.

—No traemos armas —repuso Rojer, que sintió un nudo en la garganta al pensar que pudieran descubrir el compartimento secreto.

—Parece que son sólo libros de protección —informó uno de los guardias,

después de abrir uno de los sacos.

—Son míos —le informó Leesha—, Soy Protectora.

—Creí que habías dicho que eres Herborista.

—Ambas cosas —replicó ella.

El guardia la miró, luego a Wonda y después, sacudió la cabeza.

—Mujeres guerreras y mujeres Protectoras —resopló—, les dejan hacer cualquier cosa en las aldeas. —Leesha se enfureció al escuchar aquello, pero el Juglar le puso una mano en el brazo y se calmó.

Uno de los guardias se dirigió hacia donde estaba el Protegido montado sobre *Rondador Nocturno*. Había guardado buena parte de la magnífica coraza protegida que solía llevar, pero el gigantesco animal tenía un porte especial, al igual que su jinete. El guardia se acercó, e intentó vislumbrar algo bajo la capucha del hombre tatuado. El Protegido le complació y alzó la cabeza ligeramente de modo que un rayo de luz se coló bajo las sombras de la cogulla.

El guardia dejó escapar una exclamación de sorpresa y dio varios pasos atrás, y luego se apresuró hacia su superior, el cual seguía hablando con Rojer. Susurró algo en la oreja del teniente, y los ojos de éste se abrieron de par en par.

—¡Apartaos! —gritó a los otros guardias—. ¡Dejadles pasar! —Les hizo gestos de que avanzaran a través de la puerta abierta y les dieron acceso a la ciudad.

—No sé si has hecho bien o mal —comentó Rojer después.

—Sea como sea, hecho está —replicó el Protegido—. Movámonos rápido antes de que corra la voz.

Se dirigieron hacia las afanosas calles de Angiers, entarimadas para evitar que los abismales encontraran un lugar por donde emerger dentro de la red de protección de la ciudad. Tuvieron que desmontar y guiar a los caballos, lo cual entorpeció considerablemente sus movimientos, pero también le permitió al Protegido ocultarse entre los caballos y el carro.

Aun así, su paso no pasó desapercibido.

—Nos siguen —comentó el hombre tatuado en el momento en que el entarimado de la calle se hizo lo suficientemente ancho para permitirle emparejarse al carro—. Uno de los guardias viene detrás de nosotros desde que pasamos la puerta.

El Juglar volvió la cabeza y captó una visión fugaz del uniforme de un guardia de la ciudad justo en el momento en que el hombre se escondía detrás del tenderete de un vendedor.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—No podemos hacer nada —repuso el Protegido—. Simplemente pensé que debías saberlo.

El violinista conocía bien las calles laberínticas de Angiers y tomaron una ruta tortuosa por las zonas más concurridas hacia su destino, con la esperanza de

deshacerse de su perseguidor. Rojer mantuvo un ojo pendiente de lo que había a su espalda, mientras simulaba examinar a las mujeres que pasaban o las mercancías de los vendedores, pero el guardia siempre estaba allí, justo en el límite de su visión.

—No podemos seguir dando vueltas eternamente, Rojer —dijo Lee— sha al final—. Vayamos a casa de Jizell antes de que comience a oscurecer.

Él asintió y giró el carro en dirección al dispensario de la señorita Jizell, que apareció ante ellos en seguida. Era un edificio grande, de dos pisos, construido casi por entero en madera, como todos los edificios de Angiers. A un lado tenía un pequeño establo para los visitantes.

—¿Señorita Leesha? —inquirió con sorpresa la chica que atendía el establo, al verles acercarse.

—Sí, soy yo, Roni —repuso la Herborista con una sonrisa—, ¡Hay que ver cuánto has crecido! ¿Te has tomado los estudios en serio mientras he estado fuera?

—¡Oh, sí, señora! —contestó la chica, pero sus ojos se dirigieron a Rojer y luego a Gared, donde se detuvieron. Roni era una aprendiz prometedora, pero se distraía con facilidad, en especial si había hombres cerca. Tenía quince años pero ya era una mujer y habría estado casada y criando niños si hubiera crecido en las aldeas. Sin embargo, las mujeres se casaban más tarde en las Ciudades Libres y Leesha agradecía eso.

—Corre a decirle a la señorita Jizell que hemos llegado —le indicó—. No he tenido tiempo de escribir y puede que no tenga espacio para todos nosotros.

Roni asintió, salió disparada y antes de que hubieran terminado de cepillar los caballos, una mujer gritó: «¡Leesha!», y cuando la chica se volvió se encontró aplastada contra el más que generoso escote de la señorita Jizell, mientras la mujer la estrechaba en un apretado abrazo.

Le faltaba poco para los sesenta, pero Jizell aún era fuerte y robusta a pesar de la constitución redondeada que se adivinaba bajo el delantal. Había sido aprendiz de Bruna al igual que Leesha y regía su dispensario en Angiers desde hacía más de veinte años.

—Es estupendo tenerte de vuelta —le dijo, soltándola sólo cuando el cuerpo delgado de la Herborista se quedó completamente sin aire.

—Yo también me alegro de volver —repuso ella con una sonrisa.

—¡Y el joven maese Rojer! —tronó al ver al Juglar, al que arrastró a otro abrazo demoledor—. ¡Me parece que ya os debo tres! ¡Una por escoltar a Leesha a casa y dos más por devolvérmela de nuevo!

—No tiene importancia. Yo os debo mucho más de lo que os puedo devolver a las dos.

—Pues podéis empezar a devolverlo tocando el violín para los pacientes esta noche.

—No queremos molestarte si no tienes sitio —comentó ella—. Podemos ir a una posada.

—Por el Abismo que lo tengo —repuso ella—. Os quedaréis con nosotros y no hay más que hablar. Tenemos que contarnos muchísimas cosas y las chicas querrán verte.

—Gracias.

—¿Quiénes son tus acompañantes? —preguntó Jizell, y se volvió hacia los demás—. No, déjame adivinar —añadió cuando Leesha abrió la boca para contestar—. Veamos si las descripciones de tus cartas les hacen justicia. —Observó a Gared de arriba abajo y echó la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos—. Tú debes de ser Gared Cutter.

El gigante se inclinó.

—Sí, señora.

—Con la constitución de un oso pero buenos modales —comentó ella, dando una palmada sobre uno de los abultados bíceps del hombre—. Nos llevaremos bien. —Se volvió hacia Wonda, sin estremecerse en lo más mínimo ante las feas cicatrices rojas que había en el rostro de la joven—. Y tú eres Wonda, ¿no es cierto?

—Sí, señorita —repuso ella con una inclinación.

—Parece que Hoya está lleno de gigantes educados —comentó la mujer. Sin duda ella era baja para la media de las angiersinas, pero aún así Wonda se elevaba bastante sobre ella—. Bienvenida.

—Gracias, señorita.

Finalmente Jizell se volvió para enfrentarse con el encapuchado aún escondido bajo la ropa.

—Bueno, y supongo que tú no necesitas presentación. Vamos a ver.

Las mangas sueltas de la túnica del Protegido se enrollaron hasta los codos cuando alzó las manos para apartar la capucha. Los ojos de Jizell se abrieron de la sorpresa pero no mostraron alarma a la vista de los tatuajes. Tomó las manos del Protegido y las estrechó con calidez a la vez que buscaba su mirada.

—Gracias por salvarle la vida a Leesha —le dijo. Y antes de que él pudiera reaccionar, le abrazó estrechamente. El Protegido miró a la Herborista sorprendido y le devolvió el abrazo con incomodidad.

—Ahora, si los demás podéis terminar de atender a los caballos, me gustaría tener unos minutos para hablar con Leesha a solas. —Como ellos asintieron, Jizell llevó a la muchacha hacia el edificio principal.

El dispensario había sido su hogar durante varios años y aún le producía una sensación de cálida familiaridad, aunque ahora le parecía más pequeño que un año

antes.

—Tu habitación está tal como la dejaste —le comentó la mujer, como si le leyera el pensamiento—. Kadie y alguna de las chicas mayores gruñen por ese motivo, pero tal como yo lo veo seguirá siendo tu habitación hasta que digas lo contrario. Puedes dormir allí, y pondremos a los demás en los catres que tenemos vacíos en las salas de los pacientes. —Sonrió—. A menos que quieras que alguno de los hombres comparta tu habitación. —Y le guiñó el ojo.

Ella se echó a reír. Jizell no había cambiado; aún intentaba encontrarle pareja.

—Así está bien.

—Qué desperdicio. Me dijiste que Gared era guapo, pero te quedaste corta y la mitad de los Juglares y los Pastores de la ciudad rumorean que tu Protegido podría ser el mismísimo Liberador. Por no mencionar a Rojer, un buen partido al que aspiraría cualquier chica y todos sabemos que está colado por ti.

—Rojer y yo sólo somos amigos, Jizell. Y lo mismo va por los demás.

La mujer se encogió de hombros y dejó el tema.

—Es estupendo tenerte de nuevo en casa.

Ella le puso una mano en el hombro.

—Es por poco tiempo. Mi hogar está ahora en Hoya del Liberador. El pueblo se va convirtiendo poco a poco en una ciudad pequeña y necesitan a todas las Herboristas que puedan conseguir. No puedo estar lejos demasiado tiempo, otra vez no.

Jizell suspiró.

—Ya es bastante malo que perdiera a Vika para que se quedase en Hoya, pero ahora, tú también. Si ese sitio me va a terminar robando a todas mis aprendices, mejor sería vender el dispensario y abrir una tienda allí.

—Podríamos emplear a más Herboristas, pero la ciudad ha triplicado el número de refugiados que podemos alimentar. Ahora no es lugar para ti y las chicas.

—O puede que sea el sitio donde somos más necesarias.

Leesha sacudió la cabeza.

—Me temo que pronto estaréis también repletos de refugiados aquí en Angiers; no tardará mucho.

El ritmo de la danza

Primavera del 333 d.R.

—¡Abrid, en el nombre del duque! —bramó una voz poco después del amanecer. El grito fue acompañado de un fuerte golpe en la puerta del dispensario, aún atrancada.

Todos los que tomaban el desayuno en ese momento se quedaron helados, con la mirada fija en la puerta. Los aprendices habían comido hacía rato y se afanaban sirviendo desayunos a los pacientes, de modo que Jizell y los demás estaban solos en la cocina.

A Rojer le pareció que habían pasado mucho rato quietos, pero en realidad no debieron de pasar más de unos segundos antes de que la mujer alzara los ojos y los mirara a todos.

—Bueno —dijo, tras limpiarse la boca y ponerse en pie—, mejor será que vea qué pasa. El resto, quedaos aquí y limpiad los platos. Sea lo que sea lo que el duque quiera, mejor que no os coja con el estómago vacío. —Se alisó el vestido y salió a grandes zancadas en dirección a la puerta.

Apenas había desaparecido, cuando el Juglar abandonó su asiento de un salto y pegó la espalda al muro cercano a la jamba de la puerta para escuchar.

—¿Dónde está? —ladró la voz profunda de un hombre cuando Jizell abrió la puerta.

Rojer se agazapó en el suelo y asomó la cabeza para mirar por la jamba de la puerta, sin que se le viera más que un ojo y un mechón de pelo rojo. Un hombre alto, de constitución poderosa, se elevaba imponente al lado de la Herborista, ataviado con una brillante armadura lacada. Llevaba una elegante lanza dorada sujeta a la espalda y el peto de su coraza mostraba un blasón con un guardia de la Milicia Impasible. El Juglar reconoció aquel rostro de mandíbula cuadrada y se volvió hacia los otros.

—¡Es el hermano del duque Rhinebeck, el príncipe Thamos! —siseó y volvió a espiar de nuevo.

—Tenemos muchos pacientes, Su Alteza —repuso Jizell, que sonaba más divertida que asustada—, tendréis que ser más específico.

—¡Mujer, no juguéis conmigo! —rugió el príncipe, con un dedo apuntando al rostro de la Herborista—. Sabéis bien...

—¡Alteza, por favor! —intervino la voz aguda de un hombre—. ¡Esto no es

necesario!

Era un caballero el que extendió los brazos entre ellos para apartar al príncipe de la mujer, sin resistencia por parte de éste. En muchos sentidos, era lo opuesto al príncipe: pequeño y despeinado, con una coronilla calva y el rostro enfermizo. El pelo lacio, largo, le caía sobre el cuello y la fina barba terminaba en forma de punta en la barbilla. Las gafas con montura de alambre cabalgaban a mitad de su nariz larga, de modo que sus ojos parecían dos puntitos negros.

—Es lord Janson, el primer ministro del duque —les advirtió Rojer.

Thamos miró al hombre con el ceño fruncido, y éste dio un salto hacia atrás como si temiera que el príncipe fuera a golpearle. La mirada torva regresó luego a Jizell y de nuevo al hombrecillo, pero su postura se relajó y tras un momento, asintió.

—Está bien Janson, es asunto tuyo.

—Mis disculpas por las... prisas, señorita Jizell —comenzó el primer ministro con una inclinación—, pero queríamos llegar antes de que vuestro... ah, invitado, pudiera marcharse. —Apretaba un maletín de piel contra el pecho con una mano y con la otra se subió las gafas hasta encajarlas sobre el puente de la nariz.

—¿Invitado? —preguntó ella, y el príncipe Thamos gruñó.

—Flinn Cutter —apuntó Janson y la mujer se le quedó mirando sin comprender.

—El... ah, el Protegido —explicó el ministro y la mirada de la Herborista se volvió más precavida.

—No hay ningún problema con él, se lo aseguro —añadió el hombre con rapidez—. Su Gracia el duque simplemente desea preguntarle algunas cosas antes de que se decida a concederle audiencia.

Se oyó un golpe sordo y Rojer se volvió para ver cómo el Protegido se ponía en pie y asentía en su dirección.

—Todo va bien, señorita —dijo el Juglar, mientras asomaba por la puerta.

Janson le miró y su nariz se torció.

—Rojer Inn —afirmó más que preguntó.

—Me honra que os acordéis de mí, ministro —dijo él con una inclinación mientras precedía a los demás fuera de la cocina.

—Claro que os recuerdo, Rojer —replicó Janson—. ¿Cómo voy a olvidar al chico que Arrick trajo consigo, al único superviviente de Pontón? —Los demás le miraron, sorprendidos—. De todas formas... —continuó, con el gesto contraído de nuevo—, juraría que leí un informe el año pasado del Maestro del gremio Cholls que decía que habíais desaparecido y se suponía que estabais muerto. —Se bajó las gafas para mirarle con atención—. Dejasteis sin pagar una deuda considerable en el gremio de los Juglares, si no recuerdo mal.

—¡Rojer! —gritó Leesha.

El violinista se puso la máscara juglaresca en su lugar. El dinero era la

compensación por haberle roto la nariz al sobrino de Janson, Jasin «Gorgorito». Pero, claro, Jasin ya se había cobrado en sangre.

—¿Y habéis hecho todo ese camino para discutir sobre el Juglar? —preguntó el Protegido, interponiéndose delante del joven. La capucha mantenía su rostro en sombras, dándole una apariencia amenazadora incluso para los que le conocían. El príncipe Thamos puso la mano sobre la lanza corta que llevaba sujeta a la espalda.

Janson se agitó con nerviosismo, y sus ojillos saltaban de un hombre a otro, aunque se recobró con rapidez.

—Por supuesto que no —admitió y apartó su atención del Juglar como si no hubiera hecho nada más importante que examinar un libro de registro. Cambió el peso de un pie a otro como si estuviera a punto de echar a correr y esconderse detrás del príncipe si alguien hacía algún movimiento repentino.

—Entonces, ¿vos sois... él? —inquirió.

El Protegido se bajó la capucha, y mostró su rostro tatuado al príncipe y al ministro. Los ojos de ambos se abrieron de par en par ante la imagen, pero no dieron ninguna otra muestra de haber visto algo que se saliera de lo normal.

Janson se inclinó profundamente.

—Es un honor encontrarnos con vos, señor Flinn. Permitidme presentaros al príncipe Thamos, capitán de la Milicia Impasible, el más joven de los hijos del duque Euchor y el tercero en la línea de sucesión al trono de la hiedra. Su Alteza está aquí como mi escolta. —Hizo un gesto hacia el príncipe, que asintió educadamente, aunque sus ojos no perdieron en ningún momento la expresión de desafío.

—Su Alteza —saludó el Protegido inclinándose ligeramente como era la costumbre en Angiers. Leesha hizo una reverencia completa y el Juglar se inclinó con una floritura. Rojer sabía que el Protegido se había encontrado con ambos hombres antes, en sus días de Enviado, pero quedó claro que ni siquiera Janson, cuya memoria era legendaria, le recordaba.

El ministro se volvió hacia su izquierda, por donde avanzó un chico que esperaba en la jamba de la puerta.

—Pawl, mi hijo y asistente —informó. El chico no tendría más de diez veranos y era pequeño como su padre, con el mismo pelo negro y lacio y el rostro de hurón.

El Protegido inclinó la cabeza en dirección al chico.

—Es un honor conoceros a vos y a vuestro hijo, lord Janson.

—Por favor, por favor, sólo Janson —apuntó el primer ministro—. No soy noble de nacimiento, sólo un empleado en un puesto notorio. Perdonadme si parezco un poco torpe en esta tarea. El heraldo del duque, mi sobrino, es quien generalmente se encarga de estos asuntos, pero hemos tenido mala suerte y ahora está en las aldeas.

—¿Jasin Gorgorito es el nuevo heraldo del duque?! —exclamó Rojer.

Todos los ojos se volvieron en su dirección, pero él apenas se dio cuenta. Jasin

Gorgorito y sus aprendices habían golpeado a Rojer y a su patrocinador en el gremio, Jaycob, hacía ya un año, dándolos por muertos al caer la noche. Él había sobrevivido sólo porque Leesha y algunos guardias valientes habían arriesgado sus vidas para salvarle, pero maese Jaycob, no. Jamás presentó cargos, sin embargo, y simuló no recordar a sus asaltantes por miedo de que Jasin usara los contactos de su tío para escapar al castigo y volver a por él.

El ministro, por otro lado, no parecía saber nada de todo aquello. Miraba al Juglar con curiosidad, y sus ojos se apartaban a veces hacia un lado como si intentara comprobar algo en un registro olvidado.

—Ah, sí, claro—comentó pasado un momento—, Maese Arrick y Jasin mantuvieron cierta rivalidad hace tiempo, ¿no es así? Estoy seguro de que no se alegrará al conocer la noticia.

—Eso no lo sabemos —repuso él—. Lo vaciaron en el camino hacia Bosque Cerrado hace tres años.

—¿Cómo? —El hombre mostró su sorpresa abriendo los ojos—. Siento escuchar eso. A pesar de todas sus faltas, Arrick fue un buen heraldo y sirvió bien al duque, no sólo por su heroísmo en Pontón. Es una vergüenza lo del incidente del burdel.

—¿El incidente del burdel? —preguntó Leesha, mientras se volvía hacia Rojer con una mirada divertida.

Janson se ruborizó y luego se inclinó profundamente ante la muchacha.

—Ah... oh... Perdonadme, buena mujer, por sacar una materia tan poco delicada en presencia de una señora. No pretendía faltáros al respeto.

—No os preocupéis, ministro —aclaró ella—. Soy Herborista y estoy acostumbrada a las materias poco delicadas. Soy Leesha Paper —dijo y le ofreció su mano extendida—, Herborista de Hoya del Liberador.

El príncipe frunció el ceño y la nariz del ministro se removió inquieta ante el nuevo nombre que habían elegido los habitantes de Hoya de Leñadores pero Janson asintió y añadió:

—He observado vuestra carrera con cierto interés desde que fuisteis aprendiz de la señora Bruna.

—¿Sí? —inquirió la chica, sorprendida.

Janson le dedicó la misma mirada curiosa.

—No debería ser una sorpresa. Reviso los censos del duque todos los años y anoto los nombres de los ciudadanos preeminentes del ducado, en especial aquellos como Bruna, una mujer que aparece todos los años desde que se hizo el primer censo en tiempos de Rhinebeck el Primero, hace cien años. Me he mantenido atento a todas sus aprendizas, y me preguntaba quién heredaría su manto. Su muerte el año pasado fue una gran pérdida.

Ella asintió con tristeza.

El ministro hizo una pausa respetuosa tras la mención a los difuntos y después se aclaró la garganta.

—Y ya que hablamos del tema, señorita Leesha... —La observó por encima de las gafas con la misma mirada cargada de reproche que le había dedicado antes a Rojer —, vuestro informe anual del censo lleva meses de retraso.

Ella se ruborizó mientras el Juglar se reía a su espalda.

—Yo... Ah... Hemos estado un poco...

—Ocupados con la disentería, ya lo sé —afirmó el hombre y luego añadió mirando en dirección al Protegido—, y con otros problemas, claro, lo entiendo. Pero estoy seguro de que vuestro padre os habrá dicho, señorita, que el papel hace que funcione la máquina del estado.

—Sí, ministro —asintió ella.

—Por favor, Janson. —El príncipe Thamos se interpuso y retiró al ministro hacia un lado. Su mirada afilada repasó el cuerpo de la chica con una intención predatoria y Rojer se erizó—. Hoya ya ha tenido bastante, ¡dales un respiro de tu infinita burocracia!

El ministro frunció el ceño pero hizo una venia.

—Por supuesto, Alteza.

—Soy el príncipe Thamos, a sus órdenes —le dijo éste a Leesha a la vez que se inclinaba profundamente y le besaba la mano. Rojer frunció el ceño cuando las mejillas de la chica se encendieron.

Janson se aclaró la garganta y se volvió hacia el Protegido.

—Ya está bien entonces de hablar de papeles, ¿podemos resolver el asunto del duque?

Cuando el hombre tatuado asintió, se volvió hacia Jizell.

—Señorita, ¿hay algún lugar donde podamos hablar con tranquilidad?

La mujer asintió y los escoltó hacia su estudio.

—Les traeré té —comentó y luego regresó a la cocina.

El príncipe Thamos le ofreció el brazo a Leesha y ella lo cogió con una mirada divertida. Gared se acercó a ambos con ademán protector, pero ni el príncipe ni la Herborista dieron señal de haberse dado cuenta.

Pawl se hizo cargo del maletín de su padre y se acercó al escritorio de la señorita Jizell, donde extendió un fajo de papeles y algunos folios en blanco. También preparó una pluma y un tintero, además de un secante y luego apartó la silla para lord Janson, que se sentó y mojó la pluma.

Luego alzó la mirada de forma repentina.

—Supongo que a nadie le importará que tome notas de nuestro debate, notas destinadas al duque —pidió—; por supuesto, extraeré de ellas todo aquello que consideren inadecuado o indiscreto.

—Está bien —dijo el hombre tatuado y él volvió su atención al papel.

—Bien —continuó el ministro—, como le dije a la señorita Jizell, el duque desea tener una audiencia con los representantes de... ejem... Hoya del Liberador, pero está preocupado por la autenticidad de dicha representación. ¿Puedo preguntar por qué el señor Smitt, Portavoz del Pueblo, no ha venido en persona? ¿No es acaso el primer y principal deber legal de un Portavoz el de representar al pueblo en circunstancias como éstas? —Mientras hablaba, su mano escribía tan rápido que apenas se percibía un borrón, en un estilo taquigráfico indescifrable y su pluma regresaba al tintero cada pocos segundos sin derramar ni una sola gota.

Leesha resopló.

—Eso sólo lo diría alguien que no haya pasado ni un minuto en las aldeas, ministro. La gente acude a su Portavoz cuando hay una crisis y con la continua llegada de refugiados de Rizón y los que ya están allí con sus necesidades aún sin cubrir, él no podía venir, de modo que me envió a mí en su lugar.

—¿A vos? —preguntó Thamos, incrédulo—. ¿A una mujer?

La chica frunció el ceño, pero Janson se aclaró la garganta audiblemente antes de que ella pudiera contestar de forma insolente.

—Creo que lo que Su Alteza quiere decir, es que el sustituto apropiado del señor Smitt para esta tarea habría sido el Pastor Jona.

—El templo está rebosante de refugiados —replicó ella—. Jona no estaba más libre para venir que Smitt.

—Pero ¿puede prescindir Hoya de su Herborista en tiempos de necesidad? —inquirió el príncipe.

—Esto representa un problema para Su Gracia —explicó el ministro, alzando la mirada hacia la muchacha mientras su mano continuaba tomando nota de las palabras—. ¿Qué pensarían en la corte si él recibe a una delegación de uno de sus vasallos que no respeta lo suficiente al trono de la hiedra como para enviar a su propio Portavoz? Esto se vería como un insulto.

—Pues os aseguro que no hay intención alguna de insultar —repuso ella.

—¿Cómo que no? —insistió Thamos—. A pesar de la crisis, su Portavoz podría haber venido. Hoya de Leñadores está sólo a seis noches de distancia —luego miró al Protegido—, pero parece ser que Hoya del Liberador se ha trasladado más lejos.

—¿Y qué queréis que haga, Su Alteza? —preguntó la Herborista—. ¿Qué perdamos quince días en traer a Smitt cuando hay un ejército a nuestras puertas?

El príncipe Thamos bufó.

—Por favor, señorita Paper, no exageremos —comentó Janson escribiendo aún—. La familia real lo sabe todo sobre la incursión krasiana en Rizón, pero la amenaza a Angiers es mínima.

—Por ahora —comentó el Protegido—. Pero no se trata de una simple incursión;

Fuerte Rizón y sus aldeas, el cinturón triguero de toda Thesa, está ahora en manos de Krasia. Permanecerán allí un año, reclutando tropas entre los rizonianos y entrenándolos, pero luego se moverán hacia Lakton y sus aldeas. Puede que pasen años antes de que se dirijan hacia el Norte y amenacen nuestra ciudad, pero os aseguro que lo harán, y necesitaréis aliados si esperáis poder enfrentaros a ellos.

—Fuerte Angiers no tiene miedo de un puñado de ratas del desierto, ¡incluso aunque vuestros cuentos para no dormir sean verdad! —ladró Thamos.

—¡Alteza, por favor! —gritó el ministro. Cuando el príncipe guardó silencio volvió a dirigir la mirada hacia el Protegido—. ¿Puedo preguntaros cómo es que sabéis tanto de los planes krasianos, señor Flinn?

—¿Tenéis una copia del libro santo krasiano en vuestros archivos, ministro? —le preguntó el hombre tatuado.

Los ojos del hombre se apartaron a un lado un momento, como si estuviera comprobando mentalmente una lista.

—El Evejah, sí.

—Os sugiero que lo leáis. Los krasianos creen que su líder es la reencarnación de Kaji, el Liberador. Y que están luchando la Batalla de la Mañana.

—¿La Batalla de la Mañana? —inquirió Janson.

El Protegido asintió.

—El Evejah detalla cómo Kaji conquistó el mundo conocido antes de volver las lanzas unidas de todos los hombres contra los abismales. Jardir desea hacer lo mismo. Sus avances vendrán seguidos de períodos de consolidación, en los que los conquistados serán obligados a cumplir la ley evejana —fijó una dura mirada en los dos cortesanos—, pero no dejéis que eso os engañe ni un momento y no penséis que eso supone que han cejado en su avance.

El príncipe lo miró de forma desafiante, pero el color se desvaneció progresivamente del rostro del ministro. A pesar de que la mañana era fría, comenzaron a brotarle gotitas de sudor en la frente.

—Sabéis mucho de los krasianos para ser un Leñador, señor Flinn.

—Pasé algún tiempo en Krasia —afirmó el Protegido con sencillez. Janson hizo una nueva anotación con su extraña taquigrafía.

—Ya veis por qué hemos de hablar con Su Gracia, ministro —pidió Leesha—. Los krasianos se pueden permitir perder el tiempo. Con sus silos de grano, Rizón tiene recursos para apoyar a un ejército de forma indefinida, especialmente si cortan el flujo de comida hacia el Norte.

El no pareció notar que ella había hablado.

—Hay algunos que dicen que sois el Liberador —le dijo al Protegido.

Thamos resopló.

—Y yo soy un abismal simpático —masculló entre dientes.

A pesar del insulto, el Protegido no apartó la mirada del ministro.

—Jamás he declarado tal cosa, lord Janson.

El hombre asintió, y siguió escribiendo.

—Su Gracia se sentirá aliviado de oír eso. Pero en cuanto al asunto de los grafos de combate...

—Eso... —comenzó Leesha.

—Se compartirán con todos los que los deseen sin ningún coste —la cortó el Protegido. Todos los presentes lo miraron con sorpresa—. Los abismales son enemigos de toda la humanidad, ministro —aclaró el hombre tatuado—. En eso estoy de acuerdo con los krasianos. No le negaré a ningún hombre los grafos para poder combatirlos.

—Si es que funcionan —murmuró Thamos entre dientes.

El Protegido se volvió para enfrentarse al príncipe, quien tampoco pudo soportar el furor de su mirada y tuvo que bajar los ojos. El hombre tatuado asintió.

—Wonda —llamó, sin volverse hacia ella. La muchacha se puso en pie al oír su nombre—, dame una flecha de tu carcaj. —La arquera sacó una de sus flechas y se la entregó a la mano extendida sobre el hombro del Protegido, quien la presentó al príncipe, pero sin inclinarse, sino como un igual.

—Probadla, Su Alteza. Subíos esta noche a lo más alto del adarve y haced que un tirador la dispare al demonio más grande que encuentre y, después, decidid por vos mismo si funciona o no.

Thamos se retiró un poco, pero luego se enderezó de nuevo, como si intentara no parecer intimidado. Asintió y cogió la flecha.

—Así lo haré.

El primer ministro se retrepó en su asiento y Pawl salió disparado a secar las páginas húmedas y colocarlas en el maletín de cuero. Recogió los instrumentos de escritura y limpió la mesa cuando Janson se puso en pie y se dirigió donde estaba el príncipe.

—Creo que eso es todo por ahora —comentó—. Su Gracia les recibirá en la ciudadela mañana, una hora después del alba. Enviaré un carruaje para ustedes por la mañana para evitar cualquier... inconveniencia. Es preferible —dirigió su mirada hacia el Protegido—, que no os vean por la calle.

El hombre tatuado se inclinó.

—Estoy de acuerdo, ministro, gracias —le dijo. Leesha hizo una profunda reverencia y Rojer se inclinó ligeramente.

—Ministro —llamó la chica. Después se acercó al hombre y le habló en voz baja —, he oído que Su Gracia... desea tener un heredero.

El príncipe Thamos pareció molesto ante la indiscreción de Leesha, pero Janson alzó una mano para detenerle.

—No es ningún secreto que el trono de la hiedra no tiene herederos, señorita Paper —informó a la muchacha con serenidad.

—La fertilidad era una de las especialidades de la señora Bruna —le explicó al hombre— y una de las mías también. Me sentiría muy honrada de ofrecer mi sabiduría, si así lo desean.

—Mi hermano es perfectamente capaz de tener un heredero sin su ayuda —gruñó Thamos.

—Por supuesto, Alteza —aclaró la chica con una profunda reverencia—, pero podría ser que la duquesa debiera someterse a un examen, por si la dificultad proviene de ella.

El ministro frunció el ceño.

—Gracias por vuestra generosa oferta, pero Su Alteza tiene sus propias Herboristas y os advierto encarecidamente que no saquéis ese tema delante de su Gracia. Yo se lo mencionaré a través de los canales apropiados.

Era una vaga respuesta, pero ella asintió y no dijo nada más, sólo realizó una última venia. Janson y Thamos se dirigieron hacia la puerta. Pero justo antes de marcharse, el ministro se volvió hacia Rojer.

—Confío en que os presentéis ante el gremio de los Juglares para aclarar vuestra situación y liquidar esas importantes deudas antes de marcharos de la ciudad de nuevo.

—Así lo haré —repuso el Juglar con tristeza.

—Estoy seguro de que ciertas historias de vuestras recientes aventuras serán de gran valor para el gremio y compensarán convenientemente vuestra deuda, pero espero que mostréis discreción respecto a ciertas... —miró de reojo al Protegido—, interpretaciones subjetivas de los sucesos, por muy tentador que resulte usar las... más sensacionalistas.

—Por supuesto, ministro —admitió él con una inclinación.

—Buenos días, entonces. —Y tanto él como el príncipe abandonaron el dispensario.

Leesha se volvió hacia Rojer.

—¿Incidente del burdel?

—Ni un montón de demonios del bosque conseguirían que te lo contara —replicó él—, así que puedes ahorrarte el interrogatorio.

A la mañana siguiente, Leesha observó desde la ventana de la cocina de Jizell la llegada de un coche con el blasón de Rhinebeck, una corona de madera suspendida sobre un trono envuelto en hiedra, sobre sus grandes puertas. El coche iba acompañado por el príncipe Thamos, quien lucía su armadura completa. Iba montado

sobre un gran corcel y seguido a pie por un pelotón de sus guardias de élite, la Milicia Impasible.

—Ha traído un ejército —señaló Rojer, cuando se acercó a Leesha y miró hacia fuera—. No sé si es para protegernos o para llevarnos presos.

—¿Habrá cambiado de idea a lo largo de la noche? —preguntó el Protegido.

—Quizá sea el protocolo habitual cuando el duque invita a alguien a una audiencia —apuntó Leesha.

El Juglar sacudió la cabeza.

—He viajado en ese coche montones de veces cuando Arrick era heraldo. Y jamás necesitamos un escuadrón de la Milicia Impasible a nuestra espalda para cruzar la ciudad.

—Quizá probaron la flecha anoche —comentó la chica—, lo que significa que saben que lo que les ofrecemos es real.

El Protegido se encogió de hombros.

—Lo que tenga que ser, será. O bien están aquí como escoltas o Rhinebeck se encontrará con un escuadrón de soldados tullidos. —A Leesha se le abrió la boca de la sorpresa, pero el Protegido se dirigió hacia el patio de Jizell antes de que ella pudiera responder. Los demás lo siguieron.

El lacayo desplegó unas escalerillas ante la puerta y luego la sostuvo. Thamos los observó desde lo alto de su corcel, y asintió ligeramente en dirección al Protegido cuando se subió al coche. Pronto el carruaje chacoloteaba en dirección al palacio de Rhinebeck.

La ciudadela del duque era el único edificio de la ciudad construido enteramente en piedra, en un tremendo despliegue de poder. Como había hecho el duque Euchar de Miln, la ciudadela de Rhinebeck era una fortaleza pequeña pero autosuficiente, dentro del fuerte de mayor tamaño que constituía la ciudad propiamente dicha. Las murallas exteriores de más de diez metros de altura estaban talladas con grandes grafos, con las ranuras selladas con laca brillante y rodeadas en todos sus lados por terreno abierto. Daba la impresión de que nada podría destruirla, aunque jamás había sido puesta a prueba salvo por algún solitario demonio del viento. Si se abría una brecha en las murallas de Angiers y los demonios invadían la ciudad, Rhinebeck podría cerrar las puertas de su fortaleza y esperar la llegada del amanecer sano y salvo, aunque toda Angiers estuviera en llamas a su alrededor.

Dentro de las murallas, pasaron por delante de las huertas y los rebaños privados del duque, junto con docenas de edificios para sus siervos y artesanos personales, antes de llegar al palacio. Los muros escarpados subían varios pisos, rematados por torres vigía en espiral que se alzaban incluso más, pasada la red de protección de la ciudadela.

Los grafos del palacio eran un trabajo tan bello como funcional y Leesha percibió

la fuerza de los símbolos mientras sus ojos vagaban a lo largo de las líneas invisibles de poder que creaban.

—Por favor, seguidme —le dijo el príncipe Thamos al Protegido cuando el coche se detuvo en la entrada del palacio. La chica frunció el ceño mientras seguían al caballero hacia el interior del edificio, y se preguntó si iba a ser ignorada a lo largo de toda la entrevista en favor del Protegido. Él había dicho de forma repetida que no hablaba en nombre de Hoya, no más al menos de lo que lo hizo Marick respecto a los refugiados rizonianos. ¿Podía confiar ella en que defendiera los intereses de los ciudadanos más que los suyos propios?

El techo abovedado del vestíbulo de entrada se remontaba muy alto sobre sus cabezas, pero la enorme habitación estaba vacía de peticionarios. El príncipe no les condujo al gran salón del trono, sino que los llevó por corredores cubiertos de gruesas alfombras y tapices y pinturas al óleo en las paredes. Al final llegaron a una habitación con sofás de terciopelo y un cálido fuego encendido en una chimenea de mármol.

—Por favor, esperad en la sala de descanso del duque —le dijo el príncipe al hombre tatuado—. Los criados os traerán un refrigerio.

—Gracias —repuso el Protegido cuando un criado llegó con una bandeja de bebidas y pequeños bocadillos. Dos soldados de la Milicia Impasible permanecían en una rígida postura en el exterior de la puerta, con las lanzas preparadas.

El tiempo pasó y Rojer, aburrido, comenzó a hacer malabares con las tazas vacías.

—¿Cuánto tiempo creéis que nos tendrá esperando Rhinebeck? —preguntó y sus pies se movían en una danza precisa mientras él iba de un lado a otro para mantener su mano lisiada en posición para lanzar y recoger.

—Lo suficiente para que quede claro quién maneja las riendas —explicó él—. El duque hace esperar a todo el mundo. Cuanto más importantes son los invitados, más rato se les deja contando los hilos de la alfombra. Es un juego cansado, pero hace que Rhinebeck se sienta seguro y no pasa nada por dejarle jugar a ello.

—Podría haberme traído la labor —comentó la chica.

—Tengo un montón de bordados sin terminar, querida —dijo una voz a su espalda—. Siempre se me ha dado bien comenzar un diseño, pero por algún motivo, jamás llego a terminarlos. —Se volvió y encontró al ministro Janson de pie en la entrada con una venerable mujer cogida del brazo que debía de hallarse al final de la setentena.

Rojer dio un respingo y Leesha se estremeció cuando una de las tazas con las que hacía malabares se cayó al suelo. Por suerte, rebotó sobre la gruesa alfombra y no se rompió.

La mujer fijó la mirada en el Juglar de un modo que hubiera enorgullecido a Elona.

—Al parecer Arrick nunca se preocupó de enseñarte modales. —El rostro del joven se tornó más rojo que su pelo.

La mujer era pequeña, más aún siendo angiersina y medía apenas un metro cincuenta de altura, desde el encaje krasiano del dobladillo de su amplio vestido verde de terciopelo, hasta el remate de la diadema de madera lacada que descansaba sobre el pelo gris sobriamente recogido. Las puntas de la diadema estaban forradas de oro y engastadas en piedras preciosas. Era delgada como un junco y cojeaba ligeramente mientras caminaba apoyada en el brazo del primer ministro. Las manos que se agarraban al brazo de éste estaban cubiertas de piel traslúcida y arrugada. La gargantilla de terciopelo que llevaba al cuello llevaba engarzada una esmeralda del tamaño del puño de un niño.

—Por favor, déjenme que les presente a Su Gracia Lady Araine, Duquesa Madre, madre de Su Gracia el duque Rhinebeck Tercero, Guardián de la Fortaleza del Bosque...

—Sí, sí —le cortó Araine—. Todo el mundo conoce los títulos de mi hijo y me voy a hacer vieja si los recitas otra vez después de las miles de veces que lo has hecho esta semana, Janson.

—Disculpadme, mi señora —replicó el ministro con una ligera inclinación.

Leesha hizo una profunda venia ante la presentación y los hombres se inclinaron. Con sus pantalones masculinos, Wonda no tenía falda que extender y asumió una incómoda postura que no se parecía mucho a una reverencia cortesana.

—Si te vas a vestir como un hombre, chica, entonces inclínate como uno —comentó Araine con una mirada altiva. Wonda se ruborizó pero hizo una profunda reverencia.

La duquesa madre gruñó satisfecha y se volvió hacia Leesha.

—He venido a rescatarla de todo este cansado negocio masculino, querida —le echó una ojeada a Wonda— y a la señorita, también.

—Disculpadme, Su Gracia —repuso ella con una nueva inclinación—, pero sustituyo al Portavoz de Hoya del Liberador y debo permanecer aquí para la audiencia.

—Tonterías —señaló la mujer con desaprovación—. ¿Una mujer, Portavoz? Puede que se dediquen a esas frivolidades en Miln, pero en Angiers las cosas se hacen como es debido. Las mujeres no deben manejar asuntos de Estado. —Luego se soltó del brazo de Janson y se agarró al de la chica, para empujarla hacia la puerta simulando apoyarse en ella para que le sirviera de ayuda.

»Dejad a los hombres con sus libros de registro y sus proclamas. Nosotras hablaremos de asuntos más femeninos.

La Herborista se sintió ligeramente sorprendida por la fuerza de la mujer. No era tan frágil como parecía. Pero aun así, la idea de sentarse con un puñado de mujeres

mimadas y emprender un debate insulso sobre el tiempo y la moda mientras los hombres decidían el destino de Hoya del Liberador le parecía inaceptable.

Janson se inclinó hacia ella mientras intentaba resistirse al empuje de la anciana.

—No es buena idea enfadar a la duquesa madre —le susurró—. De momento, seguidle la corriente. El duque no recibirá a los demás durante un buen rato y yo iré a por vos cuando sea necesario.

La chica le miró, pero el rostro del ministro se mostró impasible. Leesha no quería enfrentarse a la familia real y finalmente permitió que se la llevaran a desgana.

—**E**l ala de las mujeres está por aquí, querida —le dijo Araine mientras conducía a Leesha por un corredor largo y ricamente decorado. Aparte del refugio del Protegido, Leesha nunca había visto tanto esplendor como en el palacio del duque. Su padre había sido el hombre más rico de Hoya de Leñadores cuando ella era niña, pero el duque hacía que la riqueza de Erny pareciera las sobras que uno arrojaría a un perro después de una gran fiesta. Las suntuosas alfombras, tejidas con diseños alegres, amortiguaban sus pasos, y los tapices y las estatuas de mármol se alineaban a lo largo de las paredes. El techo estaba pintado de color dorado y relucía a la luz de los candelabros.

Y mientras los refugiados del ducado de Rizón se morían de hambre, ¿cómo iba la familia real a comprender de verdad lo que esto significaba, rodeados como estaban de lujo? A Leesha eso le recordó a su madre, que miraba siempre primero por su propia comodidad, y luego pensaba en los demás y sólo si alguien la observaba.

Los pasos vacilantes de Araine se volvieron más firmes mientras avanzaban y la anciana de aspecto frágil condujo a Leesha a través del enorme palacio como si fuera un hombre guiando a una mujer en una danza. Wonda las seguía en silencio hasta que pasaron por una puerta que había al fondo y la anciana se volvió para hablarle.

—Sé buena y cierra la puerta —le dijo. Wonda accedió y tiró de la resistente puerta de roble hasta que se cerró con un chasquido.

«Estupendo, deja que te mire bien —dijo Araine a Leesha. Después le soltó el brazo y le dio un empujón que la hizo girar para que la duquesa madre pudiera inspeccionarla.

La anciana la miró de arriba abajo con el labio ligeramente alzado.

—Así que tú eres la joven prodigio de la que Bruna estaba tan orgullosa. — Sonaba poco impresionada—. ¿Cuántos veranos has visto, niña? ¿Veinticinco?

—Veintiocho.

Araine bufó.

—Bruna solía decir que una Herborista no valía dos klats antes de los cincuenta.

—¿Conocisteis a Bruna, Su Gracia? —le preguntó ella, sorprendida.

Ella se rió con un cacareo.

—¿Conocerla? La vieja bruja me sacó dos príncipes de entre las piernas, así que sí, se puede decir que la conocía. Pether nació hace casi cincuenta años y Bruna estaba casi tan vieja entonces como yo ahora. Thamos llegó una década más tarde, un bebé tan grande como sus hermanos, pero entonces yo ya no era tan joven y necesitaba algo más que una comadrona que se creyera alguien. Bruna debía de andar por los ochenta y no tenía ganas de dejar Hoya ni cuando le envié a mi heraldo para que se pusiera de rodillas y suplicara. Se pasó gruñendo todo el tiempo, pero al final vino, y se quedó unos meses en el palacio. Incluso tomó a un par de aprendizas, Jizell y Jessa, mientras estuvo aquí.

—¿Jessa? —preguntó Leesha—. Bruna jamás la mencionó.

—¡Ja! —ladró ella—. No me sorprende. —Esperó a que la mujer se explicase, pero no lo hizo—. Si ella hubiera querido la habría nombrado Herborista Real —continuó Araine—, pero la vieja desgraciada se dio la vuelta y salió disparada para Hoya en el momento en que cortó el cordón umbilical de Thamos. Me dijo que los títulos no significaban nada para ella, que lo único que le importaba era su gente de Hoya.

La duquesa madre se la quedó mirando.

—Es parecido a lo que tú sientes, ¿verdad, niña? ¿Pones Hoya por delante de todo, incluso por delante de tu deber para con el trono de hiedra?

Los ojos de ambas se encontraron y Leesha asintió.

—Así es.

Araine trabó la mirada con la suya durante un momento, como si desafiara a la chica a pestañear, pero finalmente gruñó satisfecha.

—No me habría fiado de tus palabras si hubieras dicho otra cosa distinta. Veamos, Janson me ha dicho que tienes algo de la habilidad de Bruna con la fertilidad.

La muchacha asintió de nuevo.

—Bruna me dio lecciones intensivas sobre el tema y he tenido años de experiencia práctica.

La anciana la miró por encima del hombro.

—No tantos años, supongo, pero te perdonaremos eso de momento. No le hará daño que la examines. Ya lo ha hecho todo el mundo.

—¿A quién?

—A la duquesa —explicó Araine—. Mi última nuera. Quiero saber si ella es estéril o si es mi hijo quién lo es.

—No podré dilucidar eso último examinando a la duquesa.

Araine resopló.

—Te daría una patada en tu bonito trasero si me dijeras que eres capaz. Pero lo primero es lo primero. Echemos una ojeada a la chica.

—Claro. ¿Hay algo que podáis contarme sobre Su Alteza, antes de que la examine?

—Está sana como una yegua y tiene la constitución robusta y las caderas anchas de una criadora. No era la lanza más afilada del estante, pero es todo lo que una señora angiersina que se precie debe ser. Sus hermanos son bastante listos, así que la cosa debe ser más de crianza que de naturaleza. Después del último divorcio de Rhinebeck la escogí yo misma de entre todas las jóvenes apropiadas de buen linaje, con el ojo puesto en el cuarto de los niños. Lady Melny es la menor de doce hermanos y dos tercios de ellos son varones. Tiene tres hermanas, y todas tienen hijos propios, dos chicos cada una de ellas. Si hay alguien capaz de darle un heredero al trono de hiedra es ella. Claro, lo que a mi hijo le preocupaba era el tamaño de sus tetas, pero Melny tiene carne suficiente para darle de mamar hasta a un bebé grande como Rhiney.

—¿Cuánto tiempo llevan compartiendo cama? —preguntó ella, ignorando el comentario.

—Debe de hacer casi un año ya. La Herborista Real prepara infusiones para favorecer la fertilidad y he hecho que Janson cierre los burdeles cuando está en el momento fértil del ciclo, pero sigue manchando las sábanas de rojo cada luna.

Araine la condujo de nuevo por un laberinto de corredores y escaleras privados usados por las mujeres de la familia real. Vio muchas sirvientas, pero ni un solo hombre. Al final, llegaron a un lujoso dormitorio lleno de almohadones de terciopelo y sedas de Krasia. La duquesa estaba en pie ante una de las grandes ventanas de cristal tintado de la cámara, mirando en dirección a la ciudad. Llevaba un vestido amplio de seda verde y amarilla, con un corte muy bajo en el escote y muy ceñido a la cintura. El pelo estaba recogido en un moño alto detrás de una tiara de oro con gemas engastadas y el rostro maquillado de forma exquisita, preparada para el momento en que el duque la llamara a su cámara. No tendría más de dieciséis años.

—Melny, ésta es la señorita Leesha de Hoya de Leñadores —la presentó Araine.

—Hoya del Liberador —la corrigió ella y la duquesa madre le dedicó una mirada tolerante y algo divertida.

—La señorita Leesha es una experta en fertilidad y va a examinarte. Desvístete.

La chica asintió, sin dudar un segundo en echar las manos hacia atrás para soltar los lazos del corsé. Estaba claro quién se encargaba de las mujeres del duque. Sus doncellas se movieron con rapidez para soltarle los cierres y pronto el vestido de la duquesa estuvo doblado sobre la cama.

—Examínala como consideres más adecuado —le susurró la anciana a Leesha mientras las doncellas trabajaban—, A la muchacha la han hurgado y palpado más veces que a una puta de taberna.

Leesha sacudió la cabeza y sintió pena por la pobre chica, pero se inclinó y abrió

la bolsa de las hierbas sobre el tocador de la duquesa, de donde sacó una serie de botes e hisopos. Había esperado que le dieran aquella oportunidad y había preparado las medicinas apropiadas para la ocasión.

La joven duquesa permaneció dócil y silenciosa mientras la examinaba, pero el corazón le latía con fuerza en el pecho cuando Leesha comprobó su pulso. La muchacha tenía miedo de lo que podría ocurrirle si no podía concebir a un heredero, como las duquesas anteriores a ella. Leesha se preguntó si se le habría dado oportunidad de opinar sobre la unión, o como era común en todo Thesa, ésta habría sido arreglada por sus padres sin pensar en sus propios deseos.

Tomó una muestra de la orina de la duquesa y de sus fluidos vaginales, mezcló las pruebas con los productos químicos y esperó a que actuaran. Tanteó el útero de la muchacha e incluso deslizó un dedo dentro de su vagina para comprobar la cervix. Al final, sonrió a la duquesa.

—Todo parece en orden, Su Alteza. Gracias por su ayuda. Ya puede vestirse.

—Gracias, señorita —contestó ella—. Espero que averigüe qué es lo que no funciona.

—No creo que haya nada mal, señora, pero si hay algo que necesite arreglo, esté segura de que lo solucionaremos. —La duquesa sonrió débilmente y asintió. Parecía como si hubiera escuchado lo mismo de boca de una docena de Herboristas. No tenía motivos para pensar que Leesha pudiera ser diferente.

La muchacha regresó a su lugar al lado de la ventana y Leesha comprobó los resultados de las pruebas. La duquesa madre la siguió.

—A esta chica no le pasa nada. Es capaz de criar un ejército.

Araine le ofreció una malla llena de hierbas secas.

—Ésta es la tintura que la Herborista Real le da para la infusión de fertilidad.

Ella olisqueó el paquete.

—Es una mezcla común. No le hará daño pero podría hacer algo más fuerte... si eso sirviera para algo.

—Tú crees que el problema es de mi hijo.

Leesha se encogió de hombros.

—El siguiente paso lógico sería examinarle a él, Su Gracia.

La anciana resopló.

—Ese asno testarudo apenas dejó que una Herborista le mirara la garganta cuando cogió un refriado y estuvo a punto de echar las tripas fuera por culpa de la tos. Hay pocas posibilidades de que te deje manipular su hombría... —Miró a Leesha de arriba abajo y sonrió con ironía—... a menos que estés dispuesta a examinarlo tú misma y recoger tus muestras de la manera tradicional.

Leesha frunció el ceño y Araine se echó a reír.

—¡Ya pensaba yo que no! —cacareó—. ¡Haremos que lo haga la muchacha!

¿Para qué sirve si no una joven duquesa?

El ministro Janson permaneció con ellos cuando la duquesa madre se marchó con Leesha y Wonda. Sacó una delgada caja de roble, con un delicado lacado y se la ofreció a Rojer.

—Encontramos esto en la cámara de Arrick después de su marcha. Envié un mensaje al gremio de los Juglares para informar de que la guardaría en fideicomiso, pero tu maestro jamás se molestó en reclamarla. Lo confieso, me desconcertó. Arrick se llevó todo menos las plumas del colchón cuando se marchó, incluyendo algunas cosas que no eran precisamente tuyas, pero esto lo dejó sobre una mesa, a la vista de cualquiera.

El Juglar cogió la caja y la abrió. Dentro, sobre un forro acolchado de terciopelo verde yacía un medallón de oro con una pesada cadena trenzada. En el medallón había grabado un relieve con unas lanzas cruzadas tras el escudo con las armas de Rhinebeck: una corona de hojas flotando sobre un trono cubierto de hiedra.

Recordaba lo suficiente de las lecciones de heráldica de Arrick para reconocer el medallón al instante: era la Real Medalla Angiersina al Valor, el más alto honor que concedía el duque. Rojer se la quedó mirando, asombrado. ¿Qué habría hecho Arrick para ganar un trofeo como ése, y por qué se lo había dejado allí? Más allá de su valor simbólico, la medalla en sí misma valía una fortuna. En una Angiers con permanente necesidad de metal, la cadena trenzada supondría una montaña de klats y el oro...

—Su Gracia le otorgó la medalla a Arrick por su valentía en la caída de Pontón —explicó Janson, como si leyera sus pensamientos—. Habría sido suficiente con que se hubiera puesto a salvo y regresado para informar al duque, pero se enfrentó a los abismales y también os rescató a vos, un chico de sólo tres veranos que no podía huir o escapar por sus propios medios... —Sacudió la cabeza.

Rojer sintió como si el ministro le hubiera dado una bofetada.

—No puedo imaginarme por qué se lo dejó aquí —dijo con voz hueca, tragándose el nudo de la garganta—. Gracias por mantenerlo a salvo. —Cerró la caja y la guardó en la bolsa multicolor que llevaba colgada del hombro.

—Bien —dijo Janson después de volverse hacia el Protegido, cuando vio que el Juglar no diría nada más—, si estáis preparado, señor Flinn, Su Gracia os espera para recibir a vuestra delegación.

—Pero Leesha... —comenzó el Juglar.

El ministro apretó los labios.

—A Su Gracia no le gusta recibir a mujeres en su salón del trono. Os aseguro que la señorita Leesha está en las mejores manos con la duquesa madre y sus señoras de compañía. La podéis informar sobre la audiencia cuando os despida Su Gracia.

El hombre tatuado frunció el ceño y trabó la mirada con el ministro. El hombrecillo pareció petrificarse bajo la dureza de aquellos ojos, pero no se retractó.

Sus ojos se movieron con nerviosismo hacia los guardias de la puerta.

—Muy bien —dijo al final—. Mostradme el camino.

Janson dejó escapar un suspiro de alivio y le hizo una venia.

—Seguidme por aquí, por favor.

*E*l duque Rhinebeck era alto para ser un angiersino, pero aún así era más bajo que la mayoría de la gente de Hoya del Liberador. Tenía una constitución gruesa, la de un hombre a mitad de sus cincuenta, con los músculos de la juventud tornándose ya en grasa. Llevaba puesto un jubón de color verde esmeralda, manchado de salsa, y unas medias de color marrón, ambas piezas de distinguida seda krasiana. En la cabeza, sobre el pelo grasiento de color castaño entreverado de gris, lucía la corona de madera lacada de Angiers, y anillos y gargantillas de oro milnés adornaban sus manos y cuello.

A la derecha del duque y en un estrado inferior se encontraba su hermano, el Príncipe de la Corona Mickael. Era casi tan mayor como el duque, aunque algo más robusto y vestía con igual finura, con el cabello sujeto por una diadema de oro. A la izquierda del duque se sentaba el Guía Pether, el hermano mediano de Rhinebeck. El Guía estaba aún más gordo que su hermano a pesar de la austeridad que implicaba su sencilla vestimenta de color marrón y la cabeza afeitada. A diferencia del material basto que usaban la mayoría de los Pastores, el del Guía estaba hecho de lana fina, atado a la cintura con un cinturón de seda amarilla.

El príncipe Thamos se quedó al pie del estrado con la coraza y las grebas lacadas con grafos. Llevaba la lanza preparada, como la Milicia Impasible de la puerta, aunque a Rojer y los otros los habían registrado y despojado de sus armas antes de entrar en el salón del trono. Aun así, flanqueado por Gared y el Protegido, el Juglar se sentía tan a salvo como si se encontrara en Hoya del Liberador bajo la brillante luz del sol.

—Su Gracia, el duque Rhinebeck Tercero —anunció Janson—, Guardián de la Fortaleza del Bosque, Portador de la Corona de Madera y Señor de todo Angiers. —Rojer dobló una rodilla, seguido por Gared. El Protegido, sin embargo, sólo inclinó la cabeza.

—Arrodillaros ante vuestro duque —rugió Thamos y señaló al hombre tatuado con la lanza.

Él sacudió negativamente la cabeza.

—No pretendo mostrar ninguna falta de respeto, Su Alteza, pero no soy angiersino.

—¿Qué tonterías son ésas? —protestó el príncipe Mickael—. Tú eres Flinn Cutter, de Hoya de Leñadores, nacido y criado en Angiers. ¿Es que Hoya ya no se

considera parte del ducado? —Thamos apretó la mano en torno a la lanza y la alzó ligeramente hacia ellos. El Juglar tragó saliva con dificultad, con la esperanza de que el Protegido supiera lo que estaba haciendo.

Él no pareció notar la amenaza y sacudió la cabeza de nuevo.

—No pretendía decir tal cosa, Su Alteza. Flinn Cutter fue sólo el nombre que se dio en la puerta por pura conveniencia. Mis disculpas por el engaño. —Y se inclinó de nuevo.

Janson, que se había retirado hacia un pequeño escritorio que había al lado del estrado, comenzó a garrapatear con furia.

—Tu acento es milnés —comentó el Guía Pether—, ¿Eres un deudo de Euchor, quizá?

—He pasado algún tiempo en Fuerte Miln, pero tampoco soy milnés —repuso él.

—Entonces di tu nombre y el de tu ciudad —indicó Thamos.

—Mi nombre sólo me incumbe a mí —replicó él— y no hay ciudad que considere mi hogar.

—¿Cómo te atreves?! —farfulló Thamos, mientras avanzaba con la lanza en ristre. El Protegido le miró con la expresión divertida que un hombre le dedicaría a un chico que le mostrara los puños. Rojer contuvo el aliento.

—¡Basta! —ladró Rhinebeck—, ¡Thamos, compórtate! —El príncipe Thamos frunció el ceño pero se retiró al pie del estrado desde donde lanzó una mirada furibunda al Protegido—. Guarda tus secretos por el momento —continuó el duque, con la mano alzada para evitar que nadie abundara en el tema. El príncipe Mickael dedicó una mirada iracunda a su hermano mayor, pero se sujetó la lengua—. A ti te recuerdo —dijo Rhinebeck a Rojer, como esperando relajar la tensión de la sala con el cambio de tema—. Eres Rojer Inn, el chico de Arrick Melodía, que pensó que mi burdel era un parque de juegos. —Se echó a reír—. Le llamaban Melodía porque decían que su voz hacía que a las mujeres se les endulzara la entropierna, ¿el aprendiz se ha convertido ahora en maestro?

—Sólo soy capaz de hechizar a los abismales con mi música, Su Gracia —replicó él con una reverencia y exhibió una sonrisa para esconder la ira tras una máscara juglaresca.

Rhinebeck se echó a reír y se palmeó las rodillas.

—¡Como si se pudiera engañar a un abismal como si fuera una ramera con serrín en la sesera! ¡Hay que admitir que tienes el sentido del humor de Arrick!

Lord Janson se aclaró la garganta.

—¿Sí, Janson? —preguntó el duque, tras volverse hacia su secretario.

—Los Enviados que han pasado por Hoya han informado de que el joven señor Inn realmente puede hechizar a los demonios con su música, Su Gracia.

Los ojos del duque se abrieron de par en par.

—¿De verdad?

El ministro asintió y Rhinebeck tosió para disimular su sorpresa. Después se volvió de nuevo hacia ellos y miró a Gared.

—¿Tú eres el capitán de los Leñadores? —le preguntó.

—So... sólo Gared, Su Señoría —tartamudeó el gigante—. Sí, dirijo a los Leñadores, pero no soy capitán, sólo se me da bien el hacha, supongo.

—No te subestimes, chico —replicó el duque—. Nadie alaba a un hombre que no se alaba a sí mismo. Si la mitad de lo que he oído de ti es verdad, yo mismo te daré un mando.

El gigante abrió la boca para replicar, pero quedó claro que no tenía idea de cuál era la respuesta apropiada, así que se limitó a hacer una reverencia, tan pronunciada que Rojer pensó que se iba a golpear la barbilla con el suelo.

*L*eesha sorbió su té mientras alzaba la vista por encima del borde de la taza para observar a la duquesa madre, que le devolvió la mirada con la misma serena franqueza. Las criadas de Araine habían colocado un bruñido servicio de té en la mesa que había entre ambas, junto con pastas y canapés, antes de desaparecer. Al lado de la bandeja había una campana de plata para llamarlas cuando fuera necesario.

Wonda estaba sentada con rigidez, intentando que la duquesa madre no se fijara en ella, como si estuviera bajo la Capa de Invisibilidad frente a los abismales. Se quedó mirando la bandeja de bocadillos con ansia, pero parecía aterrorizada de coger uno por si eso atraía la atención hacia sí misma.

La duquesa madre se volvió hacia ella.

—Niña, si te vas a vestir como un hombre y a llevar lanza como ellos, deja de actuar como si fueras una joven a la que ha venido a cortejar su primer pretendiente. Come. Estos bocadillos no están aquí de muestra.

—Lo siento, Su Gracia —dijo Wonda con una torpe inclinación. Cogió un puñado de canapés y se los metió en la boca, sin hacer uso de la servilleta y el plato. Araine puso los ojos en blanco, pero parecía más divertida que irritada.

Luego se volvió hacia Leesha.

—En lo que a ti se refiere, veo las preguntas en tu rostro, así que será mejor que empieces, porque no me voy a hacer más joven mientras esperamos.

—Sólo estoy... sorprendida, Su Gracia. No sois lo que esperaba.

Araine se echó a reír.

—¿Por qué? ¿Por mi actuación de frágil anciana ante los hombres? Por el Creador, niña, Bruna decía que eras rápida, pero tengo mis dudas si no has sido capaz de darte cuenta de eso.

—No me dejaré engañar de nuevo, os lo aseguro —repuso la muchacha—, pero

os confieso que no acabo de verle el sentido a toda esa actuación. Bruna nunca simuló ser...

—¿Una vieja chocha? —preguntó la anciana con una sonrisa mientras seleccionaba un delicado canapé de la bandeja, lo mojaba ligeramente en el té y se lo comía en dos pequeños bocados. Wonda intentó imitarla, pero sumergió la comida demasiado rato en la bebida y la mitad se le cayó dentro. Araine resopló cuando la chica se embutió la bebida y la comida en la boca de una sola vez.

—Como digáis, Su Gracia.

La duquesa la miró por encima del hombro de ese modo lleno de reproche que era habitual en ella. A Leesha le recordó a la mirada de lord Janson y se preguntó si el primer ministro la habría aprendido de su señora.

—Es necesario —repuso ella—, porque los hombres suelen endurecer su actitud ante una mujer lista, pero ante una zopenca tienden a volverse blandos como fruta madura. Cuando vivas unas cuantas décadas más comprenderás lo que quiero decir.

—Recordaré eso cuando me encuentre en la audiencia ante Su Gracia.

Araine bufó.

—No pierdas el paso en el baile, chica. Ésta es la audiencia. Lo que esté pasando en el salón del trono es un espectáculo. A pesar de lo que piensen mis hijos, no dirigen esta ciudad más de lo que Smitt manda en Hoya.

Leesha se atragantó con una pasta y casi escupió el té. Miró atónita a la anciana.

—Sin embargo, habéis hecho muy mal en no venir con el señor Smitt. —Araine chasqueó la lengua—. Bruna odiaba la política, pero debería haberte enseñado sus rudimentos, porque ella los conocía bien. Mis chicos siguen la estela de su padre y no consideran que las mujeres sean de mucho valor en la corte, a no ser que sea para poner comida en sus mesas o arrodillándose debajo de ellas. Naturalmente han asumido que tu señor Flinn, si es que ése es su nombre, es el que dirige el baile ahora y le concederán a ese mono de Gared y al chaval de Arrick más respeto que a ti.

—El Protegido no puede hablar en nombre de Hoya. Ni los otros.

—¿Crees que no lo sé, niña? Sólo he tenido que echarles una ojeada para darme cuenta. Pero eso no cambia nada. Ya se han tomado todas las decisiones.

—¿Disculpad? —preguntó ella, confusa.

—Anoche, después de leer su informe, le di las instrucciones a Janson y las está poniendo en marcha en estos momentos. Salvo que alguno de esos pavos reales comience una lucha de verdad mientras se enseñan sus plumas en el salón del trono, el resultado de la «audiencia» será éste:

«Regresaréis a Hoya hasta que llegue un equipo de mis mejores Protectores para estudiar los grafos de combate. Antes del invierno, quiero que todos los Protectores de Angiers se pongan a grabar armas para que hasta el último de los cazadores de poca monta que pueda coger un arco tenga una aljaba con flechas protegidas; también

habrá lanzas protegidas baratas en todos los puestos de las calles. Thamos y la Milicia Impasible acompañarán a los Protectores —continuó Araine—, tanto para vuestra protección como para que tus Leñadores puedan entrenarlos en la caza de demonios.

Leesha asintió.

—Por supuesto, Su Gracia. —La anciana sonrió con paciencia ante la interrupción, y ella se dio cuenta de que, por lo que respectaba a la duquesa madre, aquello eran órdenes reales y no temas a debatir.

—Los Pastores del Creador están inquietos por culpa de tu amigo pintado —siguió Araine—. La mitad de ellos creen que es el Liberador y la otra mitad que es peor que la madre de todos los demonios. Ninguna de las dos partes parece confiar en vuestro joven Pastor Jona, aunque creo que él se inclina hacia el primer grupo. Quieren interrogarlo. He intercambiado misivas con mis consejeros del Concejo de Pastores y hemos acordado que el Pastor Hayes lo sustituirá para atender a los fieles de Hoya mientras él viene aquí para dar testimonio ante el concejo. Hayes es un buen hombre, y no le ciega el fanatismo ni es idiota. El evaluará las creencias de los hoyenses sobre el Protegido mientras el concejo evalúa las de Jona.

La muchacha se aclaró la garganta.

—Con perdón, Su Gracia, pero Hoya es una ciudad con docenas de Pastores. La gente confía en Jona para que les guíe porque él se ha ganado la confianza de todos a lo largo de muchos años. No seguirán a cualquier hombre simplemente porque lleve un hábito marrón y no se tomarán bien la idea de que convoquéis a Jona para interrogarlo.

—Si Jona es leal a su orden vendrá de buena gana para aclarar cualquier duda —repuso Araine—, si no es así... bueno, desearía saber hacia dónde se inclina su lealtad, igual que el concejo.

—¿Y si el interrogatorio del concejo no termina de forma favorable?

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que los Pastores quemaron a un hereje, pero espero que aún sepan cómo hacerlo.

—Entonces el Pastor Jona no vendrá —afirmó Leesha y dejó la taza sobre la mesa para enfrentarse a los ojos de la duquesa madre—, a menos que queráis probar a vuestra Milicia Impasible ante hombres que cortan árboles durante el día y demonios del bosque por la noche.

Araine alzó las cejas y las aletas de su nariz se dilataron. Pero recuperó la serenidad en seguida, tan rápido que ella pensó que a lo mejor se había imaginado aquel relámpago de irritación. La duquesa se volvió hacia Wonda.

—¿Eso es verdad, niña? —le preguntó—. ¿Tomaríais las armas contra vuestro duque si los milicianos fueran a por vuestro Pastor?

—Yo lucharé contra quienes Leesha me diga que lo haga —repuso la mujer, tras levantarse y erguirse en toda su estatura por primera vez desde que se habían

encontrado con la diminuta duquesa madre.

A sus quince veranos, Wonda Cutter era más alta que la mayoría de los hombres en Hoya del Liberador, que a su vez eran conocidos por ser los más altos del ducado. Pero la anciana parecía más divertida que acobardada. Araine asintió como para ordenarle que descansara y miró a Leesha, mientras daba golpecitos con la uña sobre la delicada taza.

—Muy bien —dijo al final—. Responderé personalmente de la seguridad del Pastor Jona y de su regreso a Hoya, aunque vuelva despojado de sus hábitos.

—Es usted muy comprensiva, Su Gracia —respondió ella, con una inclinación para mostrar su aceptación de los términos del acuerdo.

Araine sonrió y elevó la taza de té.

—Después de todo, puede que sí seas la heredera de Bruna.

La muchacha sonrió y ambas bebieron.

—El Protegido —anunció la duquesa después de un momento— irá solo a Miln para contar su historia sobre los krasianos a Euchor y comunicar nuestra petición de ayuda.

—¿Por qué el Protegido y no vuestro heraldo?

Araine resopló.

—¿El sobrino de Janson? Euchor se comerá a ese mequetrefe vivo. Por si no lo sabes, Euchor y mi hijo se desprecian el uno al otro.

Leesha se la quedó mirando, pero la duquesa evitó su mirada.

—No intentes inmiscuirte en esas cuestiones de Estado, hija. El trono de la hiedra y el de metal han estado enfrentados desde antes de que sus actuales ocupantes pusieran sus gordos culos en ellos y seguirán así mucho después de que se hayan ido. Es la manera que tienen los hombres de enfrentarse a sus rivales.

—Pero eso no explica por qué debe ser el Protegido el que vaya y no un Enviado Real —replicó Leesha—. Os aseguro que aunque acceda a ir, y convencerle no va a ser tan fácil como creéis, irá con sus propias condiciones, no con las vuestras.

—Sé que lo hará y por eso es precisamente por lo que quiero a ese hombre tan lejos de mi ciudad como sea posible. Aunque no sea consciente de ello, su mera presencia incita a la gente al fanatismo y un Estado no debería regirse de ese modo. Dejemos que cause el mismo revuelo en Miln; Euchor estará de acuerdo en lo que le propongamos con tal de sacárselo de encima.

—¿Y qué es, exactamente, lo que le propondremos? —preguntó la muchacha con cierta ironía en el tono.

Araine la miró fijamente y Leesha no supo decir si su audacia la había irritado o, por el contrario, le había resultado divertida.

—Una alianza contra los krasianos, por supuesto —repuso al final la duquesa madre—. Una cosa es pelearse por unos carros de madera o minerales y otra muy

distinta que los perros ovejeros se muerdan unos a otros mientras los lobos andan sueltos por el corral.

Leesha quiso replicar a la mujer, pero lo cierto era que estaba de acuerdo con ella. No deseaba que Arlen se fuera porque se sentía segura cuando él estaba cerca. Pero por otro lado, últimamente también había una parte de sí misma que encontraba su presencia... sofocante. Justo como él mismo había temido, los hoyenses y los refugiados le miraban esperando que él los salvara, en vez de actuar para salvarse por ellos mismos. ¿Y acaso no estaba ella haciendo lo mismo? Quizá que se fuera durante un tiempo sería lo mejor para todos.

Como Leesha no respondió, Araine asintió y regresó a su té.

—Aún no sé qué voy a hacer con el chico de Arrick. Hay que estudiar con detenimiento esa magia suya con el violín, pero aún no he tomado ninguna decisión al respecto.

—No es magia, o al menos no como la conocemos. Es sólo que... hechiza a los abismales, como un Juglar cuando juega con el estado de ánimo de una multitud. Es una habilidad útil, pero sólo funciona mientras toca y hasta ahora no ha sido capaz de enseñar a otros a hacer lo mismo.

—Sería un buen heraldo —caviló la duquesa—. Desde luego mejor que el patán del sobrino de Janson, aunque eso no sería ningún mérito.

—Yo preferiría que Rojer se quedara conmigo, Su Gracia.

—¡Ajá! ¿De verdad? —preguntó la mujer, divertida. Alargó la mano por encima de la mesa y le pellizó la mejilla—. Niña, me gustas. No te da miedo decir lo que piensas. —Se retrepó en el asiento y miró a la muchacha un momento, tras lo cual se encogió de hombros y se incorporó para llenar de nuevo las tazas—. Me siento generosa. Quédatelo. Bien, en cuanto al asunto del Liberador...

—El Protegido no proclama ser el Liberador, Su Gracia —aseveró ella—. ¡Por la Noche! Pero si está dispuesto a arrancarle la cabeza a quien lo sugiera.

—A pesar de lo que él piensa, la gente lo cree, como evidencia el cambio repentino del nombre de tu aldea... sin el permiso real, debo añadir.

Leesha se encogió de hombros.

—Eso fue decisión del concejo y no mía.

—Pero tú no te opusiste —señaló Araine—. ¿Tú lo crees? —le preguntó después buscando sus ojos—. ¿Es él el Liberador reencarnado?

La Herborista observó a la duquesa un momento antes de responder.

—No —afirmó después. Wonda dejó escapar un sonoro jadeo y ella frunció el ceño.

—Creo que tu guardaespaldas no está de acuerdo —apuntó la duquesa.

—No me corresponde decirle a la gente lo que debe creer o no —aclaró ella.

Araine asintió.

—Así es. Ni tampoco le corresponde al concejo de tu pueblo. Janson ya ha redactado una condena real por el cambio de nombre. Si vuestro concejo es listo, pintarán los letreros de nuevo a toda prisa.

—Les informaré de ello, Su Gracia —dijo Leesha y Araine entrecerró los ojos ante la vaguedad de la respuesta, pero no dijo nada—. ¿Y los refugiados? —preguntó la chica a continuación.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Los acogeréis?

La duquesa madre resopló.

—¿Y dónde los acomodamos? ¿Con qué los alimentamos? Usa la cabeza, chica. Angiers los acepta, pero el fuerte no puede acoger a tanta gente. Les permitiremos que se queden en aldeas como la vuestra. Los Protectores y los soldados que enviaremos a Hoya les mostraran el completo apoyo del duque a nuestros vecinos en estos tiempos de necesidad y perdonaremos los envíos de madera que Hoya debía haber hecho.

Leesha frunció los labios.

—Necesitamos mucho más que eso, Su Gracia. Están compartiendo una manta entre tres y los niños van vestidos con harapos. Si no tenéis comida que enviar, al menos, enviad ropas o lana del Valle del Pastor para que nosotros la confeccionemos. Ahora es la temporada de la esquila, ¿no?

Araine pensó durante un momento.

—Enviaré unos cuantos carros de lana cruda y cien cabezas de ovejas también.

—Doscientas, al menos la mitad en edad de cría y cien vacas de leche.

La anciana frunció el ceño, pero asintió.

—Hecho.

—Y semillas de Tocón del Granjero y Bosque Cerrado —añadió la chica—. Es la estación de la siembra y tenemos que roturar las tierras y plantar una cosecha completa, si tienen suficientes semillas.

—Eso es en interés de todos. Tendréis todas las que podamos cederos.

—¿Cómo sabéis que los hombres estarán de acuerdo en todo esto?

Araine soltó aquella risa suya tan parecida a un cacareo.

—Mis hijos no podrían ni atarse los zapatos sin Janson y Janson responde ante mí. No sólo decidirán lo que él les aconseje, sino que se irán a la tumba pensando que todo esto fue idea suya.

Leesha no parecía muy convencida, pero la duquesa madre se encogió de hombros.

—Ya lo escucharás por ti misma cuando tus hombres vengan y te cuenten lo que han «negociado». Pero hasta ese momento, tomemos nuestro té.

—¿**P**ara qué habéis comparecido ante el trono de hiedra? —preguntó Rhinebeck.

—El avance de los krasianos supone una amenaza para todos —informó el Protegido—. Los refugiados vienen en tropel desde el campo y las aldeas no pueden darles asilo a todos, y cuando se dirijan a Lakton...

—Eso es ridículo —le cortó el príncipe Mickael—. Y para empezar, muestra tu rostro cuando te dirijas al duque.

—Mis disculpas, Alteza —dijo el hombre tatuado con una ligera inclinación. Se echó la capucha hacia atrás y los grafos parecieron deslizarse por su piel como seres vivos a la luz que entraba por las ventanas. Thamos y Janson, que ya lo habían visto antes, mantuvieron la compostura, pero los otros príncipes no pudieron ocultar su sorpresa.

—Por el Creador —susurró Pether, a la vez que dibujaba un grafo en el aire delante de él.

—Ya que parece no tener nombre, supongo que querrás que te llamemos Señor de los Grafos... —sugirió Mickael, que había convertido la expresión de sorpresa de su rostro en una mueca de desprecio.

El Protegido sacudió la cabeza y sonrió con languidez.

—Soy un campesino como otro cualquiera, Alteza. No soy señor de nada.

Mickael resopló.

—Sea cual sea tu origen, encuentro difícil de creer que un hombre que se hace llamar Liberador no piense en sí mismo como señor de algo o al menos proclame ser de sangre real. ¿O es que crees estar por encima de esas cosas?

—Yo no soy el Liberador, Alteza —replicó él—. Y nunca he pedido que me llamaran así.

—Pues no es eso lo que cree el Pastor de Hoya de Leñadores, según sus propios informes —apuntó el Guía Pether, mientras agitaba un pliego de papeles en el aire.

—Él no es mi Pastor —repuso el hombre tatuado, con el ceño fruncido—. Puede pensar lo que quiera.

—En realidad, no puede —le interrumpió Janson—, porque representa a los Pastores del Creador de Angiers y, por tanto, debe lealtad a Su Gracia el Guía y al Concejo de Pastores. Si está predicando una herejía...

—Ése es un punto importante, Janson —afirmó Pether—. Tendremos que investigarlo.

—Quizá querríais que reunamos al Concejo de Pastores e interroguemos al Pastor Jona, Su Gracia—sugirió Janson.

—Hermano —intervino Mickael y miró a Rhinebeck—, deberías llevar a cabo un interrogatorio de inmediato. —Pether asintió.

—Vuestro mentor, el Pastor Hayes, estaría preparado para reemplazarle en Hoya

y atender a los refugiados, Su Gracia —continuó Janson—, Ya ha convivido con los pobres y es leal al trono de hiedra. Quizá podría convencer al concejo para que le envíe...

—¿Convencerles?! —estalló Pether—. Janson, ¡soy su Guía! ¡Les ordenarás que hagan venir al Pastor Hayes!

Janson hizo una reverencia.

—Cómo ordenéis, Su Gracia.

—En cuanto a ti —continuó el clérigo, con la vista clavada en el Protegido—. ¿Por qué los hoyenses cambiaron el nombre de la aldea a Hoya del Liberador si no tienes allí ninguna influencia?

—Yo no quise tal cosa. Lo hicieron en contra de mi voluntad.

—Guárdate esa historia para un bar de beodos —se burló Mickael—. Claro que querías que pusieran tu nombre a la aldea.

—¿Con qué fin, Alteza? —inquirió el hombre tatuado—. Sólo serviría para apoyar una idea que quiero erradicar.

—Si eso es así, no tendréis inconveniente si Su Gracia envía al concejo del pueblo un decreto real ordenando que se vuelva al nombre original —apuntó Janson.

El Protegido se encogió de hombros.

Rhinebeck asintió.

—Hazlo.

—Como deseéis, Su Gracia.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —espetó el príncipe Thamos, con un golpe de la lanza en el suelo. Luego miró al Protegido—. Probé tus grafos. Yo mismo maté un demonio del bosque con esa flecha. Quiero más. Y todos los otros grafos de combate que hayas desarrollado, junto con el entrenamiento adecuado para mis hombres. ¿Qué quieres a cambio?

—No importa lo que él quiera —dijo el duque—. Los hoyenses son mis súbditos y no pagaré por lo que le deben al trono de hiedra a cambio de nada.

—Como ya le dije al príncipe Thamos y a lord Janson, Su Gracia, los abismales son nuestro enemigo. No negaré armas protegidas a todos aquellos que las quieran.

Rhinebeck gruñó pero los ojos de Thamos adquirieron un nuevo brillo.

—Puedo consultar con el Gremio de los Protectores para seleccionar a unos cuantos y enviarlos a Hoya, si Su Gracia lo desea —sugirió el ministro de nuevo—. Quizá sería conveniente que los acompañase un contingente de la Milicia Impasible para protegerlos...

—Los conduciré yo personalmente, hermano —anunció el príncipe Thamos al duque.

Rhinebeck asintió.

—Muy bien.

—¿Y qué pasará con los refugiados de Rizón? —preguntó el hombre tatuado—. ¿Los acogeréis aquí?

—Mi ciudad no tiene sitio para miles de refugiados —aclaró el duque—. Que reciban asilo en las aldeas. Les podemos ofrecer... ¿cómo era aquello, Janson?

—Asilo real —explicó el aludido—, y la protección de la Corona a todos aquellos que hagan un juramento de lealtad a Angiers. —Rhinebeck asintió.

El Protegido se inclinó.

—Eso es muy generoso, Su Gracia, pero esa gente está hambrienta y no tiene dinero, necesitan bienes básicos para sobrevivir. Seguramente, en vuestra gran misericordia, podéis ofrecer algo más que eso.

—Es cierto, muy bien —indicó el duque—. No soy tan cruel. Janson, ¿de qué modo podemos ayudarles?

—Bueno, Su Gracia —comenzó Janson mientras pasaba el dedo por un libro de registro—, podemos perdonarles a los hoyenses los envíos de madera que no hicieron, aunque con ello cometieron un delito, claro...

—Por supuesto —repitió el duque.

—Y mientras estén en Hoya, nuestros Protectores Reales pueden ofrecer su protección a los refugiados durante la noche —continuó Janson—, al igual que los soldados de la Milicia Impasible.

—Claro, claro.

El ministro frunció los labios.

—Por favor, permitidme que examine esto con más detenimiento, Su Gracia, y le presentaré una lista detallada de los recursos que están disponibles.

—Ponte a ello —ordenó el duque.

Janson hizo una reverencia.

—Como ordenéis.

—¿Y qué pasa con el avance krasiano? —preguntó el Protegido.

—No veo evidencia alguna de que los krasianos se dispongan a avanzar, aparte de tus afirmaciones —comentó el duque.

—Lo harán —aseguró el hombre tatuado—. Su Evejah así lo ordena.

—Sabes mucho sobre las ratas del desierto y su religión pagana —intervino Pether—. Lord Janson dice que incluso conviviste con ellos durante un tiempo.

El hombre tatuado asintió.

—Así es, Su Gracia.

—Entonces, ¿cómo podemos estar seguros de a quién eres leal? Por todo lo que sabemos, tú mismo podrías ser un converso evejano engendrado por el Abismo. ¡Por la Noche!, si ni siquiera nos has dicho quién eres y de dónde vienes, ¿cómo podemos saber nosotros si tú mismo no eres otra cosa que un krasiano escondido bajo todos esos grafos?

Gared rugió, pero el Protegido alzó un dedo y el gigante guardó silencio.

—Os lo aseguro, ése no es el caso. Mi lealtad está con Thesa.

Rhinebeck sonrió.

—Pruébalo.

El hombre tatuado inclinó la cabeza hacia un lado con curiosidad.

—¿Y cómo podría hacer eso, Su Gracia?

—Mi heraldo está en las aldeas y de todos modos no podría viajar tan rápido como tú. Ve a Fuerte Miln y habla con el duque Euchar. Invoca el Pacto.

—¿El Pacto, Su Gracia? —inquirió el Protegido. Rhinebeck miró a Janson, que se aclaró la garganta.

—El Pacto de las Ciudades Libres —explicó el ministro—. En el año cero, después de que se construyeran las primeras murallas protegidas y algo de paz llegara al fin a las tierras devastadas, los duques supervivientes de Thesa firmaron un pacto de no agresión mutua que se llamó el Pacto de las Ciudades Libres. En él se reconocía la muerte del rey de Thesa y el final de su linaje y se aceptaba la soberanía de cada uno sobre sus correspondientes territorios. El Pacto condena la toma de territorio a la fuerza y promete la unidad de todas las ciudades frente a todos aquellos que violen sus límites.

—¿Firmaron los krasianos ese Pacto?

Janson sacudió la cabeza.

—Krasia no era parte de Thesa y jamás se adscribió al Pacto. De todas formas —alzó una mano para impedir cualquier intervención mientras se ponía las gafas en la punta de la nariz y levantaba un viejo pergamino—, las palabras exactas del Pacto son las siguientes: «Si el territorio o la soberanía de algún ducado se viera amenazada por designio humano, será la obligación de todos los firmantes y su posteridad, interceder por la unidad en beneficio de la parte amenazada». —Janson dejó el pergamino en la mesa—. El Pacto se redactó así para poner fuera de la ley a aquellos que provocaran la guerra entre los hombres, pues tras los estragos del Retorno, quedamos muy pocos de nosotros. Además, aún es vinculante, con independencia de que el líder krasiano lo firmara.

—¿Creéis que el duque Euchar lo verá del mismo modo? —preguntó el Protegido a Janson.

—¿La audiencia se la has pedido a mi secretario o a mí? —protestó Rhinebeck en voz alta, con lo que atrajo todas las miradas sobre él. Rojer vio que el duque tenía el rostro enrojecido y estaba tan enfadado como la noche en que le pilló a él a los siete años durmiendo en la misma cama que una de sus putas favoritas.

El Protegido le hizo una venia.

—Mis disculpas, Su Gracia. No pretendía ofenderos.

Rhinebeck parecía algo más calmado por la respuesta del Protegido pero aún así

respondió de forma brusca.

—Euchor intentará encontrar un camino para librarse del Pacto como un abismal busca un hueco entre los grafos, pero sin su apoyo Angiers no puede permitirse atacar a la hueste de los krasianos.

—¿Y violaréis vos mismo el Pacto? —preguntó el Protegido.

—«Interceder por la unidad», dice el Pacto —gruñó el duque—. ¿He de enfrentarme yo a las ratas del desierto solo, para que Euchor caiga sobre mí y destruya ambos ejércitos cuando nos hayamos debilitado, para declararse rey?

El Protegido se quedó en silencio un largo rato.

—¿Por qué yo, Su Gracia?

Rhinebeck resopló.

—No seas modesto. Todos los juglares de Thesa cantan tus hazañas. Si tu llegada causa la mitad de jaleo en Miln que en Angiers, Euchor no tendrá más alternativa que adherirse al Pacto, especialmente si le endulzas la petición con tus grafos de combate.

—No negociaré con ellos para obtener un beneficio político —replicó el Protegido.

—Claro que no —repuso él, sonriendo—, pero eso Euchor no tiene por qué saberlo, ¿no?

Roger se acercó al hombre tatuado. Como hábil ventrílocuo que era, podía gritar o susurrar sin apenas mover los labios, o podía hacer que el sonido pareciera provenir de otro sitio.

—Sólo está intentando librarse de ti —le avisó, de modo que los demás no pudieran oírle o advertir que lo hacía.

Pero si el Protegido lo oyó, no dio señal de ello.

—Muy bien, lo haré. Necesito el sello ducal, Su Gracia, para que el duque Euchor sepa que el mensaje es auténtico.

—Tendrás lo que quieras —prometió Rhinebeck.

—Su Gracia —dijo la dama de compañía—, lord Janson me ha pedido que os informe de que la audiencia del duque con la delegación de Hoya de Leñadores ha llegado a su fin.

—Gracias, Erna —repuso Araine, sin molestarse en preguntar cómo habían ido las cosas—. Por favor, informa a lord Janson de que nos encontraremos en la antesala cuando terminemos nuestro té. —La mujer hizo una reverencia y desapareció. Wonda se bebió el té que le quedaba de un trago y se puso en pie.

—No hay necesidad de apresurarse, jovencita —le dijo la duquesa—. Es bueno que los hombres esperen a las mujeres. Así aprenden a ser pacientes.

—Sí, señora —respondió Wonda con una inclinación.

Después la duquesa madre se levantó a su vez.

—Vamos, niña, déjame que te eche un vistazo. —Wonda se acercó y Araine la

rodeó para examinar sus ropas gastadas y llenas de parches, y las cicatrices arrugadas en su feo rostro. Estrujó sus hombros y brazos como si fuera un carnicero comprobando la calidad del ganado—. Veo por qué has escogido vivir la vida de un hombre —comentó al fin—, visto que tu constitución es como la de uno. ¿No lamentas perderte una vida dedicada a la ropa y a ruborizarse ante los pretendientes? —Leesha se puso en pie, pero la duquesa madre alzó un dedo conminatorio por encima del hombro para que se quedase donde estaba y ella se mordió la lengua.

Wonda cambió el peso de un pie a otro, incómoda.

—No he dedicado mucho tiempo a pensar en eso.

Araine asintió.

—¿Y qué se siente, chica, al ir a la guerra con los hombres?

La arquera se encogió de hombros.

—Me gusta matar demonios. Ellos asesinaron a mi padre y a muchos de mis amigos. Al principio, algunos de los Leñadores nos trataron de forma diferente e intentaban protegernos cuando venían los demonios, pero hemos matado tantos como ellos y al poco tiempo los hombres se vieron en problemas por defender a las mujeres en vez de cuidar de ellos mismos, así que espabilaron pronto.

—Los hombres de aquí serían mucho peores —repuso la duquesa—. Tuve que abdicar cuando murió mi marido a pesar de que mi hijo mayor era idiota y sus hermanos poco mejores. El Creador no permita que una mujer se siente en el trono de hiedra. Siempre me he sentido un poco celosa del modo en que la vieja Bruna se imponía a los hombres sin tapujos, pero esas cosas aquí no se pueden hacer. —Le echó una nueva ojeada a Wonda y luego concedió—. Al menos, aún no. Mantén el tipo durante la noche por mí, niña. Hazlo por todas las mujeres de Angiers y nunca permitas que nadie, hombre o mujer, te haga agachar la cabeza.

—Así lo haré, Su Gracia —repuso Wonda, e hizo por fin una reverencia digna de tal nombre—. Lo juro por la luz del sol.

La anciana gruñó y se dio un golpecito en la barbilla con expresión pensativa. Luego, chasqueó los dedos, cogió la pequeña campana de plata que había en la mesa y la hizo sonar. Una de las damas de compañía apareció al instante.

—Llama a mi costurera inmediatamente —le ordenó y la mujer salió disparada; al poco apareció otra criada, asistida por una joven con un libro encuadernado en piel y una pluma para escribir.

—La chica —le dijo Araine señalando a Wonda—. Tómale medidas. De todo. —La costurera real asintió y sacó una serie de cuerdas con nudos para tomarle medidas, que anotó en el libro. Wonda permaneció en pie con una expresión incómoda mientras la mujer trabajaba y le movía los brazos de un lado para otro como si fuera una muñeca. Le puso las manos en sitios que la hicieron enrojecer. Las cicatrices blancas en su rostro destacaron más al colorearse sus mejillas.

La costurera se acercó a Araine y Leesha cuando terminó.

—Es todo un reto, Su Gracia —admitió— La chica es plana donde las mujeres deben tener curvas y ancha donde debería ser estrecha. Quizá pueda disimularlo con algunos volantes en el vestido para engañar al ojo y un abanico para ayudar a ocultar las cicatrices...

—¿Me has tomado por idiota? —la increpó Araine—. ¡Antes le pondría un vestido a Thamos que a esta chica!

La mujer palideció y se dobló en una profunda reverencia.

—Mis disculpas, Su Gracia. ¿Qué es lo que tenéis en mente?

—No lo sé todavía. Ya se me ocurrirá algo, estoy segura. Vete ahora. —La mujer asintió y salió con rapidez de la habitación con su ayudante a la zaga.

Araine se volvió a Leesha y ella y Wonda se prepararon para marcharse.

—Bruna y yo éramos grandes amigas, querida, algo que redundó en gran beneficio para las dos. Espero que tú y yo también lo seamos.

Leesha asintió.

—Yo también lo espero.

El maestro del gremio Cholls

Primavera del 333 d.R.

—¿*P*or qué te has mostrado de acuerdo en ir? —preguntó Rojer en voz baja al Protegido después de que Janson escoltara a los hombres de vuelta al salón de descanso y los dejara a solas hasta que regresaran Leesha y Wonda—. Rhinebeck sólo desea deshacerse de ti porque teme que sus propios súbditos decidan seguirte.

—Yo no deseo eso más que él —repuso el hombre—. No quiero que la gente empiece a pensar en mí como una especie de salvador. Además, tengo mis propias razones para visitar Miln y hacerlo con el sello de Rhinebeck es una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar.

—Vas a darle tus grafos de combate —comprendió el Juglar.

El Protegido asintió.

—Entre otras cosas.

—De acuerdo. ¿Cuándo nos vamos?

El hombre se le quedó mirando.

—Aquí no hay ningún «nosotros», Rojer. Voy a Miln solo. Viajaré más rápido por la noche y tú me retrasarías. Además, tienes aprendices a los que enseñar.

—¿Y cómo lo hago? Sea lo que sea lo que les hago a los abismales, no es algo que se pueda enseñar.

—Demonios —le increpó el Protegido—, eso no lo sabes. Sólo llevas entrenándoles unos cuantos meses. Necesitamos a esos magos violinistas, Rojer. Tienes que encontrar la manera de que estén preparados. —Apoyó las manos en los hombros del joven y le miró a los ojos de modo que él vio la voluntad sin límites que ardía en su interior y más aún, la confianza que había puesto en él—. Puedes hacerlo —le dijo y luego le dio un apretón. Se volvió, pero esa mirada quedó tan clavada en él, que sintió como si parte de aquella voluntad hubiera arraigado en su interior. Él era el único que podía entrenar a los aprendices. Todo lo que necesitaba era superar el miedo e ir a por ello.

Gared se dirigió hacia el Protegido y puso una rodilla en el suelo.

—Déjame ir contigo —le suplicó—. No me da miedo cabalgar por la noche y no te estorbaré.

—Levántate —le espetó el hombre tatuado y le dio una patada en la rodilla doblada. El gigantesco Leñador se puso en pie con rapidez, pero mantuvo los ojos

bajos. El Protegido le puso una mano sobre el hombro.

»Tú no me estorbarías, Gared, pero tampoco vas a venir conmigo. Voy a ir solo a Miln.

—Pero necesitas que alguien te proteja. El mundo te necesita.

—El mundo necesita hombres como tú más que gente como yo y además no quiero ningún guardaespaldas. Tengo otra tarea en mente para ti.

—Lo que sea —prometió él.

—Yo no necesito un guardaespaldas, pero Rojer sí. —El Juglar le dedicó una mirada furiosa, pero el Protegido lo ignoró—. Wonda escolta a Leesha y a mí me gustaría que vigilaras a Rojer. La magia de su violín es única e irrepetible y podría volver las tornas si pudiéramos controlarla.

El gigante hizo una profunda reverencia y la luz del sol que entraba por la ventana cayó directamente sobre él.

—Lo juro por la luz del sol. —Miró en dirección a Rojer—. No le quitaré el ojo de encima.

El Juglar miró al gigantesco e impredecible Leñador con no poca aprensión, indeciso entre si debía sentirse consolado o aterrorizado.

—Espero que al menos me dejes usar el excusado a solas.

Gared se echó a reír y le dio una buena palmada en la espalda, que le cortó la respiración y casi lo estrelló contra el suelo.

—**M**e marchó a Miln antes de que atranquen esta noche la puerta norte —le dijo el Protegido a Leesha cuando regresaban en el coche al dispensario de Jizell, una vez la recogieron tras su audiencia con el duque que había transcurrido exactamente como la duquesa madre había predicho—. De hecho, quiero irme tan pronto como Rondador esté preparado para el viaje.

Leesha había dado instrucciones a Wonda para que mantuviera un rostro inexpresivo en el caso de que los hombres confirmaran las palabras de Araine. La chica lo estaba haciendo muy bien, pero ella misma tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la sonrisa que pugnaba por aflorar a su rostro.

—¿Ah, sí?

—Rhinebeck quiere que vaya como su agente ante el duque Euchor para pedirle ayuda para expulsar a los krasianos de Thesa —le explicó él.

Leesha intentó asentir con convicción, sobrecogida por el poder de la duquesa madre. ¡Cuánto habría dado por doblegar a los hombres a su voluntad sin que ellos se dieran cuenta!

El Protegido la miró expectante.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿No protestas por que me vaya? —Parecía desconcertado—. ¿No vas a insistir en acompañarme?

Leesha resopló.

—Tengo asuntos que resolver en Hoya —le dijo a la vez que rehuía su mirada—, y siempre has dicho que querías llevar los grafos de combate a todas las ciudades y aldeas. Es lo mejor.

El Protegido asintió.

—Yo también lo veo así.

No añadieron nada más durante el resto del viaje. Cuando llegaron al dispensario, las aprendizas estaban recogiendo las sábanas tendidas.

—Gared, por favor, ayuda a las chicas a recoger la ropa —le pidió cuando todos se hubieron apeado del coche. Él asintió y se fue—. Wonda, el Protegido necesita munición para el viaje hacia el norte; por favor, prepara un carcaj de flechas protegidas.

—Sí, señora —repuso la mujer, hizo una venia y se marchó a su vez.

—Cinco minutos en la corte y todo el mundo anda haciéndose reverencias —masculló el Juglar entre dientes.

—Rojer, ¿te importaría decirle a la señorita Jizell que le pida a las chicas que empaqueten comida para llenar las alforjas?

Rojer los miró y frunció el ceño.

—Quizá sería mejor que me quedara a hacer de carabina.

Leesha le dedicó una mirada fulminante, tal que Rojer hizo un floreo con la mano cargado de ironía y también se fue. Ambos se dirigieron a los establos donde el Protegido cogió la montura y la coraza protegidas del semental.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? —le pidió Leesha.

—No habría vivido tanto tiempo si no lo hubiera tenido —replicó él.

—Llevas razón, pero no me refería sólo a los abismales. El duque Euchor tiene reputación de ser... más duro que Rhinebeck.

—¿Te refieres a que no se deja llevar de la oreja por sus consejeros? —preguntó él—. Lo sé. Ya lo conozco.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Hay algún sitio donde no hayas estado?

—Más allá de la cordillera oriental —le respondió el hombre con un encogimiento de hombros—. Tampoco he atravesado el bosque occidental y no he visitado el territorio que hay desde el desierto de Krasia a la costa. Pero algún día iré, si puedo.

—Si el Creador lo quiere, a mí también me gustaría.

—Nada te impide, ni a ti ni a nadie, ir allá donde quieras —respondió él y levantó la mano tatuada.

«Quiero decir contigo», hubiera deseado añadir Leesha, pero se tragó las palabras. Las suyas lo dejaban todo claro. Ella era su Rojer. No tenía sentido pretender que las cosas eran de otra manera.

El Protegido le ofreció su mano.

—Ten cuidado tú también, Leesha.

Ella apartó su mano y le dio un abrazo.

—Adiós.

Una hora más tarde, él galopaba rumbo norte y aunque los ojos de la muchacha se habían humedecido, se sentía como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

*L*eesha regresó a su rutina de cuando vivía en el dispensario: daba clase a las aprendizas y hacía guardia mientras Jizell atendía su correspondencia. Una parte de ella pensaba con ansiedad en los libros de protección que estaban en el morral en su habitación del piso superior, pero resistía la tentación de sumergirse en la sabiduría de Arlen, ya que sabía que una vez lo hiciera ya no podría pensar en nada más. El aprendizaje era tan adictivo para ella como el relámpago de magia que estallaba al matar a un abismal con el hacha protegida lo era para Gared. Así que durante unas horas, al menos, decidió refugiarse en el sencillo placer de mezclar hierbas y tratar los huesos rotos o los resfriados de los pacientes.

Cuando finalizaron los últimos turnos y las aprendizas se fueron a la cama, Leesha se preparó un té y se dirigió hacia la sala de estar de Jizell. A esa hora de la noche la habitación estaría vacía y aún caldeada por la chimenea, y podría trabajar en el pequeño escritorio que había allí. Leesha también tenía que ocuparse de la correspondencia que mantenía con Herboristas de todo el ducado, muchas de las cuales seguían sin conocer la noticia de la muerte de Bruna el año anterior. Al igual que trabajar con sus hierbas, mantener el contacto con viejos amigos era otra cosa que Leesha no había podido hacer desde que Rojer y ella se habían encontrado con el Protegido.

Cuando se acercó a la habitación, oyó el sonido inconfundible de cristales rotos. Al abrir la puerta se encontró al Juglar tras el escritorio de Jizell, con una garrafa de brandy delante. El fuego siseaba y las chispas estallaban junto a un montón de cristales rotos que había dentro de la chimenea.

—¿Estás intentando que arda todo el edificio? —gritó Leesha. La chica se arrancó una tira de tela de su delantal y se abalanzó para recoger el alcohol antes de que prendiera en llamas.

Rojer la ignoró y se llenó otro vaso.

—La señorita Jizell no se va a alegrar nada de que andes rompiendo sus vasos, Rojer —le recriminó.

El Juglar cogió la bolsa de colores que llevaba siempre consigo. Era vieja y estaba manchada, pero él la seguía llamando su «bolsa de las maravillas». La verdad era que solía meter la mano dentro y sacar cosas que dejaban boquiabiertos al público más escéptico.

Arrojó un puñado de antiguas monedas de oro del Protegido sobre el escritorio. Repiquetearon sobre la madera y la mitad cayó al suelo.

—Ahora se puede comprar cien más si quiere.

—Rojer, ¿qué te pasa? —le preguntó ella—. Si esto es porque te dije que te marcharas antes...

Él hizo un gesto desdeñoso con la mano y dio un trago al vaso. Leesha se dio cuenta de que estaba muy borracho.

—No me preocupa cómo os despidierais Arlen y tú en el establo.

Leesha le dedicó una mirada hostil.

—No pasó nada entre nosotros, si es eso lo que insinúas.

—Eso no es asunto mío —le respondió Rojer con un encogimiento de hombros.

—Entonces, ¿qué pasa? —le preguntó en voz baja, mientras se acercaba a él. Rojer la miró un momento, y después cogió de nuevo su bolsa de las maravillas, de donde sacó una pequeña caja de madera de la que extrajo una pesada medalla de oro.

—El ministro Janson me dio esto. Es la Medalla Real al Valor. El duque se la dio a Arrick por salvarme la noche que cayó Pontón. Y yo no lo supe nunca.

—Le echas de menos —repuso ella—. Pero eso es natural, él te salvó la vida.

—¡No lo hizo, por el Abismo! —gritó. Luego cogió la cadena y arrojó la medalla contra la pared al otro lado de la habitación, donde dio un golpe sordo y cayó al suelo con un tintineo.

Leesha lo sujetó por los hombros, pero los labios del chico se torcieron en una mueca furiosa y durante un momento ella pensó que le pegaría.

—Rojer, ¿qué pasó? —le preguntó en voz baja.

El se separó de ella y se volvió. Leesha pensó que no diría nada pero después, al cabo de un rato, comenzó a hablar.

—Antes pensaba que sólo era una pesadilla. —Su voz sonaba tensa y ahogada, como si se fuera a quebrar en cualquier momento—. Mi madre y yo estábamos bailando, mientras Arrick tocaba el violín. Mi padre y un Enviado, Geral, daban palmadas al ritmo. Era temporada baja y no había nadie esa noche en la posada. —Inhaló con fuerza y tragó saliva con dificultad—. Entonces se oyó un gran crujido, como si algo se hubiera estrellado contra la puerta. Recuerdo que mi padre había estado discutiendo esa mañana con maese Piter, el Protector, pero tanto él como Geral dijeron que no había de qué preocuparse. —Se echó a reír con amargura, y sorbió por la nariz—. Supongo que sí deberíamos habernos preocupado, porque cuando todos nos volvimos hacia el sonido, un demonio de las rocas entró a través de la puerta

destrozada.

—¡Oh, Rojer! —exclamó Leesha, con la mano en la boca, pero él no se volvió.

—Detrás del demonio de las rocas esperaban un montón de demonios del fuego, que se colaron entre sus patas y llegaron hasta el último rincón de la posada mientras él golpeaba el dintel y las jambas para hacerse sitio y poder entrar. Mi madre me cogió en brazos, salió corriendo y todo el mundo empezó a gritar a la vez, pero no recuerdo lo que decían salvo... —En ese momento a Rojer se le escapó un sollozo, y ella tuvo que luchar contra el deseo de acercarse a él, pero en seguida recuperó el control—. Geral arrojó su escudo protegido a Arrick y le dijo que nos cogiera a mi madre y a mí y nos llevara a un lugar seguro; luego él tomó su lanza y mi padre un atizador de hierro de la chimenea y los dos se volvieron para enfrentarse con los abismales. —El Juglar se quedó en silencio un buen rato; cuando habló de nuevo, sonó como un monólogo, sin emoción alguna—. Mi madre corrió hacia él pero Arrick la empujó a un lado, cogió su bolsa de las maravillas y huyó de la habitación. —Leesha soltó un jadeo y Rojer asintió—. No te engañó. Arrick sólo me ayudó porque mi madre me empujó al refugio con él, justo antes de que los demonios la alcanzaran, pero incluso entonces, intentó abandonarme. —Alargó la mano hacia la bolsa de las maravillas de Arrick y pasó los dedos por el ajado terciopelo y los parches de cuero raídos—. Por aquel entonces no estaba gastada ni descolorida. Arrick era el hombre del duque y su bolsa era nueva y reluciente como correspondía a un heraldo real. Y ésa es la verdad sobre el «valor» de Arrick —dijo entre los dientes apretados—. ¡Salvó una bolsa llena de juguetes! —Estrujó la bolsa entre los dedos de su mano buena, apretándola tanto que se le pusieron blancos los nudillos—. Una bolsa que yo llevo conmigo a todas partes, ¡como si fuera importante para mí! —Sacudió el objeto ante los ojos de Leesha y luego sus ojos se movieron hacia el fuego que rugía en el hogar; empezó a rodear el escritorio para dirigirse hacia allí.

—¡Rojer, no! —gritó Leesha, que lo interceptó y se aferró a la bolsa. El Juglar la sujetaba con tanta fuerza que era imposible quitársela, pero al menos no intentó seguir adelante. Sus miradas se encontraron, los ojos de Rojer abiertos como los de un animal acorralado. Leesha lo abrazó y él enterró el rostro en su pecho, donde sollozó durante un rato.

Cuando dejó de estremecerse ella le soltó pero Rojer la apretó contra su cuerpo. Tenía los ojos cerrados, pero su boca se movió hacia la de la chica. Ella le dio un rápido empujón y Rojer perdió el equilibrio.

—Lo siento —murmuró.

—No pasa nada —contestó ella mientras le conducía de nuevo hacia el escritorio donde se dejó caer pesadamente. Respiró hondo, como si intentara controlar el estómago revuelto. Tenía el rostro pálido y sudoroso. Bébeteme mi té.

Leesha le quitó la bolsa de las maravillas y él no opuso resistencia. La dejó en un

rincón oscuro, bien lejos del fuego, y luego recogió el medallón de oro de Arrick del lugar donde yacía en el suelo.

—¿Por qué lo abandonó? —preguntó el Juglar, al mirar el medallón—. Cuando el duque nos echó, recogió todo lo que había en nuestras cámaras que no estuviera atornillado al suelo. Podía haber vendido esa medalla con todas las otras cosas que malvendió a lo largo de los años que fuimos de un lado para otro. Podría habernos alimentado y dado un alojamiento durante meses. ¡Por la Noche!, podría haber pagado todas las cuentas de los bares que Arrick tenía por toda la ciudad y eso no es poco.

—Quizá sabía que no la merecía —apuntó ella—. A lo mejor sentía vergüenza de lo que había hecho.

Roger asintió.

—Eso creo. Y por alguna razón, eso lo empeora aún más. Querría odiarle...

—Pero era como un padre para ti y no puedes hacer eso —finalizó Leesha por él, y luego sacudió la cabeza—. Conozco ese sentimiento muy bien.

La muchacha le dio vueltas al medallón entre los dedos, sintiendo su suavidad.

—Roger, ¿cuáles eran los nombres de tus padres?

—Kally y Jessum. ¿Por qué?

Ella depositó el medallón sobre la mesa y rebuscó en uno de los muchos bolsillos de su delantal hasta encontrar el pequeño estuche de cuero donde guardaba sus instrumentos para grabar grafos.

—Si esta medalla debía servir para honrar a los que te salvaron de la masacre de Pontón, entonces debe honrarlos a todos.

Con una caligrafía suave, fluida, grabó: «Kally, Jessum y Geral» en el metal liso. Cuando terminó, los nombres relucieron a la luz del fuego. El Juglar los miró con los ojos muy abiertos. Luego, cogió la pesada cadena y se la pasó por encima de la cabeza.

—Cuando mires esto, no pienses en cómo te falló Arrick; recuerda a aquellos cuyo sacrificio nadie cantó.

Él tocó el medallón y las lágrimas salpicaron el oro.

—Siempre lo llevaré conmigo.

La chica le puso una mano en el hombro.

—Sé que lo harás, hasta que se trate de salvar la medalla o la vida de alguien. Tú no eres Arrick, Roger, tú eres mucho más fuerte.

Él asintió.

—Ya es hora de que lo pruebe. —Se puso en pie, pero se tambaleó tanto que tuvo que apoyar la mano en el escritorio para recuperar el equilibrio—. Pero tendrá que ser por la mañana —se corrigió.

—Controla tu temperamento y déjame que sea yo quien hable —le dijo Rojer a Gared cuando entraron en el gremio de los Juglares—. No te dejes engañar por las grandes sonrisas y los colorines. La mitad de los hombres que hay aquí te quitarán el monedero del bolsillo sin que te des cuenta.

El gigante apretó la mano contra su pantalón.

—Pero tampoco lo agarres así —añadió el Juglar—. De esa manera les estás enseñando dónde lo llevas.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó él.

—Sólo mantén las manos a los costados y no dejes que nadie tropiece contigo —le explicó. El hombretón asintió y le siguió de cerca mientras Rojer le guiaba por los pasillos. El gigantesco Leñador, con las hachas protegidas cruzadas a la espalda, atrajo unas cuantas miradas en el edificio, pero no demasiadas. En el gremio de los Juglares, todo era espectáculo, y los que los miraban se preguntaban cuál era el papel de aquel hombre y en qué obra.

Finalmente, llegaron a las oficinas gremiales.

—Rojer Mediagarra desea ver al maestro Cholls —anunció Rojer al oficinista que atendía a los recién llegados.

El hombre le miró con atención. Era Daved, el secretario de Cholls, con el que ya se había encontrado antes.

—Estás loco apareciendo aquí después de tanto tiempo —le espetó en un áspero susurro, a la vez que escrutaba el pasillo para comprobar si había alguien observando—. ¡El maestro te arrancará los huevos!

—No lo hará si quiere salvar su pellejo —gruñó Gared. Daved se volvió hacia él y sólo vio un par de fornidos brazos cruzados, así que tuvo que alzar la cabeza para toparse con los ojos del gigante.

—Como digáis, señor —añadió el oficinista, tragando saliva. Después se levantó de su pequeño mostrador situado en el pasillo—. Informaré al maestro de que estáis esperando. —Y dicho esto salió disparado en dirección a las pesadas puertas de roble de la oficina del maestro del gremio. Llamó con los nudillos y se desvaneció en su interior ante la apagada respuesta.

—¿Aquí? ¡¿Ahora?! —gritó un hombre en el interior y un momento después las hojas de madera se abrieron de un portazo y mostraron al maestro Cholls. A diferencia de los alegres colores que solían vestir los Juglares, el maestro del gremio llevaba una fina camisa de lino y un chaleco de lana. Lucía una barba muy cuidada, y el pelo aceitado y bien peinado hacia atrás. Parecía más un miembro de la realeza que un Juglar. De hecho, cuando cayó en ello, Rojer se dio cuenta de que jamás le había visto actuar y se preguntó si realmente era un Juglar.

—¡Hay que reconocer que los tienes bien puestos para aparecer por aquí, Mediagarra! Te tenemos preparado un magnífico funeral pues aún me debes... —

Miró a Daved.

—Cinco mil klats —informó el secretario—, una docena arriba o abajo.

—Resolvamos eso cuanto antes —dijo Rojer. Luego sacó del bolsillo un monedero lleno de monedas de oro del Protegido y se lo entregó al maestro del gremio. Las monedas valían al menos el doble de la cantidad adeudada.

Los ojos de Cholls se iluminaron ante el brillo del oro cuando abrió el monedero. Sacó una de las monedas y la mordió, y su ceño fruncido desapareció ante la impronta que sus dientes habían dejado en el maleable metal. Volvió la mirada hacia Rojer.

—Supongo que puedo dedicarte algo de mi tiempo para escuchar tus disculpas —comentó, y se hizo a un lado para franquear la entrada de ambos hacia el interior de su oficina—. Daved, trae té para nuestros invitados.

Cuando el secretario les llevó el té, Rojer deslizó otra moneda de oro en su mano, probablemente una cantidad mayor de la que solía ver en un año entero.

—Esto es por el papeleo necesario para devolverme a la vida.

El secretario asintió con una amplia sonrisa.

—Estarás fuera de la pira y entre los vivos a la caída del crepúsculo. —Dicho esto, salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda.

—Muy bien, Rojer —comenzó Cholls—. ¿Qué demonios pasó el año pasado y donde Abismos has estado? Un día estáis tú y Jaycob arañando unos klats por ahí para pagar la deuda y al siguiente recibo una nota de una oficina donde me piden que pague la cremación de maese Jaycob en el crematorio de la ciudad, ¡y tú has desaparecido!

—A maese Jaycob y a mí nos atacaron —explicó Rojer—, Yo pasé meses en un dispensario recuperándome, y cuando estuve bien pensé que lo mejor era irme de la ciudad por un tiempo. —Sonrió—. Y desde entonces, he estado asistiendo a la historia más increíble que uno pueda imaginarse y lo mejor de todo es que, ¡es verdad!

—No tan deprisa, Mediagarra. ¿Quién os atacó?

Rojer le dedicó al maestro del gremio una mirada cargada de sentido.

—¿Quién crees?

Los ojos de Cholls casi se le salieron de las órbitas y tosió para disimular.

—Ah, sí, bueno, lo importante es que te encuentras bien.

—¿Dices que alguien te mandó al dispensario? —preguntó Gared, mientras agitaba su puño en el aire—. Sólo dime dónde le puedo encontrar y...

—No estamos aquí para eso —dijo Rojer con una mano sobre el brazo de Gared pero sin dejar de mirar a Cholls. El maestro suspiró con aspecto abatido.

—Al Abismo con el té —masculló entre dientes—. Necesitamos una bebida de verdad. —Las manos le temblaban ligeramente mientras rebuscaba en su escritorio

hasta que sacó una jarra de barro vidriado y tres copas. Sirvió una dosis generosa en cada una de ellas y se las ofreció.

—Porque sepamos escoger nuestras batallas con sabiduría —dijo al levantar la copa e intercambió una mirada con Rojer mientras bebía.

Gared les miró a ambos con expresión suspicaz y el Juglar se preguntó si el musculoso Leñador era tan tonto como todo el mundo pensaba. Sin embargo, al cabo de un momento, se encogió de hombros, cogió la copa y se la bebió de un trago.

Al instante sus ojos se abrieron de par en par y el rostro se le puso de un rojo brillante. Se dobló sobre sí mismo, tosiendo violentamente.

—Por el Creador, muchacho, ¡no te lo tragues así! —le reprendió Cholls—. Esto es brandy angiersino y probablemente sea más viejo que tú. Está hecho para degustarse a sorbos.

—Lo siento, señor —susurró Gared con la voz ronca, entre jadeos.

—En Hoya están acostumbrados a la cerveza aguada —apuntó Rojer—. Grandes jarras llenas de espuma que los gigantes como él se beben por docenas. El poco alcohol que tiene se va derecho desde el tubo de fermentación al vaso.

—No hay lugar a la sutileza en eso —admitió Cholls, asintiendo—. ¿Y tú, Mediagarra?

Rojer sonrió.

—Fui aprendiz de Arrick, ¿no? —Bebió otro trago de su copa y movió el líquido en su boca, saboreándolo mientras expulsaba el ardor del alcohol a través de la nariz—. Bebía brandy antes de tener pelo en la barba.

Cholls se echó a reír, rebuscó de nuevo en su escritorio y sacó una pitillera de cuero.

—Supongo que en Hoya fumaréis —le dijo Rojer a Gared, que aún tosía un poco. El hombretón asintió.

El maestro del gremio dio un respingo repentino y se volvió bruscamente para encarar a Rojer.

—¿Has dicho Hoya?

—Sí —repuso él, mientras cogía un pellizco de tabaco de la pitillera de Cholls y lo ponía en la pipa que sostenía en la mano lisiada—. Eso he dicho.

Cholls se quedó boquiabierto.

—¡¿Tú eres el mago violinista del Protegido?!

Rojer asintió, encendió una astilla con el fuego de la lámpara que había sobre el escritorio del maestro y la aplicó a la pipa que se encendió con una llamarada.

Cholls se retrepó en su asiento y observó al Juglar; tras un momento, asintió.

—La verdad es que si lo pienso no es tan sorprendente, desde luego. Siempre pensé que había algo mágico en tu manera de tocar.

Roger le pasó la astilla, el maestro encendió la suya y luego se la pasó a Gared.

Fumaron en silencio un buen rato, hasta que Cholls se incorporó y golpeó la cazoleta de la pipa para extraer las cenizas, tras lo cual, la colocó en un soporte de madera que había sobre el escritorio.

—Muy bien, Rojer, tú puedes quedarte ahí sentado todo el día, pero yo tengo un gremio que dirigir. ¿Me estás diciendo que estabas en Hoya de Leñadores cuando llegó el Protegido?

—No sólo estaba en Hoya cuando llegó el Protegido, sino que llegó conmigo y Leesha Paper.

—¿La que llaman la Bruja Protectora?

El Juglar asintió y Cholls frunció el entrecejo.

—Si me estás tomando el pelo, Rojer, te juro por la luz del sol que yo...

—No te estoy mintiendo. Todas y cada una de las palabras que te he dicho son ciertas.

—Tú y yo sabemos que estamos hablando de la historia por la que cualquier Juglar mataría —continuó Cholls—, así que vayamos a lo importante. ¿Cuánto quieres por ella?

—Maestro, el dinero ya no es lo que me motiva —repuso Rojer.

—No me digas que has sufrido algún tipo de conversión religiosa. Arrick se revolvería en su tumba. Ese Protegido llenaría filas y filas en cualquier espectáculo juglaresco, pero tú no crees que sea el Liberador, ¿verdad?

Se oyó un fuerte chasquido y ambos hombres se volvieron para ver cómo uno de los brazos de la silla de Gared se había roto tras un fuerte apretón del gigante.

—Él es el Liberador —gruñó el hombretón— y cualquiera que diga lo contrario se las verá conmigo.

—¡Ni se te ocurra! —le increpó Rojer—, Él mismo dice que no lo es, y al menos que quieras que le diga que te estás comportando como un burro, no causarás problemas.

El Leñador le miró airado durante un instante y Rojer sintió que la sangre se le helaba, pero le sostuvo la mirada. Tras unos momentos, Gared se calmó y miró al maestro avergonzado.

—Siento lo de la silla —se disculpó, mientras intentaba colocar el brazo en su sitio sin demasiado éxito.

—Ah, no te preocupes —replicó Cholls, aunque Rojer sabía que la silla debía de valer más de que lo que la mayoría de los Juglares solían llevar en sus bolsillos.

—No estoy cualificado para decir si es el Liberador o no —explicó Rojer—. Hasta el año pasado, pensaba que la existencia del Protegido era un cuento para crios. De hecho, yo mismo recopilé unos cuantos mientras iba de un lado para otro. —Se inclinó hacia el maestro—, Pero es real. Mata demonios con las manos desnudas y tiene poderes para los que no encuentro explicación.

—Trucos de Juglar —repuso Cholls, escéptico.

Rojer sacudió la cabeza.

—Yo he dejado con la boca abierta a más de un pueblerino con mis trucos mágicos, maestro. No soy ningún paleta que se deje deslumbrar con juegos de manos y polvos mágicos. No estoy diciendo que le haya enviado el Creador, pero lo que hace es magia de verdad, tan auténtica como el sol que brilla.

Cholls volvió a retrepase en el asiento y unió las puntas de los dedos.

—Supongamos que me estás contando la verdad. Eso sigue sin explicar qué haces aquí si no se trata de que me quieras vender la historia.

—Oh, sí, la venderé, claro. He compuesto una canción, La batalla de Hoya de Leñadores y la pedirán a gritos en todas las cervecerías y las plazas de la ciudad. Además, han ocurrido suficientes hechos extraordinarios durante el último año como para darle trabajo a todos tus Juglares, y para que puedan llenar sus sombreros una y otra vez.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres si no es dinero? —le preguntó Cholls.

—Necesito enseñar a otros la magia del violín, pero soy mal maestro. Hace meses que tengo aprendices y tocan lo bastante bien para un reel en un baile, pero ninguno de ellos puede afectar el estado de ánimo de un abismal mucho más allá de «enloquecido por la sangre» a «salvaje».

—La música tiene dos aspectos, Rojer, maestría y talento. Una se aprende, pero la otra no. En todos los años que llevo en esto, jamás he visto un talento como el tuyo. Tienes un don natural que ningún instructor puede transmitir.

—¿Eso quiere decir que no vas a ayudarme?

—No he dicho tal cosa. Simplemente quiero que lo tengas en cuenta. Puede que aun así haya algo que podamos hacer. ¿Te enseñó Arrick los signos musicales?

Rojer miró al maestro con curiosidad y negó con la cabeza.

—Consiste en usar las manos para dar instrucciones a un grupo de músicos —explicó Cholls.

—Como un director.

El hombre sacudió la cabeza.

—Los músicos a las órdenes de un director ya conocen la pieza que ejecutan. Un codificador musical puede componer sobre la marcha, y si sus músicos conocen las señales, le pueden seguir.

Rojer se sentó erguido en la silla.

—¿Eso es verdad?

—Totalmente cierto —respondió Cholls con una sonrisa—. Tenemos un cierto número de maestros capaces de enseñar ese arte. Los enviaré a todos a Hoya del Liberador y les indicaré que sigan tus instrucciones. No creas que es un acto generoso —continuó ante la mirada atónita de Rojer—, Sean cuales sean las historias que nos

des, valdrán para una temporada, pero sea el Libertador o no, va a ser el hecho más sobresaliente de nuestra época y la historia aún se está gestando. Está claro que Hoya se encuentra en el centro de la historia. Querría haber enviado ya a algún Juglar por allí, pero primero por la disentería y luego por los refugiados, nadie ha tenido arrestos para ir. Si me prometes seguridad y alojamiento, yo... les persuadiré.

—Te lo garantizo —afirmó Rojer con una amplia sonrisa.